

HISTORIA DE LA
HISTORIOGRAFIA ESPAÑOLA

Imp. Suces. J. Sánchez de Ocaña y Cía., S. A. - Tutor, 16. - Teléf. 232374

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

B. SÁNCHEZ ALONSO

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFIA ESPAÑOLA

I

HASTA LA PUBLICACIÓN DE LA CRÓNICA DE OCAMPO

(...-1543)

SEGUNDA EDICIÓN
REVISADA Y AÑADIDA



MADRID
1947

La benévola acogida dispensada a este ensayo me permite ya ofrecer una segunda edición, menos imperfecta que la precedente. Si bien el corto tiempo corrido entre ambas, así como la aprobación por la crítica de la obra en su conjunto, hacía innecesaria una verdadera refundición, no faltan nunca en la primera tentativa descuidos y omisiones, que el autor anhela subsanar lo antes posible. En algunas de las reseñas publicadas y en cartas particulares se recomendaron también correcciones y añadidos, pertinentes en su mayor parte. Varias monografías, en fin, aparecidas en este tiempo, determinaron la revisión de diversos artículos, el incremento de algunos, antes tratados con escaso relieve, y la inserción de otros [1]. Con todo ello, el texto

1. Recordaré aquí, como autores de recientes trabajos importantes sobre temas historiográficos medievales, a C. Sánchez-Albornoz, C. E. Dubler y J. de M. Carriazo. Débense al primero varios libros y artículos que completan mucho la noticia de diversos historiadores hispanoárabes. Al erudito escritor suizo, un breve cuadro de conjunto e interesantes monografías, la última de las cuales, sobre la crónica de 741, no he podido ya, por desgracia, utilizar. (En el mismo número de "Al-Andalus" que el trabajo de

que ahora sale, más modificado de lo que una primera ojeada hace esperar [2], lo someto al juicio de los estudiosos con mayor confianza que en su anterior estado.

A continuación es reproducido, con las breves adiciones precisas, el prólogo de la primera edición, para que los nuevos lectores conozcan previamente el alcance y características del libro.

Intentar una historia de la Historiografía española cuando gran parte de nuestra producción es aún insuficientemente conocida, parecerá tal vez prematuro. Son muchas, ciertamente, las crónicas de toda especie que esperan aún su monografía o su edición crítica, e incluso abundan más de la cuenta los manuscritos que se mantienen inéditos. Con todo, creo que ni el estudio más esmerado de lo ya descubierto ni el hallazgo de nuevos fondos modificarán en lo esencial el cuadro que ahora puede trazarse. La constancia y uniformidad con que todo lo conocido se ajusta a un determinado desarrollo en cada género historiográfico, descarta la probabilidad de cambio

---

Dubler, apareció otro artículo de E. García Gómez, acerca del estado actual de los estudios sobre Abenayán, que tampoco pude ya tomar en cuenta por estar tirándose los pliegos de mi libro.) J. de M. Carriazo, en fin, ha seguido enriqueciendo nuestra literatura histórica con sus inapreciables ediciones y estudios de crónicas, que salen de su pluma completamente renovadas.

2. Contribuye a la falsa apariencia de escasa alteración la circunstancia fortuita de que el nuevo tipo empleado en la edición, algo menor que el de la anterior, ha compensado casi exactamente los añadidos hechos, dando el mismo número total de páginas.

en la estructura general. Lo que fundadamente puede pensarse es que se rectificarán atribuciones de obras, se confirmarán otras dudosas, se perfilará el verdadero alcance de algunas producciones y se puntualizará, sobre todo, su grado de originalidad y la procedencia de sus noticias. En el curso de estas páginas puede verse, en efecto, que tales son los principales aspectos que se ofrecen a la labor de los futuros investigadores. En ese sentido, un ensayo como el presente no es extemporáneo, pues puede estimular y encauzar la actividad de éstos al poner de manifiesto las lagunas más sensibles en la indagación del pasado, aunque ello no sea su objeto directo.

Pocas palabras bastarán para dar previa idea de las características del presente estudio. Hecho por mí como ensayo, ello descarta todo propósito ambicioso de perfección. He aspirado a trazar un bosquejo sencillo, si tal vez no inútil para los cultivadores profesionales de la historiografía, asequible desde luego a los lectores no especializados. En su planeamiento fué buscada ante todo la concisión, hasta el grado compatible con la eficacia. Aligeré, pues, todo lo posible mi exposición de cuanto no fuese imprescindible. La noticia biográfica de cada historiador me esfuerzo por condensarla en una o

dos líneas, reduciéndola a lo que puede influir en su manera de historiar. De las opiniones ya superadas prescindo de ordinario en el texto y remito en nota a los lugares en que el lector puede obtener información. Suprimo, asimismo, las indicaciones bibliográficas, guiando a los artículos correspondientes de los libros que dediqué a ese punto [3] y consignando sólo lo que allí no fué recogido.

El examen de las obras ha sido hecho directamente siempre que estuvieron a mi alcance. Ello no obstante, cuando han sido objeto de buenas monografías doy lugar preferente al juicio de sus autores, que pudieron dedicarles mayor atención y estudiarlas con más hondura —si bien esa ventaja del monografista es a veces compensada por la que da al tratadista de conjunto el examen de la evolución total del género,

---

3. *Fuentes de la Historia española e hispanoamericana*, 2.ª edición (Madrid, 1927) y *Apéndice* (Madrid, 1946); va citada simplemente *Fuentes*. Abrevio también, por su mención frecuente, la cita de otras obras, como *Esp. Sagr.* (E. Flórez, *España Sagrada;* en el ej. consultado corresponden a la 2.ª ed. los vols. III, XVII, XXI, XXII, XXIII, XXVII, XXIX, XXX y XXXI, y a la 3.ª el IV, V, VI, VIII y IX); Pidal, *Cat.* (R. Menéndez Pidal, *Crónicas generales de España,* t. V del Catálogo de la Real Biblioteca; se cita por la 3.ª ed.) y *Ley. Lara* (*La leyenda de los Infantes de Lara,* Madrid, 1896); Muñoz, *Dicc.* (T. Muñoz y Romero, *Diccionario de los antiguos reinos,* Madrid, 1858); Cirot, *Hist. gén.* (G. Cirot, *Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II,* Bordeaux, 1904); Pons, *Ensayo* (F. Pons y Boigues, *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles,* Madrid, 1898); Ríos, *Lit. esp.* (J. Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española,* 7 vols., Madrid, 1861-1865); Albornoz, *Fuentes... s. VIII* (C. Sánchez-Albornoz, *Fuentes de la Historia Hispano-musulmana del siglo VIII,* Mendoza, 1942). Las restantes abreviaciones de títulos son aún más transparentes que éstas y no necesitan ser aquí explicadas.

que proyecta cierta luz sobre sus sucesivas manifestaciones—. La agrupación por géneros historiográficos, dentro de los períodos en que dividí la exposición, ha sido adoptada sin excepción alguna. La producción total de cada autor no es, pues, reunida en un solo artículo, sino distribuída entre los grupos a que sus obras pertenezcan. Tal sistema ha sido aplicado desde el capítulo preliminar, en el que intento dar una noticia breve, pero eficaz, de la historiografía grecolatina clásica y la cristiana, fundidos en cada una los escritores de ambas lenguas [4].

La historia política nacional, que constituye propiamente el núcleo de la producción histórica y ofrece una línea ininterrumpida desde sus comienzos, ha sido el objetivo preferente. Pero en torno a ella, completando la armazón en cada período, asoman también los demás géneros —la historia general y extranjera, la historia religiosa, la de ciudades, la biografía, el libro de viajes...— en la medida suficiente para apreciar cómo los españoles han concebido sucesivamente la historiografía en cada una de sus facetas.

4. Sobre la historiografía de los demás pueblos antiguos, de que aquí se ha prescindido como totalmente desligada del círculo cultural en que nació la española, puede verse un artículo que forma parte de la Introducción de la *Historia Universal* de J. B. Weiss, versión española dir. por el P. R. Ruiz Amado (I, 31-64). Para la historiografía extranjera moderna, a partir de los preludios del Renacimiento, es excelente la conocida obra de Fueter.

Consignaré finalmente que condenso los capítulos restantes en otros dos volúmenes, uno ya aparecido y otro muy cercano a su terminación. Con ellos alcanza este ensayo hasta el final del siglo XVIII, consignándose en un breve epílogo las características de la historiografía en los siglos XIX y XX.

CAPITULO PRELIMINAR

Bases y precedentes

I) La historiografía grecolatina clásica.

En sus líneas generales, las obras históricas de la literatura clásica, base sobre que se asienta la historiografía cristiana, y sobre ambas nuestra producción nacional, son suficientemente conocidas de todos. Conviene, no obstante, ofrecer aquí su conjunto en forma que allane la fácil comprensión de la dependencia que de sus modelos liga a los escritos históricos medievales y modernos[1].

La historiografía española, como todas las manifestaciones europeas propiamente nacionales, se inicia en la Edad Media, cuando el fraccionamiento del imperio de Occidente permite que apunte en sus antiguas provincias el sentimiento de independencia. Si algún hispano escribe antes, no lo hace como español, sino como romano, y cuando son historiados los hechos hispánicos lo son en calidad de capítulo de la gran historia imperial. Hay que distinguir con precisión entre nuestra historia y nuestra

1. He de advertir que la rápida exposición que aquí hago está sólo basada en la lectura de las obras mismas, considerándolas desde el punto de vista que en ellas interesa para mi objeto, esto es, como simples precedentes de nuestra historiografía. La extensión de la materia me obliga a prescindir del examen de la copiosa literatura crítica que sobre cada uno de los escritores clásicos se ha elaborado.

historiografía[2]. La historia de España comienza a escribirse, y ya con cierta extensión, por los escritores grecolatinos clásicos, en tanto que la literatura histórica española la inician más tarde los propios nacionales, inspirándose en los antiguos modelos, paganos y cristianos. Y tal era el desarrollo que había logrado la historiografía clásica, que aunque lo perdido excede en mucho a lo conservado, aún ofrece ejemplares de todos los tipos historiográficos que posteriormente se ensayaron. Hay que llegar a tiempos muy recientes para hallar una verdadera independización de las normas primitivas.

He aquí, sistemáticamente agrupadas, las especies historiográficas que la literatura clásica aportó:

a) *Historia general.*

Esta expresión, que por su menor uso que la de «historia universal» está menos adscrita al preciso sentido que ésta ha adquirido, responde mejor a la indecisión con que los antiguos cultivaron el correspondiente género historiográfico. Su aparición coincide con la de la Historia misma.

HERODOTO (s. V a. de J.), en efecto, abre la historiografía[3] en el círculo cultural europeo con una historia universal. Confluyen el fondo de la épica tradicional y la forma en prosa de los modernos «logógrafos» —monografistas de fundaciones de colonias y de viajes— en

2. En mi artículo *El concepto de Historiografía española* (Hispania, 1943, III, 179-194) he desarrollado más ampliamente la distinción que entre ambas estimo debe establecerse.

3. Croce ha señalado sagazmente el alcance que debe darse a estas calificaciones de "padre de la historia", "padre de la filosofía", etc. Vid. su ensayo *Intorno alla storia della storiografia* ("La Critica", 1913, XI, 171-172).

su libro *Historias* («investigaciones»). Tal vez fué su solo objetivo, y así se ha dicho comúnmente, referir las guerras que por su independencia sostuvieron los griegos contra los persas, el sensacional acontecimiento de la época de su mocedad. Pero Herodoto, gran viajero y gran curioso, vierte en su obra, con las recibidas de los libros, las nociones adquiridas en sus andanzas, y traza así una excelente noticia de la mayor parte del mundo entonces conocido. Noticia llena de atractivo, en las lindes de la leyenda y de la historia, marcando muy bien el primer esfuerzo por desasirse del encanto de los viejos mitos. Es, pues, un primitivo, y como tal encuentra en la «envidia de los dioses», mostrada en el castigo de cuantos hombres o pueblos intentan cambiar lo establecido por su divina providencia, la interpretación de los hechos históricos. Pero es a la vez, por su aguda sagacidad, hombre que rechaza lo absurdo y prefiere cuando es posible explicar las cosas por medios naturales. Puntual asimismo, da a veces hasta tres versiones de un hecho. Narrador de gracia natural, en fin, no tiene en él la historia el empaque de una disciplina científica, sino el agrado de una ficción novelesca, en la que los datos propiamente históricos alternan con diálogos, discursos, cartas, anécdotas, respuestas en verso de los oráculos, menudos detalles de usos y costumbres. Se los suministran los naturales de los países que recorre, y su propia observación. La obra empieza por los primeros choques griego-asiáticos, nacidos de mutuos robos de princesas, y en adelante sirve de hilo conductor la actividad conquistadora de los persas, que da ocasión para reseñar los demás pueblos con que tuvieron relaciones

más o menos bélicas: las colonias griegas del Asia Menor y el imperio asirio-babilónico (libro I), el Egipto (II y III), la Escitia y la Libia (IV), ocupándose los cinco libros restantes de las guerras médicas, tomadas desde las primeras conquistas pérsicas en Europa. Su interés como fuente de muchos sucesos que sólo por ella conocemos, no hay que subrayarlo; la avalora, además, el hecho de que no es mera historia política, sino que consigna descripciones geográficas y noticias de usos, vestidos, armas, etc., así como de religión y de superstición. Pero aún excede en importancia su papel en la historiografía, nacida con ella en una forma que no sufrirá ya sustanciales mudanzas. De ahí la veneración con que siempre ha sido mirada y que movió a los alejandrinos a hacer su división en nueve libros para adscribir cada uno al nombre de una musa.

POLIBIO, griego como Herodoto, hizo tres siglos después —vivió hacia 205-124 a. J.—, también con el nombre de *Historias*, una de tipo propiamente universal. Abraza desde 220, en que Roma iba a empezar la segunda guerra púnica, Grecia a sostener la guerra social y Siria y Egipto a luchar por la Celesiria, hasta 168, en que, con la derrota de Perseo, termina un período de la gran expansión romana, objetivo principal de la obra, con la que quería convencer a sus paisanos de la inutilidad de resistir a su formidable empuje. Pronto se advierte, con respecto a la obra de Herodoto, el efecto de las tres centurias transcurridas. Ha nacido, con Tucídides (v. pág. 8), la historia pragmática, que Polibio es el primero en designar con tal nombre. Diversos historiadores han enjuiciado temas comunes con criterio dife-

rente, haciendo afinar la crítica con sus discrepancias. Y a los efímeros imperios anteriores ha sucedido una república tan consolidada, que los hombres creen que su señorío del mundo será eterno. Polibio refleja fielmente las nuevas características. La finalidad de *magistra vitae*, asignada a la Historia, le obsesiona: insiste repetidamente en la conveniencia de utilizar las lecciones del pasado y pondera en múltiples casos la enseñanza que de ellos se desprende; hace, incluso, conjeturas sobre las consecuencias que hubieran tenido ocurriendo de otro modo. La infidelidad de otros historiadores, por ignorancia o pasión, a la verdad, que estima tan necesaria a la historia como los ojos al hombre, aguza su anhelo de veracidad, y desconfiando de otros medios de información, casi se limita a consignar lo que conoció *de visu* y lo que oyó a testigos fidedignos. En cuanto a la unidad que al mundo deparó Roma, ella le sugiere la idea de la historia universal, que entiende en un sentido muy moderno, insistiendo en que no quiere hacer una suma de historias aisladas de los diversos pueblos, sino labor de conjunto, de enlace, que procura con constantes recapitulaciones y referencias, y con una narración sabiamente despojada de detalles inútiles, fáciles al olvido. Esfuérzase también por buscar la «causa» de los hechos, deslindarla del pretexto tomado y del «principio» que tuviesen, confundido por muchos con aquélla, y dice y repite que cuanto no sea historiar así, podrá ofrecer una distracción al lector, pero no enseñarle verdaderamente. Su obra constaba de cuarenta libros, dedicados los dos primeros a noticias retrospectivas. Puede conjeturarse, por la proporción entre el corto período historiado —cin-

cuenta y dos años— y el largo espacio que le dedica, la prolijidad con que los asuntos son tratados. La parte doctrinal —sobre temas políticos, militares, etc.—, ocupa tal vez tanto lugar como la narrativa, y en ella se revela el autor muy bien preparado para la obra que acometió. Por desgracia, sólo los cinco primeros libros se han conservado enteros, quedando de los demás sendos fragmentos. Polibio fué, como Herodoto, activo recorredor de países —entre ellos España, donde asistió al cerco de Numancia— y da las necesarias nociones geográficas de los que historia. Usa de las arengas, introducidas en la historiografía por Tucídides, pero suele hacerlas breves y con frecuencia las pone en tercera persona, lo que las da más apariencia de verosimilitud.

Diodoro de Sicilia, también gran viajero —según él— y también griego —de los establecidos en la isla dicha—, contribuyó, hacia el año 30 (a. de J.), con una nueva historia general, titulada *Biblioteca histórica*. Algunos la han valorado con exceso, considerándola lo más importante de la historiografía griega; generalmente se la juzga como muy de segundo orden. Por la falta de crítica con que acoge cuanto llega a su noticia, en efecto, sólo un modesto puesto le corresponde, sin que basten a compensar aquélla la abundancia de datos recogidos y el indudable agrado de su lectura, si bien Vives le diputaba de fastidiosísimo. Enamorado como Polibio de la finalidad magistral de la Historia, quiso beneficiar con ella a grandes dosis y dedicó los seis primeros libros al período anterior a la guerra de Troya, parte en que, como puede suponerse, campea el mito, alternando las hazañas de los dioses y héroes con noticias geográficas, religiosas, de

usos y de costumbres de los pueblos antiguos, tratados consecutivamente. Adoptado a partir de entonces el método cronológico, destinó los libros VII-XVII a la época comprendida entre la guerra troyana y la muerte de Alejandro Magno, y el resto, XVIII-XL, a historiar hasta la expedición de César a las Galias. La narración se hace por años, consignando para fijarlos el arconte ateniense y los cónsules romanos de cada uno; junto a los acontecimientos políticos, cuyo relato acompaña de frecuentes reflexiones muy poco profundas, no es raro encontrar la noticia de prodigios y fenómenos naturales, tan predilectos siempre, como iremos viendo, de los analistas. Para seguir el hilo de los sucesos va tomando por núcleo los del pueblo preponderante en cada período y mencionando a continuación los hechos de los pueblos secundarios. De este modo Roma, que al principio asoma apenas en las noticias, adquiere paulatinamente el lugar principal. Adviértese la abundancia de reseñas de Sicilia, como patria que era del autor. La obra de Diodoro ha llegado también a nosotros muy incompleta, habiéndose perdido los libros VI-X y XXI-XL. En ella sigue en vigor la moda de los discursos a lo Tucídides.

b) *Historias nacionales.*

La imprecisión del concepto de nación en la antigüedad, que ofrece una gama completa desde la ciudad hasta el imperio más heterogéneo, se refleja en la historiografía, dificultando hallar verdaderos ejemplares equivalentes a la moderna historia nacional. Pero, dando a este género una cierta elasticidad, podemos señalar al-

gunos indudables precedentes de la producción posterior, en cuyo aspecto nos interesan aquí.

TUCÍDIDES (s. V a. J.) aporta el primero, pues en realidad su *Historia de la guerra del Peloponeso* no es el mero relato de un suceso particular, sino la historia política del pueblo griego desde 413 a 410 —en que por muerte del autor quedó la obra interrumpida—, con un admirable resumen previo de las condiciones y desarrollo de la Grecia desde los tiempos primitivos. La participación de los diversos Estados helénicos en esta lucha fratricida da a la producción de Tucídides el carácter de una historia de conjunto, por encima de las diferencias políticas que siempre mantuvieron separados a los componentes de la más ilustre población de la antigüedad. La obra ha valido al autor el título de príncipe de la historiografía antigua. Poco posterior a la de Herodoto, es tan enorme el avance que significa que tras ella empezó ya la decadencia. La superioridad de Tucídides está en su hondo conocimiento de los hombres, que le permite buscar en causas humanas la explicación de los sucesos y desentrañar éstos con una lucidez por pocos alcanzada. De los personajes se aplicó a trazar cabales semblanzas, de modo que todas sus ideas y sentimientos fuesen impecablemente percibidos, y no bastándole dibujarlos con enérgicos rasgos, puso en su boca largos discursos, que aclaran, a la vez, los hechos mismos; el propio autor declara que algunos no fueron pronunciados. Así nacieron con su obra las famosas arengas, tan características desde entonces de la historia clásica, a la que contribuyen a dar su carácter artístico, aunque, con él, un cierto tinte de falsedad. Las compuestas por Tucídides —discípu-

lo que fué del orador Antifonte— son elocuentísimas y de muy variados tipos. Unas, militares: meras alocuciones de los generales a sus soldados, si bien convertidas a veces, por obra de la inspiración del autor, en verdaderas páginas políticas. Otras, autodefensas de hombres puestos en entredicho, oraciones de embajadores, etc. Pero es en las polémicas donde brilla especialmente la habilidad de Tucídides, que cuando ha construído una argumentación solidísima y al parecer irrebatible, pone en boca de un contrario, con brillantez y sagacidad inigualables, razones más convincentes aún. Innovación suya fué también el uso de frecuentes reflexiones y máximas políticas, hechas unas en el estilo cortado de sentencias y otras con mayor extensión, enjuiciando los diferentes sistemas de gobierno y las modalidades de los varios pueblos beligerantes. Todo esto, que abonaban las dotes naturales, la educación y la experiencia de los asuntos públicos del autor, ha hecho de su obra el libro predilecto de los gobernantes. Con ella surgió el llamado tipo de «historia pragmática», que aspira a beneficiar las enseñanzas del pasado, haciendo de la Historia la maestra de la vida. En las partes narrativas, los rasgos del autor son la claridad y la puntualidad: no hay sector de la historia antigua tan bien conocido como el historiado por él. Fáltale, en cambio, el atractivo espontáneo de la obra de Herodoto y debe reprochársele la autoridad que prestó, siguiéndolo rigurosamente, al método analístico, sistema excelente para el registro y consignación de datos, pero enojosísimo en una larga lectura.

JENOFONTE (hacia 445-355 a. J.), más conocido por otras obras —v. págs. 28 y 30—, continuó la de Tucídi-

des, refiriendo los sucesos de los años 411-362 en sus *Helénicas*; pero ni trató los asuntos con la imparcialidad de su predecesor, ni aportó en la manera de historiar innovaciones de interés. Usa menos de los discursos. Sus reflexiones tienen más carácter ético que político. Contribuye a consagrar el sistema de consignar en cada año, tras de los acontecimientos políticos, la noticia de eclipses, incendios, etc.

Dionisio de Halicarnaso (n. hacia 70 a. J.), griego residente en Roma, historió en su lengua, bajo el título de *Arqueología romana*, la época anterior a las guerras púnicas; de sus veinte libros quedan los once primeros, no completos. Pertenece al grupo de escritores griegos que quisieron hacer suave a sus compatriotas el dominio romano, ponderándoles la gloria de este pueblo y buscando en Grecia su origen y el de sus instituciones. Laméntase de que sus comienzos no hubieran sido debidamente historiados y se ofrece a subsanar la falta en esta obra, que comprende hasta el punto de que Polibio partió. De cuán a placer se mueve en el campo de las antigüedades, sin arredrarle lo fabuloso, dará idea el que consagra todo el largo libro I al período anterior a Rómulo, y con igual extensión se explaya en el reinado de éste y los de sus sucesores. Si en estos primeros tiempos merece la misma limitada fé que todas las investigaciones análogas entonces intentadas, da en lo posterior noticias de interés sobre los orígenes del culto, organización y cultura de Roma. En cuanto a procedimiento, desdeña el sistema de anales por fastidioso para el lector, usando de un orden cronológico no sujeto a esa traba; emplea con profusión los discursos y expone con

buen método y claridad, sin importarle las repeticiones, para dejar las cosas bien puntualizadas. Los libros I-XI alcanzan hasta el restablecimiento del consulado después de los decenviros; de todos los nueve restantes hay fragmentos.

Con Tito Livio (59-17 a. J.) entramos en la historiografía latina, que, más asequible a nuestros escritores, obró más directamente sobre ellos que la griega, cuyo influjo habitual se operó a través de los autores romanos. Con él comienza también la verdadera historia nacional, informada por el vehemente espíritu patriótico que ha de constituir su rasgo más pronunciado. En Livio lo es tanto, que Croce incluye su obra entre la historiografía «poética», por cantar el «epos de la virtud romana», calificación que puede aceptarse si se salva la veracidad del autor, que no hay motivos para poner en duda. Titulada simplemente *Ab urbe condita libri* [*CXLII*], comprendía desde el viaje de Eneas a Italia hasta la muerte de Druso, el hijo adoptivo de Augusto; pero de sus libros —distribuídos en grupos de diez, y de ahí el nombre de «Décadas» que suele darse a la obra— sólo quedan I-X y XXI-XLV, más algunos fragmentos. Por fortuna se conservan unas *periochae* o resúmenes de casi todos, trabajo ajeno al autor.

La enorme influencia que Livio ha ejercido en la historiografía moderna obliga a fijarse en varias de sus características. En el prefacio se muestra partidario decidido de la función magistral de la Historia. Ella nos explica cómo se perdió la primitiva virtud. Y ninguna historia tan instructiva como la romana, la más rica en hechos y ejemplos ilustres. En ningún pueblo se mantu-

vo por tanto tiempo el honor debido a la pobreza y la templanza. La loa de lo antiguo y el fervor patriótico, que asoman aquí, palpitan en cada página de Livio, fundidos en una admiración sin límites a los primeros tiempos de la República romana, que produjo no pocos capitanes de la talla de Alejandro Magno. Este conquistador, piensa él, no hubiera ganado tanta gloria de tener por rival a Roma, en vez de la cobarde Asia. Identificada en absoluto con su patria, tal vez ningún escritor ha reflejado tan fielmente su espíritu, en lo bueno como en lo malo. Se le ha reprochado, y con razón, la credulidad con que da frecuente cabida a los prodigios más absurdos —lluvias de carne, animales que hablan, estatuas que manan sangre...—, pero no hay que olvidar que la superstición dominaba a la nación entera, cuyos gobernantes y sacerdotes se apresuraban a mitigar con sacrificios la supuesta cólera de los dioses, en tales hechos reflejada. Dice que ya en su tiempo dominaba un cierto escepticismo en ese punto, contra el cual se apoyaba él en los graves varones de la antigüedad; pero lo cierto es que en los historiadores de la época imperial siguen consignándose iguales monstruosidades y sus correspondientes expiaciones públicas. De todos modos, el buen sentido que él muestra en otros casos —el de la loba lactante de Remo y Rómulo, el de la marcha de éste a reunirse con los dioses, etc.— en los que, al lado de la explicación misteriosa, acompaña la natural, hace pensar que a veces sacrificase sus propias ideas por interpretar fielmente las que dominaban en la época de las grandes virtudes [4]. En

4. Refiriéndose en el prefacio a la utilidad que pueda tener el consignar noticias del período primitivo, dice que son más poéticas

lo demás, representa igualmente con tal justeza el espíritu romano que el lector de las *Décadas* llega a sentirse él mismo penetrado de él.

Como procedimiento de exposición usa de anales a partir del fin de la monarquía, señalando en cada año, no sólo los cónsules, sino los demás funcionarios elegidos. Las noticias son casi totalmente políticas y militares. Usa de los discursos, que redacta con gran elocuencia, y a veces de cortos diálogos. La mención de prodigios suele hacerla, y así quedó como habitual en el sistema de anales, al final de la reseña del año. Como escritor, por la pureza de la dicción y la elegancia concisa del estilo, es un verdadero modelo; le perjudica, eso sí, como a todos los analistas de largos períodos, la monotonía que imprime la sucesión de varios años en que sólo ocurren sucesos casi iguales. Por la puntualidad de los datos consignados su obra es fuente de primer orden en toda la parte conservada, que alcanza hasta la derrota del macedonio Perseo (168 a. J.); la parte perdida dentro de ella comprende el período en que se acabó la conquista de Italia y se sostuvo la primera guerra púnica.

Flavio Josefo (37-95), judío del tiempo de Vespasiano y Tito, de los que primero fué beligerante y a la postre amigo, escribió una historia en griego, *Antigüedades judaícas*, que, cronológicamente, debe ser situada en este punto. Comprende en veinte libros la historia hebrea, desde el origen del mundo hasta Nerón, y se completa con la titulada *Guerra judaica*, que alcanza hasta la toma de Jerusalén por Tito. Basada principalmente

---

que verdaderas; pero que si algún pueblo puede tener derecho a consagrar sus comienzos con la intervención de los dioses, es el romano, y los demás deben sufrirlo como sufren su imperio.

en la Biblia, añade algunas noticias, hace cotejo con las tradiciones de otros pueblos y da a veces los nombres modernos correspondientes a las ciudades antiguas. Usa mucho de discursos, como la Biblia misma, y con frecuentes reflexiones refuerza el sentido magistral que la Historia tenía en su tiempo. En sus juicios muestra el equilibrio de quien con nadie quiere chocar, mostrando particular respeto a los romanos. Registra la predicación y muerte de Jesús en tono respetuoso y hasta admirativo, lo que le valió ser considerado simpatizante del cristianismo, como veremos al reseñar el *De viris illustribis* de S. Jerónimo.

Cayo Cornelio Tácito (hacia 54-120), de larga carrera política que llegó al consulado (97), contribuyó a la historia patria con veinte libros de *Historias*, que comprendían el período Galba-Domiciano (68-96) y diez y seis de *Anales*, probablemente posteriores a aquéllas, sobre el período anterior: Tiberio-Nerón (14-68). De las primeras faltan los años 71-96 (casi todo el reinado de Vespasiano y los de Tito y Domiciano); de los segundos, los años 38-47 (reinado de Calígula y los cuatro primeros años de Claudio) y 66-68 (años últimos de Nerón).

Tácito tiene, entre los autores de historias nacionales que aquí nos interesan, un perfil muy personal, con rasgos que le distancian mucho de Livio. A la diferencia entre ambos contribuyó por mucho el carácter de las respectivas épocas que historiaron, colmada de virtudes cívicas la republicana, y de tiranía y ruindad la imperial, uno de cuyos peores períodos tocó enjuiciar a Tácito. Tuvo así éste ocasión de componer unos cuadros vigorosísimos de la perversión humana, pródiga en aquel tiem-

po de terribles ejemplos. Las dotes para trazarlos eran espléndidas. Pocos escritores han mostrado un tan hondo conocimiento del corazón del hombre ni tanta lucidez para justipreciar sus actos. Su vida, además, iniciada con la formación en el estudio de los grandes escritores, sobre todo Tucídides, fué después, por la profesión de la filosofía, el cultivo del foro y el desempeño de cargos políticos hasta su madurez, una sabia preparación para los años de la senectud. En estos años postreros, cargado de ciencia y de experiencia, en el ambiente de serenidad que Trajano procuró a Roma, es cuando su pluma severa revivió, para condenarlos, aquellos tiempos anteriores tan llenos de oprobio. Tiene por ello Tácito tanto parentesco con los satíricos como con los historiadores, y no falta quien haya pensado que un ingenio harto mordaz le llevase a empeorar las cosas; pero es lo cierto que de tantos como fustiga ninguno ha encontrado defensores. La imparcialidad del autor parece, así, asegurada, y la excelente fama de que gozó y que le sobrevivió sirve para reforzarla [5].

Vengamos a su modo de historiar. La distinción entre el seguido en los Anales y en las Historias no es muy

---

5. Su reputación de probidad fué tal que todavía un siglo después quería el emperador Tácito demostrar su descendencia de él, tomando, además, a su cargo la difusión de sus obras. Por su parte, el historiador había insistido sobre la necesidad de la imparcialidad en los prólogos de Anales e Historias; en el de éstas dice: "Mihi Galba, Otho, Vitellius, nec beneficio nec iniuria cogniti. Dignitatem nostram a Vespasiano inchoatam, a Tito auctam, a Domitiano longius prouectam non abnuerim; sed incorruptam fidem professis nec amore quisquam et sine odio dicendus est". En el curso de su obra pueden notarse muchos rasgos que muestran no era dominado por una ciega obstinación contra todos los nuevos usos. He aquí uno. A pesar de sus continuas loas a la antigua parsimonia y rectitud, inculpa la excesiva economía de Galba en negar a los pretorianos, al adoptar a Pisón, el regalo acostumbrado en la elevación al principado; véase qué discretas palabras: "Constat potuisse conciliari animos cuantulacumque parci senis liberalitate; nocuit antiquus rigor et nimia seueritas, cui iam pares non sumus".

tajante: en ambas obras narra por años, aunque con gran latitud, sin que el sistema le confine en una sujeción tan incómoda para el historiador, si bien esa libertad es mayor en las Historias, más abundantes en largos relatos, noticias retrospectivas y digresiones. En ellas, además, parece proponerse con más ahinco desentrañar las causas de los sucesos que en los Anales, donde, por el contrario, hay más hechos acumulados brevemente. Tácito, como Tucídides, no alude a la utilidad de la Historia como maestra, pero toda la suya es una continua enseñanza, derivada del modo de referir los hechos y de sus agudas reflexiones. Expone éstas, con una concisión muy personal, en forma de sentencias. Su construcción esmeradísima, como la de todas sus frases, da a su prosa una sutileza y refinamiento «decadentes», que se aprecia sobre todo en el cotejo con la prosa de Livio, llena de fluidez y espontaneidad. De éste y de Tucídides discrepa en el uso de las arengas, que reduce a los casos en que realmente se pronunciaron, no empleándolas como recurso; suele, además, abreviarlas o exponerlas en lenguaje indirecto. En esta forma tiene muchas —otra característica suya— puestas en boca colectiva, no a nombre de un personaje determinado: «Se decía que...» En cuanto a la seguridad de sus noticias, es sin duda fidedigno en las cosas romanas, y de poco crédito en las extranjeras [6], como muestran sus errores relativos a los judíos y cris-

6. Aunque en los Anales e Historias es muy poco fundado lo que dice de otros pueblos y creencias, por deficiencia de información, tiene indudable valor la noticia que da de las costumbres de los germanos en el opúsculo que los consagró y que aprovecho la ocasión de mencionar aquí, por no haber dado cabida en el texto a ese género de obras. La veracidad con que está escrito ha hecho suponer que residió algún tiempo en el país. Por lo demás, parece que al pintar la vida natural de aquel pueblo se propuso satirizar, por vía de contraste, la depravación civilizada de Roma.

tianos, a los que —¡él, romano!— trata de supersticiosos. Ello no obsta para que dé entrada en su obra a los más inverosímiles prodigios y exponga su creencia en la adivinación de lo futuro, de lo que «clara documenta et antiqua aetas et nostra tulerit», siendo muchas veces causa de que se desacredite tal ciencia los que dicen lo que no saben. Adelantemos, para terminar, que Tácito, a diferencia de Livio, fué poco estudiado antes del Renacimiento.

Apiano de Alejandría, algo posterior a Tácito —parece que hacia el a. 150 fué nombrado gobernador de Egipto—, compuso en griego, con el título de *Romaika,* una historia romana, perdida en más de la mitad. Interesa aquí, sobre todo, consignar su plan, muy diferente del habitual. Hace primero en un prefacio una indicación de los países que formaban el Imperio, cuyo cuadro cronológico traza. Pasa luego a una serie de consideraciones sobre su grandeza y duración, que compara con las de los anteriores y explica por la prudencia, constancia y fortuna del pueblo romano. Se propone, dice al fin, exponer en una sola historia la suma de las muchas historias particulares que consultó y de lo aprendido en gran número de viajes. Pero, en vez de ofrecer un verdadero conjunto sistemático, disgrega la materia por un sistema mixto, predominantemente geográfico, consagrando varios de sus veinticuatro libros a sendas regiones: el que dedica a España (VI) es uno de los pocos conservados íntegros. Tiene tal plan el grave inconveniente de que el hilo de los sucesos se interrumpa con frecuencia, por corresponder a diversos lugares y repartirse por ello en otros tantos capítulos; así las guerras púnicas se hallan

historiadas por fracciones entre los libros consagrados a Sicilia, España y Africa, habiendo aún otro, «De la guerra de Aníbal», que trata de su campaña en Italia. Como si esto fuera poco, tiene una serie final, «De las guerras civiles», que historia todas juntas, desde la de Sila hasta la muerte de Sexto Pompeyo, por lo que, al llegar en la relación de España a Sertorio, se interrumpe, debido a corresponder su gestión a la guerra de Sila. Fuera de estos inconvenientes, la obra de Apiano, por su abundancia de noticias, por ser fuente única en algunos períodos y porque el autor revela estimables conocimientos políticos, es muy apreciada. En la historiografía posterior, como veremos, no parece haber ejercido influjo.

Dión Casio, que llegó a ser (a. 229) cónsul bajo Alejandro Severo y gobernador en Asia y en Africa, hizo —también en griego, como Apiano— una historia romana (*Istoria Romaike*) en ochenta libros, desde Eneas hasta el año de su consulado. Se han conservado diecinueve (XXXVI-LIV) y algunos fragmentos de otros; la parte que nos ha llegado con alguna continuidad empieza por las luchas de Lúculo contra Mitrídates y Tigranes. Es obra de grandes alientos, a la que sólo se ha reprochado la parcialidad contra varios personajes, sobre todo Pompeyo, Bruto, Cicerón y Séneca. La exposición, clara y eficaz, es hecha por el procedimiento cronológico normal; usa del recurso de los discursos y los diálogos, pero sin prodigarlos con exceso.

Herodiano (s. III), alejandrino que también desempeñó cargos importantes, historió en griego, en ocho libros —conservados en su totalidad— el período desde la muerte de Marco Aurelio al advenimiento de Gordiano III

(180-238). En un estilo algo afectado, como suele serlo el de este tiempo, pero con claridad y orden impecable, trazó un cuadro de los sucesivos reinados de esta sesentena, que, como el autor advierte al comienzo, contiene más cambios, sucesos y revueltas que las dos centurias anteriores del imperio. La historia de Herodiano, como dirigida a lectores griegos, aclara costumbres romanas que los latinos dan por sabidas. La obra adolece —aunque esto es mácula general de la producción de la época imperial— de constituir, más que una historia nacional, una noticia biográfica de los emperadores. Dentro de este tipo descuella por su buena exposición, que revela un hombre culto. Tiene, además, el valor de que es casi el único historiador coetáneo de los sucesos de este período. Usa mucho de discursos y retratos. En la consignación de prodigios y en reflexiones es parco.

Amiano Marcelino (s. IV) sigue este ciclo de historias nacionales con sus *Rerum gestarum libri XXXI*. Perdidos los trece primeros —desde Nerva hasta el año 16.° de Constancio—, queda lo que más interesa, por ser coetáneo del autor: los años 352-378, que comprenden el final del reinado de Constancio y los de Juliano, Joviano, Valentiniano y Valente, acabando la obra con la derrota de Andrinópolis, que el autor considera el mayor desastre de la historia de Roma después de Cannas. Amiano es el prototipo del escritor de decadencia, más aún que por el lenguaje, aunque totalmente alejado de la pureza clásica, por su manera de historiar. Hombre de variada erudición, no desperdicia ocasión de ostentarla, llenando su obra de las más dispares digresiones y haciendo continuos cotejos de los hombres y sucesos de su tiempo con

otros hombres y sucesos de que tiene noticia. Su obra fué recitada en lecturas públicas, y ello da la clave de su estilo declamatorio, con frecuentes admiraciones e interrogaciones, apóstrofes, citas a granel, versos, anécdotas, ingeniosidades. Aunque no mencione a Tácito, debió de tomarlo por modelo, y su historia abunda en cuadros sombríos y en reflexiones sobre la diferencia entre la antigua virtud romana y la corrupción de su tiempo. Incluso defiende el arte adivinatorio con palabras idénticas. Como él también, sigue el sistema de anales con una cierta flexibilidad. De los discursos usa con discreción. El relato toma a veces el carácter de memorias militares por haber participado en las campañas el autor, que habla de sí en primera persona. La historia en conjunto, descontadas las máculas dichas, es eficaz, dando una idea muy completa del breve período que ilustra, con las necesarias notas geográficas y de toda especie. Describe muy al por menor los personajes, en lo físico y en lo moral, hallando a veces frases ingeniosas para caracterizarlos; al enjuiciar muéstrase bastante imparcial, señalando en todos rasgos buenos y malos. La impresión pesimista que la obra de Amiano, a pesar de su afectación, deja en el ánimo, permitiría adivinar, si no lo supiésemos, que el derrumbamiento del imperio no estaba ya lejano.

Zósimo, funcionario imperial bajo Honorio y Teodosio II, cierra este ciclo de historias paganas. El lo fué con gran celo, como lo muestra la parcialidad de su *Nueva Historia*, que defiende el punto de vista anticristiano al explicar la decadencia del Imperio. Por ello, e interesándole sobre todo el último período, a contar de Constantino, dedica poco más de un libro a los emperadores

anteriores, en tanto que consagra cinco a los que se sucedieron desde Constancio y Galerio, terminando la parte conservada en los sucesos del a. 410. Su interés como fuente radica, pues, con especialidad, en los últimos tiempos que historia. La obra fué escrita en la segunda mitad del s. V, en griego, con buen estilo y sin recursos retóricos, incluso arengas.

c) *Sumarios o compendios.*

La historia romana, por sus vastas proporciones, invitaba a compilar y abreviar los sucesivos aportes de los investigadores, para ofrecer cómodos cuadros de conjunto. Esta necesidad se sintió ya desde los comienzos de la etapa imperial, y fueron los propios césares estimuladores de este linaje de trabajos. Estos presentan desde su inicio los caracteres que constantemente hemos de ver más tarde en las abundantes compilaciones españolas, componiéndose de un resumen abreviadísimo de lo antiguo y un relato más detallado del tiempo cercano al compilador, que en esta parte suele historiar por su cuenta.

VELEYO PATÉRCULO, protegido de Augusto y Tiberio, que alcanzó la pretura y estuvo a punto de ser cónsul, dejó un sumario de historia romana, del que falta el título, el comienzo y otra parte del texto. En poco estuvo también que no faltase lo demás, pues el único manuscrito encontrado —en el s. XVI— se perdió; pero ya se había hecho una edición impresa. Empieza lo conservado con la separación de los reyes griegos, vueltos de Troya, por la famosa tempestad, y llega hasta su tiempo, abarcando los primeros años de Tiberio. En lo antiguo —y éste es otro carácter que veremos con frecuencia en

los compendios— es universal: algo como tabla cronológica en que registra lo más relevante de los varios pueblos. No limita tales noticias a la historia política: menciona también los grandes poetas, legisladores, etc., que aparecen en los sucesivos períodos. La preocupación de Patérculo por los temas literarios, que no solían tratarse en estos trabajos, da al suyo especial interés [7]. También lo avaloran las frecuentes recapitulaciones, como la que hace de todas las colonias fundadas por Roma, la de los esfuerzos que costó el dominio de España —de cuyos habitantes exalta extraordinariamente la valentía—, la de los romanos conquistadores de nuevas provincias, etcétera. Por desgracia, hay, como se dijo, una laguna considerable en el texto conservado, que salta del robo de las sabinas a las luchas de Perseo —unos seis siglos—, a partir de lo cual la historia romana es expuesta seguida y más al por menor. El detalle se acentúa sobre todo desde que Octavio empieza a figurar; pero a la vez adquiere la narración un tono adulatorio, extremado sobre todo con Tiberio, que hace olvidar la discreción del autor en lo precedente. El Tiberio que nos dibujarán Tácito y Suetonio, cruel y solapado, celoso de todo —típico resentido, según Marañón—, lo presenta Patérculo como un espléndido ejemplar de la mejor especie de hombres; algo atenúa la falta el no haberle él conocido en su último tiempo, el más depravado. Fuera de esto, muéstrase Veleyo juicioso y sagaz. Como todos los historiadores,

7. Comentando, por ejemplo, el esplendor literario de Atenas, tan superior al del resto de Grecia, acaba con esta frase afortunada: "...adeo ut corpora gentis illius separata sint in alias ciuitates, ingenia uero solis Atheniensium muris clausa existimes". Sobre otros temas tiene también expresiones de feliz concisión, como este retrato de Sila: "Sulla, uir qui neque ad finem uictoriae satis laudari, neque post uictoriam abunde vituperari potest."

prodiga las reflexiones sobre la antigua virtud romana, cuyo término pone, y no es el único, en la destrucción de Cartago, que, quitando en adelante todo temor al pueblo rey, causó la disolución de sus costumbres.

Lucio Anneo Floro (s. II), a quien se cree español, de la familia de los Séneca, del tiempo de Trajano y Adriano, hizo otro epítome de historia romana, conocido por distintos títulos. Abarca desde Rómulo hasta Augusto. Se le consideraba simple resumen de la obra de Livio, pero discrepa a veces de él y sin duda se valió también de otras fuentes. Es Floro un excelente compendiador, oficio en el que, tanto como la aptitud para destacar lo esencial —destreza de historiador—, juega la habilidad para describir con pocas palabras —destreza de hablista y, en cierto modo, de retórico—. Suelen los abreviadores, exentos del esfuerzo de investigar, aplicar el suyo a lograr un cierto preciosismo a base de concisión quintaesenciada, tarea en que hemos visto obtener brillantes efectos de ingeniosidad a Patérculo. Floro descuella igualmente en esto que en escoger, de los autores que beneficia, todo lo verdaderamente interesante, y si echamos de menos noticias que reflejen el estado social, igual nos ocurre en los tratados extensos.

Importa ante todo a Floro poner de relieve la potencia romana. Como a Apiano, parece haberle llevado a historiar la admiración que le produce Roma, alzada en pocos siglos de tan humildes principios a tanta grandeza, crecimiento que él juzga se apreciará mejor en un breve cuadro. De la gran república admira hasta las catástrofes, pensando que con ellas quisieron los dioses simplemente poner a prueba el temple y constancia de aquel

pueblo. Si el hombre fué tal vez español, el historiador fué sin duda romano, y aunque pondera como todos el valor hispánico, cuenta con igual fruición las victorias obtenidas por los conquistadores en nuestra península que las logradas en las demás regiones. Toda la obra es un canto a la gloria romana, esmaltado de pintorescas expresiones del pasmo que le inspira su creciente esplendor. Por la buena exposición y por contener una relación seguida, sin lagunas, el libro de Floro hubo de ser en su tiempo un buen manual de divulgación.

Marco Juniano Justino, cuya vida se ignora, dudándose si vivió en el s. II o el III, hizo sendos extractos de los cuarenta y cuatro libros de una historia universal, perdida ella misma para nosotros. Era su autor Trogo Pompeyo, a quien equiparaban a Livio, Tácito y Salustio los que conocieron su obra. Esta alcanzaba hasta Augusto, en cuyo tiempo floreció, empezando desde Nino, antes del cual no había guerras de conquista. Su nombre, *Historiae Philippicae*, conservado en el «Epítoma» de Justino, lo debía a la gran extensión que en ella tenía la parte de Filipo de Macedonia. En la correspondiente a la guerra de Siria y fin de este imperio, Judea, guerras mitridáticas e historia de los reinos partio y armenio —libros XXXVI a XLII— es fuente principal. Los sucesivos pueblos dominadores: asirios, medos, persas, escitas, griegos, macedonios, cartagineses y romanos, van ocupando la atención del historiador, tal como se refleja en su abreviador. Aunque la actuación de Roma asoma ya antes esporádicamente, sólo un libro especial, el XLIII, la consagra, dedicando todo el último, XLIV, a España, honor que no concede a ninguna otra provincia del im-

perio[8]; cierto que tal vez no terminase la obra. Ocupan mucha parte las cosas fabulosas, no sabiéndose si la culpa corresponde al autor o al compendiador. Sobre el procedimiento de historiar resta añadir que Trogo, según su abreviador, no aprobaba las arengas en estilo directo; él transmite una, de Mitrídates, puesta, en efecto, en tercera persona.

Eutropio, que se cree sea el funcionario de este nombre, procónsul de Asia en 373 y prefecto del Pretorio en 380, hizo, a ruegos del emperador Valente, un *Breviarium historiae Romanae.* Debió de aparecer hacia 369 y alcanza desde la fundación de Roma hasta Joviano, inclusive. Parece bastante imparcial, a pesar de referir —con más extensión que lo anterior, según lo habitual del género— acontecimientos de su tiempo, en el que se sucedieron emperadores opuestos en creencias religiosas, con todos los cuales hubo de contemporizar. Nada dice de Constantino como cristiano, y afirma que al morir fué puesto en el rango de los dioses. De Juliano sí alude a las persecuciones, pero sin derramar —añade— sangre. En estilo y pureza de lenguaje supera a la mayoría de sus coetáneos. Por ello, por lo bien que resume y porque a veces muestra verdadera vista de historiador, fué muy apreciado, copiándole en ocasiones Rufo —de que hablaremos a continuación—, Juan de Antioquía y San Jeró-

8. Después de ponderar la fertilidad de nuestra península en toda clase de productos de los tres reinos, expone con agudeza algunas notas del carácter hispánico, coincidiendo con los demás escritores. Dice que son los españoles rápidos de piernas e inquietos de espíritu. Comentando su valor guerrero afirma que "si extraneus deest, domi hostem quaerunt", pero que en muchos siglos no tuvieron más que un general de verdad, Viriato. Se ocupa bastante de Galicia, de la que, a vuelta de algunos absurdos, hace veraces observaciones como ésta: "Feminae res domesticas agrorumque culturas administrant; ipsi armis et rapinis serviunt."

nimo; también se hicieron de la obra dos versiones griegas. Sigue el orden cronológico, reduciendo tan largo curso de siglos a un breve opúsculo.

Sexto Rufo (que otros llaman Rufo Festo y Sexto Rufo Festo), autor de un *Breviarium de victoriis et provinciis populi romani,* se supone que es el gobernador de Asia de tal nombre, nombrado en 373 para sustituir a Eutropio y que secundó con extremada crueldad las persecuciones de Valente. A éste aparece dedicada la obra, que debió de escribirse muy poco después que la de Eutropio y es también de corta extensión. Expone el conjunto en tres períodos: el de los reyes, el de los cónsules —hasta Pansa e Hircio— y el de los emperadores —Augusto a Joviano—, indicando los aumentos territoriales que hubo en cada uno. Después de este cuadro total se especifica cómo fué adquirida cada provincia, con las vicisitudes que las respectivas conquistas tuvieron. El sumario, que cumple con las condiciones de tal, fué hecho a petición del emperador. Amiano y San Jerónimo le copiaron a veces, y él, por su parte, a Eutropio, como se dijo ya.

d) *La historia de sucesos particulares.*

Probablemente la producción de este género, que exige menor esfuerzo de investigación que la historia general y nacional, sería harto más copiosa que lo conservado, reducido a dos obras si consideramos grupo aparte, por su carácter autobiográfico, las memorias militares.

Cayo Salustio Crispo (87-34 a. J.), licencioso político de vida turbulenta, que llegó a altos cargos y disfrutó de la amistad de Julio César, nos compensa de tal

escasez con dos verdaderas joyas. Estas, a su vez, hacen lamentar la pérdida de una larga historia coetánea que compuso. Ambas monografías, que no son meramente biográficas, como sus títulos —*Catilina* y *Iugurtha*— parecen indicar, no se limitan tampoco al relato de la conjuración del primero y de la guerra suscitada por el segundo. Iniciadas con sendos preámbulos en que el autor ensalza el cultivo del espíritu, de cuyas actividades prefiere él, asqueado de la política, la de historiar, sírvese de los temas escogidos para trazar un cuadro vigorosísimo de Roma. Las estragadas costumbres de su tiempo le dan ocasión para ensalzar las virtudes primitivas, cuya caída definitiva sitúa en la usurpación del poder conseguida por las armas de Sila, que, además, comenzó a regalar en demasía al ejército mandado al Asia, país que lo afeminó. Salustio se lamenta —y éste ha de ser en adelante tópico favorito de los historiadores, que lo aplicarán cada uno a su país— de que la antigua virtud romana no gozó del prez merecido porque, a diferencia de Grecia, ensalzada por tantos ilustres escritores, en Roma se obró más que se escribió. En cuanto al relato de los sucesos que forman en los dos libros el tema principal, no cabe más claridad ni mayor galanura ni exposición más eficaz, añadiendo siempre los datos complementarios que el lector pueda necesitar. Narración, retratos y discursos —muy abundantes [9]— componen un tipo de monografías tan perfectamente logradas que es difícil concebir su superación.

9. Los discursos que Salustio inserta, tan excelentes como todos los elementos de sus obras, denuncian por su misma perfección la falsedad del género. Véase, por ejemplo, la larga oración que pone en boca de Aderbal, el rival de Yugurta, en la que se ve la pluma de un buen escritor y no la palabra de un rey africano.

e) *Memorias militares.*

Especie híbrida, pueden con igual derecho colocarse dentro de la autobiografía y de la reseña de sucesos particulares, por lo que es preferible formar con ellas un grupo. Veremos que en nuestra literatura histórica, tan escasa en memorias propiamente dichas, tiene éste especial importancia.

JENOFONTE (v. págs. 9 y 30) inició este género con la *Anábasis.* Narra la expedición de Ciro el Joven contra su hermano el rey Artajerjes (a. 401 a. J.), a la que se agregó Jenofonte, que después de la derrota y muerte de Ciro dirigió en gran parte a los diez mil griegos sobrevivientes. Estos, abandonados por los asiáticos que formaban el núcleo principal del ejército expedicionario, hubieron de emprender la retirada desde las riberas del Tigris: dura odisea en que lucharon constantemente con las inclemencias del tiempo, los obstáculos de las regiones atravesadas, la enemiga de los indígenas y, griegos al fin, con las propias desavenencias entre los jefes. Jenofonte narra todo esto con encantadora sencillez y con una puntualidad que ha permitido trazar exactamente el itinerario seguido. La obra tiene toda la amenidad de un libro de viajes y aventuras, avalorado con bastantes noticias de usos y costumbres de los países por donde pasaron. De sí mismo habla en tercera persona, con su verdadero nombre, habiendo publicado el libro con un alónimo. Ello le quita la apariencia de memorias personales; pero el mayor detalle con que consigna su actuación, los abundantes discursos que pone en su boca y las noticias que da al final sobre lo que hizo al terminar

aquella empresa, acentúan en creciente su verdadero carácter.

Julio César, el genial dictador, escribió las memorias de las dos campañas que dirigió. En los *Commentarii de bello Gallico* historia su conquista de las Galias (años 58-52 a. J.), y en los *Commentarii de bello civili*, sus luchas contra Pompeyo y los que mantuvieron su partido después de su muerte, alcanzando hasta la toma de la isla del Faro de Alejandría (años 49-48). El autor no se limita a referir los hechos a que asistió; narra con igual detalle los que se realizaron, bajo el mando de sus lugartenientes, en otros teatros de la guerra, trazando así reseñas completas. Muéstrase en ambas obras el escritor de raza que halla siempre espontáneamente el dato que importa consignar y la expresión más adecuada; jamás se descubre señal de afectación ni esfuerzo, y lo que de su rapidez para redactar nos cuenta su continuador corrobora la impresión que produce su lectura, que denuncia también al hombre nacido para mandar, habituado a hacerse entender con pocas palabras. Sabe, además, sin encomiar explícitamente su actuación y mostrando gran consideración al adversario, desplegar una bien calculada imparcialidad que atraiga en su favor la simpatía de los lectores. En cuanto al contenido, cíñese al relato de sucesos en el libro de la guerra civil, y añade, para ilustrar las campañas gálicas, los datos geográficos y de costumbres que considera necesarios. Siendo la suya la primera noticia de Francia y Alemania, no hay que ponderar su interés, y es curioso hallar planteados desde tan antiguo iguales problemas que ahora entre los habitantes de las dos orillas del Rin.

Los siete libros de esta obra fueron completados con otro; los de la guerra civil lo fueron con tres, dedicados, respectivamente, a las guerras llamadas de Alejandría, de Africa y de España, donde el conflicto se liquidó, faltando el final del libro último. Todos estos añadidos se han atribuído —en parte, al parecer, sin base— a Aulo Hircio, lugarteniente de César; de éste habla el anónimo autor con afecto y admiración, disculpándose de haber osado, aunque contra su voluntad, continuar tan bella obra [10].

f) *Biografía individual.*

Jenofonte es también (v. pág. 9 y 28) el que inicia la producción conservada de este grupo, con su *Cyropedia.* Pero la figura del gran rey persa le da, más que tema, ocasión para dibujar el tipo ideal de un monarca dotado de todas las perfecciones, no oscurecidas por mancha alguna. Incluye también diálogos, al modo de los de Platón, sobre el amor, la educación de los hijos, la manera de comportarse, la política, el arte militar, etc. La leyenda que la carencia de noticias positivas sobre Ciro permitía forjar en torno a él, es diestramente aprovechada por su sedicente biógrafo. Tras una breve dis-

10. Dice de ésta y de su autor: "Constat enim inter omnes nihil tam operose ab aliis esse perfectum, quod non horum elegantia Commentariorum superetur: qui sunt editi ne scientia tantarum rerum gestarum scriptoribus deesset: adeoque probantur omnium iudicio, ut praerepta, non praebita, facultas scriptoribus videatur. Cuius tamen rei maior nostra quám reliquorum est admiratio. Caeteri, enim, quám bene atque emendate; nos, etiam, quam facile atque celeriter eos perfecerit scimus. Erat autem in Caesare cum facultas atque elegantia summa scribendi, tum uerissima suorum scientia consiliorum explicandorum". En el fasc. V de "Fontes Hispaniae antiquae", tit. *Las guerras de 72-19 a. de J. C.* (Barcelona, 1940), reproduce A. Schulten el anónimo *De bello Hispaniensi* y partes del *De bello Alexandrino,* con noticias y referencias de ambos; vid. en particular las págs. 80 y 124.

quisición sobre la dificultad de gobernar hombres, harto más indóciles que los animales a su pastor, se propone, dice, consignar cuanto acerca de tan buen soberano ha aprendido. Casi todo ello, tomado desde la infancia del rey y proseguido hasta su muerte, tiene trazas evidentes de fabuloso, pero el lector no se llama a engaño, porque los personajes que van asomando en la obra, los históricos como los probablemente creados por el autor, nos revelan lo que éste pensaba sobre diversos puntos, ofreciéndonos en suma una gran zona de su ideario. Por ser frecuente que las biografías no se ciñan a consignar los hechos del biografiado, y sirvan al escritor para exponer su propio pensar, el acentuado matiz doctrinal de la excelente obrita de Jenofonte —tan semejante al «Marco Aurelio» de nuestro Guevara— no la excluye de este género historiográfico. Junto con los diálogos dichos, abundan los discursos, imprescindibles desde Tucídides en la historia clásica.

Quinto Curcio Rufo, acerca del cual hay tal incertidumbre que se le ha asignado, como época de su vida, desde el s. I hasta el XV [11], compuso en latín una *Vida de Alejandro,* muy celebrada modernamente. Nos ha llegado con falta de los dos primeros libros y otras dos partes de la obra, habiéndose ocupado varios latinistas

11. No hubo noticia de él hasta que descubrió su obra el Panormitano; éste regaló con una lectura de ella a Alfonso V de Aragón, enfermo a la sazón, y se dice que con el gozo que recibió curó de su dolencia. No se encuentran referencias de Curcio en los autores antiguos. Parece atestiguar en favor de que viviese en el s. I, el hecho de que comentando en su obra las dificultades para sostener entre varios el imperio macedónico al morir Alejandro, que, solo, lo había soportado, dice que no sin causa el imperio romano, después de tantas discordias, ha encontrado su salvación en el mando de un solo príncipe, para el que pide el historiador una digna posteridad. Esto parece aludir a Augusto, aunque también podría aplicarse a alguno de los buenos emperadores que siguieron a períodos borrascosos en que el gobierno supremo era disputado por varios aspirantes con las armas.

en llenar tales lagunas; colmadas éstas, contiene un relato seguido, muy detallado, desde el nacimiento a la muerte del gran conquistador. Está por completo dentro del gusto clásico, con arengas, diálogos, etc.; pero a la vez produce la impresión de una esmerada obra moderna por su puntualidad y orden, por su narración eficaz y grata a la lectura, bien graduados los efectos e intercalando diestramente los comentarios que los hechos le sugieren. Préstase mucho a dudar de su autenticidad.

FLAVIO ARRIANO, asiático nombrado por Adriano (a. 134) gobernador de Capadocia, compuso en griego, entre otras obras, *Anábasis Alexandrou* (la expedición de Alejandro), que le ha valido ser llamado segundo Jenofonte. Usa y concuerda los escritos de dos testigos: Ptolomeo I y Aristóbulo. Prescinde de la niñez de su héroe, que tanto ocupó a otros escritores. Toma el hilo desde la muerte de Filipo, sin hacer preámbulo alguno sobre el pasado y el presente de Macedonia. El relato, pulcramente escrito con exactitud, imparcialidad y notable claridad, con parco uso de discursos, que reduce en número y extensión a lo necesario, goza de general aprecio. Limita las digresiones a oportunas noticias geográficas y de curiosidades, sin escatimar, en cambio, los detalles anecdóticos que pueden animar al narración. Remata la obra con una semblanza de Alejandro, en la que gradúa equitativamente loas y vituperios; aunque atenúa y disculpa sus faltas y exalta sus grandes dotes, no incurre en ditirambos desmedidos, impropios de la historia [12].

12. Prescíndese aquí, por su falta de interés para el objeto de este libro, de los otros trabajos históricos de Arriano, y, por igual motivo, de la colección de fragmentos de relatos y comentarios de los hechos de Alejandro, procedentes de múltiples autores, colegidos por Muller.

TÁCITO (v. pág. 14), puso también a prueba su talento en este género, haciendo la biografía de su suegro, *Agrícola.* Iníciala con unas consideraciones sobre la tiranía anterior —anterior al venturoso período de Nerva y Trajano—, que quitaba todo gusto y libertad para escribir vidas de hombres virtuosos. Como tal muestra en grado sumo al biografiado, atribuyéndole además otras excelencias, este afectuoso opúsculo, que Thomas, en su ensayo sobre los elogios, admira como el modelo de ellos. La principal actuación de Agrícola fué en el gobierno de Bretaña, cuya conquista —en los límites que el imperio romano alcanzó allí— fué por él terminada, conociéndose entonces que era isla. Con ocasión de ello hace Tácito su descripción, pues aunque otros lo intentaron ya, era ahora cuando podía hablarse sin que fuese de oídas. Escrito el libro con el primor habitual del autor, movido aquí, además, por una cordial estimación, es, dentro de sus obras, tan llenas de personajes indeseables, como un remanso de afecto familiar y amor a la virtud.

El *Panegírico de Trajano,* de Plinio el Joven, no entra en este grupo, por no constituir verdadera biografía, sino un elogio elocuente del gran emperador, aún viviente, sin trabazón cronológica de los hechos.

g) *Biografía colectiva.*

Debe prescindirse en este grupo de las referidas a cultivadores de disciplinas determinadas —Vidas de filósofos, etc.—, porque sus características las identifican más con la historia de las ciencias respectivas que con la his-

toriografía general. Me atengo, pues, a la biografía que forma como un capítulo de la historia política.

CORNELIO NEPOTE (s. I a. J.), de vida poco conocida, aunque fué muy apreciado por sus abundantes obras, sólo nos ha legado un libro: *De excellentibus ducibus exterarum gentium.* Aun éste, se ha dudado si es la propia obra del autor o una abreviación de mano ajena. En el breve prólogo limítase Nepote a advertir que cada pueblo tiene sus usos, por lo que no debe extrañar al lector romano que atribuya a sus personajes extranjeros algunos que en Roma se tienen por nefandos o indecorosos. Casi todos los que biografía son hombres públicos de Grecia y a su actuación pública suele limitarse [13], sin que añada apenas a lo que la historia dice de ellos. Pero sus breves noticias son escogidas con tanto tino, expuestas con tanta claridad, con observaciones tan finas y en un latín tan elegantemente sencillo, que su lectura es atrayente, y suficiente, además, para, sin ahondar mucho, dar cabal idea de los hombres que retratan. Su característica más acentuada es el equilibrio, distando por igual de la xenolatría como de la valoración excesiva de lo nacional [14]. Estima en mucho la antigua virtud romana, que él cree superaba a la de todos los pueblos; pero aprovecha todas las ocasiones para satirizar la indisciplina y corrupción de su tiempo. Después de los

13. En la vida de Pelópidas expresa su temor de parecer, si expone por extenso sus acciones, "nom uitam eius enarrare, sed historiam scribere"; pero, realmente, sus breves artículos tienen más de capítulos de historia que de verdaderas biografías, con la excepción que en el texto se consignará.

14. En la biografía de Eumenes dice que "Macedones uero milites ea tunc erant fama, quae nunc Romani feruntur; etenim semper habiti sunt fortissimi qui summam imperii potirentur", observación sagaz que tenía que lastimar el orgullo de los soldados romanos.

personajes griegos y de una breve noticia de reyes famosos, hace la biografía de Amílcar y la de Aníbal, tan elogiosa la de éste que afirma que sólo la envidia de sus conciudadanos le impidió el triunfo final. Con la vida de Catón inicia una segunda parte, una serie romana, que se sale del marco fijado por el título de la obra; pero sólo contiene dicha biografía y la de Pomponio Ático. Ésta merece mención aparte, como absolutamente distinta de todas. Nepote conoció íntimamente a dicho personaje, que, simple particular, le da materia para trazar una semblanza más extensa que las demás, una verdadera biografía, dictada por el fervor y la admiración; da la medida de lo que Nepote podía haber hecho si se hubiese aplicado a dibujarnos retratos de sus coetáneos.

Plutarco, filósofo y político griego a quien Trajano confió la educación de Adriano y el gobierno de Iliria, reflejó en sus *Vidas paralelas* el conocimiento que por igual tuvo de griegos y romanos. Su original sistema de emparejar unos con otros, según sus afinidades, se ha pensado que tenía por finalidad mostrar a los romanos, entonces en un venturoso período de poderío, que no les habían sido inferiores los griegos. Plutarco no parece haber conocido a Nepote, que siglo y medio antes historió también personajes de ambos pueblos; las respectivas biografías de Alcibíades, Temístocles, Timoleón, Pelópidas y Arístides, que figuran en ambas obras, lo demuestran cumplidamente. Aparte de ello, el procedimiento es totalmente dispar. Frente a la biografía breve de Nepote, casi limitado a segregar de la historia nacional la parte de sus héroes, Plutarco hace una ver-

dadera monografía: apura cuanto se sabe, multiplica las citas, discute la probabilidad de cada versión de un hecho, usa de abundantes anécdotas que revelan el carácter, filosofa y reflexiona acerca de su conducta y deja así fuertemente grabada su figura moral. En este desmenuzamiento de la personalidad del biografiado, los hechos más importantes no se destacan tan vigorosamente como en las rápidas reseñas de Nepote, reducidas a consignarlos, pero el estudio de caracteres es mucho más hondo. Las parejas biografiadas son: Teseo-Rómulo, Licurgo-Numa, Solón-Poblícola, Temístocles-Camilo, Pericles-Fabio Máximo, Alcibíades-Coriolano, Timoleón-Paulo Emilio, Pelópidas-Marcelo, Arístides-Catón, Filopemen-Flaminino; como se ve, están muy bien buscadas las analogías. Plutarco, muy leído en todo tiempo, ha ejercido en el género biográfico gran influencia, aunque no fué él, sino Suetonio, el modelo de los biógrafos humanistas.

Cayo Suetonio Tranquilo, coetáneo de Plutarco —fué secretario del mismo emperador de que aquél fué maestro—, hizo en sus *Duodecim Caesares* —desde Julio César hasta Nerva, inclusive— una colección de diferente tipo que las dos acabadas de reseñar. Por ser los biografiados en la suya soberanos consecutivos de Roma, el conjunto de sus vidas es a la vez un largo capítulo de la historia nacional, y como fuente importante de la misma es utilizado. Pero Suetonio no es un historiador. En toda su produción, la perdida y la conservada, muestra su predilección por el género biográfico, y lo que hace son verdaderas biografías, aplicándose a lo individual y desentendiéndose de los problemas de gobierno y de

cuanto no concierne personalmente a sus césares. Estos fueron por él fidelísimamente retratados, sin que le asuste puntualizar las monstruosidades en que casi todos incurrieron. Prodiga también los detalles de la vida corriente, que tanta curiosidad despiertan cuando se trata de hombres célebres, aguzada en los modernos por el anhelo de conocer al por menor la antigua vida familiar. Suetonio resume muy bien y compone con arte, prefiriendo al riguroso orden cronológico una agrupación de los datos y hechos por su naturaleza y especie. Como escritor, es ya francamente decadente y con él cierran los tratadistas el período clásico [15].

SCRIPTORES HISTORIAE AUGUSTAE son llamados seis verdaderos o supuestos compiladores de vidas de césares: Elio Esparciano, Vulcacio Galicano, Trebelio Polión, Flavio Vopisco, Elio Lampridio y Julio Capitolino. Sus biografías de emperadores —entre los que figuran también césares y simples aspirantes al trono— comprenden el período iniciado por Adriano (117-138) y acabado por Carino (282-285), habiendo una laguna de los años 245-252, período muy lleno de luchas por el poder, aunque ese mal fué casi endémico en toda esta época. Ahora bien, la conjetura de que se trata de una falsificación, expuesta ya en el siglo pasado y origen de copiosa bibliografía sobre el tema, sigue teniendo creciente acogida. Se ha pensado que bajo los seis nombres de autores se

15. En una de las crónicas aparecidas a nombre de Flavio Vopisco, que a continuación mencionaremos, se refiere el autor repetidas veces a Suetonio. Le incluye entre los que historiaron "non tam diserte quam uere" y, más adelante, llamándole "emendatissimus et candidissimus scriptor", entre los que omitieron el tratar de los usurpadores [que no llegaron propiamente a reinar], lo que no le extraña, porque a Suetonio "familiare fuit amare breuitatem".

esconde uno solo, sobre cuyo objetivo al lanzar tal mixtificación se hacen diversas hipótesis, que para nuestro objeto no importa exponer[16]. Aquí interesa sólo la obra misma, a la cual caracteriza el más deplorable desaliño para agrupar hechos y rasgos, alterando la exposición cronológica de aquéllos con la consignación de éstos y uniendo los más incongruentes. Por ello las biografías extensas, correspondientes a emperadores de más larga actuación, suelen ser las más imperfectas y confusas, saliendo mejor libradas las de los que dieron, por la brevedad de su aparición, poco contingente de noticias. Ello, unido al barbarismo del lenguaje, reduce el interés de estos escritos al de un copioso caudal de datos, valioso sobre todo porque en gran parte son únicos. En las publicadas a nombre de Flavio Vopisco, algo más ordenadas que las restantes, abundan, además, las transcripciones de cartas, senatus-consultos, etc., hallados por el autor en los archivos.

SEXTO AURELIO VÍCTOR, africano a quien nombró el emperador Juliano gobernador de Pannonia y prefecto de Roma, sucesivamente, cónsul en 369, compuso, también al modo de Suetonio, una obra *De Caesaribus*, que comprende la serie Augusto-Juliano. Muy inferiores a la de aquél, las biografías que la componen, de tipo abreviado, aventajan en claridad a las de la compilación de Historia Augusta, si bien pierden en riqueza de datos con respecto a ellas. Es probable que no sea suya, aunque suele figurar a su nombre, otra biografía colectiva

16. Vid. Werner Hartke: *Geschichte und Politik im spätantikem Rom. Untersuchungen über die Scriptores Historiae Augustae* (Leipzig, 1940). (Hay reseña de A. O. [Alvaro d'Ors]: "Emerita", 1942, X, 374-375.)

titulada *De uiris illustribus urbis Romae*; iníciala la reseña del rey Procas, padre de Amulio y Numitor, seguida por la de los sucesivos reyes y los personajes más ilustres del período republicano hasta Pompeyo, con un aditamento que termina con la de Cleopatra. Como las de los césares —de las que hay un epítome que, al menos en su totalidad, no debe de ser suyo—, tienen más apariencia de trabajos de vulgarización que de investigación original.

h) *Anecdotarios.*

Bajo este nombre común agruparé cuatro obras, que, con distinta finalidad, tienen afinidad en el procedimiento y en su aportación a la historia.

Valerio Máximo, cónsul en tiempo de Augusto y muy favorecido por Tiberio, dirigió a éste unos *Factorum dictorumque memorabilium libri IX*, que, en su forma conservada, se ha dudado si representan la obra original o un resumen de ella. Esta colección ha sido en todos los tiempos muy explotada y cuenta con larga descendencia. Merece, sin duda, su difusión, porque ofrece, bien distribuídos, gran copia de rasgos característicos de los romanos primitivos [17] y, en menor escala, de los demás países de la antigüedad, Grecia en primer término. En un breve prólogo, en que invoca para su obra la protección imperial en frases adulatorias, dice que reúne los hechos y dichos consignados en muchos libros, para comodidad del lector, no por enmendar la plana a tan

17. Valerio, como todos los historiadores de la época imperial, desdeña por corrompida la sociedad de su tiempo y busca sus ejemplos en la época de la "virtud romana".

buenos historiadores como ha habido. (Se advierte sobre todo el uso que hizo de la gran cantera de Livio, cuyas propias palabras recuerdan muchas de sus anécdotas.) Divide los libros en capítulos, con un total de noventa y uno, con sendos títulos y compuestos de series numeradas de ejemplos. Se comprenderá, pues, que en tan vasto plan abarca un completísimo cuestionario. Hay rasgos característicos tocantes a religión y superstición, ritos matrimoniales, magistraturas, instituciones militares, espectáculos, vicios y virtudes, elevaciones y caídas, afecto familiar, pudor, justicia, fidelidad, sabiduría, astucia, elocuencia, ambición, parecido físico, etc., mostrando en parangón los casos opuestos en cada tema. Los capítulos comienzan a veces por un breve preámbulo, en que hace consideraciones sobre el punto de que va a ocuparse. Unos exponen ejemplos romanos y extranjeros; otros prescinden de éstos. En conjunto, los varios centenares de anécdotas reunidas componen una obra a la vez instructiva y de pasatiempo.

Aulo Gelio, noble nacido en el reinado de Adriano, aprovechó sus ocios para compilar, con sus lecturas y sus personales observaciones, una colección de breves noticias. La tituló *Noctium Atticarum commentarius*, por haberlas escrito en las largas noches de invierno pasadas en el Atica. Su finalidad es sólo ofrecer un instructivo pasatiempo a sus hijos; pero como gran parte de los trescientos noventa y siete artículos que comprende son anécdotas de personajes de todas clases —políticos, filósofos, escritores, cómicos...— y noticias que ilustran sobre las opiniones de los antiguos acerca de los puntos más dispares, merece ser citada a continuación de la de Valerio.

Queda, con todo, a gran distancia de ella en el aspecto en que aquí nos interesan, tanto por el mucho lugar que en ella tiene los temas meramente lingüísticos como por el desorden —deliberado— con que la agrupación de artículos está hecha.

Julio Obsequens, escritor cuya vida se ignora, situándosele por unos en el s. I y por otros en el IV, compuso un libro *Prodigiorum*. El relato de éstos es ordenado por los consulados, o sea por años. Faltan los cincuenta y cuatro capítulos primeros y varios otros; lo conservado va desde el correspondiente al consulado de Escipión y Lelio (a. 192 a. J.) hasta el de Fabio y Elio (a. 13 a. J.). He aludido repetidamente ya al gran lugar que los hechos prodigiosos tenían en la religión y gobierno de los romanos, quienes se apresuraban a interpretarlos y a dulcificar con sacrificios la cólera de los dioses, que suponían manifiesta en tal forma. Se registraban, pues, en los Anales de Roma, y los historiadores y otros escritores no dudaban en consignarlos en sus obras, incluso en los últimos tiempos del imperio. No extrañemos, pues, que nuestro autor los considerase de suficiente interés para formar con su simple mención toda una obra, si bien varios capítulos comprenden también, tal vez como explicativos de tales fenómenos, hechos de la historia política, algunos de los cuales son gracias a él conocidos. La exposición es escueta; no cabe mayor concisión, ni más claridad tampoco [18].

---

18. He aquí uno de los capítulos de extensión media, por vía de ejemplo: "LXXIX. Publio Africano et Lelio, coss. Amiterni puer tribus pedibus, una manu natus; Romae et circa fulmine pleraque icta; Caere sanguinis riui terra fluxerunt, et nocte caelum ac terra ardere uisum; Frusinone aurum sacrum mures adroserunt; Lanuvii inter horam tertiam et quintam duo discolores circuli so-

SEXTO JULIO FRONTINO (prox. 40-106), tres veces cónsul y distinguido general, escribió *Strategematicon libri quatuor*, en los que, para comodidad de los aficionados al arte militar, distribuyó sistemáticamente las astucias e ingeniosidades realizadas por diversos caudillos. Como Valerio Máximo, no se limita a hechos, sino que expone igualmente dichos, y, como él también, toma su materia de las obras históricas, en que tales anécdotas se perdían entre la infinidad de sucesos de todo tipo. Frontino agrupa sus estratagemas en tres libros, incluyendo en el primero ejemplos de lo que puede hacerse antes de la batalla, en el segundo los relativos a la batalla misma hasta la entera sumisión del enemigo, y en el tercero los referentes al ataque y defensa de plazas. Cada libro comprende diversos capítulos sobre sendos puntos que un título especial determina: cómo ocultar los propósitos al enemigo, cómo explorar los suyos, cómo asegurar las probabilidades, cómo trasladar un ejército por lugares ocupados por los contrarios, etc. La exposición es rápida y descarnada, pues el autor no se proponía obtener bellezas de exposición, sino un objetivo de mera enseñanza.

Tal es, a grandes rasgos, el conjunto que ofrece la historiografía clásica. En él podían hallar las literaturas nacionales modelos de todos los géneros para su iniciación. Pero antes de reflejarse en ellas tiene una prolongación, o, más bien, una renovación, en la historiografía cristiana, que aportará diversos elementos de que carecieron los historiadores paganos.

lem cinxerunt, rubente alter, alter candida linea; stella arsit per dies triginta duos. Et quum Carthago obsideretur, in captivos Romanorum per Hasdrubalem barbaro modo saevitum. Mox Carthago per Aemilianum diruta."

II) La historiografía cristiana.

Los historiadores paganos habían acertado a desprender la narración de hechos positivos de los primitivos relatos legendarios y se aplicaron luego a discernir sus causas humanas. Viendo en el conocimiento de éstas un copioso filón de experiencias aprovechables, consideraron que la máxima utilidad de la Historia estaba en la enseñanza que procuraba. La orientaron, de acuerdo con tal presunción, en el sentido de *magistra vitae*, para lo que reforzaron sus medios naturales con cuantos discursos, diálogos y sentencias diputaba el historiador pertinentes para tal fin. Con el empleo de estos recursos, un gran esmero puesto en la concepción de las obras y un lenguaje muy cuidado, lograron los autores clásicos crear un bello género literario, que recogía los acontecimientos políticos de los pueblos más notorios de la antigüedad, y, excepcionalmente, rasgos de la historia interna. La materia fué tratada en abundantes casos con la máxima capacidad. Se ejercitaron en la faena historiográfica hombres de honda formación filosófica, y práctica política y militar. Otros no omitieron cuantos viajes e investigaciones pudiesen prepararles para historiar sobre segura base.

Pero algo falló, a pesar de tantas excelencias: les faltó la concepción de conjunto de la humanidad y el atisbo de su evolución progresiva. Ni atinaron con el verdadero sentido de universalidad ni con el genuino objetivo de la Historia: encadenar todo lo pretérito como preparación y gestación de lo venidero, aspirando a

captar el hilo conductor de los acontecimientos y la significación de su continuidad. De igual modo que al concepto de género humano sustituyeron el de un conjunto de pueblos insolidarios entre sí, cada uno con sus dioses y su destino particular, concibieron las épocas sucesivas como disgregadas, sin articularse en una directiva que denuncie la vigilante dirección de una divinidad permanente. Las suyas obraban más bien de un modo esporádico, manifestándose en casos determinados por medio de prodigios reveladores de su ira ocasional. que los pueblos se apresuraban a aplacar con los correspondientes sacrificios. La Historia carecía así de significación total y sólo ofrecía copiosos ejemplos individuales que los hombres podían utilizar como normas, positivas o negativas, de conducta.

Los cristianos aplicaron venturosamente al campo histórico su nueva concepción de la vida humana, como obra de un Dios único que creó al hombre, y planeó y dirige su peregrinación sobre la tierra. El cristiano no admite ya la distinción entre pueblos de primera categoría y «bárbaros»; todos proceden de un mismo tronco y sólo su propia conducta religiosa y moral determinará su suerte futura. Tampoco admite que el azar haya trazado la fortuna de las naciones; ve en las vicisitudes de éstas misteriosos designios, cuya adivinación estimula todo su ingenio. Aguijados por ese anhelo, y tal vez por reacción contra el indiferentismo pagano, los creyentes de la nueva fe se exceden en sus esfuerzos de interpretación y conceden ingenuamente a muchos hechos naturales un significado oculto, de que el curso del tiempo viene a privarles. Pero el camino queda abierto y los

intentos de los primeros cristianos sirven para renovar el ambiente y hacer posibles reiterados planteamientos de problemas que los historiadores clásicos no alcanzaron a suscitar. En el aspecto artístico, por el contrario, la historiografía cristiana significa un retroceso. Tenía forzosamente que serlo, pues nació ya en período de franca decadencia y hubo, por otra parte, de mirar con horror las galas clásicas, que le recordaban demasiado al paganismo y pensaba que podían dañar al fondo de su doctrina. Como dirigida, además, a la multitud iletrada que predominaba en los primeros prosélitos, requería más claridad de expresión que elegancia literaria. Sólo más adelante se dibujó la tendencia de combatir a los paganos con sus propias armas, expresando las nuevas verdades con los primores antiguos.

Lo mismo que al resumir la historia clásica, reseñaré la cristiana mediante la exposición separada de cada género, si bien ateniéndome ahora a los grupos y obras que basten a dar idea de sus principales aportes.

a) *Historia general.*

Cuando este género empieza a ser cultivado por los cristianos, se marcan pronto tres direcciones, que desarrollan sendos temas, sugeridos por las nuevas necesidades. La vida y muerte de Jesucristo, la propagación de sus doctrinas, las persecuciones y martirios, la constitución y desenvolvimiento de la Iglesia, las luchas heréticas, constituyen el punto de máximo interés, dando origen a la «Historia eclesiástica». De otra parte, los ataques que sufre el Cristianismo, lanzados por los paganos,

no bastan para contenerlos las obras teológicas; los fieles de Cristo esgrimen, junto a los argumentos doctrinarios, los que ofrece la historia misma, y surge así la que podemos llamar «Historia polémica». En fin, la misma historia profana, al modo antiguo, debe seguir siendo cultivada a la luz de las nuevas creencias, sirviendo como de preparación y explicación previa de ellas.

1) *Historia eclesiástica.*

Eusebio (próx. 260-340), obispo de Cesárea (Palestina), teólogo muy discutido como simpatizante con el airianismo, aunque suscribió el símbolo de Nicea, de cuyo Concilio fué figura preeminente, es llamado el Padre de la historia eclesiástica. No fué el primero en cultivarla, pues sabemos, por lo menos, de un predecesor: Hegesipo, que escribió una en el siglo II; pero sólo quedan fragmentos, conservados por el propio Eusebio. La que éste compuso, en griego, titulada *Historia de la Iglesia cristiana*, apareció en 324 ó 325. Nos ha llegado en su integridad y tiene el enorme interés de desbrozar el período primitivo del Cristianismo, tan intrincado como suelen serlo todos los comienzos. Además, perdido lo que antes pudiera haberse hecho, sólo contó con su propio esfuerzo; el autor, en efecto, pondera sus dificultades por ser el primero que se arriesga en tan difícil camino. Los propósitos que declara son: consignar las sucesiones de los Apóstoles desde el tiempo de Jesucristo hasta el suyo; historiar lo que se hizo para constituir la Iglesia; dar noticia de prelados y personas notables, incluso escritores, y entre éstos los heréticos; reseñar los males sufri-

dos por los judíos por haber obrado contra su Salvador; persecuciones y martirios. El texto comienza con un largo capítulo en que identifica a Jesús con el Verbo del Dios único que se manifiesta en las profecías contenidas en el Antiguo Testamento, mostrando así que el Cristianismo no era una nueva religión, sino que esencialmente fueron cristianos los que en todo tiempo adoraron al verdadero Dios. Igual carácter de demostración tiene el cuerpo de la historia eclesiástica propiamente dicha, empezada desde el capítulo siguiente, que por su entusiasmo apologético en nada se asemeja a la fría indagación de los historiógrafos paganos. Nace así la historia cristiana como exposición de la voluntad divina a través de los hechos en que se manifiesta.

SULPICIO SEVERO (próx. 363-425), noble aquitano retirado en su madurez a un monasterio, merece mención especial entre los diversos continuadores de la obra de Eusebio. Este había acudido a la primordial necesidad de dar a conocer a los fieles los comienzos de la Iglesia, fiando sólo el interés de su obra a la importancia de los hechos referidos. Severo quiso mostrar que la historia religiosa podía ser expuesta tan primorosamente como la profana, y atraerse así a los lectores cultos que la rudeza de los escritos en curso desaficionase de su contenido. Compuso, pues, en latín una *Historia sacra* en tan buen estilo que se le ha llamado el Salustio cristiano, siendo, en opinión de Scalígero, «ecclesiasticorum purissimus scriptor». Los dos libros que la forman compendian la historia hebrea, tal como la exponen el Antiguo Testamento y Josefo, y pasa del nacimiento de Jesús al período iniciado por la persecución de Nerón, llevando su

obra hasta los comienzos del siglo V. Elude así la parte que historian los Evangelios y los *Hechos de los Apóstoles,* «por temor —dice— a que la forma de su breve compendio dañe a la dignidad de los asuntos». Obra, la suya, de divulgación, tiene, no obstante, aparte de su interés literario, especial valor por las noticias que da del arrianismo y, sobre todo, del priscilianismo, para cuyo estudio es fuente capital. Poco conocida en la Edad Media, fué, en cambio, desde mediados del siglo XVI, en que se hizo la edición príncipe, texto de historia sagrada por mucho tiempo.

Coinciden Eusebio y Severo en referirse exclusivamente a los temas religiosos. Otros tratadistas de historia eclesiástica, como San Gregorio de Tours en la que hizo de los francos, dan cabida a muchas noticias de la historia civil, para la que son fuente tan importante como para la sagrada. Una tercera variedad forman las historias en que se da particular importancia a la reseña de herejías, ya para defenderlas, como la *Historia de la Iglesia,* de Filostorgio (s. IV), que se muestra en ella celoso arriano, siendo conocida por un extracto de Focio, en griego, como el original; ya para combatirlas, como la *Historia de los Arrianos, dirigida a los monjes,* de San Atanasio (s. III), en griego también, o los *Fragmenta historica* de S. Hilario de Poitiers (s. IV), aunque no es propiamente historia, sino colección de documentos relativos al arrianismo, que se supone hecha por otro, tomándolos de alguna obra del santo perdida para nosotros.

2) *Historia polémica.*

Tertuliano (m. 245) y S. Cipriano (m. 258) aluden ya a la incriminación que lanzaban los paganos contra el cristianismo, afirmando que desde su aparición se habían aumentado los males de la humanidad. En los comienzos del s. IV el apologista Arnobio se basaba en la refutación de ese cargo para escribir sus *Disputationum adversus gentes libri VII*; pero desarrolla su tema por medios puramente doctrinales, sin apoyarse en la Historia.

LACTANCIO (próx. 250-325), discípulo de Arnobio, consagró una de sus obras a responder, indirectamente, a la acusación de los paganos. Titúlase *De Mortibus Persecutorum* y trata de mostrar el desastrado fin que tuvieron los perseguidores del cristianismo, tan contrario al plácido término de sus protectores, como Constantino, que «in lecto suo requiem vitae, sicut optabat, accepit». Lactancio empieza su reseña por Nerón, pero trata con mayor extensión los coetáneos: Diocleciano, Maximiano, Severo, etc. La pasión le lleva con frecuencia a juicios injustos, quitando ello a la prédica su eficacia; en cambio, esa misma vehemencia comunica al relato mayor animación y atractivo.

SAN AGUSTÍN (354-430), el famoso obispo de Hipona, fué quien realizó magistralmente, en su obra *De Civitate Dei*, no sólo el ideal de la historia polémica que las circunstancias demandaban, sino la más grandiosa concepción de conjunto de la vida humana desde el punto de vista cristiano. La obra fué iniciada el año 412, aunque no terminada hasta el 426. Estaba, pues, reciente la

toma y saqueo de Roma por Alarico (410), desastre que había recrudecido las acusaciones de los paganos, que de todo culpaban al olvido de sus dioses. San Agustín comienza su vasto tratado apoyándose en el hecho de que los templos del Dios verdadero sirvieron de refugio, respetado por los invasores, a cuantos en ellos se acogieron, cristianos y paganos, en tanto que los templos de los antiguos dioses nunca habían defendido a nadie contra las violencias de la guerra. Quita, después, importancia a cuantos sufrimientos pueda deparar la vida corporal, que alcanzan por igual a buenos y a malos; lo único que cuenta para el creyente es la vida futura, la definitiva, pues considera la terrena como una simple peregrinación. Aplica luego su acerada crítica, aguzada con frecuencia en finísima ironía, contra los dioses, verdaderos corruptores de los hombres, lo que denuncia en ellos su verdadero ser: el de demonios que se complacen en nuestra perdición. Cierto que los filósofos descubrieron mucho bueno; pero los hombres se atenían más a los vicios practicados por Júpiter que a las virtudes alabadas por Platón, y de ahí la depravación que pronto se enseñoreó del mundo pagano. Hace un recorrido de la historia de Roma, subrayando sus calamidades, de que los dioses no les libraron, y mostrando cómo sus mismas glorias guerreras no depararon, a los vencedores como a los vencidos, sino nuevos males. Y, antes también de Cristo, otros imperios habían desaparecido sin que, unidos tantos dioses, pudieran impedirlo, mientras uno solo, el verdadero, protegió tan eficazmente a los judíos cuando fueron dignos de ello. Y El fué también quien gobernó los destinos de los romanos, no el hado, frente al cual opone el autor

la presciencia divina y el libre albedrío. Si, pues, los dioses no deparan siquiera los bienes de la tierra, ¿no será absurdo pedirles los de la otra vida? San Agustín critica a continuación las teorías de los antiguos filósofos, señalando los atisbos de la verdad que a veces tuvo Platón, por lo que se inclina a la creencia de los que le supusieron un conocimiento del Antiguo Testamento. Todo esto forma los diez primeros libros. Los doce restantes son los que responden especialmente a la finalidad que expresa el título, historiando, por decirlo así, la ciudad terrena y la ciudad celestial. Debe advertirse que unas veces entiende estos términos como meramente alegóricos y otras se refiere en particular a Babilonia y Roma, como materializaciones de la primera, y a Jerusalén, como representante en la tierra de la segunda; pero ello no origina confusión a un lector atento. Ambas ciudades, esto es, los dos grupos humanos predestinados para la perdición y para la salvación eternas, nacen a la vez, con la creación del hombre, y de esta misma, en cuya dilucidación pone el autor admirable sagacidad, arranca la exposición de su proceso. Imposible resumir cuanto van sugiriéndole los hechos, el sentido que encuentra en las profecías consignadas en la Biblia, las relaciones que descubre entre puntos del Antiguo y del Nuevo Testamento. El hilo de continuidad de la ciudad divina, difícil de captar desde el diluvio hasta Abrahán, lo toma ya con seguridad a partir de éste, personificándola en los hebreos fieles. Su fundamento, como puede suponerse, es la Biblia, y al utilizarla se atiene al doble punto de vista, repetidamente expuesto, de que ni en ella es todo hechos reales, ni todo pura alegoría, sino que tiene de ambas co-

sas. Llevada así la historia de la ciudad de Dios hasta el nacimiento de Cristo, reemprende, desde Abrahán también, la de la ciudad terrena, o sea la de los antiguos imperios, y ésta es la parte más endeble de la obra, tanto por el gran lugar que en ella tiene la fábula como por el desorden de la exposición. Examina luego las profecías hebreas, realizadas más tarde en Cristo, y pondera la antigüedad de los profetas, con que el pueblo judío contó desde el comienzo de su historia. Un cotejo de la bienaventuranza que la vida terrena y la ultraterrena pueden procurar; un examen de los testimonios que los textos sagrados nos ofrecen cerca del Juicio final, y sendas descripciones de las penas infernales y de la gloria celestial, completan este monumento gigantesco de la ciencia cristiana. La firme base de ésta, frente al insostenible tinglado del politeísmo, a que vino a sustituir, queda tan bien sentada por su elocuente apologista, que toda justificación de los antiguos dioses es desde entonces inconcebible. En la nueva historiografía, la vehemencia puesta en su prédica por el obispo africano contribuyó por mucho a acentuar el tono de demostración evangélica que desde sus comienzos había adoptado.

3) *Historia general propiamente dicha.*

Eusebio de Cesárea inició también el cultivo cristiano de este género, modelado ya por los historiadores clásicos, con un *Chronicon*, perdido en su original griego, pero conservado en versiones. La más afortunada de éstas fué una latina, hecha por S. Jerónimo (m. 420). La obra de Eusebio empieza por una exposición de los

sistemas cronológicos de los caldeos, asirios, hebreos, egipcios, griegos y romanos; sigue por el relato bíblico tomado desde la Creación, pero reducido casi a la escueta enumeración de las generaciones, que tanto habrá de repetir la historiografía medieval; continúa con una lista de reyes de los imperios al fin embebidos en el romano, y acaba con lo que constituye su cuerpo principal: unas tablas sincrónicas de la historia de los distintos pueblos antiguos, llegando hasta el año vigésimo de Constantino (325). A partir de la toma de Troya, S. Jerónimo no se limitó a traducir, sino que amplió con noticias tomadas de otros libros, y al final prolongó la exposición, con igual procedimiento, hasta la muerte de Valente, en 378. (El período de Graciano y Teodosio dice que lo reservaba para otra obra más extensa, que no se sabe llegase a realizar.) La crónica original había sido publicada hacia 303 y continuada después hasta el año citado de Constantino. Marca muy bien el punto de separación de la historia clásica, con sus personajes míticos —dioses inclusive— e históricos o seudohistóricos mezclados, y la historia cristiana, con su sujeción al texto y cronología de la Biblia, antes sólo adoptados por los judíos, y la consignación de datos de la historia eclesiástica. Preparaba así el camino para la obra que a esta última habría de consagrar (v. pág. 48), exponiendo previamente sus antecedentes y dejando dilucidados los problemas cronológicos. En su refundición latina, única conocida en Occidente hasta el s. XVIII, en que se descubrió otra versión armenia, fué considerada desde muy antiguo como el arranque de la historia general al modo cristiano, y sucesivas continuaciones prolongaron su contenido hasta los

tiempos modernos. De tales continuaciones sólo interesa mencionar aquí, por corresponder las demás a tiempos que estudiaremos en otros lugares, la de Próspero de Aquitania, que, enlazando con la parte historiada por San Jerónimo, la prosiguió hasta el año 447. Otros cronistas, en vez de proseguir la obra de Eusebio, se inspiraron en ella para trabajos de distinto tipo, como Casiodoro, el secretario del rey ostrogodo Teodorico; su *Chronicon*, desde Adán hasta 519, tras una relación de reyes asirios y otra de reyes «latinos», contiene una completa lista de cónsules romanos hasta el año citado, que es lo que le da su mayor mérito.

b) *Historia nacional.*

Fundida por los historiadores cristianos la historia de Roma con la eclesiástica, la historiografía de tipo nacional apenas es cultivada. Mencionaré sólo dos escritores. Prisco (s. v) compuso en griego una *Historia bizantina* del período coetáneo, de la que sólo quedan fragmentos, algunos interesantísimos por los detalles que dan de los hunos y de Atila, al que visitó como enviado de Teodosio II. Casiodoro, recién citado, escribió una *Historia Gothica*, sólo conservada en un resumen hecho en 551 por Jordanes, godo él mismo, en su *Historia Getarum.* Jordanes, compilador también de un cronicón poco valioso, del tipo de los antes aludidos, extractó de memoria la obra de Casiodoro, tras una lectura que se le permitió. Los reyes godos son tomados desde muy antiguo, forjándose unas listas tan fantásticas, probablemente, como las asignadas a los demás pueblos por otros historiadores. La

reseña prosigue hasta el tiempo de Justiniano. Esta última parte tiene más interés —especial para nosotros, por referirse a nuestros visigodos—; pero toda la obra, que rebosa credulidad e infantilismo, es un escueto recorrido cronológico sin detalles atrayentes. Tanto el original como el compendio se escribieron en latín.

c) *Biografía colectiva.*

San Jerónimo fué, con su *Liber de uiris illustribus*, el iniciador de este género en la historiografía cristiana. Lo orientó en el mismo sentido apologético-polémico que informa a toda ésta. Propónese con su obra que los «rabidi adversum Christum canes» aprendan que también la Iglesia tiene sus doctores elocuentes; era, en efecto, frecuente que los paganos despreciasen en este terreno a los fieles. Por ello no se aplica a exaltar hombres virtuosos, pero iletrados, en lo que hubiera tenido el santo vasto campo en que espigar, sino que busca dar a conocer los que contribuyeron a la literatura cristiana con sus escritos. Pondera sus dificultades, pues, al contrario de los gentiles, que dispusieron de historias y anales, él tiene por «pessimum magistrum» a sí mismo, contando sólo con la ayuda de la Historia eclesiástica de Eusebio. Se defiende previamente de las omisiones en que pueda incurrir, imputables a los propios omitidos que no hayan divulgado sus escritos. La serie de biografías empieza por S. Pedro, sigue por los otros apóstoles que dejaron escritos y por los evangelistas, y continúa por otros escritores, muchos de ellos poco conocidos, de algunos de los cuales no hay más mención que ésta: el número to-

tal es de ciento treinta y siete, contando dos que han podido añadirse en las ediciones modernas. Se advierte pronto que el autor quería a toda costa amplificar su lista, como lo muestra el incluir a Séneca, basándose en unas supuestas cartas cambiadas entre él y S. Pablo, y al historiador Josefo, del que menciona palabras respetuosas sobre el cristianismo. Comprende también heréticos, cuyo carácter de tales lamentó S. Agustín que no remachase más para evitar confusión. Esto podría justificarse por la brevedad con que redactó la generalidad de los artículos, limitados muchos a mencionar el nombre, el tiempo en que vivieron y el título de la obra u obras. Incluso en casos en que puede suponerse que poseería más información, como en el de su maestro S. Gregorio Nazianceno, no hizo verdaderas biografías. Se le ha tachado, con todo, de medir la extensión de éstas por la simpatía o antipatía que le inspiraban los hombres a que se refieren. Acaba la obra con la suya propia, redactada en primera persona y sin más detalles, también, que la lista de sus escritos.

GENADIO, clérigo marsellés del s. V, fué el primer continuador de S. Jerónimo en otra obra de igual título. Con la biografía de éste, a modo de enlace, forma un preámbulo, y da a continuación una nueva serie de cien escritores, algunos del período comprendido por S. Jerónimo, que era desde la Pasión de Cristo hasta el año décimocuarto de Teodosio; «la causa de la omisión fué, sin duda —dice Genadio—, que entonces desconocía el santo la lengua siríaca». El tipo de los artículos sigue siendo el mismo del iniciador, salvo que el continuador no suele puntualizar el tiempo en que vivieron los autores

citados; admite como aquél, indistintamente, ortodoxos y heterodoxos, y termina, asimismo, con un artículo dedicado a sí propio.

d) *Biografía individual. Hagiografía.*

Sabemos por las dos obras recién citadas que se escribieron muchas no llegadas a nosotros, sin que haya para ello la explicación, justa para las producciones paganas, de su deliberada destrucción por la religión triunfante. Bastó, pues, el trastorno del período de las invasiones para hacer desaparecer abundantes escritos, y ello explica sobre todo la falta de los de poca extensión, como suelen ser las biografías unipersonales. Sólo tiene exuberancia la rama de las vidas de santos o de quienes, como ellos, dejaron huella en el entusiasmo de los creyentes, como una de Constantino, hecha por el tan mencionado Eusebio, que, respondiendo a ese estado de ánimo, tiene más de panegírico que de biografía. Junto a los protectores de la nueva religión, inspiraron la veneración más fervorosa, en los primeros tiempos, los mártires; también a esta devoción satisfizo, entre otros, Eusebio con sus *Mártires de Palestina*, reseña de martirios de gran parte de los cuales fué testigo. Pero cuando la literatura cristiana toma su incremento el tiempo de los mártires ha pasado y las vidas de santos que gozan en adelante de mayor predilección son las de ascetas. Sus virtudes son ponderadas de boca en boca, y ellos aureolados con la fama de sus milagros, que la fe popular multiplica al divulgarlos. Los relatos de tales prodigios, dando satisfacción al anhelo de maravillas innato en el hombre, creó

en torno a estos nuevos santos un ambiente sobrenatural, que los hagiógrafos conservaron en sus escritos. Así lo hizo ya en el s. III S. Atanasio en su biografía de San Antonio, el popular instituidor de la vida monástica, con la que creó el tipo de lo que Camilo Jullian ha llamado «epopeya de milagros». Y San Jerónimo, en las que consagró a los santos monjes Pablo, Malco e Hilarión. Y Sulpicio Severo, cuyos primores estilísticos fueron también empleados en una *Vida de San Martín*, extraordinariamente difundida en la Edad Media. Esta obra, en la que Severo superó a sus antecesores en la acumulación sobre su santo de milagros de todas procedencias, repitiendo incluso los que aquéllos habían atribuído a los suyos, fué el modelo que siguió cultivándose mientras los autores no pudieron tener otra norma que la inspiración popular. Púsose así este género al margen de la historiografía, entrando más bien en la literatura de devoción.

CAPITULO I

Los comienzos de la historiografía nacional. El período visigodo.

Al iniciar el examen de los orígenes de la historiografía española se comprueba ya la eficacia del auxilio que nos presta el conocimiento de la anterior producción grecolatina. Esta previa información de los modelos con que contaban nuestros primeros historiadores permite apreciar en su totalidad la interesante trayectoria que hubieron de recorrer hasta lograr un tipo plenamente nacional.

Sabemos que los escritores cristianos, anteponiendo el carácter de tales a toda consideración de patria terrena, habían de hecho diluído la historia nacional en la historia general eclesiástico-profana. De ésta, pues, hubieron de partir los primeros cultivadores en las nuevas nacionalidades. A los nuestros, paralelamente a la dificultad que significaba esa carencia de modelos de tipo nacional, se ofrecía el obstáculo de la división de la Península entre varios ocupantes, en desigualdad de condiciones de dominio.

No es dudoso que el principal núcleo étnico seguía siendo la antigua población hispánica, que hasta medio siglo después no se consideró desligada del imperio de

Occidente; sobre diversas partes de ella actuaban, sin gran continuidad y fijeza, los grupos germánicos ingresados. Teniendo éstos en su favor la preponderancia militar y aquélla la superioridad numérica y la cultural, ninguno podía ostentar plenamente la representación del elemento central directivo, que demanda toda historia nacional. En este aspecto tiene la historiografía de este período de formación un interés que no parece haber sido debidamente apreciado. Además de marcar, en efecto, las etapas por que hubo de pasar la historia general hasta convertirse en nacional, permite apreciar dónde los sucesivos historiadores van situando el eje de la representación patria.

Orosio es todavía un romano cristiano para el que todo el mundo conocido es patria por igual. Hidacio va concentrándose en su península natal y, dentro de ella, en su región galaica, por lo que son las andanzas suevas lo que le preocupa más; la representación patria la tiene en su obra la población que él llama indistintamente hispana y romana. El Biclarense personifica ya en los reyes godos, aunque dolido aún de su mácula de arrianos, la dirección del país. San Isidoro, en fin, que exhala su patriotismo en el encendido elogio de España, la representa ya sin vacilar en el pueblo visigodo, para él el más valeroso, el mejor dotado de todos, cuya admiración transpira de todas sus páginas [1]. Por otras fuentes sabemos

1. En la "Introducción" del vol. III de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, encuentro este cotejo de los tres últimos historiadores, que me complazco en recoger como palabras de maestro: "Al leer a Hidacio asistimos al laborioso parto de España y de su historia; en el Biclarense vemos crecer una historia de España, aunque sujeta todavía a una Crónica de emperadores; Isidoro es el primero que saca esa historia de la tutela imperial, para darle independencia y espíritu propio. El metropolitano de Sevilla no es godo, como el monje Biclarense, es romano,

que el período visigodo acabó sin que la fusión de germanos e hispanorromanos fuese perfecta, pero los cultivadores de la historia política habían ya encontrado un sujeto en quien centrar la vida patria, y en adelante ya no hay vacilación. La historia nacional ha logrado con ello su forma definitiva, eliminando a la vez los elementos extranacionales.

En las demás especies historiográficas veremos que nuestros escritores no hacen esencial variación al adoptarlas para su cultivo.

a) *Historia polémica.*

Comienzo la reseña por este género porque la obra que le representa, primera, cronológicamente, en la serie española, liga muy bien la historiografía cristiana general con la producción patria.

OROSIO (n. en Tarragona o en Braga, hacia 390) fué su autor. Gran admirador de San Agustín, la escribió por su consejo, como ampliación de la materia que aquél trató en el libro III de «La Ciudad de Dios». Su título es *Historiarum adversus paganos libri VII*[2]; se la ha llamado también *Moesta mundi*, y quizá la designación que mejor la refleja es la de *Adversus quaerulos Christiani nominis*, que le da Genadio en sus «Viris illustribus». Insistiendo en el tema agustiniano, trata de demostrar que los males recientes son muy llevaderos, en parangón con

---

y, sin embargo, participa del mismo entusiasmo goticista, pues ya para unos como para otros los destinos de España estaban indisolublemente ligados a los del pueblo que había hecho de la península una monarquía poderosa". (*o. c.*, pág. XXXIV.)

2. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 630; puede ampliarse la noticia de O. en R. G. y García de Castro, *Paulo Orosio, discípulo de San Agustín.* "Boletín de la Univ. de Granada", 1931, III. 3-28.

los antiguos, y que unos y otros son consecuencia del pecado original y de la pertinaz maldad de los hombres [3]. Pero al tomar por punto central lo que en San Agustín era simple rueda del engranaje de conjunto, se eleva Orosio a una concepción nueva de la historiografía universal, y en ello reside su originalidad. Su representación del desarrollo de la vida de la humanidad no se limita a enunciar teóricamente los principios cristianos de su unidad de origen y del gobierno providencial de Dios. Concibe tal desenvolvimiento como un armónico cuadro en que todos los elementos guardan correlación. Las cosas más dispares y alejadas entre sí tienen para él una evidente correspondencia, como ordenadas por una Divinidad previsora que no deja al azar ningún detalle. A captar esas relaciones aplícase con indudable delectación de descubridor. Puede así decirnos que igual número de años pasó entre la re-fundación de Babilonia por Semíramis y su conquista por los medos, que entre la fundación de Roma y su ocupación por Alarico. Que el mismo lapso de años separó el comienzo de Nino y el de Procas, de las respectivas fundaciones. Que guardan, también, correlación la marcha descendente del imperio asirio y la ascendente del romano, las diez plagas de Egipto y las diez persecuciones de los emperadores contra el cristianismo, etc. Todo lo subordina Orosio a esta manera de concebir y de exponer la historia universal, que es en sus manos una serie continuada de culpas y castigos,

3. La conclusión a que Orosio llega es que no sólo fueron los tiempos antiguos tan malos como el suyo, sino con mayor gravedad, como privados del auxilio de la verdadera religión, con la que todo irá mejorando cuando reine sola; las únicas angustias que excederán ya a las antiguas serán las de los días finales, los del Anticristo.

de méritos y premios, en que los hechos más aparentemente fortuitos hallan su explicación.

La obra no puede propiamente llamarse una historia universal, ni siquiera limitando este concepto al desarrollo de los pueblos en que se fija: asirio, persa, griego, macedonio, romano y los que con éste se relacionaron. No se propuso él hacer una narración continuada, sino espigar cuanto hallase de calamidades por guerras, enfermedades, hambre, terremotos, inundaciones, erupciones de volcanes, rayos y granizos, crímenes..., en los tiempos pasados [4]. No obstante, la historia romana está bastante completa, como es debido a un imperio al que adscribía la misión de unificar y pacificar el mundo, preparándolo así para fructificar la semilla cristiana. La narración alcanza hasta el año 417, teniendo especial interés desde 378, en que acababan los compendios de que usó para lo anterior.

En cuanto a su manera de exponer, si la imitación de los clásicos da a su prosa una cierta elegancia artificiosa, su vehemencia propende al tono declamatorio, con uso excesivo de admiraciones, interrogaciones y sentencias, que interrumpen de continuo el relato. Gusta, asimismo, de las frases ingeniosas [5] y de iniciar cada uno de sus libros con una serie de reflexiones y algún verso interca-

---

4. Así dice en el prólogo, y al comienzo del libro III puntualiza que no es necesario ni posible explicar todos los hechos, que ya tantos autores escribieron, y añade: *illi bella, nos bellorum miserias evoluamus.*

5. Algunas pueden dar idea de su estilo: "*...Agesilaum ducem decreuerunt, uirum pede clausum, sed qui in difficillimo rerum statu mallent sibi regem claudicare quam regnum*". Epaminondas, "*remota manu, qua uulnus occluserat, egressum sanguinis ac mortis patefecit introitum*". Aníbal, "*fidelissime alias infidelissimus iuraverat*". Propende también a los epítetos excesivos, como el llamar a Alejandro "*gurges miseriarum atque atrocissimus turbo totius orientis*".

lado como cita, todo lo cual da a la obra un fuerte sabor literario, que sin duda contribuyó mucho a la enorme aceptación que tuvo en la Edad Media. Desde el Renacimiento, en cambio, se le ha censurado mucho por su credulidad, por sus muchos anacronismos y por su odio excesivo al arrianismo.

Como anticipé y como podía adivinarse por el carácter de su historia, Orosio no escribe en calidad de español: *ubique patria, ubique lex et religio mea est*, dice él mismo. Alude, no obstante, repetidas veces a su condición de tal. A veces parece, incluso, asomar un cierto orgullo de nacionalidad [6]. Hace, en fin, con el pueblo visigodo una excepción, historiándole, aunque brevemente, y con su reseña, proseguida hasta Valia, acaba la obra, con lo que prepara el camino a los historiadores propiamente nacionales.

En igual sentido que Orosio escribió Salviano, clérigo de Marsella, un libro *De Gubernatione Dei*, posterior en unos veinte años a la obra española. No responde, como ésta, a las quejas de los paganos, sino a las de los cristianos mismos, mostrándoles que son tantas sus culpas contra los divinos preceptos que no pueden extrañarse de que abunden, como castigo, las calamidades. En un parangón que hace entre las costumbres de los romanos, católicos, y los bárbaros, paganos o arrianos, salen éstos bien librados, como en la antigua «Germania» de Tácito.

6. Estas palabras parecen bastante elocuentes: "... *fortis fide ac uiribus semper Hispania cum optimos inuictissimos reges reipublicae dederit, nullum umquam tyrannorum ab initio usque in hodiermum diem uel de se editum misit uel in se extrinsecus incurrentem uiuum potentemue dimissit*". En el libro VII dice que Graciano "*cum adflictum ac paene conlapsum reipublicae statum uideret, eadem prouisione, qua quondam legerat Nerua Hispanum uirum Traianum, per quem respublica reparata est, legit et ipse Theodosium aeque Hispanum uirum*", al que colma de elogios.

b) *Historia general.*

No faltan en el primer período de nuestra historiografía ejemplares de este género, cultivado con las características que ya conocemos. De ellos, sólo el que examinaremos en último lugar tiene algún interés, bastando simple mención de los anteriores. El primero es el que se ha llamado *Fastos Idacianos* [7], por haberse atribuído falsamente a Hidacio; Flórez lo cree del s. VI, y es un catálogo consular desde el año 45 (a. de J.) hasta el 468; mera enumeración en su mayor parte, consigna sólo en contados casos sucesos políticos y religiosos, y fenómenos naturales. Del siguiente siglo parece ser el anónimo *Epitoma chronicorum* [8], que ha figurado erróneamente a nombre de Severo Sulpicio y que, considerado ya por todos como escrito en el sur de Francia, ligado al llamado *Chronicon imperiale*, podría aquí prescindirse de citarlo. Por lo demás, ajústase al tipo consagrado sin ningún rasgo propio, incluyendo las habituales generaciones desde Adán y agrupando sucesos hasta el año 509, para lo que sirven de hilo conductor los reinados judíos y los de los Césares romanos. Sí es, sin duda, producción española, a juzgar por el uso de la era hispánica, otro cronicón anónimo, terminado el año 562, y que con extrema brevedad abraza sólo una serie de cómputos desde Adán [9].

San Isidoro de Sevilla (560 - 636), figura cumbre del período visigodo, a quien habré de referirme repeti-

7. *Esp. Sagr.*, IV, 455-501.
8. *Fuentes*, art. 635.
9. *Esp. Sagr.*, VI, 351-355.

damente, hizo en su *Chronicon*[10] la obra más considerable de este grupo. Tiene por nota esencial de él la concisión: «quanta potuimus brevitate notavimus», dice en el prólogo. Con todo, no es su crónica el simple desfile de fechas y nombres, en que se convirtió el sumario histórico en otras manos. Es una narración seguida, en la que no falta, incluso, en ocasiones, el comentario del historiador[11]. A imitación de San Agustín, estableció las seis edades correspondientes a los seis días de la Creación, y, tomando la materia desde ésta, la prosiguió hasta el año V de Heraclio y IV de Sisebuto (615). Como sus antecesores en este género, a los cuales resume, incluye, junto con las noticias bíblicas de los judíos, las de otros pueblos, Grecia y Roma en particular. Inserta indistintamente datos de la historia religiosa y de la profana, entre ellos, particulares de la mitología griega, fundaciones de ciudades, nacimientos de poetas, etc. En la sexta edad, iniciada por Augusto, son cuidadosamente recogidos los hechos cristianos: el nacimiento de Jesús, en el período de Augusto; su crucifixión, en el de Tiberio; las persecuciones, en los de Nerón, etc.; y en los últimos tiempos, herejías, sínodos, santos padres famosos, hallazgos y traslados de restos de santos... Desde Honorio prescinde de los emperadores de Occidente, no registrando siquiera el final de la serie en 476. De España da pocas noticias —excepto al final—, lo que era natural en quien trató aparte de ella (v. pág. 72).

---

10. *Esp. Sagr.*, VI, 441-476. Más esmeradamente, en la ed. de Mommsen (vid. *Fuentes*, art. 629).

11. Véase un ejemplo: "*Constantinus autem in extremo uitae suae ab Eusebio Nicomediensi Episcopo baptizatus, in arrianum dogma conuertitur: heu pro dolor! Bono usus principio et fine malo*".

El *Chronicon* termina con unas palabras en que, después de fijar los años transcurridos desde la Creación hasta el momento en que escribe, se refiere a la limitación que Dios nos impuso, privándonos del conocimiento de lo futuro. Para cada hombre, la consumación de los siglos está en su propia muerte. Esta referencia a la imposibilidad de dar un verdadero término a la reseña del devenir humano marca, sin duda, la tendencia cristiana a ofrecer la historia como cosa armónica y perfecta, con principio, medio y fin: la misma que llevó a San Agustín a acabar su «Ciudad de Dios» por la descripción del Juicio final y la visión de la Gloria y el Infierno.

De la aceptación de la obra de San Isidoro da idea el haber sido incorporada, cinco siglos después, con escasas variantes, a la compilación del Tudense y, a través de ella, utilizada en las que después se formaron [12].

c) *Historia general-nacional.*

Con tal designación, que suma la del grupo anterior y la del siguiente, me referiré a un tipo de obras que en efecto participan del carácter de ambos. Emprendidas como continuaciones de la serie de historias generales, el mayor interés que a los autores inspiran los asuntos patrios les arrastra progresivamente a destacarlos sobre los ajenos.

Hidacio (hacia 388-470), obispo gallego —por el nacimiento y por la diócesis que rigió—, escribió el primer *Chronicon* propiamente español [13]. Prosiguiendo la histo-

12. Aclarado, como ya fué, por Flórez, que el llamado "Cronicón de Melito" es simple variante de la Crónica de S. Isidoro, he omitido toda mención de él en el texto.
13. *Fuentes*, art. 631.

ria en el punto en que la dejó San Jerónimo (a. 378), la lleva hasta el 469[14], pero con nuevas características. En realidad, es a la vez —todo en pequeñas proporciones, como la obra misma— una historia general, una historia eclesiástica del tipo fijado por Eusebio, y una historia hispánica. A lo primero, objetivo que sin duda se propuso el autor, responde el tomar por eje, según acreditaba el uso para los últimos tiempos, los reinados de los emperadores, reseñando, además, sus nombramientos de augustos, nacimientos de príncipes, guerras y paces, embajadas, prodigios y fenómenos naturales. Son rasgos propios de la historia eclesiástica la noticia de las elecciones de Papas, mención de obispos distinguidos, concilios, herejías y controversias teológicas; pone también ahinco el autor en señalar cómo determinados acontecimientos que narra significan el cumplimiento de antiguas profecías bíblicas. El carácter nacional, en fin, el más acentuado, lo recibe de la abundancia de noticias sobre la actuación de los germanos entrados en España, los suevos en particular, de que tenía más conocimiento por su afincamiento en Galicia. La importancia de los comienzos del s. V, en que empieza a constituirse la personalidad peninsular, y el ser únicos los informes de Hidacio sobre varios puntos, avalora extraordinariamente su *Chronicon*, que se tiene, de añadidura, por muy fidedigno[15]. Habla muchas veces como testigo, incluso de las cosas de Oriente, por donde viajó.

14. Como suele ocurrir en este linaje de obras, no concuerdan en el término todos los manuscritos. Adopto la extensión del que utilizó Flórez; con él coincide también el que publicó Sirmond, aunque éste, por diferencia en los cómputos, atribuye al año 468 los últimos sucesos.

15. Menéndez Pidal, en la excelente introducción citada en la nota 1 de la pág. 64 subraya otro mérito de Hidacio: el de

Hidacio había nacido varios años antes de la entrada de los invasores. No es, pues, dudoso que perteneció a la antigua población. Pero, sin ello, bastaría para acreditarlo el sentido de su historia. La legalidad para él es representada por el Imperio romano y, dentro de España, por los hispanorromanos. Él mismo cuenta que fué como legado de los gallegos (año 431) a tratar con el general Aecio del quebrantamiento de la paz pactada con ellos por los suevos, y que éstos le prendieron años más tarde (462). Pondera repetidamente la «solita perfidia» de ellos y de los visigodos, a los que tampoco perdona su furor destructor. A éstos los considera como avecindados fuera de España («Mox Hispanias Rex Gothorum... ingreditur»), al revés de aquéllos (« Legati Gothorum rursum veniunt ad Suevos»). Lo nacional toma en su obra tal relieve, que a veces inserta sucesos de interés poco más que local. A pesar de la habitual concisión, desciende en algunas noticias al detalle de señalar el día, de la semana y del mes. En las de carácter religioso la información es también más extensa al referir las de España, como se ve, por ejemplo, cuando se ocupa del priscilianismo. Prescinde, en cambio, hasta tal punto de los pueblos limítrofes, que, al reseñar la guerra contra Atila, sólo menciona a Aecio y Teodoredo, omitiendo el concurso de los francos.

Se acentúa el carácter nacional de la obra de Hidacio si se la compara con la de Próspero de Aquitania,

adoptar la que desde él será llamada "Aera", y por los modernos "Era española", que vino a aclarar la cronología, reducida hasta entonces a fijar los años por las Olimpíadas y los reinados de los emperadores de Oriente y Occidente. Con el uso de ella se adelanta España en tal progreso a los demás países, no empezando la adopción del año de Cristo hasta el siglo siguiente, en que lo ensayó Dionisio el Exiguo, ni su generalización hasta varias centurias después.

continuación también (hasta 455) de la de San Jerónimo, a cuyo tipo se atiene, sin que conceda a la historia francesa la especial atención que aquél a la española. Algo más acento nacional tiene el llamado «Chronicon imperiale» (que forma, con el atribuído a Severo Sulpicio, los que Mommsen tiene por «chronica gallica»), por su mención de los reyes anteriores a Clodoveo, aunque bien hubiera podido ser posteriormente intercalada [16].

Juan de Bíclaro (hacia 540-621), fundador del monasterio de tal nombre, después obispo de Gerona y por muchos considerado como santo, prosiguió también la conocida serie de crónicas [17]. Empieza su *Chronicon* en el año I de Justino II (567) y llega al IV de Recaredo y VIII de Mauricio (589), bastante antes, como se ve, de terminar su vida: se diría que sólo le interesó historiar la transición del arrianismo al catolicismo.

En un breve preámbulo establece así la serie de sus predecesores: Eusebio - San Jerónimo - Próspero - Víctor. ¿Es que no conoció la obra de Hidacio, o consideró que no encajaba allí por su infidelidad al tipo general? Si así fuese, sería curioso, pues él incidió, por fortuna, en igual derivación. Las noticias españolas toman en su obra creciente relieve, y al cómputo por los emperadores de Oriente acompaña el correspondiente a los reyes visigodos. Los monarcas suevos, aunque también figuran, jun-

16. A continuación del cronicón de Hidacio publicó el P. Flórez, con el título de *Cronicón pequeño de Idacio* (*Esp. Sagr.*, IV, 414-427), otro más breve. Su primer artículo se refiere a S. Juan Crisóstomo (m. 407) y siguen noticias de España y el imperio de Oriente, en la forma escueta habitual en los anales. Tal como se conserva en el ms. utlizado, alcanza al año 567, penúltimo de Narsés, el general de Justiniano. El P. Fita (*Bol. Ac. de la Hist.*, 1902, XLI, 359) conjetura que el añadido de 468-567 fuese obra de Apringio, obispo de Beja.

17. *Fuentes* (*y Apéndice*), art. 637.

to con sus hechos, en el relato, no los toma en cuenta para la cronología. Ello se comprende, pues, si bien nacido en Lusitania —de familia goda—, sólo pasó allí su niñez, repartiéndose lo más de su vida entre diez y siete años de estudios en Constantinopla y los de su vida monacal y episcopal, transcurridos unos y otros en Cataluña. Es, pues, para él la monarquía visigoda la que representa el núcleo español, cuyo carácter afianzaría a sus ojos la extinción del reino suevo por Leovigildo.

El reinado de éste constituye lo más interesante de la crónica, que enjuicia sus hechos con evidente equidad, sin que un destierro y otras persecuciones del monarca le muevan a mostrarle odioso. Tampoco su comunidad de religión con Hermenegildo le impide tratar severamente su alzamiento contra el legítimo poder de su padre y rey. Esto no obsta para que en toda la obra se muestre el Biclarense fervorosísimo católico. Su entusiasmo religioso se explaya particularmente en la reseña de los comienzos de Recaredo. Su victoria sobre un numeroso ejército franco compárala con la obtenida por Gedeón sobre muchos millares de madianitas. También el Concilio III de Toledo le trae a las mientes otro famoso, el de Nicea. Las noticias generales, eclesiásticas y nacionales, tienen en él proporción equivalente a la del cronicón de Hidacio. Al arrianismo, como éste al priscilianismo, le concede atención especial, haciendo de su historia un bosquejo relativamente prolijo, con ocasión de su extinción en España. El nuevo cronicón, más extenso que el anterior en relación con el período historiado, es también más claro y puntual.

d) *Historia nacional.*

San Máximo, obispo zaragozano del s. vi, es citado por San Isidoro como autor, entre otros escritos, de una pequeña historia visigoda. Fundándose en ello, le atribuye Hertzberg, seguido por Mommsen e Hinojosa, una crónica que puede en parte reconstruirse con fragmentos conservados en unas notas puestas por el famoso obispo del s. xvi D. Juan B. Pérez a la crónica de Víctor Tunnunense, tomadas de dos códices hoy perdidos. Le abonan los años a que las noticias se refieren (450-568) y el lugar de los sucesos, Zaragoza, sin que figuren otras ciudades que Lérida, Barcelona y Gerona. Aunque muy interesante como fuente, el carácter fragmentario de lo conservado no permite aquí otra cosa que la simple mención [18].

San Isidoro, ya citado como cultivador de la historia general, contribuyó también a la nacional con la más importante de las conocidas de este tiempo: la *Historia de regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum*, que forma tres cuerpos independientes, más extenso el primero y a modo de suplemento los otros [19]. Inícialo el famoso proemio «De laude Spaniae», no incorporado hasta las ediciones de Grocio (1655) y Labbe (1657), si bien su atribución a San Isidoro no es dudosa, por lo acordado que está con el espíritu de su obra.

---

18. Publicó dichos artículos Mommsen en el t. II de *Chronica minora*.

19. *Fuentes*, arts. 636, 645 y 646. Las de los Vándalos y los Suevos han sido recientemente trad. al castellano, con nota preliminar por José Luis Romero (Cuadernos de Historia de España —de Buenos Aires—, 1944, I-II, 289-297).

No faltan en la historiografía anterior, incluso en la clásica y en pluma de extraños, elogios de nuestro solar y de sus habitantes. Pero es totalmente nuevo el tono de fervorosa admiración con que el Santo se dirige a su España, dando una nota de entusiasmo patriótico, admirable en este tiempo. De la exaltación con que lo siente bastarán a dar idea las palabras con que empieza: «Omnium terrarum, quae sunt ab occiduo usque ad Indos, pulcherrima es, o sacra semperque felix principum gentiumque mater Spania», y las finales: «... sic opulenta es principibus ornandis ut beata pariendis. Iure itaque te iam pridem aurea Roma, caput gentium, concupiuit, et licet te sibimet eadem Romulea uirtus primum uictrix sponderit, denuo tamen Gothorum florentissima gens, post multiplices in orbe uictorias, certatim rapuit et amauit, fruiturque hactenus inter regias et opes largas, imperii felicitate secura». La parte omitida del escrito es una ponderación de sus bellezas, clima, frutos, etc. Con la entonación admirativa de este prólogo se corresponde, a modo de epílogo, una «Recapitulatio in Gothorum laudem», que ofrece una expresiva semblanza de este pueblo. Su atribución a San Isidoro tampoco parece dudosa, porque proemio, historia y recapitulación forman un solo cuerpo, animado por un mismo espíritu: el deseo de estimular a los visigodos con el recuerdo de sus glorias pretéritas.

La *Historia*, de acuerdo con tal propósito, comienza ya encomiando la antigüedad del pueblo godo, que dice remontan algunos a Magog, hijo de Jafet. También su valor, por el cual les temieron Alejandro, Pirro y César, y con el que fatigaron más que ninguno al imperio roma-

no. La admiración, con todo, no arrastra a San Isidoro a ofrecernos la fabulosa serie de reyes que vemos en la obra de Jordanes. Tras la mención de la ayuda goda a Pompeyo contra César, toma el hilo de su historia en la Era 294 (año 256), en que bajan de los Alpes y empiezan las devastaciones de territorios romanos. La serie de sus reyes la inicia con Atanarico, alzado monarca en 369, año v de Valente. El Santo incrimina a éste el haber infundido «in tam praeclaram gentem» la semilla arriana, cuando ellos quisieron cristianizarse, y expone con tal motivo, breve y claramente, tal herejía. Prosiguiendo la historia, siempre asoma el orgullo patriótico, que le lleva a referir con indudable deleite la toma de Roma por Alarico, en que los visigodos se mostraron tan valerosos como humanos. No descuida consignar el detalle de que su feroz rival Radagaiso, despreciador de Cristo, era de linaje escita. Cuando, poco después, tiene que referir las grandes pérdidas que sufren en el mar, al dirigirse a Sicilia, se consuela reflexionando que nada significaba aquello en comparación de la gloria adquirida al apoderarse de la Ciudad Eterna. Las pruebas podrían multiplicarse en todo el curso de la obra, cuyo término (a. 624) es una entusiasta exaltación de los méritos de Suíntila, el monarca reinante a la sazón.

Acerca de su modo de historiar, no debe tomarse demasiado a la letra la afirmación de los que juzgan su obra de cronicón descarnado. Relata, sin duda, con más brevedad de la que se quisiera; limítase en muchos casos a repetir las palabras de otros libros —de Orosio, Hidacio, Víctor...—; carece, como todos, de la facultad de seleccionar lo que más podría interesar. Pero, además

del mérito que ya Hinojosa señaló, el de haber consignado algunas noticias de historia interna—codificaciones de Eurico y Leovigildo, cambios que éste realizó en el gobierno, creación de una armada por Sisebuto—, separan a San Isidoro de los meros cronistas las reflexiones y comentarios con que a veces sazona el relato, expuestos con expresiva concisión. Cuando Valente, derrotado por los godos en Andrinópolis, perece abrasado, dice ingeniosamente: «ut merito ipse ab eis vivus temporali cremaretur incendio, qui tam pulchras animas ignibus aeternis tradiderat». Contando las vergonzosas huídas de Gesaleico, que al fin no le libraron de morir, resume así: «sicque prius honorem, postea vitam amisit». Hace también cotejos, como entre Leovigildo y Recaredo, mostrando las dotes de aquél en la guerra, y de éste en la paz y en la religión. Enjuicia prudentemente; por ejemplo, el comportamiento de Sisebuto con los judíos, «potestate enim compulit quos provocare fidei ratione oportuit» [20]. Huelga decir también que está completamente dentro de la dirección providencialista de la Historia; entre otras muestras que podrían citarse está la de considerar a Atila como «virga furoris Dei», de la cual, como asimismo de la nación persa, se valió el Señor para castigar y enmendar a los fieles descarriados. En varios hechos señala, además, el cumplimiento de antiguas profecías.

La pequeña historia de los vándalos, en que utiliza especialmente a Víctor Tunnense, se extiende desde 406,

20. No hallo justificado el cargo de parcialidad que se hace a San Isidoro por motivos religiosos. La simpatía que sin duda le inspirarían los monarcas católicos, en mayor grado que los arrianos, no le impidió tratar a unos y otros con igual indulgencia.

en que irrumpieron en las Galias junto con los alanos y suevos, hasta su exterminio en Africa por Belisario. La de los suevos, más breve aún, desde 409, en que entraron en España unidos a vándalos y alanos, hasta la extinción del reino por Leovigildo; está basada en el cronicón de Hidacio.

Otra *Chronica regum wisigothorum*, la antes llamada «de Wulsa» por una mala lectura del manuscrito, corresponde también al siglo VII, pero más al final que la isidoriana, llegando —con dos añadidos, según demostró Florez— hasta la consagración de Vitiza [21]. Empieza, como la serie de reyes que da San Isidoro, por Atanarico, el antecesor de Alarico. Los autores, pues parece que hubo más de uno, son inciertos. La obra realiza el tipo más extremado del cronicón escueto, pues se reduce a indicaciones cronológicas, pero de gran exactitud. Su objeto es consignar qué tiempo reinó cada monarca, indicación que se va enriqueciendo en el curso de la crónica, pues desde Teudis se añaden, a los años, los meses; desde Sisebuto, también los días; desde Chindasvinto, se fija el día de la muerte; desde Recesvinto, la hora; en fin, en Vamba, Ervigio y Egica, los datos se amplían con el señalamiento del día de la elección y el de la consagración. La doble fijación de los años, por la era hispánica y por la de Cristo, ha disipado las dudas que había sobre el cómputo de aquélla. Por todo ello ha sido el cronicón muy estimado por los historiadores modernos, pues las fechas, tan puntualmente señaladas, de los reinados, han permitido datar también con seguridad los concilios de este período.

21. *Fuentes*, art. 638.

Además de las crónicas citadas, hubo varios añadidos o aditamentos a ellas, que Mommsen ha recogido [22]. Mencionaré sólo un «Laterculus Regum Visigothorum», que contiene breves datos sobre Recaredo II, Suíntila, Sisenando, Tulga, Chindasvinto y Vamba, y otro sumario de igual título que llega hasta Vitiza, durante cuyo reinado fué hecho. Ambos son evidentes continuaciones de la obra de San Isidoro.

e) *Historia religiosa.*

Incorporadas las noticias de este carácter a la historia profana, según se ha visto en los artículos anteriores, sólo las vidas de santos y de otros fieles que, como ellos, descollaron por su piedad, son objeto de escritos particulares. Las luchas religiosas que hubo en España, escasas y esporádicas, no justificaban la composición de obras del tipo de la «Historia persecutionis vandalicae sive africanae», de Víctor Vitense. Las noticias eclesiásticas eran acogidas por los historiadores de los reinados, eclesiásticos ellos mismos. Sólo, pues, la biografía, colectiva e individual, habrá de registrarse.

El llamado *Cronicón de las Eras de los Mártires* [23], tal vez del s. VI, y sin duda obra de español, por su uso de la era hispánica, limítase a registrar escuetamente, por el orden de los años correspondientes, diversos martirios. Es obra desordenada y con no pocos errores cronológicos. Acaba por la muerte de San Martín, que pone en la Era 446 (a. 408), pero que ocurrió algunos años antes.

22. En el vol. II de *Chronica minora.*
23. *Esp. Sagr.* VI, 356-359.

San Isidoro contribuyó a la biografía religiosa con su libro *De uiris illustribus*[24], en que continúa la labor de San Jerónimo y Genadio. No se limita al tiempo posterior a éstos, sino que espiga a veces en su mismo campo. Falta con frecuencia la indicación cronológica, lo que origina confusiones entre homónimos; cuando la hace, suele limitarla a señalar el emperador reinante; tratándose de españoles, sustituye éste a veces por el rey visigodo. La indicación personal suele consistir en el nombre y el cargo; en su mayor parte se trata de obispos y consigna la diócesis. Añade en pocos casos datos biográficos, sobre todo de persecuciones sufridas. En cuanto a obras, no se limita a las publicadas, refiriéndose también a sermones, cartas, etc.; en cambio, si los libros de un autor son muchos, se excusa de mencionarlos todos. Los citados son casi totalmente religiosos, en prosa o verso; sólo hay la excepción de los trabajos históricos —Hidacio, Víctor de Túnez, el Biclarense, San Máximo—. De algunas obras se ocupa con relativa extensión, detallando sus capítulos, transcribiendo pasajes y consignando las circunstancias en que se hicieron.

San Isidoro no marca el enlace con el trabajo de Genadio empezando por su vida, como éste había comenzado por la de San Jerónimo. Tampoco remató la obra por la indicación de sí propio, como ambos hicieron; pero su discípulo San Braulio suplió a esto último con una «Praenotatio» de sus libros, muy elogiosa y mucho más extensa que los artículos por él redactados. Con ella se eleva el número de éstos a 47, todos de varones, menos uno consagrado a Proba, mujer del procónsul Adel-

24. *Esp. Sagr.*, V, 417-451.

phio, a la que atribuye un centón de Cristo con versos de Virgilio, que parece ser apócrifo.

En sus juicios muéstrase el autor imparcial; su amor a San Leandro, su hermano, no le impide calificar sus cartas de «non satis splendidas verbis, acutas tamen sententiis».

Más escueto carácter biográfico tiene su libro *De ortu et obitu Patrum*, cuyos hechos, dignidad, muerte y sepultura consignó, según palabras de San Braulio, «sententiali brevitate» [25].

REDEMPTO, clérigo de Sevilla, que presenció el término de la vida de San Isidoro, hizo de ello relación en una carta a San Braulio, que éste publicó con el título de *Liber de transitu Isidori* [26]. Es una narración puntual en que se consigna, incluso, la breve plática de despedida que el santo dirigió a los fieles, y alcanza hasta su plácida extinción. El relato es sencillo, sin busca de efectos literarios.

SAN BRAULIO, obispo de Zaragoza en 631-651, escribió, además de la «Praenotatio» citada, una vida de San Millán (m. 564), dedicada a su hermano Fronimiano, que inspiró el conocido poema de Berceo [27]. También se le han atribuído, sin bastante fundamento, según Flórez, las Actas de los Innumerables Mártires de Zaragoza. Si no son de él son, sin duda, de este tiempo, pues coinciden mucho en los caracteres con las obras del s. VII [28].

SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo en 659-667, también discípulo de San Isidoro, continuó su libro bajo el

25. Demostró su autenticidad el P. Flórez (*Esp. Sagr.*, III, 100).
26. *Esp. Sagr.*, IX, 402-405.
27. Vid. sobre el autor y la *Vita S. Emiliani* la excelente edición crítica de ésta potr L. Vázquez de Parga (Madrid, 1943).
28. Vid. *Esp. Sagr.*, XXX, 170-172.

título *De uirorum illustrium scriptis* [29], muy inapropiado, porque, de los catorce biografiados, cinco nada escribieron, según él, y en general más se ocupa de las virtudes que de la actividad literaria. Incluso en el artículo que consagra a San Isidoro, muy inferior al que le dedicó San Braulio, omite varios de sus trabajos. Excepto el papa San Gregorio —ya incluído por San Isidoro, pero con quien él encabeza la serie, para completar su noticia— y el monje africano Donato, venido a España, todos los biografiados son obispos hispanos y, de ellos, siete de Toledo.

Flórez agregó a la obra de San Ildefonso su vida por San Julián y la de éste por Félix, también arzobispo de Toledo, y al que en algunos códices se atribuye también la anterior. Esta es muy completa y ajustada; la obra de Félix, más prolija; ambas se ocupan igualmente de la vida y de las obras.

SISEBUTO, el rey visigodo en 612-621, figura como autor, a más de unas cartas, de la *Vita vel passio Sancti Desiderii* [30], consignando, dice, cuanto de él sabe «sicco magis stylo quam verbis onusto faleratis». No se aprecia, con todo, diferencia entre su escrito y las obras de los letrados, de que se ve estaba imbuído el buen monarca. Prodiga como los demás las largas enumeraciones simétricas, de cualidades y acciones, con que los escritores solían ahora suplir la elegancia natural de los tiempos clásicos. No faltan tampoco los inocentes juegos de palabras, tan del gusto de la baja latinidad, del tipo de «Quid de illam injuste Justam et juste dicam injustam...»

---

29 *Esp. Sagr.*, V, 451-459.
30. Ib., VII, 318-336.

En cuanto al fondo, parece bastante real, muy distante de las «epopeyas de milagros».

Un anónimo, que antes se creía haber sido Pablo de Mérida (más conocido por Paulo Emeritense), aportó a la historiografía de este mismo siglo VII un libro: *De uita et miraculis Patrum Emeritensium*[31]. El autor dice ser diácono de la iglesia de Santa Eulalia. Por devoción a ésta y movido por la lectura de los «Diálogos» de San Gregorio, quiso confirmar la verdad de los milagros allí referidos con los que él conocía de los fieles de la Santa, modernos y alguno presenciado por él mismo. El contenido no corresponde exactamente a lo que el título promete. Figura primero un muchacho, Augusto, al servicio de la Iglesia, el cual tuvo una visión que precedió a su muerte. Siguen un monje, que no nombra, y el abad Nuncto, avecindados también en Mérida, y todo el resto de la obra se refiere a cinco obispos consecutivos de dicha diócesis, de los que hace una especie de historia anecdótica. En conjunto es una serie de relatos de un admirable candor, con el encanto de narraciones populares y sin que los prodigios referidos traspasen la línea de la verosimilitud. No forman propiamente biografías, ateniéndose sólo a determinados hechos. El lenguaje, totalmente limpio de artificio, contribuye a la naturalidad de la obrita.

San Valerio del Bierzo (m. 695) acaba este capítulo de vidas piadosas con su *Sancti Fructuosi Bracarensis Episcopi vita*[32]. Hace un paralelo entre San Isidoro y él,

31. Ib., XIII, 326-386.
32. Ib., XV, 450-464 vid. también XVI, 324-330 y 366. Forma parte de sus *Vitae Patrum*, en que también se incluye la autobiografía.

ponderando la activa sabiduría de aquél y la virtud contemplativa del obispo de Braga. Su vida de virtudes, premiada al fin con la silla metropolitana, la relata con gran unción y sin galas literarias, que aquella existencia, florecida de milagros, no necesitaba para interesar y enfervorizar. También hizo San Valerio su autobiografía, incluída en su obra *De vana saeculi sapientia*; en ella cuenta los pocos incidentes de su vida de solitario, siendo de más interés como libro piadoso que por sus aportes a la noticia de su tiempo.

f) *Historia de sucesos particulares.*

San Julián (m. 690), el arzobispo toledano a quien ya nos referimos, llena él solo este género historiográfico con su preciosa monografía *Historia Galliae temporibus Wambae*, conocida también por «Historia Wambae» y por «Historia rebellionis Pauli», que es el título que mejor define su contenido [33]. El comienzo parece prometer una crónica regia, pues relata al pormenor la elección y consagración de Vamba; pero pasa sin transición a referir la sublevación de la Galia y la traición de Paulo, desentendiéndose de lo demás del reinado. Con este solo tema compone, no obstante, una obra de cierta extensión, que es, sin duda alguna, lo mejor que en historia nos legó el período visigodo.

No tenía el autor modelos de este tipo en la literatura cristiana y se inspiró en los mejores tiempos de la historiografía clásica. Guardando las distancias, su monografía está construída en el tipo de las de Salustio. San

33. *Fuentes,* art. 640.

Julián empieza, como él, con una breve disertación. Trata en ella de la conveniencia de estimular la virtud y arrancar a los hombres de su pereza para lo bueno, con la narración de acciones gloriosas. A renglón seguido elogia a Vamba, elegido por Dios, por el sacerdocio y por el pueblo unánime, entrando así en materia. El final está también formado por unas reflexiones sobre el ejemplar aviso que el castigo de los traidores debe ser para sus imitadores posibles.

Como se ve, forma el conjunto perfectamente equilibrado y simétrico de una obra artística, muy lejana del tipo descuidado de la historiografía medieval. Pero no se limita su valor a la concepción de la monografía, sino que está realizada en todas sus partes con igual fortuna. El autor describe con gran colorido, pone en boca de los personajes vibrantes arengas, tiene frases de muy feliz expresividad y anima su relato un fervor patriótico, un orgullo de español, que recuerda las páginas más entusiastas de San Isidoro. En boca del monarca pone estas palabras: «Neque enim cum feminis, sed cum viris nobis certandum est. Quamquam notissimum maneat, nec Francos Gothis aliquando posse resistere, nec Gallos sine nostris aliquid virtutis magnae perficere». Tiene discursos de todos los tonos, pronunciados también por los enemigos, como se usaba en las historias inauguradas por Tucídides. Inserta asimismo cartas y no faltan tampoco poéticas expresiones de corte clásico, como «Iam solis croceum liquerat aurora cubile...», que dan a veces a su estilo un desagradable tono de afectación. Las pinturas de batallas son muy gráficas, pero acaso hay más vigor aún en la descripción de Nimes después de la lucha,

en la visión que ofrece de los cadáveres diseminados por el campo y del pavor apoderado de los sobrevivientes. Todo esto y el empleo de la forma «nosotros» al referirse al ejército leal («exercitus Hispaniae»), parece denunciar la asistencia del autor a la expedición victoriosa.

Sirve a la Historia de complemento el «Iudicium in tyrannorum perfidia promulgatum», nuevo resumen del hecho, sin detalles, pero con más nombres de secuaces que el libro, y terminado con la exposición de la condena de los culpables. Tiene tal unidad de sentido y estilo con la Historia, que su atribución a San Julián no ofrece duda.

g) *Un libro de viajes.*

No puede omitirse aquí la mención del «Itinerario», compuesto a fines del s. IV o comienzos del V por ETERIA, primera monja española de que se tiene noticia, probablemente gallega [34]. No es sólo interesante por su fecha venerable —anterior a todo lo reseñado en este capítulo— y por la rareza de relatos de viajes en aquel tiempo. La simpática personalidad de la viajera, cuyo ánimo decidido se transparenta en sus páginas ingenuas, da a éstas particular encanto, independiente de su valioso aporte a la historia de la liturgia cristiana. El viaje tuvo por objetivo Jerusalén, adonde llegó hacia 393, permaneciendo allí tres años para visitar otros lugares san-

34. Es obra que ha suscitado larga polémica, llegándose, al fin, al convencimiento de que la autora era española. Sobre ediciones, y para ampliar la breve noticia que doy en el texto, vid. J. Pérez de Urbel, *Los monjes españoles en la Edad Media*, vol. I (Madrid, 1933), págs. 114-130.

tificados; sus correrías llegaron hasta Egipto. Todas las andanzas son consignadas en el libro, así como las piadosas fiestas que en cada sitio se hacían y cuanto de ellas le referían los religiosos que sucesivamente la acompañaban. Por su parte llevaba también una numerosa comitiva, lo cual, así como el respeto con que se la acogía —teniendo, incluso, orden de protegerla los soldados romanos—, indican la elevada posición de la dama, a la que se cree parienta del emperador Teodosio o de alguno de sus altos funcionarios. La relación, escrita en un latín vulgar con interesantes hispanismos, estaba dedicada a sus compañeras. No nos ha llegado completa, por estar muy mutilada la única copia encontrada hasta ahora.

Como se ha visto, el primer capítulo de nuestra historiografía representa todo el esfuerzo que podía esperarse de época y circunstancias tan poco propicias para el cultivo de las letras. Como las demás manifestaciones culturales, refleja bien la literatura histórica la pronta adaptación a la civilización latina de los visigodos, que en ello se adelantaron a los demás germanos [35].

35. Dice un crítico norteamericano, después de resumir los rasgos característicos de la historiografía hispano-visigoda: "Farthest away from the barbarian centres of the north, Spain had the most promising future in 600: she might have been expected to have developped first a great German-Latin civilization with outstanding histories as a natural result". (J. C. Russell, *Cronicles of medieval Spain,* Hisp. Review, 1938, VI, 222.)



CAPITULO II

La historiografía desde la invasión musulmana hasta la producción alfonsina.

(711-hacia 1270)

Cuando tan prometedora perspectiva ofrecía la cultura hispanovisigoda sobrevino la conquista musulmana, «la perdición de España» de nuestras crónicas. Quedó la Península escindida en dos partes de extensión muy desigual, cuya desproporción fué gradualmente aminorándose, hasta invertirse los términos dentro del período que vamos a examinar.

En la porción inicialmente mayor, llamada al-Andalus por los invasores e Hispania por los cristianos, convivieron la mayoría de los antiguos habitantes con los variados elementos venidos de Africa y del Oriente. El comercio cotidiano de unos y otros originó una cierta fusión. Si la población hispanovisigoda, la que perduró en su religión como la islamizada, hubo de adaptarse en lo posible a la lengua y costumbres de los conquistadores, cada vez se ve más clara la influencia que éstos sufrieron también. Hízose entre ellos corriente el cono-

cimiento del romance, convertido pronto en la lengua más usada para las necesidades habituales.

Cuando fueron necesidades literarias las que hubieron de satisfacerse, los cristianos acudieron a su latín. Los clérigos letrados no habían perdido el recuerdo del florecimiento cultural de la anterior centuria y de sus figuras egregias, en particular San Isidoro. En el mismo siglo VIII, corridos pocos años desde la conquista, historiadores mozárabes se aplican a anudar las postrimerías del período de independencia con los comienzos del nuevo, y sus escritos repiten sin variación los tipos anteriores. Pero cuando el desarrollo prodigioso que adquirió la literatura arábiga impuso su lengua y sus modalidades, los escritores de antigua estirpe española se nos muestran ya englobados con los de sangre islamita. Según Dozy, de ascendencia hispánica son la mayoría de los que dieron lustre a las letras de al-Andalus.

Al entrar en España aún se mantenían los árabes en la fase de tradición hablada. Las narraciones relativas a la conquista, que por su increíble rapidez era tema propicio para leyendas maravillosas, corrían simplemente de boca en boca, en los dos países unidos por el Estrecho. Pero, dentro del mismo siglo VIII, empezaron tales relatos a ser consignados en escritos. Igualmente se trató de fijar, a continuación, la serie de los primeros gobernadores. Pronto hubo historiadores de valía, como Arrazí, muerto próximamente al mediar el X, y puede juzgarse, por fragmentos de estos primeros tiempos conservados en compilaciones posteriores, que la historiografía tuvo ya intenso cultivo en estas primeras centurias del período islamita. Después, en el califato de Alhá-

quem II (976-1013), se inicia una gran protección a los estudios históricos, que prosigue su sucesor, lo que atrae sabios de todo el mundo musulmán y hace de Córdoba un gran foco cultural. La caída del califato cordobés, con las tremendas sacudidas que conmovieron el Andalus, no contuvo, sino que avivó, el florecimiento de la historiografía. Un desmoronamiento tan completo tenía que provocar la meditación de los hombres pensadores y aguzar su sagacidad para penetrar en sus causas. Comprendieron entonces que los califas no lo eran todo, que otros elementos sociales debían también ser considerados, y el campo de observación histórica fué así ensanchándose. Aumentó también la libertad para enjuiciar a los soberanos de la extinguida dinastía. Las posibilidades de ejercer el menester de historiador habían, entre tanto, crecido, porque cada reyezuelo quería reproducir en su taifa el esplendor del antiguo califato y, en su emulación, no regateaban medios materiales ni tolerancia. Entró, pues, la historiografía hispano-árabe, hacia los comienzos de la segunda mitad del siglo XI, en su edad de oro, que se prolonga, próximamente, hasta final del período examinado en este capítulo. Con posterioridad a ella brillan los dos historiadores más perfectos, pero es ahora cuando se ofrece el conjunto más copioso, alcanzando en todos los géneros una asombrosa fecundidad.

A ofrecérsenos tan abundante, incomparablemente más nutrida que todas las coetáneas, contribuye también mucho la predilección que los árabes tuvieron por componer diccionarios biobibliográficos. Merced a ellos, no tenemos que atenernos sólo a la producción conservada y sabemos que ésta es una parte mínima de la que fué

escrita. De mucho de lo perdido —salvada mucha parte, además, en obras de otros historiadores, como antes se dijo— no se limitan tales bibliografías a la mera mención; dan, además, extractos suficientes para poder formar idea de las obras no llegadas a nosotros. Con su ayuda, pues, y exhumando lo más valioso que aportan los depósitos manuscritos, van los arabistas dando a conocer esta historiografía, e incluso poniéndola al alcance de todos por medio de traducciones en lenguas europeas. Podemos así dar una previa idea de sus características más acusadas, indispensable en este caso por su absoluta disparidad con la producción cristiana coetánea [1].

Los historiadores musulmanes son casi todos polígrafos y, apenas sin excepción, poetas, afición inherente al pueblo árabe, transmitida a los que con ellos convivieron. Tal carácter trasciende a los propios títulos de sus obras. Para el hombre habituado a la seca austeridad de las crónicas cristianas no es fácil comprender que títulos como el «Velo de la desposada», «Adornos del bordado», «Perfume de la rosa» y otros análogos, designen trabajos históricos. Y, sin embargo, no son del todo impropios, porque la infiltración poética penetra también en la entraña de las obras. Nada más lejos de las crónicas latinas medievales que esta producción musulmana, llena de

1. Quien desee información más detallada acudirá con fruto al *Ensayo*, de Pons, págs. 363-387. Dozy, en su prólogo a la edición del *Bayano* de Abenadarí, traza un cuadro excelente de la historiografía hispanomusulmana. También J. M. Millás Vallicrosa hace un claro resumen en la introducción de su folleto *Els textos d'historiadors musulmans referents a la Catalunya carolingia*, Barcelona, 1922. Debe, en fin, acudirse a las mencionadas *Fuentes del s. VIII*, de Sánchez-Albornoz, no sólo valiosas para la noticia particular de gran número de obras, sino para ofrecer una justa exposición de conjunto.

diálogos encantadores, de sabrosas anécdotas y pintorescos detalles. La Historia no es cultivada como una disciplina severa y engolada, o como un mero registro de reinados, sino para satisfacer la curiosidad de un pueblo joven, ávido de saborear novedades. De ahí que tengan en ella mucha parte esos pormenores de la vida corriente que tanto echamos de menos en la producción cristiana, y que las noticias biográficas de cuantos sobresalían en algo ocupen gran lugar en su literatura histórica. Es también muy característico de ésta consignar todas las versiones conocidas de cada hecho en vez de exponer sólo la preferida por el autor.

Todo lo que se refería a sabios y poetas anhelaban conocerlo; se viajaba por escuchar lecciones de hombres distinguidos, se consignaban por escrito los nombres de los maestros que cada uno tuvo, los títulos de las obras leídas. Alcanzó también gran profusión el género de libros de viaje, muy de acuerdo con la afición popular a las cosas nuevas y favorecido asimismo por el precepto de peregrinar a la Meca. Se sabe que hubo también abundancia de historias de ciudades, probablemente estimulada por la multiplicidad de cortes, aunque se ha conservado muy poco. La tendencia al cultivo de ciencias variadas produjo gran copia de obras enciclopédicas o muy heterogéneas, en que solían tener alguna parte extensos relatos históricos y anécdotas más breves. El gusto por éstas, como medio de amena enseñanza, hizo de muchas obras verdaderos anecdotarios. Tales son los géneros más característicos; pero también la historia política nacional, la de los pueblos musulmanes en su conjunto, y la universal, que tienen mayor paridad con la produc-

ción cristiana, mantienen sus notas peculiares, por la corriente de vida que las exime de la sequedad esquemática de las crónicas del norte, limitadas habitualmente a consignar la sucesión de reyes y las luchas contra los moros. Eu este mismo período, sobre todo desde la reconquista de Toledo por los cristianos, que les puso en mayor contacto con la cultura arábiga y en posesión de muchos manuscritos, la historiografía del sur empezó a influir beneficiosamente sobre sus propias obras[2]. Al ejemplo de las cortes árabes, en que abundaron los soberanos muy versados en las letras, se ha atribuído, también, la cultura que mostraron nuestros reyes, muy superior a la de sus coetáneos de Europa. Resta apuntar que hay indicios muy seguros de que ya en la segunda mitad del siglo IX empezaron a componerse en Córdoba, con cárácted oficial u oficioso, anales en que se registraban los hechos que convenía fijar, no faltando entre ellos los que vemos de antiguo caracterizar al género analístico.

Pasemos ahora a los reinos del norte. La actividad historiográfica cristiana, representada en el siglo VIII por los mozárabes, se trasladó desde el IX a los territorios independientes, aunque hay también indicios de mozarabismo en posteriores cronistas. Allí se continuó la tradición del período anterior en cuanto empezó a consolidarse el reino astur-leonés. Figura central de las crónicas es, ahora como antes, el rey. La persuasión de que

---

2. Peca de excesiva la afirmación de Fueter (*H. de l'hist. mod.*, 276) de que "la historiografía árabe como tal no ejerció nunca la menor influencia sobre las crónicas españolas de la Edad Media. Cuando relatos árabes fueron acogidos en historias españolas ha sido siempre por el rodeo de la poesía". Habrá ocasión de advertir varios casos de utilización directa de las historias musulmanas.

sólo ellos representan la nación es tan honda, que en algunos anales, al consignar el vencimiento del último monarca visigodo por los invasores, se dice que los visigodos fueron expulsados de España, que, a continuación, reinaron los sarracenos cinco años y, tras ellos, Pelayo y sus sucesores [3]. No obstante, durante bastante tiempo el nombre de España fué reservado por los cronistas cristianos para la porción grande, la dominada por los árabes; así se ve en la crónica Albeldense (s. IX) y en la de Sampiro (fines del X y principios del XI) [4]. Poco después se aplica a cada uno de los reinos cristianos —al de León-Castilla, en la crónica Silense (hacia 1115); al de Navarra-Aragón, en los anales Compostelanos (hacia 1248)—, o se usa indistintamente para los territorios cristianos y los musulmanes, como se ve en la *Historia* del Cid (hacia 1115) y en el cronicón Lusitano (acabado en la segunda mitad del XIII).

De estas diversas tendencias predominó desde ahora la de considerar el reino leonés-castellano como princi-

3. El *Chronicon conimbricense IV* empieza así: "*Era CCCXVIIII. Egressi sunt Gothi de terra sua. Era CCCLXVI. Ingressi sunt Hispaniam... Era DCCXVIIII. Expulsi sunt Gothi de Hispania. Era DCCL. Sarraceni obtinuerunt Hispaniam. Antequam Dmns Pelagius regnaret, Sarraceni regnauerunt in Hispania Annis V. Pelagius regnauit annis XVIIII...*" En forma parecida se repite ello en otros anales.

4. En la Albeldense se dice que el rey asturiano Silo "*cum Spania... pacem habuit*", que Alfonso III "*exercitum mouit et Spaniam intrauit*", etc. Sampiro tiene expresiones equivalentes. A. Giménez Soler (*La Edad Media en la Corona de Aragón*, Barc., 1930, páginas 146-147) sintetiza así la aplicación del nombre España a la región andaluza: "España fué la tierra de Sevilla; en ella o en sus cercanías se fijaron los fenicios y cartagineses, los cuales comunicaron el nombre a los romanos; pero el pueblo de la Península, fraccionado y disgregado en las comarcas en que naturalmente se divide España, siguió en cada una llamándose con su nombre propio y llamando España a la región del Guadalquivir. En la época goda se vacila entre los significados de Península y Andalucía; al venir los moros y establecerse en Sevilla, se pierde el primero y se afirma el segundo y España es el país sometido a España, es decir, a los valíes, emires y califas que tienen su corte en Sevilla y Córdoba".

pal representación de España. La causa de esta hegemonía habrá de buscarse en la escasa solución de continuidad que hubo entre la extinción de la monarquía visigoda y el nacimiento del reino de Asturias, así como en la participación que en su creación tuvieron elementos muy relacionados con los anteriores monarcas. Lo cierto es que los demás núcleos de resistencia que a lo largo de la cadena pirenaica fueron formándose, adoptaron desde su comienzo una posición particular y regionalista, no buscando sus raíces en la monarquía visigoda, sino considerándose como brotes nuevos (Navarra, Aragón), o ligados en su nacimiento al Imperio franco (Cataluña). Tal es el espíritu que refleja la naciente historiografía de estos territorios, que suele confinarse en ellos mismos y en el período de la Reconquista, sin abarcar la reseña de la época precedente. Este aislamiento no impide el reconocimiento, tácito o explícito, de una superior entidad nacional representada por el núcleo central, llamando, por ejemplo, a Alfonso VII «imperator Castellae et totius Ispaniae» [5].

La inalteración en el tipo de las crónicas mantúvose hasta comienzos del s. XII, en que algunas comienzan a templar su rigidez con la introducción de noticias tomadas de la épica popular. Aunque muy espaciadas éstas, y sin renovar por lo pronto el tono general, algo quebrantan su esquematismo. Junto a los reyes, y aun aislados, otros personajes ponen en sus andanzas y empresas una nota de variedad, e insensiblemente va dándose entrada al detalle pintoresco. A todo esto contribu-

5. *Chronicon dertusense II*, publ. en el *Viaje* de Villanueva (volumen V, págs. 236-240).

yó probablemente el ejemplo de los escritores árabes [6]. Lo único que al finalizar el período contiene aún la corriente de renovación es el empleo del latín, que manejado ya premiosamente y sujeto a fórmulas inveteradas, impide a los historiadores moverse a su sabor.

De las especies cultivadas en el precedente período, la que llamamos «historia polémica» puede considerarse extinguida, de no reconecerse como filial suyo el tratamiento de algunos temas que se abordan con manifiesto anhelo de justificar derrotas. En el primer plano de éstas se halla el fácil vencimiento con que el Estado visigodo fué dominado por los invasores africanos, que tan frondosa selva de fábulas había de suscitar. La intervención de Carlomagno, la lucha entre partidarios de Urraca y de Alfonso I, las rivalidades entre Estados cristianos, etcétera, movieron también las plumas con cierta finalidad polémica. La obra que la ostenta con más continuidad es la llamada *Crónica Silense* (vid. p. 113).

Continuaron en vigor las que denominamos universal-nacional y nacional, si bien la primera limita casi del todo la noticia extrapeninsular a lo antiguo, circuscribiéndose ya a España en la época visigoda y tendiendo en la hispanoárabe a concretarse en Asturias-León-Castilla. Pero ahora ambas ramas están tan entrecruzadas, se nutren tan abundantemente la una de la otra, que es pre-

6. "Mientras los historiadores árabes —dice Menéndez Pidal— son precisos en la cronología, abundantes en los pormenores, muy atentos a los personajes secundarios, mostrando en todo un poder de visión extenso a la vez que penetrante, la historiografía cristiana se encerraba en un laconismo tan desabrido que, sin poner atención a los caracteres, a las costumbres o a los móviles, se contentaba respecto de los sucesos más grandiosos y conmovedores de la vida nacional con una breve enunciación, cuando no los pasaba en silencio; era tan árida y escasa que, como fuente seca en estío, parece que gotea tan sólo para exasperar nuestra sed". (*España del Cid,* I, 5-6.)

ferible prescindir de examinarlas separadamente y formar con las de ambos grupos una serie común, para considerarlas por el orden en que fueron compuestas.

Tal entrelazamiento, que afecta a casi toda la producción, es el carácter más acentuado que la historiografía muestra en este período. Los cronistas operan sobre los escritos que hallan a su alcance como en cosa propia, transcriben largas partes y crónicas enteras e ingieren en ellas sus propios aportes, o, por el contrario, redactan obras en las que interpolan fragmentos de otras, y en uno y otro caso es rarísimo que consignen las respectivas procedencias. En este punto, cristianos y musulmanes coinciden con exactitud, pues igual desaprensión mostraron los historiadores del sur. «El concepto de propiedad literaria entre los escritores musulmanes de los tiempos medios —dice un arabista— parecía algo así como un ente de razón de formas vagas, una idea confusa y nebulosa, que carece de expresión en el mundo de lo sensible. La frecuente repetición del plagio lo demuestra. Algunas veces hemos encontrado en libros históricos capítulos enteros que concuerdan en fondo y forma con los de otros escritores precedentes, sin la más ligera indicación de procedencia» [7]. Los mismos copistas no se reducen fácilmente a transcribir un texto. Tienen con frecuencia más de uno a la vista, o por su cuenta añaden o cercenan, lo que unido a las malas lecturas por oscuridad del códice original, multiplica las variantes de la transmisión manuscrita. Debió de ser también frecuente que los lectores hiciesen acotaciones marginales e interlineales, que eran reproducidas en posteriores copias como

7. M. M. Antuña, *Abenhayan de Córdoba y su obra histórica*, La Ciudad de Dios, 1924 y 1925, CXXXIX y CXL; pág. 261 del t. CXL.

formando parte del texto mismo. De todo ello resulta que junto a un pequeño fondo de producciones individuales y bien definidas, se ofrece una gran masa de verdaderas compilaciones anónimas, cuya parte original ha de repartirse entre diferentes autores, anónimos también en su mayoría, no faltando el caso de que, en una misma obra, alguna de las redacciones conservadas muestre influjo de otra, publicada con posterioridad a la redacción primitiva. Puede suponerse que la depuración de los textos, así enmarañados y contaminados, exige pacientes trabajos para cada crónica, y que sólo cuando esta labor minuciosa se haya extendido a toda la produción conservada podrá operarse sobre ella con base segura.

Otra nota de la literatura histórica de este período es el gran desarrollo del tipo de registros escuetos en forma de anales, aplicados con preferencia en la primitiva historiografía cristiana a consignar los hechos capitales de la edad antigua, y que ahora se emplean abundantemente para los sucesos coetáneos. Se supone que el uso de las tablas de Pascuas, «cuyos espacios en blanco, dispuestos año por año, ofrecían una evidente tentación al comentario analístico» [8], han contribuído mucho a la profusión de este género, casi exclusivamente monástico. La forma en que nos han llegado denuncia en algunos casos una redacción sucesiva, probablemente de diversos monjes de un mismo convento, que irían consignando las noticias según eran recordadas o conforme acaecían los sucesos. En otros casos puede verse en tales escritos la obra de una sola persona, que compusiese, a modo de memorandum para el propio uso, un compendio de datos

8. J. C. Russell, art. cit. en la nota 35 de la pág. 85.

históricos interesantes. Lo que es seguro es que tales escritos, cuya brevedad invitaba a la copia, total o parcial, gozaron de una profusa transmisión. Lo primero que sorprende en ellos es la identidad de varias noticias, permitiendo esto fijar la interdependencia de algunos, que corrige los errores a que lleva su simple adscripción a la región en que se hallaron [9].

Da a los anales mucho interés histórico el fechar los sucesos, dato que las crónicas descuidan normalmente si no se trata de comienzos o finales de reinado. Contienen también, además de acontecimientos políticos —a veces sólo por ellos conocidos—, las noticias propias del género de anales (años de hambre, precios de artículos, prodigios, fenómenos naturales, ocurrencias locales...), que en vano buscaríamos en las historias. Como éstas, unos se confinan en lo nacional, con preferencia habitualmente por un restringido sector, y otros se extienden a lo de fuera, casi siempre en lo antiguo; es frecuente que se inicien por el nacimiento de Jesucristo y otras fechas destacadas de la historia cristiana. Huelga añadir que los anales fueron utilizados ampliamente por las crónicas y tal vez se dió también la inversa, como parecen revelarlo los casos en que con los esquemáticos apuntes de aquéllos se mezclan noticias continuadas de reinados sucesivos. A pesar de estos enlaces ocasionales, es preferible

9. Ha sido norma lamentable la de designar los anales encontrados —mal llamados, también, "cronicones", lo que produce confusión con las crónicas de texto seguido— por nombres tomados del convento o de la ciudad en que aparecieron, en muchos casos, en desacuerdo con el del territorio en que fueron compuestos y cuyas noticias predominan en ellos. El Sr. Gómez Moreno, que consagró a los que llama "Anales castellanos" su discurso de entrada en la A. de la H., se queja también de esta mala práctica. En el presente libro conservaré, no obstante,, en todos los casos, las denominaciones ya consagradas por el uso, para no introducir mayor confusión, agregándoles sólo alguna indicación alusiva a su verdadero carácter.

dar noticia aparte de los anales en conjunto. Difíciles de fechar, porque las últimas notas que los forman son con frecuencia demasiado posteriores a las precedentes, su lugar en la serie cronológica sería muy aventurado el fijarlo. En cambio la afinidad de procedencia entre ejemplares de distinta fecha aparente es indudable en repetidos casos y conviene examinarlos así agrupados.

Tales son los rasgos más acusados de la producción de musulmanes y cristianos. El otro pueblo que con ellos convivió en este tiempo, el judío, que en varias ramas de la cultura tuvo figuras de gran relieve, se dió poco a la historia y más con miras a su raza dispersa que a la entidad nacional en que cada grupo estaba incluído. Por ello, bastará una breve mención del único historiador que ofrece este período.

De las dos series historiográficas, la musulmana y la cristiana, debe ésta ocupar el primer lugar, pues representa la continuidad ininterrumpida de la producción española. Dentro de ella forman un grupo aparte, por su diferencia de características, las crónicas navarras, aragonesas y catalanas, cuyo aporte en este período es muy escaso. Los anales, al contrario, son incluídos en el mismo artículo que los castellanos y gallego-portugueses. Seguirá a ambos grupos de fuentes el examen de los demás géneros que fueron cultivados, sobre cada uno de los cuales se hace allí mismo la necesaria indicación previa.

La exposición de la historiografía árabe comprenderá la noticia de las obras conservadas y la mención de algunas perdidas, que, por su importancia, no deben ser omitidas. Aun así, no dan idea de la riqueza de aquella literatura, y el lector, para aproximarse a ello, no deberá

olvidar, bajo la fe de los arabistas, que la producción efectiva fué incomparablemente mayor y que todavía hay esperanza de hallar muchos manuscritos, sobre todo en las biliotecas africanas. En la clasificación en grupos o especies he procurado lograr la mayor claridad posible, haciéndola sobre bases análogas a las que me sirven de norma en todo este ensayo. La denominación de los distintos grupos es suficientemente explícita para hacer innecesaria una noticia particular de cada uno.

El capítulo terminará con la noticia del historiador hispano-judío ya aludido.

I.—Historiografía cristiana.

a) *Historia universal-nacional e Historia nacional.*

1) *Crónicas (serie central).*

La *Crónica bizantina-árabe de 741* es la primera de las conocidas [10]. Suscita no pocas dudas su verdadero carácter y la relación que guarda con la que examinaré a continuación [11]. Es del tipo mixto y con tan escasa participación de lo español que se reduce a mencionar la

10. Sobre otras que posiblemente escribieron mozárabes en el siglo VIII, vid. Albornoz, *Fuentes s. VIII*, pág. 33. Acerca de la de 741 piensa que tal vez fué redactada en Siria durante el califato de Hixem (722-741).

11. Flórez, al publicarla (*Esp. Sagr.*, VI, 430-441), llama al autor "El Continuador del Biclarense", pero nada lo justifica; se ve bien que los añadidos del manuscrito de Mariana son postizos y trastornan el sentido del texto. (Por ejemplo, después de consignar la muerte de Mahoma se ingiere un párrafo relativo a Chintila, y el texto continúa así: "In cujus loco saracenorum rex Habubecar...", lo que bien claramente se refiere a Mahoma y no a Chintila.) Mommsen considera la obra como continuación de la de S. Isidoro, llamándola *Continuatio Isidoriana Byzantia Arabica;* tampoco se ve muy patente tal prosecución, porque el escaso españolismo de la pieza lo repugna; pero, en último término, lo que interesa no es lo que el autor quisiese hacer, sino lo que hizo, muy bien reflejado en el término "Byzantia Arabica", que por ello adopto.

muerte de Recaredo, la sucesión recaída en su hijo Liuva, la usurpación de Viterico y los años en que comenzaron los reinados de Gundemaro, Sisebuto y Suintila, datos todos tomados de San Isidoro. La información es más copiosa al hablar de los emperadores bizantinos y más aún al tratar de los árabes, cuya actuación se expone por extenso y con evidente admiración, no ocultando la que siente por el propio Mahoma. Por el contrario, la conquista de España, a que alude después de interrumpir la historia nacional desde Suintila, no suscita en el autor la menor emoción; refiriendo las conquistas musulmanas, dice simplemente: «In Occidentis quoque partibus regnum Gothorum, antiqua soliditate firmatum apud Spanias, per ducem sui exercitus nomine Muza adgressus, edomuit, et regno abiecto uectigales facit.» De obra tan disparmente compuesta, lo único que puede conjeturarse es que sea una compilación a base de una fuente bizantina y de una o varias fuentes árabes, a lo que se agregó la pequeña porción española aludida. Que el compilador fuese español, no es muy seguro; el uso de la Era hispánica no rebasa del primer cuarto de la crónica; es probable que tal como la obra nos ha llegado contenga un texto primero y una continuación. De su relación con la siguiente, trataré a seguida de ésta.

La *Crónica mozárabe de 754* [12], aunque también de

12. *Fuentes,* art. 643 (mal redactado, por no haber puesto en lugar preferente la edición de Mommsen, que es la más perfecta). Flórez la llamó *Crónica del Pacense,* esforzándose por demostrar que fué su autor el obispo pacense Isidoro, mencionado por Pelayo de Oviedo como autor de crónicas; tal opinión está ya rechazada y todos dan la obra por anónima. El Padre Tailhan la llama *Anónimo de Córdoba,* en cuya ciudad supone que vivió últimamente el mozárabe autor. Mommsen, relacionándola con la anterior, la denomina *Continuatio Hispana.* Menéndez Pidal la designa simplemente por la forma que adopto en el texto, la cual responde bien a los únicos datos seguros poseídos.

tipo mixto, es una verdadera producción española. Empezando por la coronación de Heraclio (a. 611) prosigue la narración hasta 754, y los reinados bizantinos le sirven para exponer, a continuación de cada uno, la historia árabe e hispánica. Da en esta última gran participación a lo eclesiástico: no hay duda de que lo fué el autor y que dispuso de abundantes papeles catedralicios, sobre todo de Zaragoza y de Toledo. De los reyes hace grandes elogios de Vitiza, a cuyo partido se ve pertenecía, y alude, sin duda, a las luchas entre vitizanos y rodrigueses cuando dice que España era teatro «non solum hostili, verum etiam intestino furore». Al relatar la invasión, sustituye a la impasibilidad de la crónica anterior una verdadera vehemencia nacionalista; pone a contribución todos sus recuerdos bíblicos e históricos para ponderar lo ocurrido «infelici Hispania» y compararlo con los desastres de Troya, Jerusalén, Babilonia y Roma. A modo de resumen, dice: «Hispania, quondam deliciosa et nunc misera efecta, tam in honore quam etiam in dedecore experta fuit». Tras la conquista sigue alternando la historia bizantina y la de los emires de al-Andalus, acabando con unos cómputos desde el principio del mundo hasta el año citado, en que escribe.

Veamos su relación con la anterior. Tienen ambas mucha parte común: abundantes pasajes iguales, unos a la letra, otros en el sentido. Tal identidad ha sido explicada de varias maneras. Flórez opina que la de 754 se valió de la otra y la prosiguió. Hinojosa, al contrario: que la bizantina-árabe está calcada en la morárabe para los últimos tiempos y en S. Isidoro para la anterior a Sisebuto. Tailhan cree también posterior la bizantina-árabe,

que considera obra de un mozárabe del s. IX o del X. Amador de los Ríos y Fernández-Guerra atribuyen ambas obras a un mismo autor, que para Ríos es el Pacense. En fin, Schwenkow y Mommsen consideran indudable que la de 754 tomó de la otra, para lo que Mommsen las editó a dos columnas subrayando los préstamos[13].

Creo lo más probable que ambos compiladores usasen de una o más fuentes comunes, pero con independencia entre sí. Ha de tenerse en cuenta que las analogías en la parte española son muy escasas y que la de 741 la termina en Suintila, es decir, donde acaba la crónica de San Isidoro, fuente común de ambas. Ello indica claramente que le faltó noticia para lo siguiente; ¿cómo explicar, pues, que teniendo a la vista la otra, dejase bruscamente de utilizarla, quedando inconclusa la reseña de España? Además, considerar ésta posterior a la de 754 no tiene sólo contra sí el hecho de haber alcanzado período menos avanzado, sino su lenguaje menos corrompido y por consiguiente menos contaminado por la mezcla de idiomas que obraría progresivamente en el Andalus según aumentase el trato de los cristianos con los africanos y orientales. Menos difícil es que el autor de la de 754 conociese y ampliase con datos propios la de 741, como es opinión más corriente; pero en tal caso es raro que sustituyese su clara exposición por el gali-

13. Flórez, en *Esp. Sagr.*, VIII, ap. II; Hinojosa, en el prólogo de la *Hist. de Esp.*, del período visigodo, que publicó en colaboración con Fernández Guerra y Rada y Delgado; Tailhan, en el de su ed. (*Anon. de Cordoue;* París, 1885); Ríos, en su *Lit. esp.*, t. II, págs. 50-59; Fernández-Guerra, en su *Caída del imp. visg. esp.*, página 44. Schoenkow, en su obra *Die lateinisch geschrieb. Quellen sur Gesch. der Erob. Spaniens durch die Araben* (Gottingen, 1894), p. 18...; Mommsen, en o. c. La concisión a que me obliga la extensión de la materia, objeto de este libro, limitará todo lo posible la exposición de opiniones ajenas, reduciéndola al mínimum y remitiendo a los lugares en que se consignan.

matías que en algunos pasajes nos ha legado, en que toda la culpa no podrá achacarse a yerros de copistas. En cuanto a identificar los dos autores, rebasa todo absurdo, alejados entre sí como se muestran en el amor y el cónocimiento de España y en la actitud ante el islamismo. El autor de la mozárabe suprime todos los elogios a Mahoma, que constan en la otra, y ya hemos visto que considera una desgracia nacional la conquista musulmana, que en ésta se registra con fervorosa admiración. Parece, pues, lo más atinado pensar que algún latérculo bizantino y alguna historia árabe de las que circulaban se divulgasen por al-Andalus en versiones latinas, totales o parciales, que serían utilizadas en ambas compilaciones, con la libertad que para tal menester reinaba [14].

La *Crónica Albeldense* [15], que también historia los períodos anterior y posterior a la invasión, fué terminada en 881 o en 883. Es, pues, la que sigue en orden cronológico a las antes examinadas, y la primera de las redactadas en el Norte cristiano [16].

14. S.-Albornoz (*Fuentes s. VIII,* págs. 23-33) se inclina a creer que la crónica de 754 tomó de la de 741 su parte bizantina y árabe, y hace un interesante estudio de sus fuentes.

15. *Fuentes,* art. 53. El nombre lo toma del Monasterio de Albelda, a dos leguas de Logroño, fundado por Sancho Abarca de Navarra, En él apareció un ms. de la crónica continuada hasta 976 por el monje Vigila. Por esto se la ha llamado también "cronicón Vigilano", así como "Emilianense", por haberse hallado copias en el Monasterio de S. Millán, y "de Dulcidio", clérigo toledano, a quien se consideró autor de la obra.

16. La primera, claro es, de las conservadas y conocidas; pero nada impide que alguna fuese compuesta con anterioridad. Recientemente S.-Albornoz, en otro de sus trabajos (*¿Una crónica asturiana perdida?* "Rev. de Filol. Hisp.", de Buenos Aires, 1945, VII, 105-146) ha expuesto las buenas razones que le hacen pensar en que se escribió una en tiempo de Alfonso II, desde Pelayo hasta su elevación al trono. Ella habría sido, según su tesis, fuente de la Albeldense, de la de Alfonso III, del árabe Arrazi y de los anales que encabezan el cronicón antes llamado Complutense y hoy Alcobacense.

Se considera unánimemente como anónima, no habiendo tenido acogidas las paternidades que se le han adjudicado[17]. Es de tipo mixto muy bien caracterizado, por ofrecer en capítulos independientes diversos cuerpos de historia universal y nacional[18]. La primera está representada por unos preámbulos geográficos *(Exquisitio totius mundi)*, enumeración de monumentos célebres *(De septem miraculis mundi)*, cualidades predominantes en los distintos pueblos (*De proprietatibus gentium)*, una disquisición sobre las letras *(De litteris)* y una historia romana hasta Tiberio III (m. 705). La parte nacional la componen asimismo notas geográficas, y de productos y cualidades peninsulares, más la reseña de los reyes godos y la de sus continuadores en Asturias-León y Navarra, que es lo que le da su principal valor, basado como está lo anterior en obras conocidas[19]. Contiene también un resumen de la historia de los árabes, que, como la de los godos, no se limita a la actuación en España, sino que toma su estirpe desde Abrahán.

Es, pues, la «Crónica Albeldense» a modo de bosquejo enciclopédico de los tres pueblos que aquí intervinieron principalmente. Para encerrar tanta materia en breve espacio usa el autor de muy ceñida concisión. Alcanza a historiar los diez y ocho primeros años del rei-

---

17. El P. Fita (*Bol. Ac. de la Hist.*, 1902, XLI, 324-344) la atribuyó a Sebastián, obispo de Orense, lo que aceptó Cirot (*Hist. gén.*, página VIII). Don A. Blázquez (La Ciudad de Dios, 1925, CXLIII, 96-112) creyó redactados por Alfonso III los reinados de Vamba-Ordoño I.

18. Gómez Moreno (*Las primeras crónicas de la Reconquista. El ciclo de Alfonso III.* "Bol. Ac. Hist." 1932, C, 562-599) hace un sugestivo estudio de esta crónica, cuyo texto, en sus partes principales, edita nuevamente con bastantes variantes del de Flórez.

19. Sobre sus fuentes vid. *Rev. de Filol. Esp.*, 1921, VIII, 262, y *Bull. Hisp.*, 1930, XXXII, 305.

nado de Alfonso III, y la parte a él consagrada está hecha con tal fervor y relativa extensión que Amador de los Ríos entiende que la obra fué planeada como glorificación del rey Magno, siendo lo demás mera preparación. No hay que acudir a ese expediente para justificar que se ocupase por extenso del reinado que mejor conocía —uso general de los cronistas— y que tan glorioso fué para los cristianos. Habla de dicho monarca como aún viviente («*omnia templa Domini restaurantur*», «*rex noster*», etc.) El autor usa ya de varias palabras romances, como *hostis* en sentido de «hueste», *tios*, *germanos*, *subrinum*, etc. La parte relativa a Navarra es mucho más breve que la de León. Una y otra, así como la musulmana, fueron muy sumariamente prolongadas por el copista hasta 976.

La *Crónica Profética*, dada a conocer por Gómez Moreno en el artículo recién citado [20], corresponde describirla aquí como compuesta —el anónimo autor la fecha en 11 de abril de 883— entre la Albeldense y la de Alfonso III. Redactada por un clérigo mozárabe, pasó su texto, mutilado, al manuscrito albeldense, y completo al de la crónica del rey de León. La profecía —de Ezequiel— que le dió ocasión había ya sido completada y localizada en España, interpretándose en el sentido de que acabaría la dominación árabe a los ciento setenta años de iniciarse, lo que correspondía a un tiempo limi-

20. La labor de Gómez-Moreno ha sido proseguida por Sánchez-Albornoz; de sus últimos trabajos ocúpanse de la "Profética" las *Fuentes del s. VIII*, págs. 103-108, y el art. *¿Una crónica asturiana perdida?*, págs. 106 y sigs. Ambos investigadores creen probable que el autor fuese el mismo Dulcidio, muy afecto a Alfonso III, que le envió como embajador a al-Andalus y recibió de él noticias para su crónica.

tado entre 883 y 884. Siendo por entonces el curso de los sucesos tan favorable a los cristianos, nuestro mozárabe creyó seguro el cumplimiento de la profecía y se dispuso a componer su crónica. Se documentó primero en historia hispanoárabe y marchó después, desde Toledo, su probable residencia, a la corte de Alfonso III. La obra debió de perder su interés para los coetáneos al pasarse el plazo sin cumplirse lo anunciado, y no es extraño que al incorporar su texto al de la crónica Albeldense se suprimiese lo relativo a la profecía. Para los modernos, su mayor valor está en conceder a lo islamita más lugar que las otras crónicas cristianas, ocupándose, después de expuesta la profecía, en la genealogía de los árabes y su actuación en España.

Alfonso III de León (866-910) compuso o mandó componer otra crónica[21], algo posterior a la Albeldense, según parecen indicarlo sus relaciones con ella, a las que después me referiré, y el uso de la Profética[22]. Abarca los reinados de Vamba a Ordoño I (672-866). Es, pues, de tipo meramente nacional, no mixto, como la Albeldense; pero, al igual de ella y a diferencia de las mozárabes, se aplica después de la conquista, no al Andalus, sino a los reyes asturianos, en calidad de continuadores de la monarquía visigoda.

Ha suscitado esta crónica no pocas polémicas, relativas a su autor, a sus varias redacciones y a su relación con la Albeldense. Por unos se atribuye al propio monarca,

21. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 641.
22. Lo que de ésta tomaron las dos redacciones de la crónica de Alfonso III puede verse en S.-Albornoz, *¿Una crónica asturiana perdida?*, págs. 107 y sigs.

por otros a Sebastián, obispo de Salamanca, o a un su homónimo que lo fué de Arcábica y, después, de Orense. La doble participación del rey y un obispo se hace compatible en una moderna teoría, muy bien asentada, que elimina las dificultades suscitadas por las soluciones tradicionales; fué concebida por Gómez Moreno[23] y desarrollada por Sánchez Albornoz[24]. Según ella, una redacción considerada antes como segunda, hecha en bárbaro lenguaje, fué la primera —así como la más utilizada en las crónicas siguientes, según tendremos ocasión de advertir al tratar de éstas—. Dicho texto, que tiene todas las trazas de ser obra de un laico, habría sido refundido —mejorado el lenguaje, cercenado el texto en unos casos y ampliado en otros—, siendo tal refundición la que hasta ahora se tenía por el texto primitivo. Aceptado esto, la atribución a Alfonso III de aquélla no ofrece inconvenientes, y el texto en mejor latín es lógico adscribirlo a un eclesiástico de más letras. La índole de los cambios introducidos por el refundidor, muestra en él dos propósitos: el de mejorar el latín de la obra y el de ensalzar a los godos y excusar al clero, suprimiendo datos que el cronista primero consignó ingenuamente, llevado de la tradición. Que es más admisible el caso de

23. La expuso en su artículo recién citado.

24. Art. inserto en "Spanische Forschungen der Görresgesellschaft. Gesamm. Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens", II, 47-66. Sobre la crónica han aparecido también, con posterioridad a los citados en *Fuentes*, los siguientes trabajos: Z. García Villada, *La Crónica de Alfonso III. Rectificaciones*, "Razón y Fe", 1926, LXXIV, 221-232; A. Blázquez, *¿Alfonso III autor de la Crónica de Roda?*, "La Ciudad de Dios", 1926, CXLV, 30-32, y *A propósito de la Crónica de Alfonso III (Contestación a D. Zacarías García Villada)*, ib., 362-386; Claudio Sánchez-Albornoz, *La Crónica de Albelda y la de Alfonso III*. "Bull. Hispanique", 1930, XXXII, 305-325; C. Cabal, *Temas de la Reconquista. La Crónica de Alfonso III*, "Bol. de la Bibl. Menéndez y Pelayo", 1935, XVIII, 199-241. S.-Albornoz insiste en su teoría, desarrollándola con nuevos datos, en sus trabajos recientes repetidamente mencionados.

retocar un texto para mejorarlo que el de escribir con incorrección teniendo a la vista otro más perfecto, no hacen falta muchos argumentos para apoyarlo. La nueva solución, aunque pugne con todas las precedentes, es, pues, muy probable, sobre todo si se atiende al detalle de las discrepancias entre los dos textos [25]. Si antes no se pensó en ello, débese sin duda a que la llamada segunda redacción no fué conocida hasta hace pocos años, cuando todas las indagaciones se habían basado en la denominada primera [26].

Inaugúrase con la de Alfonso III una especie de crónica oficial, que, bajo distintas formas, no se interrumpirá ya. En cuanto a fuentes, la edición crítica que de ella se ha hecho señala un conocimiento superficial de la historia de los godos de San Isidoro, el de la obra de San Julián y, probablemente, el de la mozárabe de 754. (Esto

25. C. Cabal, no obstante, la rechaza en el artículo citado en la nota anterior. Cree que la antes llamada primera redacción lo es, en efecto, y que se debe al rey, auxiliado en la realización por Sisnando, el obispo de Iria, muy amado por Alfonso. El articulista parece desconocer, pues no lo menciona, el trabajo en que Sánchez Albornoz desarrolla el tema, y sus razones no invalidan las que éste alega, las cuales hacen de su tesis la mejor fundamentada de todas las expuestas sobre tan asendereada crónica.

26. En los trabajos citados pueden verse las opiniones anteriores. Sólo dos he de añadir a las que allí se citan. Una es de Arenas López ("Anales del Instituto de Valencia", 1919), que aduce contra la atribución de la obra al rey el argumento de que en ella se habla irrespetuosamente de Ordoño I, lo que no podía hacer su hijo; es argumento sin valor, pues ni hay tal irreverencia, ni un extraño que escribiese por orden real se hubiera visto menos cohibido que el rey para perder el respeto al monarca anterior, Otra es de Serrano Sanz, a quien la expresión *regi babylonico*, que supone alusiva al soldán de la Babilonia egipcia, y la denominación de los musulmanes por *Chaldei*, más frecuente en la crónica de Alfonso III que la de *Sarraceni* e *Ismaeliti* movió (en su estudio del Cronicón Villarense. *Bol. Ac. Esp.*, 1919, VI, 192-220 y 1921, VIII, 367-382) a considerarla como una falsificación tardía, quizá del s. XI. No he visto que nadie se haga eco de esta opinión, muy en desacuerdo con la habitual cautela del autor, y creo que la vacilación en la denominación de los islamitas, en una de las primeras crónicas cristianas que de ellos se ocupan, no puede dar base, sin otro apoyo, para negar su autenticidad, en desacuerdo con todo lo admitido hasta ahora.

último no todos lo admiten, por creer que ninguna crónica del sur estaba aún al alcance de los asturianos.) Añade Villada que la hace sospechosa la introducción del elemento bíblico y el maravilloso, siendo sólo segura su noticia de los tres últimos reyes, cercanos ya a su tiempo. La impresión que da su lectura es que, mucho más que de escritos, usó de la tradición oral, como muestra su predilección por fábulas y milagros; los pocos discursos breves que intercala más parecen reflejar relatos populares que buscar la imitación clásica, si bien el tono de la que se supone refundición es muy relamido y ampuloso, en contraste con la sencillez predominante en la Albeldense, que tiene también más indicios de veracidad.

Las dos redacciones de la regia crónica fueron objeto de interpolaciones que serán puntualizadas al tratar de las compilaciones en que aparecen (págs. 118 y 120). La obra de Alfonso III refleja —sobre todo, comparada con las mozárabes—, el optimismo consiguiente al brío con que la reconquista avanzaba al siglo y medio de iniciarse. En la explicación del desastre del Guadalete, muéstrase el autor, y más el de la refundición, furiosamente antivitizano, de acuerdo con el espíritu dominante en un reino a cuyo nacimiento aplicaron su esfuerzo los prosélitos de Rodrigo.

El cotejo de la crónica Albeldense con la de Alfonso III muestra algunas coincidencias verbales y de sentido que sólo pueden explicarse por copiarse una a la otra, o ambas a una fuente común. Tailhan y Barrau-Dihigo opinan que la de Albelda resumió a la otra, mientras Villada sostiene la tesis de un original común, que

pudo ser alguno de los *laterculi* que existían. Las varias soluciones posibles han sido detenidamente puestas en cotejo en uno de los trabajos antes mencionados[27], en el cual se llega a la conclusión de que es muy verosímil la tesis de Villada, pero en el caso de que hubiera entre ambas crónicas interdependencia, todos los indicios son de que la Albeldense fué la primera y, por tanto, la posiblemente utilizada para componer la de Alfonso[28].

SAMPIRO, zamorano muy leal a Vermudo II (982-999), que le recompensó haciéndole notario real, y a Alfonso V (999-1021), que le nombró mayordomo de palacio, obispo, al fin, de Astorga en 1035-1041, continuó la crónica oficial iniciada por Alfonso III[29]. Comprende la parte que él redactó el período 866-982, esto es, los reinados de Alfonso III y sus sucesores hasta Ramiro III inclusive y se cree que realizó la obra en los fines del s. X y comienzos del XI, mucho antes, pues, de recibir la mitra. El texto de Sampiro nos ha llegado como parte de dos compilaciones distintas, en una de las cuales, por lo menos, sufrió interpolaciones. Aunque éstas se subsanan por el cotejo de ambas, no hay seguridad absoluta de que poseamos el original genuino. Tal como está sigue sin interrupción el texto de la crónica de Alfonso III, no intercalando prólogo ni fórmula alguna que indique el cambio de autor. La narración es escueta, sin más ornato que alguna frase de origen bíblico. De temas, el relato de guerras lo absorbe casi por completo; no da lu-

27. Art. de Sánchez-Albornoz en el "Bull. Hisp.", 1930, XXXII, 305-325.
28. En *¿Una crónica asturiana perdida?* se inclina ya Albornoz decididamente por el uso de una fuente común, que sería la que conjetura se escribió en tiempo de Alfonso II.
29. *Fuentes*, art. 1.130.

gar, como hace en grande escala la Albeldense, a noticias religiosas, ni ameniza la historia, como la de Alfonso, con tradiciones populares. Parece bastante imparcial, distribuyendo equitativamente alabanzas y varapalos; fué probablemente su deseo de no perder la libertad para enjuiciar lo que le hizo detenerse al llegar a su tiempo. Su lenguaje, ya sin hipérbaton alguno, es muy sencillo y claro. La crónica sampiriana, como parte que era de la serie de carácter oficial, entró en todas las compilaciones que después se formaron, además de incluirse textualmente en las dos antes aludidas.

La *Chronica Gothorum pseudo-Isidoriana*, así llamada por Mommsen, que la publicó [30], debió de aparecer poco después que la de Sampiro y dentro aún de la primera mitad del s. XI, pero no en territorio cristiano; es obra de un mozárabe de Toledo [31]. Tras una descripción de España expone la descendencia de Noé hasta los godos, empezando a continuación la historia romana desde Rómulo y enlazando luego las noticias de España con las de los emperadores; llega así hasta la invasión árabe, en cuya justificación le da particular interés el aparecer, por vez primera en texto español, la leyenda de Vitiza y la hija del conde Julián, en que dicho rey sería más tarde sustituído por Rodrigo [32]. Forma parte este final de la crónica de su porción original o cuyas fuentes, al menos, no se ha logrado descubrir, lo que aumenta su valor; de casi todo lo anterior ha podido comprobarse que está

30. En el vol. II de *Chronica minora*. El original se halla en el ms. 6.113 de la Bibl. Nac. de París.

31. Vid. pág. 168, donde se expone una conjetura de S.-Albornoz sobre la relación de esta crónica con la obra histórica de Arrazí.

32. Para los pormenores puede verse Menéndez Pidal: *Floresta de leyendas*, I, 28 (Madrid, 1925).

tomado de San Jerónimo, Orosio, San Isidoro, el Biclarense y la Mozárabe de 754[33]; al tratar de la conquista utilizó también, según Menéndez Pidal, historias árabes, cuyo influjo comprobó además en ciertos modos de tratar los períodos precedentes.

La llamada *Crónica Silense*, ya del s. XII —se la cree escrita hacia 1115—[34], se ha pensado que sea también obra de un mozárabe toledano, pero avecindado en León; fuera de la Profética, es la primera conocida de territorio cristiano que muestra influjos árabes, aunque en pequeña escala[35]. Su nombre es debido a habérsela considerado escrita por un monje de Silos[36]; que era monje, el propio autor lo dice; de que lo fuese de Silos sólo existe la presunción, basada en el nombre de «domus Seminis» que asigna a su monasterio; en cuanto a su mozarabismo, el conocimiento que muestra de las fábulas que circulaban en el Andalus parece mostrarlo. La crónica, que participa a la vez del carácter de tal y del de compilación, es muy interesante en varios aspectos. Muestra como ninguna de este tiempo un acentuado carácter polémico, sobre todo en su largo preámbulo. Por desconocer ese carácter se han hecho al autor injustificadas censuras.

Comienza el preámbulo dicho por la afirmación do-

33. Mommsen marcó minuciosamente en su edición las procedencias comprobadas.

34. Acaso después de 1118, opina S.-Albornoz, lo que promete defender en su futura *Historia del Reino de Asturias.*

35. Desde Gayangos (*Mohammedan Dynasties,* I, p. 513, n. 3) es tesis general que el autor usó de fuentes árabes, pero sin concretarlas, lo que S.-Albornoz en sus recientes estudios sigue considerando aún imposible de lograr.

36. Es la opinión, entre otros, de sus dos editores: Flórez (*Esp. Sagr.,* XVII, 256-323) y Santos Coco (Madrid, 1919; publ. del Centro de Estudios Históricos). Para otros trabajos sobre ella vid. *Fuentes,* art. 1.156.

lorosa de que la cultura hispánica, antes tan eminente, cesó por la invasión bárbara (la musulmana), y aplícase en adelante a justificar ésta desde un punto de vista cristiano. Considera, pues, sucesivamente, la prevaricación de los hombres por el paganismo, el arrianismo de última hora de Constantino y de muchos de sus sucesores; luego, ya en España, la misma obstinación arrianizante de los invasores germanos. Convertido Recaredo, aún subsisten los agravios a Dios en los alzamientos, también arrianos, contra él, y después contra Vamba, en la Galia gótica, lo que da ya ocasión al autor para mostrar su inquina contra los francos. Más tarde, por esconderse Vitiza entre los critianos, como lobo entre ovejas, permitió Dios la terrible invasión agarena. Según ha podido verse, el cronista sigue en toda esta parte igual procedimiento que Orosio, no haciendo historia seguida, sino entresacando lo que convenía a su argumentación. Tras esto empieza propiamente la crónica, a la que señala por tema las hazañas de Alfonso VI, que requieren una previa explicación de las dificultades que se opusieron a su reinado, esto es, de las luchas fratricidas que siguieron a la muerte de Fernando I. Pero cuando las ha referido, piensa que no basta aún para comprender la actuación de Alfonso, y entonces vuelve más atrás, tomando la historia desde Vitiza, «de quo superius memini», dice, lo que descarta toda idea de repetición por descuido. El autor, furioso antivitizano [37], vuelve a poner al tratar de él

37. Menéndez Pidal (*Floresta*, I, 25), al tratar de explicar el nacimiento de las leyendas justificativas de la victoria musulmana, las atribuye a los cristianos fervorosos, hostiles al invasor, que fueron acumulando culpas sobre los vitizanos y Olián, en tanto que los bien hallados con los vencedores —vitizanos y sus sucesores— mostraban un cristianismo harto tibio. Esto se corresponde muy bien con los rasgos que hallamos en el autor de la *Silense*,

su vehemencia de polemista, y aunque acoge ya la nueva versión, forjada en las historias árabes, que atribuye a Rodrigo el estupro de que antes se culpaba a Vitiza, cuida bien de recargar lo sombrío de éste y de considerar ya decidida por Dios en su reinado la perdición de España; Rodrigo parece aquí dejarse llevar de su lascivia para que se cumpliese una decisión antes tomada por Dios contra su reino, y del relato de la batalla en que murió sale muy bien librado su temple valeroso. Pasado este trance, el ardor polémico del autor se torna de nuevo contra los francos y hace de la expedición de Carlomagno, tan glorificada por las *chansons* francesas, la reseña más despiadada y ofensiva. La obra prosigue —ahora, sí, con algunas supresiones de reyes poco importantes y repeticiones de otros reinados, lo que indica falta de ordenación final de esta parte— hasta la muerte de Fernando I (1065), reinado que historia con amplitud y evidente deseo de renovar la elocuencia clásica; es particularmente extensa la relación del traslado del cuerpo de San Isidoro de Sevilla a León[38]. Quedó, pues, sin cumplir el objetivo principal, el reinado de Alfonso VI, para lo que, sin duda, le faltó el tiempo, pues de haber desistido lo hubiera consignado con su puntualidad habitual.

Otro aspecto interesante de la crónica es el uso, aunque parco, de fuentes poéticas; Cirot ha descubierto en ella frases que figuran como versos o partes de versos en

tan vehemente en su religión como en su antivitizanismo. Recuérdese también que cuando hemos visto en crónicas del Norte buscar culpables, lo han encontrado en Vitiza, glorificado en cambio por el anónimo de Córdoba.

38. El haberse encontrado una copia suelta de este relato suscita la duda de si fué tomada de la crónica o ésta la incorporó. Santos Coco se inclina a lo primero, fundándose en la igualdad de estilo con el resto de la obra.

poemas en latín; sin embargo, no menciona al héroe de su tiempo, el Cid, tal vez por no disminuir la figura de Alfonso VI. En cuanto a su valor histórico y grado de originalidad, puede afirmarse la de su plan, diferente al de todas las crónicas conocidas. Para realizar sus diferentes partes se sirvió de otras historias, unas citadas por él —*Chronicon* universal de San Isidoro, *Diálogos* de San Gregorio, la obra de San Julián, que él pone a nombre de San Isidoro— y otras que no menciona, como las Historias de este mismo, las de Alfonso III, Albeldense [39], Sampiro y algunas árabes [40]. De todas hace el uso normal en su tiempo, menos de la de Sampiro, que transcribe entera, sin indicación de procedencia; como no le era necesaria en su integridad, puesto que ya había él historiado los reinados de Alfonso III, García y Ordoño II, no hay duda que él tenía una copia para utilizarla parcialmente, y ésta fué incluída por los copistas en el cuerpo de la crónica, que en toda esta parte revela la confusión de borradores y elementos sin coordinar. Restado cuanto debe a estas fuentes, aún tiene no poco de original [41].

PELAYO, obispo de Oviedo en 1101-1129, contemporáneo, pues, del autor de la «Silense», hizo otra compilación añadida con parte propia, que remató con una crónica de los reinados de Vermudo II a Alfonso VI (982-

39. En el uso de ésta no cree Gómez-Moreno (pág. XI de su Introd.), pero sí Menéndez Pidal (*El Rey Rodrigo*, p. 38).
40. Para más detalles, vid. ed. cit. de Coco, pág. XXXIII y sigs.
41. Además de esta crónica —frustrada— de Alfonso VI y de la pelagiana que examinaré a continuación, da noticia Ríos (Lit. esp., II, 156) de otra crónica de dicho monarca, de 1106, por D. Pedro, obispo de León, que, según él, creyeron Nicolás Antonio y Pellicer ser la misma Silense y que Pedro Mejía, en la *Silva de varia lección*, dice haber visto. Es un texto apócrifo; vid. Menéndez Pidal, *España del Cid* (Madrid, 1929), p. 972.

1109). La crónica en sí da poco tema al comentario [42]. Original en su casi totalidad, pero pobrísimo el autor de información y ayuno de sentido de historiador, sólo ofrece unos relatos esquemáticos, en que al lado de noticias insignificantes figuran otras de trascendencia, contadas con igual laconismo. Casi la mitad de la crónica está consagrada a la biografía, más bien que historia, de Vermudo II, sobre quien se complace en acumular culpas, tal vez para justificar —como pensó Dozy y como abonan antecedentes que hemos destacado en páginas anteriores— las victorias de Almanzor sobre los cristianos. En cambio, abrevia mucho el reinado de Fernando I y las luchas entre sus hijos, cuyo dramatismo no arranca al autor de su impasibilidad, y no da a la conquista de Toledo relieve alguno entre la actuación de Alfonso VI, ni se refiere para nada al Cid, cuya «Historia» debía de estar ya compuesta y sus hazañas en boca de todos. En la crónica pelagiana se extrema, como se ve, toda la sequedad de la historiografía oficial de este tiempo, a la que corresponde. Y es que el tema político y guerrero no lo siente el autor, que se desentiende de él lo más rápidamente que puede para explayarse en las hablillas del pueblo, que murmura contra los reyes y se complace en relatos misteriosos y absurdos. Pero lo que le interesa por encima de todo es su diócesis ovetense; por engrandecer sus glorias no perdonó medio, interpolando cuantos escritos cayeron en sus manos; casi todos sus añadidos se relacionan con su iglesia titular o son datos de genealogía, a la que mostró gran afición.

42. Sobre su bibliografía vid. *Fuentes*, art. 1.033, y para más detalles mi edición crítica de la crónica (Madrid, 1924; publ. del Centro de Estudios Históricos).

Estas aficiones se revelan en la compilación que formó, titulada *Liber Chronicorum ab exordio mundi usque Eram MCLXX* y formada por las Historias de San Isidoro y otras obras del período visigodo, más las crónicas de Alfonso III, Sampiro y la suya propia. Estas tres son las que interesan principalmente, pues lo anterior se limitó a reproducirlo sin variación, y constituyen lo que suele llamarse *corpus pelagianum*, aunque su atribución al obispo ovetense ha ofrecido algunas dudas. Las interpolaciones que se le atribuyen, famosas ya por las diatribas de que han sido objeto desde Mariana hasta Flórez, son las siguientes: En la *Crónica de Alfonso III*: La fecha detallada de la muerte de Recesvinto; la llamada «hitación de Vamba» [43]; la historia del arca de las reliquias de la catedral de Oviedo, que dice llevada a ella desde Jerusalén en el tiempo de Pelayo, completándose la reseña con otro añadido en el reinado de Vermudo I; la traslación de una supuesta diócesis de Lugo de Asturias a la misma ciudad, en el de Fruela; una expedición de Silo a Mérida para rescatar el cuerpo de Santa Eulalia y trasladarla a Pravia, y los nombres de la mujer e hijos de Ordoño I. En la de Sampiro, sólo conservada, como dijimos, en las compilaciones del Silense y de Pelayo, se consideran añadidas por éste, por faltar en aquélla, varias páginas del reinado de Alfonso III, relativas a la consagración de la iglesia de Santiago, en Oviedo, y a un concilio en esta ciudad, con inserción de las cartas del Papa, lo que es, sin duda, incongruente con la concisión de este tipo de crónicas y responde a la preocupa-

43. Vid. L. Vázquez de Parga, *La División de Wamba*. (Madrid, 1943.)

ción de Pelayo por su diócesis. También cree Flórez añadido de éste, acaso para disimular lo de la iglesia ovetense, otro pasaje, en el tiempo de Ordoño II, referente a la de León, y asimismo algunas noticias de reinas, conformes con su gusto por la genealogía. Todo esto, aunque muy dentro de los usos de la época, poco respetuosa con los escritos ajenos, ha valido a Pelayo una fama de fabuloso y falseador que hace mirar con desconfianza cuanto pasó por sus manos. De ellas salieron, además de la compilación y la crónica, unas notas históricas referentes a las ciudades de Toledo, Zaragoza, León y Oviedo, así como unas breves genealogías de reyes, que aparecían en el códice original expuestas en unos círculos.

La compilación conocida por *Crónica Najerense*, llamada también «leonesa», por haber aparecido en un manuscrito de León, y «miscelánea», por su modo de formación, sigue en orden cronológico a la pelagiana. Se la cree de hacia 1160 y ha permanecido inédita hasta hace pocos años [44]. Distínguela de las anteriores su fuerte sabor castellano, revelado en versiones de sucesos que prefiere y en los nuevos temas que ahora empiezan a asomar en la historiografía, tomados de la incipiente épica popular. Cirot, su primer editor, sospechó ya que sus relatos del Cid, de la muerte de Sancho, etc., tenían ese origen, lo que ha confirmado Menéndez Pidal. Pero el influjo de los poemas se limita a las partes directamente tomadas de ellos; en el tono general de la obra se advierte despreocupación de toda elegancia estilística. A lo que el compilador aspira es a dar a conocer el mayor número posible de detalles. Por eso acude a un considerable nú-

44. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 642.

miero de fuentes, completando con unas los pormenores que faltan en otras y añadiendo algunos de propia información: con decir que aún agrega datos a las fechas y genealogías que consigna Pelayo se dará idea de su puntualidad.

La compilación está dividida en tres libros. El I comprende desde el principio del mundo hasta el fin de la monarquía visigoda; el II, desde Pelayo al matrimonio de Sancha y Fernando I, esto es, la época de la reconquista leonesa; el III, los reinados de Fernando, Sancho y Alfonso VI, con los que empieza la hegemonía castellana. He aquí sus elementos y fuentes: Hasta Suintila, inclusive, se limitó a transcribir el «Chronicon» e Historias de San Isidoro; a continuación, fuera de un breve fragmento emparentado con la que llamamos «Crónica bizantina-árabe de 741», y de la Hitación de Vamba, su texto sigue, en gran parte a la letra, la antes llamada redacción segunda de la Crónica de Alfonso III[45], ayudándose también de la primera y de la Silense para el reinado de Rodrigo. Cuando acaba, en el reinado de Ordoño I, el largo auxilio que dicha redacción segunda le prestó, es la Silense su fuente principal —de la que probablemente tomó también el texto de Sampiro—, utilizando en menos escala la Albeldense. Sus aportes originales —que así habremos de considerarlos si no se encuentra su procedencia— suelen ser añadidos referentes a las mujeres e hijos de los reyes, algunas fechas y bas-

45. Cuando Cirot editó la obra aún no se había publicado esta redacción, no haciendo su cotejo sino sobre la llamada primera, por lo que encontró muchos añadidos ajenos a ésta; pero en su mayor parte se encuentran en la otra, con lo que la parte de la *Najerense* dada por él como original queda muy reducida. En un artículo posterior (Bull. Hisp., 1916) se refiere ya Cirot al mayor parentesco que tiene con dicha redacción segunda.

tantes noticias relativas a Castilla y Navarra; otras veces se limita el compilador a agregar epítetos o palabras que aclaren el sentido. Desde Vermudo II al matrimonio de Fernando I sigue muy fielmente la crónica del obispo Pelayo, de quien también aprovechó la noticia de la ciudad de León; pero utiliza también, como antes, la Silense, y se ven coincidencias con los posteriores «Anales compostelanos», que denotan un uso de fuente común. El reinado de Fernando —precedido de una genealogía de los reyes de Navarra hasta su padre Sancho, que parece obra del compilador— sigue casi literalmente al texto de la Silense, con que ésta termina. En los dos reinados finales, además de la crónica pelagiana, sigue usando de fuentes épicas e ingiere por su parte fechas y otros datos análogos [46]. Los temas legendarios que incorpora son los de Fernán González, la «condesa traidora» (la mujer del conde Garci Fernández, hijo de aquél), el infante García (último conde de Castilla, asesinado por los Velas), los hijos del rey Sancho de Navarra (difamador de su madre el legítimo y defensor el bastardo) y el cantar de Sancho el Fuerte, hasta su asesinato por Bellido Dolfos [47].

Como se ve, la Najerense realiza por vez primera en todas sus partes el tipo de compilación a que aludimos (página 95), universal en lo antiguo, nacional en el período visigodo, y leonés-castellano en el hispano-árabe,

46. Para conocer más al por menor las fuentes de la *Najerense* deben verse los artículos de Cirot, cit. en el art. mencionado de *Fuentes*, en los que hace minucioso análisis de la obra. Posteriormente ha publicado un índice onomástico y geográfico de ésta (Bull. Hisp., 1934, XXXVI, 401-425). También debe ser aquí citado un artículo de W. J. Entwistle, *On the Carmen de Morte Sanctii Regis*, fuente de la crónica para el reinado de Sancho (ib., 1928, XXX, 205-219).

47. Para los detalles sobre el modo de tratarlos, véase Menéndez Pidal: *Relatos poéticos en las crónicas medievales* ("Revista Fil. Esp.", 1923, X, 330-352) y el artículo de Entwistle recién mencionado.

tipo que veremos prevalecer ya cuando se cultiva la historia en el doble aspecto universal y nacional. Inicia también con su castellanismo un espíritu más amplio, que no limita la historia a una serie de biografías regias, y da entrada a noticias de la vida corriente [48].

La *Chronica Adephonsi Imperatoris*, aunque probablemente anterior a la Najerense, ya que parece terminado lo que se conserva en 1147, he preferido examinarla a continuación de ella, por historiar el reinado de Alfonso VII, en que aquélla y la de Pelayo se detienen. También debe situarse aquí y no en la biografía individual, porque participa de los caracteres de la historiografía oficial, en la que introduce un nuevo tipo, que alternará desde ahora con las crónicas de varios reinados [49]. No parece dudoso que fuese hecha con la finalidad de continuar la serie abarcada en el «Corpus pelagianum» o en la Najerense, y acaso por orden del monarca mismo, del que la crónica es un elogio continuado [50]. Este alcanza también a la reina y a la infanta doña Sancha. El autor dice en su prefacio que narra los hechos por información recibida de los que los presenciaron, lo que parece indicar una redacción algo posterior; pero el haberse interrumpido el relato en los preliminares de la conquista de Almería, el detalle con que todo es referido y, sobre todo, el encomio constante del rey, que has-

48. Es Menéndez Pidal quien mejor ha marcado, en el artículo citado, el verdadero valor de esta crónica. En otro aspecto, conviene también conocer el análisis que, antes que él, hizo Gómez Moreno en su *Introducción a la Historia Silense*.

49. Sobre su bibliografía, *Fuentes*, art. 1223; véase también Traggia ("Mem. de la Ac. de la Hist.", III, 525-526), Sánchez Alonso ("Rev. de Filol. Esp.", 1926, XIII, 357-363) y Rodríguez Aniceto ("Bol. Men. Pelayo", 1931, XIII, 140-175).

50. Apenas consignada la muerte de Urraca, empieza el panegírico de Alfonso, "qui postea, quasi promissum de supernis, missum feliciter, Deo dispensante, regnauit".

ta en los reveses sale bienparado de su historia, se avienen mejor con un cronista coetáneo y, probablemente, oficioso. La obra está dividida en dos libros, de los que el primero abarca la relación de los hechos interiores y las luchas con los otros reyes cristianos, y el segundo las guerras con los musulmanes. El autor, que sin duda alguna era eclesiástico, narra con cierta animación y vehemencia, intercala breves discursos, o más bien diálogos, y da preciosas noticias sobre costumbres, ofreciendo un cuadro bastante expresivo de aquel tiempo, con información que se extiende a buena parte de España por el papel preponderante que Castilla desempeñó ya en su tiempo. Pero no puede fiarse demasiado en los detalles, porque el autor traslada a su obra frases y pormenores ajenos, que él aplica a los sucesos de que trata [51].

El segundo libro, a pesar de tales adobos, es más monótono, como lleno del relato de guerras repetidas sin resultados decisivos, y tal vez el autor se dió cuenta. Lo cierto es que «ad removendum variatione carminis taedium» se decidió a hacer en verso la enumeración de los capitanes que se reunieron para el ataque de Almería, en que colaboraron varios elementos extrapeninsulares por el deseo de acabar con aquel nido de la piratería musulmana. El tal poema, que quedó incompleto y es lo final

51. He podido advertir que al reseñar la expedición agarena contra Madrid y otras ciudades, intercala textualmente un pasaje de la crónica del obispo Pelayo, relativo al reinado de Vermudo II (cfr. final del párr. 43 de la ed. de la *Crón. de A. VII* y la página 68 de mi edición de la de Pelayo). Más importancia tienen los pormenores bíblicos que aplica a los sucesos que narra, de los que me da noticia don A. Huici, que ha estudiado detenidamente la crónica y planea su publicación. Según ha comprobado, los detalles que da la crónica de sitios de ciudades, expediciones a Andalucía, el diálogo de Munio Alfonso con el esclavo del adalid Farax (párr. 83), los funerales de Munio Alfonso, etc., están pormenorizados con arreglo a casos análogos de los libros de los Reyes y los Macabeos.

de la obra, es muy valioso por sus noticias, pero más enojoso que la prosa precedente. Hecho en hexámetros, en los que, en su mayoría, riman el pie segundo o el tercero con el sexto (*Rex pie, rex fortis, cui sors manet ultima mortis*), puede juzgarse del machaqueo que produce, sobre todo cuando la misma rima se repite, como en una tirada de nueve versos que contienen dieciocho pies terminados en *est*. Amador de los Ríos, no obstante, descubre bajo la tosquedad de la composición dotes verdaderas de poeta, especialmente en las comparaciones y en los breves retratos. Lo que es, sin duda, de lamentar es que la obra en su conjunto deje sin historiar los diez años últimos del reinado, pues si el autor no acertó a trazar el monumento poético que tal vez quiso alzar a Alfonso VII, al que compara con Carlomagno, su crónica completa hubiera ilustrado mucho su período.

Hasta la llamada *Crónica latina de los reyes de Castilla*, que se sitúa en 1236, con intermedio por lo tanto de cerca de un siglo, la historiografía del grupo que examinamos nada nos ofrece. La citada crónica se encontró en uno de los manuscritos que contienen la Najerense y la publicó también Cirot [52]. Opina éste que puede dividirse en tres partes, y así lo hace en su edición. Empieza, sin título ni preámbulo alguno, con estas palabras: «[D]efuncto comite fernando gundissalui qui primus tenum [tenuit] comitatum in castella», es decir, que comienza en la muerte de Fernán González (970), y alcanza esta parte, que representa lo anterior a su tiempo, hasta la muerte de Sancho III (1158). La segunda ofrece, muy por extenso, el reinado de Alfonso VIII (1158-1214).

52. *Fuentes*, art. 1036.

La última, los de Enrique I y Fernando III hasta 1236, en que parece tuvo que darla por terminada, a juzgar por la forma precipitada con que acaba [53]. Su autor, sin duda clérigo, piensa el editor como muy probable que fuese obispo, por los conocimientos eclesiásticos que revela. Conjetura que pudo ser un don Domingo, prelado de Plasencia, que escribió, según Nicolás Antonio, una crónica de Alfonso VIII y que asistió al Concilio de Letrán y a la batalla de las Navas, todo lo cual coincide con lo que el anónimo autor dice de sí. La crónica, muy interesante, por serlo tanto el período que comprende —rebasa algo la conquista de Córdoba—, lo es además por su independencia de todas las demás fuentes conocidas [54] y por la amplitud con que trata los reinados de que fué coetáneo. No fué hecha seguidamente, ya que al hablar de Alfonso IX de León dice explícitamente «qui nunc pro principe regnat». En las noticias anteriores a su tiempo no es seguro su testimonio, pues parece resumir de memoria. La obra es del tipo de redacción más sencillo, en un latín sin hipérbaton que parece traducir palabra a palabra el romance usado en la conversación, sin asomo de aspiraciones literarias.

D. LUCAS, OBISPO DE TÚY, más conocido por EL TUDENSE, terminó también en 1236 su *Chronicon Mundi*, título que ya indica pertenecer la obra al tipo mixto universal-nacional, con que tan frecuentemente nos encontra-

---

53. He aquí las palabras finales: "quo audito dñs rex cum matre sua quam cito potuit equitare toletum exiu. et in fine mensis nouembris burg. aduenit. hoc opus expleui, tempore credo breui. Laus tibi xpe".

54. Tampoco tiene nada de común, en las noticias de Aragón, con las *Gesta Comitum Barcinonensium*, de que fué parcialmente coetánea; vid. Massó en su introducción a aquéllas (Barcelona, 1925).

mos desde el período visigodo[55]. Tiene también el interés de ser la primera explícitamente hecha por encargo oficial, que aquí partió de doña Berenguela; deseaba ésta que se uniesen las crónicas de San Isidoro y demás conservadas en un solo cuerpo, continuando, además, la narración hasta su tiempo. A petición de ella misma, su hijo Fernando III confirió al cronista el obispado, después de haber viajado mucho fuera de España y de pasar veintiocho años en el convento leonés de San Isidoro, santo por el que llegó a sentir verdadera adoración[56].

Muy penetrado del espíritu del Hispalense, tiene don Lucas el mismo optimismo, el mismo orgullo patrio, igual confianza en el pueblo hispánico: no lo concibe vencido sino cuando se desune. Leonés, como muestra su predilección por las leyendas de ese reino, ama también extraordinariamente a Castilla, y cuando luchan juntos castellanos y leoneses contra los moros se advierte en el narrador hondo alborozo. Otra acentuada faceta de su carácter es una credulidad que más parece de hombre del campo que de un cortesano letrado. No es raro encontrar en su escritos afirmaciones donde las fuentes que transcribe casi literalmente consignan la duda. Esta falta de crítica, que le lleva a aceptarlo todo, suscita una justificada desconfianza sobre la veracidad de su historia, que

55. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 55. En 1926 publicó Puyol una traducción castellana, que no es anterior al s. XV. Posteriormente, P. Hogberg ha dado noticia de otro ms., conservado en la Biblioteca Real de Estocolmo, que contiene una versión diferente, a la cual asigna la fecha posible de fines del XIII o principios del XIV. La encuentra más fiel al original latino que la publ. por Puyol, y, según Pedro Valero, último poseedor español del códice, sería hecha por el Tudense mismo. Hogberg afirma, por los rasgos del lenguaje, que el ms. es de procedencia aragonés-catalana, y cree que perteneció a Zurita.

56. Además de los testimonios que en el examen del *Chronicon* encontraremos, véase (pág. 161) la mención de monografías consagradas al santo.

pone al Tudense en el mismo rango que a Pelayo de Oviedo, y, por ser su campo más extenso, es mayor la dificultad de deslindar lo verdadero de lo falso. Como la compilación de éste y la Najerense, el *Chronicon mundi* se inicia con las obras históricas de San Isidoro; pero, a diferencia de aquéllas, forma un conjunto más definido, que divide en cuatro libros.

El estudio completo de sus fuentes, que es lo primordial, no está hecho todavía [57]; he aquí lo que hoy puede decirse: En el libro I expone en un breve prólogo, con citas de textos sagrados, las cualidades del buen rey cristiano, y se refiere al encargo recibido de doña Berenguela. Sigue una disertación «de excellentia Hispaniae», más extensa que el elogio de San Isidoro, y cuya mayor parte ocupa una enumeración de españoles ilustres, santos casi todos, en la que entra, como puede suponerse, el suyo predilecto —así como sus gloriosos hermanos—, que luego figura también descollando como el más insigne de un grupo de filósofos y escritores hispanos, entre los que cuenta a Aristóteles. Tras la disertación está ya la crónica universal isidoriana, que forma todo el libro I, no copiada a la letra, sino con supresiones, cambios de orden y, sobre todo, ampliaciones, en cuyo detalle no puedo aquí entrar [58]. El libro II, encabezado también con un prólogo del compilador, sobre el manido tema de la conveniencia de conocer los hechos de los antiguos para

57. En ello he trabajado, con vistas a una edición crítica de la crónica, y de las notas ya hechas me valgo aquí para dar la noticia resumida que es propia de una obra de conjunto.

58. Los cambios introducidos —que pueden verse en la edición de la crónica de S. Isidoro hecha por Mommsen— están muy dentro de la práctica común, a que repetidamente he aludido, y es francamente absurda la explicación que de ellos dió D. Francisco de Bivar, el apogolista del fingido Dextro, diciendo que era la crónica de otro Isidoro la que el Tudense había adoptado.

imitar sus virtudes y evitar sus faltas, contiene las Historias de los vándalos, suevos y godos de San Isidoro, reproducidas con variantes, sobre todo la última; de ellas parece justificarse en el prólogo mencionado, en que se refiere a la mucha disparidad que halló en los autores y a sus esfuerzos por concordar las opiniones. Los añadidos proceden en su mayor parte de la crónica del Biclarense, habiéndolos también de Hidacio, Orosio y otros en menor número [59]. El libro III contiene el final del período visigodo, desde donde lo dejó San Isidoro, y la invasión agarena. Empieza, pues, por Sisenando, y para esa serie de reinados, hasta Recesvinto inclusive, inserta una breve crónica que pone a nombre de San Ildefonso [60]. La falsedad de esta atribución ha sido ya sobradamente demostrada; por mi parte, he llegado a la conclusión de que no se trata de una superchería del compilador, sino que, sin duda, circulaba un apéndice a la crónica isidoriana a nombre de un Ildefonso, que don Lucas atribuyó al santo arzobispo, muerto poco antes que el último monarca historiado en el fragmento. Este relata muy brevemente los reinados y trata con amplitud dos temas ajenos, ambos con enormes errores. Estos indudables postizos sí deben de ser interpolación del Tudense, tanto por su estilo, diferente del resto, como porque de ambos relatos resulta glorificado San Isidoro, rasgo común de gran parte de los añadidos de don Lucas. Sigue una breve noticia de Vamba, tomada de la Cróni-

59. También las variantes de este libro pueden verse en la edición de Mommsen de las correspondientes obras de S. Isidoro.

60. Sobre este punto pueden verse la edición de Padres Toledanos (I, págs. 435-441), Flórez ("Esp. Sagr.", V, 284), Lorenzo Padilla ("Vida de S. Isidoro") y, sobre todo, la *Isidoriana*, de Arévalo, que precede a la edición de S. Isidoro (*Patrol. lat.* de Migne, vol. LXXXI).

ca de Alfonso III; luego, la Hitación, que supone realizada por Vamba al regreso de su expedición a la Galia Gótica, lo que no obsta para insertar después la obra de San Julián, a la que correspondía ir antes. Esta la altera mucho, no valiéndose de otras fuentes, sino cambiando la forma, explayándose en los detalles, dando por seguro lo que el autor expone con duda. Acabado este texto, vuelve a usar del de Alfonso III, prefiriendo la antes considerada redacción segunda; las discrepancias versan principalmente sobre las fechas de los reinados, como le ocurre también en el libro II al usar de las crónicas isidorianas. Toma también bastante de la Silense en este final del libro. El IV [61] comprende desde Pelayo hasta la conquista de Córdoba, valiéndose al principio de Alfonso III (en sus redacciones primera, segunda y tercera, aunque sigue predominando la segunda) y de la Silense; ésta la alterna después con la de Sampiro, que predomina en grandes espacios, y más tarde con la de Pelayo, que también aprovecha mucho. En adelante, o sea desde Urraca y Alfonso VII, no se han precisado aún fuentes. La crónica de este monarca, la Historia Compostellana, el Chronicon Iriense y la llamada Crónica de los reyes de Castilla, puede asegurarse que los desconoció el Tudense. No parece tampoco haber utilizado los anales que conocemos. Cabe aún, no obstante, encontrar otras procedencias que limiten la parte original del compilador. De todas suertes, es lógico pensar que éste historiaría por su cuenta en el período cercano, como solían hacer cuantos compilaban; con más razón él, que ni en lo antiguo

61. Antes solían limitarse los cotejos a las partes de S. Isidoro, el seudo-Ildefonso y S. Julián, y así pudo decir Arévalo (l. c., colna. 534: "Pars libri tertii et integer liber quartus labor sunt Lucae ipsius Tudensis."

se resignaba a no interpolar. La impresión que produce su texto desde que pierde el auxilio de Pelayo y la Silense es que no sigue textos ajenos, impresión que se afianza desde Alfonso VIII de Castilla y Alfonso IX de León, en que abundan los rasgos que parecen indicar una visión directa [62]. Es probable, incluso, que asistiese a las expediciones bélicas, como parece indicar la frase «Cordubam uenit», aplicada al rey en el relato de la conquista. En toda esta parte final prodiga los elogios a los reyes, pero más parecen proceder de efusivo entusiasmo que de adulación cortesana, pues a todos superan los que dedica a San Isidoro.

Literariamente, el Chronicon está dentro del tipo más sencillo y desentendido del ornato. Contribuyó, no obstante, al embellecimiento del género histórico por su adopción de temas poéticos, leoneses todos, como ha subrayado Menéndez Pidal: los de la mora Zaida, Bernardo de Carpio y la peregrinación del rey Luis de Francia; cree también que conoció el poema de Fernán González, aunque trató a éste como personaje odioso, siguiendo a la historiografía oficial, que aún no se había castellanizado. En dicha historiografía es el Tudense el primero en acudir a las fuentes juglarescas.

D. Rodrigo Jiménez de Rada (¿1180?-1247), arzobispo de Toledo, linajudo, sabio, gran políglota, activo hombre de Estado, cierra brillantemente la historia nacional de este período [63]. Esta la desliga de la univer-

62. De Alfonso IX, por ej., dice: "Vox eius in ira quasi leo rugiens videbatur. Cum esset indutus armis bellicis et equum suum conscenderet, licet magnus esset motus corporis, quidam tamen gestus in eo nimie ferocitatis fortitudinem in eius animo declaravit."

63. Es innecesario dar bibliografía referente a Rada, acerca del cual siguen apareciendo biografías. A las breves palabras del

sal y constituye con ella un cuerpo independiente. Por un procedimiento que recuerda al de San Isidoro, forma, además, a modo de capítulos aparte con la historia de los pueblos que con ella se relacionaron en el curso de su desarrollo. Aisla también la historia religiosa hasta la predicación del Evangelio, antecedente necesario, pero extranacional. Todo esto indica en el Toledano una concepción bien definida de la tarea historiográfica, encomendada a él, como antes al Tudense, por el soberano, ahora Fernando III.

El cuerpo principal de su producción es el titulado en su primera edición *Rerum in Hispania gestarum Chronicon*, que suele llamarse, más abreviadamente, *Historia Gothica*[64]. En su prólogo se refiere primero al tema, tan tratado ya por la mayoría de los historiadores, de la necesidad que hubo de la escritura para que no se pierda la memoria de lo antiguo. Luego se concreta a España, cuyas vicisitudes, dice, son causa de que casi se ignore ya su origen y el de sus primeros habitantes. Por ello no puede él negarse a cumplir los deseos del rey, historiando desde Jafet hasta su tiempo. Como San Isidoro,

---

texto añadiré aquí que nació en Puente la Reina (Navarra), se crió en Castilla, estudió en Bolonia y París, fué elegido en 1208 obispo de Osma y en seguida arzobispo de Toledo, promoviendo la construcción de su bella catedral y la resolución de la primacía de la Sede. Como tal arzobispo asistió en 1245 al Concilio de Lyon, donde se admiró su ciencia y su dominio de idiomas. Como político, sirvió de mediador entre los reyes de León, Castilla y Navarra, en 1206; fué asiduo consejero de Alfonso VIII e intervino activamente en todos los preparativos de la Cruzada contra los almohades y en la propia batalla de las Navas de Tolosa, su corolario; después hizo por sí mismo expediciones contra los moros y formó con sus conquistas el Adelantamiento de Cazorla, adscrito a la mitra toledana. Contribuyó también con su consejo a la unión definitiva de Castilla y León. Como letrado, además de sus libros, se le debe la fundación en Palencia de los primeros Estudios Generales, germen de las Universidades. Según se ve, trátase de una figura excepcional, cuya actuación alcanzó a todas las zonas.

64. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 56.

considera al pueblo hispano personificado en los godos. De los tiempos anteriores a ellos sólo se ocupa, en siete muy breves capítulos, de la población de Europa por Jafet y de los orígenes —fabulosos, claro es— de España, fijándose ya desde el octavo en la primitiva historia goda. Utiliza la fantástica estirpe de reyes que les asigna Jordanes y les sigue en sus relaciones con los romanos y su establecimiento en nuestra península. Tal criterio significa una supervaloración del influjo germánico, con la consiguiente disminución del romano. Al finar la reseña del período visigodo y dar la corriente explicación de la victoria agarena, se muestra antivitizano, aunque atribuye a Rodrigo, como la Silense, la deshonra de la hija de Julián [65]. Aquí hace una elocuente elegía, exornada con frases de Jeremías, sobre la caducidad de todo lo humano. En ella resume a la vez las glorias de los visigodos y las excelencias de España, hermanando, como se ve, los dos elogios compuestos por San Isidoro y la lamentación de la Mozárabe de 754. Refiere la ocupación de la Península por los musulmanes con puntualidad muy superior a la de los historiadores precedentes, por su conocimiento de la producción arábiga. Entra, en fin, en la historia de la Reconquista, que prosigue hasta 1243, alcanzando, pues, siete años más que el Tudense. En esta parte es en él también objetivo principal la monarquía astur-leonesa-castellana, pero va insertando oportunamente las genealogías de los reyes navarros, ara-

65. El Toledano menciona aquí la otra versión, que señalaba como deshonrada, no a la hija, sino a la mujer de Julián, versión que aparece ahora por primera vez en nuestra historia. La justificación de la catástrofe no la basa sólo en los pecados de los dos últimos reinados, sino que hace también un recuento de los reyes visigodos que fueron asesinados.

goneses y portugueses, lo que da a la obra un carácter más nacional que el de las crónicas anteriores.

Respecto a fuentes, dice en su prólogo haberse servido de los escritos de San Isidoro, San Ildefonso, Isidoro junior (sin duda la que llamamos aquí «Mozárabe de 754», que, en efecto, inserta casi entera), Hidacio, Sulpicio, los Concilios Toledanos, Jordanes, Claudio Tolomeo, Dión, Pompeyo Trogo «et aliis scripturis», mención esta última en que parece englobar todas las crónicas de la Reconquista que usó. La comprobación de los elementos utilizados es en su obra menos llana que en las precedentes, porque en general toma los datos, pero no la forma, que él trata de hacer más clásica y elegante [66]. Sólo la amplia parte que recibe de San Isidoro muéstrase más literal, sin duda por el prestigio de que el santo gozaba. Debido a ello, en la reseña del período visigodo que aquél alcanzó va bastante a la par con el Tudense, pero desde la muerte de Suintila se apartan totalmente. A pesar de mencionar a San Ildefonso entre sus fuentes, nada tiene de común el fragmento que a su nombre pone el Tudense con el relato del Toledano; en él se usa discretamente, abreviando y aclarando, de la Mozárabe de 754, pero se valió sin duda de algún otro escrito que no conocemos. En la parte de Vamba, es curioso que no use más a la letra del libro de San Julián, a pesar de dedicar a dicho monarca casi tanto espacio como la monografía y de componer arengas, que tan hábilmente había ya hecho aquél. Sigue usando de la par-

66. Tampoco se ha hecho aún el estudio general de las fuentes del Toledano, que aquí no podemos realizar con el debido detalle. Estudio parcial hay uno, de Emilio Alarcos (*El Toledano, Jornandes* y *San Isidoro*. Santander, 1935), en que puntualiza la forma en que Rada utilizó las obras de estos dos autores.

te cristiana de la mozárabe dicha, y de la de Alfonso III, y al tratar de Rodrigo utiliza, según Menéndez Pidal, además de estas crónicas, la Silense, la del Tudense, las actas de la traslación del cuerpo de San Isidoro y varios autores árabes, sobre todo Rasis [67].

Este conocimiento de la historiografía arábiga, que el Toledano es el primero en mostrar por extenso, da a su producción su mayor superioridad, y la general aceptación que obtuvo, reflejada en su constante utilización por los historiadores siguientes [68], fué muy beneficiosa. La posición de Rada era muy favorable, pues pudo servirse de los amplios elementos que había ido acumulando en Toledo la cultura cristiana, hebrea y árabe, todo al alcance de quien era a la vez latino y arabista.

De las crónicas de la Reconquista no citadas antes usó el Toledano de las de Sampiro y Pelayo, pero no parece haber conocido la de Alfonso VII, cuyo reinado abrevia mucho. Tampoco debió de utilizar la Crónica de los Reyes de Castilla [69]. Desde luego, la parte redactada por el propio autor, sobre la base de los documentos árabes, latinos y castellanos que se le facilitaron para su tarea —colección que por desgracia se quemó después en el monasterio de Santa María de la Huerta—, es indudablemente muy grande en toda la parte moderna de la obra. Descuella por su interés la minuciosa reseña de todo el período de Alfonso VIII, en que él desempeñó tan activo papel. De lo anterior, junto al valor que le da

67. Sobre algunas fuentes utilizadas por el Toledano, véase C. Sánchez-Albornoz, *La Crónica del Moro Rasis y la Continuatio Hispana*, "Anales de la Univ. de Madrid", 1934, III, 250 y sigs.

68. Como se verá al ocuparnos de la historiografía catalana-aragonesa, Rada es el único historiador del reino castellano que es allí utilizado con una cierta amplitud.

69. En la edición de ésta, marca Cirot en notas la relación que sus noticias guardan con la del Toledano y otras historias.

la consulta de historias árabes, debe resaltarse el de su utilización de fuentes poéticas. Conoció las francesas y las españolas. Frente a aquéllas reaccionó patrióticamente, como el autor de la Silense, y convierte las supuestas conquistas de Carlomagno en una gran derrota que le infligen los españoles acaudillados por el rey leonés. Hace, además, una detallada exposición de la reconquista de diversas ciudades, para quitar a la supuesta ayuda francesa todo fundamento. De los poemas españoles se sirvió para introducir en la historia oficial los temas castellanos, omitidos por el Tudense [70]. Todo ello, expuesto en un latín muy cuidado, exornado a veces con versos de Virgilio y Lucano, dispuesta la materia con cierto orden y la necesaria continuidad, distribuída en nueve libros y abundantes capítulos, hace bien perdonar que en lo antiguo mostrase harta credulidad y que abusase a veces de una fácil elocuencia sermonaria. Se le ha llamado el Herodoto español. La denominación, tomada a la letra, es inaceptable porque ni él inició nuestra historia ni sus rasgos coinciden en nada con la fresca inspiración del historiador griego. Puede, sí, admitirse como simple indicación de que dió un gran paso en el desarrollo de nuestra historiografía. De varias versiones, más o menos fieles, que de la Historia gothica se hicieron, cuatro parecen ser del mismo siglo XIII, un indicio más de la aceptación que logró.

Las otras historias que compuso, a modo de suplementos a la principal, son ya aludidas en el prólogo de

---

70. El castellanismo del autor no se muestra sólo en los temas poéticos, sino en frases de encomio particular: por ejemplo: "Castellani autem, quorum constantia audaci consilio semper fulsit..."

ésta, aunque cada una contiene el suyo particular. La *Historia Romanorum*, luego de una breve noticia sobre los orígenes y acerce de la institución del Senado, de los reyes y del Consulado, se ocupa en lo que tiene relación con España: segunda guerra púnica, actuación de Escipión en la Península y luchas de Pompeyo y César; no se extiende al período imperial, probablemente por haberlo ya tocado en las relaciones romano-visigodas. La *Ostrogothorum Historia*, de los cuales hace en el prólogo la distinción con los visigodos o godos del oeste [71], es muy corta, abrazando desde la muerte de Atila hasta Totila. La *Hunnorum, Vandalorum, Suevorum, Alanorum et Silinguorum Historia*, con la que, según el prólogo correspondiente, se propone seguir formando el cuadro de las calamidades que los españoles sufrieron de parte de extraños, va haciendo consecutivamente el relato de cada pueblo hasta su destrucción. La *Historia Arabum*, en fin, la más interesante del grupo, empieza desde Mahoma, sigue con los árabes instalados en España y alcanza hasta el mismo tiempo que la «Historia Gothica», a cuyas noticias se refiere a veces para no repetir. En el prólogo dice que su invasión es hasta entonces la última calamidad hispánica y que ojalá lo sea definitivamente. Usa de la Hégira, lo que ya indica, por si no se supiese, la procedencia de su información [72].

Bernardo de Brihuega, clérigo protegido de Alfonso el Sabio, se cree compuso una «Crónica de España»,

71. Es decir, la explicación en vigor hasta época reciente, en que tiende a sustituirla la que considera el nombre de visigodos expresivo de "godos ilustrados", derivado de la raíz wis = sabiduría.

72. Puede ampliarse la noticia de la "Historia Arabum" en Albornoz, *Fuentes... s. VIII*, págs. 307-317.

que Serrano y Sanz conjetura anterior a la que el rey ordenó escribir [73]. No ha llegado a nosotros y es por tanto la producción del Toledano la que cierra este período, siendo, además, base principal de la de Alfonso.

2 *La historia en Navarra, Aragón y Cataluña.*

No se conocen crónicas particulares de Navarra en este período. Redúcese lo conservado a notas genealógicas de sus monarcas y a menciones contenidas en historias de los reinos con los que tuvo dicho país relación. En tal caso se hallaron sobre todo Castilla y Aragón, cuyos territorios llegaron a englobarse bajo el cetro navarro, naciendo como reinos al desprenderse de él por el reparto que hizo Sancho III (1035). Procedente así Fernando I de Castilla de la dinastía navarra, dió ello un lugar a sus antecesores en las crónicas de la serie central, pero sin rebasar lo necesario para fijar los contactos con el reino pirenaico. El propio Rada, navarro de nacimiento, se limitó a dedicar seis capítulos a sus orígenes y primeros reyes, como antecedente obligado, sin que en adelante figure ya su mención cuando no la hacen precisa sus relaciones de paz o guerra con castellanos y aragoneses. Estos últimos tenían, por su conexión más estrecha, mayor necesidad de dar cabida en sus crónicas a la historia navarra. Pero es también casi nula en este período su historiografía conocida. Muñoz y Romero cita un *Chronicon* aragonés del s. XII, desde la conquista musulmana a la muerte de Ramiro II (1137), que no he podido ver [74]. Otra crónica, también mencionada

73. Vid. "Rev. de Archivos", 1901, V, 389.
74. Muñoz, *Dicc.*, Aragón, 1. Figura con el título de *Chronicon regum Aragoniae ab Hispaniae clade et Roderico rege usque ad*

por él [75], escrita en catalán, que por su contenido pudiera ser del s. XIII, si bien el manuscrito que se conoce es de mediados del XIV, he podido comprobar que es un fragmento del texto catalán de las *Gesta*, a que en este mismo capítulo he de referirme. A esto se reduce lo que en este período puede hablarse de crónicas navarras y aragonesas.

De la historiografía catalana, fundida en la franca en los comienzos, lo más antiguo que hallamos es un cronicón del s. XI, que, a diferencia del tipo que aquí ha de prevalecer, comienza, aunque brevísimamente, desde la entrada de los godos en Italia, Francia y España sucesivamente, prosiguiendo con este carácter nacional hasta Rodrigo y la entrada de los sarracenos. Desde aquí se limita ya a la actuación reconquistadora de los francos en Cataluña, y la piececita acaba, como será frecuente en adelante, con una cronología de los reyes del país transpirenaico [76].

Pero este breve escrito, sólo interesante por su fecha y que ha pasado casi desapercibido, no marca sino una ligera variante en la producción general. La historia de Cataluña nace propiamente —ateniéndonos, claro es, a lo conservado y conocido— con otra obra de más vuelos, que representa genuinamente los primeros pasos del condado catalán, o, mejor, de los condados que después se

obitum Ranimiri monachi Aragonum regis. Anno MCXXXVII. No he visto su descripción en el Catálogo publicado por el P. Antolín de los Códices latinos de El Escorial, donde dice Muñoz, con referencia al Catálogo de Abella, que existía el ms. con la sign. ç-II-7.

75. Ibidem n.º 3. La he visto en el vol. XXII de la colección de Abad y Lasierra, perteneciente a la Academia de la Historia, que contiene una copia del ms. del s. XIV, de El Escorial.

76. Recordaré que los reyes de Aragón *ante unionem* eran omitidos en las *Gesta* primitivas, y tratados muy brevemente —en un añadido tomado del Toledano— en la redacción definitiva.

unificaron [77]. La gloria de este monumento venerable corresponde al monasterio de Ripoll [78], que centralizó e impulsó desde el s. XI el movimiento cultural ya acusado en el anterior, en el que había atraído a una figura tan excelsa como Gerberto, ascendido luego al pontificado con el nombre de Silvestre II. En 1008 era ya abad de Santa María de Ripoll el monje Oliva, hombre de las más variadas aptitudes, hijo del conde de Besalú y de Cerdaña, y su inteligente actividad, recompensada en 1018 con el obispado de Vich, hizo del monasterio la sede de la cultura catalana y de su historiografía oficial. Los monjes anotaron allí los hechos de los condes, cuyas cenizas guardaba también su monasterio, y así surgieron, entre otros escritos que de momento no nos interesan, las *Gesta Comitum Barcinonensium* [79].

La primera redacción de esta crónica, hecha en varias etapas entre 1162 y 1276, próximamente, corresponde en su casi totalidad al período que examinamos. Empieza el relato, sin prólogo alguno, por la obtención, «sua

---

77. El *Sumari* puesto a nombre de Berenguer de Puigpardines, que vivió en tiempo de Ramón Berenguer III (1096-1131), sería anterior a las *Gesta*, y, en efecto, ha llegado a decirse que en esta obra fué aquel utilizado. Pero hoy es doctrina corriente que fué redactado en el s. XV por un anónimo que se amparó en el nombre de B. de P. Será, pues, examinado en el capítulo IV. Abella atribuye a Puigpardines, además del *Sumari*, unas *Historiae Comitum Barcinonensium*, que dice se contienen, con aquél, en el ms. Y-III-5 de El Escorial (apud. Muñoz, *Dicc.*, Cataluña, 1).

78. Vid. F. Valls i Taberner, *Els inicis de la historiografia catalana*, en su libro "Matisos de história i de llegenda" (Barcelona, 1932), págs. 112-128.

79. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1861. Es excelente la edición de 1925, allí citada, con los estudios que en ella consagraron Barrau-Dihigo y Massó a los textos latinos y al catalán, respectivamente; a ellos acudirá con fruto quien desee ampliar la breve noticia que aquí puedo dar de la crónica. También merecen consultarse las págs. 10-17, 45 y 129-140 del libro recién citado de Valls y Taberner, así como el art. de P. Bohigas, *Notas sobre algunas crónicas catalanas cont. en mss. de la Bibl. Nac.* (Rev. de Bibliogr. Nac., 1941, II, 65...), sobre todo, págs. 66-68.

probitate», del condado de Barcelona por Guifredus (Vifredo), a quien se lo cede el rey de los francos. Con su hijo y homónimo *el Velloso*, que llega a alcanzar el condado del modo más legendario [80], empieza propiamente la serie de condes, cuya genealogía se establece en los cinco primeros capítulos, de los que el último está del todo consagrado a las hazañas de Ramón Berenguer IV. Los dos siguientes fijan la de los condes de Besalú y Cerdaña, y el VIII la de los de Urgel, todos hasta el mismo tiempo de Ramón Berenguer. Los capítulos citados constituyeron la parte primitiva y a ellos se agregaron sucesivamente los tres capítulos finales, dedicados a Alfonso II, Pedro II (más la menor edad de Jaime) y al reinado de éste. Comprende, pues, la crónica desde mediados del s. IX hasta 1276, estando, como se ve, dentro del tipo más frecuente, que prescinde de lo pretérito español y toma el hilo desde la independización de la marca hispánica. Por lo demás, la obra participa de los caracteres generales de la historiografía medieval latina, tanto en la calidad de las noticias como en el uso del idioma. Bajo este último aspecto puede situarse entre la producción más clara, ordenada y correcta. Su tono es de historia oficial, prodigándose elogios a casi todos los soberanos.

Mantúvose inédita hasta 1925. Lo que antes se conocía era una refundición o redacción definitiva, hecha a comienzos del s. XIV, que será examinada en el capítulo

80. Conjetura Massó, por la leyenda que envuelve a Vifredo el Velloso, que debió de existir un poema épico en la época de la fundación del Condado, aunque de él no ha quedado rastro (*Historiografia de Catalunya en català durant l'epoca nacional*, "Revue Hisp.", 1906, XV, p. 487). Conviene advertir que las *Gesta* están bastante sobrias de leyendas, y que es en producciones de los siglos XIV y XV donde éstas se acentúan.

siguiente junto con un texto en catalán, cuya fecha y relación con el latino no están totalmente dilucidadas. Resta decir que se considera probable que Rada utilizase la parte primera de las «Gesta», muy anterior a la «Historia Gothica»; lo que sí es seguro es que se sirvió de ésta el redactor del último capítulo de la crónica catalana, posterior en más de treinta años a la obra del Toledano [81].

3) *Anales.*

El examen de este género de escritos se hará, por lo ya dicho (pág. 99), en series regionales.

De las zonas gallega y portuguesa, que conviene agrupar por las relaciones que los anales de una y otra muestran, se conocen los siguientes:

Chronicon Complutense, mal llamado así por habcrse encontrado en un libro del Colegio de San Ildefonso de Alcalá [82]. Tiene de común con los siguientes los primeros artículos, que se refieren a la salida de los godos de su país (281), a su entrada en España (318), a la de los sarracenos y a los reinados Pelayo-Mauregato. Después se dedica casi exclusivamente a noticias portuguesas y acaba con la muerte de Fernando I (1065).

Chronicon contenido en el códice de la «Historia Com-

---

81. Aquí debe citarse la versión resumida que de la obra de Rada hizo en catalán Ribera de Perpejá, acabándola en 1266. Véase sobre ella mi artículo *Versiones en romance de las crónicas del Toledano* (Hom. Men. Pidal, I, 350-351), donde remito, además, a varias obras de consulta.

82. *Esp. Sagr.*, XXIII, 298-299 y 316-318. En "Portugaliae Monumenta Historica" fué también inserto, tomándolo de Flórez, añadiendo el título "*sive Alcobacense vel Monasterii Sanctae Crucis Conimbricensis*". Posteriormente ha hecho Damiao Peres otra edición, por haber aparecido un homiliario del s. XII que lo contiene y que se había perdido modernamente. (Rev. Portug. de Historia, 1941, I, 148-151.)

postellana»[83]. Casi igual al Complutense en su comienzo, se separa desde que aquél se dedica a noticias lusitanas, prosiguiendo el compostelano con las de reyes astur-leoneses hasta la proclamación de Alfonso VII. Desde Fernando I es una verdadera crónica de texto seguido, con apología de Alfonso VI y ataques a Urraca, y en conjunto es de un tipo medio entre anales —de los que no tiene la fijación de años, sino sólo el sistema de artículos sueltos— y crónica.

Chronicones Conimbricenses I, II, III[84]. El primero se asemeja a los anteriores, sobre todo al lusitano (Complutense), pero prosigue más de un siglo, acabando en 1168. Predomina, como en aquél, lo portugués; no obstante, no registra sus primeros soberanos: Enrique de Borgoña, su viuda Teresa, ni el comienzo de Alfonso I, al que sólo se refiere ya en 1139. En adelante sí consigna las noticias de la familia real: muerte de la reina Mafalda (1158) y nacimiento de Sancho (1154), al que cita como «Rex Sancius», lo que indica que la redacción fué posterior a 1185, en que empezó a reinar. El segundo parece fragmentario, dedicando cinco de sus artículos a sendas muertes de obispos conimbricenses, y dos a datos no registrados en el anterior (la toma de Coimbra y otras ciudades por Alfonso III de León y el nacimiento de Alfonso I de Portugal). El tercero, que sigue la nor-

83. *Esp. Sagr.*, XXIII, 300-301 y 326-329. Es igual que el publicado por el mismo Flórez en el t. XX, 608-613, sólo que en éste sigue una lista de arzobispos de Santiago hasta 1465, sin relación alguna con el cuerpo de los anales.

84. *Esp. Sagr.*, XXIII, 301-303 y 330-336. Flórez llama a todos en conjunto "Chronicon Conimbricense", pero son, sin duda, independientes. Prescindo aquí del IV y el V, que rebasan este período. En *Port. Mon. Hist.* se publicaron los latinos (I-IV), prescindiendo del V, en portugués. Vid. Augusto Botelho da Costa Veiga, *Exame comparativo dos Cronicoes Lamecense e Conimbricense.* (Anais. das Bibl. e Arq. de Portugal, 1933-36, XI, págs. 154 y sigs.)

ma, muy corriente, de empezar por el nacimiento de Cristo, varias muertes de santos y cómputos desde Adán a Cristo, pasa sin transición a 1184 y llega hasta la toma de Sevilla, que sitúa erróneamente en 1249. Predominan también las noticias portuguesas, entre las que se cuenta un eclipse de sol que aterrorizó a los habitantes de Coimbra. Los tres tienen de común varias transgresiones del orden cronológico.

Chronicon Lamecense[85]. Empieza, como el Conimbricense III, por el nacimiento de Cristo y muertes de santos, y sigue con noticias, casi todas portuguesas, desde el nacimiento de Alfonso I de Portugal hasta 1169. Es muy breve.

Puede suponerse que los anales conocidos de este tipo brevísimo serán una pequeña parte de los que fueron compuestos; pero bastan los publicados para dar idea del género, tal como fué cultivado en nuestras dos regiones occidentales. De allí procede también otra pieza, que aunque verdadera crónica por la extensión de sus artículos y la vehemencia de sus juicios, conserva el sistema de anales en la previa fijación de los años y tiene indudable relación con el grupo examinado.

El *Chronicon Lusitanum* o *Chronica Gothorum*[86], que es el escrito aludido, tiene no escaso interés por ser

85. *Port. Mon. Hist.*, I, 19-20. Vid. la nota anterior.
86. Con el primero de ambos títulos se publicó en *Esp. Sagrada*, XIV, 402-419; con el segundo, en *Port. Monum.*, Script. I 8-17. Antes lo había insertado Brandam en el t. III de su *Monarchia Lusitana*, única edición que conoció Rodríguez de Castro (*Bibl. Españ.*, II, 500), cuya noticia repite Ballester (*Fuentes narrat. Edad Media*, p. 50). Castro sospecha que fuese su autor el mismo que compuso la Crónica de Alfonso VII, opinión que estimo totalmente insostenible, porque en las luchas habidas entre este rey y Alfonso I de Portugal, ambos autores adoptan posición absolutamente opuesta. Resta decir que la edición crítica de los "Monumenta" rechaza, por creerlas postizas, partes que contiene la de Brandam y reproduce Flórez.

el primero, que yo sepa, que manifiesta un fuerte nacionalismo portugués. Empieza, como la mayoría de los anales galaico-lusitanos, por la salida de los godos del país de origen, llegada a España, primeros reyes asturianos, etcétera [87], concretándose progresivamente a Portugal, de cuyo primer monarca es una verdadera apología [88]; alcanza a 1184, un año antes de su muerte, sin llegar a consignar el término que tuvo la invasión agarena de dicho año (la batalla de Santarén). Supónese que la obra, tal como nos ha llegado, tiene un texto primitivo y una continuación, pues al tratar de la toma de Coimbra por Almanzor (988), dice el analista que oyó a ancianos hablar de que estuvo la ciudad abandonada siete años, y no puede ser el mismo que escribía sobre sucesos de 1184. Se sabe, además, que fué la crónica añadida después de mediado el s. XIII, y hay en la parte final más prolijidad que en la primera. Creo posible que el último autor refundiese la forma, mucho más cuidada y literaria que la de los primitivos cronicones.

Existe también un compendio, directamente emparentado con la obra anterior, que ha sido publicado con ella, a doble columna, con el título de *Brevis historia Gotho-*

---

87. La persistente repetición de estos artículos en anales diversos denuncia una indudable fuente común, que S.-Albornoz conjetura derivada de la crónica que supone escrita en tiempo de Alfonso II.

88. Después de comparar a Alfonso I con un gigante y con un león, dice: "De hoc autem uiro tanto tamque inclyto fari digne quis poterit? Nemo. Fuit namque uir armis strenuus, lingua eruditis, prudentissimus in operibus suis, clarus ingenio, corpore decorus, pulcher aspectu, etc.", prosiguiendo aún largamente la letanía de elogios; y más adelante añade: "prelia que gessit nemo poterat annotare, fuerunt namque multa et innumerabilia non solum cum Paganis, sed etiam cum Christianis, qui nimium inuidentes et uolebant deripere et inuadere Regnum eius, in omnibus quidem superans..." Tal es el tono de toda la obrita.

rum[89]. Coincide en partes literalmente, en otras sólo en el sentido, y ocupa en total mucho menos espacio; pero al final alcanza a referirse —sin nombrarla— a la batalla de Santarén, e incluso añade el dato de que el hijo del jefe árabe fué más tarde vencido en las Navas de Tolosa, lo que retrasa la redacción de esta parte hasta después de 1212. Los editores creen que el compendio nos ha llegado menos viciado que la crónica y que es más antiguo que ésta tal como la conocemos, aunque también añadido en el s. XIII.

La serie castellana la iniciaré por un grupo que ya ha sido establecido en una monografía[90].

Anales castellanos primeros llama el autor de ésta al antes denominado, por el lugar en que se hallaba el manuscrito, «Cronicón de San Isidoro de León»[91]. Es muy breve, pero interesante en varios aspectos. Empieza por la predicación de Mahoma y la venida de los sarracenos a España; acaba con la victoria de Ramiro II en Simancas (939), y debía de estar reciente su recuerdo cuando se escribió, a juzgar por la extensión y fervor con que se relata. Durante el siglo X y los dos siguientes fué muy utilizado, según ha comprobado Gómez Moreno, que le asigna, además, el valor de ser a modo de núcleo sobre que se forjan los siguientes de la serie, así como el de la exactitud de sus fechas y noticias. Su procedencia cas-

89. En la edición citada de "Mon. Port.". No se limita a abreviar, sino que sustituye unas expresiones por otras; así, en el elogio de Alfonso I, en vez de algunas frases de las que transcribí en la nota anterior, le llama "Viriatus christianus uel primus Hercules Lusitanus".

90. Gómez Moreno, en el disc. cit. en la nota de la pág. 98. De acuerdo con él en la preferencia de agrupar por regiones estos breves escritos, me complace aquí adoptar la nomenclatura del sabio monografista.

91. Lo conoció ya Risco y lo publicó Tailhan en facsímil (*Anonyme de Cordoue*, París, 1885; apéndices). Gómez Moreno, no conforme con su transcripción, lo editó nuevamente en su discurso.

tellana —contra lo que sostiene Tailhan, que le supone leonés— parece indudable, pues, en su brevedad, nada omite de lo que en ese tiempo afectaba a Castilla [92].

Anales castellanos segundos son llamados los antiguos «Annales Complutenses» [93], cuyo castellanismo es explícito («venerunt ad Castellam»), aunque parece empezó a escribirse en el monasterio asturiano de San Juan de Corias. Su principio coincide con el de los Castellanos primeros, si bien el artículo de Mahoma fué precedido de los correspondientes al nacimiento y la Pasión de Cristo. Se calcula que empezaron a componerse hacia 989; alcanzan hasta la ascensión al trono de Alfonso VII (1126), considerándose postizas unas adiciones relativas al monasterio citado. Por sus abundantes noticias, todas fechadas, tienen gran utilidad.

Con el nombre de *Efemérides riojanas* son reunidas las tres piezas antes llamadas «Chronicon Ambrosianum», «Chronicon Burgense» y «Annales Compostellani» [94]. Estos últimos son los más extensos y comprenden desde el nacimiento de Cristo a la conquista de Sevilla (1248). Aunque contenidos en el Tumbo Negro de Santiago, en nada se refieren a Galicia, sino a Castilla y Navarra [95] (a la que estuvo unido Aragón en parte del pe-

---

92. A continuación de él publicó Tailhan otro, contenido en el mismo códice. Es simple lista de los reyes visigodos hasta Rodrigo y desde Pelayo a Ordoño III, indicando sólo la duración de cada reinado.

93. Con este título en *Esp. Sagr.*, XXIII, 298-299 y 311-315. Esta edición es también rectificada en el discurso de G. Moreno. Aquí se subsana la confusión que había resultado de la mala colocación de un folio del manuscrito. Lo considera "fuente cronológica fundamental de Castilla" y sospecha que se redactase con cierto carácter oficial en la corte de Burgos.

94. *Esp. Sagr.*, XXIII, 305-306, 306-311 y 318-325. Las notas previas, en las págs. 296-298 y 300. El parentesco entre ellos fué ya advertido por Barrau-Dihigo y lo será por cuantos los lean.

95. Hay indicaciones decisivas de procedencia: "Venit... in Alabam", "venit in Bardulias", etc. La parte de Navarra, bastante co-

ríodo que comprenden). Conservan también la mención de Mahoma, pero aquí, además de ir precedida de la de Cristo, va seguida de varias muertes de santos; muestran cierta predilección por las noticias truculentas. El llamado «Chronicon Burgense» los abrevia [96] y en algunas partes los interpola; un breve artículo que inicia aquéllos, acerca de la Era hispánica, lo convierte en un verdadero prólogo sobre el mismo tema. Empieza, como los Compostelanos, en el nacimiento de Cristo, pero sólo llega a las Navas de Tolosa (1212). Por último, el Ambrosiano —así llamado por estar contenido en un manuscrito de la Ambrosiana de Milán, insertándolo Muratori en «Rerum Italicarum Scriptores»— no contiene más que los artículos de carácter religioso, iguales a los del Burgense y los Compostelanos; el resto, omitido por Muratori, es de creer que coincidiese también.

Los *Anales toledanos primeros* son una versión castellana de los «Annales Complutenses» (antes reseñados con el nombre de «Anales castellanos segundos»), interpolados y continuados hasta 1219 [97]. Las noticias hasta empezar el s. XIII, próximamente, son escuetas y de toda España; las de dicho siglo son muy seguidas y algunas bastante extensas, como la de la batalla de las Navas; abundan las locales de Toledo. El idioma patrio, que aquí encontramos en nuestro recorrido por vez primera,

---

piosa, empieza en la muerte de Sancho IV (1076) y siguen los reinados de Sancho V, Pedro I y Alfonso I, sin fijar la muerte de éste, a pesar de los muchos detalles dados de él.

96. La falta más considerable es la del relato de la historia navarra aludido en la nota anterior.

97. Por inadvertencia del copista —advierte Gómez Moreno— se atribuye a cada suceso la fecha del siguiente, y están también disparatadamente fechadas algunas de las noticias intercaladas por el traductor-autor. El texto se halla en *Esp. Sagr.*, XXIII, 382-401; las "prevenciones" de Flórez, ib., 359-363.

asoma en palabras sueltas en los anteriores Anales, sobre todo en el «Chronicon Burgense».

Visto este grupo [98], resta examinar otras tres piezas independientes de él.

El llamado *Cronicón Villarense*, anterior a los «Anales toledanos», es considerado como la primera historia escrita en idioma español; fué redactado, en romance navarro, hacia 1200 —desde luego, entre 1194 y 1211— en la Navarra del Ebro, probablemente por un monje de Fitero [99]. Se le ha llamado también *Liber Regum*. Empieza por la descendencia desde Adán hasta Cristo y siguen los emperadores romanos, los reyes visigodos y los de la Reconquista —Pelayo - Alfonso VIII—, y a continuación los de Navarra, Aragón y Francia del mismo tiempo; todo ello con lagunas y enormes errores.

Los llamados *Anales toledanos segundos*, escritos, según el propio texto, en 1244-1250, fecha ésta final de las noticias que contienen, ninguna relación guardan con sus homónimos primeros. Sorprende en seguida en su lectura el interés que muestran por lo islamita; empiezan, en efecto, por cómputos desde Adán hasta «Mafomat», cuya generación expone después; usan de la Hégira en vez de la Era española, habitual en todos los anales, y sus noticias se relacionan casi siempre con los musulmanes, omi-

98. Del "Cronicón de Cardeña", con que Gómez Moreno remata su serie, prescindo aquí, por rebasar la época considerada en este capítulo.

99. Menéndez Pidal (*España del Cid*, II, 969) añade que la segunda redacción fué entre 1217 y 1223. La calificación del romance es de Serrano y Sanz, que lo publicó en el Bol. de la Ac. Esp., 1919, VI, 192-220, y 1921, VIII, 367-382. El nombre deriva del poseedor del más antiguo manuscrito conocido, D. Miguel Martínez del Villar (n. 1560). La letra es de principios del s. XIII. Flórez, prescindiendo de la parte antigua, incluyó la del período de la Reconquista en sus *Memorias de las reinas católicas;* pero su texto no es el primitivo, sino la segunda redacción, castellanizada y con adiciones relativas al Cid y a sucesos posteriores a Alfonso VIII, en que acaba aquél.

tiendo importantes victorias cristianas, entre ellas la de las Navas, en tanto que incluyen batallas de poca importancia. Obsérvase también torpeza en el uso del castellano y empleo de vocablos raros. Todo esto hace pensar en que son obra de un morisco, y así ha sido reconocido [100].

Navarra y Aragón no ofrecen anales conocidos. Cataluña, sí, y con características bastante acusadas, dentro del tipo general.

Del monasterio de Ripoll, cuyos monjes vimos ya que anotaban los hechos de los condes catalanes, toma su nombre el llamado *Chronicon Rivipullense*, formado por anales que empiezan en el año 27, con el nombramiento de Poncio Pilatos, y prosiguen hasta 1191 [101]. Sus noticias son primero de los Evangelios, luego de martirios, de los emperadores romanos, y empiezan a ser más seguidas desde el s. VIII, en que casi todas comienzan a referirse a Cataluña y a Francia. Para la cronología del s. XII, que ocupa la mayor parte, con datos muy seguidos y regulares, es fuente de interés. Las noticias eclesiásticas abundan desde fines del s. VIII, y, como todos los anales, consignan también hambres, prodigios, etc. Raramente asoma lo no catalán, como en este artículo: «1109. Ob[iit] Aldephonsus rex Ispaniae». Al principio cuenta por la Era hispánica y los años de Cristo; en todo el resto, sólo por éstos. La pieza es análoga a los comienzos de los «Annales S. Victoris Massiliensis».

---

100. Vid. Menéndez Pidal: *Estudios literarios* (Madrid, 1920), página 216.

101. *Fuentes,* art. 1.847. El ya cit. art. de Valls, *Els inicis de la historiografia catalana* (en "Matisos", 112-128) está dedicado en su mayor parte a esta obra. Entre otros problemas que el autor plantea está el de la relación con los Anales Masilienses. Allí se hallará también noticia de otros trabajos sobre dicho tema.

Del Breviario de la iglesia de Roda está sacado el *Necrologio de Roda*[102]. A diferencia del tipo corriente catalán, usa exclusivamente de la Era hispánica en gran parte de sus artículos. Estos empiezan por el nacimiento de Cristo, siguen por sucesos evangélicos, muertes de cristianos esclarecidos, en particular santos —de todas partes— y se entremezclan noticias políticas, que se refieren en general a los países de la corona de Aragón y algo a Francia. Se advierte que fué redactado en varias etapas, pues al llegar a la Era 964 (a. 926) empieza a contar por los años de Cristo y así sigue hasta 1205, conteniendo después una lista de reyes franceses. Tras ello sigue de nuevo el uso de la Era hispánica, volviendo atrás, al año 925, en que empezó a reinar Sancho I de Navarra, y continúa por sus sucesores hasta 1035, en que se consagra a los reyes de Aragón; prosigue con éstos hasta 1209, fecha de la «venida» a Bederres (Béziers) y Carcasona de los cruzados contra los albigenses. Toda esta parte navarro-aragonesa (925-1209) se ve que es completamente ajena al necrologio, teniendo más bien el carácter de una crónica, dispuesta sólo aparentemente en anales, pues resume la actuación y méritos de cada monarca, todo en sentido muy elogioso. Es, en efecto, igual al llamado *Chronicon Rotense* por Villanueva[103].

Este publicó también, a continuación, otro de la misma procedencia —esto es, del Breviario dicho—, titulándolo *Alterum Chronicon Rotense.* En sus comienzos coincide con el Necrologio, pues empieza por el nacimiento

102. Publ. en *Esp. Sagr.*, XLVI, 339-345. Sobre otro necrologio rotense vid. Gudiol, *El Necrologi de Roda* (Anuari de l'Inst. d'Est. Cat., 1907, III, 19-28).

103. Lo publicó en su *Viaje*, t. XV, págs. 329-331. Valls ("Matisos", p. 122) señala su gran afinidad con el *Chron. Riv.* y su indudable procedencia de Santa María de Ripoll.

de Cristo, y lo que sigue de los primeros siglos se refiere totalmente a muerte de mártires. Pero tiene también sus rasgos propios, como es el de no limitarse a mencionar, en la Era 497, la traducción de la «Historia» de Eusebio por San Jerónimo, sino que resume la vida de éste. De aquí salta a la Era 968, desde la cual predominan las noticias catalanas (civiles y eclesiásticas, indistintamente). La fecha más moderna que registra es la de 1205, en que murió «Gonbaldus» (¿Gombal?), obispo de Roda[104].

Mencionaré, en fin, los anales que forman el llamado *Chronicon Durtusense* o *Dertusente II*[105]. Empieza por la toma de Huesca (1097) y llega hasta 1210 con una regularidad poco frecuente en esta clase de escritos. Las más de sus noticias son eclesiásticas (muertes de obispos, concilios, dedicaciones de iglesias, monasterios, etc.); la índole de las que da del de San Juan de Ripoll hizo conjeturar a su editor que el autor perteneciese a él. Es curioso que en las muertes de algunos reyes no indica el reino de que lo fueron, aunque correspondan a otros países; así menciona seguidas las de Felipe (1108) y Alfonso (1109), que se refieren a Felipe I de Francia y Alfonso VI de Castilla. Anota, como es usual, hambres, prodigios, eclipses, etc. En el uso de Eras, emplea indistintamente la cristiana y la española, pero cuando consigna ésta añade siempre el año de Cristo.

---

104. Valls (*Matisos*, 122-123) establece su diferencia del otro rotense y le relaciona con el núcleo de historiografía navarro ribagorzana, cuyo centro principal fué, probablemente, Roda.

105. *Fuentes*, art. 1.846. Lo llamó así Villanueva por haberlo encontrado en un códice tortosino. Por igual razón denominó "Durtusense I" a otro, escrito en provenzal (vid. *Fuentes*, art. 1.845), que será mencionado después (pág. 261). Valls (*Matisos*, 122) considera el Dertusense II emparentado con el Rivipulense, adquiriendo los artículos que le distinguen por haber sido llevado el ms. a Tortosa hacia 1165.

b) *Historia eclesiástica-política.*

La distinción entre las obras que incluyo en este grupo y las encasilladas en los anteriores, se basa más en la finalidad con que fueron compuestas que en la índole de las noticias contenidas. Aquéllas acogen, junto a los sucesos políticos y los hechos de índole general, no pocos datos de la historia religiosa. Estas, a su vez, se salen del marco de lo puramente eclesiástico y ofrecen preciosos aportes a la historia política. Por ser así, unas y otras se entrecruzan y se influyen mutuamente, y por igual suelen ser tenidas en cuenta en el estudio de este período.

La llamada *Historia Compostellana* es la más importante de este grupo [106]. Su nombre es moderno; al hacerla se la llamó simplemente «Registrum» y respondió a una orden personal del famoso arzobispo Gelmírez (m. en 1140), que quiso se conociese .quantos honores et quantas hereditates et ornamenta et dignitates...suae Ecclesiae acquisuit, et quantas persecutiones et pericula a tyrannicis potestatibus pro suae Ecclesiae defensione pertulerit». Encargó de redactarlo a dos canónigos, el tesorero D. Munio o Nuño Alfonso y el arcediano D. Hugo, y al alcanzar ambos, en 1112, la dignidad episcopal, los sustituyó por otro canónigo, D. Giraldo, que empezó a historiar desde 1113. Este y D. Hugo eran franceses, muy bienquistos por ello de Gelmírez, gran aficionado a su nación [107].

---

106. *Fuentes* (y "Apéndice"), arts. 1161 y 20748.
107. L. Sala Balust, *Los autores de la "Historia Compostellana"* (Hispania, 1943, III, 16-69) opina que hubo un cuarto autor, acaso un Pedro el Capellán, mencionado en el cap. 27 del l. I.

La obra es muy extensa y fué escrita con no pocas pretensiones de elocuencia, sobre todo la parte de Giraldo, que acertó también a dar relieve y animación a varios de sus capítulos, como el del motín de Santiago contra la reina y el arzobispo, las luchas navales contra los piratas sarracenos, etc. El prólogo se refiere a la antigua costumbre de consignar los hechos de los hombres probos, con fines de enseñanza para los futuros. El hombre probo es aquí el propio Gelmírez, si bien quiere eludir la censura de vanidad que pudiera atribuírsele, y para ello son puestas por delante las acciones de sus predecesores. Pero es tan poco lo que daba de sí la materia conocida, que sólo ocupó tres capítulos de los doscientos cuarenta y siete que tiene la historia, no obstante tomarse el asunto desde la predicación y martirio de Santiago. La obra es, pues, en realidad una historia personal de D. Diego, desde que fué elevado a vicario y poco después a arzobispo hasta 1139, un año antes de su muerte. Tan marcado tiene ese carácter que podría figurar con justo título en la sección de biografía de personajes. Sabido es que Gelmírez lo fué, y de primer orden, no sólo por su jerarquía eclesiástica, sino por el papel que desempeñó en la historia de Galicia, que vivió bajo su episcopado sus momentos de mayor intensidad política. Por eso esta obra, que refleja todo el dinamismo que el arzobispo puso en las luchas que precedieron a la elevación al trono de Alfonso VII, aventaja en interés a las crónicas coetáneas. Muy valiosa es también en lo eclesiástico, por ilustrar el ascenso de la diócesis a archidiócesis, insertando abundantes documentos. Claro es que, como

obra de cronistas oficiales, no pueden aceptarse sin examen todos sus asertos, pero aporta amplia información.

Se ha llamado *Chronicon Iriense* a una breve crónica contenida en el mismo códice que la «Historia». Fué hecho con absoluta independencia de ella; los respectivos autores se desconocieron mutuamente. Es, como aquélla, una historia eclesiástica de Galicia; pero empieza desde la marcha de los vándalos al Africa y alcanza sólo hasta la elevación al trono de Vermudo II (982). Corresponde, pues, al período que la Compostelana trata con menos extensión, y sirve para completar sus noticias, que el cronicón ofrece con más pormenores. Aunque usa de la mención de los reinados como guión cronológico, tiene escaso interés para la historia política.

Con el *Anónimo de Sahagún* cerramos esta sección [108]. Tal como nos ha llegado es una obra de redacción tardía, tal vez del s. XIV. Pero su primera parte, que alcanza a 1117, fué sin duda escrita, como allí se dice, hacia ese mismo año, probablemente en latín. El autor de ella fué un monje anónimo de dicho monasterio, que inició la historia del mismo desde el martirio de San Facundo y San Primitivo. Como ocurre en su coetánea la Compostelana, la parte anterior al tiempo del autor es brevísima, ocupando sólo tres capítulos; los sesenta y cinco restantes tratan del tiempo de Alfonso VI, de Urraca y de Alfonso I de Aragón, al cual lanza el monje continuados dicterios, motivados por los desafueros cometidos contra el monasterio y aun contra el pueblo de Sa-

108. Puede verse en la *Historia del Monasterio de Sahagún*, del P. José Pérez, refundida por el P. Romualdo Escalona (Madrid, 1782), apéndice I. Se ha ocupado de él, aunque con no disimulada prevención, D. Joaquín Traggia, que le consagra una "Reflexión" en los apéndices a su *Ilustración del reinado de Ramiro II de Aragón* (Mem. Ac. Hist., III, 526-541).

hagún por los «burgueses» que le secundaban, tropelías todas que reseña muy al por menor, ilustrando así otro aspecto de las mismas luchas reseñadas por los canónigos de Gelmírez. Una segunda parte, de otro monje también anónimo, que reseña el período 1237-1255 con mucha más brevedad que la primera, tiene también algún interés para la historia política.

c) *Biografía de personajes.*

Natural consecuencia este nuevo género historiográfico de la importancia que empieza a tomar la actuación de los particulares, al lado de la de los reyes, se abre con la vida de nuestro héroe más completo, a la vez que el más popular.

La *Historia Roderici* o *Gesta Roderici Campidocti*[109] fué compuesta, según la máxima autoridad en el tema cidiano[110], unos quience años después de la muerte del

109. Bajo este último es más conocida, y, según Bonilla, que se basa en la rúbrica del códice, es el que le corresponde. La primera edición fué en *La Castilla y el más famoso castellano,* de Risco (Madrid, 1792); aunque es muy fiel, la reeditó Foulché-Delbosc, con algunos facsímiles del mismo códice (Revue Hisp., 1909, XXI, 412-459). Con motivo de ésta Bonilla hizo un estudio y una nueva edición, para la que se sirvió del cotejo de otras dos copias de los siglos XV y XVIII, aunque basándose principalmente en la ya editada del XIII. (Bol. Ac. Hist., 1911, LIX, 161-257.)

110. "Por fortuna, dice Menéndez Pidal (*España del Cid,* I, 6), el Cid inspiró a un clérigo innovador una historia más desarrollada y perfecta que la usual entre los cronistas regios, y semejante a la que por entonces mismo redactaban los canónigos de Compostela acerca de los hechos del obispo Gelmírez. El autor de esa *Historia Roderici,* que escribía unos quince años después de muerto el Cid, por el hecho de creer al héroe digno de una narración más extensa, hecha en superior estilo que las que se dedicaban a los mayores reyes, testimonia una extraordinaria admiración. Nos muestra a Rodrigo Díaz casi únicamente bajo dos aspectos: ora como fortísimo guerrero, dotado de acierto invencible, ora como leal vasallo, que nunca deja de ser fiel y respetuoso para con su rey, aunque éste llegue a las mayores injusticias. Por lo demás, la vida civil del héroe, su talento político, su intimidad familiar y otros aspectos diversos no le merecen atención alguna. No carece de significación que el anónimo autor adopta a menudo en su latín

Cid (1099). Utilizada en la crónica general ordenada por Alfonso el Sabio, se perdió después su noticia hasta que, a fines del s. XVIII, la descubrió Risco en el mismo códice que contiene la Crónica Najerense, y vino muy a punto para poner término a las críticas que negaban la existencia real del personaje [111].

El autor empieza su obra con la frase consagrada de que quiere evitar que las hazañas de su héroe sean dadas al olvido. Hace luego su genealogía desde «Flaynus Calvus», al que, en efecto, suelen atribuir la estirpe de Rodrigo todos los cronistas que lo mencionan. Expone, al fin, con sencillez y evidente veracidad, la larga serie de hazañas que fué su vida, rematadas por la conquista de Valencia, y la imposibilidad en que se juzgó Alfonso VI de conservar esta ciudad cuando murió su esforzado conquistador. La información es tan completa en todo el curso de la crónica que da la impresión de que el autor acompañó al Cid en sus expediciones, cosa no difícil para un clérigo de la época. Se ha dicho que la obra se basa en tradiciones confusas e incompletas, y que el mismo autor reconoce que su noticia no es cabal [112]; pero en las dos ocasiones que se refiere a tal punto no revela indicar que le falte la noticia de lo que omite: más bien pondera por ese medio la cuantía de las hazañas de su héroe, demasiadas para ser referidas

el estilo bíblico; la *Historia Roderici* es propiamente el evangelio de la fidelidad y del esfuerzo heroico; toda ella transpira veracidad sencilla y devota". Dozy y Bonilla no creen la crónica anterior a 1150. Menéndez Pidal trata con más extensión de la *Historia* en las págs. 901-915, dando a continuación, 915-967, nueva edición de la obra. La considera formada por "tres fragmentos discontinuos, escritos con recuerdos muy directos de un coetáneo a los sucesos narrados", a los que se hicieron tres cortas adiciones.

111. Floranes había adivinado que existiría una historia del héroe.

112. Vid. el citado estudio de Bonilla.

por entero[113]. Toda la narración parece henchida de un entusiasmo sincero y vehemente, que acusa un conocimiento personal del héroe, así como el deseo de referirlo todo con la puntualidad de un testigo. Los mismos breves discursos incluídos tienen toda la apariencia de no ser recursos teóricos, sino de reflejar arengas efectivas, como asimismo las cartas insertas[114]. Los adornos parecen reducirse a tal cual frase bíblica, como la de «Rodericus... permansit... tamquam lapis immobilis», que repite en otra ocasión, añadiendo «robusto animo». El asunto es tratado con bastante tacto, incluso el espinoso tema de la conducta del rey con su guerrero. Nos ofrece siempre a éste como un hombre extraordinario, pero sin apartarse de la realidad. Todos consideran la *Historia* la más verídica que del Cid tenemos, como escrita cuando aún la leyenda no había empezado a deformar, sobre todo, «las mocedades» del héroe.

d) *Genealogía real.*

Sólo requiere una breve mención este grupo, que para nosotros no tiene otro interés que exponer por separado y con más detalle y continuidad que en las cró-

113. He aquí los dos párrafos aludidos. Después de referir que el Cid, tras sus hazañas de nueve años en Zaragoza, fué muy bien recibido y recompensado por Alfonso VI, dice "Bella autem et opiniones bellorum que fecit Rodericus cum militibus suis et socijs, non sunt omnia scripta in libro hoc". (Pág. 201 de la ed. de Bonilla). Al final de la crónica (pág. 245 de íd.) dice así: "Uniuersa autem bella que Rodericus cum socijs suis fecit et ex eis triumphum obtinuit, et quot uillas et uicos dextera ualidissima cum gladijs et cunctis armorum generibus depredatus est atque omnino destruxit, seriatim narrare perlongum esse uiderectur, et forsitan legentibus in fastidium uerteretur. Sed quod nostre scientie paruitas ualuit, eiusdem gesta sub breuitate et certessima ueritate stilo rudi exaraui".

114. Menéndez Pelayo cree, no obstante, que unos y otros son simples signos de imitación clásica, opinión que Bonilla parece compartir.

nicas, las regias estirpes. Como fuentes sí tienen valor por los datos que aportan, pues corrigen y completan los que las historias ofrecen. Breves por lo esquemático del asunto, es de creer que, al igual de los anales, fuesen compuestas en número muy superior al que nos ha llegado.

Al referirnos a Pelayo de Oviedo (pág. 119) mencionamos ya unas genealogías de reyes astur-leoneses por él escritas en unos círculos.

También son verdaderas genealogías de los reyes de Castilla, Navarra y Francia, y del Cid, las que figuran en la segunda redacción del ya mencionado Cronicón Villarense, escritas entre 1217, primer año de Fernando III, y 1223, en que murió Felipe Augusto de Francia. Llabrés [115] cree que constituyen el primer epítome de Historia de España escrito con fin pedagógico para uso de algún príncipe.

Más importantes, por remontarse a finales del siglo X y ser el testimonio más antiguo y seguro de la monarquía navarra, son las llamadas *Genealogías de Meyá* [116]. La parte más extensa se refiere a dichos reyes navarros, y junto a los datos genealógicos —matrimonios

115. G. Llabrés, *Quién es el autor de la Crónica de S. Juan de la Peña* (Rev. de Huesca, 1903, I, 9); señala que fueron escritas antes de 1234, en que murió D. Sancho de Navarra, que figura como viviente. Cerdá y Rico (Introducción a las *Memorias hist. de Alfonso VIII*, de Mondéjar, pág. 420) se fijó en el detalle que apunto en el texto, lo que le permite puntualizar más la composición de la obra situándola entre 1217, en que empezó el reinado de Fernando, y 1223. Flórez, que publica las Genealogías en las *Memorias de las Reinas católicas*, págs. 492-505, sostiene que es "la pieza más antigua que conocemos escrita en su lengua vulgar".

116. Se denominan así por haberse encontrado en un manuscrito del rico priorato benedictino de Santa María, de Meyá, pueblecito éste de la provincia de Lérida y diócesis de Urgel. Su texto lo han publicado Traggia (Mem. Ac. Hist., IV, 52...), Campión (*Ensayo acerca del P. Moret*) y Jaurgain (*La Vasconie*, I, apénd. 1). De otro ms., el de la Crónica Najerense, que ofrece bastante variantes, lo publicó Cirot con el estudio de dicha crónica. Vid. F. Valls y Taber-

y descendencia— consignan a veces pequeñas indicaciones biográficas. Todo ello es muy valioso, por la escasez de fuentes de los orígenes de ese reino y por la concordancia que en general guardan con la cronología de los diplomas los siglos IX y X. Los dos textos conservados empiezan igualmente por Iñigo o Eneco Jiménez, cuya rama —la llamada «Arista»— llega a Fortuno Econis, y sigue la otra rama —la «Jimena»—, empezada por García Jiménez o Semenonis, que llega en el manuscrito de Meyá hasta Jimeno Garseanis y en el otro hasta Guntislo. En este último códice hay a continuación una brevísima genealogía de los condes de Pallars (sólo un artículo, con una generación), Toulouse (ídem) y Gascuña. En el de Meyá hay también genealogía de los condes de Aragón, pero Jaurgain afirma que, al revés de la navarra, no tiene valor histórico; la considera interpolada en la segunda mitad del XIII o más tarde y llena de absurdos; es muy breve.

e) *Historia religiosa.*

También es examinada esta sección con la máxima rapidez posible, por su desligamiento de la historiografía política. Como en el período precedente, el lugar que en ésta se da a los temas eclesiásticos de algún relieve hace innecesario el tratar aparte lo religioso, campo que casi se reduce a la hagiografía. Sí merece mencio-

---

ner [*Les Genealogies de Roda o de Meyà*], discurso leído en su recepción en la R. A. de Buenas Letras (Barcelona, 1920); L. Barrau-Dihigo, *Note sur le codex de Meyà* (Revue des Bibliothèques, 1921, 37-56; Z. García Villada, *El Códice de Roda, recuperado* ("Revista de filol. Española", 1928, XV, 113-139), y J. M.ª Lacarra, *Textos navarros del Códice de Roda* (Zaragoza, 1945), estudio muy completo, seguido de edición (primera o rectificada), de todas las piezas del manuscrito que atañen a la historia navarra.

narse la *Brevis historia monasterii Rivipullensis*[117], de gran interés como cuanto al cenobio de Ripoll se refiere. El anónimo autor, que opera sin duda sobre documentos del monasterio, a juzgar por la puntualidad en las fechas y otros detalles, toma su historia desde la fundación de Santa María por Vifredo el Velloso y data al final su trabajo en 1147.

En cuanto a la hagiografía, para dar una idea aproximada del desarrollo que obtuvo en este tiempo, mencionaré las vidas de santos a que puede asignarse con alguna seguridad fecha de redacción. El P. Flórez, en esto como en todo, allanó la tarea, dando cabida en la «España Sagrada» a un gran número de ellas.

Cronológicamente, el primer hagiógrafo del período de la Reconquista de que tengo noticia es el obispo CIXILA, que gobernó la diócesis de Toledo hacia 774-783; escribió una breve vida de su antecesor *S. Ildefonso*[118]. En el s. IX, los martirios de Córdoba inspiraron las plumas de PAULO ALVARO, que historió el de su maestro *S. Eulogio*[119], y del propio EULOGIO, autor del *Memoriale Sanctorum,* comprendiendo entre otras cosas los de las *Santas Flora y María*[120], *S. Leovigildo de Ilíberis*[121] y *S. Rogelio*[122]. De la misma centuria debe de ser una vida de *S. Olegario*[123], contenida en un santoral de la Catedral de Barcelona de 860. El monje benedictino MA-

117. Ha sido publ. por Baluze entre los apéndices de la *Marca Hispanica,* de Pierre de Marca (Parisiis, 1688), colnas. 1295-1301. Valls Taberner (*Matisos...,* págs. 127-128) añade a lo que decimos algunos datos.
118. *Esp. Sagr.,* V, apénd. 8.
119. Ib., X, ap. 6.
120. Ib., IX, ap. 9.
121. Ib., XII, ap. 2.
122. Ib., XII, ap. 3.
123. Ib., XXIX, ap. 21 y 22.

CARIO, de S. Juan de la Peña, autor de unas Actas de los hermanos *S. Voto* y *S. Félix*, se ha dudado si vivió en el s. IX, el X o el XI [124].

Al s. X corresponde la vida de *S. Froilán* [125], obispo de León, por el diácono JUAN, de la misma iglesia, y la de *S. Pelayo*, por su coetáneo el presbítero RAGUEL [126]. A los fines del XI, la de *Sto. Domingo de Silos* por GRIMALDO [127], que recogió la tradición, aún reciente, de sus milagros, después versificados por Berceo [128].

También corresponde a fines del XI o principios del XII la vida de *S. Lesmes*, abad de S. Juan de Burgos, por su coetáneo el monje del mismo, RODOLFO, francés de nacimiento [129]. Al XII, RENALLO GRAMÁTICO, que compuso en 1106 la vida y pasión de *Santa Eulalia* [130], y los monjes ORDOÑO y ESTEBAN, autores, en la segunda mitad, de una vida de *S. Rosendo* [131]. Por último, en el XIII, debe mencionarse al TUDENSE, autor de una *Vida y traslación de S. Isidoro*, así como de unos *Milagros* del mismo santo [132], terminados después del «Chronicon», de los que hay una traducción castellana del s. XVI.

124. Ib., XXX, ap. 4.
125. Ib., XXXIV, ap. 8.
126. Ib., XXIII, ap. 4.
127. Ib., XXVII, pág. 420 (en castellano).
128. Sobre un interesante ms. que contiene las obras de Grimaldo, Pero Marín y Berceo, vid. P. Alfonso Andrés, *Notable manuscrito de los Tres Primeros Hagiógrafos de Santo Domingo de Silos (siglos XIII-XIV)*, Bol. de la R. A. Española, 1917, IV, 172-194, 445-458.
129. *Esp. Sagr.*, XXVII, ap. 4 y 5.
130. Ib., XXIX, ap. 3. El P. Fita cree también obra de Renallo la hermosa vida de S. Olegario, publ. ib., págs. 472-491. (Vid. *Bol. Ac. Hist.* 1902, XL, 50-80.)
131. Ib., XVIII, ap. 33.
132. El P. Risco, *Esp. Sagr.*, XXXV, 379-407, insertó la Vida de S. Martín, canónigo de S. Isidoro de León, que forma los caps. 53-75 de los *Milagros;* no publicó el texto original del Tudense sino una traducción castellana de principios del s. XVI.

Terminaremos este breve artículo con la cita de la «Historia Sagrada» que compuso el TOLEDANO [133] desde la creación del mundo hasta la venida del Espíritu Santo y la predicación del Evangelio.

II. HISTORIOGRAFÍA MUSULMANA.

a) *Historias totales y parciales de al-Andalus.*

Recojo aquí los escritos en que los autores limitan su consideración a los sucesos peninsulares, sin englobarlos en los generales del Islám. Corresponde iniciar el desfile a dos escritores modernamente destacados en un interesante estudio [134].

MOHÁMED BEN ISA figura como autor de unos pasajes citados en el «Bayano» de Abenadarí [135], relativos a los comienzos de Abderráhmen I (756 - 788) y al reparto entre cristianos y musulmanes de la iglesia mayor de Córdoba, que subsistió hasta iniciar dicho soberano la construcción de la mezquita. En el artículo citado se identifican otros fragmentos como probables también del mismo historiador, y a éste con el jurista homónimo a quien Alháquem I ofreció el cadiato de Córdoba, según refiere

133. Está inédita, formando, según la noticia de Rada que precede a la edición de sus obras en los *Padres Toledanos*, un ingente volumen de la biblioteca del Colegio mayor de S. Ildefonso, de Alcalá. No la he visto; supongo que esté calcada en el texto bíblico.

134. C. Sánchez-Albornoz: *Notas para el estudio de dos historiadores hispano-árabes de los siglos VIII y IX*. (Bol. de la Univ. de Santiago, 1933, V, 401-440). En sus *Fuentes... del s. VIII* conjetura la existencia de un escrito narrativo de Bedr, liberto de Abderrahmen I, sobre sucesos de su reinado (págs. 35-39). A continuación, páginas 39-47, amplía su noticia sobre Mohámed ben Isa. En cuanto a la opinión del mismo autor sobre otra historia de las guerras civiles, de mediados del s. VIII, vid. lo que apuntamos al tratar del *Ajbar Machmúa* (pág. 172).

135. Escritor marroquí del s. XIII.

Aljoxaní[136]. El famoso Razí cita repetidamente a Mohámed ben Isa y puede por ello vislumbrarse la importancia que tendría su crónica, la cual debió de escribirse, lo más tarde, en las primeras décadas del s. IX, y parece libre de las «leyendas y orientalismos» que después prevalecieron. De todas suertes, no hay que olvidar el carácter hipotético, aunque bien fundado, que tienen cuantos datos se refieren a esta obra.

ISA BEN MOHÁMED, cuya posible identidad con el anterior ha habido que descartar, aunque no su probable parentesco, ha surgido de la masa de historiadores olvidados sobre la misma base que aquél. Hay, en efecto, a su nombre fragmentos en «Albayano», los cuales se refieren a los tratos de los hijos de Vitiza con Táric, a la batalla entre éste y Rodrigo, y a la muerte del rey godo. El no figurar aún en esta versión de la conquista la leyenda que culpa a Rodrigo, y otros indicios, en cuyo detalle no puedo aquí entrar, permiten deducir al autor del estudio mencionado que la crónica de Isa no puede ser tampoco posterior a la primera mitad del IX. El cotejo de lo que de ella se conoce con otras, cristianas y árabes, sugiere derivaciones muy interesantes.

Prescindiendo de producciones que por totalmente perdidas no dejan margen a ninguna apreciación, como una historia en verso de la conquista, obra del jiennense Algazel (m. 864), en su tiempo muy apreciada, hay que llegar al s. X para encontrar otro historiador del tipo que ahora nos interesa[137].

---

136. Vid. pág. 187.

137. Debe también mencionarse aquí, junto a Arrazí, a CÁSIM BENASBAG (861-951), uno de los tradicioneros más famosos; compartió con aquél la obra de impulsar la historia en estos primeros tiempos. Se sabe escribió, entre otras cosas, acerca de los omeyas, pero nada se conserva.

Ahmed Benmohámed el Arrazí, el escritor aludido, figura de muy antiguo en la historiografía española con el nombre de «el moro Rasis», como autor de un escrito incorporado ya a la «Crónica de 1344», la cual examinaremos en el capítulo siguiente. Entre los árabes gozó de gran fama. De una familia que dió tres historiadores, él fué el más sonado, llamándosele *Attaríji*, «el cronista» por excelencia. Se sabe que nació hacia el 885; murió en 955, según Abén Alfaradi. Fué literato, orador, poeta, y compuso gran número de obras sobre la historia patria, de cinco de las cuales se conocen los títulos. Todo ello se perdió en su original, pero se ha conservado una traducción castellana anónima, hecha de otra portuguesa atribuída a un clérigo, Gil Pérez, que por orden del rey don Diniz vertió el escrito árabe, auxiliado por varios moros, sobre todo uno, llamado Maese Mahomad, alarife. Todo ello consta en el escrito castellano, pues la versión lusitana ha desaparecido también.

Puede esperarse que, pasada por tantas manos, la obra nos haya llegado muy desfigurada y corrompida, dado, además, el escaso escrúpulo con que se trataban los escritos ajenos. Con todo, fué aceptada la autenticidad esencial por nuestros grandes historiadores del XVI. Modernamente se despreció la crónica por apócrifa, y entonces Gayangos acometió su estudio para dilucidar la cuestión [138]. Empezó por marcar las tres partes que parecen dividir la obra castellana: descripción de la Península en el tiempo del autor, reseña de su población e historia desde la época primitiva hasta la conquista ára-

138. *Fuentes*, art. 799.

be, e historia posterior a ésta, proseguida hasta 977 [139]. Luego señaló los historiadores que en tal tiempo llevaron el nombre de Arrazí e identificó el correspondiente al Rasis romanceado, hallando la suficiente correspondencia entre varios pasajes de la descripción citada con los atribuídos a Arrazí en los diccionarios árabes. Quedó, pues, sentada sin lugar a duda la autenticidad de la parte primera. Señaló también, por no hallar razones en contra, la de la tercera. No se atrevió a aceptar la de la segunda, por juzgarla en exceso fabulosa [140] y con demasiados indicios de interpolaciones. Aquéllas las inserta en apéndice a su estudio; de la otra da sólo un resumen del contenido. Esta ha seguido inédita, a excepción de su final, el reinado de Rodrigo, que insertó Saavedra en una de sus obras [141] y completó después Menéndez Pidal, descubriendo un largo fragmento que falta en todos los manuscritos sueltos y sólo se halla en uno de la Crónica de 1344 [142]. En los trabajos que este último escritor ha consagrado a las leyendas del rey Rodrigo se sirvió, entre otras, de la crónica de Rasis, llegando a la conclusión de que varios elementos de dicha segunda parte deben ser auténticos, aunque otros habrán de atribuirse a los traductores. Posteriormente se ha aplicado un examen equivalente a toda la parte romano-visigoda [143], hallando

139. Continuada por su hijo Isa, dice Gayangos (o. c., pág. 25). Albornoz cree que Arrazí se detendría, según costumbre muy seguida, al llegar al advenimiento de Abdala (888-913); pero le hace dudar el hecho de haber leído Benadari en la obra el relato de la toma de Sevilla por Abderráhmen III.

140. Sobre el aporte de la crónica de Rasis al capítulo de leyendas en nuestra historia, vid. Cirot, *Hist. gén.*, pág. 37.

141. E. Saavedra, *Estudio sobre la invasión de los árabes en España,* Madrid, 1892.

142. Pidal, *Cat.*, págs. 55-75.

143. C. Sánchez-Albornoz. *La crónica del moro Rasis y la Continuatio hispana,* Anales de la Univ. de Madrid, 1934, III, 229-265.

en ella muchos contactos con la mozárabe de 754, que ya conocemos [144], y con la arábiga de Abenalatir, de que habremos de prescindir aquí [145]. El resultado a que llega el autor de la monografía, tras un minucioso estudio, es que Arrazí debió de utilizar la crónica mozárabe, cosa muy explicable por haberse ésta, según todos los indicios, acabado en Córdoba; cree también que se sirvió de algún otro texto cristiano y que, a su vez, la crónica de Arrazí fué aprovechada, probablemente, por Abenalatir [146].

Como se ve, a partir de Gayangos ha ido en progresión creciente la rehabilitación de la discutida historia romanceada. Los abundantes errores de versión, patentes sobre todo en los nombres propios, y los absurdos añadidos, muy copiosos también, se conviene ya en que no impiden que el fondo pueda responder a la autoridad del autor musulmán. A primera vista la reseña del período visigodo, con sus nombres nunca oídos de monarcas, da la impresión de la irrealidad más completa; pero con el auxilio de los arabistas han podido irse explicando las mudanzas sufridas. Comprobado ya que no todo es desdeñable en esta supervivencia del venerable monumento hispano-arábigo, se imponía la necesidad de una minuciosa depuración de su conjunto [147]..

Tal estudio ha sido ya, por fortuna, emprendido con el esmero y extensión que el tema requiere [148]. Resulta

144. Vid. pág. 101.
145. Publicó E. Fagnan trad. franc. (Alger, 1901).
146. Ha tratado nuevamente de este punto en Bull. Hispan., 1939, XLI, 5-59.
147. "Se impone", decía yo en la primera edición, muy ajeno de que el deseado trabajo estaba ya próximo a aparecer.
148. S.-Albornoz, en su reiteradamente mencionada obra *Fuentes... del s. VIII*. No sólo dedica a la monografía de Arrazí largas páginas, sino que en el curso de toda la obra asoman constante-

de él la gran importacia que debe darse a la *Historia de los emires de España* («Tarij-Muluc Al-Andalus»), una de las cinco obras aludidas antes, como primera historia general de nuestra nación, anterior en tres siglos a la ordenada por Alfonso el Sabio. No es imposible que sirviese a éste de modelo inspirador, ya que fué conocida de Rada y estuvo muy difundida en los reinos cristianos del s. XIII, lo que tal vez movió a don Diniz, sobrino de Alfonso y heredero de sus aficiones literarias, a mandarla traducir. Capítulo muy interesante de la nueva investigación es el de establecer o conjeturar qué obras utilizó Arrazí en su largo recorrido histórico, hecho desde la época primitiva hasta su tiempo [149]. El autor ha logrado fijar con alguna seguridad las que usó para los primeros tiempos, para el período romano [150], el visigodo y los comienzos del hispanoárabe hasta Abderráhmen I, inclusive; en lo relativo a los sucesores de éste encuentra dificultades para precisar las fuentes: piensa que fuesen tal vez anales y documentos, y, desde luego, lo más autorizado de que pudiera valerse. La buena información parece, en efecto, haber sido característica de toda la obra, y ello, junto con la imparcialidad y atinado juicio del autor, justifica la autoridad de que en todo tiempo gozó. Lo que de ella nos ha transmitido la versión citada es sin duda pequeña porción de su contenido total, sobre todo en la última parte; pero con los pasajes conser-

mente las huellas del gran historiador del s. x. Recojo en el texto lo de más interés para mi objeto y remito para otros pormenores a la obra misma de Albornoz.

149. La versión de la parte 2.ª de la obra de Arrazí, no publ. por Gayangos, puede verse en el Códice de Santa Catalina de Toledo (Biblioteca Catedral), ff. 17-41.

150. Sobre este punto concreto hizo S.-A. una monografía aparte: *Fuentes latinas de la historia romana de Rasis*. (Publs. del Inst. Argentino-Hispano-Arabe, I; 1942.)

vados por otras producciones musulmanas que la utilizaron puede ampliarse mucho. El uso que de ella se hizo parece haber sido muy extenso; en la historiografía árabe son muchas las huellas que dejó; en cuanto a la cristiana, además de ser traducida al portugués y de aquí al castellano, había probablemente sido antes utilizada por el autor de la llamada *Chronica Gothorum pseudo-Isidoriana* (v. pág. 112), pues es imposible sean casuales las muchas coincidencias que tiene con la versión luso-castellana. También usó de ella el Toledano en su *Historia Arabum*. El hecho, en fin, de incluir aquella versión en la «Crónica de 1344» indica la autoridad que se la concedió.

Abenalcotía (m. 977), «el hijo de la goda», así llamado como rebisnieto que era de Sara, nieta de Vitiza, escribió una *Historia de la conquista de España*[151]. Al igual de los demás vitizanos era muy afecto a la familia omeya y, como los otros descendientes de la línea femenina del rey godo, se había islamizado, a diferencia de los nacidos por línea de varón, que se mantuvieron cristianos, aunque también muy ligados a la dinastía reinante. Nuestro historiador fué, incluso, fervorosísimo mahometano y gozó fama de muy docto faquí. Como buen musulmán cultivó la poesía y tuvo gran predicamento en la enseñanza. Gustaba en sus clases de exponer la his-

151. *Fuentes*, art. 831. Antes que las ediciones allí consignadas estaba ya impreso, aunque inédito, el texto árabe por la Acad. de la Historia, en espera de la traducción castellana prometida por Gayangos. Perdida al fin la esperanza de hallar ésta, la Academia encargó otra a Ribera; texto y traducción aparecieron en 1926, formando el vol. II de la colección iniciada con "Ajbar Machmúa". Antes de exponer en el texto las características de la *Historia* que importan para mi objeto, resumo las notables observaciones de Ribera. (Estas han sido glosadas por E. García Gómez en un interesante artículo, Rev. de Occidente, 1927, XVI, 368-378.)

toria patria, y parece que de estas conferencias, o de las notas tomadas para ellas, formó algún discípulo —tal vez su hijo Omar Abuhafs o su sobrino Abdelmélic— el libro que nos ha llegado; hay varios indicios de que no se conoció en vida del autor.

La doble personalidad de Abenalcotía se refleja en el tono de su historia. Desdeña, como todos los musulmanes, a la población cristiana, cuyo sojuzgamiento por los islamitas tenía que ver con buenos ojos el encendido mahometano que él fué; pero asoma también en sus relatos el orgullo de raza en cuanto el hecho de un hombre de su sangre muestra superioridad sobre los venidos de fuera. Entre aquéllos halló ejemplares que respondían en alto grado al ideal caballeresco, tan apreciado en esta mezcla de nacionalidades, religiones y clases sociales, en que sólo las dotes personales merecieron, en último término, ser valorizadas. Gracias a ello, la actividad de la población indígena no está excluída totalmente en su obra, como lo está en general en la historiografía árabe. En cuanto a los actores del drama de la conquista, él participa, como el anónimo citado, en la exaltación de los vitizanos. No sólo no se cree obligado a atenuar la traición de éstos, sino que tal vez exagera su participación en lo que consideraban los demás elementos del país como la pérdida de España. Con los emires muestra la tendencia elogiosa natural en un protegido, pero sabe también mantener su imparcialidad de historiador con discretas referencias a los defectos entre la loa de sus excelencias.

La obra empieza consignando la procedencia de sus noticias: la tradición oral; pero usó también algo de li-

bros. El relato de la invasión lo emprende directamente —prescindiendo de la primera correría, la de Tarif— desde la venida de Táric, y en seguida interrumpe la narración para ocuparse de la suerte del linaje vitizano, en particular de la antepasada, ya mencionada, del historiador. Esto avisa ya al lector de que no se trata de una historia rigurosamente planeada y trabada, sino hecha al correr de la pluma, a medida que se recuerda lo que más interesa al narrador. Tal impresión se confirma. Sorprende la extrema brevedad con que éste refiere lo esencial, en tanto que se explaya en anécdotas accesorias. La obra peca de deshilvanada y escasa de información; apenas hay indicaciones cronológicas. Es en realidad una serie de semblanzas de los sucesivos soberanos, compuestas en su mayor parte de anécdotas, que revelan juntamente el carácter de otros personajes. No puede decirse que sea una historia proseguida hasta un año determinado; se ha fijado el de 912 (m. de Abdala), pero se ocupa también de Abderráhmen III y su destrucción de Bobastro (928). La guerra con los reinos cristianos, tema principal de la historiografía de éstos, apenas es aludida alguna vez y rapidísimamente en estas crónicas; las fronteras estaban aún muy lejos de Córdoba y se comprende que el tema no interesaba. Son las luchas que se desarrollan dentro del propio Andalus, las hablillas de corte, los rasgos de ingenio, los versos que se cruzan, lo que la historia recoge con afán por ahora. La variedad de temas tratados y la sencillez de conseja popular con que son referidos, da a estas obras su mayor encanto. Como fuentes históricas sólo son útiles en calidad de complementarias.

Ajbar Machmúa, «colección de tradiciones»[152], llámase la fuente conservada que parece seguir en orden cronológico a la obra de Abenalcotía, a juzgar por el último estudio que sobre ella ha aparecido[153]. Dozy la atribuyó al tiempo de Alfonso VI (1072-1109); Ribera[154] opinó que el último que participó en su composición vivió en tiempo de Abderráhmen III (912-961); ahora, Sánchez-Albornoz, tras estudio muy detenido, cree con buenas razones que la compilación fué hecha en el primer tercio del siglo XI. La juzgó Ribera, como vimos, escrita por varios, basándose en la falta de continuidad en los sucesos reseñados, así como en los distintos criterios y estilos, si bien observa «una tendencia de raza o de clase, como si pertenecieran a una sola familia o linaje». Un sagaz examen del tipo de noticias que constituyen la parte anterior al reinado de Hixem I, le permite adivinar que uno de los redactores fué un noble cordobés, de la tribu de Coraix y la familia Omeya, muy entendido en milicia y con dotes de político. En lo siguiente, la predilección por los asuntos religiosos y las sentencias morales le descubre un probable faquí, también de una noble fafmilia coraxí. El orgullo de tribu de los autores de la obra explica que para ellos sólo contase el

152. *Fuentes,* art. 834. La obra era antes más conocida por el "Anónimo de París", debido a haberse conservado sólo en un ms. de su Bibl. Nacional. El título completo en la traducción publicada es "Colección de tradiciones relativas a la conquista de España; relación de los emires que hubo en ella hasta la entrada de Abdo-r-Rahmen ben Moawiya; de cómo triunfó y reinó en ella, así como sus hijos, y de las guerras que hubo entre unos y otros con tal motivo".

153. Sánchez-Albornoz, *El "Ajbar Maymua" Cuestiones historiográficas que suscita.* (Buenos Aires, 1944; publ. del Inst. de Hist. de la Cult. Esp., Med. y Mod., de la Fac. de F. y L. de dicha ciudad.)

154. En las págs. XII-XIX del prólogo a su traducción de la *Historia* de Abenalcotía, que acabamos de examinar.

elemento árabe, especialmente los coraxís y, dentro de ellos, los omeyas, desdeñando ocuparse de la población indígena, cuya exclusión constituye a la vez una característica y un gran vacío de esta obra.

Albornoz confirma en lo esencial la tesis de Ribera, aceptando su afirmación de que los sucesivos autores del *Ajbar* pertenecían al mismo linaje y que acaso se transmitieron unos a otros sus escritos hasta el último, el compilador; pero puntualiza más en la distinción de autores. Según él, el compilador aspiró primero a componer una obra original, pero hubo al fin de apelar a los escritos ajenos, haciendo simplemente en ellos algunas interpolaciones. Distingue en la obra cinco partes distintas, de las que la primera —desde la invasión hasta la muerte de Ocba— y la última —el reinado de Abderráhmen III— entiende son obra del mismo compilador, el noble coraxí que ya mencionó Ribera, aunque situándole en período anterior. El carácter de dicha primera parte, que muestra en el autor afición a lo anecdótico y legendario, así como escaso conocimiento de los hechos, le inclinan a considerarla escrita con mucha posterioridad a éstos. La porción que la sigue, la dedicada a las guerras civiles a partir de la sublevación de los bereberes en Africa, obra sin duda del noble entendido en milicia y en política de que habla Ribera, sin fijarle fecha, la cree escrita por un contemporáneo de los sucesos; habría vivido, según él, durante el emirato de Abderráhmen I, o, a lo más, en el de su hijo. La tercera parte —el resto del reinado de Abderráhmen I— opina fué escrita, también por un docto en milicia, en el siglo IX, poco después de

833[155]. De la cuarta, compuesta sólo de poesías y anécdotas, cree difícil precisar el autor, que debió de ser un piadoso faquí y morir poco después de 912, en que murió el emir Abdalah, muy su amigo al parecer. De todo este análisis lo más interesante es la fijación en el siglo VIII y en el IX, tan escasos de fuentes conservadas, de dos de las partes que forman esta compilación.

Formado el «Ajbar» de diversos escritos, es de valor desigual en sus varias partes, muy minuciosas unas y con sensibles omisiones en otras. No faltan tampoco errores. En general es muy veraz, dando muy escaso lugar a las fábulas extraordinarias que llenan otras producciones posteriores. Por ello se la considera como una de las fuentes más valiosas para la conquista y los primeros tiempos de la dominación musulmana, hasta la muerte de Abderráhmen I. La narración comienza unos años antes de la invasión, refiriéndose a las luchas que los árabes sostenían para la dominación del Africa, y cobra ya algún detalle desde el nombramiento de Muza para el gobierno del Africa propia. Cuenta a poco, con gran brevedad, la leyenda de Rodrigo y la hija de Julián, que se había ya formado en la centuria novena, y la sumisión de éste a Muza, detenido hasta entonces por su resuelta defensa de Ceuta. La conquista es referida con la sencillez con que sin duda la contaban las gentes del país, exornada con anécdotas de sabor popular. Estas persisten en la historia de los sucesivos gobernadores, que sigue al relato

155. En sus *Fuentes... del s. VIII*, pág. 127, se ocupa también de esta obra, a la que da gran valor, por haber conocido el autor a Abderráhmen I o por lo menos a muchos de su tiempo; por ello considera esta tercera parte del *Ajbar* como fuente de primera categoría del s. IX para la historia de la 2.ª mitad del VIII, y ello a pesar de su falta de detalles, como basada, no en escritos, sino en testimonios y tradiciones orales.

de la invasión, y sus diálogos, ingenuamente consignados, dan mucho agrado a la obra. A veces habla el autor en primera persona, contando lo que acerca del asunto se le había referido, y añaden atractivo los pintorescos detalles con que algunos hechos y circunstancias son expuestos. Más que reseñas de los emiratos hay en la obra semblanzas de los emires, que recogen las anécdotas más características de cada uno. Esto ocurre, sobre todo, en la parte correspondiente a Hixem I - Mohamed I, en que el tipo de anecdotario se sobrepone totalmente al de narración cronológica; los sucesivos emires son puestos por su orden, pero es excluída toda indicación de fecha. Aunque desde la muerte, inclusive, del último emir citado, vuelven a datarse los principios y fines de emirato y recobra la obra el carácter de relato seguido, no pierde del todo el de serie de semblanzas. La de Abderráhmen III, con que termina el «Ajbar», está formada por cartas y poesías dirigidas al califa, con sus respuestas en prosa y verso.

Con ABENHAYÁN (988-1076), cordobés, entramos ya en el período de los reinos de taifas. Es el mejor historiador de ellos y uno de los primeros entre todos los hispano-musulmanes: en su alabanza coinciden los escritores de su tiempo con los modernos arabistas, tanto por su veracidad, información y crítica, como por sus dotes de escritor[156]. Fecundo cultivador de variadas disciplinas, autor de unas cincuenta obras —perdidas casi totalmente—, todo lo demás quedó eclipsado por la admiración que despertó su labor histórica. Poca parte de ella

156. El trabajo más reciente que conozco sobre él es el del Padre Melchor M. Antuña, *Abenhayán de Córdoba y su obra histórica*, La Ciudad de Dios, 1924, CXXXIX, 241-254, 346-352 y 401-422; 1925. CXL, 261-267

nos ha llegado. De los diez volúmenes que formaban su *Almoctábis,* obra de su juventud, cuyo título completo es «Libro del que desee conocer la historia de España», se conservan sólo el III, correspondiente a Abdala, y otro trozo relativo a Alháquem II. De su *Almatín* («lo sólido»), colosal trabajo en sesenta volúmenes, escrito en la edad madura y consagrado a la reseña de su propio tiempo, quedan sólo fragmentos, citados por otros escritores. Del resto de su producción —en que había una *Historia de la dinastía amirita*, esto es, de Almanzor y su familia— nada se ha conservado, fuera de citas y fragmentos insertos en obras ajenas. Pero basta lo que se conoce, junto con las noticias que de él dieron los autores árabes, para formarse una idea de su valía.

Nacido hacia la mitad del califato de Hixem II, gozó Abenhayán de longevidad suficiente para conocer gran parte del período de las taifas. Su extensa cultura, el medio en que vivió —su padre era secretario de Almanzor— y el alto cargo que desempeñó él mismo, el de «zalmedina» —de doble función: gubernativa y judicial—, le permitieron apreciar bien el enorme cambio que en la estructura política de al-Andalus se realizaba. Las circunstancias del nuevo estado de cosas, aludidas al principio de este capítulo, le favorecían también.

Los fragmentos que se conocen de *Almatín* prueban que no las desaprovechó, pues no son ya relatos de cronista, sino verdadera obra de historiador, por la amplitud de miras y su hondura filosófica. En cuanto al *Moctabis,* aunque trabajo de juventud, en que simplemente compila obras de otros, muestra ya las grandes dotes

del autor. Así, en la parte relativa a Abdala [157], acierta a resaltar sabiamente la labor del último emir, labor política cuyo fruto recogió su sucesor Abderráhmen III, que encontró allanado el camino para dominar totalmente nacionalismos y rebeldías, y ganar para Córdoba la capitalidad espiritual del Islam en el Occidente. El otro fragmento conservado, el referido a Alháquem II, sigue inédito. Codera, que vió el manuscrito [158], dice que contiene reseña muy detallada de los años 360-364 h. —incompleto el primero y los dos últimos—; que expone con gran precisión, usando, al parecer, de documentos, y que lo más pormenorizado es el relato de recepciones oficiales, en que se contienen interesantes noticias de orden administrativo y abundan los versos en ellas recitados.

Gracias a Abenhayán y a su coetáneo Abenházam, que examinaré en el siguiente grupo, el XI fué el siglo de oro de la historiografía hispano-árabe, cuyos horizontes fueron por ellos ampliados. Esto hace más sensible que tan poco nos reste de un escritor que no sólo nació en España, sino que parece haber sido de antiguo linaje hispánico, sabido el romance y consultado fuentes cristianas [159].

El mismo año que Abenhayán murió otro cordobés, el poeta ABENZAIDÚN, autor de un «Tratado de la demostración sobre los califas Beni Omeyas en al-Andalus», en verso, que Dozy califica de notable [160]; puede suponerse

157. Ha sido editada por el P. Antuña en París, 1937.

158. F. Codera, *Manuscrito de Aben Hayyan en la biblioteca de los herederos de Cidi Hamouda en Constantina*, Bol. Ac. Historia, 1888, XIII, 53-61.

159. Vid. el citado artículo del P. Antuña, en que se refiere a esta opinión de Dozy. Allí debe verse también lo que dice de las fuentes que usó A. y de los historiadores que le citan y utilizan.

160. Pons le consagra un largo artículo en su *Ensayo*, páginas 142-147.

que su mérito será poético, como corresponde al que llama el arabista holandés el Tibulo de Alandalus. Más interés histórico tendría probablemente una historia de España escrita por ABENMOZAÍN (m. después de 1078), cuyos fragmentos conservados se refieren a la conquista, con una reseña de las banderas entradas con el ejército invasor y una noticia sobre el reparto que se hizo de la propiedad territorial. Pero a ambos escritos ganan en importancia las memorias del últmo rey zirita de Granada, halladas modernamente, y que parecen ser las únicas compuestas por un soberano musulmán de Occidente. Tenemos, pues, un monarca historiador más, que representa en la España árabe lo que Alfonso III en León, Alfonso X en Castilla y Jaime I y Pedro IV en la Corona de Aragón.

ABDALA nació el año 1056 y sucedió en 1073 [161] a su abuelo Badis ben Habbus, que había sido el más grande de la dinastía. A Abdala, más débil, le tocó sufrir la invasión almorávide, destronándole Yusuf ben Taxufin en 1090. Fué después de su caída cuando redactó sus memorias, que parecen tender a justificar su poca resistencia a los africanos, aunque reseña previamente los reinados de sus antecesores. Sabíase que Abdala había escrito una historia de su dinastía que se consideraba perdida [162]; pero el arabista Lévi - Provençal ha encontrado tres fragmentos y no cree imposible descubrir más [163]. Todo lo hallado parece corresponder al final de

161. Vid. R. Menéndez Pidal, *Leyendo las "Memorias" del rey zirí Abd Allah* (Al-Andalus, 1944, IX, 1-9), que rectifica la fecha, más tardía, que se asignaba al comienzo del reinado, así como concreta otros detalles de la obra.
162. Pons, *Ensayo*, pág. 159.
163. E. Lévi-Provençal, *Les "Mémoires" de Abd Allâh, dernier roi Ziride de Grenade*, Al-Andalus, 1935, III, 233-344; 1936, IV,

la obra, pues el primer fragmento comprende sucesos entre 1064 y 1077, y los otros abarcan 1080 a 1089, con pequeña laguna entre ambos trozos. El autor habla en primera persona y hace una relación muy detallada, llena de los diálogos que suelen amenizar estas historias musulmanas. Juzgando por la extensión con que trata los temas en la parte conservada, la obra total debía de ocupar un espacio bastante considerable. Su idioma, según el editor, lo maneja bien, aunque a veces es oscuro, tal vez por los cubileteos que tiene que hacer para justificar su conducta. A pesar de sus esfuerzos para hacer descollar su figura, resulta empequeñecido ante Alfonso VI —al cual y a sus caballeros concede amplio lugar—, Almotamid de Sevilla y Yusuf; a este último, que le trató bastante bien y tuvo en su vida tan decisivo papel, es al que dedica mayor espacio. Las Memorias esclarecen mucho la historia de Granada en el s. XI, ilustrando igualmente su política interior y exterior.

Hay una historia anónima de la conquista de España, *Fatho al-Andalusí*[164], de inclusión dudosa aquí por habérsela considerado por todos como obra de un mogrebí. Contra esta opinión se han hecho recientemente no pocas reservas[165], advirtiendo que nada en la obra en cuestión abona tal creencia, y hay, en cambio, abundan-

29-145. En un estudio preliminar, el arabista francés traza la historia de los ziritas desde que se formó la taifa granadina a principios del s. XI. Luego da el texto árabe de los fragmentos, seguido cada uno de su traducción francesa, y completa su excelente trabajo con un índice alfabético y una tabla de materias.

164. *Fuentes*, art. 832. El título completo de la obra es "Libro que relata las causas de la conquista de España así como los emires" [que la gobernaron]. Acoge la traición de Julián, cueva de Toledo, etc.; a Rodrigo le considera embriagado al cometer el estupro. Según el uso árabe, expone varias versiones. El relato histórico prosigue hasta fines del s. XI, pero casi toda la obra (78 págs., de 88 totales) está consagrada al s. VIII.

165. Albornoz, *Fuentes... s. VIII*, págs. 272-278.

tes indicios de la españolidad del autor: «su interés por la historia de la España musulmana, su conocimiento de la historiografía andaluza —incluso de obras muy raras y remotas, y de otras muy extensas y de difícil propagación— y su placer en registrar juicios muy ásperos sobre los berberiscos de origen africano». La composición de la obra debe situarse entre 1087 y 1106. El autor menciona con frecuencia las fuentes de que se sirvió, y sus indicaciones pueden completarse por cotejos con otras obras, todo lo cual lleva a la convicción de la mucha parte que en ella tuvo, sobre todo, la producción de Arrazí [166]. El anónimo autor extrema, por su poca habilidad para asimilarse los textos que sigue, el hábito musulmán de multiplicar relatos diversos de los mismos hechos. No acierta tampoco a extractarlos bien, debido a su falta de dotes literarias.

Citaremos a continuación a ABDELMÉLIC BENSAHIBAZALA, que parece nació en Beja, aunque es muy incierto cuanto de él se sabe [167]. De una historia de los almohades que escribió —con largo y extraño título, alusivo al imanado, que aquéllos se arrogaron— se conserva el volumen II, inédito. Gayangos, que lo ha estudiado, dice que la obra constaba de tres y que el citado empieza por el alzamiento de Abenmardanix en Murcia (1159) y llega a 1184. Es repetidamente mencionada por escritores árabes de altura, que la consideran una de las mejores historias de los almohades. Según el crítico español, está escrita con mucha elegancia y contiene interesantes detalles.

---

166. Sobre el uso hecho del *Ajbar*, vid. la monografía de Albornoz sobre ésta, págs. 271-301.
167. Pons, *Ensayo*, págs. 245-246.

El guadijeño ABENALBARRAC (m. 1199) escribió una crónica de España, titulada *Las Perlas bien ordenadas*, que con otras del autor —históricas o biográficas algunas —menciona Casiri [168].

b) *Historias de al-Andalus englobadas en la musulmana general o parcial.*

ABDELMÉLIC BENHABIB, nacido en Granada hacia 790 y muerto en Córdoba el 853 ó 54, es el primer historiador hispano-árabe conocido, si prescindimos de Mohámed ben Isa y demás citados, cuyos datos son sólo hipotéticos, según se hizo constar en su lugar.

Formado en España y perfeccionado en Oriente —práctica habitual en los primeros tiempos, hasta que Córdoba alcanzó su alto nivel cultural—, polígrafo, autor de más de mil obras de diferentes disciplinas, gozó de gran celebridad. Sólo se conserva su *Historia*, que se mantiene inédita en Oxford. La descripción que de ella se ha hecho revela un tipo análogo al que he llamado general-nacional, tan frecuente en nuestra historiografía del medievo. Contiene, en efecto, la reseña de los profetas y otros personajes desde el principio del mundo hasta Mahoma; la de éste y sus sucesores hasta el califa XI, en cuyo tiempo se conquistó España, y la historia del Andalus desde el 711 hasta el principio del emir Abdala (889). Acompañan a la reseña política, como es corriente entre los árabes, noticias de otra índole, máximas, versos, etc. Por haber muerto el autor más de treinta y cinco años antes del último historiado, Dozy supone que

168. *Bibl. ar-esc.*, II, 77.

su discípulo Abenabirricáa trasladó y añadió la obra del maestro. Esta hállase llena de fábulas y absurdos, de los que S.-Albornoz culpa a dicho discípulo; éste, según él [169], cambió a su gusto cuanto quiso, sin respetar el nombre de su maestro, en cuya boca lo ponía. Cree que el manuscrito de Oxford no contiene verdaderamente la obra de Benhabib, sino una selección muy cambiada, hecha por Abenabirracáa. Ya Gayangos sospechó que Benhabib escribió una crónica más copiosa que la contenida en dicho manuscrito, pues otros historiadores (del s. x en adelante) han conservado pasajes que en él no figuran. Albornoz, basándose en las citas que dichos escritores hacen de él, estima que su relato de la conquista era muy completo y resumía correctamente el mismo que figura en Arrazí y en el *Ajbar*. De la aplicación de ese mismo sistema de reconstrucción a otros períodos deduce que no sólo detalló Benhabib en la parte relativa a la conquista, sino también en lo posterior. La aplicación de tal procedimiento podrá llegar a rehacer en mucho la obra en cuestión, hasta adquirir el valor proporcionado a la mucha autoridad y elevada consideración de que Benhabib gozó entre los musulmanes de todo tiempo.

Aben Abdelhaquem (m. 871), aunque egipcio, merece aquí una breve mención, por haberse considerado su historia de la conquista de España la más antigua [170]. Como escrita en Africa, es muy deficiente en la parte española, pasando a veces varios años seguidos sin historiar; el relato no llega a la mitad del s. VIII. En el punto

169. Albornoz, *Fuentes... del s. VIII*, págs. 109-126.
170. *Fuentes*, art. 830. Lafuente Alcántara publica una versión castellana del relato de la conquista, entre los apéndices del *Ajbar Machmúa*, ed cit., págs. 208-219, y da después, págs. 221-222, una noticia del autor.

de la conquista, atribuye el papel decisivo a la traición de Julián, siendo el primero que alude a la violación de su hija. No menciona a los hijos de Vitiza, aunque multiplica las versiones de los hechos.

Los pasajes que Abdelháquem consagra a España forman la sección 5.ª de su «Historia de la conquista de Egipto» [171].

ARIB BENZYAD (forma con que Antuña corrige la de Bensad, antes usada), m. hacia 980, renegado cordobés, secretario de Alháquem II, hizo un *Compendio de la historia del Tabarí*, escritor muerto en 922. La obra de éste, titulada «Historia de los pueblos y de los reyes», había tenido gran fama y difusión, y Benzyad le añadió la historia de España, la de los califas abasíes y la de Africa en 302-932. Sólo se ha hallado un extenso fragmento, que contiene dichos aumentos. El compendiador contradice a veces al autor compendiado. La obra alcanzaba hasta la muerte de Alháquem II (976) y tenía disposición de anales, muy detallados. Dozy, que insertó lo encontrado en su edición de Abenadarí, señala su evidente parcialidad en favor de los omeyas, cargo que pesa con frecuencia sobre la historiografía de todo el período de esta dinastía.

ABENXOHAID (m. 1002), amigo y consejero de Almanzor, polígrafo ilustre, escribió una «Historia magna», que, aunque perdida, no debe omitirse por su importancia. Formábanla más de cien volúmenes y reseñaba en forma de anales el período corrido desde la muerte de

171. También correspondería citar aquí a Abencotaiba, de un libro del cual extractó Gayangos varias partes que se refieren a la conquista de España. El texto y la traducción española de ellas pueden verse en el t. II de la Col. de obras árab. de hist. y geogr., a continuación de la obra de Abenalcotia.

Alí (661) hasta su tiempo. La extensión con que es presumible que trataría la parte española, me mueve a incluirle en este grupo, aunque también podría entrar en el de Historia general musulmana.

ISA BENHAMED ARRAZÍ (muerto probablemente en el segundo decenio del s. XI), hijo del homónimo famoso, heredó las aficiones de su padre[172]. Aunque no nos han llegado sus obras —«Sobre el Visirazgo y los Visires», «Háchibes de los Califas españoles» y «Anales de Al-Andalus»— puede conjeturarse algo de esta última, que es la que aquí nos interesa. Debieron de abarcar tales anales desde la conquista hasta la muerte de Alfonso II (976), por lo menos. En cuanto a los caracteres de la obra, la mejor base para conocerlos son los fragmentos conservados en *Almoctabis*, de Abenhayán, que dice trasladó aquélla casi entera. Por ellos se ve que fué tan concienzudo, imparcial y buen descriptor como su padre —cuya obra parece haber refundido en la suya—, y en su relato de hechos coetáneos, como los del tiempo del califa citado, muestra una gran habilidad, interesándose igualmente por lo menudo y pintoresco como por lo trascendental.

ABENHÁZAM DE CÓRDOBA (994-1063), una de las figuras sobresalientes de la cultura hispano-árabe, procedía de antigua familia española, que se mantuvo cristiana hasta dos generaciones antes, en que ya su abuelo se islamizó. Su padre fué visir de Almanzor, y él, muy afecto a los Omeyas, intervino activamente en las luchas que prepararon su restablecimiento en la taifa de Córdoba, haciéndole por ello Abderráhmen V su visir. Asesinado a

172. Vid. Albornoz, *Fuentes... del s. VIII.*

poco el monarca, él abandonó la vida pública. Descolló como poeta y en todas las disciplinas que cultivó. En Historia su obra cumbre es el *Fisal*, que aunque ajena a nuestro campo, por su carácter teológico-filosófico, debe ser mencionada por su importancia; responde a su subtítulo de «Historia crítica de las religiones, sectas y escuelas», examinando el judaísmo, cristianismo y sectas islámicas, y expone todas las actitudes del espíritu ante el problema religioso, desde el escepticismo hasta el fanatismo [173]. Al género que ahora estudiamos contribuyó con el *Nocat*, que contiene datos sueltos, distribuídos por materias, sobre soberanos de Oriente y de España; más que obra acabada parece ser una serie de notas para redactarla [174]. Abenházam, de quien volveré a ocuparme en el grupo siguiente, abrió, con Abenhayán, una nueva era en los estudios históricos. En él, a pesar de su entusiasmo por los Omeyas, cuyas glorias recuerda con nostalgia, no hay lugar para la adulación, reconociendo sus faltas e imponiéndose la imparcialidad al enjuiciar los hechos.

ABENABILFAYAD (989 - 1066), de Ecija, escribió después de 1039 una historia del Aldalus, *Ibar*, de la que hay un fragmento en El Escorial [175]. Este contiene la reseña de la conquista desde la derrota de Teodomiro, y

173. M. Asín Palacios, *Abenházam de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas*. Madrid, 1927-32, 5 vols.

174. El *Nocat* o "Libro del bordado de la desposada" fué editado por Seybold en la Revista del Centro de Estudios Hist. de Granada y su reino, 1911, 160-180, 237-248. Vid. L. Seco de Lucena Paredes, *Sobre el "Nagt al-arús" de Ibn Hazm de Córdoba* (Al-Andalus, 1941, VI, 357-375) y la traducción española con notas y estudios, del mismo (Bol. de la Univers. de Granada, 1941, XIII, 245-252 y sigs.).

175. S.-Albornoz (*Fuentes... del s. VIII*, págs. 350-360) publica una traducción completa que de él dejó hecha el P. Antuña, y sobre dicha versión y el estudio hecho en el libro están basadas las líneas que a la obra consagramos en el texto.

una crónica de los primeros valíes, siendo su fuente principal —en algún punto lo declara el autor explícitamente— Benhabib, así como Abenalcotía, si es que lo de éste no procede también de aquél. A su vez fué Abenabilfayad muy utilizado por los historiadores posteriores. Es una relación más bien de tipo popular por sus detalles, en contraste con los cuales hay falta de noticias de más interés o son éstas muy abreviadas. Tienen sus datos aspecto de veracidad.

Abulhasán el Saliní es citado por Abensaid como autor de una «Historia de la segunda guerra civil en Africa y España», de 1144 a 1153, esto es, las luchas entre almorávides y almohades. Pons piensa si será el mismo que otros llaman Abuamir el Salimí, escritor tortosino muerto en 1163[176]. De todas suertes, perdidas las obras a nombre de ambos, baste aquí la mención hecha, que no he querido omitir por ser de un tipo de historia poco frecuente.

Abdelguáhed (1185-1224), el Marrecoxí, esto es, de Marraquex, es considerado como casi español, por haber recorrido al-Andalus y asistido a las clases de nuestros sabios. Compuso una *Historia de los almohades*, con valiosas noticias de testigos, pues el autor, presentado al gobernador almohade de Sevilla, trató allí a muchos de la corte. Como precedente al período reseñado historió también el tiempo anterior, y aunque usó para ello de obras del Alhomaidí, tiene interés por haberse éstas perdido.

176. Hay varios mss., uno de ellos en nuestra Bibl. Nacional, y una edición, hecha en Bulac, 1289 h. (corresponde a 1872-73 de nuestra Era). Pons inserta también dos anécdotas de la obra (*Ensayo*, págs. 183-4), y la considera digna de una traducción completa. Esta fué hecha por don M. Alarcón.

Sitúo a continuación, ya que el desconocimiento de su fecha obliga a atenerse a la del fin del período historiado, el llamado *Anónimo de Madrid y Copenhague*[177]. En el comienzo de las dos copias conservadas se consigna que «es el libro de Historia, atribuído a Abenbasam, en que se da noticia de los reyes de Marruecos, de sus guerras con los cristianos y de las ciudades que conquistaron en el Andalus, en Ifriquía [Africa propia] y en otras partes». Por haber muerto Abenbasam más de cien años antes de los sucesos finales de la obra y no haber cuajado ninguna otra atribución, la obra es considerada unánimemente como anónima.

El relato comienza en 1170[178], cuando ya el Miramamolín Abuyácub dominaba con sus almohades el Andalus. La narración, llena de indicaciones de fecha, guarda riguroso orden cronológico, a modo de anales, a los que se asemeja también por la índole de las noticias que inserta, si bien muy pormenorizadas y en relación seguida. El narrador atiende, alternativamente, a los sucesos de

177. Se conserva, en efecto, en dos copias, ambas del s. XVIII, con muchas variantes entre sí, que guardan la Biblioteca Real de Copenhague y nuestra Nacional. La primera fué manejada y utilizada por Dozy, Schirrmacher —valiéndose de una traducción alemana encargada por Praetorius—, Codera, Gaspar Remiro y otros (Vid. R. Besthorn, *El Anónimo de Copenhague y el de Madrid*, páginas 3-9 de "Miscelánea de estudios y textos árabes", Madrid, 1915; publicación del Centro de Estudios Históricos). Poco después, A. Huici emprendió la tarea, por todos considerada como muy ardua, de editar el texto, para el cual prefirió las lecturas de la copia de Madrid, aunque colmando sus lagunas con la otra y consignando en notas las variantes de ésta. Hizo, además, una versión castellana, que me permite dar de la obra las indicaciones necesarias. De ella sólo dice su editor que "debió ser, quizá, la más completa entre las crónicas musulmanas de este período, así por la extensión del texto primitivo como por las fuentes contemporáneas de los sucesos, y hoy perdidas, en que se inspiró su autor". (A. Huici, *El Anónimo de Madrid y Copenhague. Texto árabe y traducción*. Forma la mayor parte del vol. II de los Anales del Inst. Gen. y Técn. de Valencia, 1917).

178. El editor cree que el hecho corresponde a dos años después de lo que marca el *Anónimo*.

España y los de Africa, siendo figura central la del califa almohade, que en ambas dominaba; al morir cada uno, traza su semblanza. Desde que la disgregación prevalece sobre el gobierno almohade, como ya arruinó los anteriores, la obra pierde en unidad y claridad. El relato prosigue hasta 1266. La obra abunda en datos de todas clases, pero predominan los de luchas guerreras, tan abundantes en este tiempo entre cristianos y musulmanes como intestinas de éstos. El estilo es sobrio y familiar, si bien no faltan las imágenes y las descripciones animadas, a que tanto propendían los árabes; no abundan los diálogos, y los discursos se reducen a brevísimas frases. Inserta, en cambio, varias cartas. Es frecuente la mención de los autores de quienes toma noticias.

c) *Apologías y Diccionarios biobibliográficos de al-Andalus.*

Son aquí unidos ambos géneros por estar inspirados en tendencias muy cercanas entre sí.

MOHÁMED BENHÁRIT ALJOXANÍ (m. 971), aunque nacido en Cairuán, se educó en Córdoba y allí vivió y murió. A instancia de Alháquem II compuso una *Historia de los jueces de Córdoba,* en que colaboraron con sus noticias personas de todas las clases sociales, el califa inclusive; usó, además, de archivos públicos y privados y de abundantes libros. El autor, según la práctica frecuente, no fundió las distintas noticias, sino que las transmitió tal como las recibía, por lo que su obra tiene el principal valor de consignar gran número de tradiciones que corrían entre el pueblo, de ofrecernos una rica mina de

noticias y, sobre todo, un palpitante cuadro de la vida social andaluza, como raras veces asoma a la Historia. La institución misma a que se refiere, por el gran prestigio que el cadí de Córdoba —«la dignidad más alta del imperio, después del Imán», dice el autor— tenía en al-Andalus, confiere también a esta serie biográfica un gran interés. Ello le ha valido los honores de la traducción, realizada por Ribera» [179].

El autor loa en el prólogo a Alháquem, se refiere a su mandato, expone cómo se procuró la información para cumplirlo y pondera la excelsitud del cargo que va a historiar y el esmero con que se elegían los hombres para desempeñarlo, algunos de los cuales declinaron la invitación por temor a su gran responsabilidad ante Dios. A los que así se mostraron exentos de ambición dedica el primer capítulo de la obra. Los restantes, titulado cada uno con el nombre del correspondiente juez, están consagrados a los que sucesivamente desempeñaron tal dignidad. Los retratos, compuestos exclusivamente de lo que llaman los pintores «líneas vivas», contienen sólo nociones y anécdotas características, sin detenerse en datos biográficos que no revelen su índole peculiar. Con esto y la reseña de las conversaciones mismas que le procuraron la información en cada caso, va tejiéndose la amena serie de noticias que forman la *Historia* de Aljoxaní. La variedad de casos judiciales aludidos, las abundantes referencias al carácter de los emires y los detalles de costumbres, vestidos, etc., que se consignan, hacen de ella un filón de noticias de toda clase. Con razón dice su tra-

179. *Fuentes*, art. 838. El traductor destaca en el prólogo las variadas enseñanzas que de la *Historia* se desprenden, y acompaña las indicaciones que pueden desearse para leerla con fruto.

ductor que «es una de las más interesantes y que mejor se prestan a realizar estudios acerca de la vida social de la España musulmana durante el emirato de los Omeyas», que «es la crónica que nos pone en contacto más directo con aquella sociedad: ninguna otra permite que penetremos tan adentro ni tan objetivamente». En gran parte de la obra no hay indicación de fechas, pero van seguidos todos los jueces nombrados por cada soberano, lo que basta para procurar a la exposición un orden cronológico; en el último tercio, próximamente, las reseñas son más puntuales y la fijación de años se hace ya regular.

El Fotuhí (m. 994?), sevillano, compuso una biografía colectiva de poetas, filósofos y políticos, con sus hechos y dichos principales. Titúlase «El que dice bien acerca de las acciones de los generosos» (o «excelentes») y se conserva, inédita, en El Escorial.

Abenalfaradí (962-1013), cordobés ilustre como tradicionero, jurista, poeta y bibliófilo, escribió una *Historia de los poetas españoles,* perdida, y una *Historia de los sabios de España* [180], que ha sido publicada por Codera [181]. Este dice que, aunque antes de él se cultivó ya la biografía, se le considera como el príncipe de este género, por ser el primero que comprende en un diccionario hombres insignes de España en general, sin limitarse a una clase o a una ciudad determinada. Tiene también el mérito de haberse documentado concienzudamente y de

180. Supone Pons que una citada como *Historia de España* y tal vez la que otro llama *Historia de los faquíes,* se refieren a esta misma. (*Ensayo,* pág. 105.)

181. *Historia virorum doctorum Andalusiae* (*dictionarium biographicum*) ab Aben Alfardhi Vols. VII-VIII de la Biblioth. arabico hispana. En latín, sólo el título y el prólogo del editor.

advertir la duda cuando no está seguro de algo. Alcanzan sus biografías hasta su propio tiempo, siendo obra de sus últimos años. Entre los biografiados figuran muchos historiadores. El libro tuvo una continuación: la «Asila» de Aben Pascual, que en su lugar veremos y que fué, a su vez, objeto de otras prosecuciones, lo que muestra el interés de la producción de nuestro autor.

ABENHÁZAM, ya examinado en otro grupo, entra en éste por su famosa «risala» o epístola en contestación a un escritor africano, que condenaba la negligencia de los españoles en la consignación de sus glorias. Él expone primero lo que de la cultura africana se escribió y muestra luego la abundancia de libros españoles en todas las ramas, incluso la biográfica. Puede suponerse el valor que tendrá una apología de esta índole, compuesta por hombre tan eminente como Abenházam, aunque se trate de un escrito breve. Continuado después por Abensaid, sigue siendo tal vez el mejor resumen que se posee de la cultura hispano-árabe [182]. A lo que no alcanza es a las ciencias matemáticas, físicas, etc., aunque sí a la medicina.

Su discípulo ALHOMAIDÍ (1029-1095), mallorquín educado en Córdoba y perfeccionado en Oriente, poeta como todos los que por estas páginas van desfilando y hombre de gran nivel moral e intelectual, dejó, además de otras muchas obras que se han perdido, una noticia de los visires, sabios y poetas de al-Andalus, precedida de un breve compendio de su historia. La titula «Brasa ardiente acerca de la historia de los españoles». Se con-

182. Se debe su conservación a Almacari y puede verse en la traducción inglesa que de éste hizo Gayangos (Londres, 1840-43, I, 168-190).

sidera posible, por las muchas citas que de Alhomaidí hacen otros autores, referidas a diferentes períodos, que escribiera una historia del Andalus, independiente del compendio preliminar aludido. En cuanto a éste, parece que abundan en él las lagunas y errores, y que la reseña —cronológica al principio y alfabética después— peca de escueta y árida [183].

ALÍ ABENBASAM (m. 1147), de Santarén, se ha hecho célebre por su *Dajira*, cuyo título completo es «El tesoro de las bellas cualidades de la gente española». Es interesante la causa que le movió a escribirla, pues se refiere a un viejo achaque de nuestro carácter: Abenbasam se queja de la importancia que aquí se daba a lo de fuera, con desdén de lo propio. Para justipreciar las glorias nacionales debidamente, divide el Andalus en tres regiones, que trata sucesivamente en sendas partes, destinando otra a los extranjeros aquí venidos y a doce —de Africa, Siria y el Irac— que no vinieron. Se ocupa principalmente de poetas, y los extractos que consigna de cada autor están en verso o prosa, según lo estén las obras resumidas; la parte expositiva está en prosa poética. Como se ve, tiene más interés para la historia literaria que para la política; pero ofrece también muchas noticias valiosas de ésta —sobre los reyes de Sevilla, la toma de Barbastro por los normandos, etc.—, que Dozy ha extractado [184]. Es particularmente interesante la que da del Cid [185]: después de denostarle como tirano, cruel

183. No tengo noticia de que se haya publicado; vid. Pons, *Ensayo*, pág. 164.
184. Los fragmentos insertos por Dozy, en su *Historia de los musulmanes de España*, permiten a los no arabistas conocer algo de la *Dajira*. Recientemente ha empezado a publicar ésta la Facultad de Letras de la Universidad Egipcia.
185. Vid. R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, II, 894-895.

y desleal, como a una calamidad para el pueblo musulmán, dice que «aquel hombre, el rayo de la guerra, era por su amor a la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su valor heroico, uno de los milagros del Señor» [186].

El Hicharí (1106-1155), de Guadalajara, escribió *El Moshib* («El locuaz, acerca de las excelencias de la gente del Mogreb» u Occidente), biografía de hombres notables desde la conquista hasta 1135. Se ha perdido, pero no las esperanzas de hallarlo.

Abenjáir (1108-1179), sevillano, muy entendido en diversas disciplinas, el maestro preferido en su tiempo, dió gran realce al género de obras que, con nombre de «Barnamach», «Fihrist» y otros, abundó sobremanera entre los árabes. Contenían el índice de las obras leídas y de los maestros a los que el autor debía su «ichaza», diploma que habilitaba para enseñar. La de Abenjáir forma un riquísimo catálogo bibliográfico, que ha sido editado por Codera y Ribera [187].

Abenpascual (1100-1182), de Córdoba, gran conocedor de la historia española, a la cual y a otros trabajos, entre ellos el de la enseñanza, prefirió dedicarse, abandonando altos cargos que antes tuvo, contribuye al capítulo de diccionarios biobibliográficos con la *Asila* («continuación» de la obra de Alfaradí) [188]. Otras muchas obras,

186. E. García Gómez (*Ibn Mammati, compendiador de la "Dajira"*, Al-Andalus, 1934, II, 329-336) da noticia de un compendio, desconocido hasta ahora, que fué hecho en Alepo, por orden del visir, unos cincuenta años después de escrita la obra.

187. *Index librorum de diversis scientiarum ordinibus quos a magistris didicit Abu Bequer ben Khair*. Vols. IX-X de la Bibliotheca arabico hispana. Madrid, 1893.

188. Hay otra colección de biografías de igual título, de Abenazzubair, que completa las de Abenpascual y Abenalabar; la publicó E. Lévi-Provençal en Rabat, 1938. (Hay reseña de A. G[onzález] P[alencia] en Al-Andalus, 1941, VI, 250).

algunas también históricas, se han perdido. La Asila, según Abenalabar, es modelo en su género, con muy pocos errores; la historia de imanes, tradicioneros, faquíes y literatos españoles es en ella proseguida hasta 1168, siglo y medio más que la del autor por él continuado. La dió a conocer Casiri en su biblioteca escurialense y posteriormente la ha publicado con más esmero Codera [189].

De Safuán Benidrís (1164-1201), murciano, hay en El Escorial una colección bibliográfica de escritores españoles de su siglo. Titúlase *Provisión del viajero* y completa las de Abenjacán y Abenalimam [190].

Adabí (m. 1202 ó 1203), completó, a su vez, la «Brasa ardiente» de Alhomaidí en una obra titulada *Deseo del que investiga sobre los hombres de España.* Además de corregir errores de aquélla, alcanza hasta 1195 y antepone al diccionario una reseña histórica desde la conquista, en que hay interesantes noticias nuevas. También ha sido publicada por Codera y Ribera [191]; en el prólogo pondera el primero la exactitud de las noticias coetáneas y la menor seguridad en las del tiempo anterior.

El Secundí (m. 1231 ó 32), de Secunda, cercana a Córdoba, muy entendido, sobre todo, en tradiciones y anécdotas históricas, es autor de otra apología en forma de «risala» o epístola, como la de Abenházam [192]. La del Secundí fué hecha en competencia con el tangerino Abenyahya Benalmoálim, que ponía por encima a Berbería.

189. *Dictionarium biographicum...* (Vols. I-II de la Biblioth. arab. hisp.).
190. Ha sido publ. en Bayrut, 1939, por Abd al-Qadir Mahdad, profesor en el Liceo de Orán. Vid. la reseña de E. G[arcía] G[ómez] en Al-Andalus, 1941, VI, 257-259.
191. *Desiderium quaerentis historiam virorum populi Andalusiae (Dictionarium biographicum).* Vol. III de la Biblioth. arab. hisp..
192. Al-Saqundi, *Elogio del Islam español.* Trad. españ. por E. García Gómez, Madrid-Granada, 1934.

Contra ello hace el escritor español una documentada exposición de reyes, sabios, poetas, guerreros, etc., y una loa de las principales ciudades andaluzas, con anécdotas y notas características, que dan mucha animación y gracia al escrito. En su parte de crítica literaria, González Palencia la compara con el «Proemio» del marqués de Santillana, habiendo la posteridad confirmado los juicios del Secundí sobre los autores que cita [193].

ABENALABAR (1198-1260), valenciano, tuvo altos cargos políticos, que culminaron en el de visir de Túnez, después de abandonar su patria al ser tomada poı Jaime I, y allí fué muerto por orden de su sultán. Su activa vida pública no le impidió ser un excelente historiador, bien documentado y de sagaz sentido crítico. Tres obras suyas deben ser aquí mencionadas. *La Túnica recamada* es colección de biografías de príncipes y otros personajes de España y Africa del Norte que descollaron en la poesía, insertando algunas de sus composiciones; Dozy ha publicado algunas partes y la pondera extraordinariamente. *El Mocham* o «diccionario sobre los discípulos de Abualí Asadafí», muy apreciado también, ha sido publicado por Codera [194]. La *Tecmila* o «complemento» de la «Asila» de Abenpascual, trabajo de importancia capital, ha sido repetidamente editado [195]. Pons llama a Abenalabar «portento de erudición histórica» y es de lamen-

193. A. González Palencia, *Hist. de la liter. aráb. esp.*, Madrid, 1928, pág. 191.
194. Forma el vol. IV de la Biblioth. Arab. Hisp.
195. *Tecmila. Complementum libri Assila.* Vols. V-VI de la biblioteca citada. Madrid, 1887-89. Esta edición comprende sólo los tomos I y II, únicos existentes en El Escorial, estando el III en El Cairo. En 1915 se publicó un Apéndice a ella, por M. Alarcón y A. González Palencia. En fin, de un ms. de Fez se hizo otra edición, por A. Bel y M. Ben Cheneb, Alger, 1920. Vid. la nota 188 de este capítulo.

tar que sus trabajos no hayan sido hechos accesibles a los no arabistas con traducciones a idiomas europeos.

Alí ben Mohámed el Roainí (m. 1268), de Sevilla, puede rematar esta serie con su *Indice de los doctores de España,* conservado en El Escorial; según Casiri, reunió en él muchos monumentos literarios españoles.

Hubo también biógrafos que aplicaron su actividad a personajes no españoles. Del cordobés Abuomar Benabdelbar (978-1070), el más famoso tradicionero de Occidente, autor de muchas obras en que predomina la genealogía y la biografía colectiva, se conserva un *Tratado del completo conocimiento de los compañeros del Profeta,* diccionario biográfico de los compañeros, amigos y protectores de Mahoma, y el *Libro de las Perlas,* compendio de la vida y guerras del mismo. El Sohailí (1114-1185), de Sohail (hoy La Fuengirola, en Málaga), comentó en su *Huerto nuevo* la «Vida de Mahoma», de Abenhixem, teniendo parte histórica (sobre los que intervinieron en la obra islámica) y parte gramatical (de interpretación del texto coránico). Del granadino Mohámed el Homairí hay en El Escorial manuscrito de la *Perla de los misterios y obsequio de los santos,* biografía de un santón ceutí muerto en 1236 [196].

d) *Historia general musulmana.*

Abenhobaix (1110-1188), de Almería, en cuya conquista fué llevado prisionero a Alfonso VII, que le dejó libre, movido de su fama, gozó, en efecto, de gran renombre como historiador, filósofo y jurista. Entra en el

196. Sobre estos tres escritores vid. Pons, *Ensayo,* págs. 147, 249 y 284.

presente grupo como autor de un *Libro de las expediciones bélicas*, que se ocupa del imperio musulmán desde la muerte de Mahoma, reseñando las rebeliones que la siguieron y casi todas las conquistas árabes. Se conserva inédita en varios manuscritos, entre ellos uno de la colección de Gayangos. Fué también Abenhobaix de los que se propusieron continuar la «Asila» de Abenpascual, y las notas tomadas para ello fueron utilizadas por Abenalabar [197].

ABUREBIA BENSÁLIM (1169-1236), murciano sabio y poeta, compuso una historia, también conservada, con el título de «Tratado completo de las expediciones guerreras del Profeta elegido y de los tres califas».

e) *Historia universal.*

SÁID DE TOLEDO (1029-1069), cadí de esta ciudad, nació en Almería y fué discípulo de Abenházam. En su producción descuella el *Tabacat Alóman*, «clases de los pueblos» [198], que constituye un tipo muy curioso de historia universal, combinada con la de la evolución de la cultura. Hace primero la de los antiguos persas, caldeos, griegos, coptos, turcos, indios y chinos. Después establece una división entre las naciones que se esforzaron por adquirir la ciencia y las que no la cultivaron; en el primer grupo incluye a los indios, persas, caldeos, griegos, romanos, egipcios, árabes y hebreos, examinándolos sucesivamente, puntualizando sus progresos y

---

197. Pons, *Ensayo*, págs. 253-254. Hay traducción francesa, por R. Blachère (París, 1935).

198. Ha sido editada por Cheikho en Beirut, 1912. La noticia que de la obra doy en el texto procede de la descripción que anteriormente había hecho Gayangos. (Vid. Pons, *Ensayo*, páginas 139-140.)

los hombres a que fueron debidos. Gayangos pondera lo que de los griegos y romanos dice, por tratarse de un árabe. En un hombre del siglo XI, puede añadirse, esta preocupación por la cultura universal denuncia un refinado ambiente de civilización. También debía de tener carácter general otra obra de Sáid, perdida, que se titulaba «El Colector de las historias de los pueblos».

f) *Anecdotarios y Enciclopedias con parte historiográfica.*

ABENABDERRÁBIHI (860-939), cordobés, cliente de los omeyas —a cuatro de los cuales: Mohámez I, Almóndir, Abdala y Abderráhmen III, incensó en poemas muy adulatorios—, fué autor, además de unos *Anales de Córdoba*, de la voluminosa enciclopedia *El libro del collar*[199]. Contiene éste, en el tomo II, noticias de tipo histórico: sobre las excelencias y caracteres de los árabes; biografía; historia de los califas, con los nombres de sus secretarios, etc. La reseña llega en los califas españoles a Abderráhmen III. En el comienzo del volumen siguiente hay también nociones de historia árabe general. Los que conocen la obra dan poco valor a su parte histórica.

ABENALAFTÁS (m. 1067), de la familia de los soberanos de Badajoz, compuso otra enciclopedia con el título de *Memoria*, en 50 volúmenes, que también contenía noticias históricas; pero no se ha conservado.

ABUBÉQUER DE TORTOSA (1059-1130) es famoso, so-

199. Editado en Bulac (arrabal de El Cairo), 1876, y posteriormente en esta ciudad, 1913.

bre todo, por su *Lámpara de los príncipes*[200]. Como el título indica, tiene finalidad moral. Realmente no se limita a los deberes de los reyes, sino de todos en general, tema que desarrolla principalmente con enorme cantidad de anécdotas, en prosa y verso. Entre ellas hay algunas de interés para nuestra historia, como un relato que hace de la conquista[201], así como de otras luchas entre cristianos y musulmanes. El autor, que viajó mucho y recibió enseñanza en diferentes ciudades, tuvo gran renombre de erudito, así como de poseer bellas dotes morales.

ABENALMAGUAINÍ (m. 1168), cordobés, secretario de Abuyácub, el sultán almohade, acabó en 1163 su *Arrayán de los corazones*, de la que hay un manuscrito en la Biblioteca Nacional. Obra heterogénea, incluye en su parte 7.ª y última, dedicada a la historia y biografías de poetas, un relato de la conquista y una reseña cronológica de los califas cordobeses y de otros reyes posteriores, hasta 1161.

ABENBADRÚN (m. después de 1211) es autor de una obra de diferente carácter que las apuntadas. Titúlase *Cáliz de las flores y concha de las perlas* y en ella comenta la parte histórica, relativa a la decadencia de los Aftasíes, contenida en la casida «Abdunia», de Abenabdún. El comentarista usó de buenas fuentes, lo que da interés histórico a su trabajo, a pesar de ser preferentemente literario y a base de anécdotas; lo avalora tam-

---

200. *Lámpara de los Príncipes*, por Abubéquer de Tortosa. Trad. españ. de M. Alarcón, Madrid, 1930-31, 2 vols. Dozy había publicado varios extractos de interés histórico en el vol. II de sus *Recherches*.

201. Vol. II, págs. 326-328 de la traducción citada.

bien el sabor local y de época que acierta a dar a sus cuadros, lo que siempre constituye un precioso auxiliar de la historia que refieren las crónicas [202].

g) *La historia de sucesos particulares.*

ABENALCAMA (1036-1116), de Valencia, testigo del sitio y toma de la ciudad por el Cid, nadrró dicho suceso con el título de *Elocuencia evidenciadora sobre la gran calamidad* [203]. Como puede suponerse, su pintura de nuestro héroe es muy negra, sin que la diatriba esté templada por la admiración que vimos sentida por Abenbasam (pág. 189). El autor revela, además, personal tendencia a la sátira, pues los propios moros valencianos salen mal librados de su pluma. En cuanto al descalabro en sí, el historiador lo explica como castigo a la impiedad de los gobernantes musulmanes, que pecaron doblemente por imponer tributos no autorizados en el Corán y por aliarse con cristianos y no con los islamitas de Africa. «Ben Alcama no suele ser un historiador embustero, pero sí de media verdad: el deseo de detallar no le deja omitir que el Cid puso condiciones a su benevolencia respecto de los vencidos, pero luego no dice cuáles eran esan condiciones, porque no quiere hablar del incumplimiento de ellas por parte de los valencianos» [204].

---

202. Ha sido publicado por Dozy, con el título de *Commentaire historique sur le poème d'Ibn-Abdoun, par Ibn-Badroun,* Leyden, 1846.

203. Pons, *Ensayo,* 175; Menéndez Pidal, *La España del Cid,* Madrid, 1929, I, pág. 4, y II, 896-904. La obra de Abenalcama se perdió, pero en crónicas cristianas del XIII y el XIV se traducen varios pasajes.

204. Menéndez Pidal, l. c.

h) *Libros de viajes y geográficos.*

ABUOBÁID EL BECRÍ (m. 1094) escribió, basándose en libros perdidos para nosotros, *Los caminos y las provincias*, de la que sólo se habían hallado fragmentos, relativos al Africa del Norte [205]. Recientemente encontró Lévi-Provençal otros del volumen correspondiente a España, descubriendo, además, el uso que de él hizo, para su parte relativa a al-Andalus, el Himyarí, autor del siglo XIV. El Becrí describe los caminos y las ciudades que unen, con noticias curiosas y útiles; entre ellas gustaba de insertar las de la fundación o la conquista de las ciudades descritas. Otra obra suya, «Libro que contiene por orden alfabético los nombres poco conocidos», es alabada por su claridad y puntualidad [206]; se ha advertido gran analogía entre la descripción que hace de las Islas Afortunadas o Canarias con el texto correspondiente de las *Etimologías* de S. Isidoro, por lo que Simonet conjeturó que conociese este libro, probablemente traducido al árabe. El Becrí es el primer geógrafo valioso que hubo entre nuestros musulmanes, y Dozy le considera el mejor de todos.

ABUBÉQUER BENALARABÍ (1076-1148 ó 49), sevillano que goza entre los escritores árabes de una gran reputación, sobre todo como jurista, compuso un *Tratado sobre la disposición del viaje* [207]. Aunque sólo conocido

---

205. Hay edición y traducción francesa de esta parte, por el barón de Slane, 1911 y 1913, respectivamente. Vid. A. González Palencia, *Historia de la lit. ar.-esp.*, págs. 195-197.

206. Hay edición litográfica por F. Wüstenfeld, hecha en 1876.

207. Almacarí reproduce algunas de las anécdotas que forman el libro. Vid. Pons, *Ensayo*, 216-217.

en pequeña parte, tiene el interés de haber sido probablemente el que inició el género de *rihlas* o relaciones de viajes tan cultivado desde entonces por los musulmanes.

El Idrisí (1100-1162), ceutí de nacimiento, estudiante en Córdoba, viajero y geógrafo, ha sido denominado el Estrabón árabe. Por su fama fué llamado por Rogerio II de Sicilia para ayudarle en sus investigaciones geográficas, y allí vivió agasajadísimo por el monarca. De acuerdo ambos, fueron escogidos varios hombres inteligentes que emprendieron diversos viajes, acompañados por dibujantes, y con las observaciones que así fueron recogiéndose acabó el Idrisí en 1154 el *Recreo de quien desee recorrer el mundo,* más conocido por el «Libro de Roger». Los trastornos que siguieron a la muerte del rey impidieron al Idrisí dar la última mano a la obra; pero a pesar de esa falta de retoque, que aumenta los defectos naturales en un tratado de fecha tan temprana, aún se sigue mirándolo con gran interés. Y baste aquí esta mención porque corresponde su examen más detenido a la historia de la geografía [208].

Abuhámid el Garnatí, esto es, el granadino (1080-1169), viajó por Sicilia, Egipto, Europa oriental y Asia, y compuso dos obras geográficas. Titula una «Colección

208. La última obra sobre el Idrisí es de O. J. Tuulio (Tallgren): *Du nouveau sur Idrisí. Sections VII³, VII⁴, VII⁵: Europe septentrionale et circumbaltique, Europe orientale et, d'après quelques manuscrits, centrale jusqu'à la péninsule Balkanique au Sud. Edition critique, traduction, études.* Helsinki, 1936. En ella puede verse noticia sobre otros trabajos anteriores, entre ellos, del mismo Tallgren. De la parte correspondiente al Africa y España publicaron el texto y una traducción francesa Dozy y de Goeje (Leyde, 1866), que Saavedra reeditó corregida y ampliada (Madrid, 1881). La descripción de España la publicó también A. Blázquez en castellano (1901). Pons dió un amplio extracto en su *Ensayo,* págs. 235-240.

de extrañas noticias concernientes a algunas de las maravillas del Mogreb», que se conserva, completa o extractada, en el Museo Británico. De la otra, «Regalo a los amigos y trozos escogidos de cosas admirables», descripción general del mundo, hay muchos ejemplares. Ambos títulos muestran ya la preferencia del autor por lo extraordinario y fabuloso, que acoge fácilmente, como hombre que era de poca ciencia y crítica[209].

ABENCHOBAIR (1145-1217), de Valencia, se muestra excelente escritor de viajes en una *Rihla* conocida por varios nombres[210]. Partió de Granada (1183), visitó Egipto y Arabia, embarcó en S. Juan de Acre, yendo a Sicilia y de aquí a Cartagena; invirtió en total algo más de dos años. Sabedor de la entrada de Saladino en Jerusalén, hizo un segundo viaje a Oriente (1189-1191) y en 1217 otro, muriendo en Alejandría al volver de la Meca. La reseña de Abenchobair está llena de interés, tanto por la sencilla exposición de su diario, como por las observaciones, de verdadero filósofo, que hace, los cuadros que traza —descuella uno, de la corte normanda de Sicilia— y sus descripciones, tanto de monumentos como de fenómenos naturales.

III. HISTORIOGRAFÍA JUDÍA.

ABRAHAM HALEVÍ BEN DAVID (h. 1110-1180), toledano, cultivador también de la astronomía y la filosofía,

---

209. Vid. Pons, *Ensayo*, 229.
210. Fué publ. por William Wright, *The travels of Ibn Jubair*, Leyden, 1852; segunda ed., en 1907. Sobre Abenchobáir vid. Pons, *Ensayo*, 267-272, donde, después de dar noticia del autor, traduce un largo pasaje de la obra.

escribió en hebreo, en 1161, *El libro de la cábala*[211]. Su finalidad es religiosa: la defensa de la tradición talmúdica, combatida por la secta de los Caraitas. El autor toma el hilo desde Moisés y va mostrando cómo la transmisión no se interrumpió, pasando de los profetas a los maestros, sus sucesores. En lo relativo a España son importantes sus noticias de la traslación a ella del Rabinato, de los rabinos que aquí descollaron hasta su tiempo y de la protección que dispensó a su pueblo Alfonso VII, al que colma de elogios. También tiene interés, desde nuestro punto de vista, la reseña que hace del movimiento almohade y de su feroz intolerancia, motivo de que los judíos abandonasen en masa el Andalus y se acogiesen a los reinos cristianos, donde se inició un período brillantísimo de la cultura hebrea. Como apéndice de su obra, redactó una breve historia romana, desde Rómulo hasta el tiempo de Mahoma, tomada de fuentes arábigas y españolas; y otra de los reyes de Israel en el período del Segundo Templo, también basada en su mayor parte en obra ajena. Ambas carecen de valor, pero el tratado principal está considerado como «una de las mejores obras de la cronología del Judaísmo».

Tal es, en síntesis, la única producción de historiador hispano-judío que se conoce, no sólo de este período, sino de toda la Edad Media. Después de la expulsión, varios sefarditas compusieron algunos trabajos de que, a su tiempo, se hará breve mención.

Sí puede citarse ahora a un viajero, BENJAMÍN DE

211. Vid. M. Gaspar Remiro, *Los cronistas hispano-judíos* (Discurso de entr. en la A. de la H.), Granada, 1920, que trata con extensión el asunto.

TUDELA[212], que salió de dicha ciudad en 1160, no regresando hasta 1173. Parece haber llegado sólo a Bagdad, aunque su reseña alcanza hasta China, con datos que debió de adquirir de oídas. Regresó por Africa, Italia, Alemania y Francia. Sus noticias versan principalmente sobre los núcleos de población judía que en las ciudades visitadas va encontrando, de algunos de cuyos miembros informa sobre su riqueza, cultura, etc. Fuera de ese punto no es mucho lo que consigna, y mezclado con fábulas absurdas. Con todo, tiene gran interés por ser un libro de viajes tan antiguo, muy anterior al de Marco Polo.

212. *Viajes de Benjamín de Tudela* (1163-1173), por primera vez trad. al cast... por J. González Llubera. Madrid, 1918. (Publicaciones del Centro de Est. Hist.)

CAPITULO III

La historiografía desde la composición de las crónicas alfonsíes hasta Ayala.

(Hacia 1270 - hacia 1395)

La producción musulmana refleja fielmente la etapa por que pasa el organismo político que le dió vida. El Andalus se ha reducido, ya desde el período anterior, al reino de Granada, y paralela reducción encontramos en el número de historiadores. Pero el pequeño Estado, dirigido por una dinastía de la más pura estirpe árabe, gana en refinamiento lo que pierde en extensión. Próxima a extinguirse, la cultura andaluza ofrece en todos los aspectos nobilísimas figuras, aportadas unas por la propia zona española y otras por el Africa del Norte, pero partícipes de los mismos afanes que los peninsulares. La relación entre ambas comarcas, tan unidas por el Estrecho, se hace más constante desde que el debilitamiento de al-Andalus y la presión de los reinos cristianos van poniendo en Marruecos la única esperanza. Los reyes granadinos ventilan allí su reposición cuando las frecuentes revueltas ponen su trono en peligro, y los hombres de Estado trabajan, alternativa e indistintamente, al servicio de unos y otros monarcas. Consecuencia de

este entrelazamiento es el de la materia histórica. Veremos que abundan, dentro de lo limitado de la producción total, los escritos que ofrecen ligada la historia andaluza y la africana.

Otro carácter que ofrece este período es la consagración a la labor de historiador de los políticos más activos y preponderantes. Dos de los hombres que más participaron en el gobierno de Granada, Abenaljatib y el tunecino españolizado Abenjaldun, encontraron vagar en su vida azarosísima para historiar. El primero dejó obras de todos los géneros que fueron cultivados en su tiempo. A Abenjaldun le bastó una para conquistar un puesto eminentísimo en el desarrollo de la historiografía universal. No es dudoso que el persistente desempeño de funciones públicas y la rapidez de adaptación a distintos ambientes, lograda por sus cambios continuos de situación, hubo de contribuir a afinar su sentido de la Historia, si bien Abenjaldun es deudor, ante todo, a una mente lucidísima para plantearse problemas filosóficos. Resta decir que en nuestra historiografía cristiana no se observa tal frecuente amalgama de político e historiador hasta el período siguiente.

Entrando en el examen de esta otra serie historiográfica, lo primero que se advierte es que la gran compilación que inicia y da vida a este período debe sus rasgos más acusados a la intensificación y coordinación de varias tendencias que hemos visto asomar a partir del siglo XII. Es una de ellas la de fundir en un conjunto armónico los elementos más o menos dispares que integran toda historia de tema amplio. La crónica Najerense significa ya un progreso sobre la producción anterior; uti-

liza sus copiosas fuentes sólo fragmentariamente, con arreglo a una cierta selección. Además, ensambla los diversos elementos hasta formar una verdadera obra nueva, inteligentemente concebida y distribuída. Tal progreso en la composición, continuado por el Tudense, se acentúa en la obra del Toledano, que imprime su estilo personal a todos los materiales compilados.

Otra es la de animar la narración dando entrada a los temas de la poesía popular, que libran al escueto relato de su anterior sequedad inatrayente, amplían el campo histórico e introducen el gusto por el detalle sabroso y significativo. Esta tendencia, cuyo beneficioso influjo observamos en el capítulo anterior, se amplía ahora hasta un grado insospechado, contribuyendo como ninguna a embellecer al pronto la nueva historiografía, si bien la dañará después en igual proporción al abrir la puerta a toda suerte de fábulas.

La tercera corriente aludida es la utilización de fuentes árabes, que sirven para completar y contrastar las historias cristianas, aportando a la vez una manera menos rígida de historiar. La hemos visto ya intensificarse, después de parciales tentativas, en la producción de Rada.

La cuarta y última es el empleo de la lengua vulgar, que pugnaba por salir a la luz, lográndolo en expresiones sueltas, y se explayó al fin totalmente en algunas piezas de anales. Lo que significa el pasar de ellas a una gran historia oficial dirigida por el monarca, no hay que ponderarlo. En cuanto a la aceptación que el cambio de idioma tuvo, basta a dar idea de ella el escaso empleo que del latín se hizo en adelante, hasta que la moda humanística lo repuso —sólo ya parcialmente— en vigor.

Que la adopción de los idomas vernáculos era necesaria, lo atestigua, de un lado, la premiosidad bien visible con que la lengua sabia era manejada, salvo rarísimas excepciones, y de otro la abundancia creciente de versiones que se hacen desde el siglo XIII, de que no se eximen ni obras que sólo tienen de latinas el vocabulario, como la del Tudense, de sintaxis realmente castellana.

La confluencia de estas cuatro corrientes en una misma obra bastó para darle todo su alcance renovador, y no se exagera cuando se dice que las historias ordenadas por Alfonso el Sabio abren una nueva era en la historiografía española. La producción alfonsina, en particular por la variedad y riqueza de sus fuentes, ocupa ya el lugar preeminente en la historiografía occidental, en la que hasta el comienzo del siglo XIII tuvieron los historiadores de la Europa central primacía sobre los nuestros [1]. Elevada, pues, por el feliz acoplamiento de aportes anteriores, si no a un alto nivel científico, a un tipo de máximas calidades divulgadoras, suficientes para satisfacer todas las necesidades de la época, la obra de Alfonso nutre por mucho tiempo la producción historiográfica y sólo en la parte que no alcanzó a reseñar hubo de laborarse emancipándose de ella.

La compilación alfonsina tiene, sobre los méritos señalados, el de acertar a remontar la historia nacional hasta sus orígenes, desprendiéndose de la tradición inaugurada por San Isidoro. Según la concepción que éste tuvo, lo español se identificaba con lo visigodo, y toda la época precedente de la vida hispánica quedaba escon-

1. Vid. Dubler, *Geschichtschreibung im span. Mittelalter*, página 24.

dida entre la historia universal, como indotada aún de personalidad propia. De acuerdo con tal sentir, hizo el santo, como nacional, su historia de los godos, complementada con la de vándalos y suevos, y compuso, para llenar el vacío precedente, el *Chronicon*, que es universal y no nacional. A este tipo siguieron ajustándose, sin cambio sustantivo, los historiadores posteriores, y todavía los dos más recientes y de mayores vuelos, el Tudense y el Toledano, se mantuvieron fieles a él. Simplemente funde don Lucas los trabajos diversos del arzobispo de Sevilla; en cuanto a Rada, vuelve a excluir de la obra central lo ajeno a la acción visigoda, salvo una breve mención de los orígenes fabulosos de la Península, y registra lo romano y de los demás pueblos que aquí actuaron en opúsculos aparte. Es Alfonso el primero[2] que concibe la historia de España como una unidad desde la edad primitiva y que da a lo pregodo, sobre todo al período romano, la importancia que le corresponde. Y, como ha observado sagazmente el principal monografista de la Primera Crónica[3], el hecho de que al componer la Segunda se suprimiese casi del todo la larga parte en aquélla concedida a dicho período romano realza aun más el plan concebido por el rey sabio, dándole categoría de «prematuro y superior a su tiempo». Acertó, pues, a fundir todos los elementos nacionales y a desligarlos de lo universal, para lo que consagró a cada uno de ambos campos sendas compilaciones independientes.

2. V. pág. 167, donde se alude a la posible influencia que en la concepción alfonsina pudo tener el musulmán Arrazí.

3. R. Menéndez Pidal, *La Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio* (disc. de entr. en la R. A. de la H.), capítulo sobre las "Fuentes de la *Crónica* para la historia romana".

Dentro de la actuación hispánica, la consideración como eje y centro de León-Castilla, a que ya venía propendiendo la Historia, de tal modo se afianzó ahora que veremos participar en ella espontáneamente a escritores bien desligados, en lo político y en lo cultural, de dichas regiones.

La amplia perspectiva que la nueva producción abría a los aficionados a la labor histórica, mostrándoles el camino para inspirarse en las reiteradas mudanzas que en las creaciones populares se realizaban, fué bien aprovechada. En vez de ofrecérsenos una simple reproducción y transmisión de los primeros escritos, cada uno que va apareciendo ostenta su propio carácter, concebido desde un nuevo punto de vista o transformado en alguna de sus partes. Persiste, pues, la constante refundición a que las piezas historiográficas eran sometidas en el anterior período, pero con la novedad ahora de que, en su fondo, todas derivan en último término de la misma fuente original. Casi periódicamente y con separación de pocos años, la vieja compilación regia se muestra en nuevos vástagos, que unas veces la refunden totalmente y otras reproducen, siempre con algún cambio, determinada parte de ella. Y tal supervivencia perdura no sólo en la centuria que forma el período en que entramos, sino hasta mucho después, como tendremos ocasión de comprobar.

Parece innecesario advertir que al salvar la obra alfonsina las dificultades que ofrecía el reseñar todo el pasado peninsular, no podía librarse de acoger las fábulas en que estaban envueltos los orígenes de todos los pueblos. El espíritu crítico no había aún asomado en parte alguna. No se había alcanzado siquiera la etapa en

que una prudente desconfianza impulsa a dejar en blanco las épocas oscuras e iniciar la investigación de lo posterior a ellas sobre base algo firme. El monarca y sus colaboradores, dispuestos como estaban a incluir en su compilación los temas legendarios de época reciente, es lógico que en el período primitivo no reparasen demasiado en escrúpulos críticos. Ahora bien, como la credulidad era general, se dió por buena toda la labor y sólo cambios accidentales fueron introduciéndose en ella. En posesión ya de una historia que ligaba los orígenes hispánicos con la época coetánea, sólo se requería continuarla, y ello fué en adelante el trabajo que realizaron cronistas más o menos oficiosos. En tanto que éste es llevado a cabo sin ofrecer ninguna característica de progreso, consideramos que sigue simplemente en vigor el impulso dado por el rey sabio. Cuando la manera de historiar se afina, cultivada la crónica de lo coetáneo por el hábil político que fué Ayala, entendemos que el período meramente alfonsino ha terminado e iniciamos otro con el nuevo historiador.

Mientras en la región central se desarrolla la historiografía con los caracteres apuntados, la literatura catalana tiene ahora su mejor período. Cuatro preciosas crónicas se producen en el curso de un siglo que merecen la denominación de «las cuatro perlas», dada a ellas por Morel-Fatio. Tiene cada una muy acusados rasgos y hace más subido su valor el no conocerse precedentes que por paulatino progreso preparasen su aparición, como es el caso en la historiografía de Castilla. De la primera redacción de las *Gesta,* que nada de peculiar ofrecen dentro de la masa general de las crónicas latinas de todas par-

tes, se pasa ya sin intermedio a la autobiografía de Jaime I, en que la lengua vulgar de la región se adapta admirablemente a expresar la íntima personalidad del rey. Autorizado así el uso del catalán por el ejemplo del monarca, dos historiadores de opuestos temperamentos componen sendas crónicas de los reinados de su tiempo, y después otro soberano, Pedro IV, se inspira en el ejemplo de su antepasado para componer otra historia autobiográfica, aunque bien distante de la de Jaime por la diversidad de sus genios respectivos. Resultan así cuatro obras, excelentes todas, animadas igualmente por la pintura palpitante de sucesos vividos por los autores, y, a la vez, peculiarísima cada una, como informadas por espíritus de índole totalmente distinta. En tanto que en Castilla caracteriza este período la composición de una gran crónica general, que nutre con sus sucesivas refundiciones la historiografía de todo este tiempo, el rasgo capital de la catalana es el afán y la perfección con que se cultiva el período corto coetáneo, que permite poner en su reseña más vida y calor. Ambas características están de acuerdo con la índole de los respectivos Estados, de los cuales el castellano se consideraba heredero y continuador de la antigua Hispania, en tanto que el catalán ponía sus raíces en el comienzo de la Reconquista. Para Castilla, pues, era siempre tarea que le incumbía la de ilustrar un oscuro período primitivo, mientras Cataluña, desentendida de lo antiguo, podía aplicar todo su esfuerzo a lo reciente, historiados, bien o mal, como ya lo estaban en las «Gesta», los primeros pasos de sus condados. Constituye una aparente excepción la llamada «Crónica de S. Juan de la Peña», planeada, y acaso escrita

en parte, por el mismo Pedro IV. En ella se da cabida a la España anterior a la invasión árabe, pero con tanta parsimonia y tan enorme laguna, saltando de Hércules a los visigodos —es decir, poco más o menos, como en la obra de Rada, pero sin subsanar la falta, como éste, en historias anejas—, que bien se comprende que no responde tal añadido a una necesidad hondamente sentida, sino a la imitación de otras historias, de cuya lectura era el rey apasionado. Tal vez, también, al deseo de exaltar la ilustre antigüedad de Barcelona, como fundación del conspicuo hijo de Júpiter.

Junto a las crónicas, generales y de reinados, siguen cultivándose en este período los anales. La historia universal se desliga, como apuntamos, de la nacional, con la que venía combinándose desde el período visigodo. La historia religiosa casi se reduce en este tiempo a la hagiografía, sin que se ofrezcan ejemplares del género híbrido eclesiástico-político, tan interesante en el período anterior. En compensación asoman ahora dos géneros nuevos, la historia local y la extranjera, y vuelve a cultivarse la biografía colectiva.

I. Historiografía cristiana.

a) *Historia nacional.*

1) *Crónicas (serie central).*

Alfonso el Sabio abre el presente período con la historia de España conocida hoy por el nombre de *Primera crónica general*[4]. La participación del monarca

4. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 57. Como allí puede verse, débese a Menéndez Pidal no sólo su edición, sino la solución de

en su composición parece haber sido muy grande; se supone que él la planeó, eligió los colaboradores y corrigió sus trabajos, por lo menos literariamente. Esto por lo que se refiere a la primera parte o volumen (hasta la conquista árabe), que debió de empezarse hacia 1270, interrumpirse unos dos años después para iniciar la «Grande Estoria» y terminarse hacia 1280. La segunda parte (Pelayo-Fernando III) sábese que se escribía en 1289, esto es, bajo Sancho IV, pero tampoco se precisan las fechas exactas de comienzo y término.

Encabeza la obra un prólogo, traducción libre del de la «Historia Gothica» de Rada, que incluye, como éste, la mención de fuentes utilizadas, añadiéndose a la lista el propio Toledano, el Tudense, Orosio y Lucano [5]. En el primer capítulo se resume el Génesis, se consagran cinco a la división del mundo y a la población de Europa por los hijos de Jafet y la atención se concentra ya en España. No se omite fábula alguna de las que se forjaron, entre los escasos datos históricos: Hércules y el señorío de los griegos, señorío de los «Almujuces», de los «de Africa» o cartagineses, con venida de Dido a fundar Cartagena; se inserta incluso una larga carta de Dido a Eneas «mio marido». Con tales aditamentos, el relato de la dominación púnica se hace ya muy por extenso. El período romano adquiere también vastas proporciones; basta decir que para las luchas de César y

casi todos los problemas que plantean la obra misma y su larga supervivencia en derivaciones de variado tipo. La seguridad a que, merced a sus esfuerzos sagaces, se ha llegado, me permitirá abreviar mucho en el examen de toda esta vasta producción, sin necesidad de referirme a tanteos ya superados.

5. Cree Menéndez Pidal que el prólogo se hizo después de los 108 capítulos primeros, y que por eso no se añaden otros autores, como Suetonio, de que en los capítulos posteriores se usó ampliamente.

Pompeyo se utiliza en detalle toda la «Farsalia» de Lucano, retrocediendo luego a los comienzos de Roma y su organización para exponer su larga historia hasta Honorio inclusive; en todo ello se subraya y amplifica adecuadamente lo de especial interés español. De la reseña de los emperadores se pasa a la de los vándalos, etc., y luego a los godos «que fueron ende sennores despues aca todauia, como quier que ouieron y los moros yaquanto tiempo algun sennorio». Se toma la historia goda desde el comienzo y al llegar a Leovigildo pone el linaje y nacimiento de «Mahomat», cuyos hechos y los de sus descendientes va intercalando en el relato de los reinados sucesivos. En el de Vamba, además de la relación detallada del suceso de Paulo, incluye la Hitación. Nada omite tampoco en el período de Vitiza y Rodrigo de cuantas tradiciones había inspirado la invasión agarena, y tras del relato de ésta se halla el acostumbrado capítulo «Del loor de Espanna como es complida de todos bienes». Tal es el contenido de este primer libro, cuya composición sirvió sin duda de pauta al segundo. La única fuente poética en él utilizada por extenso es la «Farsalia»; pero, como se ha visto, a ningún relato legendario que a España tocase se le negó la entrada. Quísose indudablemente acumular cuanto de la Península se sabía y hacer a la vez obra de vulgarización, reaccionando contra la sequedad de las crónicas anteriores, intento al que favorecía la ausencia total de crítica en autores y lectores. El pueblo, engolosinado como estaba por las bellas canciones de gesta, sólo ahora, que se le servía una historia adobada con sugestivos pormenores, tomaría gusto por un

género literario que hasta entonces contaría escasos aficionados.

Al componerse la segunda parte, los autores pudieron disponer en mayor abundancia de fuentes poéticas y las utilizaron también con toda prolijidad, trasladando sus versos con tan escasos cambios que han podido adivinarse y en parte reconstituirse los poemas originales. Tan íntima fusión de las creaciones populares con la literatura erudita, privativa de nuestras letras, es ya un anuncio de la larga participación que en éstas tendrá siempre la musa del pueblo, aun en los períodos de mayor influjo extranjero. Los relatos que de tal procedencia entran en esta parte son los de Mainete, Bernardo, Fernán González, Garci Fernández, infantes de Lara, derrota de Almanzor y hazañas del Cid; de la extensión que se les da bastará a dar idea el que estas últimas ocupan triple espacio que la actuación de Alfonso VI. Así como en la primera parte el principal añadido a los textos del Tudense y el Toledano es el extenso relato de la historia romana, las leyendas heroicas constituyen el más considerable de la segunda. El núcleo de la historia sigue siendo el reino astur-leonés-castellano, en cuya reseña se ingieren las genealogías reales de Navarra y Aragón.

La fuente más seguida por la Primera Crónica fué la obra del Toledano, de la que hasta el prólogo, como vimos, se tradujo. La del Tudense fué también muy utilizada, pero en los casos de discrepancia ella y las demás —excepto, a veces, las obras árabes— cedían ante los datos de Rada, con perjuicio, en ocasiones, de la veracidad. El uso de historias arábigas se limitó por desgracia a dos: una para el período primitivo y otra, per-

dida, para los sucesos de Valencia en tiempo del Cid; Menéndez Pidal sospecha que se prescindiría de otras por su punto de vista adverso. También de las fuentes cristianas que usaron se han perdido algunas, lo que aumenta el interés de la Crónica. En la historia romana, donde los redactores no contaban con el auxilio de las compilaciones del Toledano y el Tudense, fueron utilizadas cuantas obras se poseían que pudiesen ofrecer algún dato de interés en lo hispánico. En períodos cercanos a su tiempo las fuentes escritas fueron a veces completadas por la tradición oral. Como se ve, a todo acudieron los anónimos colaboradores de don Alfonso para lograr una cumplida reseña del pasado español [6].

Al mérito de su abundante información la Crónica une el enorme atractivo del relato. En las partes procedentes de los cantos populares consérvase la huella fresca del encanto de sus pintorescos pormenores, con sus diálogos llenos de sencilla poesía, y aun en las traducidas de las historias, las noticias ganan mucho al pasar del rígido latín penosamente construído a un romance que ostenta ya, al emplearse por vez primera en tarea de tanto empeño, una gran riqueza léxica, sin perder la gracia de su balbuceo. En el curso de tan larga obra, elaborada con interrupciones en diversos períodos y por diversos radactores, adviértense cambios en la manera de historiar; cesa, por ejemplo, el sistema de anales desde la muerte de Alfonso VI. Asimismo se observan en fenómenos lingüísticos, como el uso de la apócope de los pronombres personales átonos, más arcaico en los primeros

6. En el recién citado folleto de Dubler, págs. 21-25, puede ampliarse algo la noticia de Alfonso y sus dos obras históricas.

capítulos. Refléjase también la variedad que le imprime la multiplicidad de fuentes traducidas, que aunque vertidas libremente y sometido el texto castellano a una indudable labor de unificación, algo dejan transparentar la distinción de su origen.

De las dos partes que de la obra se hacen, la primera se transmitió con pocas mudanzas, como cumplía al relato de un período en que no abundaban los elementos para refundirlo. La otra, que encerraba tantos temas que seguían originando nuevas versiones y que por su interés más inmediato invitaba más a reproducciones parciales, fué la que principalmente originó la frondosa historiografía que deriva de esta Primera Crónica. En su propio nacimiento hubo ya divergencias, pues los manuscritos conservados representan dos versiones de un borrador perdido, la oficial o regia y la vulgar, caracterizadas por variantes decisivas y abundando la primera en retoques, principalmente de lenguaje. En general, todos los manuscritos de ambas partes abundan en variantes, sobre todo en la cronología, lo que hubo de reflejarse también en las posteriores refundiciones. Estas dificultaron de tal modo el deslinde del primer texto, que cuando se trató de editarlo se le confundió con una de ellas y aunque pronto se comprendió que no era el genuino el que se había impreso, no se ha logrado ponerlo en prensa hasta nuestro siglo.

Jofré de Loaysa (m. hacia 1307-1310), arcediano que fué de Toledo, luego abad de Santander y uno de los citados entre los posibles colaboradores en las compilaciones históricas de Alfonso X, escribió una historia de los reyes de Castilla del período 1248-1305. Comprende,

pues, los últimos cinco años de Fernando III, con que acaba la Primera Crónica, más los reinados de Alfonso el Sabio, Sancho IV y parte del de Fernando IV. Floranes y Ríos le atribuyeron la llamada «Crónica de veinte reyes» (v. página 228), sin tener en cuenta que ésta fué escrita más de cuarenta años después de muerto él, y Cerdá la hoy denominada «Tercera Crónica» (v. página 232), muy posterior también [7]. En cuanto a su obra auténtica aludida, propúsose el autor continuar con ella la *Historia Gothica* de Rada [8]. Por eso, aunque la escribió en romance, pidió a Armando de Cremona, canónigo de Córdoba y después de Toledo, que la pusiese en latín, siendo esta versión la que nos ha llegado, y que Morel-Fatio publicó [9]. Aunque posterior a la compilación alfonsina —fué terminada y acaso compuesta en 1305—, no se muestra influída por el nuevo tipo puesto en circulación, asemejándose a las historias anteriores en la sequedad. Puede pensarse que el traductor abreviase, pero, como el editor indica, no es verosímil que suprimiese mucho, haciendo su trabajo a instancia del autor. Tiene, con todo, la obra de Loaysa el interés de proporcionarnos el medio de contrastar el relato de las tres crónicas particulares, mucho más detalladas, de los mismos reinados, a que nos referimos en su lugar. Con ellas coincide a menudo y también a veces, casi textualmente, con los «Anales toledanos III» [10].

---

7. Floranes, art. 1.º de *Fuentes*. Amador de los Ríos: *Lit. esp.*, IV, 66-68. Cerdá, en Mondéjar: *Crón. de Alonso VIII*, pág. 421 a. Sobre ambas atribuciones véase M. Pidal: *Cat.*, págs. 109 y 127.

8. Empieza por el cap. CCXVIII, después del CCXVII de Rada, sin más preámbulo que el del propio capítulo, en que expone brevísimamente que continúa dicha obra.

9. *Fuentes*, art. 1.270.

10. Paz y Mélia, en la reseña de la edición (Rev .de Archivos, 1899, pág. 729) deduce de un cotejo hecho que a veces parece no

Aquí correspondería tal vez situar, si el término de la narración marca su fecha, una *Summa chronicae Hispaniae*, conservada en un manuscrito de El Escorial[11]. No he podido consultarla directamente y los datos conocidos sólo permiten afirmar que se trata de un sumario que empieza en el período primitivo y alcanza hasta 1309, o sea hasta tres años antes de la muerte de Fernando IV.

DON JUAN MANUEL, sobrino y gran admirador de don Alfonso, es autor del primer arreglo conocido de su Crónica: un extracto que debió de hacer entre 1320 y 1322, llamándolo *Crónica abreviada*. Deriva de la versión regia. El propio abreviador dice que «se pagó mucho desta su obra» (de su tío) y que el extracto «non lo fiço sinon para ssí en que leyesse». No es un resumen de conjunto, conserva la numeración de capítulos, cuyo contenido extracta uno a uno, lo que le facilitaría acudir al texto original cuando le interesase ampliar su información[12]. En la lista de sus obras, hecha por el propio au-

---

más que extractar unas y otros; pero si aquéllas no fueron compuestas hasta el reinado de Alfonso XI, como parece, no es posible que las utilizase.

11. La describe el P. Antolín en su Catálogo bajo sign. Q-I-20. Empieza: "Ut originem yspanie plenius exponamus..." Y termina: "castra que sibi rex granate pactis interuenientibus redidit, et non amplius pro nunc. guernica". No se sabe si este Guernica, copista de todo el ms., es el colector de ésta y otras historias (de Francia, de Inglaterra y de Navarra) que siguen. El códice perteneció a Zurita.

12. La Crónica Abreviada está inédita; puede verse en el ms. 1356 (ant. F. 81) de la Bibl. Nac. De él se tomó el principio y el fin del prólogo en la Bibl. de AA. EE., t. LI, pág. XXI-XXII, nota, donde no se hace la debida advertencia de que sólo una pequeña parte fué transcrita; en el estudio que allí se hace de D. Juan Manuel se opina absurdamente que lo que el autor llamaba Crónica Abreviada debe de ser el cronicón latino que a su nombre figura y de que me ocuparé en su lugar, y que la obra sin título del ms. citado es la que él llamó Crónica Cumplida. Puybusque se había adelantado en tal confusión del cronicón con la Abreviada, en su traducción del "Conde Lucanor" (París, 1854). Gómez Soler (*Don Juan Manuel. Biografía y estudio crítico*, Zaragoza, 1932,

tor, figuraba, además, una «Crónica cumplida», que se da por perdida, siendo inadmisibles las identificaciones que de ella se han hecho [13].

La llamada hoy CRÓNICA DE 1344 o SEGUNDA CRÓNICA GENERAL es la primera refundición conservada de la obra alfonsina, a la que, además, prolonga hasta la toma de Algeciras (1344), con aumento de noventa y dos años sobre aquélla [14]. Se desconoce su autor o autores, desechada, como vimos, la atribución a Don Juan Manuel [15]. Tampoco hay base para considerarla, como algunos han hecho, ordenada por Alfonso XI, a imitación del ejemplo del rey Sabio. La nueva obra, la más importante por sus aportes entre las derivadas de la Primera Crónica, fué preferida por mucho tiempo a ésta, inspirándose en ella buen número de historias compuestas hasta el siglo XVI, sobre todo en el XV [16]. Después empezó a eclipsarse y en el s. XIX se había perdido todo rastro, hasta que la dió a conocer Menéndez Pidal, que proyecta publicarla en breve.

---

páginas 152-154 y 206) parece darla por perdida, como si desconociese el ms. citado, lo que no es posible, porque desde Ticknor para acá todos se han referido a él, y Menéndez Pidal ha publicado los capítulos relativos a los infantes de Lara.

13. G. Baist (Roman. Forschungen, 1893, VII, 551-556) la identificó con el cronicón citado, que allí reeditó, opinión sin defensa posible: véase la crítica citada en *Fuentes,* art. 1306. Ambrosio de Morales creyó que la llamada por el autor "Crónica cumplida" sería la refundición de la Primera Crónica hecha en 1344, de que después se tratará; pero en la misma reseña aludida se demuestra su imposibilidad.

14. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 58. Noticias sobre ella pueden verse en diversas obras de su descubridor: *Ley. inf. Lara,* páginas 56-59; *Juglaresca,* 384-387; y, sobre todo, *Cat. Real. Bibl...,* 45-85 y *passim.*

15. También ha sido atribuida —por Sandoval, en sus *Cinco obispos*— a Manuel Rodríguez de Sevilla, simple copista de uno de los mss. del siglo XV, que por esa falsa asignación ha figurado como cronista en diversas obras.

16. Puede verse la relación de ellas en el citado Pidal, *Cat.,* páginas 46 y 47.

Las muchas mudanzas que el primitivo texto sufrió en esta refundición, sería largo exponerlas detalladamente. Me referiré a los puntos principales, remitiendo para el pormenor a la minuciosa reseña que del contenido de uno de sus manuscritos se ha hecho [17]. La nueva crónica reacciona contra el puro tipo nacional de la Primera y y vuelve al género híbrido tan cultivado desde el período visigodo. Se inicia, en efecto, con una especie de historia universal hecha por edades como la del S. ISIDORO, incorporada por el Tudense. Este añadido se compensa aminorando la historia hispanorromana, que tan laboriosamente compilaron los colaboradores de Alfonso X, hasta reducirla a casi nada. En la parte medieval se caracteriza por la utilización de nuevas versiones de los temas poéticos y de nuevas fuentes históricas. De éstas da un particular valor a nuestra crónica el ser la primera cristiana que incluye completa la crónica del moro Rasis [18], lo que le permite presentar en su totalidad la leyenda de Rodrigo, incluyendo entre Vitiza y él al fabuloso Acosta. De producciones poéticas nuevas se encuentran en ella una refundición de un cantar juglaresco de Fernán González, perdido; fragmentos importantes del reciente poema de las Mocedades de Rodrigo y de una segunda refundición del Mio Cid, y otra del cantar de los Infantes de Lara. En cuanto a la continuación, coincide a veces con las «tres corónicas» y otras difiere de ellas o aumenta pormenores. Literariamente es menos esmerada que la Primera Crónica, adoleciendo también de

17. Pidal, *Cat.*, págs. 51-78. Conviene ver también la descripción de otro ms., hecha a continuación, por representar un texto refundido de nuevo a la vista de la Primera Crónica.
18. Sobre dicho historiador árabe vid. pág. 164.

más contradicciones entre las noticias allegadas de diversas procedencias [19].

Las TRES CORÓNICAS —designación arcaica de los manuscritos, cómoda por breve—, son las de los reinados de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV. Fueron, según su prólogo, compuestas por mandato de Alfonso XI. Por citarse Algeciras, conquistada en 1344, entre los territorios de que figura como monarca, parece que la orden real ha de situarse entre dicho año y el de 1350, en que murió; pero cabría muy bien que el nombre de dicha plaza se hubiese agregado posteriormente y que las crónicas se hubiesen escrito antes [20]. De todos modos, es ahora cuando conviene examinarlas, después de la General de 1344, para ligarlas a la de Alfonso XI, posterior a ésta. Forman las Tres Corónicas un solo cuerpo, con prólogo común e indudable igualdad de factura. Con su ordenación quiso Alfonso XI proseguir la labor realizada por el rey Sabio, y al encargar que se continuase, sin refundir el trabajo ya hecho, significa que da a éste por bueno y no necesitado de revisión. Se pone, pues, ante él en posición distinta que el autor de la Crónica de 1344, compuesta también en este tiempo y bien ajena, según se deduce de ello, a la iniciativa regia. Es curioso, con todo, que cuando se redacta, poco después, la crónica particular del propio Alfonso, no alcanza hasta su muerte, sino hasta la misma toma de Algeciras con que

19. Menéndez Pidal ha logrado puntualizar que una versión portuguesa, de la que J. J. Nunes publicó la parte relativa al rey Rodrigo, no está hecha de la Primera Crónica, sino de la de 1344. (Rev. de Filol. Esp., 1921, VIII, 391-399). Los dos mss. que se conocen de la versión, uno de la Academia de Ciencias de Lisboa y otro de la Bibl. Nac. de París, son del s. XV.

20. Véase lo dicho en la nota 10 de la pág. 219. Ticknor las supone ya escritas en 1320.

termina aquella crónica general. Cuando una edición crítica de ésta y la de las crónicas particulares facilite los cotejos e investigaciones oportunas, tal vez se aclare esta coincidencia y las dudas que sugiere.

Prescindiendo de las opiniones desechadas ya sobre el autor de las Tres Corónicas [21], la más corriente desde hace largos años las atribuye al canciller FERNÁN SÁNCHEZ DE VALLADOLID [22]; la asignación no es, con todo, segura. Sí parece serlo la intervención de una sola mano en la composición de las tres. El prólogo, tras las consideraciones habituales sobre la utilidad del conocimiento de lo pasado, consigna, sin nombrarla explícitamente, el hallazgo de la Primera Crónica «en los libros de su cámara» (del rey), aludiendo de modo indubitable a los dos volúmenes en que se halla dividida. Como no pasaba de la muerte de Fernando III y «acaescieron muchos fechos en los tiempos de los reyes que fueron despues... los cuales no eran puestos en coronica» [23], Alfonso XI mandó escribir este libro para subsanar dicha falta. De conformidad con la orden, forma un relato seguido del período 1252-1312; la parte de cada reinado no tiene

21. *Fuentes,* arts. 1307 y 1362. Más detalles en Ríos, *Lit. esp.*, IV, 367 y sigs. D. Casto M. del Rivero, *Indice de... las tres Crónicas* (Hispania, 1942, II, 163-236, 323-406, 557-618) hace una excelente exposición del estado presente de los estudios a ellas consagrados, con aportes propios de mucho interés.

22. Llamábasele antes "de Tovar o de Valladolid", pero Puyol (Bol. Ac. Hist., 1920, LXXVII, 507-533) ha demostrado que se trata de dos personajes distintos y es el llamado S. de V. el canciller y al que pueden las crónicas atribuirse. En este mismo artículo se verán resumidos los datos biográficos que de ambos se conocen. Aquí sólo interesa consignar que S. de V. gozó de la confianza de Alfonso XI y Pedro I, desempeñando en ambos reinados la cancillería de Castilla, y que ocupando tal cargo debió de morir hacia 1359.

23. En la corte del rey no se tenía, pues, conocimiento de la obra de Loaysa ni de la crónica de 1344.

en los manuscritos numeración particular de capítulos, sino que van en una serie total.

El sistema de historiar es el de anales, que en los primeros tiempos reseñados suelen formar sendos capítulos; el procedimiento es llevado con tal rigor que en la parte de Sancho y Fernando la división se hace invariablemente por anualidades de abril a marzo, por haber empezado en abril ambos reinados. El relato es premioso y marcadamente iliterario, sin asomo alguno de elegancia, si bien va mejorando algo en el curso del trabajo. Muestra asimismo el autor enorme impasibilidad, como si historiase hechos de un país ajeno. Se le ha achacado parcialidad por Sancho contra el rey Sabio, cuya sentencia contra aquél omite, pero más bien parece un cortesano que se esfuerza por evitar reproches a todo el que ostente la autoridad real, achacando los yerros a los malos consejeros. Simpatía particular sólo se transparenta por doña María de Molina, muy explicable por sus atractivas cualidades. Los errores históricos abundan, sobre todo en la crónica de Alfonso X. La información contenida se refiere casi exclusivamente a la política, exterior e interior, tan revuelta ésta en todo el período que monopoliza la atención en gran número de capítulos. El autor se sirvió, al parecer, principalmente de escritos, que serían por igual narrativos o documentales [24]; inserta también cartas, incluso árabes traducidas, dando los nombres de los traductores» [25]. Incluye, asimismo, algunos

24. Dice, por ejemplo, al fin del cap 68 (de la crónica de Alfonso X): "E de las otras cosas que acaescieron en este año, non se falla más en escripto".

25. Ríos, l. c., p. 383-384, da por seguro su conocimiento del árabe, imprescindible, según él, para un "canciller de la puridad".

diálogos, discretamente forjados. En general la narración va aumentando en detalle al acercarse a su tiempo.

La *Crónica de Alfonso XI* suele atribuírse también a Fernán Sánchez de Valladolid, aunque se reconoce la superioridad de ella sobre las anteriores[26]. En este aspecto la dificultad para establecer la unidad de autor no es grande; observamos ya que el anónimo escritor ganaba en el curso de su obra, dominando los recursos literarios a medida que la cercanía de los hechos amplía su información y le hace más sensible a ellos. Los del nuevo reinado los conocía como activo partícipe y nada aguza la sagacidad ni anima el estilo como la impresión directa de las cosas. Más difícil es la explicación de haber quedado sin terminar la crónica, habiendo sobrevivido Fernán Sánchez unos nueve años al rey biografiado. Y más aún, como aduce justamente Puyol, que hablase repetidamente con elogio de sí mismo, ponderando su saber y su influencia con el monarca[27]. Hay un dato que pudiera pesar en favor de la comunidad de autor de las cuatro crónicas y es el haber trasladado en gran parte a la de Alfonso los tres últimos capítulos de la de Fernando, o sea desde el nacimiento de aquél; pero ya sabemos que los historiadores no tenían empacho habitualmente en usar libremente de lo ajeno[28]. Considerado

26. Fueter la considera "la obra maestra de la crónica castellana medieval" (*H. de l'hist. mod.*, pág. 281), si bien creo que este juicio, como otros del notable historiógrafo, es demasiado absoluto.

27. En la crónica se dice de él que era "entendido", "sabidor", "de grandes fechos", que "avia buen entendimiento et era bien razonado", etc.

28. En la introducción a la nueva crónica se advierte ya que ésta comienza en el año XV del reinado de Fernando, lo que quita la posibilidad de que el añadido fuese debido a los copistas, que es lo primero que se piensa. Advertimos a los lectores de la cró-

todo esto, así como la impresión de la lectura de las cuatro crónicas, creo muy problemático que la de Alfonso XI fuese de la misma mano que las anteriores, aunque sí las tuvo muy en cuenta y adoptó su sistema de exposición (incluso repitió con las mismas palabras las frases encabezadoras de cada principio de año.) Suprimió, en cambio, el uso de las múltiples eras y cómputos con que se puntualizaba en las primeras los comienzos de reinado.

La crónica es abundantísima en datos y de gran puntualidad en el modo de exponerlos; nunca es posible una interpretación dudosa, pues el autor no retrocede ante la más inelegante repetición de vocablos con tal de ser claro. Retratos de personajes —con excepción del de Alfonso—, cartas, diálogos, reflexiones, comentarios, cuanto no sea puro relato, escasean en la obra. Que el autor, no obstante, sabía hacerlo si le convenía, muéstralo el cuadro que traza del conjunto que ofrecía Castilla durante la minoridad del rey, bosquejo de sobria expresividad. El retrato de Alfonso, de rasgos bien elegidos, tiene también relieve. Pero, en general, se ocupa sólo en narrar, enredándose demasiado en los pormenores. Utilizó el «Poema de Alfonso XI», excelente fuente histórica por su exactitud [29].

Una *Abreviación de la Primera Crónica* conjetura Menéndez Pidal que debió de hacerse por este tiempo,

---

nica de otro añadido, éste al final, que lleva en las ediciones: lo forman los dos últimos capítulos, trasladados allí de la crónica de Pedro I, de Ayala.

29. Menéndez Pelayo expone así las características de nuestra crónica: "El cronista de Alfonso XI, aunque narrador diligente, bien informado y bastante copioso, no tiene ni el candor épico de la *Crónica General*, venerable repertorio de nuestra tradición poética, ni la profunda observación moral, el sentido humano penetrante y seguro, y el vigor trágico que admiramos en Ayala". (*Antol.*, IV, pág. XIX.)

hacia 1350. Aunque no nos ha llegado, las coincidencias que se advierten en tres obras que después examinaré —la «Crónica de veinte reyes», la «Tercera Crónica general» y la «Crónica de los reyes de Castilla— suponen un original común, cuyos caracteres deduce de los que muestran aquéllas. Sobre esa base ha podido establecer que tal compendio derivaría de uno de los manuscritos de la versión vulgar de la Primera Crónica que tendían ya a acortar el relato —tipo de códices del que conoce dos ejemplares, ambos de El Escorial—; que sobre ellos se abrevió aún, se hicieron algunos arreglos en la cronología y se incorporaron extractos de la Crónica de 1344, fundiéndolo todo inhábilmente con otros elementos nuevos.

La *Crónica de veinte reyes* —denominación que corrige el error de los manuscritos, los cuales la asignan sólo once reinados— debió de formarse hacia 1360 [30]. Comprende los de Fruela II - Fernando III (924-1252). Como se ve, aunque el arreglador conociese la Crónica de 1344, no pasó de los que contiene la Primera [31]. Por el comienzo adoptado se ve en él el propósito de destacar de la gran compilación una historia de Castilla desde que empiezan a figurar en aquélla sus jueces y condes; en los manuscritos se subraya esto, añadiendo al título la men-

30. Tal es la opinión de Menéndez Pidal (*Esp. de Cid*, II, 971, ed. Madrid, 1929). Después Th. Babbit ha expuesto una distinta (*Hispanic Review*, 1934, II, 202-216), según la cual la crónica habría sido compuesta hacia fines del XIII, comprendiendo Fruela II-Alfonso VI, que, descontando a dos usurpadores, Ordoño IV y Sancho II, son los once reyes a que el título alude. Una segunda parte sería añadida hasta la muerte de Alfonso IX, y al fin recibiría el añadido definitivo, el reinado de Fernando III. El escritor norteamericano se basa en el examen de las familias de manuscritos conservados. Posteriormente ha escrito un trabajo titulado *La Crónica de Veinte Reyes. A Comparison with the text of the "Primera Crónica General" and a Study of the Principal Latin Sources* (New Haven, Yale Romantic Studies, 1936, XIII), que no he podido consultar. Vid. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1132.

31. Véase, sobre su atribución a Loaysa, la pág. 219.

ción de las historias de Fernán González y del Cid. Para la figura de éste se acudió al viejo poema mismo, en vez de valerse de una refundición de hacia 1260, como habían hecho los redactores de la Primera Crónica; ello da a la de Veinte reyes especial valor, pues ha proporcionado conocimiento de una de las partes perdidas del «Mio Cid». Usó también de la «Historia Roderici». En otras partes, como en el reinado de Alfonso VIII, tiene también el interés de aportar noticias únicas. Se comprende que en cada uno de los arreglos que se hacían de la obra alfonsina y de sus derivaciones ya existentes se acudía a las fuentes cuyas versiones interesaban en cada caso. Por eso las tres que proceden de la Abreviación perdida coinciden en unos puntos y en otros discrepan. La de Veinte reyes suele concidir con la Tercera, pero a veces es más a fiel la Primera, y en algunos casos, como hemos visto, buscó buenos materiales [32].

Se denomina *Crónica de los reyes de Castilla,* para deslindarla bien de la anterior, otro arreglo de la misma procedencia, que, en el período historiado, se distingue de ella por no comprender más que los monarcas del nuevo reino. Empieza, pues, por Fernando I, lo que deja fuera a Fernán González y demás condes. El término es el mismo: Fernando III [33]. Debió de formarse unos diez años después que la otra, hacia 1370, y usó, además de la Abreviación perdida, el segundo tomo de la Crónica de

32. Para el detalle del contenido puede verse Pidal, *Cat.,* páginas 107-124; allí hay también información sobre el conocimiento que de la Crónica se había tenido hasta ahora. Sobre los mss.—mencionados asimismo en *Fuentes,* art. cit.— véase Pidal, *Ley. Lara,* 406-408 y 411.

33. Hay también mss. con continuación, que abarca en unos el reinado de Alfonso X, conforme a la Cuarta Crónica (hecha hacia 1460), y en otros también los de Sancho IV y Fernando IV, siguiendo a ambas crónicas particulares.

1344. Por lo extensamente que trata del Cid la llamó Fray Alonso de Espina, en su «Fortalitium fidei», *Crónica del Cid*, y antes había también aludido Pérez de Guzmán, en las «Generaciones y semblanzas», a «aquella Crónica de Castilla que habla de los hechos del Cid». Ríos creyó que de ella se había sacado la Crónica particular del héroe; pero ya en la Crónica de 1344 se habla de una crónica cidiana de Cardeña. De todos modos, sí concuerda con dicha crónica particular, así como en el reinado de Alfonso VIII coincide con la de Veinte reyes, pero sin sus añadidos y también sin su supresión del episodio de la judía de Toledo. En el de Fernando III concuerdan las tres crónicas de la misma procedencia.

De la que acabamos de examinar y de la versión regia de la Primera Crónica se formó, hacia 1380, una *Crónica General en gallego.* Comprende el período Ramiro I - Fernando III (842 - 1252), distribuído en dos partes, de las que la primera acaba con Vermudo III y la segunda empieza por Fernando I: ambas corresponden a las dos procedencias señaladas [34].

Por este mismo tiempo el linajudo aragonés don JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA (¿1310 - 1396?), espíritu dinámico por igual dado a las letras y a las armas, consejero de Pedro IV, paladín de los papas de Aviñón y entusiasta caballero de la Orden de Rodas, cuyo maestrazgo alcanzó, promovió la composición de diversos escritos históricos, en los que su participación parace equivaler a la de Alfonso el Sabio en los suyos. Los de Heredia se caracterizan por el empleo del dialecto aragonés, en

34. Para la noticia de mss., etc., véase Pidal, *Cat...*, pág. 149.

cuya bibliografía ocupan importante lugar. Unos son verdaderas compilaciones; otros, simples versiones de obras griegas, latinas, etc. Entre las primeras se cuenta una que debemos situar aquí: *La grant e verdadera istoria de Espanya* o *Grant cronica de Espanya*[35].

Dividida en tres partes, se ha perdido la segunda, que se supone abarcaría el período Pelayo - Fernando IV, pues la primera comprende desde Tubal hasta la conquista musulmana, acabando con la consabida lamentación, y la tercera está dedicada al reinado de Alfonso XI hasta la toma de Algeciras, término, como hemos visto, de varias crónicas. La primera parte consta acabada, en el manuscrito que se posee —espléndido códice, con el retrato, miniado, de Heredia—, en Aviñón, 1385. Se inicia con la mención de los autores utilizados, muchos en número y de alguno de los cuales, como Plutarco, ha podido comprobarse la identidad de las partes tomadas con la propia traducción hecha de él por orden del Maestre. Varios de ellos fueron desconocidos de los colaboradores de Alfonso el Sabio, como Livio, Suetonio, etc. Dicho monarca figura también entre sus fuentes como autor de la «general ystoria» —entiéndase la de España—, que utiliza, en efecto, muy ampliamente; de ella, es casi traslado la «Lamentaçion fecha por la Destruyçion de Espanya et perdiçion del grant et noble linage de los videgodos». La obra paga el tributo habitual a las

35. *Fuentes*, art. 61. Posteriormente se publicó el folleto tit. *Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de Rodas*, por J. Vives (Barcelona, 1927), en el que se hallará la bibliografía anterior y noticias más completas de su vida y obras. Vives deduce de los proemios y rúbricas explicativas de éstas la distinta participación que Heredia tuvo en las traducciones, hechas meramente por su encargo, y en las compilaciones, en que laboró él mismo. Es a éstas a las que ha de referirse la frecuente comparación de Heredia y el rey Sabio.

fábulas primitivas. Como los «almujuces» en la Primera Crónica, campean aquí los «apellinos», con cuya expulsión termina el libro I; todo el II, compuesto de 41 capítulos, lo ocupa la actuación hispánica de Hércules, y el III, formado de 13, lo llenan las hazañas y viajes de Ulises y la historia de Bruto. Hasta el libro IV, consagrado a Aníbal, no se entra, pues, en terreno algo firme, estando hasta el X empleados en la historia romana, en cuya parte hay mucho ajeno a España, por ejemplo, la guerra yugurtina, que ocupa el libro VIII, con 91 capítulos. El XI lo dedica a los «godos et videgodos», llegando hasta «Scindasvindo», pero luego dedica el XII y el XIII a los partos y longobardos, respectivamente; en el XIV vuelve a los hechos hispánicos con Vamba, acabando como dijimos. Como se ve, más se acerca al género híbrido universal-nacional que al tipo puro fijado por la compilación alfonsina, y toda la producción de Heredia afecta igual heterogeneidad de contenido. Resta decir que en la tercera parte se extracta la Crónica de Alfonso XI, que conocemos, refiriéndose explícitamente a ella repetidas veces. Se lamenta mucho la pérdida de la segunda parte, sobre todo por lo que pudiera aportar de la primitiva historia navarro-aragonesa. La lectura de la «Grant Cronica» es atractiva por la viveza con que están las cosas descritas y el encanto de novedad que le da el empleo del habla aragonesa.

Coetánea o poco posterior a la obra de Heredia debe de ser una nueva refundición, ya aludida, que se hizo de la compilación alfonsina; por el lugar que en ellas ocupa es hoy llamada *Tercera Crónica General*. La deriva Menéndez Pidal, como vimos, de la Abreviación perdida,

más el segundo tomo de la Crónica de 1344, y la sitúa hacia 1390. Más afortunada que la Primera y la Segunda, obtuvo mucho antes que ellas la divulgación, siendo editada en 1541 por Ocampo, que la creyó el texto genuino de Alfonso el Sabio[36]. Las discrepancias que más tarde se advirtieron con éste se achacaron a malas lecturas o a cambios deliberados del editor, que, por el contrario, había puesto en la fiel reproducción de su manuscrito un esmero muy raro entonces.

Las dos primeras partes —la segunda la ocupan los godos, hasta la conquista árabe— difieren poco del volumen primero de la Primera Crónica. Las dos restantes (tercera, Pelayo - Vermudo III; cuarta, Fernando I - Fernando III) convienen mucho con la de Veinte reyes y la de Castilla en lo que éstas abarcan; pero, como se dijo al hablar de ellas, hay también repetidas discrepancias de detalles, que no es del caso puntualizar aquí. Unas veces sigue la Tercera más fielmente que las otras a la Primera; otras, el relato es más animado, para lo que el refundidor que la formó tenía especiales dotes; en diversas ocasiones tiene partes propias. En general reproduce poco fielmente la narración y el lenguaje de sus originales, interpolando invenciones suyas.

Fray García Euguí, obispo de Bayona y confesor de Carlos III de Navarra, dió su nombre a una «Chronica de los fechos subcedidos en España desde sus primeros señores hasta el rey Alfonso XI», que compuso o hizo

36. *Fuentes,* art. 59. La noticia de mss. puede ampliarse en Pidal, *Cat.,* 125-133 y *passim,* y *Ley. Lara,* 404 y 409. Sobre su atribución a Loaysa véase nuestra pág. 219.

componer[37]. Alcanza más de lo que indica el título mencionado —que tomo de uno de los dos manuscritos conservados—, pues después de la parte que se puede llamar «nacional», acabada, en efecto, con dicho monarca, hace una breve historia de Navarra desde su origen hasta la muerte de Carlos II el Malo (1387)[38]. Es natural que poseyese información directa del reino a que pertenecía y pudiese llevar el relato hasta su tiempo, en vez de limitarse, como en lo demás, a abreviar las fuentes que poseía. Se ve, en efecto, que cuando le faltó el auxilio de las crónicas, esto es, desde la conquista de Algeciras, sale del paso malamente y anticipa tres años la muerte de Alfonso XI, que sitúa en la Era MCCCLXXXV, o sea en 1347.

La obra de Euguí, de tipo mixto, toma el hilo del relato desde el principio del mundo, historiando las seis edades establecidas por la costumbre cristiana. La parte nacional está llena de fábulas, no sólo en los orígenes, sino en el período visigodo, en el que, entre otros dislates y confusiones, se introducen cinco reyes de nueva creación entre Egica y Vitiza[39]. Incluso a un monarca

37. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 65. En la reciente monografía de Suzanne Honoré-Duvergé, allí citada, se hallará una biografía del autor bastante detallada y un estudio aplicado en particular a la breve historia de Navarra que remata la obra de Euguí.

38. Es curioso que al referirse Zurita a Euguí, mencionándole —en su Prólogo a las crónicas de Ayala— entre los historiadores que fueron obispos, le cita sólo por "las cosas de Navarra"; Amador de los Ríos interpreta su inclusión como un elogio, "bien que muy de pasada", aunque el aludir sólo a esa breve parte de su obra le parece una inexactitud indigna del historiador de Aragón. Creo que éste se limitó a consignar cuantos prelados-cronistas recordaba, sin hacer por eso su apología, y que Euguí le vino a la memoria por su reseña navarra, única que Zurita habría utilizado repetidamente.

39. A este y otros errores debe de haber contribuído en gran escala la dificultad de los copistas para entender los textos, pues buena parte de los nombres personales que en la crónica figuran

tan cercano como Alfonso X le achaca un absurdo que hubiera eliminado el menor sentido crítico. (En realidad casi podría decirse que el interés de las obras de este tipo, cuyo caudal fabuloso veremos crecer aún por mucho tiempo, está en ese mismo fondo de invenciones, por lo que ilustran sobre la credulidad con que sucesivamente se fueron acogiendo diversos mitos antiguos y modernos.) La crónica de Euguí se basa en gran parte en la compilación alfonsina, cuyos relatos resume a veces con bastante habilidad, aunque usando el castellano con visible embarazo [40].

Un *Sumario* anónimo del tipo corriente, que alcanza hasta la muerte de Pedro I (1368), cierra esta serie. Valiéndose de la «Crónica de 1344» y de las particulares de Alfonso X y siguientes, expone brevemente el período visigodo y, con alguna mayor extensión, los reyes de Asturias-León-Castilla, todo ello precedido de una rápida mención de la historia de Oriente y de Roma, hasta Heraclio [41].

2) *Las crónicas catalanas-aragonesas.*

Jaime I inicia este brillante período de la historiografía catalana, siendo su *Crónica* [42] la primera de las llamadas las cuatro perlas. La participación del monarca en la obra, grande, al parecer, es tema muy debatido.

son absurdos, y es creíble que la mala inteligencia de las fuentes utilizadas llevase a salir del paso multiplicando enormidades.

40. La producción de Euguí fué editada por G. Eyzaguirre en los Anales de la Universidad de Santiago de Chile, 1907 y 1908. En el prólogo que la acompaña pueden verse algunas noticias sobre el autor y la obra, aunque cuidando de subsanar el error en que incurre al considerar que ésta alcanza a 1425, por no tener en cuenta que se trata de la Era de dicha fecha, equivalente a 1387.

41. Pidal, *Cat.*, 197-198.

42. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2053.

El prólogo tiene un indudable carácter personal. Apartándose del patrón común, es la expresión del hombre religioso que al llegar al término de su edad gusta de hacer balance de su vida, henchido de gratitud porque encuentra que Dios le ha protegido sin descanso. El cuerpo de la obra tiene también mucho de autobiografía del hombre, aunque, por haber sido este hombre un rey activo y fuerte, la reseña de sus hechos valga por una fuente histórica de primer orden. Tal carácter autobiográfico no impide que se valiese de ajena pluma para la redacción del escrito, como hicieron la generalidad de los monarcas aun en los asuntos más personales. La existencia en este caso de un secretario, inspirado y asesorado por Jaime, se da por la mayoría de los críticos como segura, si bien ello no despoja al rey de la verdadera paternidad de la obra. Quién fuese ese redactor ha tratado de conjeturarlo Montoliú, sirviéndose de los indicios lingüísticos, geográfico-históricos y psicológicos que del propio escrito se desprenden [43]. Los abundantes castellanismos y, sobre todo, aragonesismos de éste, denuncian a un escritor de lugar fronterizo catalán-aragonés; la predilección por describir lugares de las actuales provincias de Teruel y Castellón se aviene con el dato lingüístico: en fin, la especial mención que al fin de la crónica se hace del obispo de Huesca, Jaime Sarroca, y el cuidado

43. M. Montoliú: *Sobre la redacción de la Crónica d'En Jaume I* (inserto en "Estudis Romànics", vol. IX de la Bibl. Filol. de l'Institut de la Llengua Cat., Barcelona, 1917). Un examen muy minucioso de la crónica le llevó a la certeza de que hubo una mano ajena, lo que le movió a realizar la detenida indagación que constituye el artículo; éste será leído con fruto por cuantos se interesen en el tema tratado. Posteriormente ha estudiado los varios puntos que plantea la obra de Jaime I, Ll. Nicolau d'Olwer (*La Crónica del Conqueridor i els seus problemes*, Est. Univ. Cat., 1926, XI, 79-88).

que pone el autor, cuando habla de él, en añadir a su cargo de sacristán de Lérida el obispado que después se le adjudicó, hacen sospechar que él mismo lo escribiese; el rey había criado a Sarroca desde niño e hizo de él su canciller, todo lo cual hace verosímil la presunción [44]. Fuese él u otro, lo indudable es que el final de la crónica, que alcanza casi a la muerte de Jaime, hubo de hacerlo por cuenta propia, sin la inspiración del biografiado, y en esa parte pudo el redactor satisfacer una ingenua vanidad, ponderando el favor que el monarca le concediera y dando algún indicio de su participación en la obra.

Esta debió de comenzarse ya muy al final de la vida de Jaime (m. 1276), pues sus errores y omisiones sólo a olvido pueden achacarse [45]. Tales defectos son bien compensados por los abundantes rasgos de observación personal, la exactitud de sus juicios y el encanto de la narración; los diálogos adquieren con frecuencia un sugestivo realismo por el uso de palabras del idioma de cada interlocutor; los relatos están avalorados por los recuerdos personales del rey. Nada más grato, por ejemplo, que la sencillez con que cuenta [46] cómo se desvivían los ricoshombres para alcanzar su privanza, y toda la obra conserva ese sello de intimidad.

La crónica empieza por el matrimonio de Alfonso II, abuelo de Jaime, con doña Sancha, hija de Alfonso VII de Castilla, y comprende cuatro partes, aunque esta división no suelen tenerla los manuscritos catalanes y pa-

44. N. d'Olwer, l. c., rechaza, empero, tal hipótesis y sugiere la participación de Bernardo Vidal en la primera parte de la crónica.
45. N. d'Olwer, l. c., sugiere las fechas de 1244 y 1274 para la terminación de la primera y segunda parte de la obra, respectivamente.
46. Libro I, cap. 19.

rece haber sido introducida por el dominico Pedro Marsilio en su texto latino. Compuso éste por encargo de Jaime II, de quien era consejero, y se lo entregó en 1314. No ha faltado quien considere la labor de Marsilio como obra de primera mano [47], pero hoy parece asegurado que usó de la propia crónica de Jaime, traduciéndola simplemente en algunas partes, y con los cambios y añadidos habituales en otras. Por indudable desconocimiento de la obra original, fué vertida al catalán, en el mismo siglo XIV, la parte de la conquista de Mallorca del texto latino. Sí fué usada la crónica catalana para la versión al aragonés que se hizo, también en dicho siglo, para una obra de Heredia que examinaré más tarde [48].

PEDRO DESCLOT, noble, probablemente catalán [49], de la segunda mitad del s. XIII, compuso la segunda de las grandes crónicas aludidas; se conjetura que la mayor parte fué escrita a fines del reinado de Pedro III (murió 1285) y el resto en el de su hijo (1285-1291). En los manuscritos, abundantísimos, figura con diversos títulos; ha prevalecido el de «Crónica del rey en Pere e dels seus antecessors passats» [50], que marca bien el particular interés con que se refiere a Pedro el Grande [51], en cuyas empresas militares debió de participar. Con su muerte termina la obra, que adquiere al final un sincero tono de elegía, y el dramatismo de los sucesos de su tiempo

47. Vid. Muñoz, *Dicc.*, Aragón, 94.
48. Vid. pág. 273.
49. J. Rubió destaca la complacencia con que pone en boca de Pedro III una frase que muestra su preferencia por Cataluña sobre Aragón (*Consideraciones generales acerca de la Historiografía catalana medieval, y particular de la "Crónica de Desclot"*, Barcelona, 1911, trabajo al que debe acudir quien desee más detalles sobre nuestro cronista).
50. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2040.
51. La dedica 118 capítulos de los 168 que tiene la obra.

está reflejado con un vigor incomparable. Por el contrario, la parte anterior a Pedro III —que empieza, sin prólogo alguno, en Ramón Berenguer IV y se ocupa bastante de la historia de Castilla— está compuesta con mucha menos animación y energía.

La característica de Desclot es la impersonalidad. El autor se esconde en todo momento [52], sin dejar transparentar nada de sí mismo; por eso se ignoran los detalles de su vida. La obra es, pues, la antítesis de la crónica de Jaime I. Desclot se aplica por entero a referir, sin detenerse en hacer consideraciones de ninguna especie, y su relato es un modelo de puntualidad y de exactitud. De cuantos cotejos han podido hacerse con documentos fehacientes, su historia sale libre y quita de falseamientos y omisiones. Conoció por sí mismo los hechos de su tiempo y usó además de papeles de la cancillería; es curiosa la manera de utilizar éstos, que rara vez son transcritos y en general los incorpora a la narración extractados e incluso los torna en diálogos. La imparcialidad del cronista es completa, no ocultando la verdad aunque ésta disminuya la gloria de su nación. Sólo la admiración entusiasta por Pedro III le mueve a pequeños cambios de la realidad, a costa de su padre Jaime [53]. En el reinado de éste parece lo más probable que no usó de su crónica y sí de otras fuentes perdidas para nosotros. En lo anterior utilizó las *Gesta* que ya conocemos.

Las *Gesta Comitum Barcinonensium,* a que acabo de

52. Sólo una vez aparece brevemente, mencionándose en tercera persona.

53. Queriendo presentar a Pedro desde sus primeros años como el paladín de la justicia y la autoridad real, pone en boca de su padre, moribundo, estas palabras: "Yo-us he fets molt mals e molt torts, per falsos lausengers qui-us acusaven ab mi; e ara pent m'en..."

aludir de nuevo, fueron ahora, entre 1303 y 1314 aproximadamente [54], objeto de la refundición que nos dió su texto definitivo, el conocido de antiguo [55]. A su frente se puso el prólogo de la «Historia Gothica» de Rada, con un breve añadido; de los 11 capítulos de las «Gesta» primitivas se hicieron 27, introduciendo en ellos cambios y ampliaciones; se adicionaron, en fin, tres extensos capítulos dedicados a Pedro III, Alfonso III y los nueve primeros años de Jaime II. El texto antiguo, que llegaba a la muerte de Jaime I (1276), es, pues, prolongado hasta 1299 (2 de octubre). El redactor experimentó el hechizo que a tantos inspiró Pedro el Grande, y el capítulo que le consagra, lleno de entusiasmo, es lo mejor de toda la obra. Como ésta debe ser posterior a la de Desclot, se ha pensado si la utilizó, pero Barrau-Dihigo señala el contraste entre la serenidad de éste y el desenfrenado apasionamiento de las «Gesta». Los otros dos reinados añadidos están reseñados con mucho menos vigor. En cuanto a la refundición de los capítulos antiguos, empeora en mucha parte su texto, que queda menos claro y ordenado, y cuyas correcciones son a veces equivocadas. La disposición de la historia es cambiada: en vez de presentar seguidas las dinastías condales, como vimos, las simultanea, siendo esto ocasión de muchas mudanzas y de creación de nuevos capítulos. Algunas fuentes de las noticias que añade han podido ser fijadas: varios anales que conocemos —el «Chronicon Rivipullense», muy

54. Es la fecha probable que les asigna Barrau-Dihigo, su concienzudo monografista.

55. Así como de la redacción primitiva sólo se conoce el manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, no publicado hasta 1925, de la definitiva hay uno en esa misma Biblioteca, otro en la de Cataluña y tres en la Nacional de Madrid, habiendo sido, además, editado por Pierre de Marca en *Marca Hispanica* (1680).

utilizado, y el «Rotense II» y «Durtusense II», mucho menos—, listas de condes, la *Brevis historia monasterii Rivipullensis,* el poema de Oliva, varios obituarios, epitafios, etc., y la «Historia Gothica» [56].

El prólogo de ésta pasó a la compilación casi totalmente, con los indispensables cambios («Hispaniae» por «Barchinonensium principium», etc.). El texto de la obra, además de suplir gran número de fechas de que carecía la redacción primitiva, y de añadir detalles y sucesos nuevos, abunda en ampliaciones basadas en enumeraciones muy largas, sobre todo de cualidades personales [57]. Esta tendencia, muy frecuente en la historiografía de este tiempo, denuncia el deseo de colmar a cualquier costa los textos, huyendo del tipo descarnado anterior, y es lo más probable que tales aumentos no procediesen de otra fuente que la propia verbosidad del redactor. También parecen ser suyos un elogio y una sátira, ambos en hexámetros, que se hallan en el capítulo consagrado a Jaime II. El final de la obra, por la particularidad de señalar fecha completa a un suceso de poca importancia,

56. El añadido más importante que de ella toma es un resumen de la historia de los reyes de Aragón desde Ramiro I a Ramiro II, o sea toda la parte anterior a la unión con Cataluña, desde la cual empezaba en las *Gesta* primitivas la mención de Aragón.

57. Transcribe, por ej., lo poco que decía el primitivo redactor de Ramón Berenguer IV, y añade por su cuenta: "Fuit nempe naturaliter magnanimus, audax, probus, facilis et subtilis, in proposito constans et prouidus, gestu et habitu approbandus, uiribus praepollens, statura arduus ac procerus, manu promptus, corpore ualidus, membris aptus, dispositione compositus, colore pulcherrimus, sic quod nihil, ut ferebatur communiter, defuit ei boni, immo sapientior ac abundantior omnibus suis temporibus extitit." (Página 39 de la ed. de 1925.) Con ocasión de su muerte hace otra enumeración: "In eius nempe obitu exiuit latro, praesumpsit praedo, latuit pauper, conticuit clerus, luit incola, saeuit hostis, fugit victoria, creuit fuga, gladius in domesticos effertur et patria exterminio praeparatur..." (pág. 41).

tiene todas las trazas de ser un término deliberado, aunque no lo expresa con ninguna de las frases rituales.

Además de las dos *Gesta* latinas hay un texto catalán, que acaba, como el primero de aquéllas, en el reinado de Jaime I, pero coincide con la parte correspondiente del segundo. En el prólogo tiene sólo el añadido final, faltándole la inserción del texto de Rada. Es, pues, a modo de término medio entre las *Gesta* primitivas y su refundición. Se ha pensado por ello que fuese una versión ampliada de aquéllas, traducida a su vez y continuada en ésta. Pero a esa explicación se oponen razones decisivas. El texto definitivo, a pesar de sus cambios, repite en gran parte expresiones del primitivo, tanto originales de éste como de la obra del Toledano, que no es posible coincidiesen al ser traducidas de otro texto; además, hay cosas en la redacción catalana que faltan en la refundición latina, y viceversa, y otras equivocadas o resumidas, que el texto latino corrige y amplía. Parece, pues, que la obra catalana se traduciría, corrigiendo a veces y más frecuentemente abreviando, de alguna redacción intermedia de *Gesta* no llegada a nosotros [58].

Por este mismo tiempo debió de componerse una crónica en catalán que historiaba, por lo menos, el reinado de Jaime II. Se conoce un fragmento relativo a la muer-

---

58. A Massó, a pesar de las razones apuntadas, no le satisface la solución dada por Barrau-Dihigo, que cree a la versión catalana posterior a los dos textos latinos y hecha de un "estado" de *Gesta* que no conocemos. Encuentra, por ej., que en la última parte de la refundición latina hay muestras que hacen posible pensar que el autor se sirviese de un texto catalán, como el uso, once veces, de la palabra *amiraye* y de nombres geográficos no latinizados. Creo que esto significa poco, pues los analistas castellanos se servían también con frecuencia de las palabras vulgares, por ignorar los correspondientes términos latinos. De todos modos, es indudable que ninguna explicación de las dadas hasta ahora es completamente satisfactoria.

te de su antecesor y a sus comienzos en el trono de Aragón [59].

También se sitúa hacia el primer decenio del siglo XIV una compilación en castellano, con palabras catalanas mezcladas, que parece haber sido compuesta en la región aragonesa [60]. *Crónica navarro-aragonesa* la llama Menéndez Pidal. Contiene primero una reseña de los reyes de Aragón hasta Ramiro II, luego otra del reino asturiano-leonés, hasta la separación de León y Castilla, y al fin trata de Navarra, hasta los primeros años del s. XIV. Las dos últimas partes parecen tomadas del Toledano, aunque proseguido lo de Navarra hasta el punto dicho, habiendo aún una mención, añadida al parecer, de la coronación de Felipe de Evreux y Juana (1328). Lo relativo a los reyes de Aragón es análogo a la parte correspondiente de la Crónica Pinatense, que más tarde examinaré; el señor Pidal supone que ambos textos usarían de un original común.

RAMÓN MUNTANER (1265-1336), de larga y ajetreada vida militar, que culmina en la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente, compuso una *Crónica*, tercera, cronológicamente, de las cuatro «perlas» [61]. En un breve prólogo, que recuerda por su sentido el de Jaime I, agradece a Dios sus muchos beneficios, entre otros, de haber salido

59. Se conserva en un registro del Archivo de la Corona de Aragón. La parte que conozco (ignoro la extensión de todo el fragmento) es la que transcriben Coroléu y Pella en *Las Cortes catalanas* (Barcelona, 1876), págs. 165-168. No la he cotejado con las crónicas conocidas porque supongo lo haría ya Massó, que la menciona (obra cit., p. 604).

60. *Fuentes*, art. 1603. Vid. Pidal, *Cat.*, 87-92.

61. Titúlase *Chronica, o descripció dels fets e hazanyes del Inclyt Rey Don Jaume primer Rey Daragó... e de molts de sos descendens*. Vid. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2054; añádase J. M. Jiménez Fayos, *Ramón Muntaner y su Crónica*, Saitabi (Valencia), 1944, en.-marzo, 37-45.

bien de treinta y dos combates por tierra y mar, prisiones y fatigas de todo género, lo cual va a referir para que se conozca la necesidad de la ayuda divina en los peligros. Consigna la fecha en que empezó la obra: 15 de mayo de 1325. Tenía, pues, sesenta años y podía animar con sus propios recuerdos un brillante período de la historia patria. Toma la narración desde el nacimiento de Jaime I, al que, muy joven aún, alcanzó a ver; llega hasta la coronación de Alfonso IV: comprende, pues, el período 1204-1327.

Muntaner revela su carácter desde el comienzo de la crónica, iniciada por el relato de una visión que, con alabanzas a su persona, le ordena consignar en un libro tantas maravillas como ha visto. El libro —acaba diciendo el autor— es hecho en honor de Dios, de la Virgen y de la casa de Aragón. Este primer capítulo nos muestra ya al hombre, ávido de lo maravilloso, amigo de revelar su propia persona y entusiasta del «casal d'Aragó», que se manifestará en toda la obra; ostenta ya también la verbosidad y afluencia de su estilo, y su gusto por el detalle. El interés del relato se aviva desde que su participación personal en los sucesos le permite desplegar todo su brío descriptivo; pero basta su fervor patriótico, la idea elevadísima que tiene de la misión atribuída por Dios a los reyes aragoneses, para dar a toda la obra un tono apasionado y vibrante. Es en todo la antítesis de Desclot, siempre en la sombra su persona, sobrio de palabras, metódico, presentando los hechos sin dejar resquicio a la duda. Muntaner tiene el atractivo de un novelista, por la manera brillante y mañosa de narrar; muestra, siempre que halla ocasión, su propia actuación personal, siendo la cró-

nica el mejor filón de datos biográficos del autor; destaca, en fin, los sucesos como más convenga a la gloria de su nación y calla lo que pueda deslustrar la dinastía reinante, como las rivalidades entre sus príncipes. «No hemos leído ninguna otra crónica en ninguna lengua neolatina —dice Massó— que tenga toda ella un carácter tan marcadamente nacional.» Como la vida del autor, culmina la obra en el relato de la expedición a Oriente, en la que tanto papel tuvo, guerrero y diplomático. De este acontecimiento es el escrito de Muntaner la mejor fuente; sobre ella basó, tres siglos después, Francisco de Moncada su célebre historia, y en ella se inspiraron también varios poemas catalanes. El optimismo que rebosa la crónica persiste hasta el final, donde se reseña una fiesta de juglares. La obra es la más extensa que hasta ahora nos va ofreciendo la historiografía aragonés-catalana, formándola doscientos noventa y ocho capítulos [62].

Con la llamada *Crónica de San Juan de la Peña* o *Crónica Pinatense* [63], cuyo texto latino estaba acabado en 1359, entramos en contacto con otra interesante figura de la cultura a que vengo refiriéndome: el rey PEDRO IV (1336-1387). Afanoso buscador y lector de libros, gran orador político, monarca activo y enérgico, se hace perdonar por ello sus muchas máculas. Desde nuestro punto de vista han de agradecérsele sus esfuerzos histo-

62. Están dedicados a Jaime I y Pedro III los capítulos 1-146, parte la de menos interés, aunque no falten recuerdos personales del autor. En el resto, consagrado a Alfonso III y Jaime II, descuellan esta serie de capítulos: 199-244, expedición a Oriente; 261-270, los hechos de Morea; 271-298, conquista de Cerdeña y término de la obra.

63. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1711. Pedro IV, refiriéndose, sin duda, a esta obra, la llama en catalán *Cróniques dels reys d'Aragó e comtes de Barcelona,* y tal es su nombre auténtico, según J. Rubió.

riográficos; aunque bien servido por colaboradores, no hay duda de que se le debe, por lo menos, el planeamiento de dos obras: la que he mencionado ahora y una crónica de su reinado, que será examinada en este mismo capítulo.

La atribución de la «Pinatense» —así llamada por haberla creído Zurita, que la considera la más antigua historia de Aragón, escrita por algún monje de San Juan de la Peña— ha suscitado diversas opiniones. El hallazgo de documentos que no dejan lugar a duda permite hoy afirmar que fué debida a la iniciativa de Pedro IV, y sólo cabe discutir el grado de participación que tuvo en su realización [64]. La total atribución, admitida por varios críticos, es rechazada por Rubió [65], que considera absurdo que el rey buscase colaborador para su crónica personal y no lo hiciese para ésta, de carácter general. Cree que debió de empezar a pensar en ella desde 1342 y que uno de los materiales más importantes sería «una vieja crónica de San Juan de la Peña, muy rica en fechas y en detalles genealógicos»; supone que más tarde encargó la continuación de ella a su secretario Tomás de Cañellas y que éste trabajó en el período *post unionem*. Admite, sí, la posibilidad de que el rey hiciese alguna parte.

También se duda si el texto original fué el latino o uno catalán, aún inédito, lo que fué admitido por los más; pero como se comprobó que los ejemplares enviados por el propio monarca a distintos destinos eran lati-

---

64. Las varias opiniones son resumidas con gran claridad en pocas líneas por Menéndez Pidal, que destaca también brevemente lo que se sabe de la actividad del rey en relación con la Crónica (*Cat.*, 93-96).

65. A. Rubió y Lluch, *Estudi sobre la elaboració de la Cronica de Pere'l Ceremonioso* (Anuari de l'Inst. d'Est. Cat., 1910, III, 519-570).

nos, además de haber otros indicios de la prioridad de dicha redacción, ésta fué aceptada por Rubió y Lluch y Menéndez Pidal. Posteriormente, J. Rubió Balaguer [66] ha planteado de nuevo el problema sobre la base de un texto catalán más cuidado, preparado por P. Bohigas para una edición crítica. Este llegó a la conclusión de que hay dos versiones de la obra: una más breve, representada por dos manuscritos catalanes, aunque no siempre coincidentes entre sí, y otra más extensa, representada por los textos latino y aragonés conocidos y por otro códice catalán. La prioridad de un texto en este idioma vuelve a aparecer como más probable que la tesis contraria. No obstante, todas las soluciones ofrecen hasta ahora dificultades. Lo cierto es que el rey, que tuvo enorme interés por esta obra, considerada por él como la historia oficial de Aragón, la envió a diversas partes, y que se escribió en latín, catalán [67] y aragonés [68]; este último texto ha sido publicado a doble columna con el latino, lo que permite percibir bastantes variantes entre ambos [69].

Comienza la obra por la España primitiva, pero sólo dedica a ella el breve capítulo I, que trata de Tubal, Hércules e Ispán, en los términos habituales, sin más que fijarse ya con preferencia en la fundación de ciudades

---

66. Jordi Rubió, *La versió llatina de la Crònica general de Catalunya i Aragó,* en el Homenatge a Antoni Rubió i Lluch (Estudis Universitaris Catalans, 1936, XXI, 343-355).

67. Inédito. Vid. Pidal, *Cat.,* 102-104, y el trabajo recién citado de J. Rubió.

68. La versión aragonesa fué hecha —dice Massó— por el rey mismo, en 1372, como obsequio a Heredia (*Historiogr. cat.,* página 558).

69. He podido apreciar que el texto aragonés añade y corrige en bastantes lugares al latino. La pobreza de la edición no permite, empero, basar sobre ello ninguna afirmación, por no estar hecha con cotejo de manuscritos y poder depender de la poca autoridad del utilizado los errores y omisiones que se encuentran. Vid. el art. de J. Rubió.

catalanas (Urgel, Vich y Barcelona), que veremos figurar normalmente en adelante en todas las reseñas catalanas de ese período de orígenes. En otros dos capítulos se ocupa de los godos, desde sus reyes fabulosos hasta Rodrigo. Al reseñar la invasión árabe, aunque menciona a Asturias —y a Pelayo— entre las regiones mantenidas libres, advierte ya que sólo ha de ocuparse de los reyes de Aragón y Navarra. Después de referir la fundación de San Juan de la Peña, en la forma tradicional, empieza, en efecto, con los reyes navarros y condes aragoneses, aplicándose luego ya especialmente a los reyes de Aragón, hasta la muerte de Alfonso IV (1336), padre y antecesor del iniciador de la crónica. A cada reinado es consagrado un capítulo, siendo muy breve el final (XXXIX), lo que justifica el autor porque las constantes dolencias del rey le impidieron realizar hechos dignos de contarse. En conjunto, forma la obra una historia bastante completa. Aunque es considerable la solución de continuidad entre las fábulas primitivas y el período visigodo, y éste es tratado con harta brevedad, no se confina en el tipo habitual de la historiografía catalana, que prescinde de la España anterior a la Reconquista [70]. La avidez del monarca por conocer historias de diversos países le permitió concebir su obra con un carácter más amplio que las meramente regionales que iniciaron las «Gesta». A éstas alude en una de sus cartas, encontrándolas pobres de contenido, por lo que procura la difusión de su propia obra y desea que sea continuada por los monjes de Ripoll con

70. Es curioso notar que la redacción catalana de esta obra es más breve que la latina y la aragonesa, pues aligera o suprime lo especial de Aragón y lo de Castilla, colocándose así, en lo posible, en el punto de vista regional.

el relato de su reinado y los de sus sucesores. Más tarde, no obstante, fué él mismo quien planeó la crónica de su reinado, encabezándola con la de sus dos antecesores, para lo cual utilizó casi totalmente lo que de éstos se había consignado en la crónica general que estamos examinando. Fuera de las «Gesta» [71], no es muy seguro qué fuentes utilizase; de las castellanas, conoció sin duda la «Historia Gothica», a cuyo tipo se ajusta en la parte general previa; también, probablemente, la crónica de Alfonso VII; de las catalanas, las de Desclot y Muntaner [72].

Jaime Domenech (m. 1386), inquisidor de Mallorca, empezó hacia 1360, por orden del mismo Pedro IV, un *Resumen historiale*, compilación universal en catalán [73]. En esta historia, que, junto con la general de Aragón y la crónica del propio reinado, satisfacía su apetencia historiográfica, puso también el monarca un gran interés;

71. Para el condado de Barcelona fueron su única fuente, según Massó, que ha hecho el cotejo de ambas obras.

72. Muños (*Dicc.*, Aragón, 10) da noticia de una Historia de Aragón y Cataluña, conservada en el ms. G 17 (moderno 1814) de la Bibl. Nac., que lleva el rótulo de *Historia de Rasal*. La he examinado. Los ff. IX-CLXXX contienen una historia extremadamente fabulosa, en castellano, referida totalmente a Cataluña y Francia, empezando en la actuación catalana de Hércules y llegando a los desafueros de los franceses en Sicilia, que motivaron la llamada de Pedro el Grande. Sigue (ff. CLXXX-CCVII) en catalán hasta el traslado de los restos de Alfonso IV a Lérida, en 1369. Acaba, como se ve, como la Crón. de S. Juan de la Peña, con cuya versión catalana he identificado este texto en algunos cotejos. La parte primera, en castellano, conjeturo que esté relacionada con "El libro de las noblezas de los reyes" de Francesch, pero no he podido cotejarlos. A la Crónica de S. Juan de la Peña han de adscribirse también la en catalán que menciona Muñoz (Aragón, 11) y las que pone a nombre de "Marfilo"; sabido es que a dicho supuesto monje pinatense atribuyó Blancas dicha crónica. (Vid. Cirot, *Hist. gén.*, 24-25). Cita, en fin, el mismo Muñoz (Aragón, 4 y 5) dos historias aragonesas en latin, que no he podido examinar por estar sin duda equivocadas las signaturas que les atribuye, y no encontrar las obras en los indices de las respectivas bibliotecas. La que menciona en el art. Cataluña, 5, debe de referirse a varios fragmentos de la versión aragonesa de la Crón. Pinatense, contenidos en el ms. escurialense que cita.

73. *Resumen historiale o compilacion abreviada de las historias quasi de tota Europa e de algunes de Assia e de Africa fins al reyne de el rey En Pere el Quart.* (*Fuentes*, art. 1715).

lo indica el haber relevado a Domenech de otras obligaciones, en 1372, para que no interrumpiese su obra. Pero aunque éste se había limitado a traducir y extractar el «Speculum historiale» de Vicente de Beauvais, no debió de pasar del año 626 [74]. En 1386 encargó el rey que la continuase a Fray Antonio de Genebreda; nada se sabe de lo que hizo. La obra, aunque de muchos menos vuelos que la «General historia» de Alfonso el Sabio, responde al mismo pensamiento de ofrecer el pasado extrapeninsular con independencia de la historia patria, y como el rey aragonés acometió también ésta previamente, ello es un rasgo más de semejanza entre ambos soberanos en el aspecto cultural. Probablemente, Pedro IV, curioso allegador de historias de diversos países, y de Castilla entre ellos, conocía las compilaciones alfonsinas y quiso dotar a su reino de obras equivalentes.

La *Crónica* del propio monarca [75], repetidamente aludida, es la cuarta y última de las «perlas». Adopta la forma autobiográfica y fué por ello tenida por obra personal del rey. Zurita, más sagaz que los que le siguieron, sospechó que no lo era, y los documentos hallados modernamente le dan la razón y permiten reconstituir casi toda la génesis de la obra. El principal es una carta dirigida por Pedro IV en 1375 a BERNARDO DEZCOLL, en que aprueba los capítulos I-III de la crónica, por éste redactados, y le da precisas instrucciones para componer

---

74. Hasta dicho año llegaban las tres partes que vió Villanueva. Cree P. Bohigas (art. cit., pág. 77) que un ms. conservado en la Bibl. Nac., de que da noticia Domínguez Bordona en su catálogo y que contiene la tercera parte dicha, es el mismo que vió Villanueva. Da Bohigas breve noticia del contenido.

75. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2211. Remito a las monografías allí citadas para referirme en el texto exclusivamente al estado actual del conocimiento de la crónica. (No he podido consultar la reciente edición de Amadeo Pagés.)

los restantes. Otra carta de Juan I, sucesor de Pedro, escrita en 1388, confirma la participación de Dezcoll en la crónica de su padre. Se ha descubierto así un nuevo historiador, bastante bien dotado, aunque más que explayar sus propias facultades hubo de plegarse a realizar el pensamiento del rey.

Pedro leyó en su juventud la crónica de su antepasado Jaime I, a quien admiró como a santo, y ello le inspiró el deseo de hacer también su autobiografía. Como Jaime, él mismo redactó su prólogo, que en parte reproduce ideas y expresiones de aquél. Pero la semejanza acaba ahí, pues nada más opuesto a la atractiva ingenuidad del Conquistador que el orgullo y la astucia política de su descendiente. Convenía a éste justificar muchos actos crueles e injustos de su vida, y se escuda en la voluntad de Dios, como Soberano que es de los soberanos de la tierra, haciéndolo hábilmente, de modo que al esquivar la responsabilidad no resulte menoscabada su autoridad regia. Quería, no obstante, el Ceremonioso, en todo meticuloso y reglamentador [76], ofrecer su historia con extremada exactitud y precisión. El hombre que buscó para dar forma a su proyecto reunía especiales condiciones. Bernardo Dezcoll, que debió de nacer en los primeros años del siglo, había sido lugarteniente del Maestro Racional de Cerdeña en el período 1332-1353, y seguía desempeñando igual cargo en la Península. Estaba, pues, habituado al manejo de los papeles de cuentas, fuente la

---

76. No sólo muestra estos rasgos integrantes de su carácter en las minuciosas instrucciones para la composición de su crónica, sino en el detalle, poco frecuente en su tiempo, de fijar exactamente el título que había de llevar: "*Libre en ques contienen tots los grans fèts qui son entrevenguts en nostra casa dins lo tèmps de la nostra vida, començantlos a nostra nativitat.*"

más precisa; como, además, es de creer que cuando lo eligió para tan personal menester ya se habría servido de él como secretario, estaría bien penetrado de las ideas de su señor e identificado con su modo de expresión. Lo cierto es que inspirador y realizador se fundieron perfectamente, y sólo detenidos análisis permiten entrever las partes en que el rey habla por sí mismo y las que dejan más margen a la labor del secretario. Este examen convence de que tan lejos de la verdad como la opinión antigua, que atribuía la obra totalmente a Pedro, está la que la considera labor exclusiva de Dezcoll [77].

Este vivió hasta 1390 ó 91, sobreviviendo tres o cuatro años al rey, de cuyo sucesor fué consejero. La crónica quedó, con todo, sin terminar, a no ser que su última parte fuese destruída por desagradar a Pedro IV o a su hijo. Nos han llegado los capítulos I-VI y varias notas sueltas, que se suponen destinadas al VII, número que preveían las instrucciones del monarca [78]. El primero está dedicado a los años corridos desde el nacimiento del rey (1319), reinando Jaime II, hasta su coronación (1336). Los restantes, que historian la actuación como monarca de Pedro IV hasta 1366, comprenden sendos períodos sucesivos de una cierta unidad, derivada de los respectivos acontecimientos reseñados. Las notas sin ilación aludi-

77. Véase el estudio de Rubió y Lluch mencionado en la página 246. La carta de Juan I, a que ya aludí, escrita en vida aún de Dezcoll, dice que éste "*ha continuat* lo libre..."

78. Massó supone que Dezcoll se aprovechó del anhelo de Pedro por ver terminada su obra, para obtener más favores y dinero. De todos modos, parece que no era aquél muy diligente, pues dispuso, según Llabrés, de unos veinticinco años para realizar su tarea, sin darle cima; se sabe, no obstante, que después de morir Pedro IV siguió escribiendo en la crónica. En cuanto a las hipótesis que se han hecho sobre la composición de los libros IV y siguientes, y sobre el uso que de ellos hizo Carbonell, primer editor de la obra, remito a los artículos de Llabrés, Pagés y Rubió, ya mencionados.

das se refieren a los años 1374-1380. La obra tiene por mérito principal el orden, abundancia y claridad de las noticias. Gusta el autor de hacer previos esbozos de conjunto, cuyos sucesos son luego detallados en su lugar. A veces las dos referencias a lo mismo son algo prolijas y resultan verdaderas repeticiones, de lo que él se da cuenta, justificándolo por la necesidad de no perder nunca la continuidad debida. Para lograr también la perfecta comprensión de cuanto consigna, expone los necesarios antecedentes, tomándolos desde el punto que sea preciso. La información es tan copiosa que en varias partes el relato es un verdadero diario. Se da cabida a documentos, reproducidos a la letra, como las cartas cambiadas entre Pedro de Castilla y el rey aragonés, todas en castellano. Sabe, en fin, el redactor dar a su historia un innegable tono de verdad, con talento bastante para esquivar apariencias de amaño. Se comprende al leerla que no es una cosa improvisada, sino de minucioso cálculo, estando todo bien meditado y medido. Pagés dice que «es el primer modelo en España de una historia en que no han sido introducidas digresiones novelescas», y no es extraño que así sea, como basada principalmente en registros de cuentas, que dejan poco margen a la fantasía. Es, no obstante, en su seriedad, por lo concisa y clara, grata a la lectura, a lo que contribuye también, claro es, lo interesante del período reseñado [79].

---

79. Rubió, con ocasión del cap. VI, consagrado a las guerras con Pedro I de Castilla, hace una comparación con la crónica de Ayala, escrita poco después. Encuentra ésta muy superior, pues ni Dezcoll ni mucho menos Pedro IV podían, dice, igualar a uno de los más grandes historiadores de la Edad Media española, al que considera ya hombre del Renacimiento. La circunstancia de la coetaneidad y el haber conocido igualmente cuatro reyes el cronista de Castilla y el de Aragón, ha dado lugar asimismo a otros cotejos entre ambos.

De fecha incierta es un *Libre de les nobleses dels Reys,* cuyo autor se llama a sí mismo FRANCESCH y en otro lugar IOAN FRANCES, de Barcelona. La obra, inédita y difícil de fechar, se consideraba escrita dentro del siglo XIV. Su último investigador [80] piensa, no obstante, que tal vez deba retrasarse su redacción hasta mediados del XV, data aproximada al único manuscrito conocido. Es una compilación en quinientos nueve capítulos dedicados a los «nobles fets e valenties e cavelleries que feren en fet darmes e de conquestes Reys e comtes e cavallers». Empieza por Nemrot y sus hijos, la guerra de Troya, y la fundación de Roma, expuestos según las leyendas medievales, siguiendo las empresas de Hércules en Italia y España; aquí le atribuye, según la norma catalana, las fundaciones de Urgel, Vich y Barcelona, donde muere. Siguen las crónicas legendarias de los merovingios. Se reseña luego la parte nacional desde Vamba, y después de Pelayo se ocupa del nombre de los catalanes, con lo que expone la famosa leyenda de Otger Cataló [81], que, como las merovingias, trata extensamente, siguiendo, también con prolijidad, la historia de los condados catalanes. La parte castellana y la aragonesa *ante unionem* es breve; lo capital de la obra es la historia desde la unión catalana-aragonesa, que ocupa más de trescientos capítulos largos. En esta parte usa mucho de Desclot y,

---

80. Miquel Coll i Alentorn, *El Llibre de les noblesses dels Reys* (Estudis Universitaris Catalans, 1928, XIII, 40 págs.). Es un estudio muy completo que anula todos los anteriores. Massó se había ocupado de la obra en su *Hist. de Cat.*, págs. 568-572. Cirot (*Hist. gén.*, 26) la cita sólo para señalar lo excepcional que es en la historiografía catalana, por ocuparse igualmente de Castilla que de Aragón. Muñoz (*Dicc.*, art. Aragón, 29) advierte que no se confunda al autor con Juan Francés Boscán, y asigna a la obra 310 capítulos.
81. Vid. sobre esta leyenda F. Valls Taberner, *La llegenda d'Otger Cataló* (en sus "Matisos...", págs. 60-64).

sobre todo, de Muntaner, del que copia capítulos enteros de la expedición a Oriente. Acaba la obra con la coronación de Alfonso IV (1327). Es en conjunto una fusión de historia y libro de caballerías, cuyo tono predomina en varias de sus partes.

Como remate de este artículo sobre las crónicas de la Corona de Aragón, debe hacerse una breve mención de las consagradas a Sicilia. Parece que hubo varias, pues Muntaner se justifica de tratar muy sumariamente de sus conquistas por haber ya historias particulares de cada una. Pedro IV atendió, como a los demás puntos, a éste, que tanto interesaba a su reino, y se sabe que pagó a su capellán Guillermo Nicolau por una traducción, probablemente del latín, que había hecho de crónicas de Aragón y Sicilia [82]. Lo que de todo ello se ha conservado es el llamado generalmente *Anónimo siciliano*, del que hay dos manuscritos completos y uno fragmentario [83], pareciendo representar aquéllos dos traducciones diferentes de un texto latino. Zurita dice que se escribió en 1337; pero en otros códices estaba continuado hasta 1343. El italiano Amari, especializado en este período de la historia siciliana, elogia mucho el «Anónimo» por su exactitud y los documentos que compendia, en lo que recuerda a Desclot [84].

82. Vid. Massó (*Histor. cat.*, 574) y el trabajo de Rubió y Lluch sobre la elaboración de la crón. de Pedro IV, donde menciona las Crónicas de Sicilia entre las historias promovidas por el monarca.
83. Vid. *Fuentes*, art. 1806, donde se reseña uno de los mss. completos.
84. Vid. la obra citada en el art. 2124 de *Fuentes*.

3) *Anales.*

Pierde este género mucha importancia con respecto al período anterior, limitándose la producción que hemos de examinar a unas pocas piezas, que no vale la pena de clasificar.

El dominico Rodrigo de Cerrato escribió, probablemente al comienzo de este período [85], el llamado *Cronicón del Cerratense*, en latín. Consignado el nacimiento de Cristo, empieza propiamente en el año 618 y llega a la muerte de Fernando III (1252). De los veinte artículos que contiene, quince se refieren a Castilla.

De los tiempos de Alfonso el Sabio, desde 1255 hasta después de su muerte, hay unos que parecen compuestos bastante después y con un objetivo no meramente de reseña [86]. Es escrito poco conocido, por no haberlo incluído Flórez en la serie publicada. También deben de estar inéditos unos «Anales de los Reyes Godos...», de 342 a 1252, proseguidos hasta la conquista de Tarifa por Sancho IV, de los cuales da noticia Ríos, a cuya obra remitimos [87].

Corresponden asimismo a este tiempo, juzgando por sus escritos finales, los dos llamados «cronicones de Cardeña». El I, comenzado en latín, adopta en seguida el

---

85. Lo publicó Flórez en *Esp. Sagr.*, II, 210-213. Sobre el autor véase Fita en Bol. Ac. Hist., 1888, XIII, 226-237, y en sus *Estudios históricos* (Madrid, 1884-1888). Dice que el manuscrito que contiene el cronicón y las vidas de santos del mismo autor fué escrito y terminado en 1276.

86. Muñoz y Romero, al mencionarlos, con el nombre de "Cronicón de los tiempos del Rey..." (*Dicc.*, art. Castilla, 18), dice que Abella entendía que se escribieron en tiempo de Enrique II para autorizar a éste con una profecía que suponen hecha por un ángel a Alfonso X. En el mismo lugar da noticia del ms. que los contiene.

87. A. de los Ríos: *Liter. esp.*, III, 406-407.

castellano, y abraza en total desde el nacimiento de Cristo hasta 1327, pero en realidad empieza en 856, con la población de Amaya, y está todo consagrado a Castilla; debe advertirse que, a pesar de su procedencia, no menciona al Cid. En lo antiguo es simple traducción de los Anales Compostelanos, y sin duda es obra de sucesivos anotadores. Abundan en él las curiosas noticias propias del género: eclipses, riadas, pérdidas de cosechas, etc., y en su redacción es, como todos los escritos en castellano, algo menos descarnado que los latinos [88]. El II no tiene verdadera forma de anales más que en su comienzo, que arranca, como en tantos otros, de la entrada de los godos; desde Alfonso II es a modo de una crónica resumida de reinados, llegando hasta Fernando IV inclusive, sin figurar las eras de comienzo y óbito hasta Fernando III. Los temas predilectos de la épica popular apenas cuentan aquí, refiriéndose casi exclusivamente a las biografías reales, expuestas en forma esquemática [89].

Un cuarto cronicón conimbricense [90] coincide en su comienzo con el tipo que vimos predominar en la región galaicoportuguesa: entrada de los godos, etc., hasta Alfonso II, para empezar las noticias portuguesas con la toma de Coimbra por Almanzor. Apenas tiene datos de la historia leonés-castellana, y en la lusitana hay también una gran laguna, pasando de 1069 a 1229; no registra principios de reinado hasta el de San Dionisio (1279) ni tiene verdadero interés hasta el siglo XIV, de cuyo pri-

88. *Esp. Sagr.*, XXIII, 357-358 y 371-377. En latín sólo están los dos artículos primeros (Nacimiento y Pasión de Jesucristo).
89. *Esp. Sagr.*, XXIII, 358-359 y 377-381.
90. Se mencionaron los tres primeros en la pág. 142. Este se halla a continuación de aquéllos (*Esp. Sagr.*, XXIII, 337-343).

mer cuarto hay ya más noticias seguidas que en lo anterior. La fecha más moderna registrada es la de 1326.

A nombre del famoso Don Juan Manuel figura un *Chronicon* latino, que ha sido absurdamente tenido, ya por la «Crónica Abreviada», ya, incluso, por la «Cumplida» [91]. Comprende el período 1274-1329, del que da algunas noticias interesantes por únicas. No salió, seguramente, de la pluma de aquél, excelente prosista castellano y desconocedor, según él mismo, del latín; pero es indudable que en su casa se hizo, pues abundan los artículos relativos a su familia, de cuyo nombre se prescinde, incluso, a veces, como en éste: «Eadem era obiit domina infantissa in Escalona...». Tiene, pues, todas las apariencias de ser a modo de registro familiar, con otros datos de la familia real y de la nobleza, que podían interesar igualmente a don Juan; no se encuentran, por ello, las noticias de prodigios, fenómenos naturales, etcétera, habituales del género analístico, reduciéndose todo a batallas y acciones personales [92].

Algo posterior es el *Breve Chronicon Alcobacense*, que, como se ve, también está compuesto en latín [93]. Es

91. Véanse las notas 12 y 13.

92. Fué publicado por Flórez (*Esp. Sagr.*, II, 215-222) y por Baist (Roman. Forschungen, VII, 551 y sigs.). Giménez Soler (*Don Juan Manuel*, Zaragoza, 1932) opina que lo escribió don Juan o alguien por su orden y que no tiene otro carácter que el de notas destinadas a ser después utilizadas en trabajos de aquél, con la estricta mención necesaria para ser más tarde recordados—y ampliados—los hechos correspondientes, lo que apoya en un ejemplo. Ello es compatible con lo que en el texto he dicho. También ha hecho Giménez Soler, mejorando la de Gayangos (Bibl. de AA. Esp., LI), una edición del *Libro de las armas* ("Universidad", de Zaragoza, 1931, VIII, 483-516). otra obra de don Juan que recojo aquí, por no tener lugar apropiado en ninguno de los grupos de este capítulo. Trata de las armas de su linaje, de su derecho a armar caballeros y de una plática que con él tuvo Sancho IV poco antes de morir. Estas dos últimas partes contienen muchos datos históricos de interés.

93. Publ. en Mon. Portug. Hist., Script., I', págs. 20-22.

el primero de los lusitanos aquí examinados que está exclusivamente dedicado al reino portugués; empieza por el nacimiento de su primer monarca, Alfonso I (1109) y llega a 1355.

Mencionaré, en fin, los Anales Toledanos III, pieza de varias manos y de gran desorden, habiendo frecuentes retrocesos en las fechas y alteración de éstas; la más reciente que se consigna es la de 1391. Se advierte que se dejaban blancos para ser luego escritos, habiéndolo uno sido con una noticia en latín, aunque todo lo demás está en castellano. Hay también algunas repetidas en lugares diversos de la pieza, y se encuentran, además, de tan vario carácter, que habría que reproducirlas enteras para dar idea de todo su contenido. Sirve, pues, como un centón de múltiples datos, que pueden ayudar a comprobar la cronología de diversos hechos de la historia política y religiosa, pero nunca como una fuente de tema seguido [94].

En el territorio de la Corona de Aragón, Cataluña principalmente, siguieron también redactándose anales, pudiéndose dar noticia de los siguientes:

El «Chronicon ulianense» [95] contiene noticias del tipo corriente, comprendidas entre 1113 y 1285; las más extensas se refieren a la toma por los moros de la iglesia de Sta. María de Ulia (1178) y a su dedicación (1182). Casi todas corresponden a sucesos del reino. No hay completo orden cronológico.

Los llamados «Chronicon barcinonense I» [96] y «Chro-

---

94. *Esp. Sagr.*, XXIII, 366-370 y 411-424.
95. Publ. en *Marca Hispanica* y tomado de allí en *Esp. Sagr.*, XXVIII, 324-336.
96. *Fuentes*, art. 1.843.

nicon barcinonense II» [97], ambos en latín , están entre sí tan relacionados que Molinier y otros no admiten su división. Hay, en efecto, no pocas noticias contadas en ambos con las mismas palabras y el tono general es el mismo [98]. Creo que el II sea copia del I con algunas supresiones y adiciones, no siempre bien colocadas. Tal como están, comprende el I el período 985-1311, correspondiendo su primer artículo a la toma de Barcelona por los musulmanes; aunque predominan las noticias políticas, casi todas del reino catalán-aragonés, se ocupa también repetidamente de nuevas monedas y de disposiciones legales. El II abraza sólo 1136-1308 y le sigue una lista de reyes franceses [99].

El llamado «Chronicon mallorquín», simplemente porque apareció en Mallorca, se denomina en el manuscrito «Chronicon del gobierno del rey Roberto, y de sus hijos, y de algunas conquistas...» [100]. Tampoco esto responde a su contenido, sino a una cronología de reyes franceses que tiene al principio, iniciada por Roberto II (m. 1031). Los anales propiamente dichos se inician, como en el «Barcinonense I», con la toma de Barcelona en 985, y casi totalmente lo forman artículos de conquistas de ciudades de la Corona de Aragón, lo que da a la pieza una homogeneidad muy rara en su especie. Llegan a 1239, en que se registra un eclipse. Se ha observa-

97. *Fuentes*, art. 1.844.
98. Nicoláu d'Olwer publicó una antigua traducción catalana en la revista escolar "La Jove Catalunya".
99. Por no tener de momento a mi alcance la obra en que fué inserto, no hago cotejo con el otro "Chronicon Barcinonense", registrado en *Fuentes*, art. 1.864. Probablemente se relacionará con los otros de igual título, juzgando por el período que abarca (1113-1310).
100. *Fuentes*, art. 2.030 Valls (*Matisos*, pág. 123) lo considera sin duda emparentado con el *Chronicon barcinonense*.

do que estos anales completan el «Barcinonense II» y se les supone escritos en Cataluña. Lo mismo que la lista que los precede, están en latín.

También lo está un *Necrologium Gerundense*[101], que comprende el período 1102-1311[102]. Forma propiamente dos necrologios, principalmente eclesiásticos. En el primero, muy escaso de orden, se ve, no obstante, tendencia a tener en cuenta los meses, prescindiendo de los años. En el segundo la división por meses es ya expresa, constituyéndose doce artículos o capítulos separados.

El llamado *Chronicon durtusense I*[103], en fin, está en provenzal y le caracteriza una gran variedad de noticias, algunas muy curiosas[104]; es tal vez la pieza de contenido más heterogéneo que he visto. Se refiere, además, a muy diversas naciones, aunque predominan los artículos dedicados a la historia catalana-aragonesa. Comprende desde Adán hasta 1323, correspondiendo al primer cuarto del s. XIV lo más de su contenido[105].

De Navarra pueden apuntarse unos Anales en castellano, desde el nacimiento de Cristo a la Era 1234, seguidos de otros en latín, del período 1054-1284. Son muy breves y les precede en el manuscrito una genealogía

101. *Esp. Sagr.*, XLIV, 402-408.
102. En el citado texto dice "usque ad 1313", pero la fecha más reciente que veo es la de 1311.
103. *Fuentes*, art. 1.845.
104. Lo es particularmente ésta: "Adam fo en infern quatremil, et CCC. et XXXII. anys, VII. jorns, et una hora et miga". La última que contiene es ésta: "En lany MCCCXXIII, fo lo dia de la mayre de Deu de Marz lo iorn del divendres sant."
105. Muñoz (*Dicc.*, Aragón, 6) menciona el llamado "Cronicón de Zurita" por ser de éste, al parecer, las notas que en el ms. tiene. La signatura que da del códice de la Bibl. Nac., al cual se refiere, está equivocada, lo que me ha impedido verlo, a pesar de las pesquisas de rigor. Comprende, según Muñoz, el período 709-1335 (desde la entrada de los musulmanes a la muerte de Alfonso IV).

real —el género más cultivado allí—, que empieza por Sancho el Mayor y se interrumpe en seguida para hacerse la del Cid[106].

b) *Historia universal.*

Es también la iniciativa de ALFONSO EL SABIO la que inicia este género en el presente período y con vuelos de originalidad que aventajan aún a los de su compilación nacional. No contaban aquí el rey y sus colaboradores con un modelo como la obra del Toledano, que recogía en gran parte las corrientes que habían ido asomando desde el siglo XII y ofrecía así un amplio tipo suficientemente elaborado para admitir los últimos rasgos de la nueva creación concebida por el monarca. En el género universal, al contrario, no se había en realidad progresado desde San Isidoro, que, a su vez, no hizo sino repetir en su «Chronicon» los primeros ensayos iniciados por Eusebio. Los posteriores historiadores no entendieron ya lo universal sino como un precedente necesario de lo nacional, limitado al tiempo en que todavía el pasado hispánico no tenían contornos definidos, esto es, al período antiguo. Para ello les bastaba apoyarse en la historia romana, sobre la que los hechos españoles iban paulatinamente destacándose hasta poder centrar la narración en los propios monarcas de la Península. Lo que el rey Sabio planeaba excedía en mucho a esos modestos propósitos, aspirando, como en la compilación nacional, a lograr una producción que abarcase cuanto del pasado universal se sabía, a ofrecerla en una forma a todos

106. Ms. 707 (ant. D. 56) de la Bibl. Nac., ff. 95 y sigs.

asequible y a realzar, además, el sentido ético y providencialista que los cristianos habían infiltrado en la historia de la humanidad al considerarla por primera vez como un conjunto armónico.

La *General e grand Estoria* fué empezada dos años después de la de España, interrumpiéndose la composición de ésta y sirviéndose de lo ya hecho como de una fuente más. Se conjetura que ello fuese hacia 1272 y que se prosiguiese hasta la muerte del rey (1284), quedando, probablemente, sin terminar. Lo cierto es que aunque el rey aspiraba a historiar hasta su tiempo, sólo llega lo conservado hasta los padres de la Virgen, y aun en eso hay bastantes lagunas. Tan vasta composición fué planeada en varias partes, de grandes proporciones cada una y con sus manuscritos independientes; los que nos han llegado ofrecen completas la primera, segunda y cuarta; incompletas, la tercera y quinta, y un fragmento inicial de la sexta. La ardua labor de publicación no ha sido emprendida hasta nuestros días y sólo la primera parte ha visto ya la luz pública [107].

Como en la composición de la Historia de España, utilizaron los colaboradores de la General un gran número de escritos, no compilándolos seguidos, sino completando y contrastando unos con otros. El Antiguo Testamento fué incluído en su totalidad, sin prescindir de las

107. Alfonso el Sabio, *General Estoria*. Primera parte. Edición de Antonio G. Solalinde. (Madrid, 1930, folio. Centro de Estudios Históricos.) La publicación ha sido planeada, con todo el esmero que la obra merece, en cinco vols. de texto y dos de estudios. Después de la publicación del citado vol. I aparecieron varios trabajos complementarios del mismo señor Solalinde; vid. principalmente el tít. *Fuentes de la "General Estoria" de A. el S.* (Rev. de Filol. Esp., 1934, XXI, 1-28). Vid. también L. B. Kiddle, *The Prose "Thèbes" and the "General estoria": An illustration of the alphonsine method of using source material* (Hisp. Rew., 1938, VI, 120-132).

partes doctrinales, pero no se transcribe a la letra, sino que se tienen en cuenta sus grandes exégetas y, cosa completamente nueva en toda la literatura europea, se cotejan sus datos con los que ofrecen los escritores árabes, «porque la buena razón por muchos testigos testiguada mas uale»[108]. No se limita a acudir a ellos en el período egipcio de la historia hebrea, que es donde más concurso le prestaron; los aduce ya incluso al tratar del Paraíso terrenal. Josefo es también citado con frecuencia, en el curso de la obra, en calidad de fuente, y asimismo Pedro Comestor (con el nombre de «mahestre Pedro»), Orosio, Godofredo de Viterbo, etc. Usó también mucho de los autores clásicos, sobre todo de las *Metamorfosis* de Ovidio, el gran filón de noticias mitológicas, pues la General Estoria, que, como la de España, todo lo acoge, incluye a los dioses y semidioses entre los personajes reales, asignándoles su tiempo en relación con la cronología bíblica. Inicia su reseña desde la época de Abrahán[109]; así don Júpiter, rey de Creta, casó por primera vez en el año LI de Jacob; Venus vivió en tiempo de José[110], etc., y ya en el año XXXIII del caudillaje de Moisés había situado «la primera puebla de Troya». Como se ve, las dos grandes producciones históricas del rey Sabio responden a idéntica concepción, fundiéndose perfectamente en ambas lo histórico con lo

108. Pág. 748.
109. La sincronización de los hechos bíblicos y los mitológicos se debe, en primer término, a Eusebio de Cesarea.
110. Como ejemplo de la manera con que son tratados los dioses de la mitología transcribo lo que de Venus dice, mencionándola como cuarta hija de Saturno: "Esta duenna era muy ensennada e mucho apuesta, e fue muy fermosa, de guisa que vencie desto a todas las mugieres del su tiempo, e llamaronla por ende los gentiles deessa de fermosura, e de apostura, e de ensennamiento, assi como contaremos della aun mas, alli o fablaremos dond se leuanto la razón del destruymiento de Troya" (pág. 205).

legendario, que de hecho siempre deriva, más o menos deformado, de algo que fué real. Huelga decir que, al igual de la mitología y en torno siempre a la historia hebrea, acógese la de los demás imperios de la antigüedad, tomando de Orosio la exposición de «los cuatro reinos». Cuando cada uno de ellos aparece por vez primera se da previamente en conjunto la lista de sus reyes, que luego van siendo historiados en el tiempo que les corresponde. A las noticias históricas de cada país preceden también las necesarias nociones geográficas, de cuya amplitud dará idea el hecho de dedicar bastantes páginas al río Nilo. La redondez de la tierra es afirmada como punto de partida al describir las tres partes del mundo, cuyas respectivas «pueblas» expone a continuación, así como la serie de los sucesivos inventos: vestido, casas, creencias, etc. La noticia de usos y costumbres antiguos, que compara a veces con los coetáneos de la obra, da a ésta gran variedad y animación, contribuyendo también a su agrado los versos latinos que se transcriben y que son, a continuación, traducidos.

Por esta breve reseña se apreciará lo que significa esta obra, gigantesca por sus proporciones y erudición, y popular, a la vez, por la forma sencilla y atractiva en que tan variadas noticias fueron entregadas a la divulgación. El número de manuscritos conservados, que sin duda no son todos los que hubo, atestigua que obtuvo la merecida difusión; pero desde el siglo XVI [111] fué olvi-

---

111. La última obra en que se ve la huella de su lectura es el *Comentario sobre Eusebio,* del Tostado (1506-7).

dada, hasta que Rodríguez de Castro, en el XVIII, dió noticia de ella en su «Biblioteca Española»[112].

GONZALO DE HINOJOSA (m. 1327), obispo de Burgos, compuso una «Chronica ab initio mundi usque ad Alphonsum XI», título que de por sí indica el carácter híbrido de la obra. Es, pues, por el plan como por el idioma empleado, una regresión al tipo anterior a las producciones alfonsinas. Tuvo el nuevo libro la fortuna de ser traducido —por un Jehan Goulain— para el monarca francés Carlos V, versión de la que se conserva la segunda parte[113]; parece que se hizo asimismo una traducción castellana[114]. No ha logrado, en cambio, hasta ahora los honores de la edición[115]. Ajustándose al patrón corriente, forman el eje de la narración los hebreos, primero, y los romanos después, en torno a los cuales se alude a los otros pueblos, para fijarse luego en los visigodos y últimamente en los diversos reinos cristianos de la Península, con alguna noticia también de otros europeos a modo de introducción. Muestra el autor conocimiento de gran número de libros y se aplica sobre todo a mencionar hombres célebres, en particular santos y escritores, con indicación de sus obras. Se ha atribuído también a Hinojosa la paternidad de la que hoy llamamos *Cuarta crónica general*; tal asignación ha sido rechazada[116].

112. Para información más puntual de la "Grand Estoria" se acudirá con fruto a la excelente introducción de Solalinde en la edición citada.

113. Vid. A. Castan: *Les Chroniques de Burgos traduites pour le roi de France Charles V en partie retrouvées à la bibliothèque de Besançon* (Bibl. de l'Ec. des Chartes, 1883, XLIV, 264-283), artículo cuyas noticias principales reprodujo Fernández Duro (Bol. Ac. Hist., 1887, X, 438-443).

114. Vid. A. de los Ríos, *Lit. esp.*, IV, 364, nota.

115. Se conserva en el ms. P. I. 4, del Escorial.

116. Vid. Pidal, *Cat.*, págs. 141-142.

c) *Historia extranjera.*

En este tiempo empiezan a interesar los acontecimientos extranacionales de calidad apropiada para satisfacer la sed de maravilloso que las expediciones a Oriente de los cruzados despertaron en Europa. Nuestra historiografía estaba bien dispuesta para recibir este nuevo elemento, por la gran parte que en ella se daba ya a las tradiciones heroicas, sin despojarlas del ambiente novelesco que los poetas populares les comunicaron. Al incorporar ahora los temas extranjeros, la lejanía de los sucesos permitía a la fantasía explayarse con mayor licencia, y el resultado fué que de tal modo la ficción se ingirió entre los hechos reales que historia y novela confunden totalmente sus líneas y no siempre es fácil deslindar dónde acaba lo histórico y empieza el libro de caballerías [117].

La *Gran Conquista de Ultramar* [118], de fines del siglo XIII, ofrece el primer ejemplo del nuevo género. También el más señalado en el desenfado con que la fusión de historia y leyenda está hecha. El plan se ajusta al tipo de cualquier narración de sucesos reales, distribuyéndose en cuatro libros corespondientes a sendos períodos

117. Muestra del abuso de la fantasía en este tiempo parece ser una obra en que la imaginación se mezcla, no en hechos históricos, sino geográficos: *El libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo*, escrito por un franciscano a mediados del s. XIV, que publicó M. Jiménez de la Espada en el vol. II del "Bol. de la Soc. Geogr. de Madrid". Vid. M. Serrano y Sanz, *Autobiografías y Memorias*, págs. XL-XLI.

118. Se publicó en 1503, como obra de Alfonso X; pero en el magnífico ms. de la Bibl. Nac. que contiene los dos últimos libros se dice textualmente que fué Sancho IV quien lo mandó "sacar de françes en castellano". Dicha edición fué reproducida en la Biblioteca de AA. EE., vol. XLIV, con introducción de Gayangos.

bien marcados. La reseña de lo capital no se aparta tampoco de lo que las crónicas nos cuentan. Pero hábiles pretextos dan ocasión para introducir fábulas más extensas que los acontecimientos efectivos, como la del Caballero del Cisne, supuesto abuelo de Godofredo de Bouillon, la cual ocupa un cuarto de la obra; la de Carlos Mainete y la infanta Sevilla, referida también a propósito de otro caballero expedicionario, etc. Unánimemente se considera como fuente histórica principal la «Historia rerum in partibus transmarinis gestarum» de Guillermo de Tiro; pero como ésta llega a 1190 y la castellana a 1271, debió de hacerse el traslado de una traducción francesa continuada [119]. En cuanto a los añadidos legendarios, aunque el redactor castellano algo añadiese, se suponen basados también en obras de fuera, que no han de puntualizarse aquí, porque ello corresponde más bien a la historia de la novela.

JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA, ya mencionado (véase pág. 230), cuenta también obras de historia extranjera entre las que mandó escribir. Al igual de la «Conquista de Ultramar», tienen más de traducciones que de composiciones originales y aun de simples compilaciones. En tal caso se halla la *Crónica de Morea* [120], que en gran

119. A. de los Ríos (*Lit. esp.*, IV, 26) da noticia de otra *Estoria de Jerusalem abreviada* que resume la obra de Guillermo de Tiro sin intercalar las fábulas que se encuentran en la *Conquista*.

120. *Libro de los fechos et conquistas del Principado de Morea compilado por comandamiento de don Fray Johan Fernández de Heredia*... Chronique de Morée aux XIIIe et XIVe siècles, publ. et trad... par A. Morel-Fatio (Genève, 1885). Del estudio que Morel-Fatio la consagra sólo hay que rectificar el error, debido a Amador de los Ríos, al que todos siguieron, de creer que la "Crónica de los Emperadores" y la "de Morea" formaban el primer volumen de la "Crónica de los Conqueridores". Encontrada ésta posteriormente por Domínguez Bordona y por J. Vives, ambos dieron cuenta de su hallazgo, el primero en la Rev. de Filol. Esp., 1923, X, 380-388, y el segundo en el folleto consagrado a Heredia, que ya mencionamos (nota 35) en la pág. 231.

parte es sólo traducción aragonesa, más o menos modificada y en general abreviada, de una historia anónima en francés de la conquista de dicho territorio, que alcanza hasta los comienzos del s. XIV. Como la obra española prosigue la narración hasta 1377, sin duda usó de alguna otra fuente, pero no se conoce. En cuanto a exactitud histórica, ya su original francés fué calificado por M. Buchon, su editor, como «un poema romántico». De todos modos, dentro del matiz novelesco que tienen todas las obras medievales que se ocupan en tales conquistas, es interesante la nuestra, incluso para la historia nacional, por lo que ilustra la famosa expedición catalana a Oriente.

Otra de las producciones heredianas, la llamada *Crónica de los Emperadores,* es una historia del imperio bizantino desde Constantino V e Irene hasta Alejo Commeno (780-1118); fué traducida —en dialecto aragonés, como todas las obras debidas a la iniciativa del Gran Maestre— de los cuatro últimos libros del «Epítome Historiarum» de Juan Zonaras, siendo acabado el trabajo en 1393, año que también señala el códice a la «Crónica de Morea».

Asimismo deben ser mencionadas en este lugar la *Flor de las ystorias de Orient*, versión de la «Historia Orientalis» de Hayton o Héthoum, y la que se hizo del «Libro de Marco Polo». Aún tendremos ocasión de volver a espigar entre la copiosa bibliografía debida a Fernández de Heredia.

d) *Historia local.*

El franciscano JUAN GIL DE ZAMORA, preceptor de Sancho IV y uno de los historiadores citados como posibles colaboradores de su padre, ofrece, entre su caótica producción, un primer ejemplar de este género. Las notas sobre diversas ciudades que nos dejó Pelayo de Oviedo (v. pág. 119) no pueden aspirar a representarlo, y otras reseñas locales que se mencionan, son de tan precaria autenticidad que no pueden tenerse en cuenta. El libro *De preconiis civitatis Numantine*[121], por el contrario, no despierta la menor duda, sabiéndose que la compuso el fraile zamorano para solaz de su discípulo, probablemente en 1282. La obra fué concebida merced al error, entonces general, de identificar a Numancia con Zamora. Entusiasta fray Gil de su ciudad natal, ligó las hazañas antiguas de los numantinos con el importante papel de Zamora durante la reconquista leonesa, y con todo ello compuso la única de sus obras que tiene algunos visos de homogeneidad. Satisfecho de ella[122], la añadió otros capítulos y desultó el «Liber de preconiis Hispanie», ese «libro múltiple, enorme, desordenado e indigesto, carente, si no de doctrina, de elegancia y arte, que nadie podrá

121. Lo publicó el P. Fita en el Bol. de la Ac. de la Hist., 1884, V, 131-200, tomándolo del famoso ms. A 189 de la A. de la H. Aunque el artículo se refiere también al *Liber de preconiis Hispanie,* su texto no fué editado. Vid. también el libro de Cirot: *De operibus historicis Johannis Aegidii Zamorensis* (Burdeos, 1913).

122. Nuestro franciscano tenía un contentamiento de sí mismo que se transparenta en sus escritos, y que, a veces, expresa con pintoresca ingenuidad; así en la reseña que hizo de la "Traslación e Invención del cuerpo de San Ildefonso" (publ. en el Bol. Ac. Hist., 1884, V, 60-71) dice que no quiere esconder el talento que por los méritos de S. Francisco le fué otorgado, sino "super candelabrum Ecclesie collocare..."

leer sin esfuerzo y tedio»[123]; obra de la que aquí he prescindido por no encajar propiamente en ningún grupo historiográfico. La consagrada a Numancia-Zamora ostenta ya los caracteres que han de predominar en el género de historias locales, tan colmadas de ordinario de amor a la ciudad natal como ayunas de verdadera investigación sobre ella. Fray Gil destaca de las historias antiguas las ponderaciones del heroísmo numantino (l. II) y de las crónicas medievales los sucesos que se refieren a Zamora, los cuales ocupan el libro III (reinados de Alfonso III, García y Ramiro III), el IV (luchas de los hijos de Fernando I) y el V (reinado de Alfonso VI). El I lo había dedicado a los cambios de nombres de ciudades para justificar el de Numancia en Zamora; los dos últimos, VI y VII, contienen un elogio de las condiciones excepcionales de la ciudad, malogradas por las injusticias de los señores insaciables; pero pronto deja de concretarse a lo local, de que tan interesantes noticias pudo darnos, para extenderse a los «facinora» y «sediciones proditorias» de todas partes, tomando el asunto desde Lucifer, Caín, Nemroth, etc., y dando a este recorrido universal mucha más extensión que a todos los anteriores capítulos reunidos. No obstante, los tres consagrados al período medieval, copiosa sobre todo la parte relativa al cerco de Zamora, tienen interés; en lo antiguo abundan las etimologías peregrinas a que el examen de los cambios en la toponimia le daba hartas ocasiones. El latín es bastante esmerado.

Dentro de este período —con las noticias relativas al día 12 de septiembre de 1390— comenzó a escribirse

123. Cirot, l. c., pág. 31.

el famoso *Dietari* de Barcelona [124], obra que llegó a adquirir gran desarrollo e indudable interés como fuente. No es propiamente un trabajo histórico: ni crónica, ni anales. Es un registro oficial en que se anotaban los hechos de la ciudad: fiestas religiosas, entradas y salidas de naves, viajes regios, etc. Los asientos fueron aumentando en extensión e incluyéndose también en el texto documentos oficiales.

e) *Biografía colectiva* [125].

El mismo JUAN GIL DE ZAMORA cultivó también este otro género. Compuso, en efecto, gran número de biografías de santos, emperadores romanos, reyes españoles y otros personajes célebres, cuyo conjunto, bajo el nombre de *Liber illustrium personarum* o de *Historia canonica et civilis*, se ha dudado si formaba parte de una producción muy heterogénea, a que el autor se refiere con diversas denominaciones: *Archivus, Mare magnum, De mundi etatibus*, etc. [126] Debió de escribirla con fin didáctico, acaso para el mismo príncipe Sancho, como las

124. *Manual de novells ardits vulgarment apellat Dietari del Antich Consell Barceloni*. Barcelona, 1892-1922. Los vols. publ. contienen el texto correspondiente hasta el 4 de octubre de 1667.

125. De biografía unipersonal, fuera de las autobiografías reales de Jaime I y Pedro IV, examinadas entre las crónicas de la corona de Aragón, no veo en este tiempo otra muestra que las breves notas que de parte de su vida (1336-1372) dejó el arzobispo de Sevilla D. Pedro Gómez Alvarez de Albornoz. Vid. M. Serrano y Sanz, *Autobiografías y Memorias*, pág. CXLI, de donde tomo la noticia.

126. Los siete volúmenes que formaban el ms. original de Fray Gil fueron reducidos en 1707, por el P. Miguel Ordóñez, a dos, hoy perdidos. Contenían éstos el *Archivus sive Armarium scripturarum vel potius Mare magnum*, el *Liber illustrium personarum, qui est liber de Historia canonica et civile* y el *De praeconiis Hispaniae*. En la copia conservada (1.217 de la Bibl. Nac., hecha por orden de Flórez) el *Archivus* está incompleto; es, como el *Liber ill. pers.*, a modo de diccionario ordenado alfabéticamente, y en él se explican muchas cosas distintas.

dos obras *De preconiis*. De tales biografías se han publicado algunas, sueltas: las de Fernando III y Alfonso X [127], la de Alfonso IX [128], la del Cid [129] e ignoro si alguna más.

Al tratar antes de FERNÁNDEZ DE HEREDIA se aludió incidentalmente a su *Crónica de los Conqueridores*; ésta tiene su puesto aquí como biografía colectiva. Su primera parte —encontrada recientemente, como se dijo [130]— contiene, en 16 libros, las de 17 personajes de la antigüedad: Nino, Hércules, «Brutus, rey de Bretanya», Arbaus, Ciro, «Bellin et Brenyo», Artajerjes, Filipo, Alejandro, Pirro, Aníbal, los dos Escipiones, Sila, Pompeyo y César. La segunda se compone de 18 libros con 19 biografías: Antonio, Augusto, Tiberio, Trajano, Severo, Constantino, Teodosio, Atila, Teodorico, Albuino, Heraclio, Carlos Martel, Carlomagno [131], Vespasiano, Táric y Muza, Gengiskan, Fernando III y Jaime I [132]. El mismo texto de cada una señala su fuente en algunos casos, y otras se ha logrado descubrirlas. De este estudio puede

127. Las publicó el P. Fita en Bol. Ac. Hist., 1884, V, 308-327. Este dice que en la de Fernando parece copiar o compendiar al Toledano y al Tudense, que sólo llegan a la conquista de Córdoba, dejando lo demás para la de Alfonso. En el ms. se dejó en blanco media página después de la primera y dos después de la segunda, sin duda para añadir algo que no llegó a serlo.

128. Publicada también por Fita (Bol. Ac. Hist., 1888, XIII, 291-295); aunque tiene frases enteras del Tudense y el Toledano, añade interesantes datos que parecen originales.

129. La publicó Cirot en el Bull. Hispanique, 1914, XVI, 80-86. Son dos textos algo diferentes: el uno supone que procede de la colección biográfica aludida; el otro está desglosado del *Liber de praeconiis Hispaniae*. Al principio sólo discrepan sus variantes; el final sólo se halla en el de *Praeconiis*.

130. Vid. nota 120 (pág. 268). La Crónica está inédita, salvo los fragmentos que después se indicarán.

131. El texto relativo a Carlomagno fué publicado, precedido de un breve estudio, por M. Albizanda y G. Amando Melón, en la Rev. de Archivos, 1914, XXXI, 400-432.

132. Publicada con el título de *Gestas del Rey Don Jaime de Aragón* (Madrid, 1909) por R. Foulché-Delbosc. Antes había insertado un pequeño fragmento en la Revue Hispan., 1907, XVI, 282-287.

deducirse que se acudió a muy variada bibliografía. En lo antiguo, Trogo Pompeyo y Plutarco fueron muy utilizados, usándose también de Livio y de los historiadores cristianos. Para lo medieval se sirvieron también de escritos muy diversos, apelando para los dos reyes españoles a la Crónica General y a la de Jaime I, respectivamente. La «Grant Cronica de Espanya» del mismo Heredia proporcionó algunos artículos, así como las traducciones que del citado Plutarco y de Orosio se habían hecho por su encargo. La «Crónica de los Conqueridores» y la «Grant Cronica de Espanya» forman la producción hasta cierto punto original de la bibliografía herediana, por ser verdaderas compilaciones; todo lo demás son simples traducciones, según ha comprobado su monografista Vives.

f) *Historia religiosa.*

El dominico RODRIGO DE CERRATO, más conocido por el CERRATENSE (v. pág. 256), fué el más fecundo hagiógrafo de esta época. Sus *Vitae Sanctorum nimia prolixitate descriptae* forman un copioso santoral, con especial consideración de los santos españoles (*Ildefonso*[133], *Isidoro*[134], *Justa y Rufina*[135], *Zoilo de Córdoba*[136], *Torcuato*[137], *Vicente Mártir*[138]). El libro, según el P. Fita[139], se escribió y terminó en 1276, al empezar, pues, nuestro período. Son biografías breves, poco dadas a lo maravilloso y para cuya redacción debió de utilizar lo que ya

133. *Esp. Sagr.*, V, apénd. 9.
134. Ib., IX, ap. 6.
135. Ib., IX, ap. 2.
136. Ib., X, ap. 4.
137. Ib., III, ap. 4.
138. Ib., VIII, ap. 1.
139. F. Fita: *El libro del Cerratense* (Bol. Ac. Hist., 1888, XIII, 226-237).

había, como se ve en la de S. Isidoro, que compendia la del Tudense.

Pero Marín, prior de Silos, compuso unos *Miráculos de Santo Domingo*[140], primera historia religiosa en castellano de que tengo noticia. Vimos ya que Grimaldo historió al Santo a fines del s. XI, versificando luego el tema Gonzalo de Berceo. La nueva obra, en prosa, recoge los milagros operados de 1232 a 1293, en que es terminada, y da preciosos detalles de la cautividad de los cristianos en las ciudades musulmanas. El autor pone en escena a los propios cautivos, que al llegar, redimidos, a Silos, cuentan los pormenores de su prisión, ilustrando así el conocimiento de las algaradas que moros y cristianos hacían igualmente en territorio enemigo, con otras noticias valiosas para la historia política del siglo.

Otro santo también moderno, *S. Mirón* (m. 1161), canónigo regular de San Juan de Ripoll, fué biografiado en los principios del s. XIV por un anónimo, que puede suponerse perteneciese al mismo monasterio. La *Vida* está en latín y ofrece los mismos caracteres que las escritas en los períodos anteriores.

II. Historiografía musulmana.

a) *Historia nacional de al-Andalus.*

Abenalhaquim de Ronda (1261-1308), muy favorecido por los reyes granadinos Mohámed II y Mohámed III, compuso una *Historia de España*, en cuatro vo-

140. *Los miráculos romanzados, de cómo Sancto Domingo sacaba los captivos de la captividad.* Sólo han sido publ. por el silense fray Sebastián de Vergara en "Vida y milagros de... Santo Domingo Manso" (Madrid, 1736), págs. 128-230. José M. de Cossío consagra a Marín y al examen metódico de sus narraciones un interesante artículo, *Cautivos de moros en el siglo XIII* (Al-Andalus, 1942, VII, 49-112). Vid. la nota 128 del cap. anterior.

lúmenes, en que trataba de las hazañas de sus reyes, de los vicios y virtudes reales, del origen de las familias linajudas, y de los hombres ilustres en la ciencia y en la milicia. No se ha encontrado. La noticia que de ella se tiene es debida a la «Ihata» de Abenaljatib, el cual añade que contenía lo suficiente para no desear consultar más obras [141].

ABENADARÍ, escritor marroquí del s. XIII y principios del XIV, acabó en 1306 una historia titulada *Albayano al-Mogrib* [142]. Es lo más probable que su vida, de la que todo se ignora, estuviese muy ligada a España; de todos modos, le corresponde una mención por el extraordinario interés que la obra tiene, pues dos de los tres volúmenes que de ella se conocen abarcan la historia del Andalus desde la conquista hasta las Taifas, inclusive. Es trabajo de tipo erudito, hecho con abundantes detalles y mención de gran número de fuentes, muchas de las cuales estima Sánchez-Albornoz que no consultó, lo que no impide que sea un escrito muy útil por conservar muchos fragmentos de obras perdidas. En tal aspecto es el *Bayano* una de las compilaciones de estudio más fructuoso.

ABENALJATIB (Abuabdala Mohámed Benaljatib Lisanedín, 1313-1374), de Loja, es una de las grandes figuras de la España musulmana [143]. Fué visir de Yúsuf I, de cuya confianza gozó en absoluto, así como de la de su sucesor Mohámed V, y la de su valido Riduán, mu-

141. Pons, *Ensayo*, 315-316.
142. *Fuentes*, art. 826. El vol. III, que comprende el siglo XI, fué posteriormente publ. por Lévi-Provençal (París, 1930).
143. Pons, *Ensayo*, 334-347 y 398. M. M. Antuña, *Obras del polígrafo granadino Abenaljatib existentes en la Real Biblioteca del Escorial*, La Ciudad de Dios, 1926, CXLVIII, 108-110, 161-180 y 254-268.

riendo, tras de tanto esplendor, estrangulado en Marruecos. Médico insigne, filósofo, poeta, tuvo como escritor la obsesión, tan frecuente en este pueblo, de la prosa rimada. De la Historia tenía un alto concepto, que expresó en el prólogo de su historia de los nazaríes. Dicha obra, que corresponde examinar en este grupo, titúlase *Resplandor de la luna llena acerca de la dinastía nazarí* y es una de las pocas salvadas de las sesenta que, aproximadamente, escribió [144]. Su primera parte es descripción de la capital granadina y breve reseña de su conquista por los islamitas; la segunda describe las ciudades y comarcas principales del reino; la tercera trata de sus soberanos anteriores a la dinastía nazarí; la cuarta podríamos llamarla ensayo de historia interna de la región; la quinta, que se ocupa de los reyes nazaríes hasta 1363, da también la necesaria noticia de los monarcas cristianos y musulmanes con quien aquéllos se relacionaban [145]. Plan bien urdido, como se ve. Parece que el tema de esta última parte era tratado más prolijamente en otra obra, tiulada *Novedades contemporáneas, acerca de la dinastía nazarí,* que se ha perdido. Volveré a referirme a Abenaljatib en otros artículos de este capítulo.

b) *Historia general musulmana.*

Reuno aquí, porque la escasa producción conocida no requiere más divisiones, las obras dedicadas a historia musulmana, en que la de España tiene alguna participación.

144. Casiri publicó el texto y traducción latina de lo esencial. (*Bibl. ar. escur.*, II, 249-319).

145. El P. Antuña da noticia de otra obra, de Chodamí, malagueño amigo de Abenaljatib, en que se inserta una genealogía bastante completa de los nazaríes, complementando así la *Historia* de éste (o. c., 167-168).

ALÍ ABENSAID EL MAGREBÍ (n. entre 1209 y 1214 y m. 1274), de la ciudad granadina de Alcalá la Real y perteneciente a una ilustre familia de escritores, se educó en Sevilla, viajó mucho por Oriente y escribió unas 400 obras. La más importante, *Libro de la esfera de la literatura,* constaba de dos partes dedicadas, respectivamente, al Occidente y al Oriente. De la primera, conocida por el título abreviado *El Mogrib*, y formada por quince volúmenes que abarcaban el período 1135-1243, se han hallado tres: el X y el XI, que versan sobre la geografía de España, sus sabios y varios de los soberanos omeyas desde Alháquem I, y otro, que se duda si es XV o V, en el que se describen los reinos de Murcia, Valencia y Tortosa, Zaragoza, Baleares y Sicilia. Posteriormente se halló un fragmento que contiene una abreviación anónima de la parte en que Abensaid narraba el final de la dinastía almohade y el reinado de Abenhud [146]. Poco todo ello para formar completo concepto de la obra.

ABENALJATIB compuso, bajo el título de *Bordado de las vestiduras acerca de la serie de las dinastías,* un resumen histórico del mundo musulmán, dedicado a la enseñanza; lo forman una serie de poemas con comentarios y ampliaciones en prosa [147]. En él se trata más extensamente del Islam occidental. A España están consagrados el capítulo

146. Codera dió noticia de los tres vols. mencionados, en el Bol. Ac. de la Hist., 1891, XIX, 498-506, y 1895, XXVII, 148-160. E. Fagnan, del fragmento aludido, en Rev. crít. de hist. y lit., 1896, I, 337-338. Sobre el autor y sus otras obras vid. Pons, *Ensayo,* 306-310, y E. García Gómez, *Poemas arábigoandaluces* (Madrid, 1930; reprod. en 1940, Col. Austral) y *Libro de las Banderas de los campeones* (Madrid, 1942).

147. Lo publicó Casiri (Bibl., II, 177-246), dándole por confusión el título de otra obra del autor, perdida (*Las vestiduras bordadas*), error en que le siguieron Pons y otros y que ha aclarado el P. Antuña (o. c., 168-169).

6.°, sobre los omeyas; el 7.°, a los reinos de Taifas; el 8.° y 9.°, a los almorávides y almohades, y el 13.°, último de la obra, a los reyes nazaríes. El mismo plan siguió en otra obra más extensa, cuyo título (*Adornos del bordado acerca de aquellos reyes musulmanes que han sido reconocidos antes de su mayor edad*) no expresa todo su alcance, por tratarse en realidad de una historia general del Islam. Su segunda parte, dedicada a España [148], compendia la actuación musulmana desde la conquista hasta el s. XIV; es la única historia completa metódica que poseemos del islam español, y con muchas noticias nuevas, sobre todo a partir de las Taifas, aunque no siempre el autor está bien informado [149]. Como apéndice a ella añadió un resumen sobre los reyes cristianos, desde Pelayo a Enrique II [150]. Se basó en un compendio de la Primera Crónica General, hecho por un judío de Castilla y que él abrevió aún, corrigió e intercaló; lo posterior (Alfonso X - Enrique II) no se sabe si lo añadió el judío o el mismo Abenaljatib. No parece haber sido muy conocido este añadido de historia cristiana, pues Abenjaldun, que poco después se ocupó también de ésta y se queja de su deficiente información, lo hubiera utilizado. Aunque en muchos reinados es poco más que una cronología, se extiende en los temas novelescos. La parte castellana acaba consignando que Enrique II «continúa empeñado en una

148. Ha sido publicada por E. Lévi-Provençal, sin traducción (Rabat, 1934); forma el vol. III de la "Coll. de textes arabes publ. par l'Inst. des Hautes-Etudes Marocaines".

149. F. Codera, *Catálogo de los libros árabes adquiridos para la Academia en virtud del viaje à Túnez*, Bol. Ac. Hist., 1890, XVI, 393-4.

150. M. M. Antuña, *Una versión árabe compendiada de la "Estoria de España" de Alfonso el Sabio*, Al-Andalus, 1933, I, 105-154. El autor del artículo da el texto árabe y una traducción castellana hecha por él.

gran guerra civil y en constantes luchas, de las que se aprovechan los musulmanes para recobrar vida». Luego hace un resumen de los reyes de Portugal, casi reducido a sus nombres, y otro de la corona de Aragón, también muy breve.

ABENABIZARA, historiador probablemente marroquí, aunque otros le han creído granadino, parece ser el autor de *El Cartás*, nombre tomado de un jardín de los alrededores de Fez [151]. Es una historia del Mogreb desde el último tercio del s. VIII hasta 1326 de C., año al que se refiere como presente al final de su obra. Sus cuatro partes comprenden, sucesivamente, las dinastías edrisí y magraua, los almorávides, los almohades y los benimerines; según Hachi Jalifa, fué el sultán benimerín Abu Said Otmán quien le pidió que la escribiese, y con elogios a él, en efecto, se inicia y se termina el libro. La primera parte, con su historia y descripción de Fez, donde Abenabizara vivía, tiene gran interés; la cuarta, cuyos sucesos son casi todos coetáneos y de los que tenemos escasez de fuentes, es también muy interesante. La segunda y tercera muestran, al contrario, mala información y acogen absurdas leyendas. Tal es el juicio de su traductor.

Obsérvanse en el plan algunos rasgos peculiares. Después de trazar la historia política de cada dinastía, emir por emir, hay a modo de anales del período ya historiado, en los que se dan noticias de diversas clases, sin omitir las de hambres, eclipses, etc., referidas también al Andalus, que en la primera parte sólo en tales páginas

---

151. *El Cartás. Noticia de los reyes del Mogreb e historia de la ciudad de Fez* por Aben Abi Zara. Traducción castellana con prólogo y notas por A. Huici. Anales del Instituto de Valencia, III, 1918; 454 págs. En el prólogo se hallará la bibliografía anterior.

figura con alguna frecuencia. Esta, en la reseña política seguida, empieza desde la actuación de los almorávides, contándose al por menor, aunque con no pocos errores, las expediciones de éstos y de sus sucesores a la Península. La obra está en todas sus partes redactada con prolijidad: se trazan detenidas semblanzas de los soberanos, se dan listas de sus funcionarios, se insertan diálogos, se fechan los sucesos incluso con indicación de los días. El autor muéstrase fervoroso musulmán y habla de los cristianos en los términos propios de un africano fanático.

El Noguairí o En-Nuguairí (1278-1332), egipcio también, puede aquí mencionarse por su historia de España y Africa [152], incluída en una obra enciclopédica del mismo autor, cuyo título traduce Gaspar y Remiro por «Límite extremo del propósito buscado en las diversas ramas de la instrucción». La quinta y última parte de la enciclopedia está consagrada a la Historia; dentro de ella hay una sección, también quinta y última, que se ocupa de la dominación árabe en Oriente, Africa, España, Sicilia y Creta, cuyos capítulos 5.° y 6.° son los que atañen a nuestra península: al califato de Córdoba y reinos de Taifas aquél, y éste a las invasiones de Africa y España, emires dependientes de ambos países, almorávides y almohades, etc., con una lista cronológica de la reconquista cristiana de Córdoba, Valencia, Jaén, Tortosa, Lérida y Sevilla. Comprende, pues, casi toda la historia del Andalus y, aunque no tiene valor original, limitándose a compendiar escritos ajenos, es muy útil por la impre-

---

152. *Fuentes,* art. 836. En la obra allí citada se encontrará la bibliografía anterior y las indicaciones necesarias.

sión de conjunto que ofrece. Como se habrá advertido, la narración no empieza por la conquista, sino por Abderráhmen I, y después de exponer el período por él iniciado hasta las Taifas inclusive, vuelve a tomarse el hilo desde la conquista de la Ifriquia o Africa propia. El autor se justifica por la necesidad de referir la historia de la dinastía omeya en España a continuación de la abbasí en Oriente. Al terminar, dice: «En este nuestro tiempo solamente quedan a los musulmanes en la España Algeciras y las comarcas vecinas a ella. Todo eso es muy poco comparado con la porción del territorio reconquistado por los cristianos —¡quiera Dios devolvernos lo que nos ha sido tomado, y preservar lo que todavía queda en poder nuestro!—» En algunas partes la narración del Noguairí es bastante extensa e incluso se insertan tiradas de versos. Está hecha con buen orden, resume con claridad y puntualiza siempre las fechas.

Abdalá Ismail, malagueño, acabó en 1387 una historia, en prosa y verso, de los meriníes. Titúlase *Perfume de la rosa* y se conserva en El Escorial, inédita [153].

c) *Historia universal.*

Abenjaldun (Abderráhmen Benjaldun, 1332-1406) representa por sí solo este género en el período que examinamos. Aunque nacido en Túnez, se le suele incluir entre los nuestros, por ser de padres españoles, discípulo de Abenaljatib y otros granadinos, y político importante en la corte de Granada. Secretario de varios sultanes merinidas en Fez, conoció allí a Mohámed V, que le

153. La menciona Casiri (Bibl. Ar. Escur., II, 176).

trajo (1362) a Granada, donde llegó a ser su compañero inseparable y a despertar los celos de Abenaljatib. Este último le hizo tornar al Africa en 1365, pero más adelante volvió a Granada, y toda su vida fué de un ajetreo que es imposible resumir aquí. Baste decir que brilló sucesivamente en varias cortes de Africa, la última El Cairo; que sus misiones diplomáticas le pusieron en contacto con grandes personajes, entre ellos, Pedro I de Castilla y Tamerlán; que ambos le invitaron, inútilmente, a quedarse en sus respectivos países, y que siempre despertó general admiración. Pocos en tan buenas condiciones para historiar. El lo hizo, en efecto, aportando tales innovaciones que ocupa un lugar considerable en la historia de la ciencia histórica.

Su obra principal, de título muy prolijo, suele llamarse abreviadamente *Libro de los ejemplos*[154]. Abenjaldun, en la descripción que de ella hace, dice que «ha levantado el velo que cubría los orígenes de las naciones», que ha investigado «las causas que han producido el origen de los imperios y de la civilización». Señala la originalidad de su plan, que lo hace comprensible por igual para los eruditos y el vulgo. El lector no tendrá que creer ciegamente las narraciones que antes se le ofrecían, conocerá bien la historia. Se refiere luego en particular a los «Prolegómenos» y a los tres libros que forman el cuerpo de la obra. Aquéllos «contienen, dice, algunas consideraciones acerca de la excelencia de la ciencia histórica, de los principios que deben servirle de re-

---

154. Pons (*Ensayo*, 350-362 y 399-400) consagra a Abenjaldun una amplia noticia sobre el autor, la obra y las ediciones y traducciones de ésta; también traduce la descripción, interesantísima, que el propio historiador hace de su producción.

glas, y sumario de los errores en los cuales están expuestos a caer los historiadores». El libro I «trata de la civilización y de sus resultados característicos, tales como el imperio, la soberanía, las artes, las ciencias, los medios de enriquecerse y de ganarse la vida; indica también las causas a las cuales deben su origen estas instituciones». El II se ocupa «de los árabes, nabateos, asirios, persas, israelitas, coptos, griegos, turcos y romanos». El III «de los bereberes y sus parientes los zenetas».

Tal es el índice que del «Libro de los ejemplos» hace su autor. Las ideas que sobre la Historia expone en los «Prolegómenos» [155] han merecido general admiración, pues se adelanta mucho a los escritores de su tiempo, tanto por la importancia que da a la crítica más severa con que deben tamizarse los hechos, como por el interés que pone en el análisis de las causas y el reconocimiento que hace de la geografía, economía, etc., como factores históricos. La parte que da en su obra, junto a la historia política, a la evolución de la cultura, parece haber sido preocupación peculiar de los sabios árabes; recordemos que Said de Toledo, tres siglos antes, ya la mostraba. Pero Abenjaldun es el primero que se esfuerza en penetrar la relación que tienen entre sí el desarrollo de la civilización y la formación de los Estados. Por eso se consideran sus «Prolegómenos» como la primera filosofía de la historia que se ha escrito [156], con el

155. Pons transcribe un largo pasaje (*Ensayo*, 399-400).
156. Tal es la opinión más corriente. No obstante, B. Croce, reseñando la obra de M. Kamil Ayad, *Die Geschichts- und Gesellschaftlehre Ibn Halduns* (Stuttgart-Berlin, 1930), niega al historiador árabe el carácter de precursor y anticipador de la filosofía de la historia de Vico, lo que parece ser también compartido por el autor reseñado. Afirma Croce que no se corresponde la teoría de los Prolegómenos con la historia que prologan, la cual no sale del

interés, además, de estar inspirada directamente en el caso particular del Africa, tan difícil de comprender para las mentes europeas, y cuyas características explica por la coexistencia, en vez de la sucesión, de nomadismo y sedentarismo [157].

d) *Apologías y Diccionarios biobibliográficos.*

ABENHODSAIL, de cuya vida ningún dato se posee, dedicó en 1361 al rey de Granada *Regalo de los espíritus y distintivo de los habitantes de España*, en que principalmente se ocupa de sus guerreros y guerras. De la reseña que hace de la conquista ha publicado Casiri una arenga de Táric a sus soldados [158].

ABENALJATIB contribuyó a este grupo con varias obras. La conocida por *Ihata* («El círculo, que versa acerca de la historia de Granada») es la mejor de las suyas [159]. La forman biografías de los hombres ilustres que allí nacieron o estuvieron, expuestas por orden alfabético y, dentro de él, por clases sociales; comprende desde la conquista hasta su tiempo. Los artículos más extensos son los dedicados a los reyes nazaríes, en los que suele a la vez referirse a sus coetáneos de Africa, Castilla, Aragón y Navarra. Es también muy interesante

---

marco de la historiografía corriente tradicional. Opina también que la doctrina misma nada sustancial contiene que no se halle ya en Aristóteles, Polibio y otros.

157. J. Ortega y Gasset, *Abenjaldun nos revela el secreto* (*Pensamientos sobre Africa Menor*). El Espectador, vol. VIII, Madrid, 1934, págs. 9-53. La bibliografía sobre Abenjaldun es muy copiosa y fácil de conocer por la categoría universal de su figura como primer filósofo de la historia. Remitiré simplemente al estudio que le consagró R. Altamira en sus *Cuestiones modernas de historia* (1904), págs. 18-55.

158. Casiri, *Bibl. ar. esc.*, III, 26. Vid. Pons, *Ensayo*, 332-333.

159. M. M. Antuña, o. c., 114-120 y 161-164; Pons, *Ensayo*, 341-342. Casiri publicó y tradujo algunos extractos en el t. II de su *Bibliotheca*.

el prólogo, por sus indicaciones bibliográficas, y la descripción histórico-geográfica que seguidamente hace de Granada, por su buena información. El autor, bajo el título de *Libro del complemento*, compuso uno a la *Ihata*, que no lleva indicación de fecha. En 1390 apareció un compendio, hecho por el Bixtaki, escritor egipcio, que conservó casi exclusivamente las biografías relativas a hombres de letras. Las relaciones que guardan con el original éste y otros textos abreviados que existen, no han podido puntualizarse bien, porque no se posee el original mismo, sino copias incompletas.

Prescindiendo de trabajos perdidos o de finalidad más literaria que histórica, como su colección de poesías españolas con biografías de los autores, debe incluirse en este grupo otra obra de Abenaljatib, por el espíritu de encomio que la anima. Es el *Parangón entre Málaga y Salé*[160], en el que pone a la ciudad andaluza muy por encima de la africana en todos los puntos cotejados: su inexpugnabilidad, industrias, fertilidad, fama, prosperidad, población, vida económica, esplendor, edificios e hijos ilustres. En prosa rimada el original, conserva al ser traducido los rasgos poéticos de expresión en que abundan las producciones árabes.

ABENJÁTIMA (1323-1369), de Almería, dedicó también una historia encomiástica a su región natal, con el título de *Ventajas de Almería sobre los demás países de España*; la cita con frecuencia la «Ihata» de Aljatib, el cual biografió al autor, tributándole los máximos elo-

160. Publicó modernamente una traducción castellana, primera europea que de ella se hace, E. García Gómez (Al-Andalus, 1934, II, 183-196); el texto árabe había sido impreso en 1866.

gios[161]. Lo que se conserva de él es otra obra, *Descripción de la peste y medios para evitarla en lo sucesivo*[162], reseña de la famosa epidemia de 1347-49, asunto que también trató Abenaljatib, únicas historias de sucesos particulares que se conocen de este período, por lo que no vale la pena formar grupo aparte, como en el anterior. Ambos opúsculos, además, tienen principal interés para la historia de la medicina y en calidad de médicos los escribieron sus autores.

ABENFAHRÚN (m. 1396), de una familia jiennense de eruditos, es autor de una biblioteca universal que tituló *Clases de los doctores árabes* y acabó, según dice, en 1359. Contiene noticias de autores árabes y catálogo de sus obras, con indicación de las fuentes utilizadas[163].

MOHÁMED EL LAJMÍ EL GARNATÍ acabó en 1390 un diccionario, titulado *El reino de las abejas*, que comprende los principales cultivadores de las ciencias, artes y letras. Se conserva inédito en El Escorial[164].

e) *Libros de viajes y geográficos.*

EL NUXRISÍ (m. después de 1300), granadino, viajó hacia 1274 por Africa, Egipto y Siria, escribiendo el correspondiente *Itinerario*[165]. Hay en él, como es frecuente, noticia biográfica de los literatos ilustres que vivían en

---

161. Pons, *Ensayo*, 331.
162. Vid. M. M. Antuña, *Abenjátima de Almería y su "Tratado de la peste"* (Religión y Cultura, 1928, IV, 68-99).
163. Fué publ. en El Cairo, 1911. Vid. Pons, *Ensayo*, 348-349, y López Ortiz, *La recepción de la escuela malequí en España* (An. de Hist. del Der. Español, 1930, VII, 1-162), donde se alude muy repetidamente a la obra de A.
164. Casiri da noticia en su *Bibl.*, II, 69, y Pons, *Ensayo*, 348.
165. De los cinco tomos que lo formaban hay dos en El Escorial; vid. Pons, *Ensayo*, 314.

las ciudades que visitó; son asimismo interesantes los datos que consigna de las bibliotecas y centros docentes.

El Abderí, escritor de quien apenas se sabe nada, redactó el *Itinerario occidental*, relato de un viaje hecho desde Sus a la Meca en 1288, yendo y volviendo por tierra, y prolongándolo al retorno hasta la costa atlántica de Marruecos [166]. El mayor número de sus impresiones se refiere al Africa. El autor describe con la puntualidad de un viajero moderno, sabe destacar lo típico de cada lugar y da a su relato mucha gracia y animación.

De El Balagüí, que se cree era de Cantoria (Granada), hay también narración de un viaje a la Meca, hecho en 1335-1339 [167]. Después de recorrer Tremecén, Bujía, Argel y Túnez, se embarcó aquí para Alejandría, yendo por tierra a la ciudad santificada por el Profeta; a la vuelta se detuvo mucho tiempo en Alejandría y en Túnez. Como otros, da noticia de los que moraban en las ciudades recorridas. Abenaljatib le elogia, pero no deja de satirizarle también por sus largos plagios.

Abenchozai (1321-1356), granadino también, no es propiamente autor, pero sí redactor, de otro libro de este género, y de los más celebrados. El viaje lo realizó el tangerino Abenbatuta, y con las notas por éste dictadas escribió aquél el itinerario, por encargo del sultán de Marruecos, de quien era secretario. Abenchozai era hombre muy distinguido en varias ramas del saber. La composición del libro referido la realizó en menos de tres meses.

---

166. Pons, *Ensayo*, 310-313, donde se insertan también varios pasajes como muestra.

167. Noticia del autor y la obra, y de los ejemplares conservados de ésta, en Pons, *Ensayo*, 330-331.

Abenaljatib mostró también su fecundidad en varias obras de este carácter. En la titulada *Evacuación de la alforja sobre lo agradable del viaje a país extranjero*, cuenta un recorido que hizo por las provincias y ciudades marroquíes desde Salé, adonde se había retirado en sus últimos años, acompañando al destronado Mohámed V de Granada [168]. En otro libro, más breve, refiere en prosa rimada una excursión a las provincias orientales del reino granadino [169], con descripción de las ciudades y aldeas que va encontrando. Otro, *El justo peso de la experiencia*, describe 34 ciudades del mismo reino y varias de Berbería, conteniendo después cosas ajenas al género de viajes; indudablemente se trata de opúsculos independientes, como ya ha sido advertido [170].

168. Casiri citó dos vols. de esta obra, que tenían en El Escorial los núms. 1.750 y 1.811, diciendo que eran los tomos II y III. El 1.811 no está ya allí; pero el P. Antuña, en el artículo citado sobre los mss. escurialenses de Abenaljatib, págs. 174-177, conjetura que ambos eran ejemplares del mismo tomo II, cuyo contenido reseña.

169. Casiri, a quien siguen Pons (*Ensayo*, pág. 343) y otros, lo llama "Viaje a Africa y su regreso a España", pero el P. Antuña puntualiza su verdadero tema. Se refiere también a la edición hecha por Müller (t. I, págs. 14-41, de sus *Beitraege zur Geschichte der westlichen Araber*), hecha sobre otro códice escurialense.

170. La parte relativa a las ciudades granadinas fué publicada por Simonet en las págs. 8 y siguientes de su *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los naseritas*, edición que completó Müller, con cotejo de otros códices, en sus *Beitraege* citadas; añadió también lo relativo al Africa. El P. Antuña considera las partes relativas a las ciudades granadinas y las africanas como dos opúsculos independientes, y aparta asimismo los tratadítos ajenos a que aludo en el texto.

CAPITULO IV

Ayala y la historiografía desde su tiempo hasta el Gerundense.

(Hacia 1395 - hacia 1480.)

En esta nueva etapa no cuenta ya realmente la historiografía árabe, en tanto que la cristiana prosigue en su camino ascendente. En la producción castellana la innovación se confina ahora en la manera de tratar los temas coetáneos. La pluma de un gran político acierta a exponer los sucesos de su tiempo con una hondura y sagacidad que parece relegar a un pretérito lejano la ingenuidad de los cronistas anteriores. Partícipe activo en la vida pública, las luchas de banderías le arrastran como a todos, y a la vez que ello aguza su sensibilidad para percibir los más escondidos matices de los sucesos le adiestra en su exposición, con la que logra que el lector los enjuicie bajo su guía, sabiamente disimulada. Nada de esto se había hecho antes y no muchos supieron hacerlo después. Pero aunque el aporte fuese meramente personal, como debido a dotes individuales, su huella quedó en la manera de historiar, y arraigó por la frecuencia con que, desde este tiempo, se aplicaron al me-

nester de historiador hombres curtidos en la vida pública, teóricos, además, de la ciencia política.

La habilidad que muestra Ayala al exponer los acontecimientos históricos palpitantes, despliéganla otros escritores de este mismo período en trazarnos expresivos retratos de los hombres con quien convivieron, en vez de aplicarse, como era antes lo habitual, a repetir los rasgos de los personajes antiguos, ya estereotipados en innumerables semblanzas. La biografía de contemporáneos, igualmente la colectiva que la individual, no sólo podemos decir que nace ahora, sino que nace casi perfecta. Incluso ofrece ya un esbozo de memorias personales[1].

Otro género de la historiografía aplicada a lo presente, que ahora irrumpe con gran brío, es la reseña de sucesos particulares no políticos, con la que podemos relacionar asimismo el libro de viajes. Todo esto da al conjunto de la producción que aquí vamos a examinar un porte muy moderno. Habremos de considerar muchas páginas que no hubieran recibido distinta factura escritas por hombres de nuestro tiempo.

¿A qué se debe este avance? Como es bien sabido, el impulso del Renacimiento no esperó en España a ser recibido de fuera. El conocimiento de los clásicos antiguos no se había nunca eclipsado del todo, y, en lo que respecta a los historiadores, ya en el capítulo anterior se señalaron varios que los compiladores —Heredia más copiosamente— mencionaban como utilizados. Desde el comienzo del s. XV su consulta se intensificó y es larga la

1. Véase el reciente artículo, muy interesante, *Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida,* por José Luis Romero, en "Cuadernos de Historia de España" (Buenos Aires), 1944, I-II, 115-138.

lista que de escritores antiguos, latinos sobre todo, poseían nuestros autores [2]. La frecuencia creciente de relaciones internacionales y la ávida curiosidad que empezaron a despertar los países alejados del reducido espacio en que hasta ahora se desenvolvía la vida de la generalidad, renovaron también los temas, atrayendo la atención de los hombres de pluma hacia sucesos sin trascendencia política ni otro interés que el que les diese su sabor local o pintoresco.

Si en el tratamiento de las épocas pasadas, de los orígenes hispánicos, sobre todo, se hubiese marcado un progreso paralelo, el período en que entramos abriría una nueva era. Pero no se advierte aún nada equivalente. Siguen en vigor, refundidas de vez en vez, las mismas compilaciones; se acude siempre a las mismas fuentes y se las mutila o interpola como antes. En este punto sí habrá de esperar la historiografía española influjos de fuera para afinar su crítica y despertar su cautela, empezando a desconfiar de las fábulas que satisficieron su ingenua curiosidad. Lograda ya desde este período la modernización de la historia contemporánea, veremos en las páginas sucesivas que el problema de lo antiguo estará siglos aún sin resolver y que será la manera de enfrentarse con él lo que principalmente nos servirá en adelante para enjuiciar a los historiadores. Unos se allanarán a seguir repitiendo los mismos mitos y aun a ampliarlos con nuevas invenciones; otros mostrarán un saludable escepticismo y preferirán dejar en blanco las épocas que aquéllos llenaban y no historiar hasta hallar

2. Vid. Cirot, *Hist. gén.,* 38-40.

terreno firme; algunos acudirán de nuevo a las escasas noticias de los geógrafos e historiadores antiguos para completarlas con cautas deducciones. El grupo de estos últimos puede considerarse iniciado por un escritor del propio siglo XV, en que vamos a entrar, el llamado Gerundense, y la nobleza del propósito bien merece que se encabece con él un nuevo período —en lo demás mera continuación del estudiado en este capítulo—, si bien ello obliga a separar historiadores que correspondería examinar juntos.

Junto a la breve síntesis trazada de la historiografía central, no es mucho lo que puede decirse de la producción histórica en los otros reinos peninsulares. La Corona de Aragón, que tan espléndidos frutos dió en el período precedente, no ofrece ya cultivadores que apliquen su esfuerzo al tema coetáneo. Es la historia general lo que ahora les atrae, produciendo una serie de sumarios de escasa originalidad. El cambio se advierte también en la mayor atención prestada al pasado del resto de España, debido sobre todo a la difusión alcanzada por la obra del Toledano. Abunda, pues, el tipo de compilación, en que la historia catalana-aragonesa es precedida por unos cuantos capítulos dedicados a la antigüedad hispánica y al período visigodo, seguidos en algunos casos de breves reseñas de los Estados del centro y oeste en la época de la Reconquista. La principal atención, claro es, se concede en tales obras a sus reyes propios, y en especial a los coetáneos; pero reinados tan interesantes como son los que llenan este tiempo, desde Juan I a Fernando el Católico, merecían cronistas particulares que pusiesen verdadera pasión y nervio al historiarlos.

Sólo en parte colmó Alfonso V esta laguna rodeándose de humanistas italianos; sus trabajos latinos, hechos con arreglo a cánones universales, distan mucho de suplir el calor y entusiasmo de las crónicas nacidas en el país, y al leerlos no se puede recordar sin nostalgia a los vigorosos cronistas de los tiempos de Jaime I y sus sucesores hasta Pedro IV.

En Navarra no nace hasta ahora su historia nacional. Inexplicable retraso en un reino que sintió, más que ninguno, el orgullo de una antigüedad ilustre. Las obras que aparecen son crónicas generales; en la más importante precede a la parte navarra una noticia de la historia hispánica del tipo corriente.

El orden con que serán considerados los distintos géneros nos lo marca su importancia respectiva y sus relaciones mutuas. Las obras de historia coetánea conviene tratarlas ya como grupo aparte y situarlas en el primer lugar. Con las compilaciones y sumarios de todo tipo, incluyendo junto a las puramente nacionales los que tienen parte universal, se formará un segundo grupo. Las reseñas de sucesos particulares irán a continuación, seguidas, a su vez, de las de viajes. Las biografías colectivas, las individuales y las memorias autobiográficas constituirán luego sendos grupos, acabando con una breve alusión a la historia extranjera y la religiosa. Se advertirá en varias obras la dificultad de encuadrarlas en una especie determinada, como cumple a géneros nuevos, aún no bien definidos.

I. Historiografía cristiana.

a) *Historia nacional contemporánea.*

1) *Castilla.*

Pedro López de Ayala (1332-1407), estimado desde muy joven por Pedro I, de cuyo partido pasó en 1366 al de Enrique II, recibió de éste, de Juan I y de Enrique III crecientes muestras de aprecio, que culminaron en el cargo de Canciller mayor de Castilla, conferido por el último. Su vida fué muy azarosa: cultivó las armas, la política, la diplomacia; conoció el destierro y por dos veces el cautiverio, como prisionero de guerra[3]; se explayó, en fin, en el ejercicio de las letras. Los frutos de esta ocupación fueron: el *Rimado de Palacio*, heterogénea colección de poesías religiosas y profanas, informadas éstas por un amargo pesimismo; algunas traducciones de las que interesa especialmente la de varias «Décadas» de Tito Livio, por lo que influyeron en su modo de historiar, y sus *Crónicas* de los reyes contemporáneos de Castilla[4], amén de trabajos sobre su propio linaje.

Las crónicas, que debió de redactar seguidas en sus últimos años sobre notas ya tomadas, comprenden los reinados completos de Pedro I, Enrique II, Juan I y los

3. El marqués de Lozoya (*El Cronista don P. L. de A. y la historiografía portuguesa,* Bol. Ac. Hist., 1933, CII, 115-157) trata de la cautividad de Ayala en Portugal y de lo que se refiere a sus crónicas en relación con los historiadores lusitanos, en especial Fernao Lopes, el primer cronista del país.

4. *Fuentes* (y "Apéndice"), arts. 1.390, 1.458, 1.465 y 1.479. Además de lo allí indicado, convendrá leer el estudio que Menéndez Pelayo, gran admirador de Ayala, le consagra en su *Antología de poetas líricos,* t. IV, págs. 9 y sigs. En 1931 se publicó una selección de la *Crónica del rey D. Pedro,* con prólogo de G. Díaz Plaja.

seis primeros años de Enrique III: en total, pues, el período 1350-1395 [5]. Como puede suponerse, el gran problema lo constituía para él la figura de Pedro I, cuyo partido abandonó, junto con su padre, al iniciarse sus reveses. Créese, además, que la crónica fué redactada con un cierto carácter oficial, a la medida, pues, de los Trastamaras entronizados [6]. Cierto que las constantes violencias del rey, justificantes del desvío de muchos de sus servidores, allanaban el camino al cronista; era, con todo, difícil de esquivar el peligro de mostrar parcialidad. Pero aquí se empleó su pericia consumada de político. Sin lanzar un reproche, sin que los desafueros del monarca provoquen en él reflexiones ni comentarios, con la impasibilidad del que refiere sucesos que en nada le atañen, Ayala va tejiendo una reseña implacable, en la que ninguna enormidad es omitida, pero en la que no han podido hallarse falsedades ni exageraciones. Supliendo sagazmente su propia condenación, añade alguna vez que doña María de Padilla «non se pagaba de las cosas que el Rey facía», acusación indirecta mucho más formidable que cuantas él pudiera lanzarle, por tratarse de la mujer locamente amada. Resuelta así la dificultad primordial, su hondo conocimiento de la materia historiable,

5. En la edición de la Bibl. de AA. EE. sorprenderá ver repetido el final del reinado de Alfonso XI en el comienzo de la de Pedro I, sin que los editores parezcan haberse dado cuenta de la duplicidad, o, por lo menos, sin justificarla. El autor de esa parte repetida es, sin duda, Ayala, que, como antecedente para la crónica de éste, reseñó el reinado de su padre, rápidamente en la parte historiada en su crónica, y con alguna mayor prolijidad desde el sitio de Gibraltar, por lo que esta parte, de que aquélla carecía, sería incorporada a ella, sin perjuicio de repetirla al iniciar la obra de nuestro Canciller.

6. Vid. H. Petriconi, *La "Historia de Don Pedro I", de Mérimée, y la Crónica del Canciller López de Ayala*, Investigación y Progreso, 1931, V, 54-55. Se refiere a otro artículo, éste de E. Fueter, en las Mitt. des Inst. f. oesterr. Gesch., XXIV, que no he podido ver: en él se afirma el carácter oficioso de la crónica de Ayala.

bien servido por sus dotes de psicólogo y observador, logró trazar un cuadro vigorosísimo que muestra ese período de la historia española con un dramatismo raras veces alcanzado. Como notó Menéndez Pelayo, con poco más que «adobar» a la moderna la crónica de Pedro I «compuso Mérimée un libro de historia que compite con sus mejores novelas».

Los otros reinados, menos dramáticos, no producen tamaña impresión; pero en las cuatro crónicas se aprecia por igual la labor eficaz del excelente conocedor de la política de su tiempo, observador curioso de todo. El acabó con la crónica medieval e inicia la historia a la moderna, que no se detiene en lo exterior, sino que aspira a penetrar en las almas. En ello se anticipó un siglo a los extranjeros [7]. La renovación se advierte tanto en el modo de historiar como en el interés que pone en los temas sociales y administrativos, antes letra muerta para los cronistas, como lo que nos explica de las behetrías, del funcionamiento de las Cortes y otros datos análogos [8]. Para completar la visión de conjunto, inserta también noticias de la historia extranjera coetánea. Conoce, en fin, el secreto de dar amenidad al relato, aligerando la exposición, intercalando coloquios y breves discursos, que parecen reales y no tienen la apariencia de amañadas arengas al modo clásico. Mayor valor y eficacia

7. Para Dubler, que coincide en este juicio, la profundidad y refinamiento logrados por Ayala, no hallados en el resto de Europa hasta mucho después, atestiguan el avance espiritual de España, con sus notables muestras de un pre-Renacimiento (o. c., página 25).

8. Frueter dice, no obstante, que "Ayala, al contrario que su antecesor, el autor de la Crónica de *Alfonso XI*, suprimió de su exposición medidas de administración interior que no se prestaban bien al empleo de la retórica (por ejemplo, la reforma de las monedas"). (*H. de l'hist. m.*, 279).

tiene aún la sobria expresividad con que cultivó la semblanza de personajes, dejándolos dibujados en enérgicas líneas, tan eficaces como una minuciosa biografía [9]. Introduce asimismo otros elementos, como las dos supuestas cartas de un moro granadino, «grand sabidor e grand filosofo», cuyos consejos a Pedro I son expresión de la sagacidad y talento político del historiador. Este recurso obedece, sin duda, al propósito de esquivar todo asomo de su personalidad, por lo que omite también su nombre al transcribir el magnífico discurso que pronunció en las Cortes de Guadalajara de 1390 contra el proyecto de Juan I de dividir el reino para poder aspirar al trono portugués.

La imparcialidad de Ayala, defendida briosamente por Zurita, está hoy generalmente reconocida. Hubo, no obstante, otra versión del reinado de Pedro I, que varía esencialmente de la de Ayala en algunas partes, la cual fué incluída en dos obras de que nos ocuparemos más adelante [10] y aprovechada para una justificación del monarca, fraguada al parecer por descendientes suyos en el s. XVI [11]. En cuanto a la crónica de Enrique III, de-

9. J. L. Romero subraya el papel de Ayala en la gestación de ésta, entendiendo que es en su obra donde "hace su aparición formal un tipo de retrato que reconoce y supone el interés del individuo como tal y que se complace en presentarlo con sus más típicas modalidades, no sólo en cuanto actor del drama histórico, sino también como mero ejemplar de humanidad". (Artículo cit. en la nota 1 de este capítulo.)

10. Son éstas la hoy llamada "Cuarta Crónica General" (v. página 318), y la refundición, hecha en tiempo de Enrique IV, del Sumario atribuído al despensero de doña Leonor (v. p. 320).

11. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.408. Sobre este tema, que no merece que aquí le dediquemos mucho espacio —"cosas harto baladíes" las llama Menéndez Pelayo—, puede verse, además de la noticia que se da en la edición del "Semanario Erudito", la que ofrece Floranes en su "Vida literaria del Canciller", volúmenes XIX-XX de la Col. de doc., inéd. También es de sumo interés la noticia que se da en *Progresos de la historia en Aragón*, de Uztarroz y Dormer (*Fuentes*, art. 1695), l. II, cap. XIV, donde

jada por él en 1396, aunque parece que la reina viuda y el infante Fernando de Antequera, tutores de Juan II, dieron orden de continuarla[12], no tomó el hilo el cronista —que debió de ser Alvar García, de quien seguidamente nos ocuparemos— hasta 1406, año en que Enrique enfermó y murió. La parte, pues, que consagra a éste el historiador de su hijo y sucesor debe ser considerada como el habitual preliminar de la crónica de Juan II, no como continuación de la que Ayala hizo de su padre[13].

La *Crónica de Juan II*, que, tras ese intervalo de diez años, vino a reanudar la historia oficial, abre un período que contrasta, por la abundancia de cultivadores, con la escasez de los cuatro anteriores reinados, salvada sólo por la excelsitud de la figura de Ayala[14]. La nueva crónica ha llegado a nuestras manos formada de varias partes de distintos autores, por lo que se usa mencionarla como anónima. No editada hasta 1517, en que la dió a luz Lorenzo Galíndez de Carvajal, hubo que acogerse al texto que éste ofreció y a los datos por él mismo consignados. Según ellos, la obra había sido refundida por Fernán Pérez de Guzmán y sufrido cambios

se inserta la correspondencia cambiada entre Zurita y el deán don Diego de Castilla, defensor de tal versión del reinado e impugnador de Ayala.

12. Vid. Ríos, *Lit. es.*, VI, 216.

13. He aclarado este punto en el texto porque Ríos y Cirot inducen a error por la forma en que aluden a la supuesta continuación de la obra de Ayala. Supliendo la falta de ésta se insertaron en la edición de la Bibl. de AA. EE. unos brevísimos anales tomados de los de Sevilla, citados por Zúñiga; a esta ciudad se refieren casi todas las noticias, que tampoco se proponen, ni mucho menos, continuar el relato del Canciller.

14. De la Crónica de Juan I, por el hidalgo Juan de Alfaro, a que se refieren Ríos (*Lit. esp.*, V, 259-260) y Rosell (Bibl. de A. E., LXVIII, p. VII) no tengo más conocimiento que la vaga noticia que da el primero y reproduce el segundo. Parece que tampoco la conoció aquél directamente, sino a través de unas líneas reproducidas en el *Cuadro de la lit. esp. de la Edad Media*, de Clarus. Según su referencia, tal crónica abrazaba sólo los seis primeros años de reinado, hasta Aljubarrota.

del propio Galíndez. La asigna éste por elementos: una crónica de los años 1406-1420, de Alvar García de Santa María; una continuación, 1420-1435, que Galíndez atribuye con dudas al célebre poeta Juan de Mena, también «cronista» de Juan II, y el resto, en fin, 1435-1454, que dice fué hecho como simples anales por Pero Carrillo de Albornoz y presentado como propio, con algunas adiciones, por Lope Barrientos, obispo de Cuenca. Añade que también tomó Guzmán un largo escrito de Diego de Valera sobre D. Alvaro de Luna. Termina diciendo que entre imprimir los varios componentes tales como él los conocía, antes de sufrir los cambios de Pérez de Guzmán, o dar la refundición de éste, optó por lo último, movido por la estimación en que Isabel I la tenía. Con ello privó a la crítica moderna de base segura para enjuiciar aisladamente cada parte y abrió la puerta a numerosas conjeturas, añadiéndose nuevos nombres de posibles colaboradores.

Modernamente se han ido aclarando las cosas. Se ha encontrado el texto genuino de Alvar García, comprobándose que historió, no hasta 1420, sino hasta 1434, aunque en esa segunda parte no figura el nombre del autor: ésta ha sido ya publicada [15]. También acaba de serlo la obra de Carrillo y la refundición de ella hecha por el obispo Barrientos, con lo que han desaparecido las

15. En Col. de doc. inéd., XCIX, 79-495, y C., 3-409. Se promete allí la publicación de la otra parte (1406-1419), pero hasta ahora sigue inédita. Morel-Fatio (en su Cat. de mss. españ. de la Bibl. Nac. de París, pág. 50, núm. 144) dió noticia de una crónica de 1406-1416, que suponía fuese un fragmento de la de Alvar García, presunción que más tarde ha confirmado. (Vid. G. Cirot, en el Hom. a Men. Pidal, I, pág. 360. Después ha publicado Cirot algunos pasajes para que se aprecien los considerables cambios que el texto sufrió en la edición de Galíndez: Bull. Hisp., 1926, XXVIII, 150-154).

dudas que suscitaban[16]. Quedan aún, no obstante, las que ofrece en conjunto la obra publicada a nombre de Pérez de Guzmán, habiendo motivos para pensar que no son de él los cambios introducidos en sus elementos. Veamos las dos partes conocidas.

ALVAR GARCÍA DE SANTA MARÍA (m. 1460), de una ilustre familia de judíos conversos, de varios de los cuales habremos de ocuparnos, fué el autor de gran parte de la crónica y parece seguro que a él se deban también los veinticinco capítulos preliminares consagrados al final de Enrique III[17]. Historió Alvar concienzudamente. Tal vez no haya crónica tan pormenorizada como la suya. Escribe también con gran imparcialidad y se ha pensado que tal vez ello movería a Don Alvaro de Luna a sustituirle como cronista en 1434, con deseo de hallar panegirista más halagador. Por quien muestra efusiva admiración es por D. Fernando de Antequera, «el más humano e más gracioso de todos, e más franco de quantos Principes en España habían conoscido»; durante el

16. De tal obra se ocuparon Léonardon y Morel-Fatio en un artículo (inserto en el Annuaire de l'Ecole Prat. des Hautes Et., 1895), que no he tenido ocasión de ver. Posteriormente se refirió a ella el P. Manuel Martínez (*Una crónica inédita de don Juan II de Castilla,* en "La Ciudad de Dios", 1911, LXXXVI, 90-105) Años después S. Rivera Manescau ("Bol. Ac. Hist.", 1927, XC, 90-102) daba cuenta de un hallazgo más importante: una copia de la obra, de mano de Zurita. Al fin, Juan de M. Carriazo, tras un cotejo detenido de los tres textos por aquéllos descubiertos, ha logrado determinar el verdadero carácter de cada uno, publicando separadamente, con preciosos estudios previos, la obra original de Carrillo, que titula *Crónica del Halconero de Juan II,* y la *Refundición* de la misma, hecha por Lope Barrientos; el otro texto conocido, abreviación de aquélla, manuscrita por Zurita, lo describe simplemente y transcribe sólo las partes de interés. Los dos volúmenes dichos forman los tomos VIII y IX de su Colección de Crónicas Españolas (Madrid, 1946). Sobre ellos basaré la breve noticia que daré en el texto.

17. V. pág. 299 de la presente obra. Tal vez esta parte no pasase por mano de Galíndez, cuyo prólogo va a continuación de ella, como si sólo afectase al relato del reinado de Juan II.

tiempo de su elección y reinado en Aragón, el cronista se olvida totalmente de Castilla, y hasta el año de su muerte (1416) no reanuda la historia castellana, lo que censura Galíndez en su prólogo diciendo que algunos opinaban que más era crónica de Fernando que de Juan II.

El cotejo del texto de Alvar García con el de la refundición publicada por Galíndez acusa cambios considerables: se reduce extraordinariamente el número y la extensión de sus capítulos, se altera esencialmente la narración en muchas partes [18] y sólo algunos pasajes cortos guardan completa paridad. ¿Quién pudo permitirse tan radical mudanza en el texto del cronista oficial, que ocupó altos cargos y gozó de excelente reputación? Pérez de Guzmán, a quien lo achaca Galíndez, fué muy amigo del autor, le elogió en el prólogo de sus «Generaciones y Semblanzas» y ambos se dedicaron mutuamente libros. Además se declara en dicho prólogo incapaz, por falta de preparación, para historiar propiamente el reinado, y es difícil que en los pocos años que sobrevivió hubiese acometido una labor tan grande. Por otra parte, tendría que haberla realizado en vida de Alvar, porque los dos amigos murieron próximamente a la vez. La afirmación de Galíndez no puede, pues, aceptarse fácilmente y el problema de la atribución del texto editado en 1517 sigue sin resolver [19]. Sólo la participación de Alvar

18. El texto refundido trata de hacer a Luna mucho más odioso que el texto original, que, sin inclinarse al ditirambo, manteníase, no obstante, en un sereno término medio.

19. Ríos (*Lit. esp.*, VI, 210) niega en absoluto la participación de Guzmán; Cirot (*Hist. gén.*, 6 y 7) cree que no hay razones serias para dudar de Galíndez, pudiendo considerarse la crónica compuesta por los que cita, con reservas sobre Juan de Mena, y revisada,

García, como primer autor, y la de Galíndez como retocador último o único de la crónica, son seguras. Esta debió de circular, probablemente en su forma primitiva, antes de 1460, pues a ella alude la particular de D. Alvaro de Luna, escrita ya en esa fecha.

PEDRO CARRILLO DE HUETE, que desempeñó el oficio de halconero mayor del rey y cuya participación en varios sucesos del período 1420-1441 ha logrado fijar Carriazo, compuso o terminó su crónica después de la muerte del monarca (1454). Perdidos el comienzo y el final de la obra —falta, también, de algunas partes intermedias— sólo puede extenderse el período historiado a los años 1420 a 1450. La narración no es tan corta como la declara Galíndez, que sólo conoció y usó la abreviación ya aludida. No es labor de altos vuelos, pero sí concienzuda, habiendo insertado Carrillo, más o menos completos, cerca de doscientos documentos, entre los que su reciente editor ha tenido hallazgos del mayor interés. Avalora también la obra —exenta, por lo demás, de toda pretensión literaria— la intimidad con el rey que al autor deparaba su cargo, y la fidelidad e integridad moral con que realizó su cometido. En cuanto a don LOPE BARRIENTOS (1382-1469), es figura de relieve como obispo, catedrático y político de altos cargos. El arreglo que hizo de la obra de Carrillo, digno de conocerse junto a ésta por el papel que Barrientos desempeñó en los sucesos referidos, abrevia,

---

y, sin duda, aumentada por Guzmán; Menéndez Pelayo (*Antol.*, V, LVIII) no ve en la prosa de la crónica la mano del escritor genial que fué Pérez de Guzmán, el cual, probablemente, no llegó siquiera a leerla. Más recientemente, Silió (*Don Alvaro de Luna*, p. 25) vuelve a la atribución a Guzmán, pero sin aportar datos nuevos; incluso parece desconocer la edición de la Col. de doc. inéd. y sigue adjudicando a Mena, "aunque ello no es seguro", la parte de 1420-35.

amplifica o completa los diversos pasajes, que a veces también conserva sin variación. Comienza con un prólogo, que en su mayor parte reproduce el que puso Pérez de Guzmán a sus «Generaciones y Semblanzas». El texto se inicia con un suceso de 1398 y queda sin terminar historiando el año 1439. Huelga decir que la preocupación estilística, así como la de orientar el relato a favorecer la propia actuación, tienen mucho más parte en la refundición que en el ingenuo escrito del halconero.

Diego Enríquez del Castillo (m. 1480), capellán, consejero y cronista de Enrique IV, continúa la serie oficial reseñando dicho reinado [20]. Histórianlo asimismo, desde un punto de vista opuesto, otros dos escritores que examinaré en el capítulo siguiente.

Castillo, por afecto, o por adulación, actuó de panegirista. La tarea de elogiar a Enrique no era muy hacedera, máxime si se comienza en tono mayor, como él hizo, ponderando el valor godo y lamentando la falta de estilo apropiado a la grandeza del tema que va a acometer. Pero la insignificancia del monarca y el desairado papel que hubo de hacer en todo el curso de su vida no arredraron al cronista, que nos presenta a un rey de elevados pensamientos y honda elocuencia, cuyos discursos le arrancan encomiásticas exclamaciones. También la clemencia y la religiosidad de Enrique, tan lejanas como las otras dotes de la realidad expuesta por los demás historiadores coetáneos, son ensalzadas de continuo por su devoto secuaz. Ello unido al ambiente de falsedad que comunica a la obra el abuso de retórica, las

20. *Fuentes*, art. 1.548.

continuas arengas, los apóstrofes y todas las muestras de afectación [21], resta mucho a su valor como fuente imparcial. Con todo, dice cosas a que no se hubiera atrevido en vida del rey, y se sabe, en efecto, que retocó su obra después de morir aquél. Tal como la conocemos, es muy útil, pues en parte coincide con los escritos adversos y en otros casos ayuda al lector a percibir la verdad entre opuestas interpretaciones. Así el retraimiento del rey de las luchas con moros, que Palencia explicará por amor a ellos y odio a los cristianos, lo justifica Castillo por el piadoso deseo de evitar derramamiento de sangre; pero el hecho en sí queda sentado igualmente por ambas partes, y ello mismo ocurre en los principales motivos de desaprobación que el monarca ofreció [22]. A su impotencia, ni alude apenas, y para él la Beltraneja siempre fué «la hija del Rey», si bien la conducta de la reina Juana es vituperada por el cronista como harto deshonesta. Condena también a casi todos los que rodeaban a Enrique, y ello le sirve para achacar a desgracia, y no a culpas propias, cuantos males le ocurrieron, siendo esto lo que da el tono a los años postreros del reinado. La muerte del monarca le inspira una amonestación a todos los soberanos para que consideren el ejemplo de este alto prín-

21. He aquí uno de los pasajes característicos de su estilo, en que comenta un intento de varios caballeros para apoderarse del rey: "¡O falsa deslealtad de vasallos, feo pensamiento de súbditos naturales, deshonesta empresa de caballeros súbditos, cruel atrevimiento de caballeros, que tal osadía atreviades e presumiades emprender, para desdorar la nobleza de vuestra sangre! Decidme pues agora, indiscretos varones, ¿quién defendiera vuestra limpieza, quando vosotros la destruíais sin temor de haber infamia? ¿Quién sostuviera vuestra honra, quando vosotros la denostábades, sin recelar vituperio? Baste, pues, saber de vosotros que vos plascía perder lo que ninguno vos podía dar, e queríades abatir lo que jamás recobraríades."

22. En lo que discrepan Castillo y Palencia, sin armonización posible, es en el punto de la religiosidad, que aquél le atribuye en alto grado y éste niega en absoluto.

cipe que tantas adversidades hubo de sufrir, y ello pone fin a la crónica. Esta, muy breve al principio, es prolija y detallada a partir de 1468. La diferencia es debida a que el manuscrito de lo historiado hasta entonces le fué cogido por partidarios de Alfonso, salvándole a él de la muerte su calidad de clérigo.

2) *La Corona de Aragón.*

La historia monográfica de reyes coetáneos está aquí representada por tres humanistas italianos, atraídos al servicio de Alfonso V (1416-1458) por el esplendor cultural de su corte y la regia protección.

Lorenzo Valla (romano, 1407-1457) estuvo en la corte citada doce años de su madurez y consagró una de sus muchas obras al padre de su mecenas, titulándola *Historiarum Fernandini Regis Aragoniae libri tres* [23]. Según el uso humanístico [24], Valla no entra en su tema sin hacer una previa disquisición, que dedica a fijar el carácter de la Historia. Considera madre de ella a la oratoria y asigna a los historiadores su misión propia, en que entran por mucho los discursos, las reflexiones y demás recursos de la escuela, con cuyo concurso puede poner a aquéllos por encima de los poetas y los filósofos. Traza a continuación una sinopsis geográfico-histórica de Europa, que le lleva a la de España, concretándose al fin en Aragón; también en este punto muestra otra faceta de su escuela: la preocupación por la toponimia y la

23. *Fuentes,* art. 2.471, donde se colocó por descuido entre las obras sobre Fernando el Católico.

24. En algunos puntos se apartó, no obstante, Valla de los cánones humanistas; vid. Fueter, *Hist. de l'Hist. mod.,* 45.

etimología. El libro I comprende la actuación de Fernando en Castilla y acaba diciendo que la narración va a pasar a «la otra España». Toma, en efecto, en el II la historia de Aragón desde que la muerte del príncipe priva a Martín de heredero directo, siguiendo una amplia exposición de los sucesos que condujeron al trono a Fernando y de los comienzos de su reinado. El III reseña el resto y acaba con una semblanza. Huelga decir que todo es elogioso.

Aunque el historiador no recibió la impresión inmediata de su héroe, dispuso de elementos para consagrarle un relato muy detallado, componiendo con ello y abundantes arengas una extensa obra, en que predominan las anécdotas de la vida privada sobre los temas propiamente históricos. Con todo, se ha acudido mucho a ella por reseñar un período tan debatido de la Corona de Aragón.

Los otros dos humanistas aludidos aplicaron su esfuerzo historiográfico al propio Alfonso V. ANTONIO BECCADELLI (1394-1471), más conocido por el PANORMITA, como nacido en Palermo, perfeccionó en latinidad al monarca, brilló en su corte y recogió sus *Dicta aut facta memoratu digna*[25]. BARTOLOMÉ FAZIO (m. 1457), también llamado a Nápoles por Alfonso, le historió como rey de dicho país[26] y le dedicó un *De viris aevi sui illustribus liber*[27].

---

25. *Fuentes,* art. 2.287. Con los mismos datos de impresión (Pisa, 1485) veo citada la obra en italiano.

26. Titúlase la obra *De rebus gestis ab Alphonso primo Neapolitanorum rege commentariorum libri decem* y se imprimió en Lyon, 1560. Muñoz (*Dicc.,* Aragón, 10) menciona un ms. de fines del XV, conservado en la Academia de la Historia con la sign. E 98. Ríos (*Lit. Esp.,* VI, 397) dice que Fazio, "vencido de sus instancias" [de Alfonso] escribió "la relación de sus empresas, procurando imitar la suelta y pintoresca frase de Livio".

27. Sobre ambas obras de Fazio v. Fueter, o. c., págs. 46 y 118.

b) *Compilaciones y sumarios generales.*

1) *Castilla.*

En tanto que los cronistas oficiales redactaban la historia contemporánea, otros escritores seguían aplicándose a la retrospectiva, basándose en las compilaciones y crónicas ya existentes.

Por el tiempo en que Ayala escribía las suyas, el DESPENSERO DE LA REINA LEONOR, esposa de Juan I [28], componía un *Sumario de los reyes de España*, desde Pelayo a Enrique III inclusive. Hasta Alfonso V usó mucho de otro sumario ya mencionado [29]; en lo restante es mucho más copioso que aquél. En los reinados de Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI se refiere explícitamente a sus crónicas; no cita, en cambio, en los siguientes las de Ayala, que sin duda no conoció, y a pesar de ser tan cercanos a él los abrevia mucho, habituado a trabajar sólo sobre materiales ajenos. No obstante, si el pequeño espacio que consagra a Juan I y Enrique III no puede llamarse crónica, avaloran esa parte detalles de interés de los que no suelen consignarse; incluso se reproducen ingenuamente las palabras con que las gentes del pueblo comentaban las regias decisiones. Por lo demás, toda la obra revela muy escasas letras en el autor, así como falta de discernimiento para escoger los pun-

28. El Marqués de Mondéjar (*Mems. de Alf. el Sabio*, p. 90) dice que no fué despensero de ésta, sino de doña Catalina, mujer de Enrique III, y que se llamaba Juan Rodríguez de Cuenca. En el texto prefiero adoptar la forma con que generalmente se le conoce. Sobre la edición y mss. de la obra, vid. *Fuentes*, art. 1.025 y 1.026.

29. Vid. pág. 235.

tos a que da cabida en ella[30]. En el capítulo siguiente daré noticia de una refundición que se hizo del Sumario.

La llamada *Crónica de 1404*[31] sigue, cronológicamente, a la obra del Despensero. Comprende desde la creación hasta el año citado, esto es, dos años antes de la muerte de Enrique III, y fué hecha por un anónimo portugués, que comenzó su compilación en castellano (capítulos 1-8) y empleó después su lengua nativa. Para el principio de la obra, hasta Ramiro I, se desconoce la fuente que utilizó, pero puede asegurarse, por lo que hizo en el resto, que se limitaría a transcribir alguna ya existente[32]. La parte Ramiro I - Fernando III es simple reproducción de la «Crónica general en gallego», examinada en el capítulo anterior[33]. El compilador añadió una versión de la «Conquista de Ultramar», que difiere bastante —por exceso y, sobre todo, por defecto— de la publicada. En fin, los reinados postreros, desde Alfonso X, son tratados tan brevemente que algunos monarcas se limita a mencionarlos. Esto último es, no obstante, lo más interesante de la obra, porque hay noticias que difieren de las de sus crónicas. La parte antigua es muy deshilvanada, sucediéndose distintos temas de sorprendente heterogeneidad.

También es portugués un sumario que corresponde,

---

30. De sus dotes literarias puede dar idea este pasaje del reinado de Enrique II: "Allá donde él andubo fuera de los Regnos andubo él tan honrado por los otros Regnos e tierras por do él andubo, como nunca en ningún tiempo de los pasados andubieron ningunos de los Infantes fijos de Reyes fuera de sus Regnos como lo él andubo por las otras tierras extrañas, con muchos nobles Caballeros de Castilla, e de otros Regnos..."

31. *Fuentes*, art. 68. Débese su conocimiento al Sr. Menéndez Pidal, que consigna en el artículo allí citado cuanto de ella se sabe.

32. Apoya esta presunción el hecho de que la introducción está tomada de la del *Corpus pelagianum*, a la que no es creíble fuese a acudir un autor del s. XV.

33. Página 230.

por su fecha final, situar aquí. Es el quinto de la serie de anales que con nombre colectivo de *Cronicón conimbricense* publicó Flórez[34]. Se diferencia de los anteriores por el idioma —aquéllos están en latín— y por su mayor extensión. Los artículos empiezan en 1296, pasando a 1332, como si enlazasen con los anales anteriores, que llegan a 1326, y siguen con bastante regularidad hasta 1406. Registran las noticias habituales en el género: sucesos políticos, hambres, prodigios, terremotos, milagros, etc., de Portugal y de Castilla. Abundan las ampliamente expuestas, más propias de crónicas que de anales. En una nota correspondiente a 1402 figura el autor, Fernando González, canónigo del convento de Santa Cruz, de Coimbra —en un libro en pergamino del cual convento están las cinco partes del Cronicón—.

Don Pablo de Cartagena o de Santa María (1350-1435), hermano de Alvar García (v. pág. 302), convertido en 1390, obispo de Cartagena y después de Burgos, contribuyó con una *Suma de coronicas de España* al género que estamos examinando[35]; alcanza a 1412, fecha de la coronación de Fernando I de Aragón, con quien le unió, como a su hermano, gran amistad. Empieza por la población de las tres partes del mundo e inicia luego los soberanos de España por Hércules, siguiendo la cronología que vimos en la Primera Crónica para adaptar la mitología a la historia hebrea. La parte cartaginesa y la romana —exceptuado el suceso de Numancia— es muy

34. *Esp. Sagr.*, XXIII, págs. 330-356; la parte quinta ocupa las 14 últimas. Está en las páginas 343-356 de dicho volumen. Los cuatro anteriores fueron examinados (págs. 142 y 257).

35. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 69. El discurso del P. Serrano allí mencionado fué después ampliado en su libro *Los conversos D. Pablo de Santa María y D. Alfonso de Cartagena...* (Madrid, 1942).

breve, empezándose, según lo habitual, a dar más extensión desde la parte goda y mayor en la Reconquista. En el curso del relato el autor cita las fuentes que va utilizando, hasta Ayala inclusive [36]. Amador de los Ríos cree que la obra se hizo para instrucción del príncipe Juan (II), lo que es muy verosímil por el tono de la narración. También tiene carácter didáctico su poema de las *Edades del mundo* (más conocido por el nombre de las «Edades trovadas»), de tipo más universal que la *Suma* y que por su fidelidad a los datos históricos se acerca más a este género que a la poesía; lo ofreció a la reina Catalina, por lo que hay que situarlo antes de 1418, en que ésta murió [37].

De la «Suma de las coronicas» se conoce un compendio que comprende el período 343-1454, o sea hasta la muerte de Juan II; más que verdadera abreviación, casi imposible por lo resumida que la Suma estaba ya, es una copia con supresiones y el añadido final indicado. Unos la atribuyen al mismo don Pablo, otros a su hijo, Alfonso de Cartagena.

A este tiempo puede corresponder otro de los muchos sumarios que por ahora se hicieron; titúlase *Choronica general de España desde el año de 721 hasta el de 1415* [38] y fué hecho, como la anterior, sobre la Crónica de 1344, tan fecunda en vástagos en toda esta época.

---

36. En la parte anterior a las crónicas de reinados, según ha comprobado Cirot, se inspiró principalmente en Rada, salvo en el relato de los primeros tiempos, en que se atuvo más al plan de la Primera Crónica.

37. Lo publicó Ochoa en el vol. LI de la *Col. de Aut. Españ.*, de Baudry. Menéndez Pidal lo incluye entre los compendios que utilizaron la Crónica de 1344 y encuentra analogía entre su plan y el de la Crónica de 1404. En los mss. que ambos manejaron el poema aparece dedicado, no a doña Catalina, sino a Juan II.

38. *Fuentes*, art. 70.

Comienza por Pelayo, cuya elevación al trono pone en el año dicho. La característica de la obra es el mucho espacio que dedica a los linajes, así como a las leyendas relativas a los personajes más populares, ocupándose con gran extensión de Bernardo del Carpio, Fernán González, el Cid, etc. Del interés que concede a la genealogía da también idea el tener al comienzo, a continuación de una lista alfabética de los reyes que comprende, otra de los apellidos y linajes de que da noticia.

De distinto tipo, porque el relato general sólo es marco para encuadrar una verdadera novela histórica, es una obra compuesta hacia 1430. El autor fué PEDRO DE CORRAL, hermano menor del conde de Ribadeo. Los manuscritos ofrecen su producción con distintos títulos; el que mejor responde al contenido es el de *Genealogía de los Godos con la destruycion de España,* si bien la narración sigue hasta el reinado de Enrique III, inclusive. Pero lo verdaderamente interesante es el reinado de Rodrigo. Lo anterior, en que expone la sucesión de los reyes visigodos según la refiere el Toledano, y lo posterior, resumen de los reinados del período de la Reconquista, parece sólo un medio de autorizar las novedades que introduce en el período de la invasión musulmana. Esa parte es la que, con nombre de «Crónica del Rey don Rodrigo» se ha impreso repetidamente [39], más conocida en las historias literarias por «Crónica Sarracina». Juzgándola con más severidad de la que merece por su carácter, que es propiamente el de un libro de caballerías, cuya moda empezaba a desarrollarse, Fernán Pérez de Guzmán la reprueba indignado, en el ya mencionado pró-

39 *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 773.

logo de las «Generaciones y Semblanzas», con frase que ha adquirido no poca celebridad[40]. Que la condenación es excesiva lo juzgarán cuantos lean las páginas de Corral, en las que acumula tantos indicios de que se proponía tratar novelescamente el tema que nadie puede llamarse a engaño. Allí se aducen fantásticas autoridades de nombres extravagantes, como en los libros de caballerías; se hacen llegar a la corte de Rodrigo personajes de todas partes del mundo, que, como sus damas, recuerdan también por sus nombres los de los poemas caballerescos, y las descripciones de justas y torneos ostentan asimismo la fantasía de las obras de pura ficción. Pero el mérito de Corral está en haber revestido de este ambiente fantástico los hechos que encontraba en las fuentes de que disponía y en haber calado más sagazmente que nadie la psicología de sus héroes[41]. La base de su relato del reinado de Rodrigo, aunque amplificándolo mucho con los recursos de su fantasía, es una nueva traducción de la crónica del moro Rasis, hecha a principios del s. XIV con añadidos de indudable procedencia épica. Ya en esta versión había adquirido el tema de Rodrigo un tono novelesco; pero fué Corral quien acertó a desarrollarlo, y lo logró en tal medida que cuando, cerca de dos siglos des-

40. Guzmán cita como primera causa de la poca fe que suele concederse a las historias el que "algunos que se entremeten de escrebir e notar las antigüedades, son hombres de poca vergüenza, e mas les place relatar cosas extrañas e maravillosas, que verdaderas e ciertas, creyendo que no será habida por notable historia que no contare cosas muy grandes y graves de creer, ansí que sean mas dignas de maravilla que de fe, como en estos nuestros tiempos hizo un livlano y presumpcioso hombre llamado Pedro de Corral en una que llamó Coronica Sarracina, que más propiamente se puede llamar trufa o mentira paladina..."

41. Menéndez Pidal, que tan concienzudamente ha estudiado el desarrollo de la leyenda de Rodrigo, dice que "ningún poeta posterior vió tan hondo en el carácter del rey", y que vió también, con trágica grandeza, el tipo del traidor Julián. (*Floresta*, I, 107-121.)

pués, intentó superarlo Miguel de Luna, quedó muy por bajo de él. Tenemos, pues, disimulada en una compilación de tipo general la primera novela histórica española, que en su fondo real —o tenido entonces por tal— no dejó de servir de base a muchos sumarios posteriores. El resto de la obra, aunque más fiel a la historia, pasó mucho más desapercibido y ha continuado en igual oscuridad.

Un Fernando de Salmerón, simple escribiente acaso, acabó en 1433 una obrita de tipo mixto, de texto seguido, primero, y de anales hasta 1419, después. Dice haberla escrito, por orden de su señor el arzobispo de Sevilla, en Córdoba, a la cual y a otras ciudades andaluzas se refieren los sucesos anotados, que empiezan en el reinado de Rodrigo y acaban en el año indicado. El texto que precede a los anales contiene «una vida legendaria de Cristo» y «una noticia de las principales fechas de la historia romana y eclesiástica, conteniendo por extenso la leyenda de Trajano» [42]. Como se ve, responde al tipo, tan frecuente en este tiempo, de sumarios heterogéneos.

Hacia 1440 se hizo una *Refundición de la Crónica de 1344*, en la que, ajustándose al creciente afán por lo maravilloso, se exagera la tendencia que a ello mostraba ya la obra refundida. El nuevo compilador se valió de la versión posterior de ella [43], en algún manuscrito, acaso, incompleto por el final —reinados de Alfonso VIII y siguientes—, pues en esta parte siguió a la «Crónica de Castilla». Puede conjeturarse que era cristiano nuevo, por la manera de hablar de los judíos, y que vivía en Toledo, a la que menciona con frecuencia. Da valor a

---

42. M. Pidal, *Cat.*, págs. 203-204.
43. Vid. la nota 17 de la pág. 222.

la obra el apoyarse a veces en narraciones poéticas perdidas. También usó, sin duda, para el reinado de Rodrigo, de la misma versión de la crónica de Rasis que utilizó la «Crónica Sarracina»; un cotejo entre ésta y la Refundición muestra que no copió la una a la otra, sino que ambas se sirvieron de aquel texto. Para detalles del contenido puede acudirse a la descripción que hace su descubridor [44].

ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO (m. hacia 1470), más conocido por el ARCIPRESTE DE TALAVERA y como autor del «Corbacho», contribuyó también a la bibliografía de sumarios históricos con su *Atalaya de las Chronicas* [45]. Su título marca ya el propósito del autor: contemplar los sucesos como desde una eminencia para percibir sólo lo más relevante, y la brevedad con que los anota le impide desplegar aquí la excelente prosa que avalora el Corbacho. Respecto a la fecha, hay disparidad entre los manuscritos, como es frecuente, por alcanzar unos más reinados que otros. Uno de la Biblioteca Real señala la de 1443 y alcanza hasta el final de Juan I [46]; pero hay otro en el Museo Británico, que comprende hasta los reinados de Enrique III y Juan II, o sea hasta 1454, añadido que probablemente es obra del mismo Arcipreste [47]. Las afinidades que en la parte de Juan II se encuentran con las «Generaciones y Semblanzas» de Pérez de Guzmán, plantean uno de tantos problemas de originalidad

44. Lo fué, como de todas las derivaciones de la Primera Crónica, el señor Menéndez Pidal, del que proceden también los datos apuntados en el texto. Vid. *Cat.*, págs. 155-161.
45. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 67.
46. Vid. el citado art. de *Fuentes* y Pidal, *Cat.*, 167-169.
47. Vid. Cirot, *Note sur l'Atalaya de l'Archipretre de Talavera.* (Homen. Men. Pidal, I, 355-369). Más tarde, en unas *Notes complémentaires,* publicó los cap. finales, años 1448-1454. (Bull. Hisp., 1926, XXVIII, 140-150).

y atribución que los finales de las compilaciones suelen suscitar. En el caso presente, Cirot descarta la posibilidad de que el autor de esta parte de la *Atalaya* hubiese utilizado el libro de Guzmán y establece la inversa como muy probable. En cuanto a la anterior, que comienza desde el período visigodo, el autor se inspiró para éste en San Isidoro, por quien sentía gran veneración (véase pág. 352); en lo restante, han podido establecerse analogías —con la Crónica Sarracina en el reinado de Rodrigo [48], con la Tercera Crónica, por lo menos en el relato de los infantes de Lara [49]—, suficientes para conocer que acudió a las fuentes habituales.

Hacia 1450 fué hecha una *Refundición de la Tercera Crónica,* de la que se conoce un manuscrito [50]; el texto comienza por la invasión de los vándalos, alanos y suevos y termina con la muerte de Vermudo II. Para la historia literaria tiene el interés de referir la leyenda de los infantes de Lara, no sirviéndose del original refundido, sino de un segundo cantar de gesta, que casi copia, conservando la rima.

ALFONSO DE CARTAGENA (m. 1456), hijo y sucesor en el obispado de Burgos de D. Pablo de Santa María, contribuyó a esta serie de arreglos y compilaciones con una *Regum Hispanorum, Romanorum Imperatorum, Summorum Pontificum, necnon Regum Francorum, anacephaleosis,* que alcanza hasta el mismo año de su muerte [51]. Como se ve, con esta obra volvemos al empleo del latín,

---

48. Vid. Fitzmaurice-Kelly, *Lit. Esp.,* 4.ª ed. españ., 89.
49. Vid. Pidal, *Ley. Lara,* 74-75.
50. Bibl. Nac., ms. F. 85. La descripción la hizo el mismo señor Pidal, *Ley. Lara.* págs. 74 y 405.
51. *Fuentes,* art. 73.

abandonado desde el Toledano. ¿Significa ello en don Alfonso un propósito renovador? En el contenido de su historia no se halla otra novedad que la de consignar, paralelamente a la de los reyes españoles, la cronología de los otros soberanos a que el título se refiere, así como la de los obispos de Burgos, a lo que alude el propio autor con cierta satisfacción.

La innovación es, sin duda, interesante, pues aunque hemos visto ir arraigando el uso de insertar noticias extranjeras en las crónicas de lo coetáneo, tiene mucha utilidad la consignación de las «Concurrentia» en un sumario de los tiempos pasados [52]. Este empieza con las usuales nociones geográficas y pasa muy rápidamente por los períodos antiguos, en los que la brevedad le exime de cargar mucho la mano en el espinoso tema de los reyes primitivos. Inclúyelos, empero, así como acepta a los «Almonizi», expulsadores de los griegos y desplazados ellos a su vez por grandes masas venidas de Alemania e islas vecinas, que aquí dominaron hasta la llegada de los cartagineses. Desde este punto se aparta menos de la realidad y tras un breve recorrido de la época puno-romana hasta César, del cual salta a las invasiones germánicas, se ocupa con más detenimiento del origen de los godos y en adelante consagra sendos capítulos, generalmente muy breves, a los reyes visigodos y astur-leonés - castellanos. Estos le dan ocasión para introducir también las regias estirpes de los otros reinos peninsula-

52. Creo, no obstante, que Cirot (*Hist. gén.*, 18) valora con exceso la innovación. "Alphonse de Carthagène, dice, avait compris l'intérêt de l'histoire universelle. "Homo sum, nihil humanum alienum puto", répétait-il avec une hauteur de vues qu'expliquent à la fois son origine, son rôle d'évêque et ses goûts d'humaniste."

res. Los papas y los emperadores empiezan a ser consignados desde el capítulo consagrado a Atanarico, el primer rey godo; los reyes franceses, desde el correspondiente a Valia; los obispos de Burgos, desde Alfonso VI. La indicación de unos y otros se hace al final de los capítulos, y se prescinde de ella cuando el reinado español es demasiado breve.

Por lo demás, esta breve recapitulación («anacephaleosis») sigue en todo las normas generales de la época. Usa, asimismo, de las fuentes habituales —la Crónica de 1344, especialmente—, sin aportar innovación en sus noticias. Si ha de considerarse, pues, al autor precursor de la escuela humanística, habremos de apoyarnos sólo en su empleo del latín, con el que estuvo sin duda familiarizado por sus cargos diplomáticos y su notable participación en el Concilio de Basilea. Don Alfonso gozó de gran consideración y es muy elogiosa la semblanza que le dedicó Pulgar, en la que pondera su pulcritud de alma y de cuerpo. Se le debe también la formación de dos escritores insignes que examinaré en el siguiente capítulo [53].

La hoy llamada *Cuarta Crónica General* [54], última derivación conocida de la compilación alfonsina, debió de componerse muy poco después que la «Anacephaleosis»,

53. Diego Rodríguez de Almela y Alfonso de Palencia. Añádase aquí, bajo la fe de Pulgar, que Alfonso de Cartagena fué un arzobispo modelo; que logró establecer la paz luso-castellana como embajador en Portugal; que escribió sobre filosofía moral y teología, y tradujo a Séneca por orden del rey. De sus discursos, los que han adquirido más notoriedad son los en que defiende el derecho de los reyes castellanos —frente a los portugueses— a la conquista de Canarias, y la preeminencia de Castilla sobre Inglaterra en el Concilio de Basilea. Cultivó también la poesía caballeresco-amorosa, tan en moda (Puymaigre, *Cour. lit. de Jean II*, I, 216-223).

54. *Fuentes*, art. 60.

hacia 1460. Alcanza hasta 1455, en que fueron trasladados los restos de Juan II. Zurita la llamó «Compendio o Abreviación de las historias de Castilla que se ordenó en tiempo de D. Juan el Segundo», indicación anónima que marca bien su carácter. Con menos exactitud, los editores de la obra la publicaron, basándose en el manuscrito utilizado, como traducción y continuación de la «Historia Gothica», de Rada, hecha por D. Gonzalo de Hinojosa [55] hasta su tiempo (m. 1327) y proseguida por un anónimo. Por sustituir al nombre de Hinojosa el de Ayala en otro manuscrito, se ha pensado también en repartir entre ambos la paternidad del trabajo, añadiendo la participación de D. Alfonso de Cartagena, cuya fecha de muerte convenía muy bien con la del término de la obra [56]. La única realidad segura es que es ésta una de tantas compilaciones hechas en este tiempo, para la cual se utilizó una traducción ya existente de la crónica del Toledano [57], ampliada con ayuda de la Abreviación (perdida) de la Primera Crónica y el segundo tomo de la Crónica de 1344. En los últimos reinados, aunque se acudió a las crónicas particulares conocidas, hay mucho cuya procedencia se ignora. En esta parte descuella el capítulo consagrado a Pedro I, que, aparte de su concisión, discrepa esencialmente de la versión de Ayala en varios puntos, en los que se atenúan mucho las culpas del monarca [58].

---

55. Vid. la pág. 266, en que se trató de este escritor.
56. F. Fita, Bol. Ac. Hist., 1898, XXXIII, 248-249.
57. En mi trabajo sobre las versiones de éste, citado en el mencionado artículo de *Fuentes*, identifiqué la que había servido para la Cuarta Crónica, siendo la que allí llamo "versión interpolada". Allí me refiero también con más detalle a los puntos que interesan de esta compilación.
58. He aludido ya a esta nueva historia de Pedro I al ocuparme de Ayala, en la pág. 299.

Un cotejo de los diversos manuscritos de la Cuarta Crónica muestra que, tal como nos ha llegado, es obra de colaboradores sucesivos, que en parte se limitaban a reproducir otras copias y en parte las modificaban y proseguían. Sólo dos manuscritos contienen el reinado de Juan II, totalmente diferente en ambos, que en lo demás concuerdan en absoluto, y aunque pudiera pensarse, como término común, en el reinado de Enrique III, final de varios manuscritos, tampoco hay completa coincidencia hasta ese capítulo. Es obra que necesita aún un estudio detenido y una buena edición crítica.

A poco de terminarse la Cuarta Crónica se hizo, con ayuda de ella, una *Refundición del Sumario del Despensero*[59]; de aquélla se tomaron los reinados completos de Pedro I y Juan II y parte del de Juan I. Las otras variantes introducidas tienen procedencias diversas. Se ha comprobado que una interpolación hecha en el relato de Sancho II está tomada de un romance conocido; pero hay partes cuyo origen se ignora aún y que provisionalmente hay que considerar como propias del refundidor. Esta compilación debió de circular más que la Cuarta Crónica, pues los que usaron, con fines de descargo, de la reseña del reinado de Pedro I se refieren siempre a la Refundición[60], en vez de mencionar la obra de que aquélla fué copiada.

Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), obispo

59. Las variantes que ofrece la refundición respecto del sumario refundido pueden verse en la edición de éste, habiéndolas consignado Llaguno en notas al texto. Véase lo que del Sumario dijimos en las págs. 309 y 310. Puede verse también la introducción de Llaguno.

60. Dicho más exactamente, se refieren a la obra del Despensero, sin puntualizar que no es en ella, sino en esta refundición, donde se halla el escrito utilizado.

de Palencia, escribió, entre una larga serie de obras, una *Historia Hispanica*[61], en latín, como la reciente de Alfonso de Cartagena. Pero no es a éste a quien sigue, sino al Toledano. Se propone, dice, que lo que un Rodrigo (Rada) había hecho hasta su tiempo, lo prolongue él, otro Rodrigo, hasta el suyo. Busca, pues, dar un carácter todo lo nacional posible a su obra, en cuya primera parte, después de pasar rapidísimamente por los reyes fabulosos y la dominación de griegos, cartagineses y romanos, se aplica a los germanos invasores. Reseña a continuación la formacion de los distintos reinos peninsulares que existían en su tiempo, incluso Portugal y Granada. Esta consideración de conjunto es, sin duda, algo nuevo en la historiografía de esta época, que no se apartaba en nada del patrón fijado ya para estos sumarios. A él se ajusta también Ruy Sánchez en las tres partes restantes de su obra, en las que dedica sendos capítulos breves a los reyes visigodos y astur-leonés-castellanos hasta parte de Enrique IV. Pero parece tratar de justificar la limitación al reino central por lo mucho que pondera su supremacía en la Península, que tal vez nadie ha proclamado tan explícitamente y con tanta insistencia[62]. Que aspiró a historiar lo más seriamente que estuvo a su alcance

61. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 74.

62. Cirot, que se interesó mucho por el tema del concepto de la supremacía de León-Castilla en los historiadores, cita de Ruy Sánchez tres testimonios. Del cap. 6.º de la parte I: "El primero y principal reino de España es el que hoy se llama reino de León y de Castilia; él es el centro de España, y los reyes de los demás reinos son originarios de él. Este reino aventaja a los otros, no sólo por la situación, sino por la población. En efecto, de las seis provincias que contiene España, comprende cuatro: la Cartaginense, la Lusitania, la Betica y la Galecia." En el cap. 16 insiste el autor sobre el origen godo de los reyes de Castilia. En fin, del tono del cap. 17 da idea bastante su título: *Quomodo in regno quod hodie appetatur Castellae et Legionis residet titulus et nominatio regum Hispaniae.*

revélalo su cultivo de la epigrafía latina, actividad tan rara aún en el siglo XV [63]. El autor confía también en su conocimiento *de visu* de muchos lugares, recorridos con ocasión de misiones diplomáticas. Se le ha censurado, en cambio, por los nombres equivocados que asigna, sobre todo, a varios reyes visigodos, así como el uso de palabras que el latín no había admitido; de ello le sincera Nicolás Antonio, gran apologista suyo, culpando a los copistas [64]. La obra fué dedicada a Enrique IV y el relato alcanza hasta 1469, muy poco antes de morir. Hay también un manuscrito en que se modifica y completa la parte de dicho reinado y se prosigue la historia hasta 1511 [65].

GARCI SÁNCHEZ, jurado de Sevilla en tiempo de Enrique IV, compuso unos *Anales*, que llegan también a 1469 [66]. Empiezan en 617, en que sitúa el comienzo del islam, pasando de allí a 712, en que pone la pérdida de España, y sigue con fechas muy espaciadas de la historia patria, casi exclusivamente de Castilla, y algunas de las Cruzadas. Las noticias no son frecuentes hasta el s. XIV, en que dedica muchos artículos a Pedro I, y la parte última, sobre todo el reinado de Juan II, está tratada

63. Vid. Ballesteros (A. y P.), *Cuestiones históricas (Metodología)*. Madrid, 1913, pág. 121.

64. *Bibl. vetus*, II, 297 y sigs. El P. Fita (*El Gerundense y la Esp. prim.*, p. 14), que también elogia a Ruy Sánchez, por lo que muestra "el renacimiento del buen estilo" y "la solidez del metodo", se lamenta de que casi deja en claro la historia pregoda, tratada algún tiempo antes, dice, por el Gerundense; pero la prioridad cronológica de éste no está de acuerdo con la fecha que suele asignarse a las obras de ambos, como veremos al tratar del Gerundense en el próximo capítulo.

65. Vid. Pidal, *Cat.*, 175-8; de la continuación dice que "está escrita en un tono declamatorio y moralizador que recuerda el propio del obispo de Palencia, al cual imita también en las frecuentes citas de Santos Padres y de autores clásicos".

66. *Fuentes*, art. 97. Matute llama a la obra *Crónica de las Cosas de España*, y dice que el Dr. Ferreras encontró el ms. en la Real Biblioteca (*Hijos de Sevilla*. Sevilla, 1887, t. II, p. 324).

muy por extenso. Usa de años y eras conjuntamente hasta 1382, en que dice se dejó de contar por éstas.

Pedro de Escavias, activo personaje del tiempo de Enrique IV y consejero suyo, hizo un sumario más con el título de *Reportorio de Príncipes de España*[67], en que vuelve a usarse el castellano, muy propio de su tipo de mera vulgarización. La época pregoda es tratada, relativamente, con bastante extensión —37 capítulos, de un total de 147—, pero interesa sobre todo el final de la obra, en que historia los reinados de Juan II y Enrique IV por su propio testimonio. La participación del autor en los sucesos del último la acreditan la crónica del condestable Iranzo y las «Décadas» de Palencia; éste, incluso, pone en boca suya unas valientes palabras al monarca. No obstante, la semblanza que de éste hace Escávias coincide en mucho con la de Enríquez del Castillo. El sumario, que en su principio es universal, empezando desde la creación del mundo, termina con la muerte de Enrique IV (1474) y debió de escribirse poco después.

2) *Navarra y la Corona de Aragón.*

A este período corresponden las primeras crónicas nacionales de Navarra que se conocen, aunque sólo una es de fecha segura. Se menciona[68] una breve *Genealogia regum Navarrae,* que comprende desde García Sancho

67. *Fuentes,* art. 77. Ríos (*Lit. esp.*, VII, 167) transcribe las palabras del prólogo en que se expone el objetivo de la obra; de aquí las tomó también Cirot (*Hist. gén.*, 4). No las reproduzco porque realmente nada dicen que no pueda referirse a cualquiera de los demás sumarios que vamos examinando, a cuyo tipo se ajusta el *Reportorio* exactamente.

68. G. Antolín: *Cat. de los Códices lat. de...El Escorial,* ms. N. I. 13, ff. 31-33.

Abarca hasta el tiempo del papa Juan XXIII, esto es, hasta los primeros años del s. XV, siendo de fines de éste el manuscrito. Un monje del monasterio de Nájera, PEDRO DE VALENCIA, hacia 1400, figura como autor de otra historia navarra, en castellano, bastante extensa, que en la parte que conozco parece influída por crónicas castellanas, pues trata ampliamente los asuntos de Castilla; contiene muchas fábulas y nos ha llegado adicionada [69]. GARCÍA LÓPEZ DE RONCESVALLES es autor de otra crónica que comienza por la introducción del cristianismo en Navarra y comprende hasta parte del reinado de Carlos III (1387-1425), «que Dios mantenga en buena vida» [70]. Las noticias alcanzan a 1404 y la obra fué escrita en 1405. El autor muéstrase muy verboso en el prólogo, muy breve en los primeros tiempos y de nuevo prolijo en los últimos reinados; al final da las gracias por los diversos libros que se le prestaron para escribir el suyo. Tiene esta crónica el especial interés de haber servido de base al príncipe de Viana para componer la que será examinada a continuación. Casi todo su texto pasó, a la letra en gran parte, a la compuesta por el príncipe, que en diversos puntos amplió considerablemente las noticias. Quedó así el escrito de García López

69. En el vol. XX de la Colección de Traggia, de la Academia de la Historia, aparecen copiados los caps. XII (que trata "del Rey Dn Garcia el Tembloso quarto Rey de Navarra") a LVII ("De la Reyna D.ª Blanca muger del Rey D. Sancho el Deseado y madre de D. Alonso Rey de Castilla, y de su Genealogía"). Como el cap. penúltimo se ocupa del emperador Carlos V, cuatro siglos posterior a doña Blanca, se comprende que el escrito primitivo ha sido muy alterado.

70. La consulté, como la anterior, en una copia del vol. XX de Traggia, ff. 127 v.-151 r., a los que siguen varios documentos relacionados con el mismo tema. Posteriormente, he visto un artículo dedicado a ella (Suzanne Duvergé, *La chronique de Garci Lopez de Roncesvalles, Trésorier de Navarre*, Bull. Hisp., 1935, XXXVII, 437-453).

superado y anulado, sin que apenas se encuentre mención de él. A ello contribuiría también que el príncipe de Viana no lo menciona como fuente suya, según veremos; antes bien, afirma en absoluto la falta de historias navarras [71].

Carlos de Aragón, príncipe de Viana (1420-1461), bien conocido por su desdichada lucha con Juan II de Aragón, su padre, es quien inicia con eficacia la historia navarra, por haber quedado en la sombra los trabajos anteriores. Comienza su *Crónica de los Reyes de Navarra* [72] con la indicación de su fecha, 1454, y una loa de la antigüedad del reino y las ilustres hazañas de sus soberanos; expresa su extrañeza por el silencio que sobre ello se ha guardado, debido a lo cual ha tenido él que recurrir a las crónicas de Castilla, Aragón y Francia, aparte de las escrituras de los archivos navarros. Acaba el prólogo con la mención de sus fuentes: el Génesis, Orosio, Eusebio, Isidoro mayor y menor, S. Ildefonso de Toledo, S. Sulpicio arzobispo de Compostela (?), el Tudense y Euguí, confesor de su abuelo Carlos III.

Toma la historia desde el diluvio y Tubal, al que atribuye la fundación de Tafalla y la de Huesca. Siguen las sucesivas conquistas de España por los tebanos al mando de Hércules, los troyanos al de Pirro y «Bispam», etc. Pamplona es poblada por los «albimunozes», que vemos así reaparecer con nombre renovado. A este pueblo, procedente de Caldea, sigue otra invasión de ingleses y flamencos, y al fin entramos en terreno más viable con los africanos, o sea los cartagineses, a los que

71. En el artículo citado puede verse la explicación que tal vez tenga el silencio del príncipe acerca de Garci López.
72. *Fuentes,* art. 1.615.

siguen los romanos, y a éstos los godos. Pero todavía en este período se multiplican los dislates: Teodosio, emperador de Roma, fué señor de los godos, el cual vino a España y trajo los alanos, vándalos y suevos; de los alanos procede el vascuence, etc. No tiene otro interés todo esto que el de dar idea de la inseguridad con que aún eran conocidas las épocas anteriores al mediar el siglo XV. Por lo demás, lo que se ha de buscar aquí es lo particular de Navarra en el período que el príncipe pudo reseñar con algún fundamento. En el cap. I trata la edad primitiva y la evangelización de Navarra, que sitúa en el a. 22, con mucha anterioridad al resto de España. El II, el período godo, desde sus primeros reyes. El III, los papas y emperadores romanos hasta la conquista de España por los moros. El IV, los reyes francos hasta Carlomagno. El V, el principio de la Reconquista, fijándose ya más en Aragón y sobre todo en Navarra. El VI contiene el fuero de Sobrarbe. Con el VII empieza la historia navarra propiamente dicha, desde 885, en que pone la elección de Iñigo Arista, hasta la coronación de Carlos III (1390), aunque llega a referirse también a 1407. La obra es totalmente de tipo medieval, tanto por la credulidad mostrada como por el modo de referir, sin que la simple narración sea nunca interrumpida con recursos amenizantes. La parte última, desde Teobaldo I (1234-1253), tiene mucho valor por los excelentes medios de información del autor, que usó de los documentos de la Cámara de Comptos. El historiador Yanguas, editor de la crónica, supone que el príncipe tuvo dos planes consecutivos y que no llegó a dar la última mano a la obra, pues en algunos manuscritos hay un prólogo al rei-

nado de Carlos III, en que se justifica de relatar hechos que le atañían personalmente, lo que hace suponer que al llegar a dicho punto pensó en añadir la parte de Juan II, en que podía explicar la causa de sus desavenencias con él.

La historiografía de la Corona de Aragón está representada por una serie de sumarios de tipos diferentes, en latín o catalán, predominando los que prescinden de lo anterior a la Reconquista y de lo relativo al resto de España.

Un manuscrito del Escorial [73] conserva un *Libre dels nobles fets darmes e de conquestes* de los reyes posteriores a la unión de Cataluña y Aragón, desde Ramón Berenguer IV hasta Pedro IV; le asigna Torres Amat la fecha aproximada de 1400.

Del mismo tiempo es una *Genealogia Comitum Barcinonae necnon et Aragoniae Regum* [74], que en los tres ejemplares que he visto empieza por la deposición de Childerico III por el papa Zacarías, se aplica desde Vifredo a los condes de Barcelona y, a pesar de lo que promete su título, sólo llega a R. Berenguer IV, cuyos epitafios reproduce. Junto a ella corresponde citar una *Genealogia dels Reys Daragó e de Navarra e Comptes de Barchinona* [75], con texto catalán y notas latinas. Su editor supone que fué escrita a principios del siglo XV, pues aunque sólo alcanza a Juan I (1387-1396), hay una alusión al hijo de Martín I. La considera una de las varias ge-

73. Muñoz y Romero, de quien tomo la noticia, lo menciona bajo la signatura M. j. 29, de letra de principios del s. XV (*Dicc.*, Aragón 8 y Cataluña 6).
74. *Fuentes*, art. 1.721, donde se puso erróneamente a nombre de Monfar, al que sólo se debe una copia. Vid. Massó, *Historiogr. cat.*, págs. 578-579.
75. *Fuentes*, art. 1722.

nealogías en latín y catalán que andaban en manos de todos, y pondera su exactitud histórica. Empieza por la correspondiente a Navarra, partiendo de Iñigo Arista, sigue con los reyes navarro-aragoneses hasta Petronila, después con los condes de Barcelona desde Vifredo y acaba con los reyes de Aragón-Cataluña, tratados ya con bastante extensión. Puede considerarse cómo un compendio de la historia catalana-aragonesa, en que la parte dedicada a Navarra es sólo incluída para entroncar con los reyes de Aragón. Las dos llamadas Genealogías mencionadas coinciden en ser verdaderas crónicas, aunque sumarias, rebasando el alcance puramente genealógico [76].

Próximamente coetánea es una compilación en catalán, pero con el título latino *Flos mundi*, al que sí responde su carácter universal. Al principio de la sexta parte dice su autor que escribe en 1407 [77]. En el prólogo expone sus fuentes —Eusebio, S. Jerónimo, Sigeberto de Gembloux y Guillermo Scot, monje de St. Denis— y su plan, en seis partes, que comprenderán hasta el papa Benedicto XIII y el rey aragonés Juan I; el único manuscrito que se conoce está incompleto, alcanzando su texto sólo a 1283. Expone el *Flos* los hechos universales, en-

76. Hay otro trabajo latino, de título casi igual, *Genealogia Regum Aragoniae et Comitum Barchinonae,* que sí se limita a este carácter. Es algo posterior, pues está dedicado al arzobispo de Zaragoza, Dalmau de Mur, que lo fué en 1431-1458, por un familiar suyo. Forma un largo rollo de pergamino y se halla —se hallaba, al menos, en tiempo de Traggia, de quien tomo la noticia— en el archivo de la antigua Diputación del reino de Aragón. Traggia conjetura que no es el original, y dice que tal como está vale poco. (Mems. de la Ac. de la Hist., III, 541-542. Es una de las "Reflexiones críticas" que siguen a su "*Ilustración del reynado de D. Ramiro II de Aragón*".)

77. *Fuentes,* art. 1.713. Vid. Morel-Fatio (*Cat. mss. esp. de la B. N. de París,* pág. 40) y Massó (o. c., pág. 580). P. Bohigas (Revista de Bibliogr. Nacional, 1941, II, 72-77) trata de una de las fuentes principales del *Flos*: la "Crónica Universal" de Guillermo de Nangis, de la cual hay una traducción catalana.

tre los que intercala los de España, sobre todo los de la historia catalana-aragonesa.

A nombre de Bernardo Boades, párroco de Blanes (Gerona), hacia 1400-1420, figura un *Libre dels feyts darmes de Catalunya*, que admiraron cuantos lo estudiaron por su factura perfecta, propia de época más avanzada. Esto despertó las sospechas del historiador Giménez Soler, que llegó a la conclusión de que el escrito fué redactado en el siglo XVII por el mismo Roig y Gelpi, su pretendido descubridor [78]. Las razones que alega son muy convincentes y las refuerza la impresión que a cualquiera produce la obra en cuestión; no es, pues, creíble que nadie se allane en adelante a ver en el «Libre dels feyts» una crónica del siglo XV, sino una muestra más, admirablemente forjada, de los falsos cronicones del XVII [79].

Memorias historiales de Cataluña llamó Gurrea y Aragón a otro sumario en catalán escrito en 1418 y conservado en la Biblioteca Nacional [80]; lo considera estimable por tener «algunas particularidades muy considerables para la Historia de la Restauración de Cataluña». Empieza por las fundaciones de pueblos realizadas por los hijos y descendientes de Noé, fijándose en las de Tubal y pasando a los godos, empresas de Carlomagno, fundación de Navarra y Aragón e historia de éste hasta la unión con Cataluña; emprende luego la del condado

78. A. Giménez Soler: *La crónica catalana de Bernardo Boades* (Homenaje a Artigas, I, 17-31). Remito, como de costumbre, al artículo, para aligerar el texto de detalles.

79. M. de Riquer, en su disc. de entr. en la R. A. de B. L. de Barcelona (Barc., 1944), refuerza la tesis de Giménez Soler, la cual había sido atacada por E. Bagué & X. de Salas en la "Revista de Catalunya", 1931, XIII, 296-307.

80. Signatura 2.639 (ant. H. 165). Vid. Massó, o. c., 581-582, y P. Bohigas, "Rev. de Bibliogr. Nac.", 1941, II, 71-72.

catalán, y queda el relato incompleto al llegar al matrimonio de Vifredo con la hija del conde de Flandes y su petición de auxilio contra los moros al rey de Francia. En varias partes hay huellas seguras de la Crónica de San Juan de la Peña y de las «Gesta».

Puede a continuación situarse el *Chronicon massiliense* [81], cuya parte editada son anales que van desde 715, en que pone la invasión árabe, hasta 1423, ataque de Alfonso V de Aragón a Marsella. Por no ser producción española y no apartarse en nada del tipo corriente de anales latinos, basta su simple mención.

A Alvar García de Santamaría se le han atribuído unos *Anales de Aragón*, de 1406 a 1434 [82]; pero no hay rastro de ellos y todo hace suponer una confusión con su «Crónica de Juan II de Castilla», en que se ocupa mucho de cosas aragonesas [83].

Muñoz y Romero [84] da noticia de unas *Canoniques de tots los reys Daragó*, que empiezan por Iñigo Arista y sus sucesores hasta Sancho IV, siguiendo los aragoneses Ramiro I a Alfonso V; dice que tratan algunos puntos con extensión y que Abad y Lasierra las tradujo al castellano. Menciona después, como existentes en el mismo códice, unos anales, también en catalán, que alcanzan a 1437, en que debieron de escribirse, muy extensos en la parte final; sobre todo, lo que comprenden de Alfonso V.

Con Pedro Tomich Cauller llegamos a la primera

81. Publicó parte de sus artículos Flórez: *Excerpta ex Chronico S. Victoris Massiliensis* (Esp. Sagr., XXVIII, 337-339).
82. Muñoz (*Dicc.*, Aragón, 21) y Dormer (*Progr. his. Ar.*, 253).
83. Martínez Añíbarro (*Dicc. escr. Burgos*, pág. 248) confirma mi sospecha.
84. *Dicc.*, Aragón, 16; repite la noticia por indudable confusión en los arts. 27 y 28.

obra de autor conocido, de la serie de este tiempo: *Histories e conquestes dels Reys de Aragó e Comtes de Barlona*[85]. Fué compuesta en 1438 y tuvo gran éxito, como lo prueban sus reediciones, su copiosa difusión manuscrita y sendas traducciones en castellano e italiano, hechas, respectivamente, en los siglos XVII y XVIII. Empieza por la creación del mundo y desde el cap. 5.° se consagra ya a España, llegando hasta el año citado; alcanza, pues, a historiar parte del reinado de Alfonso V de Aragón. Aunque la parte catalana-aragonesa es la más considerable, no prescinde totalmente de los demás reinos; además de emplear los ocho primeros capítulos en la historia nacional anterior a la Reconquista, concede dos a los comienzos de León y Castilla, uno a Portugal, otro a Navarra; se ocupa también de Mahoma[86]. La clave de su éxito se halla en las muchas noticias que da de caballeros y familias, sin perdonar ninguna leyenda del período condal, y con datos más precisos en los últimos tiempos. Las ediciones abreviaron mucho los relatos[87] y prolongaron el período historiado, que llega en las de 1495 y 1519 hasta Juan II, inclusive, y en la de 1535 se incluye además el reinado de Fernando el Católico.

El oriolano LOPE DE ESPEJO compuso, según Nicolás Antonio[88], una *Historia de'primi Ré delli regni de Napoli e d'Aragona*, que dedicó a Alfonso V cuando aún

85. *Fuentes*, art. 1.724.
86. Cirot, en defensa de su tesis de que los catalanes, cuando se salían de lo regional, preferían extenderse a la historia universal, aduce, entre otros, el caso de Tomich, que, si consagra capítulos a los otros reinos peninsulares, se ocupa igualmente de los reyes de Francia. Creo que los capítulos franceses, que no faltan nunca cuando se historian los orígenes del condado de Barcelona, no significan tendencia a la universalidad, sino que exponen un preliminar necesario de la fundación de dicho condado.
87. Vid. Pidal, *Cat.*, 163-166.
88. *Bibl. vetus*, II, pág. 254.

era sólo duque de Calabria. Añade que se conservaba el manuscrito en Roma.

Algo después del reinado de dicho monarca se cree fué hecho el *Sumari de la població de Espanya e de les conquestes de Catalunya,* puesto por su autor a nombre de Berenguer de Puigpardines, del s. XII [89]. Dícese en el manuscrito que éste lo escribió por orden de Ramón Berenguer III, con el propósito de que no se olvidasen los linajes, haciendo él (Puigpardines) en Cataluña, y un doctor Pedro de Altell en París, laboriosas investigaciones. Pero entre la supuesta parte primitiva del «Sumari» y su continuación hasta Alfonso V, inclusive, no se advierte diferencia alguna, sin que haya nada que revele usar materiales acopiados en los s. XI y XII. Ello ha llevado a Massó a deducir que la obra fué concebida y realizada totalmente en el último tercio del XV, para favorecer a los nobles, decaídos entonces, como el prólogo de la obra dice que estaban. El interés nobiliario es, en efecto, el que informa toda ésta, y para realzar los linajes acude el anónimo autor a cuantas leyendas corrían y aún añade por su cuenta. Usa ampliamente de las «Histories» de Tomich, con cuya distribución y contenido guardan bastante semejanza los 71 capítulos del «Sumari» [90].

---

89. Vid. Massó, o. c., 586-591.

90. El plan de las "Histories" de Tomich es éste (lo tomo, abreviándolo, de la ed. de 1534): Cap. 1, creación del mundo; 2-4, generación de Seth y Noé, y poblaciones de sus hijos; 5. pobl. de España (e Inglaterra) por los descendientes de Jafet; 6, Hércules con sus griegos echa a los anteriores y muere en Barcelona; 7, los romanos echan a los griegos; 8, los godos; 9-10, principio de León y Castilla; 11, Portugal; 12, Navarra; 13, Aragón, hasta Petronila; 14, Francia; 15-16, Mahoma, Otger; 17-25, conquista de Cataluña por los moros y reconquista por los francos; 26-47, condes de Barcelona y sus sucesores los reyes de la Corona de Aragón. El del "Sumari", extractado de la tabla publ. en el vol. V de las "Noticias históricas" de Monsalvatje, es éste: 1-5, gener. de Adán y de Noé, población primera de España; 6, Hércules; 7, Hispán.;

También finaliza con el reinado de Alfonso V un sumario en catalán, que traduce, abreviándolos, los seis primeros libros de la «Historia Gothica» de Rada, en los que éste llega hasta Jaime I de Aragón y Alfonso VI de Castilla, ambos inclusive, y sigue luego a otra crónica, distinta de las conocidas. En la fundación del condado catalán ingiere el traductor la leyenda de Otger Cataló, ya definitivamente formada. La obra es muy breve, incluso en la parte que suele ser tratada con más extensión, la de los reyes *post unionem*, a la que aquí se consagran dos folios escasos [91].

En el tiempo de Juan II (1458-1479), sucesor de Alfonso, se compuso, probablemente, una «Historia de Joan Fivaller» que sólo se conoce por aludirla, como fuente suya, un escritor algo posterior [92].

Gabriel Turell, autor, además, de otros libros [93], compuso en 1476 un «Recort historial de algunas antiquitats de Catalunya, Espanya y Franza» [94]. Como varios de los sumarios recién examinados, hace preceder de una breve reseña desde Adán y Noé la historia del reino aragonés-catalán, que en él alcanza también como término a Alfonso V. Pero se limita a decir que entró a

8-10, los romanos en España; 11, Aníbal les despoja de ella; 12-17, los godos; 18, Pelayo; 19, fundación de Portugal; 20-25, fundación de San Juan de la Peña, García Ramírez y sus sucesores; 26-30, reyes de Aragón; 31-32, reyes de Francia; 33, Mahoma, invasión de Cataluña; 34, Otger; 35-71, Carlomagno, etc., condes catalanes y sus sucesores hasta Alfonso V.

91. Vid. Massó, o. c., 591-593, y Sánchez Alonso, *Versiones en rom. de las Crón. del Toledano* (Hom. Pidal, I, 351-352).

92. Pere Joan Comes, en su *Libre de algunes coses assenyalades succehides en Barcelona y en altres parts*, de 1583, publ. por José Puiggari como folletín en la revista *La Renaixensa*, de Barcelona, 1878.

93. Torres Amat, en el artículo que le consagra en su "Diccionario" menciona como obras suyas *Historia dels antigs comtes de Barcelona i dels comtes-reis d'Aragó fins á Ferran I*, *Tractat de la armería*, comp. en 1471, y *Dels set honors del món*.

94. *Fuentes*, art. 1.854.

gobernar muy joven y fué tan magnífico que él no osa escribir sus loores, por lo que remite al libro de «dictis et factis», sin duda, la obra del Panormita. Turell menciona la crónica del Toledano como su fuente para la parte de España [95], y al «Secretari de Karles maynes, prudent e de gran abtesa Philomena», esto es, a Eginhardo, para la de Francia; ambas ocupan bien poco espacio. Lo principal es la historia catalana, que compendia bastante bien, aunque en un estilo trabajado y conceptuoso, por influencia del hipérbaton latino debida a la lectura e imitación de los clásicos [96]. Para esa parte dice haberse servido de las «canoniques dels Comtes e Reys».

Juan Buada, párroco de San Acisclo de Coltort, comenzó en 1473 un «memorial e kalendari», a modo de anales, pero más detallados que los habituales. Lo encabezó con un artículo relativo a 1423, en que nació, y varias de sus noticias son igualmente personales. Pero refiere también muchos sucesos catalanes, en particular de las luchas entre el príncipe de Viana y su padre, y, después, de las sostenidas por los pageses de remensa con los nobles e iglesias. De la mayor parte de lo acontecido habla como testigo ocular [97].

Hay, en fin, un extenso *Dietari*, escrito por un capellán de Alfonso V y relativo principalmente a Valencia, donde han aparecido los dos manuscritos de que

---

95. Vid. Sánchez Alonso, art. cit., pág. 351.
96. Massó, o. c., pág. 593.
97. Villanueva (*Viaje lit.*, XIV, 208 y 300) da noticia del "Memorial", que vió en el monasterio de S. Salvador de Breda, e inserta algunas de las noticias, prescindiendo de muchas, dice, por referirse a cosas del autor, sin interés, o por estar ya narradas en otras historias.

hay noticia [98]. Propiamente empieza desde la coronación de Martín el Humano (1395) y trata con bastante detalle el Parlamento de Caspe, el reinado de Alfonso V y las guerras de Cataluña en tiempo de Juan II. Alcanza a 1478. Antes de ello hay una especie de crónica general de España y particular de Aragón y Cataluña, con varios temas ajenos intercalados. En una copia moderna, único texto que Massó ha encontrado, lleva un añadido que comprende de 1503 a 1586.

c) *Historia de sucesos particulares.*

La relación de una famosa justa, el *Paso Honroso defendido por Suero de Quiñones* en 1434, es la primera historia de un hecho particular que conocemos en el período de la Reconquista. Nada más característico del s. XV, cuya devoción al naciente libro de caballerías aún tenía sus raíces en usos reales y efectivos, si bien destinados a desaparecer mucho antes que la literatura de ellos nacida. El interés que entonces se ponía en tales certámenes hizo que un escribano, presente al de Suero durante los treinta días que duró, hiciese, con carácter oficial, un minucioso diario. Este no nos ha llegado, pero Fr. Juan de Pineda, escritor del s. XVI, hizo de él una abreviación, que es lo que se conoce actualmente [99]. El

98. Vid. Massó, o. c., 608-610, de donde tomo los datos que doy en el texto. El título es "Dietari de varies coses succeides en lo Reyne de Valencia y en altres parts escrites per un Capellá del Rey don Alfonso V. de Aragó fins al any 1478".

99. El autor del diario se llamaba Pedro Rodríguez Delena; el de la abreviación es el mismo Pineda que compuso la *Monarquía eclesiástica*. Su edición del "Passo Honroso" (Salamanca, 1588) se hizo rara y ha sido reproducida en la colección de Sancha, a continuación de la "Crónica de D. Alvaro de Luna", de cuya casa era vasallo Suero. Vid. P. G. Evans, *A Spanish Knight in flesh and blood. A study of the chivalric spirit of Suero de Quiñones*, Hispania (California), 1932, XV, 142-152.

antiguo texto parece haber sido conservado con bastante fidelidad y la reducción debe haber sido muy escasa, pues no se concibe que el tema diese de sí mucho más de los setenta y nueve capítulos que aún tiene. El hecho se redujo a que Suero, linajudo mozo de veinticinco años, «en prisión de una señora de gran tiempo acá», se propuso romper, en unión de otros nueve que se le ofrecieron por compañeros, 300 lanzas con los caballeros que pasasen junto al Puente de Órbigo, camino de Santiago, en los días anteriores y posteriores a la festividad del Apóstol. Pero en cosa al parecer tan baladí, con la que sólo se ventilaba la «deliberación» de un mancebo enamorado, todo se llevó con la mayor seriedad, los preparativos fueron largos y costosos, y un gran contingente de personas —servidores, obreros, médicos, enfermeras, músicos, etcétera, amén de abundantes curiosos— dió al torneo proporciones de acontecimiento, y puede suponerse que la puntual relación, con sus copiosos detalles de vestidos, armas y usos de la época, tiene gran valor.

Mayor lo tendría, en el orden político, el relato de otro suceso, posterior en cinco años al «Paso», si no versase sobre hechos ya bastante conocidos en lo esencial por las crónicas del período. Trátase del *Seguro de Tordesillas*, que también nos ha llegado en una edición muy tardía [100]. Puntualísimo como el otro, fórmanlo en gran parte documentos, y el autorizarlo hombre tan bien reputado como D. Pedro Fernández de Velasco, «el buen conde de Haro»,

100. *Fuentes*, art. 1.545. Mantuano, secretario del condestable de Castilla, encontró el escrito del s. XV entre otros papeles antiguos y lo publicó, añadiéndole la vida que del autor había compuesto Pulgar en sus "Claros Varones". Esta edición fué reproducida en la col. de Sancha, a continuación del "Paso Honroso".

lo hace totalmente fidedigno. Refiere las discordias habidas entre Juan II y los nobles enemigos de la privanza de don Alvaro de Luna, para terminar las cuales se acogieron todos, incluso el monarca, a la villa de Tordesillas bajo el seguro del condestable Velasco. En él se pone de relieve la triste condición a que su propia debilidad de carácter redujo al rey, puesto allí a igual nivel que los turbulentos señores. Predominan en sus ochenta y cuatro capítulos las cartas y documentos cambiados entre los negociadores de ambos partidos, lo cual reduce mucho la parte de redacción del conde; ésta, sin pretensiones literarias, está correctamente escrita y no desmerece del tono general de las crónicas de la época [101].

Al finalizar este período, hacia 1480, hízose otra monografía a nombre de EL BACHILLER PALMA, que pudiera ser un arriscado clérigo, Alonso de Palma, de quien hay noticia por un proceso que sostuvo en 1498. Tituló su obra *Divina Retribución sobre la caída de España en tiempo de Juan I* [102] y versa sobre la victoria de Toro, que considera «retribución» o desquite del vencimiento de Aljubarrota. Historia ambas batallas y el tiempo intermedio, llegando a 1479, pero sólo tienen algún valor los detalles que aporta a la reseña de la victoria. Por lo demás omite siempre las notas más esenciales, y su relato, desdichadamente redactado, está salpicado de continuas reflexiones e inútiles citas escriturarias. Inédito hasta los tiempos modernos, hízose en 1879 la edición men-

---

101. Se conserva ms. un *Epítome de los Reies de Castilla*, de don Pedro Fernández de Velasco, Condestable de Castilla (*Fuentes*, artículo 1.027); pero el autor no es "el buen Conde de Haro", sino un descendiente suyo del s. XVI (Vid. Cirot, *La Chron. de D. P. F. de V.*, Bull. Hisp., 1929, XXXI, 331-339).

102. *Fuentes*, art. 1.472.

cionada, con esmero muy superior a la valía de la obra. Esta la había dedicado a los Reyes Católicos en un rico manuscrito, ornado con un árbol genealógico, en colores, del príncipe Juan, que ha sido reproducido en el impreso.

En este período comienzan a hallarse muestras de un género mínimo de reseñas de sucesos, que alcanza gran difusión en los siglos siguientes: las relaciones de solemnidades y fiestas públicas. Su mayor contingente lo dan las que celebran los bautizos, matrimonios, viajes, etcétera, de los reyes y sus familiares. Sólo algunas por excepción merecerán una noticia particular; pero no puede prescindirse de señalar en conjunto la aparición de este nuevo grupo, cuyo examen ha sido allanado por una excelente bibliografía [103].

d) *Libros de viajes.*

Los comienzos del s. XV nos ofrecen uno excelente, por el espíritu, curioso de todo, que el autor muestra tener y la puntualidad con que nos transmite sus impresiones. No publicado hasta más de siglo y medio después de compuesto, nos llega con un título encabezado por *Historia del Gran Tamorlán*, pero lo esencial de la obra es el relato del viaje puesto allí en segundo lugar [104]. Este obedeció al deseo de Enrique III de relacionarse con el famoso Timurbec, conocido por Tamerlán, y se realizó al regreso de unos primeros embajadores enviados a éste;

---

103. J. Alenda y Mira, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España.* Vol. I, único publ. (Madrid, 1903). Describe 1.759 relaciones expuestas en orden cronológico, de los años 1402 a 1727.
104. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.497. Fué reimpr. en la Col. de Sancha, en 1782.

duró desde 21-V-1403, en que embarcaron en Cádiz, hasta 1-III-1406, fecha del desembarco en Sanlúcar. Tres eran los enviados del rey, y a uno de ellos, Ruy González de Clavijo, se atribuye la relación con base suficiente [105]. Fué hecha, sin duda, con notas tomadas al día, lo que da a sus noticias la seguridad y detalle de una obra realista de nuestro tiempo. Lo que más hay que agradecer al autor es que no se ciñó al objetivo del viaje, esperando a su llegada al Asia para consignar sus impresiones [106]. Desde el mismo comienzo de éste, sin salir aún de las costas españolas, describe ya las ciudades en que el barco toca y da cuenta de algunas curiosidades que de ellas se referían, así como de las cargas y descargas que en la nave se realizan. El interés sube de punto desde que, llegados a Constantinopla y estacionados allí más tiempo, el viajero se refiere con todo pormenor a sus monumientos y costumbres, mostrando en sus relatos una cultura no despreciable. Allí y en el resto del viaje todo le inspira curiosidad y de todo se informa: de plantas y animales, de usos peculiares, de asuntos de comercio, de sucesos históricos, de tradiciones, datos que ordinariamente sólo adquirimos, como aquí, de los viajeros, porque los que tratan de su propio país todo lo consideran

105. A su nombre lo publicó Mantuano, que dice haber visto el manuscrito autógrafo, y las alusiones que a él se hacen en la obra, preferentemente a los demás, confirman la atribución. Sólo Jiménez de la Espada la ha combatido, pero sus argumentos no valen para desvirtuarla.

106. Consciente el autor de la importancia de su viaje, dice que "porque la dicha embajada es muy ardua, y a lueñas tierras, es necesario y complidero de poner en escrito todos los lugares e tierras por do los dichos Embajadores fueron, e cosas que les ende acaescieron, porque non cayan en olvido, y mejor y mas cumplidamente se puedan contar y saber. E por ende... comencé a escrebir desde el día que los Embajadores llegaron al puerto de Sancta Maria..."

ya conocido. Clavijo, mucho más puntual que Marco Polo, nos ofrece siempre hechos concretos, en que la imaginación no tiene ninguna parte. Con estos elementos, el dramatismo de las últimas jornadas y las noticias directas que nos da de un personaje histórico tan atrayente como Tamerlán, el libro es de amenísima e instructiva lectura. En cuanto a dotes de escritor, no muestra Clavijo en el comienzo gran dominio de la pluma: el abuso de gerundios y la inelegancia con que repite los vocablos dan a su estilo un cierto corte curialesco muy poco atractivo; pero en el curso de la obra va adquiriendo más soltura. De todos modos, el aliciente del libro está siempre en la novedad de las noticias y no en los primores de la exposición.

Pero Tafur, caballero de la corte de Juan II, es autor de otro interesante libro de viajes [107]. Los suyos no tuvieron un objetivo determinado. A este joven viajero, rico y bien situado, sólo le lleva la curiosidad, tan despierta desde ahora, por la noticia de países nuevos o poco conocidos. El Rey le provée de cartas de recomendación para otros soberanos, y se embarca en Sanlúcar en el otoño de 1436, no retornando hasta marzo o abril de 1439. Durante este tiempo Tafur recorre la costa marroquí, las de sur y levante de España, y por el litoral francés va a Italia, donde visita las principales ciudades. En Venecia embarca de nuevo y va a Tierra Santa, a Egip-

107. *Andanças e viajes de Pero Tafur, por diversas partes del mundo avidos* (1435-1439). Madrid, 1874. (Es el VIII de la Col. de libros esp. raros o curiosos). Su editor literario fué M. Jiménez de la Espada. Puede verse un rápido resumen de su contenido, de M. Serrano y Sanz, *Autobiogr. y Memorias*, págs. XLVII-XLIX, y un reciente estudio de J. Vives, *Andanças de Viajes de un hidalgo español* (1436-1439) *con una descripción de Roma* (Spanische Forschungen; vol. VII de la serie 1.ª; 84 págs.)

to, para contemplar el Sinaí, y luego a Chipre, Rodas, Constantinopla. Vuelto a Venecia, pasa los Alpes y cruza la Suiza, Alemania, llegando a Flandes, y regresa a Italia, que atraviesa de norte a sur. Al fin, desde la costa tunecina retorna a España.

La relación de sus andanzas la acabó bastante después, en 1454, y la dedicó a D. Fernando de Guzmán, comendador mayor de Calatrava, ponderando en la breve dedicatoria la conveniencia de que el noble viaje y se aventure. No esquivó él los peligros. Participó en hechos esforzados, como el ataque del conde de Niebla a Gibraltar, que coincidió con su llegada allí. Se arriesgó también siempre que su anhelo de verlo todo no podía satisfacerse cómodamente. Si esto añade interés a su relato, el azar quiso asimismo acrecerlo con varios sucesos que le tocó presenciar o conocer por referencias. El viajero lo consigna todo con una sencillez rayana en rudeza, lo que da a su obra un fuerte acento de veracidad. Refiere lo que ve y lo que le cuentan, transmitiendo sus impresiones con notable concisión. Se comprende que durante los viajes tomó sólo las notas indispensables, sin hacer diario, y en la narración no consigna fechas. Sus comentarios revelan una cierta cultura, sobre todo histórica, así como buen juicio natural, y la confianza que en él mostraron el Papa y varios reyes muestra que formaron de él excelente concepto. La lectura del libro es muy grata por el tino con que el autor evita la prolijidad, pasando a nuevos temas en cuanto ha dicho lo suficiente.

Otra obra apareció en este período, cuyo mayor in-

terés reside acaso en lo que tiene de relato de viajes, pero la examinaré entre las biografías, a cuyo grupo pertenece [108].

e) *Biografía colectiva.*

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN (¿1377-1460?), de familia ilustre en las letras —fué sobrino de Ayala y del marqués de Santillana y bisabuelo de Garcilaso—, inició la biografía colectiva de coetáneos con sus *Generaciones y semblanzas*, escritas en 1450; contienen las de Enrique III, la reina Catalina, Fernando de Antequera y otros veintinueve personajes del reinado. Cinco años después fueron añadidas las de D. Alvaro de Luna y Juan II [109]. Dió a este género tal prestigio, por la brillantez con que lo cultivó, que los historiadores pusieron en adelante gran empeño en retratar, como él, a los personajes con pocos y expresivos rasgos. Guzmán trató a la mayor parte de los que describe, porque participó activamente en la vida cortesana y militar, hasta que, probablemente por la enemistad de Luna, se retiró a su castillo de Batres, acogiéndose a las letras [110]. Habla, pues, de los hombres, no como un filósofo de gabinete, sino con la vehemencia de quien ha asistido a las mismas lu-

108. Trátase de la "Crónica de D. Pero Niño", de Diez de Games; vid. pág. 346.

109. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.502. Véase también José Luis Romero, *Fernán Pérez de Guzmán y su actitud histórica* (Cuad. de Hist. de España, 1945, III, 117-151).

110. Además de los trabajos históricos aquí examinados, se le atribuye una *Floresta de Philosophos*, colección de sentencias sacadas principalmente de Séneca, publ. por Foulché-Delbosc (*Revue Hisp.*, 1904, VI, 5-154). En cuanto a su presunta participación en la *Crónica de Juan II*, vid. p. 300. La poesía la cultivó mucho, en especial en la forma moral del proverbio, y se le debe también un excelente poema de *Loores de los claros varones de España.*

chas, y ello da a sus semblanzas un fuerte aliento de vitalidad. Acertó, además, Guzmán a escoger con gran tino los caracteres físicos y morales que convenía destacar, y a disponerlos en una cierta confusión, logrando sintetizar en breve espacio la cabal fisonomía de sus biografiados [111]. El contribuyó como nadie a que conozcamos como a coetáneos nuestros a los hombres que descollaron en el gobierno y en la Iglesia, en las armas y en las letras. No tiende al panegírico, sino que suele encontrar bastantes tachas en los hombres, pero se mantiene en una imparcialidad que es generalmente reconocida. Puede, sobre todo, apreciarse en la semblanza de D. Alvaro, contra el que no se ensaña con exceso, culpando mucho a los nobles que por ambición se le doblegaron; sería demasiado pedir que reconociese también que la abulia del rey y los desmanes de los señores hacían necesaria la actuación del privado. La semblanza de Juan II muestra también una severa objetividad.

Cultivó asimismo Pérez de Guzmán la biografía retrospectiva, en el *Mar de historias*, compuesta de dos partes, y de la que se había creído hasta ahora que las «Generaciones» formaban la tercera [112]. El autor dice haber imitado en ella «a Guido de Colupna», pero tiene más

---

111. Fueter pondera la perfección alcanzada por Pérez de Guzmán, debida a no dejarse llevar de la imitación de los antiguos. Entiende que la literatura biográfica italiana no tiene nada comparable a las *Generaciones y semblanzas*, y que ninguna obra humanística las iguala en "fina psicología, conocimiento preciso del mundo, independencia de juicio y realismo en la expresión". (*H. de l'hist. mod.*, pág. 112.)

112. En tal forma las unió Cristóbal de Santisteban en la edición príncipe de 1512 y así siguió aceptándose, hasta que el hallazgo del original (Bibl. Nac., ms. 9564) ha demostrado su independencia. *El Mar de historias*, a diferencia de las *Generaciones*, repetidamente editadas, no ha vuelto a imprimirse hasta 1913 (*Revue Hisp.*, XXVIII, 442-622).

semejanza con el «Mare historiarum» del dominico Juan de Columna, el cual extracta, intercalando, además, varios capítulos de la obra «Planeta», de Diego de Campos. En la primera parte, aunque Guzmán dice que trata «de los emperadores e de sus vidas e príncipes gentiles e católicos», incluye también a algunos filósofos, poetas y otros personajes particulares, más propios de la segunda parte, que es la que se ocupa «de los santos e sabios y de sus vidas, y de los libros que hicieron». La información del autor es a veces muy pobre, como en el artículo de San Isidoro, del que se limita a mencionar varias obras, sin incluir las históricas ni referirse a sus otros méritos. En el tipo de los artículos hay mucha más disparidad que en las «Generaciones», faltando en unos el retrato físico, conteniendo otros los hechos del personaje, sin su semblanza, y formados algunos simplemente por discursos y sus respuestas. Pero Guzmán puso en toda la obra la magia de su estilo y cuando dispone de datos da a sus descripciones la gracia expresiva que caracteriza a las que trazó de sus coetáneos [113].

Alfonso de Toledo, escritor del tiempo de Enrique IV, más conocido por una obra posterior [114], compuso otra serie de biografías retrospectivas, que tituló *Espejo de las Istorias*, nombre que indica su finalidad moralizadora y didáctica. Según dijo después en el «Invencionario», se ocupó en ella «quasi de todos los varo-

113. Escojo, casi al azar, el comienzo de la de César: "Julio Cesar, aquel magnifico e muy excellente principe, fue alto de cuerpo e blanco, la boca un poco grande, los ojos prietos, bien complexionado, saluo que un poco antes que muriesse se espantaua muy a menudo en sueños. Era caluo e auía dello muy grande enojo. E por esso siempre quando se peynaua, cubria la calua con los cauellos detras..."

114. La titulada *Invencionario*, heterogéneo tratado dedicado al arzobispo toledano Carrillo en 1474.

nes illustres e famosos, ansí en santidad como en potençia, en fortaleza, e en sciençia que desde Adam fasta... Juan XXII fueron en el mundo...», valiéndose de cuantas «ystorias escolásticas e eclesiásticas» pudo y usando de «brevíssimo estilo» [115].

f) *Biografía individual.*

Por el mismo tiempo que Pérez de Guzmán iniciaba la biografía colectiva de contemporáneos, GUTIERRE DÍEZ DE GAMES casi creaba también la unipersonal, género del que sólo hemos encontrado hasta ahora un ejemplar: la crónica latina del Cid (v. pág. 155). Gámez hizo la *Crónica de D. Pedro Niño, Conde de Buelna* [116], y tal vez la novedad del propósito le movió a disfrazarlo, como si su finalidad hubiera sido historiar y definir la Caballería [117]. A la institución y origen de ésta consagra todo un largo «Proemio», y ello viene a parar en que el autor, habiendo leído y oído tantas cosas de caballeros, buscó uno, prototipo de la clase, que nunca hubiera sido

115. No he visto la obra ni creo que Ríos (*Lit. esp.*, VI, 202, y VII, 166-167), de quien también toma la noticia Cirot (*Hist. gén.*, 16), se refiera a ella más que por la mención que de ella se hace en el "Invencionario". El interés de la producción no merece, tampoco, largas investigaciones, por no tratarse de una obra original.

116. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.483. El autor tituló su obra *Victorial de caballeros*, nombre que se ha respetado en la traducción hecha al francés por Adolfo de Circourt y el conde de Puymaigre (*Le Victorial. Chronique de D. Pedro Niño*... París, 1867), para la que se valieron de un ms. diferente del usado por Llaguno en la edición de Madrid. También lo han conservado R. Iglesia y J. de M. Carriazo en la selección y edición, respectivamente, que hicieron de la obra.

117. Carriazo no considera la parte relativa a la Caballería como recurso para introducir la biografía de su señor, tal como yo lo veo, sino como consustancial con el tema principal (o. c., págs. XVIII y sigs.). Desde luego, publicada en su integridad, cobra mayor relieve que en la edición cercenada; de todas suertes, lo ajeno a su héroe sigue pareciéndome simple medio de justificar una biografía particular.

vencido, y encontró al fin a don Pedro. Que esto es un sencillo recurso literario lo descubre él mismo, contando que le acompañó, en calidad de alférez, desde que ambos tenían veintitrés años, La primera parte de la crónica, en que trata del linaje, niñez y mocedad de su héroe, hasta su matrimonio, tiene el interés de ofrecer un resumen de los reinados de Pedro I y Enrique II, valiéndose de un escrito que dejó el abuelo paterno del conde, gran partidario del rey Cruel, y el de completar mucho la crónica de Enrique III. La segunda parte, consagrada a dos expediciones que hizo el biografiado por orden de dicho rey, al Mediterráneo una, para perseguir corsarios, y otra al Atlántico, en ayuda de Francia contra Inglaterra, tiene extraordinaria importancia en el capítulo de libros de viajes. Las andanzas del autor por tierras de Africa le dan ocasión para describir con justeza y amenidad cuanto ve, dando a la obra el atractivo que poco después han de tener los relatos de los exploradores de Indias. En otro aspecto, su viaje a Francia e Inglaterra le sugiere también interesantes observaciones sobre ambos países y las características de sus habitantes, que percibe con gran agudeza [118]. El autor muestra al comienzo de su obra algo como tono de dómine, pero en cuanto las elucubraciones generales acaban y son cosas tangibles lo que le da tema para escribir, no cabe más amenidad y agrado

118. He aquí una de las varias comparaciones que hace entre el carácter de los tres pueblos que conoce: "... Los Ingleses acuerdan antes de tiempo; éstos son prudentes: e los Franceses que nunca acuerdan fasta que están en el fecho; éstos son orgullosos e presurosos: e que los Castellanos nunca acuerdan asta que la cosa es pasada; éstos son ociosos e contemplativos." (Puede, claro es, suponerse que dichos de este tipo circulasen, entonces como ahora, profusamente.) El viaje a Francia de Pedro Niño dió tema a un artículo de Ch. de Beaurepaire, *Notes sur le voyage de P. N. en Normandie aux années* 1405 *et* 1406 (Précis des travaux de l'Académie de Rouen, LXXV, 476-508).

en su relato. La descripción está sazonada con anécdotas históricas y expuesto todo en un rico lenguaje, aunque abundante en galicismos, y con gran copia de refranes. La crónica alcanza hasta 1446, fecha de la muerte de la condesa, formando ese último amor del biografiado, junto con sus últimos lances de armas, la tercera parte de la obra. Rasgo común de las tres es la constante apología de Pedro Niño, al que su biógrafo presenta siempre como el hombre perfecto.

La *Crónica de Don Alvaro de Luna*, anónima, que con mucha probabilidad puede atribuirse a GONZALO CHACÓN, servidor del Condestable y que alcanzó a hacer gran papel con los Reyes Católicos [119], debió de seguir muy de cerca a la de Niño, pudiendo situarse lo más de su redacción entre 1453 y 1460 [120]. Por haber sido la vida de Luna tan paralela a la de Juan II —vivió en la corte desde que éste tenía dos años y murió uno antes que el rey— y haber actuado siempre como verdadero soberano, su crónica se estima por otra historia de su reinado, sirviendo para contrastar y completar la crónica oficial. El autor muéstrase erudito y con dominio completo de la pluma, revelándose ya como tal desde el co-

119. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.525. Floranes, al que siguió Ríos (*Estudios sobre los judíos*, ensayo II, cap. VIII), que después se retractó (*Lit. Esp.*, VI, 224), la atribuyó a Alvar García de Santa María, cuya enemistad desde 1434 con el privado basta para que se deseche tal conjetura. Menéndez Pelayo apuntó en un ms. de la crónica la sospecha de que el autor fuese Gonzalo Chacón, servidor del condestable, que figura en la crónica con mucho elogio, y Silió (*Don Alvaro de Luna y su tiempo*, Madrid, 1935, página 31) defiende con ardor tal suposición. Carriazo, en su edición, se inclina también decididamente por Chacón y apura los indicios en su favor. Algunos de los aducidos tienen, sin duda, gran peso, haciendo la atribución a Gonzalo probabilísima. Véase también, en el excelente estudio preliminar, la reconstitución que hace de su biografía.

120. En 1453 fué la muerte de don Alvaro y en 1460 la del arzobispo Luna, de quien habla como viviente. Carriazo opina que el autor hizo algunos retoques y añadidos hacia 1500.

mienzo de la obra, en el que los historiadores solían anegarse en una repetición de tópicos manidos. El aborda su tema de este modo: los tiempos modernos padecen de penuria de grandes hombres como fueron los antiguos, pero en el Maestre se reúnen todas las perfecciones. ¿Quién necesitará, pues, admirarlas repartidas entre muchos de aquéllos pudiendo hallarlas juntas en un hombre de nuestra época? Poseído de este entusiasmo, la trascendencia de los actos políticos del privado no le impide hacer una continuada pintura, íntima y personal, del hombre [121]. Pocas veces la psicología de un personaje histórico nos llega tan acabada. El autor se esfuerza, además, por dar la mayor variedad a su historia, multiplicando los discursos, los diálogos, las sentencias, los apóstrofes. Construye con artificio sus capítulos, que inicia con algunas reflexiones y, cuando hay materia, con relatos de hechos antiguos, análogos a los que va a referir. Aplica asimismo, y no sin gracia, refranes y frases populares. Pero, al revés de otros autores que parecen haber hecho su aprendizaje literario en el curso de sus libros, la crónica de Luna va perdiendo al acercarse a la catástrofe final por el tono afectado y sermonario que adquiere, acentuando así un defecto que era muy tolerable en la primera parte de la obra. En cuanto al fondo, aunque muy puntual en general, tiene a veces omisiones y confusiones que no se explican; refiere, en cambio, sucesos políticos que no afectan a don Alvaro, por estar aún

121. Tratando de sus amores tiene el autor este rasgo delicado: dice que podría nombrar algunas de las grandes señoras con quienes tuvo secreta relación; pero mancillar así su fama no estaría bien en el historiador de un hombre que tanto ensalzó aquel sexo, aludiendo, sin duda, a su *Libro de las virtuosas y claras mujeres*.

en la niñez. La admiración por éste persiste hasta su muerte, en la que llega a compararle con Jesucristo, pues, como El, amó, dice, a los suyos hasta el último momento de su vida. Pero el entusiasmo no dañó a su imparcialidad; sólo parece exagerar un tanto la animadversión que el rey mostró al ministro en la época final.

La *Crónica del condestable Iranzo*, anónima también [122], ilustra el reinado de Enrique IV, como las dos citadas los de Enrique III y Juan II. Pero la de Iranzo, al igual de la de Niño, sólo en pequeña parte historia los sucesos de la corte. El rey ennobleció a Lucas en 1455, y la crónica empieza en 1458, cuando, en una sola ceremonia, muy solemne, le hizo barón, conde y condestable de Castilla, o sea jefe supremo del ejército. La «continuidad» de Iranzo acabó en seguida por los celos que al marqués de Villena y los partícipes de su privanza causó su brusco encumbramiento. El Condestable se retiró a Jaén, de la que era alcaide, y allí residió desde entonces casi constantemente. Es, pues, la vida fastuosa de un noble en sus dominios lo que describe la casi totalidad de la crónica. En ese aspecto el indagador más exigente hallará sobrado pasto a su curiosidad. Fiestas de todo tipo —la serie completa de las festividades religiosas del año,

122. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.576. Según Gayangos, su editor, hay en una copia moderna el dato, sin indicación del fundamento, de que la escribió un servidor del Condestable llamado Juan de Oli o de Olid, nombre que, en efecto, corresponde a un secretario mencionado en la crónica. Por mi parte, creo que el autor debió de ser de muy humilde condición, por el exagerado respeto que todo lo de la casa le inspira; incluso llama "la señora D.ª Luisa" a una hija de don Lucas, muerta a los cinco años. En la reciente edición y estudio de Carriazo, expone éste su idea favorable a la atribución de la crónica a Pedro de Escavias, el autor del "Reportorio" ya citado; pero los indicios me parecen insuficientes.

y las familiares por boda y bautizo, sin faltar tampoco unos solemnes oficios funerales— son descritas minuciosamente, con gran lujo de detalles sobre vestidos, manjares, holgorios señoriales y populares, etc. El aspecto político y guerrero, es decir, las incidencias del gobierno provincial y las guerras emprendidas por la sola iniciativa del Condestable contra los moros y sus luchas con otros señores, así como la relación con Enrique IV y sus cortesanos, completan el caudal de noticias de la obra. Esta llega a 1471, inclusive, y tal vez el cronista prefirió omitir la reseña de los años 1472 y 1473, fecha éste de la muerte de Iranzo, porque en ellos cambió su fortuna radicalmente, llegando a ser odiado por sus súbditos y asesinado en una revuelta. Este final hubiera desentonado de la aduladora apología que es toda la crónica [123]. Esta, aparte del interés que le dan sus noticias de la vida particular, no deja de tenerlo para la historia política, porque representa una versión más del reinado de Enrique IV —favorable a éste, en cuyo partido militó Iranzo—, dando también algunas notas de las interioridades del reino de Granada. El autor, que, por excepción, no muestra erudición eclesiástica, carece también de sagacidad política y se limita a referir sencillamente [124].

---

123. He aquí uno de los varios ejemplos del tono de la obra: "¡O jente romana! si quando tu prosperabas, el tiempo de aqueste señor alcanzaras, ¡qué templo, qué estatua, qué historia le mandaras fazer, y con quánta solepnidad y reverencia le mandaras hourrar!" La adulación es constante en el cronista, que incluso pondera la castidad del Condestable y de su esposa en forma que linda con lo ridículo.

124. Carriazo entiende que el anónimo cronista usó mucho de documentos y anota hasta veinte que cree utilizados (o. c., páginas XXXI-XXXVI).

g) *Memorias.*

Leonor López de Córdoba, hija de un fiel partidario de Pedro I, decapitado por orden de Enrique II, cuenta en un breve escrito las calamidades que sufrió desde la muerte de Pedro, en unión de las hijas de éste y de doña María de Padilla[125]. Son memorias sencillas, a modo de confesión, y rectifican algunos datos de las crónicas de Ayala. Debió de nacer doña Leonor a fines de 1362 ó principio de 1363, y las memorias alcanzan a 1400. Después vivió varios años de prosperidad, siendo íntima consejera de doña Catalina, madre y tutora de Juan II, por lo que figura mucho en la crónica de éste.

h) *Historia religiosa.*

Al contrario de la historia civil, la religiosa carece en este tiempo totalmente de interés. Apuntaré sólo dos obras del ya mencionado Arcipreste de Talavera, cuya finalidad no parece ser tampoco puramente religiosa. Trátase de sus *Vidas de S. Isidoro y S. Ildefonso,* fechadas en 1444. La del primero, en treinta y un capítulos, incluye como remate el «Libro de la Oración» y las «Epístolas» del Santo; la del segundo, formada de diez y ocho, termina también con un tratado del biografiado, el de la «Virginidad de Santa María». Ambos conservan todo lo grato al gusto popular, dando colorido a los respectivos milagros con el atractivo que el Arcipreste sabía comunicar a su prosa. Amador de los Ríos sospecha, creo que

125. *Fuentes,* art. 1.445. Antes de la edición aquí citada habían sido publicadas en la *Col. de Doc. inéditos,* LXXXI, 33-44.

con fundamento, que el autor quiso hacer con ellas una sátira indirecta contra las corrompidas costumbres del episcopado, marcando su contraste con las de aquellos esclarecidos prelados, sin atreverse a hacerlo directamente, como en su desenfadado *Corbacho* contra las mujeres.

II. La producción musulmana.

Apenas se encuentra mención de obras de este tiempo. Pueden citarse dos.

El anónimo *Al-Holal al-Mauxía* (La capa bordada, que trata de la historia de Marruecos) se ocupa, bebiendo en las mejores fuentes, de los almorávides en Africa y España [126]. Empieza por la fundación de Marraquex en el año 462 h. (1069-70) y llega al benimerín Abu Texufin Abderráhmen (1398-1420). Hay varios ejemplares.

Un escritor conocido por El Xathibí, esto es, de Játiva, compendió, sin variar el título, una obra ajena: *Margarita del compendio de las historias del tiempo* [127]. La forman tres libros: I, desde la creación del mundo hasta Mahoma; II, dedicado a éste; III, desde el profeta hasta 1441, haciendo en él historia de las dinastías musulmanas de Oriente y Occidente, con una relación de las tribus berberiscas y una cronología de los omeyas españoles. Se conservan también varios manuscritos.

---

126. Pons, *Ensayo*, 394.
127. Pons, *Ensayo*, 362.

CAPITULO V

La historiografía desde el Gerundense hasta la crónica general de Ocampo.

(Hacia 1480 - 1543.)

Extinguida en el período anterior la producción musulmana, hay en éste, en compensación, un nuevo brote, el más importante, de la historiografía hispano-judía. Ilustra particularmente el hecho de la expulsión, pero nos presenta también otros sucesos y figuras anteriores a una luz diferente que las crónicas cristianas. Será, pues, recogida, a continuación de éstas, la actividad historiográfica de los últimos sefarditas que en nuestra península nacieron, los cuales la desplegaron antes y después de su destierro.

En cuanto a la historiografía propiamente nacional, pronto se reflejó en ella el inesperado engrandecimiento territorial que España alcanzó en este período, a la vez que acusa el impulso dado a los estudios históricos por el movimiento humanístico iniciado en Italia. Ya el autor elegido para encabezar el capítulo, que sólo llegó a conocer la unidad conseguida por el matrimonio de Fernando e Isabel y a vislumbrar el término de la reconquista,

expresa el entusiasmo que ello le produce y cree llegado el momento de investigar seriamente los orígenes del pueblo a tanta altura llegado. La influencia humanística, una de cuyas facetas fué la exaltación de los sentimientos nacionalistas, reforzó el efecto de enorgullecimiento patriótico, que en el caso particular de España excitaba su actual grandeza. Promovió ésta asimismo la admiración de los extranjeros, que empezaron ahora a interesarse por el pasado hispánico. Annio de Viterbo, al publicar en 1498 sus *Commentaria* de autores antiguos, no olvidó incluir una reseña de la España primitiva, dedicándola a los Reyes Católicos. Esta lucubración del famoso dominico, en que se consolida y se eleva al número de veinticuatro la serie de reyes fabulosos iniciada por Tubal, influyó nefastamente por los errores afianzados con su autoridad y por lo que aficionó a la larga al cultivo de la seudohistoria; pero su aparición es interesante para situar el comienzo del interés extranjero por nuestro pasado. Valió también para poner en adelante a prueba el instinto crítico y la probidad profesional de los historiadores.

La mayoría de los que escriben en este período se forman como humanistas en Italia, y con ellos colaboran en la historiografía nacional italianos españolizados. La producción tiende así a asimilarse en creciente al tono general que la perfección ya alcanzada por los florentinos iba imponiendo. El influjo se revela en la intensificación que experimenta el empleo del latín, en el mayor esmero con que éste es cultivado y en el progresivo alejamiento del tipo de crónicas medievales, que vimos iniciarse con vigor en el anterior período.

Lugar adecuado es éste para referirse a la interesan-

te crítica y revisión que de varios aspectos del concepto de la Historia hizo ahora nuestro filósofo Luis Vives. No consagró a tal tema un tratado particular, como los que desde el siguiente período fueron compuestos. Esparció, simplemente, en obras dedicadas a todas las disciplinas en general, las ideas que sobre la Historia tenía [1]. Pero sirvió a aquéllos de base e iniciación. Por sus geniales atisbos, Vives ocupa, entre los teóricos de la Historia de todos los tiempos, un puesto eminente como precursor de muy modernos aportes y puntos de vista sobre el verdadero carácter de esta ciencia. Es, pues, obligada una breve exposición de sus teorías historiográficas, si bien ello tenga sólo el interés de ilustrarnos sobre la concepción que de la esencia y finalidad de la disciplina histórica alcanzó un espíritu egregio, sin que su doctrina lograse, en mucho tiempo aún, aplicación práctica.

Tampoco es mucho lo que la nueva escuela italiana influye en España. El cambio que se advierte más parece debido a la evolución espontánea que al impulso exterior. Ni éste exagera aquí en demasía la subordinación de la fidelidad histórica a la retórica clasicista. El sentido realista de nuestros escritores se sobrepuso, y la adopción de los primores estilísticos no impidió que la historiografía informada por los nuevos cánones fuese en realidad una continuación de las antiguas crónicas, que por propio impulso venían progresando. De todas suertes, la producción en latín adquiere ahora gran auge y a ella corresponden las obras de más valor, si bien en cantidad

1. Esta falta de un tratado especial me decidió en la primera edición a omitir la mención de Vives; después he juzgado que no puede prescindirse de él, dado el elevado lugar que ocupa, porque consignase en obras de tipo general sus ideas.

sigue superándola la historia en lengua vulgar. Las formas de expresión se enriquecen con la adopción de nuevos procedimientos, como el diálogo y la carta, que ganan para la exposición histórica matices antes insospechados. El uso de la imprenta, en fin, a la vez que facilita la publicación de las nuevas obras, estimula a divulgar otras antiguas, con preferencia por las biografías de los personajes más sugestivos.

De los reinos ajenos al núcleo central, Navarra gana el terreno que había perdido por su tardía iniciación historiográfica; en el curso de pocos años son seis las obras allí producidas que nos han llegado. Pero el avance sólo está en la cantidad. Los historiadores del país se confinan en el tipo de sumarios medievales, a los que no llega ninguno de los progresos aportados por la nueva escuela. De tales compendios sólo uno se aventura en el período primitivo de España; los demás, puramente regionales, toman su tema desde la reconquista pirenaica. No hay tampoco asomo de cronistas reales. Así se prepara el término de la vieja monarquía, que pierde en 1512 la Alta Navarra, quedando reducida a su porción francesa, la cual, a su vez, se fundirá con Francia en el mismo siglo, bajo Enrique IV. La anexión a Castilla, con los incidentes y guerra que a ello conducen, atrae la atención de los historiadores, pero sus obras entran ya en el campo de la historiografía nacional.

Tampoco Aragón ofrece una producción de rasgos bien acusados que recuerde ni de lejos sus bellas historias del XIII y el XIV. Redúcese a sumarios de escaso valor, nacionales en lo primitivo y regionales desde la reconquista. La crónica real sí cuenta con un buen ejem-

plar, consagrado a su penúltimo monarca independiente, aunque el escrito carezca de características peculiares, como compuesto según las reglas humanísticas. Así llega también la Corona de Aragón, como Navarra, a la fusión con el reino central de la Península; pero allí no se extingue el cultivo de la historia particular del país, que veremos reanudarse en el capítulo siguiente con eficaz diligencia.

Más interés que todo lo apuntado tiene un género historiográfico que ahora nace, destinado a espléndida floración: la historia de Indias. El descubrimiento de un mundo nuevo, a la vez que ensanchó el Imperio español en proporciones no alcanzadas por ninguno, enriqueció desde el comienzo nuestra producción histórica con enorme profusión. Iniciado por el descubridor el hábito de dar cuenta a los reyes de sus andanzas, casi todos los exploradores se aplican en adelante a referir sus viajes y conquistas en escritos llenos de realismo, en los que las hazañas más estupendas son contadas con ingenua sencillez. Sencillez que en muchos casos descubre admirables dotes. Se ha advertido que estos hombres de acción, profesionales de la espada y no de la pluma, acertaron mejor a pintar aquellos maravillosos países que los literatos que lo han intentado. Lo cierto es que las hazañas en América, como poco después las realizadas en Europa, tuvieron en los mismos que las ejecutaban sus primeros y más atrayentes narradores. Los capitanes de las expediciones las historian dirigiéndose a los soberanos; los que militan a sus órdenes exponen a los jefes su propia actuación; los letrados que les acompañan, clérigos en su mayoría, tienden a resumir diestramente lo que los

protagonistas exponen al pormenor. Las rivalidades entre los conquistadores originan también abundantes escritos.

Aunque mucho de esto se ha perdido y gran parte se mantiene inédito, las cartas y relaciones publicadas forman una masa considerable. Junto a ella, la historiografía propiamente dicha es aún poco copiosa en el período que ahora examinamos, si bien tiene el interés de formar la pauta a que se ajustarán en general los historiadores de Indias.

El examen de la producción del período será, a partir de este capítulo, iniciado por la relativa a la Historia como ciencia, esto es, a los escritos doctrinales. En cuanto a las obras históricas propiamente dichas, la adopción del Gerundense como hito para el arranque de la presente etapa, marca ya el plan que conviene seguir. Comenzaremos, pues, por las historias generales, aunque en cantidad y en valía siguen sobrepujándolas las crónicas de lo coetáneo. En aquel grupo continúa el predominio de los sumarios, cuyos autores no siguen el ejemplo del Gerundense, renovador del estugio de la antigüedad, limitándose ellos generalmente a resumir lo ya hecho. Por el contrario, la historia contemporánea ofrece algunas obras maestras y su conjunto se muestra muy nutrido de noticias y de versiones puestas en contraste.

Las historias de sucesos particulares, cuyo examen seguirá al de aquéllas, aspiran como ellas a la dignidad de obra perfecta, tal como los humanistas la entendían, con el empleo del latín y primores como el de la forma dialogada. Pero sigue predominando la reseña en castellano y sin pretensiones literarias.

La biografía colectiva se mantiene en el plano en que la fijó Pérez de Guzmán. La unipersonal, confinada en lo político, pierde el atractivo que a la del precedente período comunicaban sus cuadros de la vida familiar y sus reseñas de viajes. Capítulo aparte forman tres obras que aspiran a renovar la atención sobre sendos personajes del pasado, si bien limitándose a poco más que reproducir biografías ya compuestas anteriormente.

La historia extranjera, cada vez más enlazada con la nacional por la actuación exterior de España, ocupa también más páginas en la historia de lo coetáneo, aunque sin ser expuesta en obras independientes.

El capítulo finalizará con el examen de la producción relativa a América, considerando separadamente las relaciones autobiográficas y las historias propiamente dichas.

I. La teoría sobre la historia.

Luis Vives (1492 - 1540), más conocido como filósofo y precursor de la moderna pedagogía, tuvo un genial concepto de la Historia, y, como consecuencia, de lo mucho que faltaba a los escritos históricos corrientes para ser verdaderamente eficientes. También compuso algunos, pero en general con finalidad ajena a la propiamente narrativa, y lo que es en él más valioso está en el terreno de la teoría. En dos de sus obras, *De causis corruptarum artium* y *De tradendis disciplinis*, ambas de 1531, se encuentran los elementos que nos muestran en conjunto su concepto total. En la primera critica el poco respeto a la verdad, muy malparada por causas distintas: la credulidad, la facilidad para el embuste si conviene a

un fin determinado, etc. Un mal entendido amor a la propia patria o religión llena de falsedades las historias, ya exponiendo hechos que no existieron, ya amañándolos en el modo de presentarlos. Censura asimismo el no acudir a buenas fuentes, fiándose de dichos de no testigos; la consignación de cosas fútiles, con olvido de otras de más entidad; el abuso de los elogios, etc. En ello, como se ve, no rebasa mucho el nivel general, por ser frecuentes tales censuras, en gran parte convertidas en tópicos. Es en la parte positiva, en la exposición del contenido que la Historia debe tener, donde Vives muestra la fuerte originalidad de su espíritu. Su posición podríamos resumirla como la de un temprano defensor de la necesidad de cultivar con preferencia lo que hoy llamamos la historia interna. Vives llega a esa consecuencia por el carácter acusadamente docente que a la Historia asigna, sobre todo como formadora de estadistas y en general de cuantos han de intervenir en el gobierno de los pueblos. Si el conocimiento de lo pasado ha de ser la principal enseñanza, debe procurarse que alcance a lo que verdaderamente constituye la vida de la humanidad en sus sucesivas etapas: la religión, la legislación, la economía, las ciencias, los usos y costumbres, etc. En cambio, dar excesiva extensión a lo relativo a las guerras y demás azotes del hombre, como era lo habitual en los historiadores, no es sólo baladí, sino dañoso, por lo que estimula los peores instintos: la vanagloria, la crueldad, el prurito de venganza. (De tal modo se eleva Vives al concebir la hermandad universal que considera civiles todas las guerras, salvo las emprendidas contra los piratas.) Aparte de esta noción principal, se hallan entre sus preceptos detalles

muy loables, como la conveniencia, que él preconiza, de conocer primero un compendio de la historia universal, para luego penetrar con más pormenor en las reseñas nacionales. Como puede comprenderse, no todas sus prescripciones pueden suscribirse, entre ellas su condenación de todo lo menudo sin distinción; hoy, al revés, pensamos en lo mucho que el conocimiento de las cosas pequeñas nos ayuda a percibir la realidad de las épocas precedentes. Pero en conjunto, el cuadro que de la materia histórica nos ofrece admira por la claridad de su visión. Incluso se adelanta a reconocer el valor que tiene la fábula en ciertos casos, lo que ha de alabarse en quien, como él, supo ver lo que de falso y desdeñable había en las historias que circulaban, entre ellas las de Annio de Viterbo. Digamos para terminar que, en el aspecto literario, se muestra exigente de ornato y buen estilo, para que el lector, engolosinado por tales atractivos, relea reiteradamente las obras y logre así extraer de ellas todas sus enseñanzas y provecho [2].

II. Historiografía cristiana.

a) *Historia retrospectiva y general.*

1) *Serie central.*

Juan Margarit (1421-1484), más conocido por El Gerundense, obispo de Gerona, gran figura en la corte de Aragón y en Roma, cardenal en 1483 y probable

2. Para más información sobre Vives en este aspecto de su actividad se acudirá con fruto al artículo de M. Usón Sesé, *El concepto de la Historia en Luis Vives* ("Universidad", de Zaragoza, 1925, II, 501-535), que a su vez desarrolló la parte dedicada a ese punto por Bonilla San Martín en su *Vives y la Filosofía del Renacimiento* (Madrid, 1903).

Papa de haber vivido más[3], consagró unos *Paralipómenos* al período primitivo de España[4]. Ofrecidos a los Reyes Católicos, les expresa en la dedicatoria su admiración por la unidad que han procurado a España y marca el contraste entre su actividad y la desidia de los demás reyes cristianos, que permitió los avances del Turco. En el prefacio que sigue, titulado «De historiographis Hispaniae», los reduce a cuatro, de ellos tres «laudabiles» (Trogo Pompeyo, abreviado por Justino, que sólo dedicó a España un libro de los cuarenta y cuatro de su obra; Orosio, que se limitó a calamidades y al período romano; San Isidoro, que hizo una brevísima exposición) y uno «tolerabilis» (Jiménez de Rada, que casi totalmente omitió lo pregodo)[5]. Propónese, pues, el nuevo historiador investigar lo olvidado («paralipomenos») por sus citados cuatro predecesores, sin mencionar, por desdeñarlos, a los demás.

Pónese a la tarea compulsando buen número de autores antiguos, para dar a sus afirmaciones una base segura y no incurrir en las mismas fábulas que la «caterva de ignorantes» anteriores. En su anhelo de mostrarse fidedigno multiplica las citas en que se apoya, en proporción directa con el grado de incredulidad que las noticias

3. Vid. el estudio que le consagró el P. Fita, citado en *Fuentes*, art. 404; en éste se mencionan también las ediciones hechas de la obra del Gerundense.

4. Hizo también: *Corona Regum*, escrita para la educación de Fernando el Católico; *Sedes Regum* (de la que sólo se conoce el título, por lo que Cirot sospecha sea la misma anterior) y *Templum Domini*, inserta ésta al final del trabajo de Fita; en ella, con motivo de las profanaciones ocasionadas en Cataluña por la guerra civil, hace historia de los respetos que se guardaron a los templos y sus sacerdotes entre los hebreos, gentiles y cristianos. (Vid. pág. 50, en que hacía referencia a este mismo tema, tratado por San Agustín.)

5. No es probable que el Gerundense desconociese la *Historia Romanorum*, del Toledano, pero opinaría que su composición no remediaba el silencio sobre tal período en su obra fundamental.

que aporta puedan tener. Concede gran extensión a las nociones geográficas y en ellas se explaya en la etimología toponímica, tan del gusto de los historiadores desde San Isidoro, y que, como a todos, le conduce a las más violentas derivaciones. En lo relativo a los pobladores de la Península establece esta sucesión: Cetubales, «ut plurimis antiquis scriptoribus placuit»; Igletas, según el testimonio de Estrabón; Sicanos, a los cuales «authentica multa referunt»; Iberos, a los que se mezclaron los Celtas «post multa secula»; Griegos, Cartagineses, Romanos, Godos y Moros; rechaza la inclusión del pueblo que tanto papel venía haciendo desde la Primera Crónica, con el nombre de Almuiuces, Almunices, etc.[6]. No puede negarse que la exposición que hace de la comunidad de los iberos de Oriente y los de España, suponiéndolos llegados aquí después de pasar por Irlanda, así como señala a los celtas la procedencia de la Galia, significa un avance apreciable, aun cuando haya errores como el del parentesco que establece entre el idioma celta y el vascuence, el de considerar arios a los iberos, etc. El P. Fita, muy admirador de Margarit, demuestra con un minucioso estudio la solidez de muchos de sus asertos[7].

Constan los «Paralipómenos» de diez libros, dedicado el primero a lo prehelénico y la geografía peninsular,

6. "Quidam uero —dice—, quos scriptores fabulosos existimo, scripsere quod post Hispanum, a cuius nomine Hispania dicta est (qui Herculi successerat), gentem quandam, quam Almoniphides appellant, uenisse in Hispaniam ac illam possedisse annis XL; quam gentem aiunt ex Chaldaeis ortam. Unde, quia neque uerisimilia sunt, neque a probatis scribuntur, illa praetereo."

7. A él se debe la valoración que hoy se hace del Gerundense, poco apreciado antes y tachado incluso de fabuloso en los siglos XVII y XVIII. Todavía Amador de los Ríos le consagró sólo una breve mención. La importancia que Fita le concede ha sido aceptada por Cirot (*Hist. génér.*, 47-52) e interesa consultar el breve examen que de él hace, como complementario del de aquél.

el II a los griegos desde la primera aparición de Hércules a la llegada de los cartagineses, el III a éstos hasta la primera guerra púnica, el IV hasta la segunda, el V a ésta, el VI desde la expulsión de los cartagineses hasta la tercera, el VII desde la guerra de Numancia hasta la lucha de Mario y Sila, el VIII a ésta, el IX a la de César y Pompeyo; el X, iniciado por Augusto, se proponía proseguirlo hasta Teodosio (esto es, llegar hasta las invasiones germánicas, desde donde las historias solían ser ya suficientes), pero quedó incompleto, alcanzando sólo a la estancia de Augusto en España.

Diego de Valera (¿1412 - 1488?), activo político y consejero en los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, conocedor también por sus misiones oficiales de varias cortes extranjeras y cultivador como tantos de su tiempo de la poesía amorosa, escribió, hacia el mismo tiempo que el Gerundense, una *Crónica de España*, que suele llamarse, con palabra de su mismo autor, la «Crónica abreviada» [8]. Compuso asimismo otras obras, dos de ellas históricas, que serán más tarde examinadas [9]. Hay unanimidad en conceder muy escaso mérito al compendio de Valera, calcado en la Crónica de 1344, la de Castilla y la Cuarta, y sólo original en el reinado de

8. *Fuentes*, art. 71. Sobre el autor y sus obras vid. el excelente estudio, aunque benévolo en demasía, de J. de M. Carriazo (*Diego de Valera. Crónica de los Reyes Católicos. Edición y estudio* por... Madrid, 1927), en el que puede verse la bibliografía anterior.

9. Entre las no históricas descuella su *Doctrinal de príncipes*, código del buen gobernante dedicado a la instrucción de Fernando el Católico. Su *Tratado de los rieptos e desafíos*, materia familiar al caballero aventurero que fué el autor, y el *Cirimonial de príncipes*, muestran otra faceta de su actividad. Hizo también un *Tratado de providencia contra fortuna*, que Puymaigre califica de "obra fría y pedante". Sobre sus otros trabajos véase el libro de Carriazo.

Juan II, con que acaba[10]. Cirot le llama con razón «retardatario», pues desentona de la reacción crítica iniciada por el Gerundense la credulidad con que acoge cuanto encuentra y la ligereza con que, de añadidura, trastorna la cronología[11]. Las fábulas del período primitivo las ofrece con algunas variantes, al parecer, debidas a él mismo, y siempre le agrada adobar lo maravilloso con su propia fantasía. Sirviendo con ello el gusto de su tiempo, alcanzó hasta mediados del s. XVI gran número de ediciones[12]; fué también aprovechada en trabajos ajenos.

Alfonso de Palencia (1423 - 1490), formado en la casa de Alfonso de Cartagena, perfeccionado en Italia, cronista y «secretario de latín» de Enrique IV, pero terrible censor suyo y gran partidario de Alfonso y de Isabel, en cuyos sucesivos partidos desempeñó papel muy importante, escribió, también hacia el mismo tiempo que Margarit y Valera, diez libros sobre la antigüedad española y otros diez sobre el período cartaginés-romano[13]. Ambos trabajos se han perdido, lo que es muy de lamen-

10. Opina Carriazo que la "Crónica abreviada" es la primera parte de una obra total, de la que las posteriores crónicas de Enrique IV y los Reyes Católicos constituyen la segunda y tercera. Si tal fué el propósito del autor, lo cierto es que los tres trabajos aparecen como independientes, sin más ligazón entre sí que la cronológica de los temas. Parecen decisivas contra tal opinión estas palabras del *Memorial* o Crónica de Enrique IV: "... y dexé de escribir en esta obra las cosas mucho antiguas, porque de aquéllas asaz mención se hizo en la copilación de las Corónicas de España por mí ordenadas, que Valeriana se llama."

11. Fueter (*H. de l'hist. mod.*, 275) llama a la obra de Valera "el último monumento de la historiografía española de la edad media", calificación que supone la existencia de una línea tajante entre lo medieval y lo moderno, imposible de fijar en nuestra producción histórica.

12. Menéndez Pelayo supone que contribuyó a tan gran aceptación el haber sido la primera crónica general impresa. Lo fué ya, como se habrá visto, en 1482.

13. Los primeros dice él mismo haberlos compuesto; los siguientes fueron vistos por Nicolás Antonio en la biblioteca de Juan Lucas Cortés. Vid. *Bibl. Vetus*, II, núm. 802.

tar, porque Palencia, como veremos al ocuparnos de sus obras conservadas, es probablemente el historiador mejor dotado de este tiempo y una de las grandes figuras de toda nuestra historiografía. De todos modos, era tan fácil la caída al tratar del período primitivo, que tal vez sea preferible que no podamos someter a la prueba a este autor, exponiéndole a perder una parte de la reputación ganada con sus «Décadas».

Diego Rodríguez de Almela (h. 1426—m. probablemente en el último decenio del siglo), murciano de ilustre linaje gallego, paje y familiar de D. Alfonso de Cartagena y que, entre otros cargos, tuvo el de capellán de Isabel la Católica, hombre, en fin, de los más eruditos de su tiempo, debe aquí figurar por un *Compendio historial* o *Copilación de las Crónicas et Estorias de España*[14]. Abarca desde el diluvio hasta Enrique IV. Lo presentó a la reina en 1491, aunque empezado, y acaso terminado, varios años antes. Hay otra redacción de hacia 1505, en que se modernizan algunas palabras y se busca más la elegancia de la expresión[15]. Deriva el Compendio historial directamente de la Crónica de 1344, con la prolongación referida, y es obra que valió al autor el título de cronista real. Pero la que ha tenido más aplauso ha sido otra, el *Valerio de las Historias*, hecha en 1472 a instancias de su maestro don Alfonso, al que la dedicó. Dice en la dedicatoria que así como Valerio Máximo compiló en nueve libros los hechos de los romanos y otros, entendía dicho prelado que debían consignarse los hechos de la

14. *Fuentes*, art. 75. La lista de sus obras completas puede verse en Ríos, *Lit. esp.*, VII, ps. 309-310, nota.
15. Menéndez Pidal, *La leyenda del abad Juan de Montemayor*, Dresde, 1903, pág. VIII.

Sagrada Escritura y de los reyes de España; pensó éste componerlo en latín, a falta de lo cual él, Almela, lo hace en castellano, «porque mi sçiencia es poca». Adopta la misma división que el anecdotario latino y en el contenido predomina la historia española y en especial la de Castilla. La finalidad es didáctica, refiriéndose cada anécdota a una cualidad determinada. Por deseo de don Alfonso de Cartagena hizo también una compilación de *Batallas campales*, acabada en 1481; se compone de dos partes: una universal, hasta Cristo, y otra nacional, que alcanza hasta el año dicho. Más afortunadas que el «Compendio historial», que sigue inédito, ambas obras han obtenido varias ediciones; en cambio se ha desconocido repetidamente su verdadero autor, atribuyéndolas a Fernán Pérez de Guzmán [16].

Hernando del Pulgar, que vivió en la segunda mitad del s. XV [17], siendo, como los anteriores, cronista oficial, hombre de prestigio en la corte y encargado repetidamente de misiones diplomáticas, contribuyó a la historia retrospectiva con una *Relación de los reyes moros de Granada* [18], si bien es principalmente conocido por su labor como cronista del reinado de Fernando e Isabel y como biógrafo de personajes coetáneos (v. págs. 394 y 419). La «Relación» está dedicada a la reina citada, que se la encargó, según el autor; éste informa también acer-

16. El *Valerio* apareció a nombre de Guzmán desde la cuarta edición, y la Academia Española acreditó el error en el Catálogo de Autoridades. Las *Batallas Campales* fueron también atribuídas a Pérez de Guzmán por D. Eugenio de Ochoa. Ríos establece la doctrina, hoy ya corriente, en su *Lit. esp.*, VII, 306-316.

17. Debió de nacer algunos años antes de mediar la centuria y morir después de 1493, sin que pueda precisarse más.

18. *Fuentes*, art. 969. Vid. también el art. 971; una breve ojeada del ms. me ha mostrado que es un texto totalmente distinto del de Pulgar.

ca de sus fuentes: menciona varias obras cristianas de que se valió —la compilación alfonsina, Rada, las crónicas de Fernando III, etc.— y dice que se hizo traducir los escritos árabes que halló, incluso inscripciones de Granada. (La obra fué compuesta a raíz de la rendición de ésta.) Empieza desde la invasión, en cuyo punto acoge las fábulas de la Cava, hijos del rey Acosta, boda de Galiana con «Carlos Martelo», etc., fijándose en las relaciones de parentesco que se establecen entre moros y cristianos. Pero todo esto es a modo de preámbulo, pues la narración seguida comienza desde 1212, en que hubo ya «Reyes continuados en Granada». Si bien éstos forman el eje de la obra, y consigna, sobre todo al final, noticias interiores del reino musulmán, ocupan mucha parte sus relaciones de paz y de guerra con los reyes cristianos, por lo cual no se diferencia cuanto podía esperarse de las crónicas de los monarcas castellanos, en que también tienen aquéllas gran lugar. Aunque se ha dicho que fué presentada a Isabel en 1492 [19], alude ya a la marcha de Boabdil al Africa (1493) y aun dice que «hay ilustre generación en estos reinos» de los miembros de la familia real granadina que casaron los Reyes Católicos, lo que parece situar el término de la Relación, tal como nos ha llegado, en los finales del siglo.

Mencionaré a continuación un *Sumario* del tipo corriente, que puede fecharse en 1493 [20], hecho en Italia,

---

19. Vid. Ríos, *Lit. españ.*, VII, 332.

20. Así lo hace Menéndez Pidal (*Cat.*, 207-209), basándose en que al término de la obra se dice que hace trece años que los RR. CC. establecieron la Inquisición, lo que ocurrió en 1480; aludiéndose, además, a la conquista de Granada y expulsión de los judíos. Esta la condena severamente el abreviador por los muchos servicios que los reyes les debían, y dice fué hecha no sólo sin consultar a las Cortes, sino "a pesar de todos los tres

pero en castellano y tomado de fuentes bien conocidas: la Tercera Crónica y las particulares de los reyes siguientes; cree también Menéndez Pidal que para un pasaje relativo a la venida de los judíos en tiempo de Nabucodonosor se inspiró en la refundición de la Crónica de 1344, ya examinada (p. 315). El autor lo dedica a Fernando I de Nápoles, al que, dice, conviene tener noticia de la historia de su país de origen, de la que no ve que haya «aca en Ytalia ordenada escritura» y las crónicas castellanas las considera harto prolijas para un monarca tan ocupado. Empieza por los godos, tras de algunas noticias de la antigüedad, y llega hasta los Reyes Católicos, varios de cuyos sucesos resume.

Sigue al «Sumario» cronológicamente la obra de ANNIO DE VITERBO (Juan Nanni: 1432 - 1502), sabio dominico muy considerado en la corte romana. Titúlase la parte que nos atañe «De primis temporibus, & quatuor ac viginti regibus Hispaniae & eius antiquitate» y apareció en Roma, 1498, el tratado que la incluye [21]. No interesa a nuestro objeto reproducir los nombres y pormenores de esos veinticuatro reyes primitivos, de Tubal a Gargor Mellicola, cuya relación aderezó diestramente sobre supuestos datos de autores que realmente existieron: el caldeo Beroso, el egipcio Manethon y el romano Fabio Pictor. Aunque algunos han pensado que obró por credulidad, créese más bien que forjó a sabiendas sus en-

estados", y sólo por consejo de un fraile dominico, "mas onbre de ynpetus que de letras", lo que dió lugar a innumerables violencias de todo género. Este pasaje puede verse en el "Cat. de manuscritos españols" de M.-Fatio (núm. 134).

21. Este se titula *Commentaria super opera diuersorum auctorum de antiquitatibus loquentium; eiusdem chronographia etrusca et italica.* En él se esfuerza por asignar grande y bien detallada antigüedad a Italia, y a la vez a otras naciones, sobre todo a Francia y España.

gendros, los cuales empezaron pronto a despertar sospechas, aunque aún tuvieron larga supervivencia. Esto no es de extrañar, porque, como venimos viendo, la mención de unos cuantos reyes primitivos era casi obligada en el comienzo de las historias, y un hombre tan docto como Annio tenía sobrados recursos para aprovechar lo ya establecido como medio de apoyar lo nuevo. La superioridad de método y exposición, respecto de las anteriores reseñas, con que el Viterbiense laboró la suya, atrajo a su campo incluso a los que ya comenzaban a dudar y rechazaban tales fábulas por absurdas. Ello explica que hombres de la talla de Nebrija, como veremos pronto, fuesen cogidos en el engaño [22].

Diego Fernández de Mendoza, que alcanzó, según dice él mismo, los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, compuso un *Novenario estorial*, al cual se sitúa en 1501 [23]. Los dos volúmenes conservados comprenden desde la creación del mundo hasta 1307, teniendo la parte pregoda carácter universal. Parece que hubo un tercer tomo, perdido, que llevaba el relato hasta 1501, y ello ha servido para fecharle. Como se ve, está por completo dentro del género tradicional y tampoco sus noticias son nuevas, calcándose desde el período godo en varias crónicas conocidas, sobre todo la Abreviada de Valera, que ya estaba impresa, y la obra de Corral para el reinado de Rodrigo. No conoce el libro de Annio. El autor se limitó a copiar sus fuentes, abreviando a veces, y

22. Cirot consagra a Annio un breve, pero excelente estudio (*Hist. gén.*, 66-71), al que remito para más detalles.
23. *Fuentes*, art. 72. El título lo debe a dividirse en 9 libros "a comparación de los nueve meses quel hijo de Dios anduvo en el vientre virginal de Nuestra Señora". No había noticias de él hasta que lo describió Menéndez Pidal en su *Cat.*, 181-186.

a intercalar por su cuenta introducciones a cada libro, con otros preámbulos y añadidos suyos, en que hace a modo de recapitulaciones, una de las cuales alcanza hasta el término de la reconquista [24]. Como todos los sumarios, trata con creciente extensión los reinados, a medida que se acercan a su tiempo.

JUAN NÚÑEZ DE TOLEDO publicó en 1504 una breve disertación, que por su carácter retrospectivo debe mencionarse aquí. Indica suficientemente el contenido su prolijo título: «Tratado... sobre la guerra de francia... en que paresce por exemplo como los reyes de españa y sus gentes siempre fueron vencedores de los... de francia» [25]. Responde, como se ve, al sentimiento de patriótico orgullo que la grandeza alcanzada despertaba en los españoles. No es un relato seguido, sino una serie de ejemplos que muestran la protección divina a nuestros reyes en sus luchas contra los franceses, ilustrándolo también con abundantes casos de la historia antigua.

ANTONIO DE NEBRIJA (1444? - 1522), el gran humanista, tiene un lugar aquí, aunque es breve la parte de su actividad que consagró a la historia retrospectiva. Fué nombrado cronista ya anciano (en 1509), pero antes se le había confiado la misión de historiar en latín el reinado de los Reyes Católicos, lo que cumplió utilizando la crónica en castellano de Pulgar (v. pág. 396). Lo que ahora interesa no es la crónica en sí, que examinaré en su lugar, sino la «Exhortatio ad lectorem» puesta a continuación de la dedicatoria a Fernando [26]. Como el Gerunden-

24. Para detalles del contenido y fuentes, véase la descripción citada de Menéndez Pidal.
25. *Fuentes,* art. 161.
26. Vid. Sánchez Alonso: *Nebrija, historiador,* en "Miscelánea Nebrija", I (Madrid, 1946), págs. 129-152.

se, Nebrija es llevado por la admiración de la poderosa España actual a la reseña de sus orígenes, pero al hacerla le tocó en suerte la misión de naturalizar aquí el engendro de Annio, que no parece haberle inspirado desconfianza. A esta retrospección para tomar las cosas *ab ovo,* con la simple ocasión de historiar un reinado coetáneo, era natural también que le llevase la moda humanística, que tendía a formar obras perfectas, con los antecedentes y consiguientes del tema principal. No se limita, pues, al período primitivo, sino que prosigue su breve recorrido, aplicando su crítica a rastrear por qué una nación tan bien dotada haya padecido tantas dominaciones. Al fin le ha llegado la coyuntura de dominar ella, aunque nominalmente corresponda el Imperio a Alemania, y el historiador se refiere a sus conquistas en Italia y en Africa y a que tocan sus barcos «insulas Indorum populis adiacentes». Esta consideración de conjunto, rápidamente hecha, y los casos en que su crítica rechaza algunos absurdos —considera, por ejemplo, fabulosos a los Almonides, como el Gerundense—, borra un tanto la mala impresión que produce verle cogido en los cubileteos de Annio. Toda la obra, que no ha solido examinarse con el interés que merece, es, en su brevedad, un testimonio que hay que tener muy en cuenta para conocer el estado de nuestra historiografía al empezar el siglo XVI [27].

Hacia 1510, HERNANDO DE BAEZA, amigo de Boabdil

27. Florián de Ocampo dice que Nebrija había recibido de Isabel I el encargo de escribir en castellano sobre las antigüedades españolas, y del comienzo de ese trabajo, no terminado, ha quedado una *Muestra* publicada en Burgos, 1499, de la que sólo encontró Haebler un ejemplar (núm. 480 de su bibliografía de incunables españoles).

desde que éste salió de su prisión, y su intérprete y mediador con los Reyes Católicos desde Granada, donde siguió avecindado después de la conquista, escribió sobre «Las cosas que pasaron...» en la corte granadina desde Juan II hasta casi el término del reino [28]. Con la ventaja sobre Pulgar (v. pág. 369) del conocimiento del idioma árabe, su sencilla relación contiene muchas más noticias interiores del último Estado hispanomusulmán, dadas con gran puntualidad. Los dialógos que intercala tienen tal realidad que parecen, dice Lafuente Alcántara, traducidos del árabe. En sus juicios muestra su predilección por Boabdil y ennegrece todo lo posible la figura de Abulhacén, así como exalta a Aixa y rebaja a Isabel de Solís del pedestal romántico en que otros la ponen. En conjunto es en su brevedad una interesante fuente de primera mano de las intrigas que aceleraron el fin del reino granadino y del carácter de sus principales personajes.

Diego López de Zúñiga (m. 1530) dedicó al príncipe Fernando, hermano de Carlos V, un *Hispanicarum historiarum breviarium*, que se conserva inédito [29]. Data el prólogo en Roma, 1524, y en él dice que, por convenir que el nieto del ilustre Fernando el Católico conozca ante todo la historia patria, ha compendiado él lo leído en varias, escritas en latín y en romance. Empieza propiamente con los godos, mencionando sólo la dominación romana; entre los reyes visigodos, a cada uno de los cuales consagra un breve capítulo, incluye a Eurico II, entre

28. *Fuentes*, art. 2.498. La relación ha quedado incompleta en los dos mss. que se conocen, llegando hasta algo después de la fundación de Santa Fe. Antes que en la edición citada fué publicada por M. J. Mueller (*Fuentes*, art. 983).
29. *Fuentes*, art. 85.

Vamba y Égica, y a Acosta, entre Vitiza y Rodrigo. Al tratar de la pérdida de España pone en duda que la causase la traición de Julián; él la achaca a castigo de Dios por la corrupción de los godos. Otra particularidad es la de omitir totalmente al Cid, ensalzando mucho a Alfonso VI; tal vez le pareció ello apropiado a una obra dirigida a un príncipe y exaltadora de nuestros monarcas. Acaba con la muerte —que él pone en 1517— de Fernando el Católico, a quien atribuye el ordinal IV, así como el III al Emplazado y el II al Santo, por no contar a Fernando II de León. De los otros reinos peninsulares prescinde en absoluto. Resume este compendiador con bastante habilidad.

Pedro Ortiz, por el mismo tiempo, dedicó a Carlos V una compilación mucho más extensa que la anterior y redactada en latín: *Prime*, [*secunde et tertie*] *Hispanidis* [*libri XXXVI*]. Tras un largo prólogo sobre la utilidad de la Historia para los príncipes, empieza por el diluvio y los hijos de Noé, y expone con prolijidad el período primitivo de España, siguiendo a Beroso, esto es, a Annio; los doce libros de la primera parte comprenden hasta la conquista de España por los musulmanes. La segunda se inicia con otro prólogo, que recapitula lo anterior, y llega a la muerte de Alfonso VI; no se limita al reino central. La tercera, compuesta de doce libros, como lan anteriores, alcanza a la muerte de Alfonso XI (1350)[30].

En 1525, el paulista Fr. Juan de Rihuerga presentó

30. *Fuentes*, art. 63. Ignoro si hay otros mss. de esta obra, que no veo citada en ningún lugar. En el códice visto, formado de tres vols., la consulta se hace muy fatigosa, pues se ve que el copista no sabe latín y escribe cuantos dislates se le ocurren, lo que obliga a una constante labor de adivinación. Esto dificulta el cotejo con otras obras.

a Galíndez de Carvajal, como censor que era de crónicas, una en que historiaba el período primitivo de España, desde el comienzo del mundo hasta la venida de los godos. Galíndez le pidió que la prosiguiese hasta su tiempo y prometió hacerlo, pero no parece que así fuese; lo cierto es que sólo aquéllo se ha conservado en un manuscrito inédito [31]. Rihuerga aprovecha las novedades de Annio —lo eran todavía en España, porque la obra de Nebrija, hecha ya, no estaba aún publicada—, sin prescindir por ello de las fábulas anteriores, incluso de los asendereados Almonices, y sin dejar tampoco de introducir su propia iniciativa en los aportes del Viterbiense, españolizando personajes que él reservaba a Italia. En su relato los veinticuatro reyes son aumentados hasta treinta y seis y los autores alegados se acrecen también con Dextro y Máximo, aprovechando la atribución que a ellos hacen sus respectivos coetáneos S. Jerónimo y S. Isidoro de trabajos históricos, sin precisarlos. Con esto abrió Rihuerga el camino a la serie de falsos cronicones iniciada al final del mismo siglo XVI [32].

El italiano LUCIO MARINEO SÍCULO, venido hacia 1484 a España, donde pasó el resto de su vida (m. 1533 ó 1534), muy identificado con su patria adoptiva, publicó en 1530 *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus*, en que liga y completa trabajos anteriores [33]. Formado así el libro por monografías interindependientes, brevemente col-

31. Bibl. Nac., ms. 1.496.
32. Más información sobre la obra de Rihuerga se encontrará en Godoy Alcántara (*Hist. de los falsos cronicones,* 19-21, nota) y Cirot (*Hist. gén.*, 71-75).
33. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.719. Muñoz (Dicc., Aragón, 24) menciona un ms. G 104 de Bibl. Nac., que es el mismo 18.673 [14] que figura en el art. citado, aunque Muñoz no lo refiere, como allí se hace, a la obra de Marineo.

madas las lagunas que quedaban, es muy desproporcionado, como mostrará su distribución. Los libros I-V contienen la descripción de España, que formaba su obra «De laudibus Hispaniae», ya editada mucho antes [34]; el VI, el período primitivo, en que utiliza a Annio, por primera vez en un impreso español; el VII, la historia de Castilla y de Portugal, muy reducidas, como puede suponerse; VIII - XVIII, la de Aragón, que ya había aparecido en castellano en 1523; XIX - XXI, la de los Reyes Católicos, en que resume otra monografía que había hecho y no nos ha llegado; XXII, una reseña «de imperatoribus quos Hispania Romae et Constantinopoli dedit» y XXIII - XXV, otra de españoles ilustres. Esta última parte, en que el autor muestra su tendencia a la adulación, esforzándose por procurar a las grandes familias españolas linajudos ascendientes romanos, se le hizo suprimirla en la segunda edición, por el temor, dice él, de los celos que despertasen los elogios en los no elogiados De los capítulos anteriores, los más precisos y exactos son los consagrados a Aragón [35], si bien adolecen también de desproporción, pues de los once libros hay siete dedicados a Juan II, al que había ya historiado separadamente. En lo demás faltan con frecuencia las fechas o están equivocadas. El reinado de Fernando e Isabel lo relata hasta la conquista de Granada, refiriéndose luego

34. Cirot (*Hist. gén.*, p. 81) hace en nota un cotejo minucioso del *De laudibus* y la parte correspondiente del *De rebus*, para que se aprecie en qué forma fué aquél utilizado. En el estudio que de la obra total hace puede asimismo ampliarse la breve noticia que de ella doy.

35. Véase, no obstante, la opinión de un especialista en historia aragonesa, Blasco de Lanuza: "Sucediole [a Vagad] en este cargo [de cronista] Lucio Marineo..., más historiador que Gauberto, de razonable lenguaje; pero trabajó con menos cuidado, a mi parecer, de lo que esperaba España." (*Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*, I, 560).

brevemente a la muerte de ambos y elogiando su gobierno. Promete allí proseguir con el reinado de Carlos V, y es lamentable que no lo cumpliese, como lo es también la pérdida de su historia extensa de los Reyes Católicos, porque tiene grandes dotes para la reseña de lo coetáneo, sin reparar en medios para enterarse eficazmente de todo. En el aspecto literario muestra Marineo la elegancia de dicción propia del excelente humanista que fué.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, más conocido como cronista de Indias (v. pág. 451), acabó en 1535 un *Catálogo Real*, que se conserva inédito [36]. Como indica su prolijo título, no se limita a los soberanos españoles, si bien la inclusión de los extranjeros obedece principalmente a señalar los entronques de sus linajes con los de nuestros monarcas y a fijar, sobre todo, la ascendencia paterna de Carlos V. En el período primitivo acoge los veinticuatro reyes de Annio; de la época coetánea —que historia hasta 1534— habla en gran parte como testigo. Aunque la gran extensión de la obra, que no debe de ser proporcionada a su interés, la mantiene casi desconocida de los más, Amador de los Ríos dice que «es el tratado más completo de la historia de España y de sus relaciones con los demás Estados de Europa, de cuantos hasta fines del primer tercio del siglo XVI se escribieron».

---

36. Bibl. del Escorial, h. I, 7. Su título es: "Cathalogo. Real. de. Castilla. Y de todos los Reyes de las Españas: e de Napoles y Seçilia. E de los Reyes y Señores de las Casas de Françia: Austria: Holanda: y Borgoña. De donde proçeden los quatro abolorios de... don Carlos... Con Relaçion de todos los Emperadores y summos pontifices que han suçedido desde Jullio Cesar... y desde El Apostol Sanct pedro... hasta Este año de christo de M.Q.XXXIJ. años." (Descripción, en el *Cat. de los mss. cast. de... El Escorial*, por J. Zarco Cuevas, I, 183-184.) La noticia del contenido, que doy en el texto, procede de la biografía de Oviedo, por J. Amador de los Ríos, en la introducción a su edición de la *Hist. gral. y nat. de Indias*.

PEDRO BARRANTES MALDONADO (1510-m. después de 1573), militar y genealogista al servicio de la casa de Niebla, terminó «de recopilar» en 1541 una *Crónica de Enrique III*[37]. Como fuente tiene poco interés, pues está basada en la de Ayala, que en general abrevia. No lo oculta Barrantes: al finar la reseña del año 1395 advierte que la «corónica» no siguió más por muerte del cronista, y que «lo que va adelante está sacado de otras partes». Pero tan escasa fué su información en cuanto perdió el apoyo de Ayala, que apenas si halla un suceso que situar en cada año de los restantes, apelando a hechos extranjeros y dejando un año en blanco. Al llegar a la muerte del rey vuelve a ser algo más copioso, porque usa, sin decirlo, del principio de la crónica de Juan II, que, como la anterior, traslada a veces textualmente. Lo que sí hace el recopilador es exponer con orden y claridad.

El valenciano PEDRO ANTONIO BEUTER (n. entre 1490 y 1495, m. 1555)[38], profesor universitario de su ciudad natal, en la que tuvo también importantes cargos eclesiásticos, pasando asimismo en Roma un período de su madurez, trabajó con ahinco para componer una crónica regional, que por su contenido entra en el capítulo de las historias nacionales[39]. El éxito, en efecto, que tuvo fuera de Valencia le hizo pensar «que con alguna poca de mejoría se podría enviar por toda España», para lo que la puso él mismo en castellano, añadiéndole una segunda parte que comprendía la conquista del reino por

37. *Fuentes*, art. 1.481.
38. Vid. V. Castañeda, *Los cronistas valencianos* (Madrid, 1920), páginas 20-24.
39. Concluída en 1537, la publicó en 1538 en valenciano: *Primera part d'la historia de Ualecia q tracta de les Antiquitats de Spanya, y fundacio de Ualecia ab tot lo discurs fins al teps q lo inclit rey do Juame primer la coquista.* (Descripción: Salvá, 2836.)

Jaime I, y dándole ya el título de «Crónica general de toda España» [40]. Dice haber escrito también una tercera parte, hasta Carlos V, pero ni fué impresa ni ha sido hallada.

En el período primitivo, aunque hace grandes protestas de rechazar cuanto los autores antiguos no consignen, acogió las fantasías de Annio, y al encontrar éstas amplificadas en la crónica de Ocampo, las utilizó, sin nombrar a éste, en la edición castellana [41]. Esto le ha ganado muy mala reputación como historiador, sólo en parte compensada por el mérito de haber reproducido varias inscripciones, aventajando a Marineo Sículo, que sólo incluyó una. Tiene también en su haber la consulta de abundante bibliografía, cumpliendo con ello una de las reglas que dice adoptó como norma, según la cual no debe seguirse siempre a un autor, sino a cuantos sean las mejores autoridades en cada caso. Aunque con frecuencia deja de alegar éstas, lo subsana agrupando todos los autores al final de la segunda parte, lista en que no deja tampoco de incluir varios archivos utilizados y las «piedras escritas». Pese a tan copiosa documentación, no sólo en la época primitiva, sino en las posteriores, com-

40. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 86. La primera parte se imprimió en 1546; la segunda, en [1550-]1551; ambas en Valencia: *Primera parte de la Coronica general de toda España y especialmente del Reyno de Valencia. Donde se tratan los estraños acaecimientos que del diluuio de Noe hasta... Iayme... en España se siguieron: con las fundaciones de las ciudades mas principales della y las guerras crueles, y mutaciones de Señorios que ha hauido. Segunda parte... y especialmente de Aragón, Cathaluña y Valencia. Donde se tratan las cobranças destas tierras de poder de Moros... Y ponese en particular la conquista... de Valencia, y Murcia, con las islas Mallorca, Menorca, Euiça, y las otras...* Como se ve, la edición castellana es ya posterior a la crónica de Ocampo; pero, según la norma adoptada, la examino aquí, en el lugar que le señala la primera aparición de la obra.

41. El detalle de esta parte, en que aquí no he de entrar, puede verse en Cirot (*Hist. gén.*, 91-95 y 149-153).

plácese siempre en escoger lo más fabuloso, sin crítica alguna. Tiene, en cambio, Beuter buenas dotes de escritor, a pesar del temor que él manifiesta de que no sea correcta la traducción castellana, disculpándose de haberla hecho él mismo, en vez de encomendarla a algún natural de Castilla que «pusiera más lustre en el fluxo de la oración, y assentara más proprios vocablos Castellanos».

El llamado *Cronicón de Valladolid*, que en el estado que nos llegó abarca los años 1333 - 1539, debe mencionarse aquí, como curiosa supervivencia de un género que parecía extinguido [42]. Su editor cree indudable que fué formado sobre uno compuesto por el doctor Toledo, médico de Isabel I, al que se agregan otros muchos artículos, unos mezclados entre los antiguos y otros posteriores, con visible desorden, que Sáinz de Baranda remedió poniéndolos todos por riguroso orden cronológico. Supone también que los añadidos se deben a diversas personas residentes en Valladolid, a juzgar por la abundancia en ellos de sucesos allí acaecidos, y de ahí el nombre que le dió. El hecho inicial del escrito es el nacimiento de Pedro I y el final la muerte y honras fúnebres de la emperatriz doña Isabel. Contiene, entre las noticias relativas a los reyes y otros personajes, muchas particulares, teniendo algunos artículos carácter de memorias personales del doctor.

42. *Cronicón de Valladolid*. Ilustrado con notas por D. Pedro Sáinz de Baranda, *Col. doc. inéd.*, XIII, 5-228.

2) *Navarra y la Corona de Aragón.*

En Navarra, a pesar del avance dado en el período anterior por la crónica compuesta por el príncipe de Viana, sigue predominando el tipo de genealogía real.

JUAN DE JASO (padre de San Francisco Javier), consejero del monarca consorte Juan de Albret, es autor de una «Relación de la descendencia de los Reyes de Navarra y de las demás cosas principales de dicho Reyno» [43]. Empieza, sin preámbulo alguno, por la elección de Iñigo Arista y prosigue hasta doña Catalina, antes de su matrimonio con Juan. La noticia es relativamente extensa, dentro del carácter de sumario, y se ocupa también de las casas que derivan de la dinastía del reino.

Otra historia navarra, que se conserva manuscrita en El Escorial[44], se ofrece en una compilación de tipo universal-nacional. Empieza por las generaciones desde Adán, y después de varias nociones universales se aplica a España a partir de la entrada de los godos, llegando hasta Alfonso X. Siguen las genealogías reales de Navarra hasta Teobaldo II y de Aragón hasta Jaime I, la del Cid y las de las reyes de León, Portugal y Francia; otra en latín, de los monarcas navarros hasta Juan II, y, en fin, una crónica de los Carlos II y III, incompleta la de

---

43. Parece que el original estaba en el archivo de S. Juan de Pie del Puerto. He visto una copia contenida en el vol. XX de Traggia, Ac. de la H., ff. 52-62, y otro ms. en la Bibl. Nac., número 12.981 [32]. En el Bol. Ac. Hist., 1894, XXIV, 129-143, publicó otra copia de la misma Academia el P. Fita, que antes había ilustrado la biografía del autor con copiosa documentación (ib., 1893, XXIII, 67-240). A cont. de la crónica, págs. 143-148, hace Fita un examen de la misma.

44. Ms. N. I. 13. La describe el P. Zarco en su catálogo de los mss. castellanos de dicha biblioteca; de su reseña tomo los datos.

éste. Como se ve, predomina en toda la obra la genealogía, si bien acompañada con frecuencia de relatos históricos, correspondientes a los reyes que va mencionando. Esta obra, como la anterior, puede situarse a fines del XV.

SANCHO DE ALVEAR figura como autor de otras «Genealogías y descendencia de los... Reyes de Navarra y Duques de Cantabria, sacadas de las Crónicas antiguas» [45]. La dedicó en 1507 al mariscal don Pedro de Navarra y comprende hasta dicho año, en el que los reyes (Juan y Catalina) tomaron su estado al Condestable del reino. Comienza con la elección de García Jiménez y está bastante nutrida de datos; no hay el menor asomo de aspiración literaria en el autor.

Un sumario anónimo en latín, *Navarrae Regum epilogus*, contiene en un solo pliego la reseña desde Iñigo Arista hasta la anexión a Castilla en 1512 [46]. Como puede suponerse, es poco más que una lista cronológica.

Poco después de la muerte de Fernando el Católico debió de escribirse una *Suma de las Crónicas de Navarra*, que empieza por la pérdida de España y acaba por la subida al trono de doña Juana y Carlos V, a los que desea larga vida [47]. El autor dice que recogió lo que pudo de autores —castellanos, franceses, aragoneses— y de archivos —de Aragón y el de la Cámara de Comptos—, y que, «sin ninguna cirimonia de prologo ni dilacion, con solo fin de narrar verdad de lo que leyo fielmente, comiença». Apenas cuenta la conquista árabe se

45. Examinado en el vol. XX de la col. de Traggia, ff. 167 v.-182 r.
46. Idem íd., ff. 108 v.-110 v.
47. Menéndez Pidal describe un ejemplar de la Bibl. Real (*Catálogo*, pág. 209); yo la he examinado en el ms. 2.086 de la Biblioteca Nac., ff. 151-190. El título es *Suma abreuiada delas coronicas de nabarra, copilada por vn caballero del mismo Regno...*

refiere ya a Navarra, desde García Jiménez, y prosigue su historia con buen orden, pero sin exceder del tipo de narración medieval, no evitando nunca la uniformidad de los comienzos de reinado, repeticiones de vocablos, etc. Acaba la obra con un loor de Navarra, basado en los conceptos habituales en los escritores del país: su mayor excelencia que la de «las tres naciones de España», su mayor antigüedad en la fe cristiana, cómo de sus reyes proceden los demás, etc.

Guardando cierto paralelismo con el período anterior, en que la historiografía navarra acababa con una crónica que eclipsaba a las demás, la de Carlos de Viana, éste termina con otra, basada en la del príncipe y proseguida hasta 1522, que, aunque no impresa como aquélla, ha logrado más notoriedad que las anteriores por su copiosa difusión manuscrita [48].

Diego Ramírez de Avalos de la Piscina, diputado en las Cortes de Navarra de 1526, la terminó en 1534. En mucha parte copia literalmente la de Carlos, cuyos errores y descuidos no corrigió, sino que los aumenta, sobre todo en la parte primitiva, en que el príncipe tuvo al menos el mérito de la brevedad. Avalos acude a la fuente de moda, a Annio de Viterbo, para ampliar la noticia, y todavía añade de su parte reyes que interesan a Navarra. Garibay y Moret reprochan mucho a Avalos sus falsedades, y el moderno Yanguas Miranda dice que «desfiguró monstruosamente la historia de Navarra en lugar de aclararla». Tiene, con todo, interés, por ser la que lleva más adelante la narración, llegando hasta la conquista

48. *Fuentes*, art. 1.616. Para ampliar la noticia del texto pueden verse Cirot (*Hist. gén.*, 90-91) y Menéndez Pidal (*Cat.*, p. 187), que detalla la distribución del contenido al describir uno de los mss.

definitiva (1522). Cirot sospecha si la finalidad del autor, al poner de nuevo en circulación la crónica de Carlos y añadir el relato del período 1386-1522, sería la de interesar a Carlos V en favor del reino anexionado y excitar su clemencia para con las familias que habían sido leales a la última dinastía. También la ampliación que hace de la reseña del período primitivo podría haber tendido a marcar la unidad de origen de los navarros y los demás peninsulares, con igual objeto de despertar la simpatía del emperador.

En la Corona de Aragón se acentúa la decadencia historiográfica ya advertida en el período precedente.

Un *Memorial* de JUAN FRANCÉS BOSCÁN o BOSCÁ, cuyas noticias alcanzan a 1488, tiene preferentemente interés local, y no sin fundamento ha sido llamado «Anales de la ciudad de Barcelona» [49]. Con todo, las noticias que da de las luchas allí ocurridas, por la rebelión contra Juan II, de quien se muestra el autor decidido partidario, son interesantes, y Zurita las aprovechó en sus Anales. Antes de empezar las memorias propiamente dichas hay cosas muy heterogéneas, entre las que debe destacarse una cronología de los condes de Barcelona, reyes de Aragón y de Sicilia. Boscán murió en 1480, según consigna su hijo, que prolongó las notas hasta 1488.

GAUBERTO FABRICIO DE VAGAD, «chronista mayor» de Fernando el Católico [50], compuso una *Crónica de los*

49. Nic. Ant., *Bibl. hisp. nova,* II, pág. 242. Bibliografía y noticias sobre la obra pueden hallarse en Massó, *Historiogr. de Cat.,* páginas 610-611.

50. Cirot observa, por el caso de Vagad, que los reyes se adelantaron a las Cortes en el nombramiento de cronistas, pues hasta las de Monzón de 1547 no fué creado el cargo en Aragón.

reyes de Aragón, que fué impresa en 1499 [51]. La obra aparece como «principalmente compuesta» por él y «después recognocida y en algo esaminada» por Gonzalo García de Santa María. Se ha dicho, sin base, que el original de Vagad estaba en latín y lo tradujo Gonzalo al castellano [52]. Comienza la crónica por un largo prólogo «sobre las tantas noblezas y excellencias dela Hespaña», que denuncia el gusto del autor por las loas hiperbólicas, expuestas con irrefrenada verbosidad. Toma su materia en las frases que dedican a España los historiadores antiguos, ampliamente comentadas. Las alusiones que en esta parte hace a algunos de los reyes primitivos muestran también ya otra de las facetas de su genio de historiador: la vehemencia con que se apasiona por unos y denigra a otros, que adquiere cierta comicidad al referirse aquí a personajes envueltos entre las brumas de la fábula. Un segundo prólogo, algo más breve, se concentra «sobre las tantas alabanças del reyno de Aragon», y un tercero, más reducido, titúlalo «Breve y llana entrada y delectable aparejo para mas clara sentir la excellencia de la historia de Aragon», fijándose especialmente en Zaragoza —a la que considera cabeza de Iberia y por tanto de España— y en Huesca. La historia empieza por los reyes de Sobrarbe y Ribagorza, siguiendo hasta Ramiro II, en que se detiene para reseñar los condes catalanes hasta Ramón Berenguer IV y, tras ellos, los monar-

---

51. *Fuentes*, art. 1.712. Nic. Antonio (*Bibl. vetus*, II, p. 341) dice que el autor, después de haber vivido en el mundo con el cargo de alférez del arzobispo de Zaragoza y el de cronista, se hizo cisterciense, residiendo en el monasterio zaragozano de Santa Fe y luego en San Juan de la Peña.
52. Vid. Ríos, *Lit. esp.*, VI, p. 198, nota.

cas de la Corona de Aragón, hasta la muerte de Alfonso V (1458).

Vagad ha inspirado juicios muy contradictorios. En general son desfavorables [53], sin casi otra excepción que la de Fray Jerónimo de San José, que le alaba por las noticias originales de que se valió y por lo mucho bellamente escrito que halla en su obra [54]. Cirot le considera, en cuanto a la forma, un precursor de Mariana, aunque da a sus arengas excesiva extensión; cree que es en su tiempo el principal representante de la escuela a que aquél perteneció, escuela en que sólo Mariana supo hacer aceptable este género falso, más caracterizado por lo exterior que por la profundidad y la sagacidad política. Creo que esta preocupación de la forma más daña que favorece a la obra de Vagad por el tono de afectación que le da, muy lejano de la elegancia natural del escritor de raza; la lectura resulta enojosísima, habiendo de hallar las ideas diluídas en largos párrafos, que recuerdan con frecuencia la peor literatura de nuestro siglo XVII. En cuanto a las noticias, abundan los errores y sobre todo las falsas apreciaciones; sirva de ejemplo el injusto cotejo que hace de Jaime I y el Cid, para reforzar el elogio de aquél; conquistó, dice, para siempre Valencia y Murcia, no como el Cid, «que tan esforçadamente gano a Valencia y tan flaca y vergonçosamente la desamparó». Toda la obra abunda en este apasionamiento, que le lleva a considerar español al Emperador Maximiliano, porque

53. Pueden verse algunos en Nic. Antonio, l. c., y en Muñoz, *Dicc.*, Aragón, 20.
54. En su *Genio de la Historia* (Zaragoza, 1651).

fué ilustre, e italiano al conde Julián, porque fué traidor [55].

Pedro Miguel Carbonell (1434-1517), nombrado por Juan II archivero de la Corona de Aragón, publicó una obra titulada *Chroniques de Espanya fins aci no diuulgades*, cuya mayor parte está dedicada a su propio reino [56]. Fué terminada, según el autor, en 1513, y se duda si la edición hoy conocida fué la primera [57]. Empieza por un preámbulo de veinticuatro capítulos en tono constante de controversia, siendo Pedro Tomich el autor más atacado, animosidad que persiste en todo el curso de la obra. También el Toledano, aunque «no del tot inerudit», podía fácilmente errar y saber poco de los antiguos griegos y latinos, por no haber dispuesto aún de buenos autores. Carbonell quiere depurar de fábulas la historia primitiva, siguiendo la escuela, y probablemente el texto, del Gerundense, con cuyas aserciones coinciden algunas de las suyas. Maneja a Estrabón, Josefo, Eusebio, San Isidoro y otros, y establece así el orden de los sucesivos pobladores de España: los que la ocuparon después del diluvio, los griegos al mando de Hércules, los celtas-celtíberos, los colonos griegos, Amílcar Barca, los romanos... Niega que Tubal fuese el primer rey; que Barcelona fuese fundación de Hércules, sino de Amílcar, etc. Aunque principalmente dedicado el preámbulo a destruir «les erres e fabules» de los primeros tiempos, critica tam-

55. Entre Vagad y Carbonell correspondería mencionar a un Juan Torquemada, de que da noticia Latassa en su *Biblioteca antigua*, II, 333. Según él, escribió en 1502, o antes, varias obras, titulada una "Memorias de antigüedades así históricas como genealógicas, dignas de saberse, pertenecientes al reino de Aragón y otras partes, y especialmente de España".

56. *Fuentes*, art. 1.726.

57. Nic. Ant. (*Bibl. h. nova*, II, 218) menciona una de 1536; pero nadie la ha visto y podría ser un error del gran bibliógrafo.

bién leyendas medievales, como la de Otger y varias de Carlomagno. Los propósitos, como se ve, son buenos; pero con frecuencia es curioso leer las burlas que le merecen las afirmaciones de Tomich y ver éstas sustituídas por otras poco menos absurdas. En un nuevo preámbulo expone su plan, que es el de tratar sucesivamente de los reyes godos, de los de Navarra y Aragón hasta Ramiro II, condes de Barcelona y monarcas siguientes hasta Fernando II, inclusive. La narración sólo alcanza, no obstante, hasta la muerte de Juan II; juzgó que los hechos del Católico correspondía historiarlo a quienes para eso percibían sueldo de cronistas.

Carbonell tiene en su haber la publicación de la «Crónica de Pedro IV», inédita hasta que la incluyó íntegra en su obra como «compilada» por él. Se cree que en mucha parte de lo demás usó igualmente de otras historias ya hechas. Se ha encontrado un manuscrito de Valencia, que parece ser de fines del XV, con una copia de la obra de Dezcoll, seguida de crónicas de Juan I, Martín y Fernando I, casi idénticas a las que aparecen en el libro de Carbonell; coinciden también las amplificaciones con que la crónica redactada por Dezcoll fué publicada [58]. Se juzga, pues, que con la misma desaprensión se apropiaría otros escritos y que su parte original será probablemente muy escasa [59].

Aquí correspondería mencionar, si el término del período historiado coincidiese con la fecha de redacción,

---

58. V. M. A. Pagés: *Recherches sur la Chranique Catalane attribuée à Pierre IV d'Aragon* (Romania, 1889, XVIII, 233-280).

59. Massó prescinde de Carbonell en su *Historiografía de Catalunya,* en la que sólo figura como primer editor de la "Crónica de Pedro IV". La exclusión parece injustificada, pues la parte propia no es mucho mayor que en él en la mayoría de los compiladores.

a un Fray Pedro Martínez de Lobera, agustino, autor de «Anales de la Corona de Aragón con la suma de la vida de sus reyes». Muñoz y Romero considera el manuscrito conservado, que cree el original, de fines del XV [60]. En tal caso estaría de acuerdo con el término de los Anales, que llegan hasta Alfonso V, inclusive. Pero el manuscrito es, sin duda alguna, moderno, probablemente del XVIII [61].

b) *Historia coetánea.*

1) *Castilla.*

ALFONSO DE PALENCIA (v. pág. 367) consagró a los dos reinados que conoció, el de Enrique IV y el de los Reyes Católicos, dos obras excelentes, unidas en la forma de décadas, nombre con que ambas son más conocidas. Parece seguro que escribió poco después de 1477 las consagradas a Enrique, titulándolas «Alphonsi Palentini Gesta hispaniensia ex annalibus suorum dierum colligentis» [62]; comprenden el período 1440 - 1477, abarcando, pues, catorce años anteriores al reinado y los tres siguientes al mismo, de acuerdo con la tendencia a que ya me he referido. Aunque cronista oficial, la obra es una constante condenación del monarca, sin buscar como otros el paliativo de achacar las culpas a los que le rodeaban; él centra en el propio rey la causa de toda la depravación de la época, tan enorme que de España se extendió afuera, a su juicio. ¿Daña esto a su imparcialidad? Es tema

60. Muñoz, *Dicc.*, Aragón, 17.
61. *Fuentes*, art. 1.746. El ms. aquí citado es el mismo que, con su antigua signatura S 95, menciona Muñoz. Nic. Antonio no incluye al fraile en ninguna de sus dos bibliografías, ni encuentro tampoco referencia alguna a él en otras obras.
62. *Fuentes*, art. 1.549.

muy discutido. Sin duda, no desagradaba a Palencia el papel que Tácito representó al enjuiciar sus emperadores romanos. Son las Décadas un caso singular de vehemencia sostenida sin interrupción, ofreciendo el más puro tipo de historia polémica. No concibe el autor la simple mención de un personaje sin calificarle con un epíteto, elogioso o de censura. Pero que en ello obedece a un impulso espontáneo y no a un deliberado propósito, panegírico o denigratorio, muéstralo la radical disparidad con que juzga a las mismas personas en momentos diferentes. Sus mismos predilectos, como Isabel y aun el propio Fernando, a quien fué más aficionado que a aquélla, no se libran a veces de recibir sus palmetazos. Ni éstos se prodigan sólo a españoles, lo que podría denunciar un espíritu partidista; baste recordar la negra pintura que hace del estado de la Santa Sede y de la corrupción extendida a todo lo eclesiástico. La única realidad es, pues, que tocó a su espíritu severo enfrentarse con uno de los períodos de más depravación en todos los órdenes y para describirlo tuvo sobre Tácito la ventaja de vivirlo él mismo —ya desde el comienzo toma parte, aunque modesta, en los sucesos políticos—. En lo relativo al gobierno de España, ha de tenerse también en cuenta que historió cuando el cambio radical, que los Reyes Católicos acababan de imponer al subir al trono, dada sobrada razón a los que achacaban a Enrique todos los males. No habla, pues, como un partidario que aún puede equivocarse, sino con la energía de quien vió confirmadas sus previsiones. Pero no falsea ni exagera los hechos. El asegura que podría añadirse aún mucho a lo que dice, pero no disminuirse un ápice sus invectivas, y estas palabras van

pareciendo más veraces cuanto más se ahonda en el conocimiento del período que enjuicia.

En cuanto a su habilidad de historiador, es extraordinaria. Pocos le igualan en dar vida en breves rasgos a un personaje, en presentar los antecedentes de los sucesos con brevedad y eficacia, en explicarlos sagacísimamente, en dar amenidad e interés a lo que narra. En vez de intercalar discursos suele resumirlos con gran tino, procedimiento que aplica también a los documentos de que se sirve, con lo que la atención del lector, sin enredarse en pormenores insustanciales, mantiénese en creciente tensión. Sólo puede reprochársele una cierta satisfacción de sí mismo, que se revela en la complacencia con que destaca siempre su actuación, en vez de mantener el anónimo que corresponde a un historiador; cierto que en ocasiones fué ella tan importante, que forzosamente tenía entonces que adoptar su relato el tono de memorias personales.

Palencia conoció por sí mismo a cuantos tuvieron preponderante papel en su tiempo y muéstrase también muy enterado de los sucesos, ofreciendo así un cuadro completo, no sólo de la historia nacional, sino de la extranjera. En el prólogo dice que, si bien se había ocupado con gran complacencia de los orígenes hispánicos, le es muy penosa la obligación que le impone su cargo de cronista, la de reseñar lo presente, porque nunca hubo más copia de maldades; pero como ve que los aduladores —alude varias veces concretamente a Enríquez del Castillo— tratan de disfrazarlas, quiere mostrar que no falta también un amante de la verdad. Al empezar su historia, en el tiempo del primer matrimonio de Enrique IV, príncipe aún, marca ya su crueldad y apunta que había

dudas sobre su legitimidad. La primera década, que comprende diez libros, dividido cada uno en diez capítulos, alcanza hasta la muerte del príncipe Alfonso (Alfonso XII lo llama él), en 1468; la segunda contiene hasta el fin del 1471, acabando la tercera en 1477 [63].

Corresponde aquí situar, como calcada en la de Palencia y atribuída antes, aunque equivocadamente, a él, una *Crónica de Enrique IV* en castellano. El anónimo autor tradujo del latín la parte de las décadas relativa estrictamente a su reinado, con algunos cortes, errores de versión y otros cronológicos, nacidos de no entender la calendación romana, que Palencia, como puntual humanista, había empleado. Es obra no bien estudiada todavía. Se mantiene inédita, salvo breves fragmentos, y ello dificulta la valoración segura de sus relaciones con dicho original latino y con el «Memorial» de Valera, al tratar del cual volveremos a ocuparnos de la «Crónica» en cuestión [64].

Alonso de Palencia consagró otra obra a la parte del reinado de los Reyes Católicos que llena por su importancia la Guerra de Granada, título que le dió, aunque no se limita a una monografía de ella, sino que se extiende a

---

63. Otra obra de Palencia, la *Batalla campal de los lobos y los perros*, supone Paz y Mella, máximo conocedor del autor, que es también crítica del período de Enrique IV, en la que los animales introducidos representan, respectivamente, a los partidarios de Enrique y los de Alfonso. Tiene también tesis política su *Perfección del triunfo militar*, con que explica la inutilidad de los esforzados españoles para conseguirlo por su falta "de orden y obediencia". Apuntemos aquí que algunos le atribuyeron las procaces *Coplas del Provincial*, "con menoscabo de su nombre", como dice Amador de los Ríos.

64. El diligente investigador J. de M. Carriazo proyecta una edición crítica de la "Crónica" anónima. En tanto que ella aparece pueden verse (además de los trabajos citados en *Fuentes*, artículo 1.549) los datos que el propio Carriazo adelanta en sus ediciones de la "Crónica de los Reyes Católicos" y del "Memorial", de Valera.

los demás sucesos del período, de España y de las naciones más relacionadas con ella [65]. Tras un libro de antecedentes, que abarca los años 1480 y 81, consagra uno a cada uno de los siguientes, hasta el de 1489 inclusive, estando sólo empezado el que dedicaba a 1490; forman, pues, una década incompleta. La narración es tan puntual y eficaz como la de las décadas anteriores, de las que sólo le distingue la falta de vehemencia polémica.

Diego de Valera (v. pág. 366) historió también a Enrique IV y a los Reyes Católicos, enlazando cronológicamente ambas crónicas, sin dejar, como Palencia, una laguna entre ellas [66]. Tituló la primera *Memorial de diversas hazañas* [67]. Tan calcada está en la «Crónica castellana» antes mencionada, que un monografista de Valera ha llegado a identificarlas, juzgando que no hay más que el «Memorial», traducido por Valera de las «Décadas», y del que la llamada «Crónica castellana» es simplemente un manuscrito imperfecto [68]; pero ha seguido prevaleciendo la idea de considerarlos distintos. Recientemente, una buena edición crítica del «Memorial», que evita acudir a la pésima de Rivadeneyra, ha aclarado mucho el problema [69]. En el penetrante estudio que la acompaña se comprueba que Valera no acudió solamente a la «Cróni-

65. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2.497.
66. Carriazo observa que las tres obras históricas de Valera —la "Crónica abreviada", el "Memorial" y la "Crónica de los RR. CC."—forman un todo sin soluciones de continuidad; véase nota 10.
67. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 1.550.
68. Lucas de Torre: *Mosén Diego de Valera. Su vida y sus obras* (Bol. Ac. Hist., 1914, LXIV, 50-83, 133-168, 249-276, 365-412).
69. Se debe al mismo J. de M. Carriazo, formando parte de su interesante colección, repetidamente aludida; el volumen correspondiente apareció en Madrid, 1941. En él se plantea en toda su extensión el tema de las relaciones entre las tres obras y se amplía el detallado cuadro de las correspondencias entre ellas, que ya había hecho Paz y Melia en *El cronista Alonso de Palencia* (Madrid, 1914).

ca» anónima, sino también directamente al texto latino de Palencia, al cual y a la crónica añadió por su parte, como ya ésta había en ocasiones ampliado las noticias de aquél. Son, pues, tres obras aparte, cada una con sus aportes propios, aunque el fondo principal lo constituyan las *Décadas*.

Más originalidad e interés tiene la de los Reyes Católicos, no publicada hasta nuestros días y de pocos conocida antes [70]. Comprende los catorce años primeros del reinado (1474 - 1488) y forma dos partes, cuya separación está entre los años 1480 y 1481. En la primera, consagrada principalmente a la guerra con Portugal, sigue bastante a Palencia, pero tiene también capítulos que parecen ser originales. La segunda, que ocupa sobre todo la guerra de Granada, considérala su editor lo mejor y más personal de Valera, que en ella se aparta de los demás historiadores del período; sólo halla coincidencias parciales con la «Historia del Marqués de Cádiz», que más tarde vermos, pero estima que se deben a que ambas obras utilizasen una misma fuente, tal vez las cartas escritas por el marqués a la Reina. La obra en conjunto adolece de omisión de cosas capitales, en tanto que otros sucesos están detalladísimos, así como de desorden en la cronología, nombres quedados en blanco, etc., todo lo cual parece demostrar una redacción precipitada y falta de revisión final. Ello no puede extrañar, pues parece que la escribió entre 1487 y 1488, los dos últimos años de su vida.

Hernando del Pulgar (v. pág. 369) historió también los dos reinados, si bien se ha perdido su crónica de

70. Vid. la nota 8 de este capítulo.

Enrique IV [71]. La de los Reyes Católicos, de los que fué «secretario y cronista», sigue la tendencia humanística, aunque escrita en castellano; lo revelan su atildamiento, la frecuente inserción de largas arengas al modo clásico y la división de la obra en partes, que gradúan el interés: una de preliminares, otra de constitución del nuevo gobierno nacional y otra de sus empresas capitales [72]. Escasa de noticias, y éstas muy equivocadas, al principio, adquiere después mayor seguridad y detalle, siendo lamentable que sólo llevase el relato hasta 1490 [73], fatalidad que parece pesar sobre casi todas las crónicas de Fernando e Isabel. Al revés de Palencia, Pulgar oculta siempre su personalidad; cuenta, por ejemplo, que se envió un Secretario a Luis XI, y sabemos que fué él mismo. Pensó tal vez que el anónimo le capacitaba mejor para juzgar imparcialmente, y es cierto que aunque escribió en vida de los Reyes Católicos, expuso algunos rasgos que no hubiera agradado a los interesados ver puestos

71. Nic. Ant. (*Bibl. Nova,* I, 387) dice haberla visto. La de los Reyes Católicos tiene una introducción o parte preliminar, que va hasta la muerte de Enrique IV, pero tratando de él brevemente, como corresponde; y dice al final: "No se pone aquí la dispusición de su persona, ni su condición, porque en su Crónica, e ansimismo en un tratado que hecimos de los Claros Varones de Castilla que ovo en su tiempo, está largamente recontado."

72. Tiene interés una de sus epístolas, dirigida al conde de Cabra, en que habla de su propio modo de historiar. "Yo... en esto que escribo —dice— no llevo la forma destas corónicas que leemos de los reyes de Castilla; mas trabajo cuanto puedo por remidar, si pudiere, al Tito Livio e a los otros estoriadores antiguos, que hermosean mucho sus coronicas con los razonamientos que en ellas leemos, enbueltos en mucha filosofía e buena doctrina. Y en estos tales razonamientos tenemos liçençia de añadir, ornándolos con las mejores e más eficaces palabras e razones que pudiéremos, guardando que no salgamos de la sustancia del fecho."

73. Escribía, no obstante, después de 1492, pues en el retrato de Isabel dice que "por su diligencia se continó la guerra contra los moros fasta que se ganó todo el Reyno de Granada". Al referirse a la promesa de construir el templo de S. Juan de los Reyes, de Toledo, dice que ya "está magníficamente edificado" y que "hoy" se llama con dicho nombre.

en circulación [74]. Poco dado a resumir, no sólo son extensas sus arengas, sino que reproduce a la letra cartas, y en su afán de insertarlo todo hasta incluye una oración que dice rezó Isabel cuando supo que el rey portugués iba a disputarle su reino. En la última parte, en que posee copiosa información de los sucesos, aquellos recursos ampliatorios disminuyen mucho [75].

De Pulgar se han recogido [76] varias anécdotas, en que se muestra hombre agudo y sentencioso, de lo que tuvo fama en su tiempo; queda, con todo, en su crónica muy por bajo de Palencia en sagacidad política, en energía de expresión y en el arte de penetrar en la esencia de las cosas, desentendiéndose de lo que no tiene verdadero interés. Lo que no se pone en duda es su buena intención; el propio Galíndez de Carvajal, que le enjuicia severamente [77], atribuye a desconocimiento la omisión de varios hechos, que es el mayor cargo que le hace. Hasta 1567 no apareció la crónica a nombre de Pulgar [78]; antes de esa fecha las ediciones de su texto castellano figuraban con

---

74. Las semblanzas que de ambos traza son elogiosas, sobre todo la de Isabel; pero no se abstiene de censurar a Fernando por darse a los juegos más de lo que convenía, y a las mujeres, a pesar de su amor por la reina. De ésta dice que "amaba mucho al Rey su marido, e celábalo fuera de toda medida", y que "era muy inclinada a facer justicia, tanto que la era imputado seguir más la vía de rigor que de la piedad".

75. Es interesante el juicio que de Pulgar hace Fueter (*H. de l'hist. mod.*, 280-281).

76. En la *Floresta general* publ. por la Soc. de Biblióf. Madril.

77. Proemio de sus Anales de los Reyes Católicos, en la *Col. de doc. inéd.*, XVIII, 240.

78. En dicha edición de 1567, hecha en Zaragoza, se insertan unas adiciones del maestro Vallés; acerca de éstas vid. Ballester, *Fuentes edad moderna*, págs. 25-27. En otra de Valencia, 1780, se añade también una continuación hasta 1492. En fin, Rosell insertó en la suya (AA. EE., LXX) otra croniquilla, tomada de un ms. del duque de Osuna, a cuyo autor parece preocupar, ante todo, lo relativo a Granada, incluso después de la rendición; contiene, muy incompleto, revuelto y mal expuesto, desde donde lo dejó Pulgar hasta la venida de Carlos V.

el de Nebrija, al igual que la obra latina de éste, en cuyo examen voy a entrar.

ANTONIO DE NEBRIJA (v. pág. 373) recibió de Galíndez, según éste refiere [79], el encargo de poner en latín la crónica de Pulgar. El gran humanista no se limitó a ello [80]; se extendió a lo pasado en los términos que ya vimos. En el período historiado por Pulgar tampoco se confina en la latinización de su texto; plantéase variados temas previos y pone mucho por cuenta propia, en tanto que abrevia otros puntos. Distribuyó su historia en décadas, tomando el hilo desde la muerte de Enrique III; de la primera faltan los libros VIII, IX y X; empieza la segunda con la guerra de Granada y alcanza lo conocido —su hijo no halló más— hasta el capítulo III, inclusive, del libro IV, equivalente al XLII de la tercera parte de Pulgar, que aún hizo noventa y dos capítulos más. Lo conservado basta para caracterizar la obra de Nebrija como típicamente humanística. La preocupación de los nombres —de lugares, de personas, de oficios— asoma constantemente; se esfuerza por hallar el origen del de Isabel, que al fin considera hebreo, decidiéndose por escribir Elisábe; al reino de Aragón cuida de llamarlo siempre «provincia Tarraconensis»; cuando usa el vocablo «príncipe» no olvida advertir que así llaman los hispanos al primogénito del rey, e igual rigor clasicista muestra en los demás casos. La mayoría de sus ampliaciones son de este tipo y prosiguen hasta el final; así, en el último ca-

79. Proemio citado en la pág. 405. Véase la monografía que dediqué a *Nebrija, historiador,* citada ya en la nota 26.

80. Nebrija no alude para nada a dicho encargo de Galíndez; se refiere al que recibió del propio Fernando, diciendo en la dedicatoria a éste que fué el de "immortalia tua gesta latino sermone [describere]" y al final de la "Exhortatio" muestra también los temores de un autor, por la magnitud de la labor que va a emprender.

pítulo de los utilizados por Nebrija habla Pulgar de los Gomeres, de los que dice simplemente que «son homes que en los Reynos de Africa usan la guerra continamente», en tanto que su latinizador destaca al nuevo pueblo en un capítulo, deduce su nombre de Gomer, hijo de Jafet, aduce la Biblia en dos de sus partes, así como Josefo y S. Jerónimo, y antes de entrar en el hecho referido por el cronista les dedica un largo párrafo. Tal es la historia que al glorioso reinado consagró Nebrija, mencionada con frecuencia como mera traducción [81].

Con el título de *Crónica incompleta de los Reyes Católicos* fué modernamente publicada una que se mantenía inédita y casi desconocida [82]. Una nota del manuscrito, del s. XVII, la identifica con la compuesta por Alonso Flórez, familiar del duque de Alba, aludida por Galíndez de Carvajal en el prólogo a sus «Anales», y su editor Puyol encuentra razones para apoyarlo, aunque no le lleven a la certeza. El autor no hizo prólogo alguno en que pudiera rastrearse algo de su personalidad, y en la obra se eclipsa también lo suficiente para mantenerse en la penumbra; hemos, pues, de quedar en la duda y dar la obra como anónima.

Comienza, como es uso en la mayoría de las crónicas del glorioso reinado, por un resumen del de Enrique IV, antecedente necesario para valorar los hechos

81. En tal error incurrí también yo al redactar el art. 2.390 de las *Fuentes*, por tener entonces un conocimiento muy superficial de la obra. La valoración que de ésta hago en el texto no discrepa esencialmente de la que aparece en mi monografía mencionada, por lo que me limito a remitir a ésta para su ampliación, sin resumirla aquí.

82. *Crónica incompleta de los Reyes Católicos* (1469-1476). Según un manuscrito anónimo de la época. Prólogo y notas de Julio Puyol. Madrid, 1934. El códice utilizado se halla en la A. de la Historia.

de Fernando e Isabel. En tal compendio, aunque al principio parece haberse valido de la obra de Enríquez del Castillo —como él, achaca los reveses de los últimos tiempos a la inestabilidad de la fortuna, y no al monarca mismo—[83], luego carga la mano sobre éste, cuya desesperación, suscitada por su impotencia, fué bien explotada por los que «en las guerras y males del Reyno ganauan». Probablemente conoció diversas fuentes, y algunos datos que da faltan en las crónicas de Enrique. La narración empieza a ser seguida a contar de 1469 y queda cortada, sin terminar el párrafo final, en 1476; del reinado de los Reyes Católicos comprende, pues, sólo los dos primeros años. La noticia de ellos es bastante copiosa, aunque la extensión del relato se debe en gran parte al estilo prolijo del autor, que no pone freno a su verbosidad; hay algunas «hablas» o discursos, abundantes apóstrofes y frecuentes consideraciones morales; incluso los epígrafes de los «títulos» o capítulos son muy detallados, y asimismo los retratos que traza, según la moda del tiempo. No tiene, en cambio, verdaderos diálogos, que acabarían de dar a la obra el corte novelesco a que propende la manera literaria del autor. Como fuente es interesante, por dar muchos pormenores de valor[84], si bien carece de fechas casi totalmente, abunda en lagunas que apare-

83. Después de ponderar hasta lo infinito la prosperidad de los comienzos del reinado, dice: "Mas siempre fue de condiçion de fortuna que en todo es loado aquel a quien fauoreçe, y quando muda la rueda a las desauenturas, luego las gentes ayudan con la disfamia a sus obras, y de aquel muy loado descubre muchos defectos que con la bien aventurança se escondían, y aquel que juzgauan por muy bueno publican por muy malo, como a este perseguido rey acaesçio..." (pág. 53).

84. Sobre algunos particulares muy apreciables de la crónica véase el examen preliminar de Puyol, o. c.

cen en el manuscrito sin llenar y su información es muy desigual y desproporcionada.

ANDRÉS BERNÁLDEZ, cura de Los Palacios (villa cercana a Sevilla) de 1488 a 1513 y capellán de don Diego de Deza, el arzobispo sevillano y antiguo confesor de Isabel, fué el primero que llevó casi a término la crónica de los Reyes Católicos [85]. Expone su propósito con notable humildad [86], reduciéndolo a apuntamientos de lo más importante para las «gentes comunes», a las que no llegan las obras de los cronistas; lo advierte para que no se tenga por locura que escriba de lo que es ajeno a su oficio. Pese a tanta modestia, estos capítulos de memorias, como él los llama, componen una crónica rica de noticias, sincera y de gran amenidad, a la que avaloran las observaciones que le permitió su amistad con varios personajes, como el marqués de Cádiz, Colón —a quien hospedó en su casa y que le facilitó su Diario—, etc. La obra empieza por varias noticias del tiempo de Enrique, con su semblanza por Pulgar al frente, y pondera con frases bíblicas aquel estado de corrupción y la mudanza que significó el nuevo reinado. Tanto en esa parte como en el curso de éste parece reflejar las ideas populares de su tiempo; habla, incluso, el lenguaje pintoresco y expresivo de las gentes del pueblo. En el relato se refiere a lo español y a sucesos de fuera, como la toma de Otranto por los turcos y su recobro por el duque de Calabria; el enlace

85. *Fuentes*, art. 2.392. Gómez Moreno planea desde hace años una edición crítica, que creo realizará al fin J. Carriazo. R. Ricard ha mostrado las deficiencias de las dos ediciones de Bernáldez en los capítulos relativos a las Canarias (*Bull. Hisp.*, 1939, XLI, 364-367).

86. Cuenta en el cap. VII que uno de sus abuelos, escribano, tuvo la curiosidad de apuntar lo notable ocurrido en su tiempo, y que la viuda del mismo le aconsejó que hiciese lo propio con lo de su época.

de Margarita, hija de Maximiliano, con el delfín de Francia; la sucesión de los reyes portugueses, etc. Tampoco se limita a lo político, ocupándose, por ejemplo, de las inundaciones de 1485 en Andalucía y de la fertilidad extraordinaria de 1488. Gran valor le da su reseña del descubrimiento de América, por las circunstancias antes dichas y por ser el primer relato del trascendental suceso incluído en una crónica. Le dedica catorce capítulos seguidos, hasta la muerte de Colón, en cuyo Diario se basa; no quiere seguir más, porque ya hay «otros muchos que lo descubren, y sábenlo escribir, y recuentan lo que ven por toda España». Además del tema americano trata con interesante pormenor la guerra de Granada y la conquista de Canarias, y en los últimos años se ocupa mucho de asuntos de Francia, Italia, Portugal y Africa, llevando su relato hasta 1513. Se cree que murió al año siguiente.

Gonzalo de Ayora (1466 - ¿1538?), formado en Italia en letras y armas, tratadista militar, cronista oficial desde 1501, hombre rebelde y desabrido, condenado a muerte por su participación en las Comunidades, de la que libró escapando a Portugal, cumplió con su oficio redactando una crónica en latín de los Reyes Católicos, de la que sólo quedan fragmentos [87]. Por éstos puede juzgarse que Ayora escribía muy bien, dando, además, algunas noticias que sólo por él se conocen. Supone Cat, monografista muy concienzudo de Ayora, que la obra debía de abarcar, por lo menos, desde la guerra de Granada a la muerte de Fernando, que Bernáldez no alcanzó [88]. Más tarde veremos otros escritos suyos, los cuales dan más

87. *Fuentes,* art. 2.397.
88. Sin embargo, Galíndez dice que empezaba en 1500.

completa idea de él que las cortas muestras quedadas de la crónica.

El milanés Pedro Mártir de Anghiera o Angleria (1447 - 1526), gran humanista residente en Roma hasta 1487 y en España desde esta fecha, siendo aquí catedrático de Salamanca y luego cortesano bien situado, profesor de nobles y hombre influyente, contribuyó a ilustrar el reinado de los Reyes Católicos con su *Opus epistolarum*[89]. Parece que la mayoría de estas 812 cartas, ordenadas cronológicamente de 1488 a 1525, son auténticas, esto es, dirigidas en efecto a destinatarios[90]. Séanlo o no, su interés es indudable, pues contienen una gran copia de noticias avaloradas por la observación personal de un hombre culto y relacionado con las figuras más importantes de su tiempo. Anghiera ha hecho a sus diversos monografistas la misma impresión: la de un verdadero periodista anticipado, cuya curiosidad se extiende a todo lo que ocurre, a las cosas más dispares. Su posición independiente, de otra parte, y el carácter de escritos íntimos que da a su labor, le permiten enjuiciar con toda despreocupación los temas más serios y alternar con éstos los chismes y minucias que corrían entre la gente ociosa. Aunque «italiano hasta las uñas», como le llama Menéndez Pelayo, aludiendo a su sagacidad y diplomacia, se identificó del todo con su patria adoptiva, y trata de los temas que rozan con la religión y la política (Inquisición, judíos, moriscos...) en el mismo tono que los nacionales.

---

89. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2.419. A. Marín Ocete, en la monografía allí citada, completa mucho la biografía de Anghiera y la valoración del *Opus*.
90. Alternan las dirigidas a españoles sobre temas extranjeros, y viceversa.

Incluso muestra gran galofobia, como ha observado Mariéjol. En conjunto, el «Opus epistolarum» es inapreciable como mina de noticias dispersas, pero está lejos de equivaler a una exposición sistemática de conjunto, que ya él pensó hacer usando de estos mismos materiales acumulados. Su principal valor está en las luces que nos suministra sobre la psicología de Fernando, Isabel, Juana la Loca y en general sobre las personas encumbradas, que él trató con intimidad. En el capítulo de sucesos obtienen su preferencia los brillantes y sensacionales, sin que le interese lo normal y poco ruidoso. Como escritor, maneja su latín con igual despreocupación que los asuntos, usando de un expresivo vocabulario abundante en neologismos.

Lorenzo Galíndez de Carvajal (1472-¿entre 1525 y 1530?), profesor de Derecho en Salamanca y encargado de importantes empleos por los Reyes Católicos y por Carlos V, entre ellos el de corrector y ordenador de las crónicas, como ya hemos visto [91], esbozó por su parte una general de Castilla, que conoció Morales, pero no nos ha llegado [92]. Aquí nos interesa Galíndez por sus *Anales de los Reyes Católicos* [93]. En el proemio, refiriéndose a la antigua costumbre de escribir historias, por lo que tienen de enseñanza para la vida, se queja de la falta de veracidad con que se hacen las crónicas, lo que le lleva a ocuparse de las del reinado que él va a reseñar. Censura

91. Vid. pág. 300.
92. También se le ha atribuído una crónica de Enrique IV (vid. *Fuentes*, art. 1.552), pero Floranes, en la extensa biografía que le consagra (*Col. doc. inéd.*, XX, 276-406), opina (págs. 397-399), que él sólo reconocería y corregiría algunas de las que ya habría, como hizo con la de Juan II.
93. *Fuentes*, art. 2.398.

por escasa la de Pulgar, pondera como veracísimas las «Décadas» de Palencia y menciona otros tres escritos, perdidos, que no interesa aquí puntualizar. No alude, en cambio, a la de Bernáldez. De las obras de Nebrija, Ayora y Anghiera dice que la del primero es simple traducción; la del segundo, tomada sólo desde 1500, y que el milanés no escribió «como coronista, mas por una nueva manera de epístolas». Entre 1490, a que llegó Pulgar, y 1500, en que empezó Ayora, quedaron, pues, diez años sin historiar, y habiendo llegado a sus manos, después de muerta Isabel y procedente de su cámara, un «Sumario... de todos los lugares en que sus Altezas estuvieron desde 1468 a 1504», él lo adicionó y lo prosiguió hasta la muerte de Fernando (1516). La obrita es una combinación de itinerario y anales, de los que tiene las noticias características: batallas, eclipses, muertes de personajes, etc.; estas últimas, con las sucesiones de títulos nobiliarios y de cargos a que dieron lugar, ocupan gran espacio. Las menciones son escuetas, como si sólo quisiera fijar el año de hechos bien conocidos [94], y remite por ello para más detalles a las crónicas de Enrique IV y Reyes Católicos. Casi nunca comenta, como no sea para censurar la crónica «de romance» o la «de latín». Después de llegar en esta forma al término propuesto vuelve, ya en relato seguido, al último año de Fernando, para dar a conocer sus últimas disposiciones y las conversaciones que con él tuvo por tal motivo. Esta parte, dividida en capítulos al modo de crónica, prosigue hasta 1518, refiriendo lo ocu-

---

94. En el artículo de 1478 dice, por ejemplo: "En este año fué lo de Castronuño."

rrido después de la muerte, incluso las cartas cruzadas con Carlos V. Es muy importante por los detalles que su intimidad con el rey difunto le permitió consignar [95].

Mencionaré también aquí, por su *Crónica de Felipe I* [96], al antequerano LORENZO DE PADILLA, el arcediano de Ronda, más conocido por su participación en nuestra seudohistoria primitiva [97]. Como fuente histórica la *Crónica* ha sido analizada, y muy adversamente juzgada, por Hoefler [98]. A pesar de su título, comprende desde la entrada de los RR. CC. en Granada hasta la muerte de Fernando V. (Se duda si trabajó también en la historia del reinado de Carlos V, de quien parece fué cronista.) Como obra literaria no está mal: escribe con soltura y claridad. Este período, que después expuso Zurita con

---

95. Además de las obras apuntadas en el texto hay noticia de otras inéditas, incompletas o perdidas, que sólo cabe aquí mencionar. El P Miguélez (*Cat. códices españ. ... del Escorial. I. Relaciones históricas*, pág. 177) reseña uno que contiene una crónica incompleta de los Reyes Católicos, que parece continuación de otra y que no ha podido identificar con ninguna de las que conoce; lo conservado es bastante extenso, contando 83 caps. y el epígrafe del siguiente. Otro de que da nota (en la pág. 37) es un breve sumario en 7 folios que alcanza desde el nacimiento a la muerte de Fernando. Aquí debe también mencionarse al obispo y diplomático don Diego Ramírez de Villaescusa (1459-1537) por sus obras, perdidas, *Historia de la vida, muerte y sepultura de la Reina Católica* y *Diálogos de la muerte del príncipe Don Juan*. En cuanto a la *Crónica de los Reyes Católicos*, de Alonso de Santa Cruz, aunque probablemente fué compuesta en el período ahora considerado, se examinará en el cap. siguiente, al que, sin duda, corresponden su crónica de Carlos V y otros trabajos. Otra obra correspondería también, cronológicamente, estudiar aquí: la crónica del Emperador por su bufón don Francesillo de Zúñiga, que debió de acabarla muy poco después de 1528; pero tiene más interés englobar en el mismo capítulo todas las historias coetáneas de su reinado.

96. *Fuentes*, art. 2.692.

97. Vid. Cirot, *Lorenzo de Padilla et la pseudo-histoire*, Bull. Hisp., 1914, XVI, 405-407. Otra obra de Padilla, *Catálogo de los Santos de España* (Toledo, 1538) es alabada por Nic. Antonio (*Bibl. Nova*, II, 6) por no estar inficionada de fábulas, refiriéndose también a su elogio por Vaseo.

98. C. R. von Hoefler, *Kritische Untersuchungen über den Quellen der Gesch. Philipps des Schoenen*. Sitz. d. K. Ak. d. Wiss. zu Wien, Phil.-hist. Kl., 1883, CIV, 169-256.

tanta eficacia como falta de arte, lo pasa Padilla ligeramente, sin inspirar la menor confianza de veracidad, pero con más amenidad.

2) *La Corona de Aragón.*

Gonzalo García de Santa María (m. después de 1510), de la familia de conversos que ya conocemos, jurisconsulto notable, compuso, por indicación de Fernando el Católico, una crónica de su padre: *Joannis Secundi Aragonum regis vita* [99]. A diferencia de los demás historiadores latinistas de ese tiempo, Gonzalo no escribió prólogo ni hizo preámbulo alguno, entrando directamente en el reinado de Juan II. La sujeción al tema concreto persiste en toda la obra, aunada con una no frecuente concisión en el relato de los hechos. Abusa, en cambio, de las arengas, que multiplica, especialmente, en boca del rey. Junto con este recurso, debido al influjo de Livio, deben citarse en él los demás usos humanísticos: la preocupación por la elegancia clásica del idioma, el respeto a la toponimia antigua —Juan es «Cantabriae rex»—, el empleo de la calendación romana. En cuanto al fondo, muéstrase bastante imparcial; del monarca traza una semblanza elogiosa, pero le censura por la libidinosidad que conservó hasta la vejez, no omitiendo el relato de todos sus devaneos y los bastardos que tuvieron por consecuencia. Con el príncipe de Viana es más injusto, achacándole que «cum diutius regnandi cupiditatem ferre non

---

99. *Fuentes,* art. 2.344. El autor ha sido a veces confundido con un homónimo, que fué arcediano de Briviesca y obispo de Sigüenza. De la vida del historiador nada se sabe desde 1510, en que se hizo cartujo, de acuerdo con su mujer.

posset, in patentes inimicitias cum patre prorupit», si bien traza después un retrato bastante ventajoso, en que culpa de su conducta a las «versutias, calliditates ac dolos» de los catalanes. En conjunto, la obra, clara y ordenada, elegante sin rebuscamiento, precisa y escueta, es muy grata a la lectura. No así una versión en romance, que hizo también a petición de Fernando; en ella quiere conservar tan rigurosamente la construcción del texto latino que resulta afectada y oscurecida por el hipérbaton. Esta redacción no se ha conservado completa, faltando el principio y el final del manuscrito que sirvió para la edición.

El anónimo *Scriptura privada,* más conocido por *La fi del Conde d'Urgell,* utilizado en el siglo XVII por Diego Monfar y Sors para los últimos capítulos de su «Historia de los Condes de Urgel», no parece haber sido conocido antes de esa fecha ni en rigor lo fué después, hasta su publicación moderna [100]. Obtuvo entonces gran favor, logrando ser reeditada, pero a poco suscitó un artículo de Giménez Soler [101], que señala en ella un tejido de falsedades, lo que le ha llevado en trabajos siguientes [102] a suponer la obra forjada por el propio Monfar. Cree a éste interesado, en su calidad de rebelde contra Felipe IV, en negar su derecho a la Corona de Cataluña como descendiente de Fernando de Antequera y no del último conde de Urgel. Por abonar esta sospecha el tiempo en que vivió Monfar, tan propicio a la composición de falsas historias, no puede ya mirarse sin desconfianza esta pieza.

100. Vid. *Fuentes,* art. 2.271.
101. *Fuentes,* art. 2.272, separado, por confusión, del anterior.
102. Giménez Soler, *Aragón en la Edad Media,* y en su artículo inserto en el *Homenaje a Artigas* (I, 17-31).

cuyas afirmaciones pugnan, de otra parte, con lo que dicen los documentos fidedignos. No obstante, M. de Riquer[103] se muestra convencido de su autenticidad, en favor de la cual alega argumentos, que vienen a reforzar los de X. de Salas[104]. El escrito en cuestión comienza el relato cuando ya Fernando es rey, y se refiere totalmente a las cuestiones habidas entre él y el conde, que, por el «mal concell» que le dieron, se niega a acatarle. La narración de hechos prosigue hasta la muerte de Jaime, en que comienza una larga disertación en pro de él y contra los derechos de Fernando. La parte narrativa tiene gran animación, dándole novelesco atractivo sus diálogos y los pintorescos detalles que la adornan.

c) *Historia de sucesos particulares.*

La primera muestra del género que conozco en este período es una anónima *Relación de la prisión del Rey Chico*[105], esto es, de Boabdil en la batalla de Lucena (1483). Debió de escribirse a raíz del suceso, dada la puntualidad con que se consignan todos los caballeros que asistieron a la acción, y, sin duda, en el mismo país —«vino a talar la villa de Lucena», «vino de Madrid a Córdoba», etc.—. El autor parece ser un clérigo, juzgando por las fórmulas que inician y terminan el escrito; estaba, probablemente, al servicio de la casa de Cabra. La narración, sin pretensiones, pero correcta, es interesante por los detalles que contiene, tanto de la batalla

103. En su disc. de entr. en la R. A. de B. L. de Barcelona (Barc., 1944), pág. 18.
104. En su ed. de la obra (Barcelona, 1931).
105. *Fuentes*, art. 2.498.

como de los agasajos que los Reyes Católicos hicieron en Vitoria a los protagonistas del suceso: el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles.

Relatos más breves, como el de los *Sucesos de las armadas* en la costa africana [106], debieron abundar en este tiempo de intensa actividad bélica, y no tiene interés ocuparse de ellos en particular. Sí se lo da a algunos la circunstancia de haber sido compuestos por personas conocidas, como los que se conservan de GONZALO DE AYORA, avalorados, además, por su autoridad en asuntos militares. Son varias cartas, enviadas desde el Rosellón, en el curso de 1503, al rey Fernando unas, y otras a su secretario Miguel Pérez de Almazán. Dan noticias de la guerra allí sostenida con los franceses y proponen cambios de sistema, estando redactadas con la soltura que de él puede esperarse. Esta serie, con otra carta escrita en Burgos, 1512, fué publicada modernamente [107]. También lo ha sido otra larga epístola, enviada a Fernando en 1505, en que hace detallada reseña de la toma de Mazalquivir [108]. Al mismo Ayora se ha atribuído una *Relación de las Comunidades de Castilla* [109], en las que tomó parte activa; pero la pobreza literaria del escrito y la credulidad que el autor muestra movieron a Rossell a dudar que fuese suya, rechazándola también Cat, el biógrafo y crítico de Ayora, que se funda, además, en que en la obra se nombra a éste como «coronista y muy elocuente hombre», en tanto que el autor habla de sí como de un iletrado, lo que está muy lejos de la autosatisfacción de Ayora.

---

106. *Fuentes*, art. 2.780.
107. *Fuentes*, art. 2.619.
108. *Fuentes*, art. 2.770 bis.
109. *Fuentes*, art. 4.995.

ANTONIO DE NEBRIJA contribuyó a la historia de sucesos con sus *Belli navariensis libri duo*, en que relata detalladamente la victoriosa expedición de 1512[110]. Conforme a sus hábitos de humanista, que revela también su elegante latín, no se ciñe a una narración; antepone a ésta un prefacio sobre la geografía y los habitantes de Navarra, y dos capítulos en que trata de demostrar los derechos de Fernando a dicho territorio y la participación de Juan de Albret en el cisma de Pisa. Dedica a la conquista los siete capítulos restantes del libro I, y todo el II a la invasión francesa hasta la retirada definitiva. La autoridad del autor —testigo además, pues asistió al sitio de Pamplona— y el pormenor del relato depararon gran difusión a la obra.

LUIS CORREA, que asistió también a esta campaña con el maestre de Calatrava Gutierre de Padilla, escribió, a ruego suyo, *La conquista del reyno de Navarra*[111]. El libro es más precioso aún, como fuente, que el de Nebrija[112], siendo la única narración completa del suceso. El autor, muy erudito, se refiere en el prólogo a la curiosidad que justamente inspiran las acciones de los hombres ilustres y a los sacrificios que algunos se han impuesto para satisfacerla y aprender así de ellos una norma para su vida. Empieza por el intento de Luis XII contra la Santa Sede, o sea el concilio de París contra Julio II, y sigue hasta la terminación de la conquista por el duque de Alba, acabando con reiteradas loas a éste.

---

110. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 2.390. Véase la monografía citada en la nota 26.
111. *Fuentes*, art. 1.689.
112. P. Boissonade: *Histoire de la réunion de la Navarre à la Castille*, París, 1893, obra bien documentada, en que puede ampliarse la noticia dada en el texto.

Hay varias arengas y abundantes citas latinas; el estilo es suelto, y toda la obra tiene un tono literario, aunque sin rebuscamiento. Los títulos de los capítulos recuerdan a veces, por su prolijidad, los de los libros de caballerías, pero parece escribir con veracidad, y así lo entendió Zurita, que tomó casi toda su información [113].

Al lado de estas reseñas debe citarse la apología oficial de la misma conquista, encomendada por Fernando al jurisconsulto JUAN LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS, que la redactó en latín, como cumplía a un tema de derecho internacional [114]. Tras un breve prólogo y una felicitación al rey, hace la justificación requerida basándose en la sentencia papal e historia los casos en que los pontífices usaron igualmente de su poder, que les viene de Dios y les permite disponer de todos los reinos.

Las gloriosas guerras de Italia dieron también motivo a algunos escritos, pero destacan, más que los hechos mismos, la señera personalidad del Gran Capitán, por lo que serán examinados en el grupo de biografías; los más corresponden al período siguiente.

El tema de las Comunidades, a una de cuyas relaciones me referí ya, es el que en este período originó más producciones.

JUAN MALDONADO, que se sabe ya que fué el famoso erasmista [115] que tuvo el cargo de vicario general del

---

113. En el ms. 9198 de la Bibl. Nac., del s. XVIII, hay una reseña, en castellano también, de la conquista de Navarra, cuyos capítulos, aunque numerados del I al V, empiezan después de la toma de Pamplona. Son, pues, probablemente, una copia parcial de otra obra; pero no he podido detenerme en hacer el necesario cotejo.

114. *Fuentes*, art. 1.688.

115. En este aspecto vid. M. Bataillon, *Erasme et l'Espagne* (París, 1937), págs. 231-236 y 353-365.

obispado de Burgos, dedicó en 1545 al príncipe Felipe una obra que dice haber escrito más de veinte años antes y que creo puede situarse hacia 1524 [116]. La compuso en buen latín, titulándola *De motu Hispaniae uel de communitatibus Hispaniae;* se conserva inédita, pero hay publicada una moderna traducción castellana [117]. Además del idioma y del empleo de arengas, dan al libro matiz humanístico los ornatos literarios con que el autor lo aliña, exponiendo el tema por medio de diálogos entre dos españoles y varios extranjeros. Ello da ocasión para variadísimas disgresiones y para que las disputas surgidas susciten rasgos de ingenio y aviven el interés. Hay, pues, mucho ajeno al tema, originado por las preguntas de los extranjeros sobre usos e instituciones nacionales. En cuanto al hecho mismo de las Comunidades, el sistema adoptado por el autor parece ser un recurso para mantener el necesario equilibrio en un asunto tan vidrioso todavía cuando él lo trató. Puede así poner en boca del otro conversador español, fogoso defensor de los comuneros, ideas que sería arriesgado exponer por sí mismo, en tanto que él condena, aunque no siempre con severidad, la insurrección. Toma el hilo desde los Reyes Católicos con bastante pormenor [118] y se muestra en general bien enterado de las cosas, aunque a veces da noticias equivocadas. Parece haberse propuesto más bien componer una pieza de elocuencia que una verdadera historia. Además de no insertar los interesantes documen-

116. Da aún por vivo, en su prisión de Navarrete, a Antonio de Acuña, trasladado después a Simancas y ejecutado en 1526.
117. *Fuentes,* art. 4.972.
118. Nic. Antonio, que no menciona el *De motu Hispaniae,* cita una historia de los Reyes Católicos, también en latín, que bien pudiera ser un fragmento de aquél.

tos que ilustraban el suceso, como las cartas de las ciudades, omite muchos detalles importantes. Cierto que debió de terminar su trabajo precipitadamente, pues la rapidísima exposición que hace al final de los sucesos de Valencia y el acabar de pronto el relato sin fórmula alguna ni alusión al diálogo entablado, no se aviene con la verbosidad que campea en todo el curso de la obra.

Al contrario de Maldonado, PEDRO DE ALCOCER[119] tuvo una perfecta compenetración con los dos Padillas, padre e hijo, a cuyo servicio estuvo, girando por consiguiente su historia de las Comunidades en rededor de esas dos figuras y la de doña Juana Pacheco. Alcocer toma su relato desde la muerte de Isabel, y no empieza a tratar de los Comuneros hasta el capítulo VIII. La obra es valiosa por la veracidad con que está escrita. Literariamente no podemos apreciarla con toda justeza, porque al parecer los copistas de los siglos XVII y XVIII hicieron arreglos, cambiando cuanto les pareció anticuado en su lenguaje[120]. Aun con estos supuestos trueques, la *Relación* está bien en este aspecto; es clara y ordenada, y el afecto del autor a los protagonistas comunícale una simpática vehemencia. Inédita hasta el siglo XIX, su aparición en el idioma castellano original fué precedida de una refundición en francés[121].

JUAN CARRILLO, que figura entre los comuneros exceptuados del perdón por Carlos V[122], compuso otra «Ber-

119. *Fuentes,* art. 4.968.
120. Conjetúralo su editor Gamero de la desigualdad del lenguaje de la *Relación* y el de la *Historia de Toledo* (publ. en esta ciudad en 1554), de la cual cree que aquélla fué desglosada.
121. Vid. el art. cit. de *Fuentes.*
122. Puede verse la carta del monarca, leída en Valladolid el 28-X-1522, en la misma edición de la obra de Maldonado, antes citada, pág. 346.

dadera relación de las Comunidades»[123], que ha de fecharse después de 1531, por alcanzar a la muerte de doña María Pacheco, ocurrida en dicho año. Parece haber sido escudero de ésta, y aunque trata de abarcar el alzamiento en todas sus partes, casi se limitan sus noticias a la actuación de Padilla y de ella. La relación es breve y sin pretensiones literarias, aunque el autor no muestra ser iletrado.

Otra *Relación sumaria* del mismo suceso[124], anónima, es completamente distinta de la anterior, aunque tiene con ella de común el concentrar lo principal de su atención en la animosa viuda del comunero toledano. El autor se muestra muy superior a Carrillo como escritor. Acompañó a doña María, de la que debió de ser secretario, en su huída a Portugal; cuenta que fué uno de los tres que quedaron con ella en Oporto, donde él dió lecciones de humanidades a personas principales. Parece haber compuesto la Relación varios años después de morir su señora, pues no recuerda ya con seguridad el día de su muerte. Teniendo aun más olvidados, como puede suponerse, los anteriores sucesos de las Comunidades, expónelos muy brevemente, omitiendo todo lo no esencial. Lo más de la obra está consagrado a las andanzas subsiguientes de doña María, para cuya biografía es una excelente fuente.

Prescindiendo de mencionar otras fuentes manuscritas de las Comunidades[125], sí he de citar una «Breve re-

123. *Fuentes,* art. 4.966. No la menciona Danvila en su extensa "Historia de las Comunidades" (*Fuentes,* 4936), a pesar de incluir en su lista obras tan lejanas del suceso como el *Quijote.*
124. *Fuentes,* art. 4.998.
125. Puede verse en Muñoz, *Dicc.,* Castilla, 60, 61, 62 y 64, noticia de algunas.

lació de la Germanía de Valencia», empezada a componer en dicha ciudad por GUILLÉN RAMÓN en 20-VIII-1519 y proseguida hasta febrero de 1522[126]. Es muy detallada, formando casi un diario, con muchas listas de las personas que intervinieron en distintas formas.

De otro de los hechos memorables de este tiempo, la batalla de Pavía, nos ha quedado el informe oficial, redactado por el secretario ALFONSO DE VALDÉS a base de las cartas de los jefes al Emperador[127]. Al término de la relación expone el autor la esperanza en un imperio universal regido por Carlos V, de la que estaban muy imbuídos los que rodeaban a éste. Sobre otro suceso de gran resonancia escribió también Valdés, aunque no lo trató como historiador, sino como político; me refiero a su «Diálogo de las cosas acaecidas en Roma el año de 1527», esto es, al famoso saco de la ciudad. Lo compuso para exponer su parecer sobre el suceso, que le pidieron unos amigos, y en él trata de descargar al Emperador de culpas, achacándolas al Papa. Su otro diálogo, el de «Mercurio y Carón», que se refiere a la guerra entre Carlos V y Francisco I en los años 1521 a 1528, tiene también finalidad apologética y no histórica, por lo que basta esta ligera mención[128].

La batalla de Pavía fué también objeto de una monografía de JUAN DE OSNAYA u OZNAYA, apellido que tomó al hacerse dominico el autor, llamado en el mundo Juan

126. *Fuentes,* art. 5.023.
127. *Fuentes,* art. 5.459. Vid. también Menéndez Pelayo, *Heterodoxos esp.,* 2.ª ed., IV, 127-128.
128. Ambos diálogos pueden verse en la edición de Clásicos Castellanos hecha por J. F. Montesinos, cuya excelente introducción expone el error con que tradicionalmente era atribuído el *Carón* a Juan de Valdés, hasta que se aclaró la personalidad de su hermano.

de Carvajal[129]. Acompañó en la batalla como paje de lanza al marqués del Vasto, y se decidió a historiarla a petición del marqués de las Navas, al cual la dedica[130]. Empieza el relato, como antecedente necesario, desde 1522, en que Adriano de Utrech ascendió al pontificado e intentó apaciguar a Carlos V y Francisco I. La narración es prolija, como hecha por testigo y partícipe de los sucesos, consignando los hechos particulares, las conversaciones y todo género de pormenores, sin omitir, como puede suponerse, las arengas de los jefes. Termina con el embarco del rey prisionero para España. El autor escribe con desenvoltura y logra una descripción muy animada, con patentes indicios de veracidad[131].

También debe anotarse aquí la *Relación de la prisión del Rey de Francia*, hecha por GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO[132]. Más que de la cautividad misma se ocupa de lo ocurrido entonces en la corte, que reseña con mucha minuciosidad. Es una obrita de atractiva sencillez, informada por el encendido entusiasmo que al autor inspiraba la figura del emperador.

PEDRO BARRANTES MALDONADO (1510, m. después de 1573) compuso un *Diálogo en que cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar*, acción en la que tomó muy

---

129. Vid. *Col. doc. inéd.*, XXXVIII, 289.
130. La dedicatoria lleva la fecha de 1544 en el ms. utilizado para la edición de la col. cit., y la de 1540 en otros de la Biblioteca Nacional y de la Real.
131. Hay otra versión más breve que figura como "Relación sacada de la que escribió Fray Juan de Oznayo a ruego de don Pedro de Avila, Marqués de las Navas...", es decir, del mismo a quien figura dirigida la relación extensa que hemos mencionado en el texto. Tal vez haya que suponer un error del copista, y que la reducción, que no es mucha, fuese encargada por otro o hecha espontáneamente. Fué conocida antes que la otra, y publicada antes, por los editores en la misma colección (vid. *Fuentes*, art. 5.466).
132. *Fuentes*, art. 5.480.

destacada parte [133]. No se limita a referirlo; explica ampliamente el origen y costumbres de los turcos —que conocía por haber traducido el libro a ellos consagrado por Paulo Jovio— y la historia de Gibraltar, de que hace también descripción detalladísima. Otra relación, que acompaña en la edición a la anterior, la de la batalla naval dada a los saqueadores por D. Bernardino de Mendoza, no está dialogada, pero en lo demás es idéntica, con igual tendencia humanística a los discursos de personajes y el mismo despliegue de erudición genealógica. Todo ello tiene agradable expresión literaria, cuyo atractivo aumenta la indudable imparcialidad del autor, que no escasea el elogio merecido a los contrarios.

d) *Biografía colectiva.*

HERNANDO DEL PULGAR, el mencionado cronista de los Reyes Católicos, se inspiró en las «Generaciones y semblanzas» de Pérez de Guzmán para componer, en 1486, sus *Claros varones de Espanna* [134]. Continúa así la labor de aquél, haciendo la biografía de veinticuatro personajes de su tiempo, con Enrique IV a la cabeza [135]. Es en sus juicios menos severo que su antecesor, al punto de habérsele encontrado «cierta corriente sinuosa de adula-

133. El suceso tuvo lugar en 1540. El *Diálogo* no fué impreso hasta 1566 (en Alcalá) y ha sido reproducido en el vol. XIX de la "Col. de libros raros y curiosos".

134. *Fuentes*, art. 1.561. Posteriormente ha aparecido un artículo de M. W. Nichols, *Notes on Spanish historical portraiture*, Hispania (California), 1934, XVII, 341-346, en que se ocupa preferentemente de Pulgar y de Pérez de Guzmán.

135. Amador de los Ríos señala justamente la "más amplia esfera" de la biografía italiana, que da entrada a poetas, jurisconsultos, artistas, etc., en tanto que los biógrafos españoles sólo se ocupaban en este tiempo de personajes de la nobleza y de la Iglesia (*Lit. esp.*, VII, p. 333, n. 3.)

ción», la cual «se desliza, a veces, entre conceptos de indudable valor moral y citas clásicas de varia erudición» [136]; pero no faltan tampoco algunos toques cáusticos. Ya la semblanza de Enrique, tan peligrosa para un cronista oficial que dedica su obra a Isabel, es de un hábil equilibrio, en que omite mucho de lo desfavorable sin presentarle como perfecto; entre la complaciente pintura trazada por Castillo y la dura invectiva de Palencia mantiénese en una media tinta el retrato de Pulgar, aunque más cercano a aquél que a éste. En general sus artículos, en los que no se limita a biografiar, sino que intercala reflexiones, aduce ejemplos y encaja citas no siempre oportunas, son verdaderas apologías, como charlas sobre difuntos, de los que sólo lo bueno se recuerda. A veces sirven como de ampliación a los retratos de los «Claros varones» sus cartas; así en una que dirige a Carrillo, el inquieto arzobispo de Toledo, desarrolla la crítica de su carácter, apenas esbozada en el artículo biográfico que le consagra. Muéstrase Pulgar prosista claro y agradable, acertando en ocasiones muy felizmente con la frase eficaz, como cuando dice del marqués de Villena, cuyo retrato todo es excelente, que «no forçaua al tiempo, más forçaua a sí mismo esperando tiempo para las [cosas] fazer». No todos los artículos son unipersonales; tiene uno en que pone frente al famoso Scévola varios españoles, diciendo al final que si quisiese pon-

136. Domínguez Bordona, en la ed. cit. en *Fuentes*, art. 1.561. Menéndez Pelayo (*Antol.*, VI, pág. III) dice que escribió "con buril menos hondo y toque más complaciente que... Guzmán, pero con más amenidad y viveza de fantasía". Capmany acaba un juicio muy elogioso que de él hace de este modo: "Es el escritor castellano de su tiempo que dixo las cosas más sérias con mayor delicadeza, y las más importantes con mayor elegancia." *Teatro hist.-crít. de la eloc. cast.*, vol. I (Madrid, 1786), pág. 133.

derar las hazañas de todos necesitaría un libro mayor que el Valerio —esto es, el anecdotario de Valerio Máximo—, e insiste en otro sobre el valor de los españoles, a los que sólo ha faltado quienes supieran sublimarlos, como los romanos hicieron con los suyos. (Es curioso recordar que los romanos se lamentaban de lo mismo, poniéndose a su vez en parangón con los griegos)[137].

LORENZO GALÍNDEZ DE CARVAJAL, también repetidamente citado ya, compuso una adición a la obra de Pérez de Guzmán[138], independiente de los cambios hechos en ella al revisarla en unión con la Crónica de Juan II, que también comportaban algunos añadidos. La adición aparte, a que ahora se alude, es una obra genealógica que no terminó, limitándose lo hecho a las genealogías de cuatro de los personajes biografiados por Guzmán: don Fernando de Antequera, el condestable López Dávalos, el almirante Enríquez y el canciller Ayala. Por incluirse en sus entronques las más de las familias ilustres de Castilla, el trabajo, aunque incompleto, es importante; fórmanlo cuatro largos capítulos, muy copiosos de datos. También deberá mencionarse aquí el Informe que presentó a Carlos V, a petición suya, sobre los individuos que componían el Consejo Real a la venida de aquél; en él traza rápidas semblanzas de los consejeros, muy expresivas y sagaces[139].

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO escribió, con el títu-

137. El P. Zarco, en su *Cat. de los mss. cast. de... El Escorial* (I, pág. 348), describe un tomo de varios, uno de cuyos componentes es el plan de una adición a los "Claros varones", con 11 títulos, empezados simplemente unos y otros terminados. Los correspondientes personajes pertenecen al tiempo de los RR. CC. y al de Carlos V. Es de letra moderna, lo que disminuye su interés.

138. *Fuentes*, art. 1.503.

139. *Fuentes*, art. 4.783.

lo de *Batallas y Quinquagenas*, noticias de las «casas ilustres» de España y «los generosos varones» que dieron [140]. Estimó Oviedo que los mencionados por Guzmán y Pulgar eran muy pocos, y subsanó la falta con esta producción, que, más infortunada que la de aquéllos, no ha alcanzado aún a ver la luz pública. «La obra estaba dividida en batallas, quincuagenas y diálogos entre el *Alcaide*, que es el autor, y un tal *Sereno*, que le pregunta de ordinario y da ocasión a que se refieran la historia, prosápia, armas, rentas y divisas de alguno de los personajes notables de España y a veces de toda una familia. Con este motivo apenas hai suceso pequeño ni grande del tiempo de los Reyes Católicos y de los años inmediatos, de que no se haga mencion, con tal multitud de relaciones particulares, anécdotas y noticias de todas clases, que es un verdadero tesoro para la historia de aquellos tiempos, y como escrito por un testigo tan fidedigno, adquiere más derechos a la estimación y aprecio de los curiosos» [141].

Otra obra del mismo autor debe ser mencionada en este lugar, si alguno ha de tener en la historia de la historiografía: el *Libro de la Cámara Real del Príncipe don*

140. Se conserva la obra en Bibl. Nac., mss. 3134 y 3135; pero entre ambas copias no la completan. Fué escrita, como lo más de Fernández de Oviedo, en los comienzos del período siguiente, pero es preferible mencionar todos sus trabajos en este capítulo, donde le marca su lugar la publicación de la primera parte de la *Historia de Indias*, su obra cumbre.

141. D. Clemencín, *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*, Ilustración X (Memorias de la Ac. de la Hist., VI, 222-236), 223-224. Además de la noticia de la obra da Clamencín el índice de sus diálogos. No han de confundirse las *Batallas y Quinquagenas* con las *Quinquagenas*, obra también de Oviedo. Forman éstas "7.500 versos en estilo común y nuevo", distrib. en tres quinquagenas formadas por 50 estancias de 50 versos. Se propuso el autor con ella corregir a los jóvenes, ofreciéndoles ejemplos heroicos, escogidos entre españoles de todos los tiempos, e incluso mahometanos y judíos. Se publicó parte en 1880.

Juan. Se le había pedido un simple informe sobre la organización de dicha Cámara, para que sirviese de pauta a la que se iba a formar al príncipe Felipe (II); pero Oviedo, siempre minucioso y provisto de notas puntuales, no se ciñó a enumerar y definir los oficios que la constituían, sino que consignó las personas que sucesivamente los desempeñaron. Hizo, pues, otro aporte a la biografía colectiva del período de los Reyes Católicos [142].

e) *Biografía individual.*

Del marqués de Cádiz (m. 1492), héroe de la conquista de Granada, hizo un anónimo una *Historia* que sólo alcanza a 1488 [143]. Toma, en cambio, el hilo desde Hércules, en el proemio, y desde los primeros reyes visigodos —Atanarico y Alarico— en una ojeada retrospectiva que hace en el capítulo segundo. De ellos pasa sin transición a las lamentaciones por la invasión musulmana, hechas en los términos ya obligados. Tales trenos son muy del gusto del autor, que siembra de ellos la obra. alternándolos con citas bíblicas. Desde Rodrigo sigue ya la revista hasta los Reyes Católicos, aunque con muchas lagunas y errores. La parte consagrada al marqués rebosa admiración, considerándolo un segundo Fernán González y un segundo Cid; tanto como en su valor insiste en su religiosidad. Es obra escrita con notoria ingenuidad y torpeza [144].

142. Hay una excelente edición, hecha por la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid, 1870).

143. *Fuentes,* art. 1.544. Vid. también Carriazo, en la introducción a su edición de la *Crónica de los Reyes Católicos,* de Valera, pág. CXLI.

144. Carriazo (l. c.) la supone escrita en 1492, entre la rendición de Granada y la muerte del marqués, pues estima que habla de éste como viviente. No me parece muy claro que le con-

Un ALONSO DE MALDONADO, que se conjetura fuese un colegial de ese nombre de la Universidad de Salamanca, en la que fué elegido en 1486 para el de San Bartolomé, compuso otra biografía. Ha sido modernamente publicada con el título de *Hechos de D. Alonso de Monroy, clavero y maestre de la orden de Alcántara*[145]. El autor la escribió como prólogo de una traducción suya de Apiano Alejandrino, la cual dedicó al biografiado, al parecer muerto ya. La costumbre de loar en los prólogos o dedicatorias de las obras a los ascendientes del personaje bajo cuya protección eran puestas, y a éste mismo, fué siempre general. Pero en este caso tomó lo último tal desarrollo, que hace del prólogo pieza de no poca importancia por sí sola. Don Alonso de Monroy tuvo muy activa participación en los sucesos del tiempo de Enrique IV y, menos, en el de los Reyes Católicos, alcanzando a vivir hasta 1511. La biografía se interrumpe en 1475, sin fórmulas finales. El autor, aunque no posee relevantes dotes literarias, logra ofrecer un cuadro interesante, con algunos detalles sólo gracias a él conocidos, de aquel turbulento período y de sus costumbres. Aquí nos importa sobre todo como una prueba más de la afición al género biográfico en el s. XV.

Los hechos de Pedro Navarro en las campañas de Italia, de 1510 a 1512, fueron también objeto de una *Relación*, anónima e inédita; se conserva en un códice del Escorial, formado de piezas históricas para el uso de

---

sidere así: frases como "Este caballero fué... e por tanto, de todas las cosas que este marqués de Cádiz fizo en las cosas del mundo...", y la indecisión con que señala fechas relativamente recientes, dejando las más en blanco, más bien parece indicar una redacción posterior. No puede, empero, serlo mucho, porque la letra del ms. es de fines del s. XV.

145. *Fuentes*, art. 1.577.

Ocampo. El autor cuenta que fué herido en la batalla de Ravena, que describe con animación; pero en conjunto es la obra una especie de anales en que los hechos son contados escuetamente. Parece poco posterior a ellos.

Hernán Pérez del Pulgar, «el de las Hazañas», a quien se niega ya sin vacilar la atribución de la historia de «Las dos conquistas»[146], fué sin duda autor de otro trabajo más corto, consagrado, más concretamente que aquélla, al Gran Capitán. Es el *Breve parte de las hazañas* de Gonzalo, escrito en 1526 a petición de Carlos V[147]. Muestra en él hondo afecto a su compañero de armas. Trata con bastante extensión el período de la conquista granadina y resume en muy poco espacio las campañas de Italia, volviendo a detallar desde el regreso de Gonzalo a España. Como obra literaria adolece de afectación, pues queriendo mostrarse digno del tema, lejos de escribir «llano y claro», según promete, afea el lenguaje con frases muy de libros de caballerías («con cuidadoso cuidado», «tanto más lejos y escuras los escuros las cuentan», etc.) y abusa de las citas innecesarias. Se enreda, además, en larguísimos y premiosos párrafos. Lo más del «Breve parte» son discursos y diálogos, e inserta también cartas y los privilegios de concesión de los ducados de Santángelo y de Sesa. Termina con un cotejo de su héroe con Escipión. El principal interés radica en las noticias que da de la juventud de Gonzalo, menos conocida por las demás fuentes que su madurez.

Otra obra relativa a éste, aunque no propiamente biográfica, apareció diez años después, con el título de *Tra-*

146. *Fuentes,* art. 2.554.
147. *Fuentes,* art. 2.587.

tado de Re Militari. Su asunto lo expresa más concretamente el subtítulo: «Tratado de Caualleria hecho a manera de dialogo... entre... Don Gonzalo Fernandez de Cordoua... y Don Pedro Manrique de Lara, Duque de Najara...». El anónimo autor dice haber sido uno de los servidores del Gran Capitán, del que hace un elogio vehementísimo, y que consigna tal como lo recuerda el susodicho diálogo, sostenido en casa del duque, en Burgos, en la que pasó aquél unos días de regreso de Italia. En él se cuentan «muchos exemplos de grandes príncipes y señores, y excellentes auisos y figuras de guerra», siendo «muy prouechoso para caballeros, capitanes y soldados».

Mencionaré, en fin, ya en el final de este período, a JUAN DE VALLEJO, por su *Memorial de la vida de Cisneros* [148]. Al servicio del Cardenal, probablemente desde 1498 ó antes, y designado por él para diversos cargos eclesiásticos, llegó a ser uno de sus más íntimos y a no separarse de él, por lo que no empezó a servir la canongía de Sigüenza, que le adjudicó hacia 1511, hasta que Cisneros murió. Se ignora la fecha del Memorial, pues aunque figura en un folio del manuscrito la de 1544, no se sabe si en ella lo acabó. Lo cierto es que el último párrafo quedó incompleto y la biografía conservada alcanza sólo a 1507. No comprende, pues, el período más interesante, y hace más lamentable esta falta el ser lo inmediatamente anterior muy seguro y copioso de noticias, por el trato constante que el autor tuvo con Cisneros. Los hechos son siempre referidos con simpática ingenuidad; no vela, por ejemplo, el tema de las conversiones

148. *Fuentes,* art. 2.710.

forzosas de Granada, ni el enfado que produjo en Fernando el alzamiento que motivaron. No hay tampoco la menor preocupación literaria en el autor, que no esquiva siquiera el empezar la mayoría de sus párrafos uniformemente («E ansí...»). Como fuente histórica, su valor está en lo que cuenta por propio conocimiento, figurando a veces el autor, en tercera persona, como actor de los sucesos; en lo demás trastrueca mucho las fechas y muestra mala información. Para el punto concreto de la biografía del Cardenal es, desde luego, el más importante de los escritos coetáneos [149].

f) *Autobiografía.*

Ofrece este género un ejemplar que, aunque de insegura autenticidad y poco considerable, no conviene olvidar, por la rareza de tales escritos. Es la de DIEGO GARCÍA DE PAREDES, el forzudo y gigantesco capitán, llamado el Sansón extremeño y al que tanta fama ganaron sus proezas. Bien merecían éstas mayor marco que la *Breve suma* que a su propio nombre circula y en que se comprende, no toda su vida, sino desde 1507 hasta poco antes de su muerte (1530). Está hecha con absoluta sencillez y naturalidad, y con la máxima concisión, lo que la reduce a muy pocas páginas [150].

---

149. Nic. Antonio menciona, entre los trabajos de Gonzalo Fernández de Oviedo, uno sobre Cisneros. Amador de los Ríos, en la biografía de Oviedo (introd. a la *Hist. de Indias,* I, pág. XCV, nota), cree que no hubo tal.

150. Se ha impreso varias veces; puede verse en el volumen de *Crónicas del Gran Capitán* (págs. 255-259), editado por Rodríguez Villa, que la reprodujo de la edición antigua (1586). Menéndez Pelayo opina que "si no es enteramente apócrifa (y por su estilo no lo parece), está a lo menos corrompida e interpolada". (Vid. Serrano y Sanz, *Autob. y Mem.,* págs. LIX-LX).

g) *Biografías de personajes anteriores, ahora impresas.*

Por responder, sin duda, estas ediciones al mismo gusto por las acciones heroicas que las obras consagradas a los coetáneos egregios, conviene considerarlas en este lugar.

Una *Crónica del Cid*, con el título de «Suma de las cosas marauillosas...», fué impresa en 1498 [151]. Se ha demostrado que es mera reproducción de la parte correspondiente (caps. 35-104) de la «Crónica abreviada» de Diego de Valera (v. pág. 366), que a su vez había utilizado la Segunda Crónica. Comprende la vida del héroe desde Fernando I hasta la muerte de aquél e incluye leyendas de las canciones de gesta. Esta crónica «popular» (que así es llamada) se reimprimió repetidas veces en los siglos XVI y XVII [152].

Otra *Crónica del Cid*, más extensa, apareció en 1512 [153]. Esta ha originado múltiples polémicas y suscitado conjeturas muy diversas, pero en lo esencial está el asunto suficientemente aclarado, lo cual permite abreviar su noticia. Ya Amador de los Ríos llegó a la conclusión de que la Crónica particular reproduce los capítulos correspondientes de la «Crónica de Castilla» (v. pág. 229); coincide, en efecto, con la parte en ésta consagrada a los

---

151. *Fuentes*, art. 1.177.

152. Débese a Puyol la fijación de su verdadero carácter. Vid. sus arts. *El Cid de Dozy* (*Revue Hisp.*, 1910, XXIII, 424-476) y *La Crónica popular del Cid* (1911).

153. *Fuentes*, art. 1.174. A quien interese conocer las diversas opiniones que se han expuesto, remito a Ríos (*Lit. esp.*, IV, 393), Floranes (*Verdadero tiempo de la crónica del Cid y de su autor*, capítulo de sus "Orígenes de la poesía castellana", publ. por Menéndez Pelayo en la *Revue Hisp.*, 1908, XVIII, 364) y Puyol (trabajo citado en la nota 152).

reinados de Fernando I, Sancho II y Alfonso VI [154]. Lo que no es seguro es por quién y cuándo fué compuesta; pero como se alude con frecuencia a una crónica cidiana de Cardeña, no es absurdo pensar que fuese obra de algún monje de dicho monasterio [155]. Pasado el tiempo, se olvidaría su verdadero carácter y se la tendría por una crónica independiente y original. Lo cierto es que la publicó el abad de Cardeña Fray Juan de Velorado, poniéndola un prólogo en que dice quiere evitar con su edición que se olviden los hechos del Cid, lo que muestra que no conoció la de 1498. Por error o por malicia, da el manuscrito que saca a la luz como coetáneo del héroe [156]. Lo acompaña también de una genealogía del Cid, que llega hasta 1507, obra, al parecer, del propio Velorado.

Otro abad, de Arlanza éste, Fray Gonzalo de Arredondo, ocupábase por el mismo tiempo en ponderar las hazañas de otro héroe castellano: Fernán González; pero su trabajo quedó inédito [157]. Apareció, en cambio,

---

154. Conviene recordar aquí la extensión con que los hechos del Cid fueron recogidos ya en la Primera Crónica General, muy superior a la concedida a la actuación de Alfonso VI. Menéndez Pidal comprobó que se reúnen allí "grandes trozos, ora sacados de la *Historia Roderici*, ora de las obras del Tudense y del Toledano, ora de varios cronicones, ora del moro valenciano Ben Alcama, ora de poemas del siglo XIII, como el *Cantar de Zamora* y una refundición del antiguo *Poema de Mio Cid;* ora de una leyenda en el claustro de Cardeña" (*España del Cid,* I, pág. 10). Las derivaciones que tuvo dicha Primera Crónica se sirvieron casi de las mismas fuentes, aunque utilizándolas algo diversamente.

155. Menéndez Pidal, aunque identifica la Crónica particular con la parte correspondiente de la de Castilla, considera prematura la afirmación de Ríos de que sólo sea un fragmento de ella; "por de pronto —dice—, una crónica cidiana de Cardeña aparece citada ya por la Crónica de 1344" (*Cat.*, p. 137).

156. Dice Velorado que el infante D. Fernando (esto es, el hermano y sucesor en el Imperio de Carlos V), estando en el monasterio de Cardeña, vió la "Crónica original que en el tiempo de su vida se hizo e ordenó", y, para que no se perdiese la memoria de aquellas hazañas, le mandó que la hiciese imprimir.

157. *Fuentes,* art. 1.149. El autor, dice Menéndez Pidal (*Ley. Lara,* p. 65), fué "tan sincero en admirar nuestras viejas glorias

a la luz pública, en 1509, otra *Crónica* del mismo conde [158], que lleva a continuación la historia de los infantes de Lara. Esta última coincide con la versión contenida en la Cuarta Crónica, salvo en un pequeño detalle que ésta tiene. La de Fernán González es completamente ajena de esta procedencia, y aunque puede afirmarse que la edición reproduce alguno de los antiguos textos derivados de la Primera Crónica, no se ha fijado aún su modelo particular [159]. El asunto es menos llano de lo que parece, debido a la multitud de arreglos y reediciones que aparecieron.

En fin, el arcediano de Sevilla Diego López de Cortegana publicó en dicha ciudad, en 1516, la *Crónica* de Fernando III [160]. Dice él mismo, en su prólogo, que se limitó a enmendar palabras para hacerlas más inteligibles, o lo que es lo mismo, a modernizar algo el lenguaje. Está, en efecto, calcada en la compilación alfonsina.

h) *Otros géneros.*

Además de los apuntados ofrece este período algunas muestras que no pueden incluirse en ellos, ni merecen, tampoco, formar grupos independientes.

---

y las buenas y santas acciones de los antiguos héroes, como afectado y enojosísimo narrador de ellas. Ocurriósele al abad para honra de Dios y de la casa de Arlanza, donde estaba enterrado el conde Fernán González, hacer de este caudillo el espejo de todas las virtudes cardinales, teológicas y caballerescas, y las contó en una descomunal *Chronica dirigida al Emperador Don Carlos*". Consta de cuatro libros, titulados, los primeros, Tragedia, Comedia y Sátira, y consagrado el último a los sucesores del héroe hasta Fernando V inclusive. Se valió de un ms. de la Crónica de 1344, siendo, en general, los cambios que introduce simplemente retóricos o invenciones suyas. La obra había sido compuesta después de la muerte de Felipe I (1506) y antes de la de Fernando (1516).

158. *Fuentes*, art. 1.147.

159. Vid. también en *Fuentes*, art. 1.148, nota de otra Historia del Conde, al parecer, mucho más tardía.

160. *Fuentes*, art. 1.273.

Una fabulosa narración de las hazañas de Juana de Arco, titulada *Historia de la Poncella de Francia*, apareció en Sevilla, 1512; a su futura publicación se aludía ya en la «Crónica de don Alvaro de Luna». Valga aquí su mención como muestra de historia extranjera, cultivada con el mismo desenfado que vimos ya en la «Conquista de Ultramar». Remitimos sobre su carácter y valor a una reciente monografía [161].

El dominico ALFONSO DE VENERO (1488 - 1565) compuso un *Enchiridion de los tiempos*, obra de elementos muy heterogéneos que trascienden de lo nacional sin formar tampoco propiamente una historia universal. No puede en pocas palabras resumirse su contenido, en que hay historia política y religiosa, biografía, curiosidades, notas de cronología, etc. [162]. Se le debe también una *Poligrafía* o descripción de España, un *Tratado del origen y formación de la ciudad de Burgos* y varias vidas de santos, todo ello inédito, según creo, menos una de San Lesmes que se imprimió en 1563. El canónigo de Palencia ALONSO FERNÁNDEZ DE MADRID, más conocido por el arcediano del Alcor, escribió, por los años de 1536 a 1539 —con un añadido hecho en 1555—, la famosa *Silva palentina*, nombre con que se conoce la «Copilación o catálogo de los obispos» de dicha diócesis, la cual no es una historia propiamente dicha, sino una colección de relatos sueltos de los tiempos de los sucesivos prelados [163].

---

161. Marcelin Desfourneaux, *Jeanne d'Arc en Espagne* ("Hispania", 1943, III, 274-292).

162. Cirot (*Hist. gén.*, 170 - 171, nota 6) hace una exposición suficiente de las distintas partes de la obra, refiriéndose a la edición de 1541. Nic. Ant. (*Bibl. Nova,* I, 53) da noticias del autor y sus obras; cree que el *Enchiridion* fué publ. primero en 1526.

163. M. Vielva Ramos publicó, con estudio previo y notas, el vol. I (Palencia, 1932). Poco antes, el P. Félix G. Olmedo hizo de-

En genealogía y heráldica se trabajó bastante, sabiéndose que varios de los autores citados historiaron sus propios linajes, aunque no todos dichos escritos se han conservado. De genealogía real se conserva en el Escorial un *Chronicon* latino que alcanza hasta los Reyes Católicos [164], y debe a su lado citarse una *Genealogía de los reyes de Francia*, de Diego de Valera [165], que, aunque poco vale y está calcada en otras, tiene el interés de ser casi lo único conocido de este tiempo sobre historia extranjera. Junto a ella puede colocarse el *Tratado de las sucesiones* [166] de diversos reinos, a los que tenían derecho los Reyes Católicos, según el autor, que lo fué CRISTÓBAL SANTISTEBAN, caballerizo de dichos monarcas y, después, de Carlos V. Sobre genealogía particular descuella PEDRO BARRANTES MALDONADO (n. 1510; m. después de 1573) con sus *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, obra acabada en 1541. Tiene en ella más lugar la historia nacional, y aun la universal, que el escueto dato genealógico; Morales la llama «magna Historia». El autor refiere crédulamente algunas cosas fabulosas y muéstrase también harto difuso, pero compensa a veces esos defectos con observaciones donosamente expuestas [167].

También mencionaré otro ejemplar que corresponde a la historia de ciudades; es la obra titulada *Avila del*

---

tenido examen de los mss., de la obra misma y de su autor (*La Silva Palentina*, "Razón y Fe", 1931, XCIV, 385-400, etc.).

164. *Fuentes*, art. 83.

165. Sobre ella pueden verse las monografías de Torre y Carriazo sobre Valera, citadas en las notas 8 y 68.

166. *Fuentes*, art. 2.621.

167. Pondera, por ejemplo, la afición de los españoles a las armas y acaba diciendo: "La lança se exercitase, que la pluma siquiera nunca la viesen, a la batalla van los hespañoles de su voluntad y aun van cantando, mas por la mayor parte a las escuelas van contra su voluntad y van llorando". La obra fué publicada por Gayangos en el *Mem. Hist. Esp.*, vols. IX y X.

Rey. Muchas hystorias dignas de ser sabidas que estauan ocultas, de GONZALO DE AYORA. Se imprimió en 1519 [168]. El autor se sirvió mucho, pero con tino, de dos historias locales inéditas, muy copiosas en tradiciones fabulosas, tanto en lo antiguo, comprendido en la una, como en lo posterior a la repoblación, tratado en la otra al modo de los libros de caballerías [169]. Tiene la obra también parte original, con interesantes datos únicos, y abarca muy varios aspectos de la ciudad y su región: geografía, historia, temas urbanísticos, hijos ilustres y la genealogía de sus familias principales [170].

i) *La historia de Indias* [171].

1) *Relaciones autobiográficas.*

Bajo este título general agrupo las cartas redactadas por los protagonistas de los sucesos y cuantos escritos tienen características análogas, por haberse producido en el mismo tiempo y lugar que los hechos reseñados, y sin propósito literario. La abundancia de relaciones de este tipo haría quimérica la aspiración a reseñarlas todas si no lo hiciese ya innecesario la exactitud con que repiten

168. Muñoz y Romero (*Dicc.. Avila,* 4) la cita con otro título: *Epílogo de algunas cosas dignas de memoria pertenecientes a la... ciudad de Avila.* La obra ha sido reeditada en 1851 con introducción y notas de Gayangos.
169. Sobre ambas da algunas noticias Muñoz, l. c.
170. Nic. Ant. (*Bibl. Nova,* I, 787) cita, como repetidamente alabado por Pellicer, un *Libro y memorial de algunas cosas que de algunos años a esta parte han sucedido en Madrid,* compuesto por el famoso Juan de Timoneda, y que abarca de 1400 a 1420. La historia de ciudades empezaba ahora a desarrollarse. La de Sevilla, por Francisco de Peraza, parece que fué comenzada hacia 1535, y entre la gran masa de trabajos locales que permanecen inéditos habrá algo más, probablemente, escrito en este tiempo.
171. Sobre su carácter en relación con la historiografía en general vid. Fueter, *H. de l'hist. mod.,* 361-365.

en lo esencial los mismos caracteres. Como fuentes todas son útiles, y la bibliografía americana debe aspirar a recoger el mayor número posible. Pero como muestras de un género que no es propiamente historiográfico y al que las circunstancias dieron un desmedido desarrollo, basta fijarse en algunas más sobresalientes que representen las pocas variedades que en el grupo se marcan, para conocer el alcance de éste dentro del cuadro general.

Cristóbal Colón (m. 1506) dió el tono al nuevo género con las cartas en que consignó sus viajes. La relación del primero no nos ha llegado en su texto original, pero el P. Las Casas, que lo poseyó, hizo un extracto bastante extenso. Cuando compuso su «Historia de las Indias» se sirvió de nuevo del Diario, utilizando, además, el libro de Fernando Colón y probablemente algún otro documento [172]. Compónese la relación de un breve prólogo, dirigido a los Reyes Católicos, y un diario. El abreviador tuvo el buen acuerdo de trasladar íntegros los pasajes de más interés. Gracias a ello podemos recibir la impresión directa que a Colón produjo el nuevo mundo y saborear el encanto de sus descripciones. Contienen éstas cuantos detalles pueden percibirse en una primera visión, referidos con atractiva sencillez e inimitable colorido. Todo interesa al descubridor: la belleza del paisaje, el aspecto y los usos de los habitantes, la variedad de vegetales, etc., inspirándole el mayor entusiasmo. «Crean vuestras Altezas, dice, que es esta tierra la mejor e más fértil, y temperada y llana, y buena que haya en el mundo». El can-

172. *Fuentes*, art. 3.342. Vid. Emiliano Jos, *Centenario de Fernando Colón (enfermedad de Martín Alonso) e impugnaciones a la Historia del Almirante* ("Rev. de Indias", 1942, III, 85-110), espec., páginas 107 y 108).

dor de los indios promueve también su exaltación de místico, prometiéndose hacer de ellos buenos cristianos, a la vez que fieles súbditos de los reyes de España.

Este primer viaje lo reseñó también en otras cartas, de las que se conservan dos, muy parecidas, dirigidas la una a Santangel y la otra a Gabriel Sánchez. Del tercero [173] y cuarto viaje se poseen sendas cartas-relaciones, de 1498 y 1504. En cuanto a los «Diarios» mismos, sólo tenemos lo que tomaron para sus respectivas obras Fernando Colón, del tercero, y Las Casas, de ambos. (Fernando dejó, además, relación propia del cuarto, en que participó.) Tienen éstas distinto carácter que las del primero, sujetándose menos al tipo de diario y abreviando detalles. La del tercer viaje abunda en nociones generales, expresión de las ideas del descubridor, que, deslumbrado por sus hallazgos, cree incluso haber encontrado el lugar del Paraíso terrenal y pone a contribución sus lecturas para esclarecer el sugestivo tema [174].

Américo Vespucio (1451 - 1512) figura como autor de otra relación autobiográfica, cuya mención no puede omitirse por su repercusión y las polémicas suscitadas. Es segura su participación en el viaje (1499-1500) de Ojeda, que le llama «piloto». Exploró después, al servicio de Portugal, la costa oriental del continente, a lo que se refieren las dos expediciones últimas narradas en los escritos publicados a su nombre [175]. No quedó Vespucio

173. La falta de la relación del segundo suele subsanarse en las ediciones con la que redactó el doctor Diego Alvarez Chanca, médico y alquimista, que participó en dicha expedición.

174. Menéndez Pelayo sintetiza muy bien en pocas páginas las características de los escritos de Colón. (*De los historiadores de Colón,* en sus "Estudios críticos", 2.ª serie, págs. 201-206).

175. La falta de documentación portuguesa referente a él y los errores inexplicables que contienen las relaciones, junto con otros

satisfecho del rey lusitano y volvió a España, donde ocupó hasta su muerte el importante cargo de «piloto mayor», para él creado, y cuya función consistía en examinar de cosmografía y astronomía a los pilotos. Colón debió de ser siempre muy afecto a él, ayudándole desde sus comienzos, y el rey Fernando le protegió asimismo, tal vez influído por el Almirante. Examinemos brevemente los escritos en cuestión.

Hacia 1505 se publicó en París una carta, que se dice escrita en italiano por Vespucio a Lorenzo de Médicis y puesta en latín por un anónimo. Refiere una expedición que afirma partió de Lisboa el 14-V-1501 y que duró veinte meses; añade que antes hizo otras dos navegaciones por cuenta del rey de España. Los diarios de ambas, remitidos a su tiempo al mismo Lorenzo, pide a éste que los conserve, pues con ellos, el de este tercer viaje, que espera le devuelva el rey portugués, y el de otro que va a emprender, piensa componer una obra total. Apareció, en efecto, en Saint-Dié, 1507, con el título de *Quatuor Americi Vespucii Navigationes*, cuyas relaciones van precedidas de una «Cosmographiae Introductio»; la obra es dirigida al duque de Lorena Renato I, de quien el navegante se proclama condiscípulo. La introducción cosmográfica es de Martín Hylacomylus Waltzemüller y tiene el particular interés de haber iniciado la propuesta de dar el nombre de Américo al continente recién descubierto. En cuanto a las relaciones de los viajes, he aquí lo sustancial. El primero dice que duró de 20-V-1497 a

indicios, movieron al norteamericano F. Force a negar la autenticidad de las cartas atribuidas a Vespucio, que, según él, no tuvo el menor conocimiento de lo que a su nombre circulaba.

15-X-1498[176]; por saberse que en ese tiempo estaba en España, niégase la autenticidad de tal expedición. El segundo afirma haberlo comenzado en mayo de 1499[177] y terminado en 8 de septiembre, sin duda de 1500; trátase, pues, del de Ojeda, aunque en el texto no se nombra a éste, y es el único en que se tiene seguridad de que participó. El tercero, ya historiado en la mencionada carta a Lorenzo de Médicis, ofrece en la nueva relación algunas variantes, empezando por la fecha de salida, que ahora sitúa el día 10 y no el 14. En fin, al cuarto, partido, como el anterior, de Lisboa, le asigna desde 10-V-1503 a 28-VI-1504. Aparte de datos erróneos, algunos inexplicables, lo que caracteriza a estos relatos es una visible complacencia en acentuar lo fantástico y en mantener un cierto tono de imprecisión, que contrasta con el realismo y seguridad en los detalles, propios de los relatos de nuestros exploradores. Sólo por excepción aparece otro nombre que no sea el suyo. Colón es citado una sola vez, como descubridor de la isla de «Antilia», y, especialmente en la carta a Médicis, muestra el autor una gran jactancia, algo atenuada en la obra total. La finalidad de centrar en Vespucio la gloria del descubrimiento es indudable. Lo que no puede saberse es si el amaño es debido a los editores o al mismo navegante. El buen concepto en que se le tuvo aquí inclina a pensar en lo pri-

---

176. El texto publicado por Navarrete (vid. *Fuentes,* art. 3.525) dice 1499; pero como el autor asigna dieciocho meses de duración al viaje, no hay duda que hay error en la transcripción, y es raro que el editor no cayese en ello, sobre todo por la dificultad que encontró para explicar que el segundo viaje pudiese empezar en mayo de 1499.

177. Navarrete leyó 1489 y lo encontró inexplicable; pero, indudablemente, es simple error de un número, pues coincide con la expedición de Ojeda, en que se sabe participó Vespucio.

mero[178]. Si así fuera, la figura de Vespucio no perdería en el aspecto moral el mérito que le da el haber sido el primero, o uno de los primeros, que adivinó en las tierras descubiertas un nuevo continente, en vez de creerlas el extremo de las Indias orientales. El revuelo que esta noticia, consignada en unos escritos de amena lectura, produjo en todas partes, multiplicó las ediciones y traducciones de la obra, a la par que la fama del supuesto descubridor.

Alonso de Zuazo, célebre jurisconsulto a quien Cisneros mandó como juez con amplios poderes a la isla Española y a la vez para informarle del estado de cosas, escribió al ministro Xebres una larga relación, fechada en 22 enero 1518. Interesa mencionarla, porque ofrece otra variedad dentro del género. Zuazo trata el tema de la conservación de los indios y hace historia de la política seguida con ellos por los sucesivos gobernadores, desde Cristóbal Colón hasta su hijo Diego, que regía entonces la isla. Expone la disminución sufrida en el número de aquéllos y propone diversas medidas: la centralización de todos los poderes en el gobernador; el envío de esclavos negros, para los que aquella tierra es «la mejor que hay en el mundo», como lo es también para las mujeres y los viejos; en fin, el fomento de la población de los nuevos países, sin limitarse a los que tengan oro, para lo que debe admitirse a gentes de todas partes, menos moros y judíos. Se refiere también a las disensiones en Tierra

178. Waltzemüller, que es evidente dirigió por sí la edición de toda la obra, no menciona a Colón en su introducción cosmográfica, a pesar de la cita que de él se hace en el relato del segundo viaje. Se refiere a las tres partes del mundo conocidas de antiguo y a la nueva descubierta por Vespucio. Como las cartas de éste hubieron de ser traducidas al latín, pudo bien la labor de versión facilitar los cambios que conviniesen.

Firme, entre Pedrarias y Balboa, y hace prudentes advertencias sobre ello. Es relación bien escrita y de interesante lectura [179].

El carácter de empresas particulares que después de los primeros descubrimientos tuvieron las exploraciones realizadas originó la falta de relaciones de varias de ellas, que o no se escribieron o por su índole privada no nos han llegado. Alonso de Ojeda, se sabe que escribió unos comentarios de sus descubrimientos, pero se han perdido. De los sucesos en Tierra Firme, a partir de 1514, hay una larga relación del adelantado PASCUAL DE ANDAGOYA (m. 1548), si bien no pudo ser redactada hasta el final de nuestro período, a cuyos años últimos alcanza a referirse, o tal vez a comienzos del siguiente [180]. La distingue del tipo general, con el que concuerda en todo lo demás, el historiar tan largo tiempo, ocupándose de hechos muy variados, entre ellos la conquista del Perú. Por ello, junto a páginas detalladas, en que consigna las andanzas de Pedrarias, de cuya expedición formaba él parte, tiene otras de tipo sumario. Abundan en toda la relación interesantes noticias de los indígenas, de sus costumbres y de su evangelización [181].

GINÉS DE MAFRA, piloto participante en el viaje de Magallanes-Elcano, escribió una relación del mismo, cuyo interés acrece la escasez de reseñas de tan glorioso acontecimiento [182]. Según se dice al final del manuscrito que

---

179. *Fuentes,* art. 5.336.
180. *Fuentes,* art. 5.202.
181. Sobre la relación de la conquista del Nuevo Reino de Granada, que se atribuye al conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, vid. *Fuentes,* art. 4.172, y C. Bayle, *Un libro nuevo de G. X. de Q.* ("Revista de Indias", 1942, III, 111-120).
182. *Fuentes,* art. 5.031. El ms. utilizado hállase en mal estado, teniendo bastantes palabras ilegibles por las roturas de las hojas.

la ha conservado, el autor «era hombre de pocas palabras y verdaderas». Se desearían, en efecto, más pormenores, porque con frecuencia es el relato harto sobrio, a la vez que se trasluce una indudable veracidad en su prosa desmañada e ingenua. Le falta también arte para dar relieve a lo verdaderamente importante. Comprende desde que Magallanes ofreció a Carlos V sus servicios hasta el término de la expedición, o, más bien, hasta que parten los supervivientes de la India para España.

El italiano ANTONIO PIGAFETTA es autor de la relación más importante y conocida del viaje citado, por lo que debe aquí mencionarse, aunque no corresponda propiamente a la historiografía española. Alistado en la expedición de Magallanes como «sobresaliente» u hombre de armas, redactó un diario en todo el curso de la misma, que pudo llevar a término por ser uno de los pocos supervivientes. Al ser recibido con los demás héroes de la empresa por Carlos V le ofrendó una copia del mismo, cuyo paradero se ignora. Más tarde en Mantua, donde se fijó, compuso un texto definitivo de difícil lectura, por estar en italiano mezclado con dialecto veneciano y con muchos términos españoles. Lo tradujo al francés Jacques Fabre y esta versión fué la que obtuvo más difusión y la primera impresa, aunque, por carecer de fecha, sólo se sabe que es anterior a 1536. El texto italiano parece que no era entonces conocido, pues las primeras ediciones en tal idioma (1536, 1550...) son traducciones de la versión de Fabre. Al fin, de un manuscrito italiano conservado en la Ambrosiana de Milán, fué hecha una edición en 1800 por Carlo Amoretti, si bien con poca fidelidad, pues se sirvió a la vez de la antigua versión fran-

cesa y de la italiana hecha sobre ella. Por muchos se ha creído que el texto original fué el francés, pero ya es doctrina corriente que lo redactó Pigafetta en italiano [183]. De ambos —el contenido en el manuscrito citado y el de Fabre— proceden todas las ediciones [184].

El autor se sirvió, además de su diario, de relatos de otros viajeros y geógrafos, siendo sus noticias de gran interés, pues no se limita a consignar los hechos de trascendencia, sino que anota muchas observaciones y detalles curiosos. No le falta, además, cierta elocuencia descriptiva, dentro de la tosquedad de su lenguaje. En este sentido se le asigna el primer puesto entre los escritos relativos a aquel viaje, aunque en el aspecto de la geografía científica lo superen otras obras. Pigafetta agregó como apéndice una «descripción de la Esfera», que Denucé cree no es trabajo original suyo.

Otras dos relaciones del mismo viaje deben ser aquí citadas. Una es el derrotero de Francisco Albo, encargado de tomar diariamente la altura del sol y consignar las correspondientes observaciones, las cuales, con descripciones de tono igualmente científico, componen casi todo el escrito [185]. La otra es la carta en latín que Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V, escribió el 5 octubre 1522 al obispo de Cartagena. Es muy extensa. Hace historia de las cuestiones de límites surgidas entre Es-

183. La obra es titulada de diversas maneras. En el manuscrito italiano conservado se la rotula *Notizie del Mondo Nuovo con le figure de paesi scoperti...* Amoretti le dió el título de *Primo viaggio intorno al globo terracqueo, ossia ragguaglio della navigazione alle Indie orientali per la via d'occidente...* En la versión francesa figura como *Navigation et descouvrement de la India Superieuse...*

184. De ellas puede verse noticia en *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 5.034, y, más completa, en la edición de J. Denucé (Anvers, 1923).

185. La incluyó Navarrete en su *Colección de viajes*, IV, 209-247.

paña y Portugal desde los primeros descubrimientos y reseña con buen orden y copiosos detalles la expedición. No consigna de qué escrito se valió, pero forzosamente se valdría de alguno, por la minuciosidad con que los pormenores son recogidos [186].

HERNÁN CORTÉS (1485-1547) trazó la primera historia de sus hazañas en cinco largas cartas, dirigidas al Emperador [187]. Escritas «en estilo sencillo, varonil y conciso, propio de los grandes capitanes», son «un monumento de tan subido valor cual los *Comentarios* de Julio César» [188]. La primera, a cuya extensión se refiere en la siguiente, se ha perdido y suele suplirse con una del Ayuntamiento de Veracruz, también a Carlos V, de 10 julio 1519; las cuatro conservadas, cuyo relato se eslabona, están fechadas en 1520, 1522, 1524 y 1526. El autor declara haber perdido en «cierto infortunio» —alude a la desastrosa salida de la ciudad de Méjico— todos sus escritos, por lo que su relación —la primera de las conservadas— no es tan completa como quisiera. Pero su memoria debió de ser excelente, pues ello no impide que su relato sea muy puntual y detallado. El gran conquistador fué curioso de todo, y admiran en hombre tan ajetreado escritos tan prolijos. Dice en una ocasión: «y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a vuestra alteza muy particular relación, quise desta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto...» y tal fué siempre su norma. Se ha lamentado, con

186. Ibidem, págs. 249-284. El texto publicado es una traducción castellana, que parece hecha con un cierto carácter oficial.
187. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 5.099. A las traducciones allí citadas añádase una latina, cuya primera edición fué en Nurenberg, 1524.
188. Serrano y Sanz (*Autobiografías y Memorias*), Madrid, 1905, página XXXI.

todo, que las interesantes civilizaciones que le fué dado contemplar no le inspirasen la curiosidad que después han despertado, con ventaja para su mejor conservación y conocimiento. Es, en efecto, lamentable, pero sería pedir demasiado, a un hombre de armas de principios del XVI, que se comportase como un arqueólogo moderno. No es poco que aquellos exploradores, en situación tan arriesgada siempre, encontrasen vagar para dejarnos tan cumplida noticia de cuanto podía interesar a quienes sólo aspiraban a conquistar territorios. Cortés comprendió en seguida la importancia del que su esfuerzo adquirió para la corona de España y dice a Carlos V que será un nuevo imperio que añadir al de Alemania. En su relación, que por lo bien ordenada y el tino con que se ajusta a lo esencial es de muy grata lectura, están convenientemente dosificadas las noticias de los sucesos con las descripciones del país y de lo peculiar de sus habitantes.

Pedro de Alvarado (m. 1541) dirigió a Cortés, su jefe, varias relaciones. Se conservan dos, sin fecha la primera, en que se refiere a otra anterior, perdida, y datada la segunda en 28 julio 1524 [189], en la ciudad de Santiago (hoy Guatemala), que acababa de fundar. Ambas refieren sus conquistas de los territorios de Guatemala y Soconusco, cuya capitanía general se le había confiado. Son muy breves, pero, como todas, consignan, junto al relato de hechos, indicaciones del terreno y de las curiosidades que va hallando. Algo más extensa y de iguales caracteres es otra, también dirigida a Cortés, por Diego Godoy; relata su actuación en Chamula, adonde dicho jefe le había enviado.

189. *Fuentes*, art. 5.343.

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA es autor de otra relación autobiográfica muy conocida, dirigida a Carlos V y titulada *Naufragios* [190]. Tiene un lugar muy destacado dentro del género por referir en gran parte aventuras casi unipersonales. Una desdicha constante persiguió a la expedición en que el autor se alistó, la que, al mando de Pánfilo de Narváez, salida de Sanlúcar el 17 junio 1527, partió a la Florida.

Alvar llega a quedarse con sólo tres compañeros, y tan exiguo grupo se dirige a la ventura tierra adelante, por lugares no conocidos hasta entonces por ningún blanco. Como puede comprenderse, aquí no hay conquistas, sino penalidades sin cuento de tres españoles y un negro, que recorren, desprovistos de todo medio, centenares y centenares de leguas hasta alcanzar, con grandísimo rodeo, la ciudad de Méjico. El relato de los variados sucesos que les acaecen —sucesivamente náufragos, prisioneros, esclavos de los indígenas, médicos de las tribus por donde pasan— no impide a Alvar Núñez dar noticia de los países que recorre y hacer agudas observaciones sobre las poblaciones que va conociendo. Muéstrase en su obra dotado de excelentes condiciones de explorador, hábil en hallar recursos y valeroso para soportarlo todo. Sólo así puede comprenderse que se sostuviese a sí y a sus compañeros en tan larga odisea. Terminada ésta en 1537, aún tuvo arrestos para volver, tres años después, a América, a socorrer a los supervivientes de la empresa de Mendoza en Buenos Aires, nombrándole Carlos V Ade-

---

190. *Fuentes* (y "Apéndice"), arts. 5.187 y 5.188.

lantado y Capitán General del Río de la Plata[191]. Resta decir decir que su relación, tan interesante por el contenido, está, además, escrita con no poca gracia; en su espontaneidad, la obra recuerda con frecuencia las novelas picarescas, por los enérgicos y concisos trazos con que describe las miserias sufridas.

Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de Méjico, nombrado a la vez por Carlos V «protector y defensor de los indios», envió al Emperador en 1529 una larga carta muy interesante[192]. Toca, en efecto, con bastante extensión el tema del trato a los indígenas, que adquirirá tanto desarrollo con los escritos de Las Casas y de sus secuaces e impugnadores. El austero franciscano historia la situación de Méjico desde su conquista y expone con toda crudeza la conducta de los suplantadores de Cortés. Propone un cambio radical, a falta de lo cual, estima que se perderá para España tan rico territorio. La relación es modelo de vehemencia a la vez que de precisión.

Andrés de Urdaneta (1498 - 1568) es autor de una relación en que se recoge otro aspecto de la actividad descubridora de los españoles. Trátase de la expedición enviada al mando de García Jofre de Loaysa a encontrar camino por Occidente a las islas de la Especiería[193].

191. Este nuevo período de su actividad fué referido por el escribano Pero Hernández con el título de *Comentarios*. Esta obra suele acompañar a los *Naufragios*.

192. Fué publ. en la *Col. de doctos para la hist. de América*, XIII, 104-179; extractada en francés en los "Viajes" de Ternaux, XVI, e inserta con más esmero por García Icazbalceta en su libro *Don Fray Juan de Zumárraga*, México, 1881, págs. 1-42 del Apéndice de documentos.

193. Ha sido publicada en la *Colección de viajes*, de Navarrete, vol. V, y en la *Colección de docs. rel. al descub. de América*, vol. V.

Duró de 1525 a 1536 y fué muy accidentada. Murieron, sucesivamente, Loaysa, su sucesor Elcano y otros varios expedicionarios de categoría. Menudearon en Tidor las luchas con los portugueses, que apelaron a todo para eliminarlos. Hubo en esa y otras islas alternativas de alianza y guerra con los indígenas. No faltaron, en fin, como puede suponerse, abundantes accidentes náuticos en el largo recorrido hecho, próximamente el mismo del viaje de Magallanes y Elcano. Urdancta se mostró tan excelente navegante que, a pesar de profesar después en la orden de S. Agustín, fué más tarde requerido por Felipe II para mandar la escuadra enviada a la conquista de Filipinas. La relación de la expedición a que me he referido la dirigió a Carlos V, firmándola en 1537. Parece que a su regreso quitáronle los portugueses sus papeles y hubo de redactarla después de memoria, lo que se aprecia por su manera de citar varias fechas como aproximadas. No es, pues, un diario, pero tiene copiosa información de los sucesos y las acostumbradas descripciones de los países visitados y de sus habitantes. Son muy interesantes sus noticias de los patagones, en cuyas tierras hubieron de detenerse varios meses. La redacción es muy llana, sin busca de efectos literarios.

La conquista del Perú dió también tema para varias relaciones. Con las primeras enviadas a Carlos V redactó una su secretario Juan de Sámano en 1526[194], limitada a los informes indispensables. Más adelante Francisco López de Jerez, secretario y cronista de Pizarro, rizo una relación de la conquista, que por sus caracteres corresponde más bien al grupo de «Historias», en

194. *Fuentes*, art. 5.260.

el que será examinada. Su sucesor en ambos cargos, PEDRO SANCHO DE LA HOZ, acabó en Jauja, a 15 de julio de 1534, otra relación que tiene cierto carácter oficial, autorizándola con su firma, entre otros, el propio Pizarro[195]. Abarca sólo unos cuantos meses, desde la marcha de Hernando Pizarro a España en 1533, y contiene al final varias descripciones del país, sobresaliendo una de Cuzco, y noticias de usos de los naturales. Todo el escrito está bien redactado y se considera como fuente interesante.

Las notas apuntadas de estas diversas relaciones bastan para dar idea del género, cuyas principales facetas he procurado dar a conocer. Todas las demás que he tenido a mi alcance repiten modalidades ya encontradas en ellas. El tipo más copioso es el relato de expediciones cortas referidas en pocas páginas, como las que fueron mencionadas de Alvarado y Godoy. Las colecciones de documentos las contienen en gran número. Muchas han dado también materia para artículos de revistas. Pero es tan abundante el material, que el Archivo de Indias y otros depósitos documentales y bibliográficos poseen aún mucho inédito.

2) *Historias propiamente dichas.*

La primera mención conocida del descubrimiento en las historias de tipo corriente es la de Bernáldez en su crónica de los Reyes Católicos (v. pág. 402); en ella consignó con bastante detalle la relación de los dos primeros viajes, valiéndose de los escritos de Colón y, tal

195. *Fuentes,* art. 5.263.

vez, el del doctor Chanca. La primera «historia de Indias» comenzóse a escribir apenas llegadas las primeras noticias del descubrimiento y su autor es Mártir de Angleria.

PEDRO MÁRTIR DE ANGHIERA (v. pág. 404) recibió, como Bernáldez, su información directamente de Colón, procurándose, además, noticias de cuantos volvían del nuevo mundo. En cartas sueltas se anticipó al cronista de los Reyes Católicos, pues la primera en que se refiere al Almirante es de 14 mayo 1493. Esta y otras epístolas, cuya serie se prolonga hasta una de 13 junio 1525, está incluída en el *Opus epistolarum*, la interesante colección ya examinada. El tema, no obstante, le pareció que tenía importancia para ser tratado en obra particular, y fué componiendo a la vez sus *De Orbe Novo decades* [196]. En las cartas se refiere a ellas por primera vez en una de 1494, y por otras siguientes se ve que prosiguió trabajando en ellas sin interrupción, estimulado, según cuenta, por el Papa, Antonio de Nebrija y otros [197].

No hay diferencia esencial entre la manera de tratar los asuntos en las cartas y en las décadas. En aquéllas consigna las noticias curiosas que de América van llegando, referida por igual a hechos que a usos, creencias y demás particulares de los indios. En el *Orbe novo* hace lo mismo con más extensión. No se trata de una obra concebida en conjunto, sino elaborada a medida que los descubrimientos se realizan y las informaciones se reciben. Prescinde de toda clase de antecedentes. No hace

196. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 3.584.
197. Las etapas de la composición de las *Décadas* pueden seguirse con ayuda de las cartas; así, en una de 14 de marzo de 1520 se refiere ya a tres décadas terminadas; en otra de 4 de noviembre de 1522 afirma que está escribiendo la cuarta, etc.

otro preámbulo que el comienzo del capítulo primero, en que se refiere al uso antiguo de adorar como dioses a los grandes descubridores, que en los cristianos debe reducirse a admirarlos. Los sucesos los toma desde que son concedidos a Colón los elementos para realizar su expedición, y en el primer libro, fechado en 13 noviembre 1493, consigna cuanto hasta entonces se sabía. De igual forma van datados los siguientes, en que refiere lo que los sucesivos viajeros le van comunicando. Los libros van también dirigidos a distintos destinatarios, lo que acentúa aun más su carácter epistolar.

Cuando el autor tuvo hechas las tres primeras décadas y se decidió a publicarlas [198], compuso un prólogo o dedicatoria al Emperador. Dice allí que así como la Providencia reservó el Nuevo Mundo para Carlos, bajo los auspicios de sus abuelos, cree él providencial haber venido a España para recoger tales hechos, que de lo contrario acaso habrían sido olvidados, por no atender a ellos más que los historiadores españoles. Puede suponerse que la mayor difusión que atribuye a sus propios escritos se basa simplemente en el empleo del latín.

La obra forma en total ocho décadas, alcanzando hasta el año 1525, inclusive, es decir, hasta poco antes de su muerte (m. 1526). En ella, como en el *Opus epistolarum*, propende a la variedad de noticias. Con motivo, por ejemplo, de tocar Colón en las Canarias, interrumpe la narración del primer viaje para hacer historia de dichas islas desde Bethancourt. En el relato de los sucesos de América, abrevia hábilmente los escritos que le sir-

198. Alcalá, 1516. En 1511 había sido impresa la década primera sin contar con él.

ven de base y prefiere explayarse en lo ameno y sorprendente por su exotismo, para lo que le daba amplia materia lo que de usos y creencias de los indígenas contaban los expedicionarios. La consignación de noticias apenas recibidas, hace que no falten en la obra cosas puramente novelescas y absurdas. Pero el tono general corresponde a un hombre de su cultura, que sabe aderezar sus páginas con recuerdos clásicos, consideraciones sobre el estado de naturaleza y la edad de oro, y discursos, incluso de indios. La novedad de los temas y de los países le obliga a emplear, para designar muchas cosas, palabras vulgares, de lo que él, como fiel humanista, se cree obligado a sincerarse. Tal es, a grandes rasgos, esta primera historia de los descubrimientos y conquistas realizados entre 1492 y 1525, suma de las relaciones habladas y escritas de dichos años, sazonadas por un hombre culto.

Antes de terminar Pedro Mártir sus décadas había publicado Fernández de Enciso, que tomó parte activa en las expediciones de los primeros años del s. XVI, su *Suma de geografía*, en que se refiere principalmente a los nuevos países [199]. Igual preocupación por éstos, independientemente de los sucesos de la conquista, acusa el *Sumario de la Natural Historia de las Indias* de Fernández de Oviedo, que compuso en 1525 y publicó en 1526 [200]. Señalo la temprana aparición de ambas obras, en aparien-

199. Martín Fernández de Enciso, *Summa de Geografía, que trata de todas las partidas y provincias del mundo, en que se trata del arte de marear, etc.* Sevilla, 1519.

200. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 3.585. El contenido se ajusta a este enunciado que hace el autor: "E primeramente trataré del camino y navegación, y tras aquesto diré de la manera de gente que en aquellas partes habitan; y tras esto, de los animales terrestres y de las aves y de los ríos y fuentes y mares y pescados, y de las plantas y yerbas que produce la tierra, y de algunos ritos y ceremonias de aquellas gentes salvajes".

cia ajenas al tema aquí tratado, para mostrar cuán pronto interesaron las tierras descubiertas en su aspecto científico. Por lo demás, no representa el «Sumario» sino pequeña parte de la actividad de Oviedo, que habrá de ser examinada ahora con alguna más detención.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557) tuvo ocasión desde sus primeros años, ocupados en el palacio de Villahermosa y después en la cámara del príncipe Juan, de ver de cerca las intimidades políticas, que anotaba en sus «memoriales». Entonces conoció ya a Colón y fué amigo de sus dos hijos, pajes, también, del príncipe. Las noticias que así recibía las contrastaba con otras, en especial de Vicente Pinzón. En 1514, después de varios años de gran actividad en España e Italia, partió en la expedición de Pedrarias, como veedor de las fundiciones del oro y escribano general, cargos a los que siguieron otros más importante, entre ellos el de gobernador de Cartagena y el de alcaide de la fortaleza de Santo Domingo. El resto de su vida pasó, pues, entre alternadas residencias en América y en la Península —doce veces cruzó el Atlántico—, siendo desde entonces los asuntos americanos los que principalmente le ocuparon. En una de sus estancias en España, expresándole el Emperador su deseo de conocer las cosas de los nuevos países, redactó, de memoria, el *Sumario* citado, pues sus escritos, entre ellos el comienzo de la historia general de Indias a que después me referiré, los había dejado en la isla Española. En 1532 le nombró el monarca cronista de Indias, a propuesta del Consejo de dicho ramo, siendo el primero que desempeñó tal cargo, y en 1535 fué aprobada e impresa la primera parte de su *Historia General y*

Natural de las Indias [201]. Tal como hoy la poseemos, publicada en su integridad con los añadidos que el autor siguió haciendo siempre [202], tiene gran interés, por ser propiamente la primera que se compuso, dado el alcance que vimos puede darse a la obra de Angleria. Tuvo, además, sobre éste, la ventaja de escribir en el mismo lugar de los sucesos, lo que le permitió rectificarla en varios casos [203].

Oviedo es la antítesis del humanista. El empleo del latín lo rechaza, porque, interesando los asuntos de Indias a los españoles antes que a nadie, es natural que se expongan en su lengua vernácula, como ha sido el uso en todos los tiempos y naciones. Lo interesante, añade, es que las cosas se refieran con veracidad, para lo que cada uno debe escribir en el idioma que mejor posea. No le importan, pues, las críticas que se le dirigen por expresarse en castellano [204]. De lo que sí se sincera, probablemente arrastrado por el ejemplo de Pedro Mártir, es de «los vocablos extraños y bárbaros», cuya causa es «la novedad de que se tracta» [205]. Tampoco le preocupa la «dignidad» de la Historia, observada por los humanistas con toda meticulosidad. Su aspiración constante es consignar abun-

201. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 3.586.

202. La terminación de la obra queda fuera del período que ahora examinamos, pues alcanza a 1548; pero, habiendo publicado su primera parte en 1535, es preferible dar ya noticia de la historia completa.

203. Al escritor italiano alude, sin duda, Oviedo cuando dice, dirigiéndose al Emperador: "Pero será a lo menos lo que yo escribiere historia verdadera e desviada de todas las fábulas que en este caso otros escriptores, sin verlo, desde España a pie enxuto, han presumido escrebir con elegantes e no comunes letras latinas e vulgares, por informaciones de muchos de diferentes juycios, formando historias más allegadas a buen estilo que a la verdad de la cosa que cuentan; porque ni el ciego sabe determinar colores, ni el ausente assi testificar estas materias, como quien las mira". (Ed. de 1851, tomo I, pág. 4.)

204. Dedica al tema del idioma el último capítulo de la obra.

205. Vol. I, pág. 5.

dantes noticias, y que ellas, obtenidas *de visu* o de procedencia muy cercana, respondan fielmente a la realidad. Escribe a placer, con inagotable prolijidad, sin omitir ningún recuerdo que le venga a las mientes ni reservar ningún dato que conozca, descendiendo a referir sucedidos insignificantes y detalles particularísimos. No le arredró lo inagotable del tema, cuyos acontecimientos trascendentales requerían por sí solos largas páginas. Para éstos utilizó enorme número de relaciones oficiales y otras que le hicieron los participantes en los sucesos, a muchos de los cuales conoció personalmente [206]. Pero su fuente más copiosa es su propia experiencia de muchos años, bien servida por el hábito de anotarlo todo. Su obra es así una especie de enciclopedia americana, en que los relatos alternan con descripciones de los países, minuciosa noticia de fauna y flora, minas, volcanes, curiosidades, con amplia información de las costumbres, creencias, etc., de los indígenas y de sus relaciones con los españoles. Todo está allí consignado con tal detalle y en un tono tan ingenuo de veracidad que el lector se siente transportado a los lugares mismos y se identifica con los expedicionarios.

Aunque la reseña minuciosa de lo que ve es a lo que espontáneamente propenden el carácter y las dotes de Oviedo, no se resigna a no alcanzar los vuelos de un historiador de más altura, sobre todo cuando en sus dedicatorias y numerosos proemios se eleva a consideraciones de conjunto. Entonces pone a contribución sus autores leí-

206. Oviedo contó, como cronista oficial, con los informes y relaciones de funcionarios de todas clases. Se refiere a las órdenes que para ello dictó el Emperador, en el cap. I del libro II.

dos[207] y se basa en ellos para mostrar sus propias teorías, entre las que, por peregrina, descuella la de identificar las Indias occidentales o Antillas con las Hespérides de los antiguos. Ya en tal camino, hace a éstas patrimonio de España, de cuyo rey Hespero tomaron nombre, y ello explica que Dios no permitiese que otros reyes aceptasen los servicios de Colón, para que aquellos territorios volviesen al poder de los españoles, sus legítimos dueños. Con menos fantasía, se inclina a la realidad cuando se plantea el problema de la unión de los países descubiertos con el Asia o su total separación por el mar: él cree lo último y se imagina la tierra dividida en dos mitades, constituída la una por las tres partes de antiguo conocidas y la otra por la Tierra Firme e islas adyacentes, que ahora venían a incrementar el poderío de Carlos V. Oviedo gusta también de hacer comparaciones de lo que describe o narra con otros países, sucesos y hombres, desplegando su erudición con una inocente pedantería. Pero todo ello ocupa bien poco en la considerable masa de informaciones que nos procura y que en general expone con la mayor llaneza.

El plan de la obra es geográfico. Los libros 1 - 15, en los que se contiene la parte general, viajes de Colón, etc., están principalmente consagrados a la isla Española, centro de la conquista, y el territorio que mejor conocía el autor. En ellos predomina la parte descriptiva, que sirve para dar idea anticipada de todos aquellos países, por lo que la fauna y flora de la isla tiene de común con lo de-

207. Su autor preferido, constantemente citado, es Plinio el Naturalista. También usa mucho de las *Etimologías* de S. Isidoro, y del comentario del Tostado sobre Eusebio. Con menos frecuencia son por él mencionados un gran número de escritores.

más de Indias. Los libros 16 - 19, que completan la primera parte, están dedicados a las islas de Puerto Rico, Cuba, Jamaica, Cubagua y Margarita. La segunda parte, muy extensa, y la tercera están consagradas al continente, aquélla a los territorios bañados por el Atlántico y ésta a los del Pacífico. La reseña empieza en ambas por el estrecho de Magallanes y continúa hacia el norte. Las tres partes componen en total cincuenta libros, número por el que parece haber tenido predilección el autor de las «Quinquagenas» y de las «Batallas y Quinquagenas». Resta decir que el autor se esfuerza siempre por mostrarse imparcial en los muchos puntos que ocasionaron polémicas y desavenencias. Cuando por sí mismo no conocía las cosas lo suficiente para estar seguro de su veracidad, tiene por norma exponer las distintas versiones con igual pormenor, aunque suele indicar a cuál se inclina más. Del Almirante habla siempre con gran veneración, pero consigna también impresiones adversas. En el espinoso asunto del trato dado a los indios mantiénese equidistante de las dos tendencias extremas, pues acusa con frecuencia de inhumanidad a los colonizadores y de otra parte incrimina a los indígenas, «gente de su natural oçiosa e viçiosa, e de poco trabajo, e melancólicos, e cobardes, viles e mal inclinados, mentirosos e de poca memoria, e de ninguna constancia» [208].

Dejando para el capítulo siguiente el examen de las obras del P. Las Casas, de acuerdo con la fecha de su publicación, puede reducirse a pocas líneas la noticia de las demás producciones que aquí deben mencionarse. La historia general de Indias no tiene en este período más

208. Vol. I, pág. 71.

cultivadores que los citados. La atención se polariza en los dos territorios más importantes que se conquistaron: Méjico y Perú.

El franciscano Fray Toribio de Motolinia o de Benavente (m. 1569) embarcó en 1524 con destino a Méjico, donde hizo una vida activísima de apostolado y actuó contra Las Casas en la controversia acerca de los indios. A éstos consagró, no obstante, todos sus desvelos, escribiendo para ellos varias obras de catequesis en mejicano y castellano. También compuso algunas de interés histórico, descollando entre ellas la *Historia de los Indios de Nueva España,* impresa modernamente [209]. Empieza por una «Epístola proemial», que contiene breve noticia histórica de Méjico hasta la llegada de los españoles. Las tres partes de la obra se refieren ya al período de colonización, si bien con motivo de hechos presentes se cuentan muchas cosas del tiempo anterior. Siendo la fuente principal de información la actuación evangelizadora del autor, las más de sus noticias versan sobre cómo recibían los indios la religión cristiana y en qué formas la practicaban. El buen fraile escribe con la mayor sencillez y agrado, y los datos que consigna son de gran interés, por la intimidad que le procuró con los indígenas el conocimiento que adquirió de sus lenguas.

209. La publicó J. García Icazbalceta en el t. I de su *Col. de docs. para la hist. de México,* págs. 1-249; la precede un largo estudio biobibliográfico del autor por J. Fernando Ramírez. Guillermo Robertson, en el catálogo de los libros que consultó para su famosa *Historia de América,* transcribe este título completo de un manuscrito: "Historia de los Indios de Nueva España dividida en tres partes. En la primera trata de los Ritos, Sacrificios y Idolatrías del Tiempo de su Gentilidad. En la segunda, de su maravillosa Conversión a la Fe, y modo de celebrar las Fiestas de Nuestra Santa Iglesia. En la tercera, del Genio y Carácter de aquella Gente, y Figuras con que notaban sus Acontecimientos, con otras particularidades; y Noticias de las principales Ciudades en aquel Reyno. Escrita en el Año 1541..."

De la historia peruana corresponde citar aquí la *Relación de la conquista del Perú*, ya aludida, por FRANCISCO LÓPEZ DE JEREZ, secretario y cronista de Pizarro [210]. El autor no se limitó a hacer un mero relato, como era el uso corriente entre los que componían tales escritos, sino que trazó una verdadera monografía, compuesta con esmero. Pondera en un prólogo la grandeza de las hazañas en Indias, donde puñados de hombres se enfrentaron con grandes muchedumbres por espontánea iniciativa, alcanzando a conquistar territorios mucho más extensos que cuantos hasta ahora se conocían, empresa que no tuvo igual en la Historia. La relación es clara y ordenada, y muy detallada también, pues el autor, aunque no soldado, asistió igualmente a los hechos de armas. Comprende todos los sucesos de la conquista hasta la muerte de Atahualpa y nombramiento por Pizarro de su hijo Atabaliba para sucederle, con lo que la posesión del país se afianzó y muchos, Jerez entre ellos, volvieron a España. Inserta éste en su obra una relación firmada por el veedor Miguel Estete, que acompañó a Hernando Pizarro en su expedición de Cajamarca a Jauja (enero - mayo de 1533).

También tiene caracteres de historia una anónima

210. Francisco López de Xerez, *Verdadera relación de la conquista del Pirú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla.* Se imprimió en Sevilla, 1534. Del mismo lugar y año hay una relación anónima, titulada *La Conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla, la cual tierra por divina voluntad fué maravillosamente conquistada,* muy breve (ocho hojas), que se piensa que tal vez sea un anticipo del propio Jerez. Sobre estas ediciones vid. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 5.262. A. Pogo publicó *The Anonymous La Conquista del Perú (Seville, April, 1534) and The Libro Ultimo del Sommario delle Indie Occidentali (Venice, October, 1534)* en los *Proceedings of the Amer. Ac. of Arts and Sc.,* 1930, vol. 64, número 8, págs. 177-286.

Relación del sitio del Cuzco y principio de las Guerras civiles del Perú, extensa narración dirigida al Emperador y precedida de un prólogo[211]. El autor dice que habla como testigo de vista, pero sin tener ningún particular interés, lo que le habilita para escribir con imparcialidad. Se expresa esmeradamente, mostrando cierta cultura. El relato está hecho casi día por día y fechado en el Cuzco en 1539.

Otra faceta de la historia de Indias debe anotarse aquí. La magnitud del descubrimiento, personificándose en Colón, era natural que atrajese la atención hacia tan sugestiva personalidad y despertase el interés por conocerla. Aunque estaba reservado a tiempos muy modernos el desarrollo de la literatura biográfica consagrada al Almirante y demás partícipes en el gran acontecimiento, ya en este primer período de la historiografía americana se inició su cultivo. Sabíase que Fernán Pérez de Oliva (1494 - 1533), el célebre humanista, escribió hacia 1522 una historia del descubridor, pues la cita Fernando Colón en el catálogo de su biblioteca; al fin se ha encontrado, pero no se ha publicado todavía.

FERNANDO COLÓN (1488 - 1539) no menciona, en cambio, la que él mismo compuso, que también ha llegado a nosotros, aunque a través de una versión italiana, aparecida en 1571[212]. El traductor, Alfonso de Ulloa, dice

---

211. *Fuentes,* art. 5.296.

212. *Fuentes* (y "Apéndice"), art. 3.190. Sobre F. Colón vid. varias monografías de E. Jos: *Fernando Colón y su historia del Almirante* ("Rev. de Hist. de Am.", 1940, núm. 9), *En las postrimerías de un Centenario colombino poco celebrado* ("Estudios Geográficos", 1941, núm. 4), *Centenario de Fernando Colón (enfermedad de Martín Alonso) e impugnaciones a la Historia del Almirante* ("Revista de Indias", 1942, núm. 7, 85-110), *Impugnaciones a la "Historia del Almirante" escrita por su hijo* (ib., págs. 189-221).

allí que el texto castellano le fué facilitado por Luis Colón, el nieto del Almirante. La autenticidad de la obra fué negada por el historiador norteamericano Enrique Harrisse, con razones de bastante peso; pero posteriormente, al conocerse la mención explícita del texto original por el P. Las Casas, ha habido que rendirse a la evidencia. Los errores consignados en la edición de Ulloa, uno de los fundamentos de Harrisse para rechazar la paternidad de Fernando Colón, habrán, pues, de explicarse atribuyéndolos a mala interpretación del texto español o a haber llegado éste a Ulloa en copia defectuosa.

No debe Fernando sólo a esta obra su celebridad. Fué hombre de gran actividad. Viajó mucho, acompañando ya a su padre en la cuarta expedición, y se señaló en varias ciencias, sobre todo, la cosmografía. Cultivó con especial predilección la bibliofilia, fruto de la cual es la Biblioteca Colombina que formó en Sevilla. Su historia del Almirante es, pues, de gran valor, aunque, por desgracia, era muy joven cuando su progenitor murió y no pudo, o tal vez no quiso, dilucidar del todo la vida de su biografiado. Lo cierto es que el nacimiento y primeros años de la vida de éste no tienen en su obra la claridad y detalle que fuera de desear. Lo más del libro está consagrado al período de su existencia que es ya conocido por otras fuentes, a lo que podría llamarse la vida pública del Almirante. Es, pues, parte principal la reseña de sus viajes y descubrimientos, y en este punto acentuó, como era natural, cuanto pudiera presentar a la mejor luz la personalidad de su padre, aunque ello fuese a costa de sus colaboradores. Su historia

es, por esto, la base primera a que han acudido cuantos han querido despojar a España, en el mayor grado posible, de la participación en los méritos de la gloriosa empresa, poniéndolo todo en el haber personal de su protagonista. Por lo demás, el autor no se refiere a ésta sino en cuanto atañe al Almirante, con cuya muerte termina el relato. Debió de componer, o terminar, la obra en sus últimos años, pues se refiere ya a la *Historia* de Fernández de Oviedo. En sus páginas insertó un escrito, bastante extenso, del jerónimo Fray Román Pane [213] sobre la antigüedad de los amerindios, sus creencias, usos, etc., refiriéndose especialmente a los de la isla Española.

III. Historiografía judía.

En este período, que comprende la última etapa de la vida en España de los judíos, fué estimulada por los sucesos finales su actividad historiográfica, tan escasa anteriormente. En un corto período aparecieron cuatro escritos históricos. Tres de ellos se encuadran en el género que ya conocemos por el *Libro de la cábala* de Abraham ben David, compuesto a fines del XII. Son, pues, del tipo de obras en que lo esencial es mostrar la transmisión ininterrumpida de la tradición mosaica, refiriéndose sólo accidentalmente a la historia política en su relación con el pueblo hebreo. El otro escrito se aplica exclusivamente al trato que los judíos recibieron, en el curso de los siglos, de los pueblos con que convivieron; más concretamente, a las persecuciones que les tocó sufrir.

213. Parece que es dudosa la designación de este fraile, que veo también citado en la forma "fray Román (Paúl), del orden de Predicadores".

José ben Zaddic de Arévalo, en un ritual titulado *Compendio del recuerdo del justo*, hace al final, a manera de complemento, una breve reseña de judíos ilustres hasta su tiempo, empezando desde la Creación[214]. Divide su obra por milenios. En el quinto y último es donde empieza a ocuparse de los rabinos de España —junto con los de otras naciones occidentales— y de sus reyes, a contar de Fernando I, llegando en su recorrido hasta la toma de Málaga en 1487. Aunque utilizó la obra de Abraham ben David, no se limitó a continuarla, sino que es más amplio su campo, «especialmente en el período del Rabinato, con las citas de numerosos sabios judíos, no solamente de España, sino de los otros países habitados por judíos, de los cuales Abraham ben David guardó silencio, de propio intento, al limitarse, como él dice, a los maestros depositarios de la tradición»[215]. A esto debe añadirse que, terminada la obra antes del decreto de expulsión, está el autor muy distante de la virulencia con que después incriminó Torrutiel a los cristianos.

Abraham Zacut, el polígrafo salmantino, ocupa un puesto como historiador por su *Libro de las genealogías*, escrito entre 1480 y 1510[216]. Es una historia hebrea desde la Creación hasta 1500, muy rica de noticias, según los hebraístas, a cuyos informes hay que remitirse, por

214. *El libro de la Cábala*, de Abraham ben Salomon, de Torrutiel, y *Un fragmento histórico*, de José ben Zaddic de Arévalo. Traducción española, prólogo y notas de F. Cantera Burgos (Salamanca, 1928). Vid. también M. Gaspar Remiro, *Los cronistas hispano-judíos* (Granada, 1920), págs. 38 y sigs.
215. G. Remiro, o. c., pág. 41.
216. Sobre sus ediciones vid F. Cantera, *Abraham Zacut* (Madrid, s. a.; publ. de Bibliot. de la Cultura Española), págs. 42-44. Sobre su contenido, M. Gaspar Remiro, o. c., págs. 44-45.

no haberse publicado traducciones. Transcribe largos pasajes de la obra de Abraham ben David. Con José ben Zaddic coincide asimismo en ocasiones, pero se piensa, más que en la utilización de su obra, en una fuente común. Se sirvió de muchas, incluso de los cristianos, lo que no le impide tratar a éstos con mucha acritud. Dentro de la historiografía hebrea se le asigna papel muy importante, considerándosele como uno de los precursores más conspicuos de Azaria del Rossi, el «fundador de la crítica histórica» entre los judíos.

ABRAHAM BEN SALOMÓN DE TORRUTIEL escribió, hacía 1510, un nuevo *Libro de la cábala*[217], en que continúa el de Abraham ben David. Contaba unos diez años cuando salió de España con el grupo de desterrados que fué a fijarse en Fez; allí siguió él, y allí compuso su obra. En un breve prólogo expresa su propósito de continuar la reseña de los sabios judíos desde la muerte de su homónimo hasta el año 5270 de la Creación (1510-11). Así lo hace en los dos capítulos primeros del libro. En el tercero, «mencionaré—dice el autor—los monarcas que reinaron en la tierra de España hasta el gobierno del rey Fernando (sean borrados su nombre y su memoria); las luchas que éste sostuvo contra el reino de Granada; la época de nuestra expulsión de España; todas las aflicciones y violencias que padecieron en el reino de Fernando y de Portugal en los días del rey Manuel, por intriga de la apostasía de los prevaricadores de Israel; los beneficios que Dios (sea bendito y ensalzado) otorgó al resto

217. Véase la cita de su traducción en la nota 214. M. Gaspar Remiro hace una detallada exposición del contenido, o. c., páginas 39 y sigs.

de los evadidos supervivientes hoy en el reino de Fez...». Es un sumario breve que comienza en Fernando I y cuyo interés mayor está en el final, como puede comprenderse, sobre todo en el punto concreto de la expulsión y de la suerte que corrieron los acogidos a Marruecos. Las circunstancias, tan diferentes del tiempo en que escribió Abraham ben David, truecan en dicterios contra los reyes cristianos las alabanzas que aquél les prodigó. Hay, con todo, monarcas, como Alfonso el Sabio, a los que tributa grandes elogios. En el recorrido que hace de ese período de nuestra historia fíjase con predilección en los hechos relativos a judíos; la desdicha decisiva que puso término a su residencia en España considérala merecida «por sus graves pecados y por su olvido de la Ley», pero no deja por eso de lanzar contra Fernando e Isabel encendidos improperios. Se cree que Torrutiel usó mucho del escrito de José de Arévalo, aunque no lo cita; claro es que también pudieron ambos servirse de una fuente común.

SALOMÓN BEN VERGA es el autor de la cuarta obra aludida. Titúlase *La vara de Judá*[218]. En su composición tiene alguna semejanza con los anecdotarios que con tanta profusión hemos venido encontrando en la historiografía árabe. No es, en efecto, una narración seguida, sino una serie de relatos, de extensión y tipo muy variados. Pero, a diferencia de aquéllos, una misma finalidad inspira todos sus artículos: exponer la persecución a que los judíos estuvieron sometidos en distintos pueblos y épocas.

---

218. *Chébet Jehuda* (*La vara de Judá*), de Salomón ben Verga. Traducción española con un estudio preliminar de F. Cantera Burgos (Granada, 1927).

El autor pertenecía a una familia oriunda probablemente de Sevilla. El debió de pasar lo más de su vida adulta en Castilla; parece gozó fama como médico e historiador y tuvo entre los suyos gran prestigio. Hubo de emigrar en 1492 a Portugal, donde sufrió mucho; sus últimos años, se duda si los pasó en Turquía o en Italia. Lo seguro es que fué entonces cuando escribió lo más de su obra. En el prólogo de ésta dice que en ella consignó «las violencias y aflicciones padecidas por los israelitas en tierra extranjera», que exponía al fin de un libro su antepasado Iehudah ben Verga. Pero tal participación de éste —cuyo parentesco con Salomón ben Verga no ha podido fijarse— es hoy unánimemente rechazada, considerándose a éste como el único autor de la obra, sólo adicionada posteriormente por su hijo José, nacido ya en Turquía.

Justifica Salomón el título porque Judá, «que imperaba en un principio, sintió después sobre sí la vara de su aflicción por el Altísimo, según había predicho el Profeta». Señala como primera destrucción padecida por los judíos, y ella es el tema del primer artículo, el ataque a Jerusalén por Octavio. En los sucesivos artículos no hay un riguroso orden cronológico ni de otra especie, pasándose de unos a otros países, y de relatos de persecuciones a referencias de discusiones pacíficas. Abundan los hechos acaecidos en España, lo mismo pequeñas injurias realizadas por particulares que sucesos más trascendentes. El de la expulsión, referido en el artículo 51, declara tomarlo de Isaac Abravanel en el comienzo de su comentario al Libro de los Reyes, y no es tratado con la extensión concedida a otros muchos temas de menos importancia.

Se comprende que no es ésta, sino la abundancia de datos, lo que marca a cada asunto su desarrollo. En general, el autor se limita a narrar, sin prodigar epítetos injuriosos, y el carácter universal de la obra, en que figuran como perseguidores de su raza pueblos muy diferentes, contribuye también a darle un cierto tono de objetividad. En cuanto a la expresión, acierta bien con el estilo adecuado a su objeto, ciñéndose a veces con notable concisión y manejando con soltura el diálogo cuando conviene. No todo es histórico en sus relatos, sazonados en ocasiones con productos de su fantasía.

ÍNDICE

DE

HISTORIADORES[1] Y DE ANÓNIMOS[2]

I

1. Sólo se comprende a los historiadores de la época, prescindiéndose de los autores modernos de trabajos críticos sobre ellos. También se remite sólo a las páginas en que se consigna algún dato de interés, omitiendo las de mera mención. Las referencias de variantes de designación se han limitado a los casos indispensables.
2. Se incluyen entre estos las obras antes consideradas como anónimas, aunque sus autores hayan sido ya averiguados con más o menos certeza, si bien estos figuran también en el índice de historiadores. En los títulos se ha adoptado la forma más usada, aunque se cometa la impropiedad de designar algunas piezas latinas con nombres castellanos.

II

TABLA GENERAL

Págs.

Capítulo III

Capítulo IV

Págs.

CAPÍTULO V